CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
PATRONATO «MENÉNDEZ Y PELAYO»
INSTITUTO «ANTONIO DE NEBRIJA»

EMERITA

BOLETIN DE LINGVISTICA Y FILOLOGIA CLASICA

TOMO XXIV,
(Primer semestre)
MADRID, 1956

SUCESORES DE RIVADENEYRA, S. A.— PASEO DE ONESIMO REDONDO, NÚM. 26.
MADRID

ESTUDIOS SOBRE LA «CONSTITUTIO ANTONINIANA»*

V.

CARACALA Y LA UNIFICACION DEL IMPERIO

Sea cual sea el alcance de la persistencia de los derechos no-romanos después de la *constitutio Antoniniana*[1], resulta

---

* Cfr. mis anteriores *Estudios* sobre este tema en: EMERITA, 11 (1943), 297 [I], AHDE, 15 (1944), 161 [II] y 17 (1946), 586 [III], *Sefarad*, 6 (1946), 21 [IV]. Sigo llamándola *Antoniniana* y no *Antonina*, con la mayoría de los autores, a pesar de que H. SIBER, *Römisches Verfassungsrecht* (1952), 257, n. 4, vuelve por la segunda forma, por la razón de que la adjetivación prolongada es exclusiva de los senadoconsultos (así: *sc. Velleianum*, pero *lex Iunia Velleia)*. Esto puede ser exacto respecto a *leges rogatae* y senadoconsultos, pero, si los romanos decían *constitutio Rutiliana* (FVat., 1) o *codex Theodosianus*, no veo inconveniente en adoptar la forma más frecuente entre los autores modernos, tanto más apropiada cuanto que también se habla del «antoninianus» en relación con la nueva moneda introducida por Caracala. Por lo demás, insisto en «Caracala» y no «Caracalla», por no alterar lo que es la regla general de la transcripción de nombres latinos en castellano: Mesala, Catulo, Metelo, Palas, Otelo, etc. Sobre la fecha del Edicto (11-7-212), vid. M. HOMBERT, en *Chron. d'Egypte*, 28 (1953), 393.

[1] Sobre el estado de la cuestión «Reichsrecht-Volksrecht», vid. la completa referencia de L. WENGER en RIDA, 3 [*Mélanges De Visscher*, II] (1949), 521. Añádase la noticia de la bibliografía posterior que da G. I. LUZZATTO en SDHI, 17-*Suppl.* (1951), 108 ss., y la mía ibid. 20 (1954) 472 s; también: E. WEISS, en SZ. 70 (1953) 390; F. PRINGSHEIM, en *Journ. Jur. Papyrol.*, 7-8 (1953), 163, y S. VON BOLLA, ibid., p. 149. Para la permanencia del derecho local de Egipto, vid. ahora la acabada revisión de R. TAUBENSCHLAG, *Die römischen Behörden und das Volksrecht vor und nach der C. A.*, en SZ, 69 (1952), 102.—Como con razón se ha dicho, quizá ha pasado ya el momento de insistir en planteamientos generales en este punto de la lucha entre el derecho romano imperial y el derecho indígena local o ro-

evidente que aquel importante edicto, por el que se concedió —en mi opinión, sin ninguna restricción explícita—la *civitas Romana* a todos los súbditos libres del Imperio, produjo un amplio movimiento de unificación. La misma diversidad regional que, en un momento ulterior, produce la progresiva barbarización presupone un momento anterior de poderosa nivelación y fusión de clases y pueblos, gracias a la cual la fuerza de las culturas locales encontró el clima propicio para un desarrollo autonómico. En este sentido, el giro histórico del siglo III se enlaza sin solución de continuidad con la diversificación que habrá de caracterizar la época medieval.

---

mano local. Derivar una supervivencia oficial de los derechos locales tan sólo de un principio de doble ciudadanía es simplificar excesivamente la cuestión, y, en la medida en que se invocan en apoyo de tal principio concesiones que tienen todo el aspecto de privilegios procesales excepcionales, también es desenfocarla. Me inclinaría a pensar que la nueva ciudadanía del 212 no fué prevista como revolución de consecuencias inmediatas en el orden jurídico privado, aunque resultaba una base segura para una inevitable expansión del derecho romano, a la vez que para el planteamiento del respeto a ciertas costumbres locales que no contradecían los principios generales de «orden público» romano. La tendencia de Caracala a fomentar los estudios jurídicos (FVat., 204) cobra sentido con esta expansión del derecho imperial; pero, naturalmente, la implantación en toda la extensión del Imperio de un derecho absolutamente único era algo imposible; cfr. DEGENKOLB, *Reichseinheit und Rechtsnationalität im altrömischen Reich* («Festrede», Tubinga, 1884), p. 11.—Por otro lado, cuando nos enfrentamos con este tema, desembocamos irremediablemente en el «hecho egipcio», ya que Egipto es la única zona que nos presenta una documentación demostrativa. La investigación del derecho romano vulgar de Occidente ofrece sí un sano contrapeso a la hegemonía del «hecho egipcio», pero, por tratarse de una realidad histórica posterior y complicada por la concomitancia de pueblos germánicos de una tradición jurídica mucho más débil que la de las zonas helenísticas, no viene tampoco a dar una luz que realmente ilumine el conjunto del problema. Así, pues, aunque como último capítulo de mis *Estudios sobre la «constitutio Antoniniana»*, se proyectaba uno dedicado al problema «Reichsrecht-Volksrecht», prefiero, en el momento actual, renunciar a él; francamente, no podría añadir datos nuevos ni tampoco abrir nuevas perspectivas.

La transformación de estructura jurídica, determinada por la difusión de la ciudadanía, hubo de repercutir, ante todo, en un cambio de sentido del concepto de *ius gentium*. Aunque quizá la antítesis *ius civile-ius gentium* no fué sentida por la jurisprudencia clásica con el mismo valor simplista con que nos la presenta el pedagógico Gayo [2], es claro que, antes del año 212, se atendía para precisar aquel concepto a la aplicabilidad de una determinada institución jurídica a los *peregrini*; ahora, en cambio, al desaparecer los *peregrini*, no se traslada la categoría a los que vienen a ocupar su posición, es decir, los *barbari* [3], que quedaban todavía como demasiado remotos para que se pudiera operar fácilmente aquel traslado, sino que se modifica el concepto mismo, atendiéndose ahora no ya a la aplicabilidad, sino al origen de las instituciones, y, por tanto, a su misma esencia. La consideración práctica deja paso así a otra histórico-filosófica [4].

El *ius civile*, por tanto, pierde su antigua restricción; abarca ahora todas las instituciones, incluso las que son, por su origen, de derecho de gentes, y se contrapone al adjetivo *criminalis*. Así aparece ya en una constitución del año 213 [5], y el uso se generaliza a partir de entonces [6]. Una contraposición con *ius praetorium* u *honorarium* no era ya posible más que, por arcaísmo, en alguna relación muy especial [7]. Realmente, lo que podía mantener viva aquella distinción entre

---

[2] Gayo, I, 1.

[3] Cfr. *Estudios* III.

[4] Sobre este giro del concepto de *ius gentium*, vid. G. LOMBARDI, *Ricerche in tema di «ius gentium»*, 180 ss., y *Sul concetto di «ius gentium»*, 377.

[5] CJ, 9, 20, 1. Un precedente, sin embargo, se encuentra ya en otra constitución del 194 (CJ, 2, 1, 2).

[6] Cfr. H. J. WOLFF, *Introducción histórica al derecho romano* (trad. esp.), 79 y n. 15; J. GAUDEMET, *Civilis dans les textes juridiques du Bas-Empire*, en *Festschrift Lewald* p. 48; y A. BERGER en *Festschrift Kisch* p. 138.

[7] Así, por ejemplo, en la contraposición que sobrevive entre testamento civil y pretorio, acerca de cuyo valor puede verse nuestro punto de vista en RIDA, 2 (1955), 230 ss.

un derecho civil y otro pretorio era la diferencia entre acciones civiles y acciones pretorias, y tal diferencia había sido abolida por la generalización del procedimiento de la cognición oficial.

Aunque la *cognitio* había ganado ya mucho terreno como procedimiento extraordinario en la época anterior, y cabe decir que en las provincias, al menos en las imperiales, el procedimiento ordinario no se había practicado nunca [8], se puede ver como una consecuencia propia del Edicto del 212 ésta de la total desaparición del *ordo iudiciorum privatorum*. Es verdad que la supresión de las fórmulas en las *actiones* aparece en una constitución todavía del 342 [9], pero sería erróneo pensar que hasta esa época había perdurado el procedimiento *per formulas* de la época clásica. Se trata, en realidad, de una supervivencia del empleo de fórmulas, que no hacían más que entorpecer la justicia, dentro de un sistema procesal cognitorio. Porque si el proceso clásico es un procedimiento con fórmulas, no hay que olvidar que no todo procedimiento con fórmulas se ajusta al sistema clásico del *ordo* [10].

No sólo la decadencia de la jurisdicción pretoria, con la desaparición del *praetor peregrinus* [11], sino también la desapa-

---

[8] Sobre esta cuestión, vid. J. PARTSCH, *Die Schriftformel im röm. Provinzialprozess* (Breslau, 1905); M. WLASSAK, *Zum römischen Provinzialprozess*, 6 ss.; L. WENGER, *Procedura Civile Romana*, 46 s., n. 69.

[9] CJ, 2, 57, 1. Cfr. WLASSAK, *op. cit.*, 30.

[10] Vid. WENGER, *loc. cit.*

[11] Sobre esta magistratura, vid. ahora F. SERRAO, *La «iurisdictio» del pretore peregrino* (Milán, 1954); sobre su desaparición, p. 198 s. La inscripción CIL, III, 6154 dice de Anio Itálico (cfr. GROAG-STEIN, *Prosop.*, I, 659, p. 112 s.): *ius dixit inte(r) civ(is) et civis et pereg(rinos)*. BRASSLOFF, *Die Peregrinenprätur und die constitutio Antoniniana*, en BIDR, 26 (1911), 260 ss., sostiene que la pretura urbana y la peregrina se habrían fundido, a consecuencia de nuestro Edicto, en una sola magistratura; pero parece más probable que se trate de dos magistraturas distintas y sucesivas, como había interpretado MOMMSEN, CIL, *loc. cit.* Dado el *cursus* de aquel personaje, la pretura pudo ser anterior al año 211. En BOECK, *Essai sur le préteur pérégrin* (París, 1882), p. 40, el prejuicio de que el Edicto concedió la ciudadanía tan sólo a los súbditos «actuales» del Imperio impide poner el hecho de la desaparición del cargo como consecuencia de aquel Edicto.

rición de los *iudices privati* [12] debe considerarse como una consecuencia de la constitución Antoniniana. Un reflejo de la nueva situación procesal, creada por aquella concesión universal de la ciudadanía, tenemos en la obra de Ulpiano *de omnibus tribunalibus*, escrita poco después del 212, al menos en aquella parte que se puede atribuir a Ulpiano [13]; en ella se presenta el juicio contumacial, por medio de la *evocatio*, como de uso general [14]. En el 290 [15], tal proceso, que presupone la generalización de la *cognitio*, se considera como *consentaneum iuri*, lo que hace pensar que, incluso para la ciudad de Roma [16], resultaba un procedimiento ordinario desde hacía tiempo, no una novedad. Asimismo, debe ponerse en relación con estos cambios la generalización del proceso de apelación, con la consiguiente desaparición de la *provocatio ad Caesarem*, que venía reservándose para los ciudadanos [17]. Esto explica la abundante literatura que surge, entonces, en torno al tema: *de appellationibus* [18].

---

[12] WŁASSAK, *op. cit.*, p. 81, dice, sin más precisión, que tales jueces aparecen todavía en la época de los Severos. Un último testimonio de los *iudices ex quinque decuriis* tenemos en CIL, XI, 1926 (del año 205, aunque relativo a un *iudex* en momento anterior) y 1836 (de un cónsul del 261, que había sido *iudex* en su juventud, en fecha incierta, probablemente posterior al 212, lo que supondría un cierto retraso en la aplicación de las consecuencias procesales del Edicto). Por la misma época desaparecen los tribunales de centunviros y decenviros.

[13] Cfr. *imperator noster et divus Severus*, en *Dig.*, 26, 10, 7 y 50, 13, 1, 12 (cfr. 10). Vid. F. SCHULZ, *History*, p. 256.

[14] WŁASSAK, *op. cit.*, 68 ss., tiende a reducir esta referencia suponiendo una interpolación del término *praetor* en lugar de los *iuridici* (de Italia).

[15] CJ, 7, 43, 8.

[16] Como admite el mismo WŁASSAK, *op. cit.*, p. 46.

[17] Esto era inevitable al aumentar la masa de ciudadanos. Cfr. V. CAPPOCCI *(op. cit.* en *Estudios*, I, p. 300, n. 6), p. 121, n. 5, y G. SEGRÈ, *Scritti giuridici*, II, p. 236, n. 3.

[18] Así los libros de Paulo, Marciano, Macer y Ulpiano; este último lo escribió en época de Caracala y no de Elagabal; cfr. FITTING, *Alter und Folge*, p. 120. Sobre esta literatura *de appellationibus*,

Todo esto muestra que la suplantación total del proceso ordinario por el de la *cognitio* no pudo tener lugar en una fecha muy posterior al 212, en conexión con el radical cambio de estructura introducido por el Edicto de Caracala [19]. La misma introducción del formato del *codex* para las obras jurídicas es un indicio de la práctica de la *cognitio* [20].

Esta victoria del proceso cognitorio sobre el ordinario no era más que una consecuencia de la provincialización del Imperio todo. En el mismo sentido, debía producirse una equiparación de los fundos itálicos y los provinciales. En el 531 [21], Justiniano decidió una fusión de la usucapión romana con la *longi temporis praescriptio* provincial. Esto, naturalmente, implicaba una equiparación entre los fundos itálicos y los provinciales, pero no podemos pensar que la diferencia sub-

---

vid. R. ORESTANO, *L'appello civile in diritto romano* (Turín, 1952), p. 52 ss. En POxy. XVII, 2104 se conserva un rescripto de Alejandro Severo favoreciendo las apelaciones.

[19] La opinión quizá general coloca la desaparición del *ordo*, como paulatina, a lo largo del siglo III d. C. Así BETHMANN-HOLLWEG, *Röm. Civilpr.*, II, p. 782: «im Lauf des dritten Jahrhunderts». CUQ, en *Bibliothèque des écoles françaises d'Athénes et de Rome*, 21 (1881), 117-121, la coloca a comienzos de aquel siglo. Contra, MITTEIS, *Reichsrecht und Volksrecht*, p. 133, n. 4, el cual, sin embargo, invoca pruebas de la supervivencia del *ordo* que tienen poca fuerza demostrativa, pues se refieren a las provincias, donde, desde luego, tal procedimiento no podía considerarse todavía como en uso; según él, la constitución Antoniniana no implicó una reforma judicial decisiva, sino que tan sólo suscitó una serie de problemas de aplicación del derecho que en su mayoría no llegaron a ser resueltos por Caracala, pero en parte sí; a esa actividad habría que referir la constitución que amplía la jurisdicción penal de los procuradores presidiales: *Collatio*, 14, 3, 3. Es de lamentar que S. RICCOBONO, *Lineamenti delle Storia delle Fonti e del Diritto Romano* (1949), p. 36 ss., a pesar de insistir en la importancia de la *cognitio extraordinaria* para el «sviluppo» del derecho privado clásico, se limite a hablar de la suplantación plena del *ordo* durante el transcurso de los primeros «tre secoli», sin mayor concreción.

[20] Vid., sobre la introducción del *codex* a mediados del siglo III, mi referencia en AHDE, 23 (1953), 508 ss.

[21] CJ, 7, 31, 1; cfr. *Inst.*, 2, 1, 40.

sistiera hasta esa época tan tardía. Parece difícil pensar que la *longi temporis praescriptio* no se hubiera extendido a Italia en un momento en el que se había producido ya una equiparación fiscal entre los dos tipos de fundos [22]. La equiparación puede decirse consumada con las reformas fiscales de Diocleciano [23], pero no hay seguridad de que tal equiparación no procediera también de un momento poco posterior al 212. No debe llamar a engaño, en este punto, el hecho de que sigan apareciendo después de esa época concesiones de privilegios del *ius Italicum*. Es cierto que no sólo Septimio Severo [24], sino también el mismo Caracala [25] y aún Elagabal [26], concedieron un estatuto privilegiado, sin relación ninguna con asentamiento de veteranos o una especial romanización, a ciudades adictas; pero se trata de privilegios que, aunque impliquen una exención fiscal, no presuponen una supervivencia del principio de la diferencia entre los fundos itálicos y los provinciales [27].

---

[22] Vid. J. PARTSCH, *Die longi temporis praescriptio im klassischen römischen Recht*, p. 151; P. BONFANTE, *Corso*, II, 1, p. 237, y II, 2, p. 314; E. LEVY, *West Roman Vulgar Law*, p. 20.

[23] Al extenderse el impuesto territorial a Italia: Aurelio Víctor, 39,31.-La crítica de Albertario, *Studi*, V, 483, a tres textos, introducidos en obras que fueron escritas antes del 212, con una extensión del término *provincia* a Italia no interesa para nuestro problema.

[24] Cfr. Dion Casio, 75, 3, 2; *Dig.*, 50, 15, 1, pr. (Ulp.), y 8, 4 (Paul.). Así, Tiro, Laodicea y Heliópolis. Por Severo y Caracala, Cartago, Utica y Leptis Magna, en Africa. Sobre estas colonias de Severo, JONES, *The Greek City*, p. 133; MAGIE, *Roman Rule in Asia Minor*, II, p. 1544.

[25] Así a Emesa y Palmira. Sobre la aparente contradicción de Paul. *Dig.* h. t., 8, 6, vid. nuestra explicación en AHDE, 13, p. 41 ss. También, Edessa y, *salvis tributis*, Antiochía, a la que Pompeyo había dado autonomía. Quizá también Dura-Europos.

[26] Sidón.

[27] Ya Cómmodo había dado el título de *colonia Commodiana* a la misma Roma (Dion Casio, 72 [73], 15, 2), lo que demuestra el carácter puramente honorífico del título; cfr. SHERWIN-WHITE, *The Roman Citizenship*, p. 216 ss. G. I. LUZZATTO, en *Mélanges De Visscher*, IV [= *RIDA*, 5], p. 106 ss., indica que estas concesiones no

La equiparación de Italia a las provincias obedece a una tendencia muy anterior a Diocleciano, que se manifiesta ya a partir de Septimio Severo, pero principalmente con Caracala. Esta tendencia producía, ante todo, una generalización del régimen administrativo de la curia municipal.

Durante la estancia de Septimio Severo en Egipto, el año 200, Alejandría consiguió su *boulé* [28]. Esto significaba una intromisión importante en aquella ciudad, pero todavía se ha querido ver [29] una reforma general en ese momento para todas las ciudades de Egipto [30]. Elio Coerano [31], primer cónsul de origen egipcio, encargado de la secretaría *a libellis*, quizá pudo tener cierta participación en esa reforma [32]. Que tal reforma general se diera en el año 200 no es imposible; pero, de todos modos, llama la atención que *Vit. Sev.* 17 nos presente el caso de Alejandría como particular y relacionado,

---

consistían exclusivamente en inmunidad fiscal, que se podía otorgar sin tal título de *ius Italicum*, sino también en concesión de la ciudadanía romana, pero esto no es admisible para una época posterior al 212. Las concesiones de Caracala, por lo demás, podrían también ser anteriores al Edicto, lo que LUZZATTO, p. 107, parece negar. Respecto al *de censibus* de Ulpiano, así como el de Paulo, hay que observar lo poco factible de una mención de la corregencia de Geta después de haber sido asesinado por el emperador reinante.

[28] *Vit. Sev.*, 17.

[29] WILCKEN, en *Hermes*, 27, p. 295 s.; *Griech. Ostraka*, I, p. 430 ss. (p. 623 ss.); *Grundzüge*, p. 41; JOUGUET, *La vie municipale dans l'Egypte Romaine*, p. 345 ss.; A. H. M. JONES, *Cities of the Eastern Provinces*, p. 329 ss.; SHERWIN-WHITE, *op. cit.*, 218 ss.

[30] En efecto, dejando aparte algunas metrópolis, como Hermupolis y Antinoopolis, que tenían su *boulé* ya desde la época de Adriano (vid. JOUGUET, *op. cit.*, 346 s., y, para Antinoopolis, fundada el 130 por Adriano, BELL, en *Aegyptus* 13 p. s. 518 ss. y E. BOSWINKEL, *Einige Wiener Papiri* p. 10 s.), en varias otras parece hacer su aparición la *boulé* a principios del siglo III.

[31] Cfr. GROAG-STEIN, *Prosop.*, I, 161.

[32] Vid. H. A. MUSURILLO, S. J., *The Acts of the Pagan Martyrs*, p. 277, n. 1, el cual ve en la concesión de la *boulé* a Alejandría un reflejo de las tendencias revolucionarias que culminan en el Edicto del 212.

no con una reforma municipal general para todo Egipto, sino con otras alteraciones exclusivamente para Alejandría: *Alexandrinis ius buleutarum dedit... multa his iura mutavit.* Quizá se tratase tan sólo de una concesión aislada en atención a las peticiones locales [33]. Pero, sea cual sea el alcance de las reformas administrativas de Septimio Severo, es evidente que Caracala, entre otras reformas en la administración de las provincias [34], difundió sin reservas el sistema de la curia municipal [35]. A consecuencia de esa generalización uniformista, se utilizó cada vez más intensamente la palabra *civitas*, para designar, no ya la ciudadanía romana, sino cada «ciudad», en detrimento de otros nombres que reflejaban la variedad antiguamente existente, como *municipium, colonia*, etc. [36]. Así, pues, también en el orden de la administración local hubo de tener el Edicto sus importantes repercusiones. La idea de que

---

[33] MUSURILLO, *op. cit.*, p. 276, s.

[34] Así, por ejemplo, en España, la creación de la *nova provincia Citerior Antoniniana*. Vid. mi *Epigrafía Jurídica de la España Romana*, p. 137. Aprovecho la ocasión para llamar la atención sobre la corrección de A. BELTRÁN, en *Caesaraugusta*, 4 (1954), 132 a CIL, II, 4911, inscripción que se refería a esta nueva provincia a consecuencia de una mala lectura.

[35] MARQUARDT, *Staatsverwaltung*, I, 212; G. SEGRÈ, en *Studi Perozzi*, p. 213 ss., el cual ve en la nivelación de las varias constituciones de las ciudades del Imperio un objetivo del Edicto del 212 (p. 215). Consta que Caracala emprendió varias reformas municipales. Cfr. en este sentido JOUGUET, *op. cit.*, 374, n. 4. Tales reformas tendían, como ya las primeras de los tiempos de Adriano, a propagar la organización ciudadana en detrimento de los privilegios de la clase senatorial, que las veía, por tanto, con animadversión, lo que explica la referencia peyorativa de *Vit. Carac.*, 5: *et cum multa contra homines et contra iura civitatium fecisset...*

[36] Vid. KORNEMANN, s. v, *municipium*, en RE, XVI, 1, col. 575. Pero el término *municipes* se conserva como designación genérica de todos los pertenecientes a una ciudad, sin limitación a los *municipia* propiamente dichos: *sed nunc abusive municipes dicimus suae cuiusque civitatis cives* (Ulp., *Dig.*, 50, 1, 1, 1); el texto donde aparece este inciso fué revisado precisamente después del 212 (vid. mis observaciones en AHDE, 14, 66 ss.), y esto da un valor especial a la declaración.

habría dejado inalterados los *politeumata* ha inducido a muchos autores modernos [37] a disminuir el alcance, en orden al derecho administrativo y fiscal, de la concesión universal de la ciudadanía. Con ello, se ha concentrado en Diocleciano una revolución en todos los órdenes que, más probablemente, empezó a realizarse a continuación del Edicto. Como ya dijimos al principio de estos *Estudios* [38], la lectura [μ]ένοντος [παντὸς γένους πολιτευμ]άτων, para la línea 8-9 de PGiss. 40 I, dista mucho de ser segura [39], y, en realidad, aunque el Edicto no declarara nada sobre la organización ciudadana, también en ese orden la nivelación resultaba inevitable, una vez extendida la ciudadanía romana personal [40].

---

[37] Así, por ejemplo, a A. SEGRÈ, *Studies in Byzantine Economy: Iugatio and capitatio*, en *Traditio*, 3 (1945), 102 s.

[38] *Estudios*, I, 316 ss.; especialmente: 318, n. 2; II, 98 ss. Vid. allí las conjeturas hechas para esta laguna, y la nota siguiente.

[39] No persuade la conjetura de E. SCHÖNBAUER en *Journ. Jur. Papyrol.*, 6 (1952), 17: [μ]ένοντος [αὐτοῖς τοῦ δικαίου ἀξιωμ]άτων. No me parece convincente tampoco (cfr. AHDE, 19, 832) la conjetura de J. KEIL, en *Anzeiger der öster. Akad. der Wiss.*, Philos.-hist. Klasse, 11, 1949, 143-151: [μ]ένοντος [οὐδενὸς ἔξω τῶν ἐμῶν δωρημ]άτων. MAGIE, *Roman Rule in Asia Minor*, II, 1356, sugiere: μ. [οὐδενὸς ἄνευ τῶν δικαιωμ]άτων, lo que no es mucho más probable. Ahora OLIVER, *Free men and dediticii*, en AJPh, 76 (1955), 296, inclinándose por el suplemento de Jouguet y Schubart: ὀνομ]άτων, toma χωρίς, que podría ser también una preposición pospuesta (vid. los testimonios de ese uso que aduce el A.), como un adverbio con el sentido de *seorsum*, y propone, con cierta duda, este suplemento: μ. [τοῦ καταλόγου τῶν ὀνομ]άτων χωρ[ὶς] τῶν [δε]δειτικίων (en realidad: [δεδ]ει[τ]ικίων), lo que tra duce (p. 297): «the roll of dediticii still remaining separate». Creo que en este punto no se ha adelantado nada.

[40] Que una ciudad como Esparta, por el hecho de ser *foederata*, quedara excluída hasta el extremo de que sus habitantes no se hicieran ciudadanos romanos, parece del todo inverosímil. Los argumentos que se apoyan exclusivamente en nombres no-romanos (A. VON DOMASZEWSKI, en *Archiv für Religionswissenschaft*, 11 [1908], 239), y más cuando se fundan en dataciones hipotéticas (cfr. P. WOLTERS, en *Mitteilungen deuts. Arch. Inst., Athen. Abt.*, 28 [1903], 294 ss.) carecen aquí, como en el caso de Egipto (cfr. *Estudios*, IV), de valor demostrativo.

La tendencia niveladora aparece igualmente en la política fiscal de Caracala. Septimio Severo había dejado a sus hijos el tesoro imperial bien repleto, pero los enormes gastos de Caracala, especialmente por los halagos al ejército [41], obligó a intensificar las exacciones [42]. La agravación perjudicó especialmente a las clases más acomodadas. El *aurum coronarium*, impuesto suplementario sobre la renta, fué elevado [43], así como las contribuciones de géneros para el ejército, que pesaban sobre los grandes almacenistas; los más ricos hubieron de padecer también el régimen de donaciones inevitables y el aumento del impuesto sobre la herencia y las manumisiones, que pasó de *vicesima* a *decima* (10 por 100) [44]. Es más, Dion

---

[41] La política de tener contentos a los soldados obedecía, por lo demás, a una consigna del mismo Septimio Severo. Así, Caracala solía decir que el emperador debía ser muy rico para poder dar mucho a sus soldados (Dion Casio, 77, 10, 4); porque, a su vez, la fuerza del ejército adicto aseguraba los ingresos. De este modo, el sueldo militar fué elevado un 50 por 100 (Dion Casio, 77, 24, 1, y 78, 36, 3 ;Herodiano, 4, 4, 7), además de otros repartos. Cfr. *Vit. Getae* (y *Vit. Carac.*, 2, 8), 6, 2: *animis militum delinitis, inormibus etiam stipendiis datis.*

[42] La inflación monetaria de ese momento se manifiesta en la reducción del peso de los *aurei* y en la introducción el año 215 de la nueva moneda que llamamos *antoninianus*, que tenía una aleación variable, pero siempre con menos de un 20 por 100 de plata. De ahí que se favorecieran las exacciones en géneros y no en dinero. Vid. ROSTOVTZEFF, *Historia social y económica del Imperio Romano*, II, 282; OERTEL, en *Cambridge Anc. History*, XII, 262 y 725; L. C. WEST, *Gold and Silver Coin Standards*, 18 y 121 s. En el *antoninianus*, la efigie de Caracala aparecía con una corona de rayos solares, en tanto la emperatriz aparecía como divinidad lunar. Para más detalles sobre esta nueva moneda, vid. P. LE GENTILHOMME, en *Révue Numismatique*, 9 (1946), 15-114.

[43] Dion Casio, 77, 9, 2.

[44] Macrino había de volver a la vigésima (Dion Casio, 79, 12, 2) y Justiniano la suprimió (CJ, 6, 33, 3), aunque de sus palabras puede deducirse que ya había desaparecido prácticamente en un momento anterior. Sobre la atribución del principio *caduca fisco vindicantur* a Caracala o a Antonio Pío, vid. ARANGIO-RUIZ, en BIDR, 30 (1921), 211; R. BESNIER, en RIDA, 2 (1949), 104; cfr. *Epit. Ulp.*, 17, 2, y *Gnomon Idiou Logou*, 27.

Casio [45] parece atribuir a pura codicia, es decir, al deseo de aumentar los ingresos por ese impuesto, que gravaba sólo a los ciudadanos, la concesión universal de la *civitas* [46]. Esta acusación, sin embargo, es injusta, ya que el aumento fiscal por la incorporación a ese impuesto de una gran masa de ciudadanos pobres no podía ser demasiado importante, y resultaba una medida contraria al espíritu demagógico que inspira toda la política de Caracala. Tal censura sólo se explica en un representante de la clase senatorial [47], directamente ofendida por Caracala. Por lo demás, la concesión de la ciudadanía en tales proporciones más bien debió de producir una merma en los ingresos fiscales, ya que hubo de desaparecer el de la capitación que gravaba a los no-ciudadanos. Esta consecuencia fiscal de nuestro Edicto no aparece, sin embargo, con suficiente claridad, debido a la implicación de los datos especiales de Egipto. También aquí parece había de desaparecer la capitación [48], pero, por otro lado, sigue la percepción de la laographía—sucesora del συντάξιμον ptolemaico—después del año 212 [49]. Y la epikrisis, para la exención de ese impuesto, aparece hasta el 250 d. C. Esto hace pensar que tal consecuencia fiscal del Edicto no se operó inmediatamente [50]. Pero

[45] En la excerpta de Xifilino, 77, 9, 4.

[46] Se trataría de una intención oculta del emperador, que aparentaría un fin popular: λόγω μὲν τιμῶν, ἔργῳ δὲ... Cfr. el mismo giro al referirse al absolutismo de Caracala frente a Geta: 77, 1 (vid. infra, n. 66).

[47] Dion Casio ya había insinuado una crítica de la medida en el discurso que pone en boca de Mecenas (52, 19, 16), pero que alude a la situación contemporánea.

[48] KEYES, AJPh, 52 (1931), 267; A. CH. JOHNSON, *Roman Egypt to the Reign of Diocletian*, p. 534 y 717.

[49] Ostr. Theb., 86, del 213, se refiere a un ciudadano romano; también Ostr. Strass., 118, del 243, donde se señala un año en que se dejó de pagar; cfr. SB, 5677, del 222, y PRoss-Georg., IV, 20, del 223.

[50] S. L. WALLACE, *Taxation in Egypt from Augustus to Diocletian*, pp. 133 ss. La general desaparición de los recibos en ostraka que se observa al correr del siglo III (U. WILCKEN, *Gr. Ostraka*, I, 13) impide apuntar datos seguros a este respecto.

tal laographía debe considerarse como un impuesto especial de Egipto, que no suponía una inferioridad y por eso resultaba compatible con la nueva ciudadanía. El Edicto del 212 no tenía por qué provocar la desaparición de tal impuesto, sino que éste desapareció lentamente a consecuencia de la concurrencia de otros impuestos más lucrativos [51]. Así, pues, se puede decir que la *constitutio Antoniana* coadyuvó también a la nivelación fiscal, si bien las últimas consecuencias de tal nivelación no se organizaron hasta la época de Diocleciano [52].

En la mente de Caracala estaba sin duda la idea fundamental de que Roma era la *patria communis* [53]. Esto impli-

---

[51] Vid. en este sentido H. J. BELL, *The Constitutio Antoniniana and the Egyptian poll-tax*, en JRS, 1947, 17.

[52] Sobre el carácter de la *capitatio* que aparece a partir de Diocleciano no podemos entrar aquí en discusión. Vid. KARLOWA, RRG, I, 909 ss.; F. LEO, *Die capitatio plebeia und die capitatio humana im röm.-byz. Steuerrecht. Eine rechtshist. Studie* (Berlín, 1900); PIGANIOL, en *Rev. Hist.*, 176 (1935), 1, y en su *Histoire*, 456 s.; A. SEGRÈ, *Aspetti sociali del quarto secolo* (Roma, 1951), 257 ss.; S. MAZZARINO, en *Traditio*, 3 (1945), 118. Por lo que respecta al ἐπικεφάλαιον, es probable que no se trate de una propia capitación; cfr. A. CH. JOHNSON y L. C. WEST, *Byzantine Egypt: Economic Studies* (Princeton, 1949), 259 ss., y, sobre el edicto del prefecto Aristio Optato, del 297, que alude a un edicto de reforma fiscal de Diocleciano, que se ha perdido, vid. *ibid.*, 230 ss. La identificación de los λαογραφούμενοι con unos supuestos *dediticii* excluídos por Caracala de su concesión fué ya apartada como sin fundamento; cfr. *Estudios*, IV, 23 ss. Para la nivelación fiscal a consecuencia del Edicto, vid. W. SCHWAHN, en RE, VI, A, 1, s. v. *tributum*, col. 53. Dada la extensión de la ciudadanía, cualquier otra medida de agravación fiscal podía interpretarse como un atentado contra los «ciudadanos». Así ocurre con las de Diocleciano, según vemos reflejado en Lactancio, *de morte persecut.*, 23: *quae veteres adversus victos iure belli fecerant, ille adversus Romanos Romanis subiectos facere ausus est*; y 16: *ad hanc usque prosiluit insaniam ut ab hac captivitate ne populum quidem Romanum vellet immunem.* [Cfr. ahora: F. LOT, *Nouvelles recherches sur l'impot foncier et la capitation personelle sous le Bas-Empire.* (Paris 1955).]

[53] El dicho de Modestino «*Roma communis nostra patria est*» (*Dig.*, 50, 1, 33) refleja las ideas contemporáneas a consecuencia del Edicto del 212.

caba no sólo una difusión de la ciudadanía romana, sino también, por un lado, una nivelación social, en cierto modo, una ruralización de la sociedad, y, por otro, una fusión racial, una barbarización del Imperio

Tal tendencia unificadora resultaba especialmente lesiva para las clases más elevadas, en especial, los senatoriales. Aunque no sea seguro que Caracala tuviera el propósito de eliminar a los senadores de los altos cargos civiles y militares [54], sí es evidente una marcada tendencia—que ya Cómodo había iniciado—a substituir a los senatoriales por los *equites* [55], entre los que hay ahora un buen número de procedencia oriental. Aquella prevención que Augusto tuvo un día al organizar la provincia de Egipto, que reservó a un gobierno ecuestre, aparece generalizada ahora para el gobierno de todas las provincias. Por lo demás, aumenta también el número de *equites* que ingresan en el Senado [56]. Pero esta subversión en las clases dirigentes no era todo. En la política social de Caracala se manifiesta claramente una posición que podríamos llamar «antiburguesa» y favorable a la clase campesina y militar. La matanza organizada por el emperador durante su estancia en Alejandría, el año 215 [57], es una elocuente muestra de esa animadversión de Caracala a la burguesía [58]. En cambio, todo el afán del emperador se endereza a favorecer a sus soldados y la formación de colonias militares—*castella*—, situadas en las zonas fronterizas con los bárbaros, entre los

---

[54] En este sentido, A. v. DOMASZEWSKI, en *Rhein. Museum*, 58 (1903), 221.

[55] C. W. KEYES, *The Rise of the Equites in the Third Century of the Roman Empire* (Princeton, 1915); STEIN, *Ritterstand*, 413 s., y 450 s.

[56] STEIN, *op. cit.*, 288 s.

[57] Dion Casio, 77, 22; *Vit. Carac.*, 6.

[58] En este sentido, ROSTOVTZEFF, *Historia social y económica del Imp. Rom.*, II, 275 ss., que achaca a este mismo sentimiento antiburgués la concesión del 212. Si en la lín. 10 de PGiss, 40, I admitimos la lectura πλῆθος (cfr. *Estudios*, I, 323 s.), eso podría ser un indicio de la tendencia demagógica del emperador. Sobre la antítesis τὸ πλῆθος - οἱ ὀλίγοι en referencia a las luchas sociales de las ciudades, OLIVER, en AJPh, 1955 cit., 297.

que asentaba como propietarios rurales a los veteranos del ejército [59]. Esto provocaba una como pequeña urbanización de los ambientes campesinos, cuyo nivel, también en el aspecto cultural, quería elevar el emperador [60]. Naturalmente, como las nivelaciones sociales nunca pueden ser absolutas, quedó recrudecida con ello la distinción por criterios puramente económicos y no de alcurnia familiar, y de ahí esa clasificación de *honestiores* y *humiliores* que ha de caracterizar al Bajo Imperio [61].

Esta política de nivelación social está en conexión con el carácter eminentemente militar de Caracala, y precisamente en un momento en que el ejército se nutre cada vez con más intensidad de elementos bárbaros [62]. No se trataba ya de

---

[59] Vid. ROSTOVTZEFF, *op. cit.*, II, 284 ss.; F. MAROI, *Fattorie agricolo-militari ai confini dell'Impero Romano*, en *Atti Congr. Intern. Dir. Romano*, Verona, IV, 149.

[60] En PGiss, 40, II, Caracala aparece favoreciendo a los campesinos que van a Alejandría con fines educacionales: πολειτικωτέρας ζωῆς ἕνεκεν (lín. 25).

[61] Sobre esta clasificación social, CARDASCIA, *L'apparition dans le droit des classes d'«honestiores» et d'«humiliores»*, en RHD, 28 (1950), 305 y 416. PIGANIOL, *Histoire*, 409, lo pone en relación con el estado de cosas que dejó Caracala a su muerte.

[62] Sobre este punto, vid.: F. VITTINGHOFF, *Zur angeblichen Barbariesierung des Heeres durch Verbände der Numeri*, en *Historia*, 1950, 389; G. FORNI, *Il reclutamento delle legioni da Augusto a Diocleziano*, 65 ss. Sobre la barbarización del Imperio son importantes las obras de F. ALTHEIM, especialmente su *Niedergang der Antiken Welt* (sobre el reinado de Caracala: II, 263 ss.). Como ya señalaba en mi reseña (EMERITA, 1941, p. 198) a su libro sobre *Die Soldatenkaiser* (1938), Altheim presenta una visión bastante parcial del siglo III, al supervalorar la significación de los emperadores ilirios y denigrar la época de los Severos. Quizá el origen semítico de Septimio Severo no ha dejado de influir desfavorablemente en la visión de Altheim, algo afectada por las condiciones ambientales. Esto le hace caer en exageraciones parciales, para las que pasan sin crítica hasta los datos más dudosos. Así, el escándalo del incesto con Julia Domna se admite sin más, sin señalar siquiera que, para el autor de la crónica escandalosa, Domna era tan sólo la madrastra (cfr. infra, n. 94). Todo esto hace que la obra, sin dejar de ser importante, resulte poco útil.

incorporación de soldados bárbaros en las alas y cohortes, sino en las mismas legiones, en las que, por el procedimiento del reclutamiento regional, se había producido una merma notable de los itálicos; incluso en la misma oficialidad; es más, no sólo perdieron los itálicos el privilegio de cubrir los cargos de centuriones, sino que fueron excluídos de las fuerzas pretorianas. Aunque los *barbari* incorporados el ejército no alcanzaran la ciudadanía más que por la *honesta missio* [63], de hecho, la desaparición de los soldados *peregrini*, nuevos ciudadanos desde el 212, hacía que la *civitas* hubiera dejado de ser, dentro del ejército, una distinción apreciable [64].

Dentro de este ejército barbarizado, *Caracalla*, que debía ya su nombre familiar al humor de la soldadesca, se sentía en su ambiente. Ningún título le parecía más honroso que el de «camarada de armas»—συστρατιώτης [65]—. El ejército ha sido en todo tiempo un poderoso factor para la nivelación social y racial, y el militarismo de Caracala no podía menos de actuar en esa misma dirección. Pero este mismo militarismo venía a recrudecer el despotismo dinástico y el monarquismo que caracterizan a nuestro emperador.

A la muerte de Septimio Severo, Caracala mostró inmediatamente su absolutismo monárquico, aunque aparentando la participación con su hermano [66]. Entonces, según parece [67], se pensó en una división del Imperio, adjudicando a Caracala el Occidente y a Geta el Oriente [68]. Pero Julia Domna se

---

[63] Cfr. *Estudios*, III, 592 ss.

[64] Sí hubiera podido serlo el uso del anillo de oro—antigua insignia del orden ecuestre—que Septimio Severo había permitido usar a los soldados (Herodiano, 3, 8, 5; cfr. STEIN, *Rittersrand*, 47), pero probablemente no a los *peregrini*. Con todo, no parece que este distintivo se observara escrupulosamente.

[65] Herodiano, 4, 7, 6. Cfr. Dion Casio, 77, 3.

[66] Dion Casio, 77, 1: λόγω μὲν γὰρ μετὰ τοῦ ἀδελφοῦ, τῷ δὲ ἔργῳ μόνος εὐθὺς ἦρξε (vid. supra, n. 46).

[67] Para esta crisis: Herodiano, 4, 3, 4 s.

[68] Esta tensión entre monarquía y división del poder, que acaba por resolverse en la división territorial, problematiza constantemente

opuso rotundamente, asimilando con patetismo la indivisibilidad del Imperio a la suya corporal. Los hijos se limitaron a repartir el Palacio, pero la tensión acabó por resolverse, en febrero del 212, mediante la muerte violenta de Geta. Este momento es el decisivo para todo el reinado de Caracala; bajo la anécdota late todo el pathos de una concepción política nueva, con la que se inaugura una nueva época para la historia de Roma. Caracala presentó aquel suceso como una providencial salvación de su persona y de la idea monárquica: ὑπὲρ τῆς ἑαυτοῦ σωτηρίας καὶ μοναρχίας [69]. El mismo Edicto del 212, que pertenece a aquella serie de actos que tratan de borrar la impresión sobrecogedora del fratricidio [70], habla, probablemente, de esa «victoria» [71]. La unificación del Imperio está,

---

la vida del Imperio Romano. Vid. E. KORNEMANN, *Doppelprinzipat und Reichsteilung im Imperium Romanum* (1930).

[69] Herodiano, 4, 4, 7; cfr. 4, 4, 6: ἕνα ἑαυτὸν βασιλέα τετηρῆσθαι ὑπὸ τῆς τύχης.

[70] Así, gracias de amnistía—ἵνα πᾶσα ἡ οἰκουμένη χαρῇ—; cfr. *Estudios*, I, 305, n. 4; un congiario, que fué seguido por otros dos en los dos años siguientes, pero no más (D. VAN BERCHEM, *Les distributions de blé et d'argent a la plèbe romaine sous l'Empire*, 160); unos *vota publica*, que no se repiten hasta el año 215 (H. MATTINGLY, *The Imperial «vota»*, en *Proceedings of the British Academy* 36, pp. 166 y 188, n. 41). Esto, naturalmente, era compatible con la deificación de la víctima: *sit divus dum non sit vivus (Vit. Get.*, 2); a la vez que con su *damnatio memoriae* (cfr. PMich, VI, p. 97 s.). Quinto Mecio Leto, prefecto del pretorio en 205, que parece haber aconsejado a Caracala la supresión del hermano *(Vit. Carac.*, 3, 4), fué premiado en el 215 con el honor del consulado; lo que no impidió que luego también cayera asesinado. En cambio, Papiniano, entre otros, fué eliminado por reprobar el acto (Aurelio Víctor, 20, 33: *quae victoria Papiniani exitio foedior facta)*.

[71] PGiss, 40, I, lín. 4: τῇ [τ]οιαύτῃ [νίκῃ. Vid. los autores que sostienen este suplemento en *Estudios*, I, 313, n. 2. También lín. 10: τῇ νίκῃ ἐνπεριει[λῆφθαι; sólo que aquí, donde la lectura es segura (vid. *Estudios*, I, 323 s.), la «victoria» quizá tenga un sentido menos concreto. Por lo demás, parece evidente que el uso de la palabra «victoria» para el fratricidio llamó la atención. Así, Herodiano, 4, 5, 2: τὸ νικῆσαν ἀδικεῖν δοκεῖ. Sobre otras referencias a ese abuso, *Estudios*, I, 328 ss.

pues, en una conexión radical con el monarquismo militarista de Caracala. Hasta qué grado pudo influir en esta megalomanía política el modelo de Alejandro, unificador de razas, por el que Caracala tenía una admiración pueril [72], resulta fácil de ver; pero el fondo de la misma no se limita a ese mimetismo de una figura de brillo legendario, sino que mana de una concreta mentalidad religiosa de la que toda la política de Caracala y el mismo Edicto del 212 son congruente manifestación.

Una especial actitud de Caracala respecto a su propia deificación explica ya su posición política. Es sintomático en este sentido que haga su aparición precisamente en esta época la fórmula de devoción a la persona divino-humana del emperador, a esa dúplice naturaleza que se indica con los términos *numen* y *maiestas*, la fórmula de obsequio que se va a repetir durante el siglo III y IV, al final, con siglas protocolarias: *devotus numini maiestatique eius* [73]. Esto suponía una culminación de aquellas tendencias que germinalmente aparecen en los comienzos del culto imperial [74], pero, al mismo tiempo, una extensión de concepciones que venían un poco limitadas a las provincias, y, en este sentido, también un

---

[72] Pose de llevar la cabeza inclinada sobre el hombro derecho (*Vit. Carac.*, 2, 2); colocación de estatuas al modo de Alejandro (Dion Casio, 77, 7, 1); figuras con media cara de Caracala y otra media de Alejandro (Herodiano, 4, 8, 1); cfr. *epit. de Caes.*, 21, 4. La misma expedición contra los Parthos fué inspirada por un móvil de gesta Alejandrina, y por ello se adoptó la disposición táctica de la falange macedónica. Se ha llegado a pensar incluso si acaso las matanzas del 215 en la ciudad de Alejandría no tenían el valor de sacrificios humanos en honor al fundador de la ciudad (MUSURILLO, *op. cit.*, p. 232). OLIVER, en AJPh, 1955, cit. p. 293, sugiere que para la *constitutio Antoniniana* habría sido un estímulo el modelo de Alejandro al proponer la unión de Iranios y Macedonios en la fiesta de Opis.

[73] Sobre esta fórmula vid. H. G. GUNDEL, en *Epigraphica*, 15 (1953) [1955], 128. El primer testimonio (CIL, VI, 1058 = DESSAU ILS, 2157) es del año 210.

[74] Sobre la conexión entre la *devotio* ibérica y la formación del culto al emperador vid. mi estudio en EMERITA, 10 (1942), 197.

rasgo más de la provincialización del Imperio. La *maiestas* del emperador se nos presenta como aquel poder sobrehumano, común a los dioses y al emperador. El mismo Edicto del 212 habla de la *maiestas* de los dioses, que exige un acto universal de devoción a los mismos por parte de una población inmensa y fundida por la gracia generosa del emperador [75], al que los mismos dioses acaban de salvar providencialmente [76]. Esto muestra a lo vivo el núcleo religioso del Edicto. Concretamente: el centro vital de toda la política de Caracala radica precisamente en una especial concepción teológica, cuyos rasgos fundamentales son el sincretismo y el monoteísmo solar.

El monarquismo de Caracala aparece expresamente relacionado con la hegemonía de Júpiter en una referencia de Herodiano [77], pero es indudable que, más que ahí, debe verse su raíz teológica en el monoteísmo del culto solar, del *Sol invictus*. A este respecto, el hecho de que el emperador Aureliano, después de su victoria sobre Zenobia, reina de Palmira, el año 274, establezca con carácter oficial el culto solar [78], ha dejado en penumbra la existencia de ese mismo culto, no sólo desde Elagabal, sacerdote especial de ese culto, sino ya desde Caracala, que se titula *Sol invictus imperator* [79], y, en

---

[75] BGU, 665 (del año 225) habla del «don divino» de la ciudadanía concedida el 212.

[76] PGiss, 40, I, lín. 5: τῇ μεγα[λ]ειότητι αὐ[τῶ]ν τὸ ἱκανὸν ποι[εῖν]... Para los suplementos de esa línea vid. *Estudios*, I, 314.

[77] Herodiano, 4, 5, 7: βασιλείαν δε ὁ Ζεύς, ὥσπερ αὐτὸς ἔχει θεῶν μόνος, οὕτω καὶ ἀνθρώπων ἑνὶ δίδωσι. Sobre las implicaciones políticas del monoteísmo vid. E. PETERSON, *Der Monotheismus als politisches Problem. Ein Beitrag zur Geschichte der politischen Theologie im Imperium Romanum* (Leipzig, 1935).

[78] Sobre el culto solar de fines del siglo III y principios del IV, F. ALTHEIM, *Aus Spätantike und Christentum* (Tubinga, 1951); especialmente sobre Aureliano, p. 41 ss. Altheim señala el origen árabe a ese culto (p. 26 ss.). P. HABEL, *Zur Geschichte des in Rom von den Kaisern Elagabalus und Aurelianus eingeführten Sonnenkultus* (Breslau, 1889), no atiende suficientemente los antecedentes de la época de Caracala.

[79] Vid. H. P. L'ORANGE, *Sol Invictus Imperator. Ein Beitrag zur*

forma privada, ya desde el siglo II [80]. Esta nueva deidad aparece identificada a veces con Mitra. En la inscripción de las Termas de Caracala aparece fundida con Zeus y con Serapis para formar un Κοσμοκράτωρ 'Ανίκητος. Sirve, pues, ese culto solar para operar el poderoso sincretismo que caracteriza el tono religioso oficial de la época.

El mismo culto imperial, que cobra fuerza especial en este momento histórico [81], no escapa a la fuerza de atracción del movimiento sincretista. Se ha querido ver una relación del Edicto del 212 con una *supplicatio* extraordinaria [82], quizá incluso con un *dies imperii*, precursor del *dies imperii* de Decio, el 250, famoso por la cruenta persecución de cristianos a que dió lugar [83]. Pero, por un lado, no tenemos noticias de ninguna *supplicatio* entre el 198 y el advenimiento de Macrino [84], a la muerte de Caracala; por otro, no parece nada probable una relación de nuestro Edicto con una persecución de cristianos. En realidad, no puede atribuirse a Caracala una actitud especialmente hostil contra el Cristianismo [85]. Aparte la referencia de Tertuliano a que Caracala tuvo una nodriza cristiana [86], sabemos que el cristiano Marco Aurelio

---

Apotheose, en *Symb. Osloenses*, 14 (1936), 86; L. BERLINGER, *Beiträge zur inoffiziellen Titulatur der röm. Kaiser* (Breslau, 1935), p. 22.

[80] CIL, VI, 717, del 128, dedicada por unos *equites singulares*, probablemente de Oriente.

[81] POxy, XII, 1449 documenta una lista de ofrendas al culto imperial, precisamente del 213 al 217, lo que hace pensar en los nuevos ciudadanos del 212.

[82] J. STROUX, en *Philologus*, 42 (1933), 282.

[83] Vid. ALFOELDI, *Zu den Christenverfolgung in Mitte des 3. Jahrhunderts*, en *Klio*, 1938, p. 333 ss., y LIESIRING, *Untersuchungen zur Christenverfolgung des Decius* (Wurzburgo, 1933).

[84] Cfr. L. HALKIN, *La supplication d'action de graces chez les Romains* (París, 1953).

[85] Sobre la actitud no hostil de Caracala cfr. H. GREGOIRE, *Les persécutions dans l'Empire Romain* (Bruselas, 1951), 36 s. Vid. K. BIHLMEYER, *Die syrischen Kaiser zu Rom und das Christentum* (Rotenburgo, 1916), que recoge todos los datos relativos a la actitud de los Severos respecto al Cristianismo.

[86] Tertuliano, *ad Scapulam*, 4: *lacte Christiano educatus*.

Prosena continuó hasta la muerte del emperador en el desempeño de funciones palatinas. El año 216 pudo celebrarse sin dificultad un Concilio en Cartago, y las iglesias de Africa tomaron gran incremento [87]. La sobrina del soberano, Julia Mamea, tuvo declarada simpatía por los cristianos. En fin, que el Edicto, al aumentar el número de ciudadanos perseguibles por *crimen maiestatis*, hubiera aumentado la persecución de cristianos, parece del todo improbable [88]; por el contrario, más bien cabe decir que la incorporación a la ciudadanía romana de muchos cristianos que eran simples *peregrini* repercutió en un mejoramiento de su situación y en estímulo para su proselitismo. La reacción del 250 parece presuponer un auge agresivo del Cristianismo precisamente en la primera mitad del siglo III, bajo los efectos del Edicto de Caracala. Quiere esto decir que no podemos atribuir a Caracala una propaganda exclusivista del culto imperial. Ello se explica si tenemos en cuenta que ese mismo culto debía quedar integrado en la corriente sincretista, a favor de la cual el Cristianismo pudo introducirse en nuevos ambientes religiosos. Así se explica también que Caracala, distinguido como devoto de Serapis—φιλοσάραπις [89]—e importador de otros cultos

---

[87] Las primeras lápidas cristianas son precisamente de ese año 216.

[88] Esta teoría fué defendida por E. PERROT en una comunicación a la «Société d'Histoire du Droit» (vid. RHD, 1924, 367 ss.). A ello se referiría el Edicto, al invocar su fin religioso. Vid. la crítica de esto en GREGOIRE, *op. cit.*, 112 s., n. 37, quien parte, de todos modos, de una posición excesivamente favorable de la situación de los cristianos antes del 250. PERROT, *op. cit.*, p. 369, se fija en la mención de unos *libelli* (sobre los *libelli* de las exigidas profesiones de fe paganas, GREGOIRE, *op. cit.*, 113, n. 41, con liter.) en PGiss, 40, I, lín. 2, pero se trata de una lectura poco probable; cfr. *Estudios*, I, 311 s.

[89] Durante la matanza de Alejandría, Caracala se refugió en el templo de Serapis y le consagró la espada que había matado a Geta (Dion Casio, 77, 23, 2; cfr. MUSURILLO, *op. cit.*, 230). En la orden de expulsión de los egipcios que se hallan en Alejandría (PGiss, 40, II, lín, 20 ss.) se hace una excepción a favor de los que van a honrar a Serapis. Cfr. *Estudios*, I, 306, n. 1.

orientales [90], favoreciera también en las provincias el culto a Júpiter Capitolino [91].

Para entender el sentido de este sincretismo de Caracala [92] es preciso tener presente el ambiente de su educación y el que le rodeaba en su corte.

Africano por parte de su padre, Basiano [93], que había de ser el emperador Marco Aurelio Antonino Caracala, era hijo de la siria Julia Domna [94], hija de un sacerdote de Emesa [95]. Según se cuenta [96], el horóscopo favorable a Julia—de que había de casarse con un rey—fué lo que movió a Septimio

---

[90] Aur. Victor, 21, 4, se refiere a una importación de cultos egipcios; *Vit. Carac.*, 9, 10, nos habla concretamente de Isis como culto especialmente favorecido por Caracala. Vid. CUMONT, *Les réligions orientales dans le paganisme romain*, p. 127. Las religiones orientales resultaban atractivas, tanto por su universalismo, como por el carácter popular de los sacerdotes improvisados que las propagaban. Sobre la hipótesis equivocada de PGiss, 40, I como disposición relacionada con la importación de cultos extranjeros, vid. *Estudios*, I, 332.

[91] Vid. U. WILCKEN, en *Archiv für Papyrusforschung*, 5, p. 428, y 9, p. 94; *Grundzüge*, 116 s.-BGU, 937, 8 presenta un no aclarado testimonio de δημιουργὸς Θεᾶς Ῥώμης. Demasiado unilateral es el punto de vista de STROUX, en *Philologus*, 1933, cit. 272, de que el Edicto tenía por fin la propaganda de los cultos romanos.

[92] Sobre el sincretismo que prepara la política religiosa de Constantino, vid. W. WEBER, *Die Vereinheitlichung der religiösen. Welt*, en *Probleme der Spätantike* (Vorträge von R. Laqueur, H. Koch, W. Weber) [Stuttgart, 1930], p. 67 ss., pero no destaca especialmente el papel de Caracala en este sentido.

[93] Para la historia de Caracala, vid. A. CALDERINI, *I Severi. La crisi dell'Impero nel III secolo* (1949), especialmente p. 87 s., y la literatura cit., p. 547.

[94] Una falsa noticia hace a Caracala hijo de la primera mujer de Septimio Severo, Paccia Marciana, y, por lo tanto, hijastro de Julia Domna.

[95] Un antepasado, Cayo Julio Sampsigerano, había recibido la ciudadanía por beneficio de César. También la familia de Septimio Severo, de Leptis Magna, del rango ecuestre, había recibido la ciudadanía antes de la concesión universal del 212: *ante civitatem omnibus datam (Vit. Sev.*, 1, 2).

[96] *Vit. Sev.*, 3, 9.

Severo al matrimonio, cuando, viudo de su primera mujer, se hallaba como legado imperial en Siria. Mujer de talento y buena administradora [97], Julia Domna tenía una gran inquietud religiosa e intelectual [98]. Famoso era el «salón» literario que mantuvo en la corte [99]. A él acudían, aparte otras mujeres de la familia imperial, intelectuales tan distinguidos como Diógenes Laercio, Eliano y Sereno Sammónico, juristas como Papiniano, Paulo y Ulpiano, pero entre todos destacaba el brillante sofista Filóstrato de Lemnos. La «Vida de Apolonio de Tyana» que aquél escribió por encargo de Julia Domna, aprovechando unos apuntes supuestos de un discípulo de Apolonio, refleja muy bien los ideales religiosos de aquel círculo intelectual. Sobre la base de una vida legendaria de un neopitagórico que realmente vivió en el siglo I, se urdió todo un mito universal de perfección mundana y religiosa, para el que se aprovecharon incluso pinceladas procedentes de la vida de Jesucristo, ya que tenía como medio de su misma universalidad un abigarrado sincretismo. También Apolonio, como hombre cuasi-divino, vino a incorporarse a ese refinado panteón cultivado por los Severos [100].

---

[97] Durante el reinado de Caracala, Julia Domna gobernó a su antojo, sin más límites que el de respetar los intereses militares (Dion Casio, 77, 18; 78, 4, 23 s.).

[98] Filóstrato, *vit. phil.*, 2, la llama «la filósofa Julia».

[99] Sobre este ambiente (p. 190 ss.) y el movimiento sincretista en general, vid. J. RÉVILLE, *La religion a Rome sous les Sévères* (París, 1886). Libro éste que adolece de aquella fácil desorientación, nada rara en las obras de su época, que produce la consideración puramente fenomenológica, y sin comprensión espiritual, de los hechos religiosos. Más liter. en PIGANIOL, *Histoire*, p. 416 s. Sobre la importancia política del culto solar de Emesa a través de la influencia de las mujeres de la familia de los Severos, vid. A. VON DOMASZEWSKI, *Die politische Bedeutung der Religion von Emesa*, en *Archiv für Religionswissenschaft*, 11 (1908), 223.

[100] Caracala elevó un ἡρῷον a Apolonio (Dion Casio, 77, 18, 4) y favoreció a la ciudad natal del mismo, como inducen a pensar las acuñaciones de Tyana con el nombre del emperador; cfr. MAGIE, *Roman Rule*, cit. II, 1553. Alejandro Severo colocó la imagen de Apo-

Caracala estaba profundamente influído por este ambiente del sincretismo religioso [101]. Su misión imperial se le aparecía como la de un nuevo Alejandro que, fundiendo pueblos, nivelando clases, amalgamando culturas [102], dominando el mundo por la unidad de su poder militar, llevase las masas gigantes-

---

lonio en su oratorio particular, al lado de la de Jesucristo y de la de Orfeo *(Vit. Alex.*, 29).

[101] Se nos habla de visitas realizadas por Caracala al santuario salutífero de *Apollo Grannus* y al de Asclepíades en Pérgamo (esto, de todos modos, puede ser una falsa noticia derivada de la restauración del templo por el emperador; cfr. MAGIE, *Roman Rule*, cit. II, 1551), y de ahí que se nos presente como el εὐσεβέστατος πάντων ἀνθρῶπων. Vid. Dion Casio, 77, 15, 6 y 77, 16; Herodiano, 4, 4, 5; 4, 8, 3 y 7.

[102] En este sentido debe recordarse el favor para el reconocimiento del griego como lengua jurídica. Vid. sobre esta tendencia grequizante: STEIN, *Untersuchungen zur Geschichte und Verwaltung Aegyptens unter röm. Herrschaft*, p. 149 y 169; H. ZILLIACUS, *Zum Kampf der Weltsprachen im oströmischen Reich* (Helsingfors, 1935); U. WILCKEN, en *Atti IV Congr. Intern. Papirol.*, p. 101 ss. En la jurisprudencia coetánea del Edicto se refleja la caída del exclusivismo del latín como lengua jurídica: Ulpiano, 48 *ad Sab. (Dig.*, 45, 1, 1, 6): *ut omnis sermo contineat verborum obligationem*; Ulp. eod. *(Dig.*, 46, 4, 8, 4): *... et Graece posse acceptum fieri*, etc.; Paulo, 8 *ad Ed.* [?] *(Frag. Vaticana*, 319): *Etiam Graecis verbis cognitorem dari posse inter omnes constat.* Para el testamento consta la admisión desde la época del emperador Alejandro Severo; cfr. PRainer, 1072 (del 235); vid. A. MASCHI, en *Aegyptus*, 1937, 226, con liter. La Nov. Teod., 16, 8, reconoce, naturalmente, que *Graece testari concessum est*, lo que ha sido malamente adulterado por Justiniano en CJ, 6, 23, 21, 6. Un testamento perfectamente romano, pero escrito en griego, presenta PPrinc, 38. Viceversa, el latín se introduce en los ambientes griegos, aunque la expansión del latín tenga más alcance bajo Diocleciano. PRoss.-Georg., 18 (del 213) presenta la introducción del latín en los protocolos judiciales. De todos modos, no se estimaba imprescindible que los nuevos ciudadanos hablaran latín, a diferencia de lo que ocurría a comienzos del Principado; cfr. Suetonio, 16, 2; Dion Casio, 60, 17, 3; vid. los datos que recoge Gertr. LIENHART, *Tiberius, Caligula, Claudius, Nero quid extra munera scripserunt et quomodo litteris faverint vel obtrectaverint fragmentis et testimonii collectis demonstratur* (Diss. Endingen, 1934).

cas de sus clientes [103], devotos a su *numen* y a su *maiestas*, para rendir culto a los dioses fundidos [104], también ellos, por la fuerza unitaria del culto solar. Ese es el pathos teológico-político que inspira la *constitutio Antoniniana* [105], acto deci-

---

[103] La población del Imperio aumentó al máximo bajo Caracala: *Bassiani consilii tamquam in summo constitit* (Aur. Victor, 24, 8-9). Respecto a la lín. 6 de PGiss, 40, I, me sigue pareciendo aceptable el suplemento de J. STROUX (cfr. *Estudios*, I, 314): ... εἰ τοσάκις μυρίους ὁσ]άκις ἐάν ὑ[π]εισέλθ[ωσ]ιν εἰς τοὺς ἐμοὺς ἀν[θρ]ώπους... lo que no tiene por qué referirse a infiltraciones de bárbaros, sino al aumento de los «ciudadanos del Emperador». Vid. la recta interpretación de esta frase en OLIVER, en AJPh, 1955, cit. 289 ss. Menos acertado, SHERWIN-WHITE, *The Roman Citizenship* (Oxford, 1939), p. 226. Como señala OLIVER, loc. cit., los súbditos del emperador constituyen su *clientela*, sus ὑπήκοοι. En la lín. 8 de PGiss, 40, I, habría que suplir, por tanto: ἅπα[σι τοῖς ὑπηκόοις κατὰ τ]ὴν οἰκουμένην *(do igitur «universis in mea fide qui sunt» civitatem Romanam)*. Esto resulta muy aceptable, pues Justiniano (Nov., 78, 5) emplea ese mismo término al referirse al Edicto: ἅπασιν ἐν κοινῷ τοῖς ὑπηκόοις δεδώρηται (cfr. *Estudios*, II, p. 194), y Din Casio, 77, 9, 5, dice algo parecido: πάντας ἐν τῇ ἀρχῇ αὐτοῦ, donde *arché* se referiría al patronato que implica la *clientela*. Sobre esta terminología tomada de las tablas de patronato, vid. OLIVER, *op. cit.*, 292 ss.

[104] A las conjeturas sobre la lín. 7 (cfr. *Estudios*, I, 315) hay que añadir la lectura de J. KEIL, en *Anzeiger Akad. Wien*, 1948, p. 143 ss.: [τῇ λατρείᾳ τῶν Ῥωμαίω]ν θεῶν συνε[π]ενέγκ[οι]μι. OLIVER, *op. cit.*, p. 291, prefiere: [τοῖς βωμοῖς, κτλ., pero sugiere, y me parece que con acierto, que los dioses a que se refería Caracala no eran los dioses de Roma, sino todo aquel conjunto de deidades que le habían protegido y salvado del peligro: [ἅμα εἰς τὰ ἱερὰ τῶν ἐμῶ]ν (o: τῶν αὐτῶ]ν), θεῶν συνει[σ]ενέγκ[οι]μι. Esto me parece más congruente con la idea sincretista que domina a Caracala. Cfr. n. 90 sobre la idea equivocada de que PGiss, 40, I, se refería a una importación de cultos orientales.

[105] Sobre la *constitutio Antoniniana* como acto de nivelación religiosa, WISSOWA, *Religion und Kultus der Römer*, p. 89 y 355; J. GEFFCKEN, *Der Ausgang des griechisch-römischen Heidentums* (Heidelberg, 1920), p. 13. La relación entre el Edicto del 212 y las ideas sincretistas y de culto solar, especialmente por influencia de la madre del emperador, aparece ya, aunque sumariamente, señalada por W. VAN HILLE, *Julia Domna en de constitutio Antoniniana van 212*, en *Tijdschrift voor Geschiedenis*, 55 (1940), 113. MAGIE, *Roman Rule*, cit. I,

sivo del proceso de unificación imperial que da su sello al siglo III.

ALVARO D'ORS.

685, insinúa que la idea del Edicto se debe más al *consilium* que al mismo emperador; esto no es imposible, pero, en todo caso, no hay incompatibilidad entre las ideas que podemos sospechar dominaban a Caracala y el sentido histórico-político de la extensión de la ciudadanía.

LA IRRELIGIOSIDAD DE POLIBIO

SUMARIO

I. 1) Amplitud y complejidad del problema. 2) Opiniones contrastantes acerca de la irreligiosidad del historiador. 3) Supuestos y carácter de un nuevo examen de la cuestión.

II. 4) El origen de la religión según Polibio: inconcordancia de sus diversas conclusiones. 5) Los dioses y lo divino: actitudes positivas y negativas de Polibio, y raíz de su diversidad. 6) Su desinterés por el contenido mistérico y soteriológico de la religión. 7) El culto y sus manifestaciones en el comentario de Polibio. 8) La reprobación de la ἀσέβεια.

III. 9) La irreligiosidad y la religiosidad de Polibio en el marco de las religiones nacionales. 10) Polibio, o la irreligiosidad del científico y del político.

I

1) Descubrir que en Polibio había un hombre y un pensador tendencialmente irreligioso no ha solido ser para los estudiosos de su obra una empresa muy difícil. Generalmente les ha bastado con aducir la media docena de textos más cla-

morosos en los que el historiador explica el origen de la religión como resultado de una pura invención humana, o aborda con mente racionalista la interpretación de hechos míticos y cultuales, o concibe la función propia de lo religioso como un puro instrumento político enderezado a dominar al pueblo: el resultado negativo de la «fe» de Polibio parecía resultar así evidente, y tanto los comentadores de sus «Historias» como los tratadistas de la religiosidad griega han solido descansar concordes una vez «proclamada» esta tan aparentemente diáfana irreligiosidad del historiador griego.

Adelantemos desde ahora que una tal opinión sobre la irreligiosidad de Polibio es hasta cierto punto válida y correcta, y que aquí no se trata propiamente de impugnarla. Pero al mismo tiempo parece también insuficiente y merecedora de ser más ampliamente analizada y explanada, y ello por diversos motivos. Ante todo por el hecho de que la irreligiosidad es, en sí misma, uno de los fenómenos más complejos, cambiantes y problemáticos a que puede dar lugar el espíritu humano, y porque para comprenderla no basta simplemente con «proclamarla». La irreligiosidad, por otra parte, no es ni se puede concebir como una postura abstracta y flotante en el espacio, sino que consiste en una actitud contradictoria, condicionada y correlativa respecto de una religiosidad positiva y anterior; en ella, además, caben muy diversos grados y matices, muchas posturas más o menos coherentes o ilógicas. La irreligiosidad, en fin, es también una «figura» (1) religiosa, hasta el punto de que la tipología misma del hombre irreligioso no es menos variada que la del religioso. A todo ello se añade, en el caso concreto del mundo griego, la especial inserción de la religión (2)—y por lo tanto de la irreligio-

(1) La ciencia de las religiones empieza a prestar especial atención a este tema de la irreligiosidad precisamente en función de ser una importante «figura» religiosa. Cf. G. van der Leeuw, *Phänomenologie der Religion*, Tubingen, 1933. Sobre las condiciones y consecuencias sociológicas de este fenómeno, cf. G. Meusching, *Sociologie Religieuse* págs. 81 y sigs., París, 1951.

(2) Si una comprensión de la religión griega ha resultado ser, se-

sidad—, en la total cultura griega: en una religión de tipo nacional (1) la actitud irreligiosa implica posturas que entran en colisión no sólo con la religión, sino también en cierto modo con las bases de la nacionalidad y con la cultura patria tradicional. Con decir, pues, que Polibio es irreligioso no se aclara un sector de su bagaje mental y afectivo y en cambio se plantea más bien un nudo de problemas.

Estos problemas no se los han solido formular expresamente ni los estudiosos de la obra de Polibio ni los estudiosos de la religiosidad griega: pero basta un examen de las opiniones expresadas por unos y otros para percibir, por lo menos, la inconcordancia de puntos de vista y la notable imprecisión con que se ha enjuiciado casi siempre la aparentemente obvia cuestión de la irreligiosidad polibiana. Por ello antes de iniciar por nuestra parte un examen de esta cuestión no será inoportuno resumir brevemente las valoraciones emitidas acerca de este aspecto de la persona y de la obra del historiador griego.

2) Por lo que se refiere a los estudiosos de la obra de Polibio la irreligiosidad del megalopolitano no ha solido inducirles a muy especiales indagaciones. Ya desde el estudio de Hirzel (2) se ha buscado en él con más empeño una filosofía que

---

gún la famosa afirmación de W. F. Otto *(Die Götter Griechenlands,* páginas 1-9, Geisle, 1929), una de las conquistas más difíciles para el espíritu moderno, se puede suponer que, correlativamente, también la irreligiosidad griega plantea problemas especiales.

(1) Sobre el carácter esencialmente «nacional» de la religión griega, cf. M. P. Nilsson, *Griechischer Glaube,* págs. 3 y sigs., Berna, 1950. Sobre la trascendencia del concepto mismo y del contenido de la «religión nacional» por oposición a las supranacionales y a las mistéricas, cf. especialmente R. Pettazzoni, *A functional View of Religion* (en «The Review of Religion», págs. 225-237, Nueva York, 1937). Del mismo autor: *Religioni nazionali, supranazionali e misteriche* (en «Saggi di Storia delle Religioni e di Mitologia», págs. 153-168, Roma, 1946).

(2) R. Hirzel, *Untersuchungen zu Cicero's philosophischen Schriften,* vol. II. Excursus VII, págs. 847-907, Leipzig, 1882. Respecto de

una religión. Todavía en la obra de Scala (1), tan importante en la serie de monografías polibianas, predomina la consideración de la ética del historiador y el afán de identificar a los maestros que formaron su pensamiento filosófico. Del todo ajenas o poco pertinentes al tema que nos ocupa son las obras de Cuntz, Laqueur y Siegfried (2). No falta algún trabajo destinado a estudiar precisamente el pensamiento de Polibio—por ejemplo, el de Stumpo—(3), donde se prescinde por completo de desarrollar el tema de su pensamiento religioso. Entre los más recientes estudios de la obra de Polibio, como los de Wunderer y Mione, se observa ya una mayor sensibilidad y atención para la actitud religiosa del historiador griego: pero es precisamente en ellos donde se puede empezar ya a vislumbrar todo lo que de contradictorio y de problemático encierra la irreligiosidad de Polibio. Wunderer admite que, a pesar de su racionalismo irreligioso, el historiador no se aparta completamente de la fe de sus padres (4), que las acciones de gracias y las súplicas a los dioses que a veces brotan de su pluma son algo más que puras fórmulas, y que hay en el es-

---

lo religioso Hirzel pone de relieve cómo para Polibio la religión es una institución del tiempo antiguo, y hace de él antes que nada un pensador estoico (cf. págs. 861 y sigs.).

(1) R. von Scala, *Die Studien des Polybios*, Stutgart, 1890. Confróntese sobre todo lo referente al estoicismo (págs. 201-255), donde se incluye lo relativo a la doctrina de la necesidad política de la religión (págs. 206-210).

(2) O. Cuntz, *Polybius und sein Werk*, Leipzig, 1902. R. Laqueur, *Polybius*, Leipzig, 1913; W. Siegfried, *Studien zur geschichtlichen Anschauung des Polybios*, Leipzig, 1928.

(3) B. Stumpo, *Il pensiero di Polibio*, en Athenaeum, 1921 (páginas 273-291) e *ibid.*, 1922 (págs. 153-183). En la página 163 del segundo de estos estudios se alude tan sólo al acentuamiento del factor religioso en Polibio con el progreso de la edad, basándose en la invocación a los dioses contenida en el epílogo de las Historias.

(4) C. Wunderer, *Polybios Leben und Weltanschauung aus dem zweiten vorchristlichen Jahrhundert*, pág. 12, Leipzig, 1927. A pesar de su brevedad esta obra es, desde el punto de vista de este trabajo, una de las más ricas.

critor una especie de «subsuelo» positivamente religioso no cubierto del todo por su racionalismo. Por su parte Mione pone de relieve con mayor insistencia los aspectos negativos de la fe de Polibio, y aunque opta decididamente por proclamar una vez más la ya conocida irreligiosidad del escritor, hace notar justamente su respeto por los cultos patrios (1), y admite contradicciones en su postura religiosa: sumido en la órbita mental del estoicismo Polibio no desarrolló, sin embargo, la parte doctrinaria, y engolfado en sus múltiples cuestiones históricas, no nos habría dado «una clara solución del problema religioso» (2).

En cuanto a los historiadores de la religión griega el interés por la actitud de Polibio y su valoración no contiene grandes novedades. Prescindiendo de los que ni siquiera aluden a nuestro historiador (3) no falta alguno que, como Decharme (4), a pesar de considerarlo como una especie de maestro de Estrabón en cuanto a irreligiosidad evemerista, concede, sin embargo, mayor atención al discípulo que al maestro. Wilamowitz ha sido extremadamente parco en comentar la actitud religiosa de Polibio (5). Un historiador del ateísmo an-

---

(1) E. Mione, *Polibio*, págs. 137-141, Padova, 1949.

(2) E. Mione, *op. cit.*, pág. 140. No es uno de los menores méritos del trabajo de Mione esta apertura a todo lo que de problemático y de irresuelto contiene el pensamiento y la actitud religiosa de Polibio.

(3) Por ejemplo, C. H. Moore, *The Religious Thought of the Greeks*, Cambridge, 1916. Lo mismo cabe decir de la obra de E. Rohde *Psyché*, a pesar de una incidental alusión a Polibio (cf. pág. 509 de la edición francesa de A. Reymond, París, 1928). Falta también toda referencia en la obra de O. Kern, *Die Religion der Griechen*.

(4) P. Decharme, *La critique des traditions religieuses chez les Grecs*, París, 1904; cf. sobre todo las págs. 394-399 que sólo de rechazo ofrecen interés para el caso de Polibio.

(5) U. von Wilamowitz, *Der Glaube der Hellenen*, III, Berlín, 1932. Wilamowitz, que reconoce la tendencial irreligiosidad racionalista de Polibio (pág. 394), considera como un indicio de sus «retornos» (Wendungen) a lo religioso ciertas expresiones polibianas (por ejemplo, las de IV, 21, 11) y acepta estas contradicciones como indicio de que «er keine feste metaphysiche Überzeugung besass und weder

tiguo, Drachmann (1), despues de incluir a nuestro historiador decididamente entre los ateos afirma también que hay en su obra una serie de pasajes en los cuales «Polibio se expresa de una manera totalmente irreconciliable con una actitud de puro ateísmo» (2). Nestle se ocupa más bien de la actitud historiográfica de Polibio que de la religiosa, y se limita a considerarlo como ejemplo típico de hombre ilustrado, consciente de la inanidad de las concepciones religiosas populares y partidario de la utilización de la religión como instrumento de dominio sobre las masas (3). El criterio de Nilsson frente a la actitud religiosa de Polibio es más claro y categórico, a pesar de lo somero que parece su examen del megalopolitano (4): acepta la tradicional calificación irreligiosa de Polibio y afirma que a pesar del aparente contenido positivo de ciertos pasajes de las Historias no hay nunca en Polibio una eficaz postura de súplica a los dioses, y, especialmente, recomienda considerar tan sólo como «meras locuciones» y como «hábitos lingüísticos», o a lo sumo como manifestaciones de una «indignación moral en relación con los dioses y con lo divino» aquellos lugares de su obra que parecen oponerse al con-

---

Zeit noch Neigung gehabt hatte sich einer der philosophischen Religionen hinzugeben» (pág. 395).

(1) A. B. Drachmann, *Atheism in Pagan Antiquity*, Gilden, 1922; cf. especialmente las págs. 94, 113-114 y 160.

(2) A pesar de lo cual el propio Drachmann en el breve espacio dedicado a Polibio califica su actitud dos veces (págs. 111 y 114) como un caso de «atheism pure and simple». Cabría objetar que *puro y simple* son dos cualidades que el ateísmo no suele ostentar nunca, en buen análisis histórico religioso. Que es difícil atribuírlas precisamente al ateísmo de Polibio se verá más adelante; pero ya el examen a que lo somete Drachmann deja entrever contradicciones. Estas contradicciones de la crítica—a veces de la crítica de un mismo estudioso—exigirían ya por sí mismas un replanteamiento del tema de la irreligiosidad de Polibio.

(3) W. Nestle, *Griechische Religiosität*, III, Berlín-Leipzig, 1934, páginas 115-119.

(4) M. P. Nilsson, *Geschichte der Griechischen Religion*, vol. II, München, 1950. Cf. especialmente págs. 189-90.

sabido racionalismo religioso: se trataría, en fin, de puras expresiones que «no se deben tomar, »según Nilsson«, al pie de la letra» (1).

3) Estas advertencias del más ilustre historiador de la religión griega poseen, entre otros, el mérito de incidir en el verdadero centro de la cuestión, a saber: el carácter peculiar y en cierto modo equívoco de la irreligiosidad de Polibio. Mas precisamente por ello inducen a considerar esta cuestión como no definitivamente cerrada: ¿qué clase de religiosidad es esa que, aunque lo parece, no lo es? Por otra parte, que las expresiones de Polibio acerca de la religión no se deban tomar al pie de la letra significa, por de pronto, que habría que tomarlas de alguna otra manera; y que sean tan sólo un modo de hablar no excluye—antes, por el contrario, sugiere—que detrás de ese modo de hablar hay en Polibio un cierto modo de sentir y de pensar frente a los fenómenos religiosos. En fin, el hecho mismo de que unos estudios vislumbren aspectos contradictorios en Polibio desde el punto de vista religioso mientras otros tiendan a atenuar sus consecuencias, o incluso a eludirlas, sumado todo ello a la posibilidad de examinar más detenidamente de lo hecho hasta ahora el tema de la irreligiosidad polibiana, tema de por sí extenso y complejo, son cosas que parecen justificar, inicialmente, el conato de un nuevo examen que aquí se intenta realizar. Este examen, por último, parte de la convicción de que no es posible acercarse a Polibio, como más de una vez se ha hecho, con la pretensión de sumar y restar, alternativamente, sus palabras o gestos de fe y de incredulidad oponiendo y contrarrestando los unos con los otros para quedarse al final con un remanente más o menos deficitario: un balance así sería inadecuado y hasta imposible, porque la religiosidad—y la irreligiosidad—no son fundamentalmente ni magnitudes ni cantidades evaluables según procedimientos parecidos a los aritméticos. Lo que en

(1) «sie sind nicht buchstäblich zu nehmen» *(op. cit.*, pág. 190).

cambio sí puede y debe ser evaluado es la raíz y el signo de sus actitudes ante lo religioso, su motivación psicológica, su valor funcional, y, en una palabra, todos sus contenidos cualitativos.

II

4) Pocos temas como este del origen de la religión es susceptible de ponernos en contacto con el racionalismo helenístico del que Polibio es tributario. Los abundantes estudios que, como hemos visto más atrás, proclaman la total irreligiosidad del historiador se apoyan justamente en unos cuantos textos de Polibio alusivos, precisamente, a este punto concreto del origen de la religión. El más famoso y explícito es el de VI, 56, 6-12, donde Polibio (1), al trazar la comparación de las excelencias de la política de Roma frente a las deficiencias de la política de otros pueblos, expone con rotunda claridad su opinión sobre el origen de la religión y sobre su valor. He aquí sus palabras: «*Pero donde sobre todo me parece que el Estado romano posee superioridad es en la concepción de los dioses* (ἐν τῇ περὶ θεῶν διαλήψει). *Y opino que eso que en los otros pueblos es censurable, a saber, la escrupulosidad religiosa* (τὴν δεισιδαιμονίαν), *eso mismo es lo que sostiene a la república romana: hasta tal punto ha sido dramatizada* (ἐκτετραγῴδηται) *y exagerada en Roma esa actitud tanto en la vida privada como en la pública, que ya no cabe más. Esto quizá parecerá a muchos extraño; mas, por mi parte, creo que los romanos hicieron esto pensando en el pueblo: porque si fuese posible formar una república de hombres sabios, entonces quizá no sería necesario recurrir a ese procedimiento; pero dado que toda plebe es ligera y está llena de pasiones desenfrenadas, de ímpetus irracionales y de ánimo violento, no hay más remedio que tenerla contenida por medio de terrores invisibles y de toda esta teatralidad* (λεί-

(1) Todas las citaciones se hacen según la edición de Th. Büttner-Wobst (Bibl. Teubneriana), Lipsiae (vol. I, 1905; II, 1889; III, 1893; IV y V, 1904).

πεται τοῖς ἀδήλοις φόβοις καὶ τῇ τοιαύτῃ τραγῳδίᾳ τὰ πλήθη συνέχειν). *Por lo cual los antiguos no a la ligera y por acaso creo yo que hayan introducido en las masas las nociones acerca de los dioses y las creencias sobre lo invisible* (τὰς περὶ θεῶν ἐννοίας καὶ τὰς ὑπὲρ τῶν ἐν Ἅιδου διαλήψεις): *más bien son los modernos quienes obran con ligereza y sin razón cuando las combaten*» (1).

Es difícil imaginar una versión más refinadamente laica sobre el origen de la religión. Interesa notar que Polibio la imagina como una institución que ni siquiera existía en la sociedad primitiva, sino que fué creada después de organizado el poder político, y fué instaurada por las clases dirigentes: la religión, por lo tanto, ni siquiera tendría un origen popular, sino que es fruto de una minoría política sabia y culta que la inventó para *dominar* a la plebe, dotándola de toda esa escenografía religiosa que Polibio delata como una farsa (2) necesaria. Ahora bien, todo esto lo dice Polibio en un preciso momento de su obra, a saber, cuando piensa y escribe en el libro VI en calidad de teorizante político; y es interesante observar que sobre este mismo tema del origen de la religión el escritor dará a lo largo de su obra otras versiones que coincidirán más o menos con la que acabamos de aducir según el grado de impregnación e intención política que en cada pasaje tiene su pensamiento.

---

(1) VI, 56, 6-12. A continuación, como ejemplo convincente de las ventajosas consecuencias ético-sociales de la δεισιδαιμονία, aduce Polibio este hecho: mientras la burocracia romana se abstiene de robar al Estado, en Grecia a pesar de todo un más prolijo y vasto sistema fiscal los abusos administrativos son constantes (VI, 56, 13-14).

(2) El valor de consciente ficción y fraude que va unido a esta teoría se percibe en la repetida alusión de Polibio a lo teatral (ἐκτετραγῴδηται... τῇ τοιαύτῃ τραγῳδίᾳ); en Polibio las alusiones a la tragedia son muy significativas: ficción, inutilidad, énfasis y ridiculez son los valores constantes que atribuye a lo trágico, por oposición a todo lo que es razonable (confróntese III, 48, 8), real (confróntese XV, 36, 7) y noble (XXXVIII, 8, 7). Puede decirse que en Polibio toda alusión a la tragedia sirve como elemento de contraste, y tiene en su dialéctica la función de un tópico despectivo (cf. también VII, 7, 1).

Así, por ejemplo, en el mismo libro VI—su libro político por excelencia—y en uno de los pasajes más densos de doctrina política, el de la famosa teoría de la anaciclosis, encontramos que la actitud de Polibio frente a la religión coincide con la recién expuesta, lo cual no ocurrirá en otros pasajes de su obra. Está definiendo Polibio las tres formas políticas elementales (βασιλεία, ἀριστοκρατία, δημοκρατία, VI, 3, 5), poniendo de relieve cuáles son sus condiciones y modalidades características: lo interesante desde el punto de vista religioso es que sólo a la democracia exige la veneración de los dioses (παρὰ δ' ᾧ πάτριόν ἐστι καὶ σύνηθες θεοὺς σέβεσθαι, VI, 4, 5), y enumera en primer término esta condición, mientras que por el contrario, en la caracterización de las otras dos formas de gobierno prescinde de exigir para ellas explícitamente esa misma religiosidad. Todo esto se halla en perfecta coherencia con su propia tesis política sobre el origen de la religión: puesto que precisamente la democracia es, de todos los regímenes, el menos parecido a esa ideal república de sabios (en la que, a lo sumo, según Polibio, VI, 56, 10, podría considerarse innecesaria la religión), resulta que la institución religiosa será más imprescindible para ella que para las otras dos formas de gobierno—pues según la doctrina polibiana de la anaciclosis son anteriores lógica y cronológicamente a la democracia—en virtud de la capacidad de contención y de dominio que tal institución debe ejercer sobre las pasiones de la plebe (1).

Veamos ahora otro pasaje en el que también se alude al origen de la religión, pero ya con alguna menor coherencia respecto de su propia teoría política: Polibio trata aquí de explicarse el origen de las patriarcales costumbres de sus coterráneos de Arcadia, especialmente la música y las ceremonias

(1) Esta idea de la «contención» de la plebe como postulado fundamental del régimen democrático aparece muy clara desde las primeras palabras que emplea Polibio para caracterizar a la democracia: παραπλησίως οὐδὲ δημοκρατίαν [νομιστέον] ἐν ᾗ πᾶν πλῆθος κύριόν ἐστι ποιεῖν ὅ τι ποτ' ἂν αὐτὸ βουληθῇ καὶ πρόθηται (VI, 4, 4).

cultuales cuyo principal valor es para él de carácter educativo (VI, 20-21). En este pasaje la cuestión ya no gravitará exclusivamente sobre los orígenes de la religión, y Polibio expresará más bien que sus opiniones estrictamente políticas sus ideales acerca de la παιδεία. Polibio empieza por rechazar enérgicamente la opinión de Eforo según el cual la música habría sido introducida entre los hombres como una especie de engaño e impostura (ἐπ' ἀπάτῃ καὶ γοητείᾳ, VI, 20, 5), con gran sentido etnológico diserta luego sobre la relación constante que existe entre las costumbres de los pueblos y el medio físico en que viven, al cual se adecuan los hombres por necesidad natural (ᾧ συνεξομοιοῦσθαι πεφύκαμεν πάντες ἄνθρωποι κατ' ἀνάγκην, IV, 21, 1), y por último explica todas estas usanzas entre las cuales están incluídos los ritos religiosos (συνόδους κοινὰς καὶ θυσίας πλείστας, IV, 21, 3), como un procedimiento enderezado a la educación espiritual de los arcadios. Falta por lo tanto aquí aquella interpretación esencialmente política de la religión, que veíamos antes como farsa con la que se pretende la dominación de las masas. El propio Polibio declara que estas consideraciones las hace con el deseo de que los arcadios en general (y especialmente los cinetas) se suavicen por medio de la educación: (ταῦτα μὲν οὖν ἡμῖν εἰρήσθω... ἔτι δὲ καὶ Κυναιθέων ἕνεκεν, ἵν' ἄν ποτ' αὐτοῖς ὁ θεὸς εὖ δῷ, τραπέντες πρὸς παιδείαν ἡμερῶσιν αὑτούς, IV, 21, 10-11). Que Polibio invoque aquí a los dioses no es lo que por ahora más nos interesa anotar (1), sino el hecho de que hable desde los supuestos y desde los ideales de la παιδεία: ha bastado que el escritor se haya desplazado desde las preocupaciones políticas a las pedagógicas para que su actitud ante la religión sea ya algo diversa.

Pero el pensamiento de Polibio acerca de la religión contendrá soluciones todavía más diversas a medida que él mismo se sitúe en ángulos distintos: si el punto de vista educativo no está, en el fondo, demasiado alejado del político, el histórico en cambio implica ya una considerable distancia: con-

(1) Acerca de esto hablaremos más adelante.

cretamente cuando Polibio aborda la cuestión del origen de la religión con mentalidad puramente histórica la solución evemerista brota espontáneamente de su pensamiento olvidando las otras soluciones. Veamos algunas muestras de esta nueva actitud.

Un fragmento de Polibio transmitido por Estrabón nos ilustra sobre el evemerismo de Polibio (XXXIV, 2, 1-9). Los antiguos héroes y dioses habrían sido originariamente hombres extraordinarios que las generaciones sucesivas elevaron a la categoría divina. Así Eolo: τὸν γὰρ Αἴολον τὸν προσημαίνοντα τοὺς ἔκπλους ἐν τοῖς κατὰ τὸν πορθμὸν τόποις ἀμφιδρόμοις οὖσι καὶ δυσέκπλοις διὰ τὰς παλιρροίας ταμίαν τε εἰρῆσθαι τῶν ἀνέμων καὶ βασιλέα νενομίσθαι, XXXIV, 2, 4-5. No otro sería el origen de los héroes como Danao y Atreo y, en general, de los personajes famosos de Egipto y Asia, de modo que resumiendo esta doctrina Polibio vería detrás de cada dios actual la figura de un antiguo hombre a quien sus invenciones o servicios hicieron benemérito: οὕτω δὲ καὶ τῶν θεῶν ἕνα ἕκαστον τῶν χρησίμων τινὸς εὑρετὴν γενόμενον τιμᾶσθαι, XXXIV, 2, 7. No cabe mayor profesión de evemerismo. Por si hubiera la sospecha de si Estrabón haya «evemerizado» (1) con exceso las opiniones de Polibio, el texto directo de nuestro escritor proporciona una prueba de la misma actitud. Describiendo la situación geográfica de Carthago Nova y al dar los nombres de las tres colinas que la limitan por el norte, llamadas, respectivamente, de Kronos, de Hefesto y de Aleto, dice que esta tercera se llamaba así por el nombre de un personaje que habiendo descubierto minas de plata fué elevado a la categoría de dios: τούτῳ δ' ὁ

(1) Aunque tal sospecha no parece justificada positivamente: el hecho de ser precisamente el geógrado Estrabón quien repetidamente pone de relieve el evemerismo de Polibio (cf. *Strab.*, II, 104) probablemente depende de que el megalopolitano prodigó sus interpretaciones evemeristas en la parte de su obra predominantemente geográfica, que es la que Estrabón hubo de tener siempre más presente y es al mismo tiempo una de las menos conservadas en el texto directo de Polibio.

συνεχὴς [βουνὸς καλεῖται] Ἀλήτου· δοκεῖ δ' οὗτος εὑρετὴς γενόμενος τῶν ἀργυρείων μετάλλων ἰσοθέων τετευχέναι τιμῶν X, 10, 11. No poseemos otros datos referentes a este Aleto, que no parece deba identificarse con los otros personajes homónimos de la mitología griega (1) y no es fácil discernir si detrás de este nombre se esconde alguna divinidad que Polibio haya puesto en relación con nombres de persona (2); parece claro, de todos modos, que el autor de la interpretación evemerista es el propio Polibio: en su frase el hecho real parece ser la (semi) divinización de Aleto, y la hipótesis para explicarla tiene el aspecto de ser una inducción del escritor basada en la hermenéutica evemerista. La actitud de Polibio respecto al origen de la religión ofrece por lo tanto tendencias y soluciones diversas y poco concordantes entre sí, como no sea por su común orientación racionalista. Ante los fenómenos religiosos el Polibio teorizante político adopta puntos de vista distintos del educador, y ambos discrepan claramente del historiador.

5) Los dioses tradicionales carecen de relieve en la obra de Polibio. Cuando los nombres de Zeus, Apolo, etc., aparecen en las Historias se trata tan sólo de concisas menciones inevitables, al margen de todo contenido religioso. El autor no muestra nunca afecto o adhesión hacia ningún dios en particular, pero su correcta gravedad le impide por otra parte incurrir en expresiones de desdén o ironía, y sólo en ese sentido cabe hablar de su tácito respeto—literario y formal, más bien que religioso—hacia los inmortales.

En cambio son bastante frecuentes en él las apelaciones a la divinidad en general bajo diversas fórmulas (οἱ θεοί, τὸ θεῖον, πάντες οἱ θεοί, τό δαιμόνιον), lo cual no es privativo de Polibio, sino tendencia general de la religiosidad helenística. Otro tanto puede decirse de la presencia en nuestro autor

---

(1) Cf. RE, s. v. Ἀλήτης.

(2) Cf. CIL, II, 5927, inscrip. procedente de Carthago Nova en la que figura el onomástico personal ALEDI.

de las fórmulas y concepciones de las nuevas divinidades abstractas: la más famosa de todas, la τύχη es tan característica del helenismo como de la obra de nuestro autor, que acude a esta palabra con frecuencia (1). Sin embargo, la τύχη de Po-

---

(1) Resultaría desmesurado aducir y comentar aquí todos los pasajes de Polibio que se refieren a la τύχη, pues exceden material y temáticamente de los límites de este trabajo, y pueden dar lugar a otro, tanto y más extenso. Sin embargo, y aunque sólo sea en esquema, he aquí los resultados esenciales de nuestro examen de la cuestión: Según nuestra estadística los pasajes en los que aparece el sustantivo τύχη son 110. Según R. Hercod, *La Conception de l'Histoire dans Polybe*, pág. 163, serían 126, pero nosotros prescindimos de los que tienen valor puramente adverbial como κατὰ τύχην o resultan demasiado triviales, o reproducen menciones a la τύχη hechas por Demetrio de Falero. Cuatro grupos generales se pueden establecer con esos 110 pasajes, a saber:

A) La τύχη entendida como *contingencia, azar, fortuna o suerte* (sea mala, buena, o, las más veces, incierta), *vicisitud, suceso inesperado, imprevisible*, etc. En todos estos casos lo dominante es el valor objetivo que se da al sustantivo τύχη como expresivo del *puro acontecer*, como mero resultado del τυγχάνειν. Desde el punto de vista de los valores semánticos este grupo, con mucho el más numeroso, representa el escalón más bajo e insignificativo: I, 1, 2; 7, 4; 59, 4. II, 2, 10; 4, 3; 20, 7; 32, 5; 35, 5; 37, 6; 49, 7; 50, 11; 66, 4; 70, 2. III, 5, 7; 20, 4. III, 5, 7; 20, 4. IV, 81, 12. V, 34, 2. VI, 2, 6; 43, 3; 43, 5. VII, 8, 1. IX, 21, 1; 29,10. X, 37, 4; 39, 4; 39, 5; 40, 6 (dos veces). XI, 4, 7; 19, 5; 24[3], 3. XV, 1, 8; 7, 1; 17, 4; 23, 1; 35, 7. XVI, 32, 5. XVIII, 20, 10; 46, 15. XX, 7,2. XXI, 16, 8. XXIII, 12, 36. XXV, 3, 9. XXVII, 16, 4. XXIX, 4, 10; 22, 2; 27, 12. XXX, 6, 6; 10, 1. XXXI, 26, 3; 29, 2. XXXII, 4, 3. XXXV, 2, 14. XXXVIII, 2, 1; 2, 4; 3, 2; 20, 1.

B) Un segundo grupo lo forman expresiones donde la τύχη es ya objeto de una caracterización de Polibio, que propugna frente a ella *actitudes éticas* (meditación sobre su inconstancia, su vencimiento por medio del valor) *y, sobre todo, actitudes mentales destinadas a anularla y superarla* (desconfianza en ella, previsión, inteligencia, táctica, reflexión, etc.). Lo característico de estos pasos suele ser la contraposición entre la τύχη y el συλλογισμός, el νοῦς, la πρόνοια, etc. En este grupo de significados está implícito el que la τύχη posee en el grupo anterior, e implica, por parte de Polibio, una reacción ética y racional que coincide con las actitudes del estoicismo: I, 35, 2; 37, 3; 63, 9.

libio no es, desde el punto de vista religioso, otra cosa que una más, cuando mucho, entre las entidades abstractas a las que en tal o cual ocasión el escritor parece atribuir valores providenciales o divinos, como la φύσις, la δίκη o la ἀλήθεια. El hecho de que la τύχη aparezca un mayor número de veces en las Historias es secundario, porque casi siempre su contenido semántico es trivial, y lo esencial, en cambio, es que en la economía espiritual del escritor ella funcione alguna vez como uno más entre los varios sucedáneos de la divinidad y polarice, ni más ni menos que las otras fórmulas mencionadas, las diversas nociones y reacciones religiosas de Polibio. De hecho se verá luego cómo el máximo aspecto religioso conferido por

---

II, 7, 1; 7, 3. X, 3, 7; 7, 3. XI, 2, 10; 28, 2; 38, 5. XV, 15, 5; 21, 3; 34, 2. XVIII, 28, 5. XXIX, 20, 2. XXXI, 30, 3 (dos veces). XXXII, 8, 4. XXXVIII, 21, 3. fragm. 83.

C) Un tercer grado de significaciones de la τύχη se forma con lugares en los que ella se le aparece a Polibio como *un principio aparentemente providencial* al cual apela para explicarse las cosas del mundo. Ya aquí la τύχη se presenta como algo más que el mero azar superable para el hombre: se muestra dotada de poderes que parecen eficaces; a veces está caracterizada, directa o metafóricamente, como fuerza casi inteligente y como dotada de teleología: en suma, parece ser algo más que la ciega casualidad aunque no llegue a ser una rigurosa providencia; y si tampoco está equiparada a los dioses parece operar al menos como una especie de demiurgo suyo: I, 4, 1 (dos veces); 4, 4; 57, 1; 86, 7. II, 118, 4. IV, 2, 4. VIII, 2, 3. XI, 5, 8. XV, 6, 6; 6, 8; 9, 4; 10, 5. XVI, 29, 8. XXIX, 19, 1. XXXVIII, 2, 7; 18, 8. fragmento 212.

D) Por último el cuarto grupo lo formarían aquellos pasajes—los más escasos—en los que la τύχη parece aproximarse algo más a la esfera de lo divino; alguna vez para exaltarla, otras para negarla, no pocas para transferir a ella, más vaga o claramente, ciertos atributos divinos que la hacen aparecer, en bien o en mal, como una entidad abstracta implicada en la esfera de los dioses: IV, 81, 5. V, 42, 8. X, 5, 8; 9, 2; 40, 9. XV, 8, 3; 19, 5; 20, 5. XXIII, 10, 2; 10, 12; 10, 16. XXXVI, 13, 2. XXXVIII, 7, 11; 8, 8. XXXIX, 8, 2. Naturalmente, existen matices discutibles y significaciones flúidas que aquí no cabe sopesar; pero no parecen invalidar la adecuación de esta clasificación.

Polibio a la τύχη suele darse a través de una fórmula que la equipara con «los dioses» (τοὺς θεοὺς καὶ τὴν τυχήν); y sobre todo veremos que la actitud de Polibio ante la τύχη sufre las mismas oscilaciones y vicisitudes que los otros temas religiosos. Entre los estudiosos del pensamiento de Polibio ha fracasado la reiterada tentativa de buscar un profundo y trascendental sentido filosófico a su τύχη (1), pero los historiadores de la religión parecen haber heredado de ellos la tendencia a sobrevalorizarla también como tema religioso, a pesar de que en tal sentido carece, todavía más, de sustantividad y de valor aparte. Si Polibio no tuvo una filosofía de la τύχη mucho menos aún profesó una religión de la τύχη (2).

---

(1) Una reseña de los diversos estudios que se han dado, en estos últimos cien años, sobre la τύχη en Polibio, pondría de relieve que a medida que se han ido afinando los criterios interpretativos se ha ido descubriendo la incoherencia de la τύχη polibiana, tanto en lo teológico como en lo filosófico. Los más recientes comentadores—sobre todo Fowler, Shorey, Mione y Nilsson—coinciden en esto. No es posible hacer aquí la historia de esas interpretaciones sobre el valor de la τύχη en Polibio; véanse, en todo caso, los hitos fundamentales de la misma: W. Markhauser, *Der Geschichtschreiber Polybios*, München, 1858, pág. 114 y sigs.; H. Pichler, *Polybius' Leben, Philosophie, Staatlehre*, Landshut, 1860, pág. 247 y sigs.; F. Bauer, *De Tyche in pragmatica Polybii historia disputatio*, Tübingen, 1861, pág. 25 y siguientes; R. Hirzel, *op. cit.*, II, pág. 847 y sigs.; R. von Scala, *op. cit.*, pág. 159 y sigs.; O. Cuntz, *op. cit.*, págs. 43-46; R. Hercod, *La Conception de l'Histoire dans Polybe*, Lausanne, 1902, pág. 167 y siguientes; W. W. Fowler, *Polybius' Conception of Tyche* (Classic. Rev., XVII, 1903, págs. 445-449); R. Laqueur, *Polybius*, Leipzig, 1913, página 275; P. Shorey, *Tyche in Polybius* (Classic. Phil., XVI, 1921, página 280 y sigs.); E. Tauler, *Tyche*, Leipzig, 1926, pág. 75 y sigs.; W. Nestle, *op. cit.*, III, págs. 115-119; E. Mione, *op. cit.*, págs. 140-147; M. P. Nilsson, *op. cit.*, II, pág. 115 y sigs.

(2) Con razón escribe Mione que la τύχη para Polibio no es una fe, y que no cree en ella como en una providencia *(op. cit.*, pág. 145). Para Nilsson (que se apoya especialmente en el trabajo de Fowler) el sentido de la τύχη en Polibio es sobre todo un tema de su historia pragmática y queda confinado a la significación del acontecer histórico que el escritor trata de comprender: «Das ist der Standpunkt des

Por eso la consideramos aquí como otro de los temas en que se refracta el mundo religioso de Polibio, pero nada más. A lo largo de sus páginas la τύχη no se percibe como una suprema montaña que serenamente presida todo el paisaje mental de Polibio, sino como una sucesión de caprichosos accidentes orográficos que delatan un tormentoso pasado geológico.

Para entrar ya en la cuestión de cuál es la actitud de Polibio ante los dioses y ante lo divino, digamos ante todo que no faltan pasajes que parecerían apoyar la opinión de quienes en las alusiones de Polibio a lo divino desean ver sólo meras locuciones, por ejemplo, tal o cual mención de la mitología (1), o alguna formularia apelación al poder divino (2). Pero hay otros muchos y más significativos en los que la alusión religiosa no es una fórmula vacía, sino que alberga actitudes mentales o afectivas claramente perceptibles y significativas. Esto no quiere decir que esas actitudes sean siempre del mismo signo: unas veces reflejarán reacciones positivas o aquiescentes de Polibio ante lo religioso, y otras, por el contrario, serán expresivas de su inconformidad ante las creencias.

Una muestra de estas reacciones positivas ante la divinidad se puede rastrear en la deliberada contraposición que a

---

pragmatischen Geschichtsforschers, für den die Tyche den Gang der Ereignisse bedeutet, den er verstehen und erklären will» *(op. cit.*, II, pág. 194). Por eso el tema de la τύχη tiene sólo un valor escaso y relativo en orden a la caracterización precisamente histórico-religiosa de Polibio tal como aquí se intenta.

(1) En III, 91, 7, elogiando la fertilidad de la Campania dice Polibio que se comprende que los dioses se hubiesen peleado antiguamente, como narraban los mitógrafos, por su posesión. La verosimilitud es referida aquí por Polibio no tanto a la actitud de los dioses cuanto a la interpretación de los mitógrafos. Se trata, tan sólo, de un elogio hiperbólico (poco frecuente en el estilo de Polibio, que suele ser deliberadamente sobrio e inimaginativo) carente de valor positivo o negativo para una caracterización religiosa.

(2) Así la contenida en XI, 24, 7-8, donde el valor inicialmente religioso de la frase εἰ μὲν οὖν μὴ θεὸς αὐτοῖς τις συνεπελάβετο τῆς σωτηρίας está mediatizado por la inmediata puntualización de que esa salvación fué efecto de un fenómeno puramente natural.

veces establece entre los hombres y los dioses; los mayores ejemplares de maldad humana que aparecen a lo largo de las Historias, como el rey Prusias o el impío Dicearco (el navarco), repugnan al escritor porque en el desenfreno de su maldad atentaron igualmente contra los dioses y contra los hombres, equiparando por lo tanto lo divino con lo humano (Prusias: οὐ μόνον τοῖς ἀνθρώποις, ἀλλὰ καὶ τοῖς θεοῖς πεπολεμηκώς XXXII, 15, 14. Dicearco: τοὺς θεοὺς ὑπέλαβε καταπλήξασθαι καὶ τοὺς ἀνθρώπους XVIII, 54, 9). Es evidente que aquí «los dioses» no son ninguna divinidad concreta sino lo divino y lo sagrado en general, que no puede ser equiparado sin más con lo humano y con lo profano. De aspecto y de valor semejante es la apelación a τὸ δαιμόνιον como potencia divina que castigó las perversidades de los mercenarios sublevados contra Cartago: τοῦ δαιμονίου τὴν οἰκείαν ἀμοιβὴν αὐτοῖς ἐπιφέροντος τῇ πρὸς τοὺς πέλας ἀσεβείᾳ καὶ παρανομίᾳ (I, 84, 10) (1), o la reiterada atribución a los dioses de las desdichas que afligieron al impío Filipo V de Macedonia: τίς οὐκ ἂν εἰκότως ὑπολάβοι θεῶν τινων αὐτῷ μῆνιν εἰς τὸ γῆρας κατασκῆψαι διὰ τὰς ἐν τῷ προγεγονότι βίῳ παρανομίας (XXIII, 10, 14). El valor religioso que quepa prestar a estas expresiones considerándolas tan sólo como demostrativas de una indignación moral no anula el carácter fundamental que ostentan, a saber, la búsqueda en la esfera religiosa de una fundamentación suficiente para los fenómenos de la esfera ética.

Pero hay otro género de apelaciones a lo divino también dotadas de contenido positivo, que brotan no sólo del sentido ético de Polibio, sino en cierto modo del núcleo más íntimo de su propia persona, y son las actitudes de súplica a los dioses que adopta a veces ante los ojos del lector. Entre ellas las hay de diversa significación: muy ligada al mero hábito lingüístico parece la contenida en el pasaje referente a sus paisanos arcadios y en especial a los cinetes (ἄν ποτ' αὐτοῖς ὁ

(1) Este pasaje es uno de los (pocos) que Nilsson examina y sobre los que asienta su opinión del «alte sprachlige Gewohnheit oder moralische Entrüstung» (*op. cit.*, pág. 189).

θεὸς εὖ δῷ, IV, 21, 10), donde la mención divina aparece tan sólo en función de una expresión desiderativa. Pero no faltan lugares en los que Polibio ha afrontado más conscientemente el tema de la actitud suplicante del hombre ante los dioses: digamos ya desde ahora que ello ocurre en momentos o situaciones de especial gravedad o peligro: así hablando de la paz encuentra justificado que todos la supliquemos a los dioses (ἧς πάντες εὐχόμεθα τοῖς θεοῖς τυχεῖν, IV, 74, 3), y más explícitamente, en un importante pasaje destinado a precisar los límites entre lo natural y lo divino (1) considera adecuado que ante las grandes calamidades se hagan súplicas y sacrificios para propiciarse a la divinidad y se interrogue a sus oráculos: ἱκετεύοντες καὶ θύοντες ἐξιλασκόμενοι τὸ θεῖον, πέμπομεν ἐρησόμενοι τοὺς θεοὺς τί ποτ' ἂν ἢ λέγουσίν ἢ πράττουσιν ἡμῖν ἄμεινον εἴη καὶ γένοιτο παῦλα τῶν ἐνεστώτων κακῶν XXXVI, 17, 3. Por último, en el epílogo de su obra Polibio piensa en los inciertos años de vida que le restan y nos hace asistir a una súplica personal: διό καὶ πᾶσι τοῖς θεοῖς εὐχὰς ποιούμεθα τὸ λοιπὸν μέρος τῆς ζωῆς ἐν τούτοις καὶ ἐπὶ τούτων διαμεῖναι (XXXIX, 8, 2).

¿Qué valor es menester otorgar a estas palabras? Evidentemente una religiosidad que dependiera pura y simplemente de motivos políticos no tendría necesidad de simular tales actitudes. Por otra parte sería también excesivo pretender fundar en ellas la tesis de un Polibio creyente: ni los textos recién aducidos ni otros semejantes podrán dar tanto de sí, pero en todo caso no son tampoco meras expresiones vacías de contenido: ante todo conviene notar que estas que aquí llamamos reacciones positivas ante el tema de la divinidad surgen tan sólo en una zona anímica del escritor, esto es, de su sentido ético, y que las súplicas le brotan sólo en situaciones de ten-

---

(1) El eje de todo el razonamiento de Polibio consiste en aceptar como manifestación de lo divino, y, por lo tanto, como objeto propio de la religión, aquello que la razón humana es incapaz de comprender: ὧν μὲν νὴ Δί' ἀδύνατον ἢ δυσχερὲς τὰς αἰτίας καταλαβεῖν ἄνθρωπον ὄντα, περὶ τούτων ἴσως ἄν τις ἀπορῶν ἐπὶ τὸν θεὸν τὴν ἀναφορὰν ποιοῖτο καὶ τὴν τύχην (XXXVI, 17, 2).

sión patética o existencial; en calidad de tales son proferidas, al margen de la vigilante conciencia racional del escritor, y subrayan todo lo que de rebelde a la razón posee la vida humana. Aunque Polibio no otorgue su adhesión racional a ninguna divinidad, concreta o abstracta, no por ello rechaza de plano adoptar actitudes religiosas prácticas como la plegaria o los oráculos; mas no, como antes, por razones políticas, sino por íntimas exigencias humanas. Esta falta de coherencia y de lógica entre el contenido mental de la religión y el cultual es, paradójicamente, una lógica consecuencia del carácter esencial de las religiones nacionales, como la griega, que afectaban a la conducta cultual del individuo dejando en cambio a la mente en libertad de juzgar racionalmente el valor del mito y de la religiosidad misma.

Por eso la actitud del propio Polibio ante los dioses y lo divino no será ya positiva ni aquiescente, como las recién expuestas, sino negativa o inconforme cuando la divinidad en vez de estar percibida desde el plano ético o existencial, se plantea como una cuestión especulativa. En tal sentido es de notar la tendencia de Polibio a no atribuir los sucesos humanos a la esfera divina; tanto los dioses como la τύχη deben ser sustituídos, siempre que sea posible, por agentes más inmediatos e inteligibles para la razón humana. Así en X, 9, 2 protesta de la costumbre de atribuir a los dioses y a la τύχη sucesos que se deben a los hombres; en X, 5, 7-8, insistirá en que esas atribuciones a los dioses y a la τύχη proceden de la deficiencia intelectual del hombre (1); en XXXVIII, 7, 10 contrapone las actitudes inteligentes de Escipión a la necia conducta de aquel Asdrúbal que perdió a Cartago, el cual todo lo esperaba de los dioses y de la τύχη, y en XXXVI, 17, 17 vuelve a considerar la humana ignorancia como base de las atri-

(1) οἱ γὰρ μὴ δυνάμενοι τοὺς καιροὺς μηδὲ τὰς αἰτίας καὶ διαθέσεις ἑκάστων ἀκριβῶς συνθεωρεῖν ἢ διὰ φαυλότητα φύσεως ἢ δι' ἀπειρίαν καὶ ῥᾳθυμίαν, εἰς θεοὺς καὶ τύχας ἀναφέρουσιν τὰς αἰτίας τῶν δι' ἀγχίνοιαν ἐκ λογισμοῦ (καὶ) προνοίας ἐπιτελουμένων (X, 5, 7-8).

buciones que se hacen a los dioses y a la τύχη: en todos estos pasajes los dioses y la τύχη parecen plenamente equiparados por Polibio. En la misma línea de intransigencia racional hay que colocar sus protestas frente a los historiadores que hacen intervenir en su narración a los dioses: θεούς καὶ θεῶν παῖδας εἰς πραγματικὴν ἱστορίαν παρεισάγουσιν (III, 47, 8). Que Polibio anteponga los postulados racionales de su profesión de historiador a toda ideología religiosa será en él una actitud normal; pero él mismo se percata de la colisión inevitable entre las creencias tradicionales y la verdad—sobre todo la verdad histórica, a la que él sirve con el máximo entusiasmo (1)—y llegará en alguna ocasión a divinizar la verdad presentándola como sustituto de los dioses y como potencia activa: *Yo creo que la naturaleza*—afirma en uno de los párrafos más notables de todas las Historias—*ha establecido como máximo dios de los humanos la verdad* (μεγίστην θεὸν τοῖς ἀνθρώποις ἡ φύσις ἀποδεῖξαι τὴν ἀλήθειαν καὶ μεγίστην αὐτῇ προσθεῖναι δύναμιν) *y que la ha dotado del máximo poder* (XIII, 5, 4). Tal poder consiste, según Polibio, en que siempre la verdad acaba introduciéndose de una extraña manera y por su propia virtud en el alma humana (οὐκ οἶδ' ὅπως αὐτὴ δι' αὑτῆς εἰς τὰς ψυχὰς εἰσδύεται τῶν ἀνθρώπων, καὶ ποτὲ μὲν παραχρῆμα δείκνυσι τὴν αὑτῆς δύναμιν *ibid.*, 5). Esa verdad de la que aquí habla Polibio no es la verdad metafísica objeto de la filosofía, sino la verdad histórica (2): Polibio reserva para ella los más altos atributos que cabría predicar de la divinidad, sin excluir el de esa especie de mística autorrevelación que ella es capaz de operar en las almas. Con no menor entusiasmo transferirá Polibio a la persona del historiador excepcional—como Demetrio de Falero—los antiguos prestigios divinos del dios délfico, y dirá de él que ὡσανεὶ θείῳ τινὶ στόματι περὶ τοῦ μέλλοντος ἀποπεφοίβακεν (XXIX, 21, 7); semejantes motivos de admiración racional le harán llamar a hombres como

(1) Cf. entre otros pasajes, XXXVIII, 4, 3-8; III, 58, 9; XII, 12, 3; XXIV, 4, 2.

(2) Cf. Nestle, *op. cit.*, III, pág. 118.

Licurgo y Escipión θειοτάτους y προσφιλεστάτους τοῖς θεοῖς Este uso, o si se quiere, abuso, del lenguaje religioso no es ciertamente privativo de nuestro historiador; pero en la forma peculiar en que lo usa significa algo más que un puro fenómeno semántico; no es sólo ni sobre todo que el lenguaje religioso, al no tener un sólido contenido objetivo se emplease para otras realidades que lo utilizaron a manera de un residuo verbal; lo esencial es que en la mente tenían mayor realidad racional otras entidades—Destino, Fortuna, etc.—a las que se vinculaba una «causalidad» y hasta una «potencia» más convincente lógicamente que la de los antiguos dioses. El tránsito de la creencia a la incredulidad religiosa no suele ser automático y total, sino que consiste en un proceso de sustituciones ocasionales y parciales: Polibio hace de la verdad un dios y la exalta con devoto entusiasmo religioso no sólo porque no cree en los otros dioses tradicionales, sino porque en un aspecto importante de su propio ser—como historiador y como científico—ella ocupa en su vida la función de un supremo valor.

6) Para la caracterización religiosa de Polibio ayudaría observar su actitud y aun el grado de interés o de atención que el escritor haya mostrado ante los grandes temas de la vida de ultratumba y hacia el contenido mistérico de la religiosidad de su tiempo. Desde este punto de vista resulta la actitud del escritor francamente negativa y revela una total insensibilidad hacia las preocupaciones sobre el más allá. Una muestra de esta insensibilidad se percibe en las palabras de su epílogo ya mencionadas (XXXIX, 8, 2) por las que vemos al escritor aludir al espacio de vida que aún le resta e implícitamente a la perspectiva del fin de sus días; ante esa perspectiva, que le mueve a proferir una súplica a todos los dioses, Polibio no alude para nada a la incertidumbre del más allá, y aun su propia «oración» se limita a tener en cuenta el lado de acá de la vida (τὸ λοιπὸν μέρος τῆς ζωῆς ἐν τούτοις καὶ ἐπὶ τούτων διαμεῖναι), con absoluta prescindencia de lo que puede ocurrir más allá de la muerte. Antes que un grave escepticismo esta actitud envuelve un evidente desinterés hacia

la posibilidad de una inmortalidad del alma, tema que Polibio ha soslayado casi constantemente a lo largo de su obra. Una sincera mención suya a la muerte de su admirado historiador Arato muestra de nuevo esta actitud. *A Arato*—dice—*le hicieron sacrificios y cultos de héroe, y en una palabra todo cuanto atañe a la consagración de un eterno recuerdo, de tal modo que si alguna sensibilidad cabe a los muertos* (εἴπερ καὶ περὶ τοὺς ἀποιχομένους ἔστι τις αἴσθησις) *es de suponer que estará satisfecho de la gratitud de los Aqueos y de los trabajos y riesgos de su vida* (VIII, 12, 8). En estas palabras Polibio alude más directamente a la supervivencia histórica de la fama de Arato que a su efectiva inmortalidad personal. Más que a una vida nueva aquí se alude a un posible residuo de la anterior, y aun este residuo es considerado como improbable (1) y más bien metafórico. De todos modos es justo notar que en esta evocación del destino que haya cabido *post mortem* a un hombre magnánimo y admirado, Polibio se abstiene de aquella otra interpretación despiadadamente política, emitida por él acerca del origen de las creencias en el más allá; al hablar de la actitud de los romanos ante la religión considera las creencias sobre el Hades (τὰς ὑπὲρ τῶν ἐν Ἅιδου διαλήψεις) como una aguda y sabia invención para tener dominada a la plebe τοῖς ἀδήλοις φόβοις καὶ τῇ τοιαύτῃ τραγῳδίᾳ (VI, 56, 11-12) (2).

(1) Sobre la diversa interpretación de este pasaje, cf. Wunderer, *op. cit.*, pág. 12, que tiende más bien a considerarlo como un positivo presentimiento de la supervivencia del alma, y R. von Scala, *op. cit.*, pág. 206, que ve en él la negación de la trascendencia.

(2) Señala Cumont que en la época de Polibio estaba ya formada entre los griegos la idea de los tormentos infernales, y cómo las sectas místicas desarrollaban esta doctrina, oponiendo a estos tormentos la felicidad que ellas otorgaban a sus iniciados *(Lux Perpetua*, París, 1949, pág. 63). En todo caso Polibio en los pasajes mencionados no trasluce tanto la concepción mistérica del premio o del castigo después de la muerte cuanto la idea de la supervivencia en sí misma tal como aparece en la creencia tradicional, a la que estaba más próximo—en lo positivo como en lo negativo—que a las especulaciones soteriológicas desarrolladas por las religiones de los misterios.

Pero al margen de estas fugaces alusiones el hecho más significativo es la ausencia de referencias en Polibio a las religiones de misterio y a todo el contenido soteriológico y escatológico desarrollado por ellas. Los modernos historiadores de las religiones mistéricas, tan características de la ansiedad religiosa propia del alma helenística, no han podido extraer de la gran cantera historiográfica que para tantas otras materias es la obra de Polibio ningún material valioso (1). Dentro de su carácter negativo esta constatación merecería la pena de ponerse de relieve más de lo que hasta ahora se ha hecho, pues sirve para perfilar, a pesar de su carácter indirecto, los límites dentro de los cuales Polibio posee sensibilidad para la temática religiosa. Este desinterés del historiador por la especial religiosidad individual que florece en la sombra de las sectas y que no se vincula, al revés que la religión oficial y tradicional, con la vida pública del Estado, es una nueva muestra de su propensión a no captar en el fenómeno religioso sino lo que en él hay de institución, y es índice de la ingénita incomprensión de su temperamento pragmático para las íntimas exigencias del alma religiosa.

7) La actitud de Polibio ante el culto y sus manifestaciones es uno de los puntos donde más claramente se perciben el oportunismo y la casuística que regulan sus reacciones ante lo religioso.

Aun sin compartir desde su intimidad la significación y la

---

(1) Cf., entre otros, R. Reitzenstein, *Die Hellenistischen Mysterienreligionen*, Leipzig und Berlín, 1910; F. Cumont, *Les Religions orientales dans le paganisme romain*[4], París, 1929; O. Kern, *Die griechischen Mysterien der klassischen Zeit*, Berlín, 1927; R. Pettazzoni, *I misteri*, 1924. En las *Fontes Historiae Mysteriorum aevi hellenistici*, de N. Turchi (Roma, 1923, pág. 231) el autor ha recogido un solo pasaje de Polibio; se trata de un somero dato objetivo—carente de significación religiosa—relacionado con la Magna Mater de Pesinunte, cuyos *Galli* se presentaron al cónsul Manlio Vulso augurándole la victoria (Pol., XXI, 37, 4-7).

eficacia del culto, Polibio se muestra inclinado a aceptarlo y a propugnar su conservación por razones de carácter institucional y nacional. Si a veces se pronuncia contra ciertas abusivas creencias populares relacionadas con el culto, su actitud más bien parece determinada por un sentido racional de la dignidad del culto mismo que por una tendencia iconoclasta; rechaza, por ejemplo, consejas populares como aquellas referentes a la Artemis Kyndiada y a la Vesta de Iasso, según las cuales sus imágenes respectivas, que estaban al aire libre, jamás se mojaban con la lluvia ni eran cubiertas por la nieve (XVI, 12, 3-4), y se pronuncia también contra la credulidad de las gentes—pero sobre todo de los historiadores como Teopompo—capaces de admitir leyendas como la referente al templo de Zeus en Arcadia, según la cual quienes estaban en la parte inviolable de su recinto perdían la propia sombra (XVI, 12, 7). Como se ve, estas reservas de Polibio se refieren no al culto en sí mismo, sino a las creencias con él relacionadas, sobre todo en lo que tienen de supersticioso y especialmente por su contradicción frente a las leyes físicas elementales (1). Estos excesos de la credulidad dan ocasión a Polibio para expresar, desde el punto de vista de una metodología historiográfica, su opinión sobre las creencias relacionadas con el culto religioso: *En todo aquello que tiende a conservar la piedad del pueblo hacia lo divino* (τὴν τοῦ πλήθους εὐσέβειαν πρὸς τὸ θεῖον) *hay que perdonar a algunos historiadores cuando se extienden en la narración de este género de portentos, pero lo que resulta excesivo no se les puede pasar por alto. Sin duda que en todo asunto lo más difícil es discernir la justa medida, pero tampoco es cosa imposible de delimitar; por eso se puede perdonar un cierto leve grado de ignorancia y aun de error, pero lo que resulta excesivo debe, en mi opinión, ser rechazado* (XVI, 12, 9-11). En este expresivo comentario el único punto firme y

(1) Polibio es el forjador de un adjetivo nuevo que alude a las vanas creencias del vulgo, a las que él llama λαοδογματικὰς ἀποφάσεις (XXXV, 5, 14).

claro es la buena disposición del irreligioso Polibio hacia la conservación de las prácticas de la piedad popular. Pero esto le plantea el delicado problema de cuáles son los límites de la credibilidad, y en fin de cuentas, de lo natural y de lo sobrenatural. Pero Polibio se evade del terreno religioso y filosófico y da una respuesta inspirada por su sentido de la prudencia política e historiográfica, resolviendo en casuística y en relativismo el inevitable conflicto entre lo religioso y lo racional, y permitiendo que la razón quede sacrificada (siempre que se trata sólo de pequeñas dosis de ignorancia y de error, παρὰ βραχὺ μὲν εἰ καὶ ἀγνοεῖται καὶ ψευδοδοξεῖται δεδόσθω συγγνώμην) ante las exigencias de la religiosidad.

Es interesante ver cómo el racionalista y científico Polibio condesciende aquí con el error y la ignorancia y otorga poderes discrecionales para aceptarlos a través de una distinción vaga y cuantitativa. Sin duda el hombre que así se expresa no es un fanático del racionalismo. Más adelante, al examinar su actitud ante la impiedad religiosa, hallaremos muestras todavía más claras de que su intelectualismo no es del todo insobornable ante las exigencias de lo religioso como institución.

Pero al margen de estas generalizaciones que el propio Polibio establece es interesante observar sus reacciones ante diversos casos concretos del culto divino; lo mismo que en el capítulo anterior, veremos aquí también que el factor patético y existencial juega un importante papel en la aceptación o repulsa del escritor a las prácticas religiosas. Cuando, por ejemplo, describe el pánico de Roma ante la proximidad de Aníbal victorioso y en vísperas de la batalla de Cannas, alude a cómo todas las respuestas de los oráculos andaban en boca de todos, y los templos y las casas estaban llenas de símbolos y prodigios (σημείων δὲ καὶ τεράτων) y la ciudad estaba hirviente de votos, sacrificios, súplicas y plegarias (III, 112, 8). En otro lugar da detalles más concretos de esta angustia religiosa producida en Roma por el creciente peligro cartaginés —cuando Aníbal atravesó el Samnio y el Aniene y colocó su campamento a cinco mil pasos de Roma—y refiere cómo las

mujeres iban y venían alocadas de templo en templo y con las cabelleras sueltas limpiaban los pavimentos de los santuarios (1) (πλύνουσαι ταῖς κόμαις τὰ τῶν ἱερῶν ἐδάφη, IX, 6, 3). El comentario de Polibio ante esta pululación de ritos y supersticiones romanas es más bien de admirativa y respetuosa comprensión: δεινοὶ γὰρ ἐν ταῖς περιστάσεσι Ῥωμαῖοι καὶ θεοὺς ἐξιλάσασθαι καὶ ἀνθρώπους, καὶ μηδὲν ἀπρεπὲς μηδ' ἀγεννὲς ἐν τοῖς τοιούτοις καιροῖς ἡγεῖσθαι τῶν περὶ ταῦτα συντελουμένων (III, 112, 9), dice en el primer caso, y pretende justificar en el segundo la extraña práctica cultual amparándola bajo el pabellón de la salvación de la patria ante la gravedad del peligro: τοῦτο γὰρ αὐταῖς ἔθος ἐστὶ ποιεῖν ὅταν τις ὀλοσχερὴς τὴν πατρίδα καταλαμβάνῃ κίνδυνος (IX, 6, 4). El contrapunto de esta actitud aquiescente de Polibio a las prácticas cultuales lo dan otros comentarios nada favorables a la fastuosa fiesta organizada por Antíoco Epifanes en Dafnae, de la que una parte principal consistió en una gigantesca procesión de innumerables imágenes: «todos aquellos seres—dice Polibio—que entre los humanos son llamados y tenidos por dioses o genios y además los semidioses, eran llevados en imagen» (XXX, 25, 13). Esta fiesta carecía no sólo de fundamento religioso, sino de justificación efectiva o tradicional, y con ella se trataba de superar en magnificencia a Paulo Emilio, que poco antes había celebrado unos juegos en Macedonia. Por si fuera poco, Polibio no se olvida de añadir que los gastos de esta fiesta Antíoco los cubrió en gran parte con las rapiñas cometidas en los templos: ἱεροσυλήκει δὲ καὶ τὰ πλεῖστα τῶν ἱερῶν (XXX, 26, 9), exceso ante el que, como veremos más adelante, Polibio se muestra siempre inexorable.

Estas muestras de conservatismo religioso y de respetuosa adhesión formal, de por sí tan inconciliables con la íntima irreligiosidad mental del escritor, están en una línea muy pró-

(1) Sobre esta superstición, reminiscencia de antiguas prácticas de desnudez ritual, cf. F. Heckembach, *De nuditate sacra* (Religiongeschichtliche Versuche und Vorarbeiten), Giessen, 1911, pág. 71.

xima a sus actitudes en torno al origen de la religión. Su postura ante el valor y la función de los oráculos proporciona una nueva claridad sobre la ambivalente actitud de Polibio ante los fenómenos de la esfera ritual. Toda la vieja ciencia augural y ritual tendía, en la esfera religiosa, a conseguir aquel mismo resultado que nuestro historiador persigue tenazmente a través del saber histórico. Esta previsión del futuro como finalidad utilitaria de la historia adquiere en los libros de Polibio el carácter de una verdadera obsesión (1). Para satisfacerla erigiéndola sobre bases científicas establece el férreo sistema de las concatenaciones causales con una técnica rigurosa (2), y examina la interdependencia de los sucesos en un ámbito superior al explotado hasta entonces, llegando así al hallazgo del concepto y realidad de la historia universal; una sagaz previsión del futuro realizada genialmente por Demetrio de Falero fué el chispazo que iluminó en la mente de Polibio la espléndida perspectiva de las previsiones históricas a grande escala que se ofrecían al historiador, y su propia teoría de la anaciclosis confluye, como en un vértice, en la posibilidad de prever el destino político de todos los regímenes en un momento dado; Polibio, en fin, se da perfecta cuenta de que si la vieja función a que aspiraban los oráculos es posible para alguien, ese alguien tienen que ser el historiador ideal y el político ideal (en la mente de Polibio ambos personajes son uno mismo, ya que κἀγὼ δ' ἂν εἴποιμι διότι τὰ τῆς ἱστορίας ἕξει τότε καλῶς, ὅταν ἢ οἱ πραγματικοὶ τῶν ἀνδρῶν γράφειν ἐπιχειρήσωσι τὰς ἱστορίας, μὴ καθάπερ νῦν πάνεργως... ἢ οἱ γράφειν ἐπιβαλλόμενοι τὴν ἐξ αὐτῶν τῶν πραγμάτων ἕξιν ἀναγκαίαν ἡγήσονται πρὸς τὴν ἱστορίαν (XII, 28, 3-5) y por eso considera a Demetrio como un superador de los oráculos (Δημέτριος... θείῳ τινὶ στόματι περὶ τοῦ μέλλοντος ἀποπεφοίβακεν XXIX, 21, 7), ya que fué capaz de una sobrehumana

(1) Cf., sobre todo, XXIX, 21, 1-9. También: XXXVI, 17, 5 y siguientes; VI, 57, 1 y sigs., y VI, 9, 10-13.

(2) Para la definición del concepto de causa, cf. especialmente III, 6, 7 y sigs. y, en general, los capítulos 8 a 12 de dicho libro. Además: IX, 12, 7 y sigs., y II, 38 y sigs.

predicción (θειοτέραν ἢ κατ' ἄνθρωποι τὴν ἀπόφασιν ποιήσασθαι *ibid.*, 9); en una palabra, Polibio, que no sólo tenía conciencia de que prever el futuro era para toda la arcaica ciencia oracular *un imposible religioso*, descubre que, dentro de ciertos límites, esa operación es *un posible científico y racional* asequible al gran político y al sutil historiador. Después de esto sería lógico percibir en Polibio por lo menos una despectiva superioridad o compasión hacia los oráculos; en cambio lo que hace es aplaudir la conducta de hombres como Licurgo o como Escipión que, según él, utilizaban los oráculos y las divinas inspiraciones para añadir el prestigio de la religión y de lo sagrado a sus propias previsiones (Licurgo: ἀεὶ προσλαμβανόμενος ταῖς ἰδίαις ἐπιβολαῖς τὴν ἐκ τῆς Πυθίας φήμην X, 2, 11; Escipión: ὡς μετὰ τῆς θείας ἐπιπνοίας ποιούμενος τὰς ἐπιβολάς *ibid.*, 12). No deja de ser impresionante la fría naturalidad con que Polibio recomienda al político semejante actitud inspirada en el principio de que «la gente no osa acometer empresas de riesgo si no tiene alguna esperanza en la ayuda divina» (X, 2, 10); la religión y el culto se le aparecen como pura ficción, pero tan necesarios que para salvarlos como institución no duda en recomendar ante ellos otra ficción, la de hacer como que se cree en ellos. Aquel conocido sarcasmo de Catón, según el cual parecería imposible que dos augures pudieran mirarse a la cara sin echarse a reír, es lo más opuesto a la actitud de nuestro historiador; lo que Polibio les exige es que cumplan su inútil función con toda seriedad y quiere que hasta los verdaderos adivinos y sustitutos suyos se avengan a la piadosa ficción de mantenerlos; en esta piadosa ficción se revela toda la despiadada irreligiosidad típica de la «religión política» de Polibio.

8) Un buen observatorio para percibir el conflicto que se le plantea a Polibio entre la irreligiosidad racionalista y la tendencia conservadora es el de sus reacciones ante los abundantes episodios de irreligiosidad que florecieron en la época helenística, que el historiador hubo de referir y comentar. Nos limitaremos a los más significativos desde el punto de

vista religioso, esto es, a los casos de estricta ἀσέβεια como profanación y delito en la esfera de lo sagrado.

Polibio ve con alarma el espectáculo de la impiedad invasora y la rechaza desde lo más profundo de su conciencia moral. Asistiremos al esfuerzo dialéctico de un hombre que condena airada y noblemente la irreligiosidad, y percibiremos sus invocaciones a los dioses vengadores de la impiedad sabiendo, sin embargo, que ni los dioses ni la piedad están entronizados de una manera auténtica en la conciencia de Polibio, esto es, como principios religiosos. Ahora bien, a pesar de esto sus condenaciones son sinceras, no brotan de una propensión retórica—es difícil encontrar en toda su época un escritor más antirretórico que él—y hasta parecerán contener aquí o allá vestigios de una religiosidad no extinguida del todo; así se evidencia de nuevo el carácter contradictorio de sus actitudes frente a la religión. Veamos cómo en torno al tema de la ἀσέβεια se polarizan algunas de sus más significativas reacciones.

Narra Polibio cómo unos exilados políticos de la ciudad arcadia de Cineta (IV, 17, 4, 12) suplicaron y obtuvieron el regreso a la ciudad, bajo el compromiso de cesar en su oposición al partido aqueo, que era el dominante. Se les aceptó, y la pública conciliación se celebró con una ceremonia religiosa que Polibio describe; pero inmediatamente después estos exilados se adueñaron traidora y violentamente del poder asesinando a los que les habían acogido en la ciudad, y comenta Polibio: «precisamente en el momento en que sobre las víctimas del sacrificio se cambiaban los juramentos y prendas de fe, ellos estaban meditando ya la ejecución de su impiedad contra los dioses y contra quienes habían creído en ellos». Lo que irrita a Polibio no es sólo la violación *a posteriori* de un pacto religioso, sino la simultaneidad entre la violación del rito y la sacrílega disposición de ánimo; esta simultaneidad que Polibio recalca por medio de una abundante matización sintáctica temporal (καθ' ὃν καιρὸν... τότε μάλιστα), esta ficción profanadora del culto religioso, y precisamente desde la intimidad del pensamiento, es lo que hace a Polibio clamar con-

tra la ἀσέβεια de los cinetes. Pero ni el hecho ni la relación del escritor constituyen un caso aislado.

Entre los tristes sucesos que preludian la guerra social sitúa Polibio este otro caso de ἀσέβεια que acaeció en Esparta y fué perpetrado por los partidarios de la alianza etolia, que hicieron suprimir a los éforos por ser estos filomacedones (IV, 35, 1-4). Consistió en esto: los partidarios de los etolios corrompieron a unos jóvenes para que durante una ceremonia religiosa en la que ellos tenían que tomar parte según la liturgia nacional (κατὰ γὰρ τινα θυσίαν πάτριον) irrumpiesen contra los éforos. Todo ocurrió según lo previsto. La impiedad es manifiesta, pero Polibio quiere poner de relieve todas las agravantes: el crimen ocurrió precisamente en un templo (el de Atenea Calcieca) al que estaba vinculado un derecho de asilo, lo cual agiganta las proporciones del sacrilegio, y tanto los asesinos como sus víctimas estaban en funciones sagradas, pero especialmente éstos, los éforos, que estaban en aquel momento realizando un sacrificio ante el altar de la diosa, de modo que los cadáveres de todos ellos quedaron tendidos junto al altar y la mesa de la diosa (τότε δὲ διὰ τὴν ὠμότητα τῶν τολμώντων εἰς τοῦτ' ἦλθε καταφρονήσεως ὥστε περὶ τὸν βωμὸν καὶ τὴν τράπεζαν τῆς θεοῦ κατασφαγῆναι τοὺς ἐφόρους ἁπάντας *ibid.*, 4). Polibio llama a ésta «la acción más impía de todas» e insiste en lo que tiene, al mismo tiempo, de impiedad religiosa y de crimen nacional, con plena conciencia de la inseparable fusión en la vida griega de lo patrio con lo religioso: no creer en los dioses, ni en el culto, ni en todo lo que los griegos venían creyendo y venerando «podía» añadir un grave suplemento de maldad a la maldad humana: la ἀσέβεια era al mismo tiempo un supremo pecado religioso y un supremo pecado nacional, y Polibio no sólo no disimula el primero de esos aspectos sino que lo delata con especial indignación. Otras condenaciones semejantes contra la irreligiosidad operante y delictuosa son frecuentes en Polibio, por ejemplo, las que profiere contra los sacrilegios de los Eolios en Dione y Dodona (V, 9, 7-10) o las que le inspira la actitud de Filipo V de Macedonia (V, 11, 1-9); pero entre las más significativas están las que

formula contra Prusias y contra un navarco del propio Filipo, por nombre Dicearco.

He aquí lo sucedido con Prusias: Cuando este rey bitinio derrotó a Atalo e hizo su entrada en Pérgamo, fué al templo de Esculapio, ofreció en él un suntuoso sacrificio y una vez realizado regresó a su campamento; pero al día siguiente, de modo inesperado, dió muestras de una furia sacrílega: irrumpiendo con sus tropas en el Niceforio, devastó templos, profanó recintos inviolables, saqueó imágenes y aras. Pero tampoco se contentó con eso: el propio templo donde la víspera había orado, y la imagen ante la que había hecho sacrificios, fueron aniquilados por él (XXXII, 15, 1-14): ἐγὼ δὲ τὰς τοιαύτας διαθέσεις καὶ πρότερον εἴρηκά που, περὶ Φιλίππου ποιούμενος τὸν λόγον, μανικάς. τὸ γὰρ ἅμα μὲν θύειν καὶ διὰ τούτων ἐξιλάσκεσθαι τὸ θεῖον, προσκυνοῦντα καὶ λιπαροῦντα τὰς τραπέξας καὶ τοὺς βωμοὺς ἐξάλλως, ὅπερ Προυσίας εἴθιστο ποιεῖν γονυπετῶν καὶ γυναικιζόμενος, ἅμα δὲ ταῦτα καὶ λυμαίνεσθαι καὶ διὰ τῆς τούτων καταφθορᾶς τὴν εἰς τὸ θεῖον ὕβριν διατίθεσθαι, πῶς οὐκ ἂν εἴποι τις εἶναι θυμοῦ λυττῶντος ἔργα, καὶ ψυχῆς ἐξεστηκυίας τῶν λογισμῶν; *ibid.*, 6-8).

Y en los párrafos siguientes prolonga sus acerados ataques contra Prusias con una insistente implacabilidad poco habitual en nuestro historiador. Pero lo más significativo de la irritación de Polibio es que se cierne, simultáneamente, contra la irreligiosidad de Prusias y contra su religiosidad, tachándole de mujeril y poniendo de relieve—observación típicamente griega—que el monarca oriental doblaba la rodilla (γονυπετῶν) ante los dioses. Hasta ahora habíamos visto a Polibio censurar la religiosidad o la irreligiosidad, pero en este pasaje lo que desencadena los dicterios del escritor es la religiosidad que se evidencia como falsa, la hipocresía religiosa. Se tendría la sensación de que quien formula estas ardientes condenaciones fuese un creyente celoso y no, como sabemos que es el caso de Polibio, un incrédulo que tampoco otorga en su intimidad una viva acogida a lo divino. A pesar de lo cual su irritación es sincera, y clamorosa su invocación a la venganza de los dioses; hasta tal punto que, dispuesto a no dejar pasar impune la actitud del sacrílego rey, y violentando hasta

el límite los criterios de su habitual racionalismo, apela a la providencia divina e interpreta como un justo castigo de los dioses ciertos percances y desdichas que poco después diezmaron al ejército de Prusias: ἐταλαιπώρησε δὲ καὶ τὸ πεζικὸν στράτευμα τῷ Προυσίᾳ κατὰ τὴν ἐπάνοδον ὑπό τε τοῦ λιμοῦ καὶ τῆς δυσεντερίας, ὥστε παρὰ πόδας ἐκ θεοπέμπτου δοκεῖν ἀπηντῆσθαι μῆνιν αὐτῷ διὰ ταύτας τὰς αἰτίας (*ibid.*, 14). Lo interesante es que Polibio condena aquí a Prusias como impío y como religioso, como incrédulo y como simulador de piedad y que olvidándose de los múltiples saberes pragmáticos que posee y de toda la ciencia y experiencia militar (que en tantos otros pasajes acredita y propugna con vehemencia), parece estar dispuesto a ver en el hambre y en la disentería del ejército de Prusias, no sus causas naturales e inmediatas, sino su carácter de castigo divino. En este pasaje se conjugan los rasgos contradictorios del Polibio religioso y del irreligioso: la violenta impiedad de Prusias ha servido para sublevar la conciencia político-religiosa del historiador; análogamente la blanda religiosidad del rey bitinio repugna al típico racionalismo griego de nuestro escritor; y, en fin, la incongruencia de ambas actitudes, con sus extremos de ficción y de violencia, choca con el respeto de Polibio hacia las instituciones religiosas.

Veamos ahora lo concerniente a Dicearco. Cuando Filipo V de Macedonia promovió su injusta guerra a los habitantes de las Cícladas y del Helesponto erigió a Dicearco en jefe de la escuadra y agente de toda aquella empresa punitiva. Polibio refiere escandalizado cómo Dicearco, allí donde llegaba con su escuadra, elevaba dos altares, uno a la Impiedad y otro a la Iniquidad, y ante ellas realizaba sacrificios venerándolas como a divinidades: οὗ γὰρ ὁρμίσειε τὰς ναῦς, δύο κατεσκεύαζε βωμούς, τὸν μὲν Ἀσεβείας, τὸν δὲ Παρανομίας, καὶ ἐπὶ τούτοις ἔθυε καὶ τούτοις προσεκύνει καθάπερ ἂν εἰ δαίμονας (XVIII, 54, 10). A Polibio le faltan palabras para calificar una tal πρόδηλον ἀσέβειαν cometida en τῇ τῆς ἀπονοίας ὑπερβολῇ, y quiere a todo trance que los dioses castiguen a este malvado: aducirá el triste final que tuvo la vida de Dicearco—que murió en el tormento a manos de Aristomenes—considerándolo como una obra de la justicia

divina: δοκεῖ μοι [Δικαίαρχον] τυχεῖν τῆς ἁρμοζούσης δίκης καὶ παρὰ θεῶν καὶ (παρ') ἀνθρώπων· παρὰ φύσιν γὰρ ἐνστησάμενος τὸν αὑτοῦ βίον εἰκότως παρὰ φύσιν καὶ τῆς εἱμαρμένης ἔτυχε (*ibid.*, 11). Nilsson (1) refiriéndose a este pasaje observa que lo que en el primer miembro de la frase es atribuído por Polibio a los dioses y a los hombres en el segundo es referido en cambio a la τύχη. Por nuestra parte, y después de las inconsecuencias y contradicciones observadas en el historiador no nos extrañaremos de esta múltiple y vacilante atribución. En las reacciones de Polibio ante lo religioso no se puede buscar una coherencia, porque la irreligiosidad no es una actitud doctrinal y sistemática ni se articula sólidamente, ni hay en ella fijas constelaciones. Esto sólo podría darlo la religiosidad, frente a la cual la actitud irreligiosa no se instaura como una «religiosidad al revés» o como una «heterodoxia» consecuente. La irreligiosidad en general y en especial la griega es más bien como un naufragio, después del cual sólo es posible encontrar un caos de ruinas y fragmentos flotando a la deriva.

Ideas como la del φθόνος de los dioses, la ὕβρις y su consecutiva νέμεσις, la μῆνις τῶν θεῶν o la τύχη vengadora que aquí o allá sobrenadan en las Historias no son sino confusos relictos de ese naufragio. Respecto del φθόνος hemos visto que Polibio lo atribuye a la Fortuna (τὴν τύχην ὡς ἔστιν ἀγαθὴ φθονῆσαι τοῖς ἀνθρώποις, XXXIX, 8, 2), a la cual conjura para vivir con tranquilidad el resto de su vida; y semejante sentimiento es atribuído también al sátrapa Aqueo, el cual φθονοῦντα τὸν ὑπὸ τῆς τύχης διδόμενον στέφανον (V, 42, 8), no se atrevía a destronar y suplantar al rey Aqueo. Del sacrílego Prusias dirá Polibio que incurrió εἰς τὸ θεῖον ὕβριν, para mostrar a renglón seguido los efectos de la νέμεσις a través de los castigos que le sobrevinieron (XXXII, 15, 8). En un mismo episodio, el de los castigos que el impío Filipo V experimentó al fin de su vida, atribuirá Polibio, primero a la τύχη y después a θεοῖ τίνες la paternidad vengadora contra el rey macedonio, presentándolo perseguido

(1) Cf. Nilsson, *op. cit.*, II, págs. 181 y 190.

por unas Furias (τινας ἐρινῦς) suscitadas por la Fortuna, deseosa de vengarse de su impiedad, εἰ δίκην ἡ τύχη βουλομένη λαβεῖν (ἐν) καιρῷ παρ' αὐτοῦ πάντων τῶν ἀσεβημάτων (XXIII, 10, 2), y luego como víctima, en cambio, de la ira de los dioses (θεῶν τινῶν αὐτῷ μῆνιν εἰς τὸ γῆρας κατασκῆψαι *ibid.*, 14).

III

9) El mero examen de la actitud de Polibio ante la religión muestra bien a las claras que si es lícito hablar de una postura irreligiosa en el historiador griego su irreligiosidad es en todo caso una actitud harto compleja. Las palmarias inconcordancias de su pensamiento ante las creencias y los hechos religiosos brotan de una heterogénea serie de reacciones que los diversos aspectos de la religión suscitan en las distintas zonas de su conciencia. De ahí que la irreligiosidad de Polibio no se pueda proclamar en términos absolutos ni siquiera, hablando con rigor, en términos cuantitativos. Lo esencial no es que Polibio acepte muchos o pocos valores religiosos, sino que al aceptarlos o al rechazarlos lo hace en virtud de una transmutación valorativa que les hace cambiar de signo: cada objeto y cada valor religioso queda así convertido en valor político, o educativo, o cultural, o histórico. En esta transmutación está la clave de su irreligiosidad, pero también de su religiosidad, porque este género de transmutaciones no repugna a una religión de tipo nacional como repugnarían en cambio radicalmente a una religión supranacional o mistérica; por el contrario ya las religiones antiguas, como la romana o como la griega, están planteadas como una fusión y compenetración indisoluble de todos esos valores. Ni Polibio ni los otros partidarios de aquella que ya en la antigüedad se llamó *religio politica* (1), son en rigor inventores y responsa-

(1) Cf. Varron, apud Aug., *De Civit. Dei*, VI, 5, 252. Nilsson, *op. cit.*, II, pág. 180.

bles de una μετάβασις εἰς ἄλλο γένος en daño de la religión; la metábasis está ya implicada, y como exigida, por la índole propia de las religiones nacionales.

Ante los dos contenidos fundamentales que estas religiones poseen, el mítico y el cultural, hemos visto que Polibio reacciona diversamente. Se desentiende del primero, y no podría ser de otra manera, siendo lo mitológico una colección de narraciones que además de resultar ya incompatibles con la mente racionalista no se habían impuesto nunca como una normatividad inmutable y dogmática. Aferra en cambio tenazmente el segundo, y también esto era inevitable, siendo el culto, por definición, una organización del comportamiento humano a través de una serie de normas que regulan la conducta no sólo ante los dioses, sino también ante la comunidad. Especialmente Polibio nos ha ofrecido el espectáculo de una irreligiosidad especulativa en contraste con una religión basada en lo existencial: la religión inútil e incompatible con el logos es al mismo tiempo valiosa y concordante con el ethos; no es sin duda un azar que cuando Polibio parece estar más de lleno en el seno de la religión el motivo de su actitud religiosa sea de raigambre ética y aun patética.

Por eso Polibio es, en lo religioso, un conservador de lo único que, dada la altura intelectual de su tiempo, parecía conservable, esto es, el culto. Polibio se aplica a salvar así todo lo salvable de la religión como institución tradicional; quiere declararla intocable, es decir, sagrada. Pero esta intangibilidad y sacralidad es para él paradójicamente una instancia profana, civil y cultural. En esta contradicción están la clave y la raíz de toda la irreligiosidad de Polibio y de toda su religiosidad.

10) Pero la postura de Polibio ante la religión no brota únicamente de la especial cualidad de las religiones antiguas y de la sazón a que ellas habían llegado en la conciencia de los hombres del tiempo helenístico. Es inexcusable ver también en su actitud las peculiares reacciones de una personalidad inconfundible, o dicho en otros términos: su irreligiosidad no

sólo pertenece a la historia de la religiosidad antigua, sino que es también un fenómeno humano y psicológico de alcance y significación universal (1). Y en tal sentido la actitud de Polibio es un curioso ejemplo de lo que sucede en el caso de un hombre de ciencia, serio y tendencialmente positivista, frente a una religión heredada como cultura, insuficiente y al mismo tiempo imprescindible, inútil y al mismo tiempo necesaria. Ofrece también una clara muestra de las reacciones del *homo theoreticus* y del *homo politicus* frente a los ideales y contenidos del hombre religioso. Es, al mismo tiempo, un documento valioso para la confección de una tipología religiosa todavía apenas esbozada, pero sumamente fértil para la comprensión de toda una gama de actitudes que ante la religión han aparecido en el mundo antiguo igual que en el mundo moderno, a saber, la tipología de la irreligiosidad. El mundo antiguo, lo mismo que el moderno, conoció casos de irreligiosidad virulenta, de irreligiosidad sarcástica o rencorosa, o blasfematoria, o nihilista. A ninguno de estos tipos se adscribe la irreligiosidad de Polibio. La suya es la irreligiosidad del hombre de ciencia (y en tal sentido sus actitudes preludian ciertos tipos de incredulidad característicos del siglo XIX; recorriendo las páginas de Polibio se tiene a veces la sensación, ante su minuciosa escrupulosidad científica, su tesón inquisitivo, la mole histórica que confeccionó y su mismo estilo realista e inimaginativo, de estar leyendo a un gran positivista del siglo pasado); en lugar de la violencia o el rencor, en lugar del sarcasmo irreligioso que suele florecer en la pluma del artista y del literato (2), Polibio ofrece una irreligiosidad comprensiva y generosa, conservadora y en cierto modo nostálgica.

---

(1) Un agudo planteamiento para una revisión actual de las religiones griega y romana puede verse en el sugerente estudio de A. Brelich: *Religioni antiche e pensiero contemporaneo* (Maia, III, fasc. III, páginas 165-175, Roma, 1948).

(2) Lo que en este aspecto tiene de típica la actitud de Luciano puede verse en la excelente obra de Caster, *Lucien et la pensée religieuse de son temps* (cf. especialmente págs. 365-389), París, 1937.

No tiende a destruir, sino a sustituir y aun cabría decir a perfeccionar racionalmente la religiosidad misma, sin querer desalojarla con violencia del santuario de las conciencias, deseoso de ver prolongarse el mundo ritual vinculado a las instituciones patrias. Precisamente por ser la suya una irreligiosidad característica del científico y del político Polibio, representa un caso, por así decirlo, químicamente puro, de insensibilidad a todo el contenido mistérico escatológico y soteriológico de la religiosidad; insensibilidad que se aviene perfectamente con una forma de vida, como la suya, esencialmente teórica y política.

Su irreligiosidad se nos ha aparecido así como una situación contradictoria, es decir, polivalente y escindida. Polivalente, porque no se limita a negar y rechazar, sino también a conservar, sustituir y en cierto modo reconstruir y reformar. Escindida porque brota de una conciencia en la que los valores no se articulan en torno a un centro unitario, sino múltiple. Desde el punto de vista de la psicología religiosa el caso de Polibio es una buena piedra de toque para aquilatar en qué sentido y hasta qué punto la irreligiosidad puede y suele no ser un nihilismo, y cómo el tipo del hombre irreligioso es susceptible de situarse más cerca del reformador religioso que del iconoclasta. Es, sobre todo, un valioso documento para percibir el peculiar aspecto que adquiere una irreligiosidad en esa etapa de su evolución histórica en la que sobre el «momento religioso» predomina el «momento cultural», y Polibio sería un ejemplo hondamente claro de cómo es no ya solo posible, sino en cierto modo inevitable en el seno de comunidades históricas muy evolucionadas, una especie de *religiosidad cultural* después de haber sido abandonada la *religiosidad religiosa*. Su actitud ante el mundo ritual, su enérgica reprobación de la ἀσέβεια, su adscripción a la τύχη de atributos tradicionales en la manera de concebir el hombre griego lo divino, como el φθόνος, la ὕβρις y la νέμεσις: todo esto acredita cuáles son los elementos religiosos todavía positivos e inextirpables que operan en el fondo de su irreligiosidad mental. Como todos los griegos que heredaron el fruto de siglos de ilustración racio-

nalista Polibio no entiende el viejo contenido irracional de la religión, que se le aparece como un borrón obscuro e ininteligible; pero no trata entonces de cancelarla para siempre, sino de adecuarla a las exigencias de una *ratio* que, dado su temperamento y su educación, es ante todo una *ratio* política e histórica; de ahí que sus teorías sobre el origen de la religión y sobre su función políticosocial, sean al mismo tiempo escandalosas y piadosas.

Polibio, en fin, no es sólo como pudiera deducirse de la atención que le dedican muchos estudiosos y comentadores un gran arsenal del mundo antiguo por los hechos que narra y por las noticias que conserva; él mismo es una viva y dramática noticia de las profundas convulsiones espirituales que un mundo—el griego—y una conciencia—la del científico—experimentan ante el choque de dos fuerzas antagónicas que en ciertas zonas de la conciencia y en ciertas etapas de la cultura no faltan nunca completamente, ni existen en estado puro, ni logran aniquilarse del todo mutuamente: la religiosidad y la irreligiosidad. Hay un pensamiento de Renan que podría también aplicarse al caso de Polibio y con el cual cabe expresar el paisaje irreligioso, y a pesar de todo religioso, de nuestro historiador: «La foi a cela de particulier, que, disparue, elle agit encore».

A. Alvarez de Miranda.

NUEVAMENTE SOBRE EL «OSTRACON» SAFICO: UNA ACLARACION

En una revista argentina (1) publiqué hace varios años un artículo dedicado al enigmático fragmento sáfico del *ostracon* florentino, hoy día fr. 2 L.-P. El artículo, por lo visto, no tuvo gran difusión. Es lamentable lo que nos ocurre a los españoles—y también a los sudamericanos, claro está—. Si escribimos en otras lenguas, se nos acusa de falta de patriotismo; si lo hacemos en la nuestra, no nos lee nadie. En parte, posiblemente, porque no todos cuantos afirman dominar el español lo conocen en efecto: no basta un poco de latín y otro poco de italiano para leer fluidamente un trabajo redactado en castellano.

El año pasado, tres después de la aparición de mi artículo, ha salido la maravillosa edición de los lesbios preparada por Lobel y Page (2), una de las más interesantes publicaciones filológicas de los últimos tiempos. Edgar Lobel había recibido la tirada aparte del trabajo, y aun tuvo la bondad de agradecérmela en una tarjeta del 5-VI-1954. Sin embargo, el artículo mío, bueno o malo, no aparece citado en ningún lugar de la edición. Se alegará que lo que pudiéramos llamar «austeridad filológica» de la obra, tan sobria en cuanto a citas como todas las de Lobel, excluía tal posibilidad. Sin embargo,

---

(1) *Algo más todavía sobre el ostracon sáfico*, en *Anales de Filología Clásica*, V, 1950-1952, 81-90.

(2) *Poetarum Lesbiorum Fragmenta*, Oxford, 1955.

tal vez hubiera sido necesario mencionar mi nombre al menos en el aparato crítico del mencionado fragmento.

Allí, en la discusión de la línea 1, cuyo texto es acogido como

δευρυμμεκρηταση.π[
. . . .

en la transcripción paleográfica (pág. 4) y como

δευρυμ † μεκρηταση.π[
. . . .

en la definitiva (pág. 5), se dice textualmente:

δεῦρύ μ' ἐκ Κρήτας ἐπ[ὶ τόνδ]ε ναῦον *interpr. et suppl. possis.*

Ahora bien, en nota 1 de página 88 de mi artículo, yo había sugerido lo que también textualmente repito:

Nos había venido la idea de proponer algo así como τόνδ]ε ναῦον (sobre la falta del artículo en Alceo, contra la norma dada por LOBEL, ΑΛΚΑΙΟΥ ΜΕΛΗ, Oxford, 1927, LXXX, cfr. fr. 24 *a*, 1-2, τόδε... τέμενος, 11, τῶνδε μό[χθ]ων; 43, 9, χόλω τῶδε; 54, 7, ἔργον... τόδε), pero, aparte de las demás dificultades, habría que admitir un corte τόνδ/ε.

Y en nota 2 de página 87, comentando la posibilidad de que el verso de línea 1 pudiera ser un compuesto en παρα- o en περι-, digo:

¿O en ἐπι-, leyendo, como la señorita NORSA, κρητεσ.π.?

Parece, pues, que las dos ideas básicas de la conjetura de Lobel (que, por lo demás, no carece de inconvenientes serios, como yo mismo se ha visto que apunto) se encontraban ya en mi artículo. No me faltó más que el valor necesario para unirlas. La dificultad de que el escriba fuera tan iletrado como para separar en dos líneas distintas las dos últimas letras de τόνδε me pareció que podía más que la principal objeción presentada por el προσίκοιο de Turyn aceptado por mí. Léase, si no, esto que digo en página 88:

Hay que confesar, volviendo a δεῦρυ y a προσίκοιο, que, según las observaciones de Lobel, «δεῦρο and its plural δεῦτε... are never followed by a verb of motion expressed». Pero no creemos que esto baste para echar abajo la lectura de Turyn. Los seis ejemplos citados por Lobel no son, a nuestro entender, suficientemente fuertes para contrapesar el uso de δεῦρο con ἴθι (Γ 130), ἴτω (H 75), ἴτε (Esq. *Eumén.* 1041), ἕπεσθε (Eurip. *Hérc.* 724), ὄρσο (χ 395), etc. Todos esos seis ejemplos pertenecen a frases incompletas, en que no puede excluirse la posibilidad de que hubiera en un principio algún ἔλθε o algo parecido.

Creo, por tanto, que la cita de mi nombre (y no lo digo por vanidad, sino por amor de la verdad científica) se imponía en el aparato de Lobel-Page. Pero no es es esto lo peor.

Al mismo tiempo que la citada edición apareció la obra de Page solo, también espléndida, dedicada a Safo y Alceo (3). Aquí sí se aspira ya a mencionar en forma exhaustiva la bibliografía. Y, sin embargo, Page, en su página 35, cita nada menos que veintiuna publicaciones sobre el *ostracon;* pero no la mía. Es verdad que no se la envié personalmente a dicho filólogo, por el que siento gran admiración, pero al cual no tengo el gusto de conocer; sin embargo, nada hay más fácil que acudir a *L'Année Philologique,* en cuyo tomo XXIV, página 164, se encontrará la referencia. Claro está que tal vez la cita haya sido omitida por el escaso valor científico de mi trabajo; pero tampoco parece que tal suceda, sino más bien que el artículo no pudo ser leído por Page, pues en otro caso resultaría inadmisible que hubiera sido acogida no ya una tímida conjetura, como en el caso anterior, sino mi tesis entera sobre el *ostracon,* la tesis que viene a resolver, según parece, casi todos los problemas, sin la correspondiente y obligada cita bibliográfica.

En efecto, Page da (pág. 34) el siguiente texto del verso 1 del *ostracon:*

δεῦρύ μ' ἐκ Κρήτας ἐπ[ὶ τόνδ]ε ναῦον

(3) *Sappho and Alcaeus,* Oxford, 1955.

Y traduce:

> Hither to me from Crete, to this holy temple...

agregando en nota (pág. 36) que

> ...perhaps the best sense with the least change is δεῦρύ μ' ἐ‹κ› Κρήτας ἐπ[ὶ τόνδ]ε ναῦον, suggested by Lobel (ἐκ Κρήτας Lavagnini also).

Ni una palabra, como se ve, de mi conjetura. Pero lo peor, repito, no es esto.

A mi parecer, el artículo tantas veces citado se dividía en dos partes de distinta importancia. Lo más saliente para un lector distraído era la conjetura algo audaz con la que, considerando, como casi todo el mundo, que la oda no empezaba en δεῦρυ, antepuse (págs. 88-89) al κατίοι[σα] de Körte, en la línea que ahora llaman Lobel-Page 1.ª,

> Ἐράν‹ν›οθεν, un homerismo formado como Ἴδηδεν κατιοῦσα (Δ 475), κατιόντα... ἀγρόθεν (ν 267-8), citados ya por Turyn. En la ciudad cretense de Erannos había varios santuarios, según la inscripción 62 de la colección de Michel. La pérdida de la geminación no puede sorprendernos en un escriba como éste; pero, aunque se quiera leer ερρανοθεν, aun en ese caso la explicación paleográfica de esta falsa grafía sería tan fácil como la que hemos dado para la mutación δευρυμεκκ > δευρυμμεκ. Añadiremos, para terminar, que el nombre de Erannos es sin duda un resto del sustrato eólico de Creta, lo que hace más verosímil todavía la alusión de la poetisa.

Esta tesis, repito, es audaz y presenta puntos débiles, como yo mismo confieso allí, aunque no creo que tampoco merezca el absoluto silencio con que ha sido acogida.

Pero lo más importante, creo yo, lo que no sólo no es audaz, sino que cada vez creo yo que resulta más indiscutible, es la especie de «operación de limpieza» que he llevado a cabo con las distintas teorías clasificándolas, poco más o menos, de esta manera:

a) Safo está o finge estar en Creta: la diosa debe acudir al lugar de Creta descrito. Es la tesis de Turyn y Setti (omito

citas porque están al alcance de cualquiera y por no recargar esta breve nota), que se viene abajo por los motivos que en mi artículo pueden encontrarse.

b) Safo está en Lesbos: la diosa debe acudir a Lesbos dejando el santuario de Creta descrito. Tesis de Theander y Lavagnini sobre la cual debe bastar este párrafo de mi página 86:

> ... en todos los fragmentos de himnos cléticos... no se consagra al paraje de donde va a partir el dios más que una breve mención o, cuando más, un epíteto bastante incoloro, pero nunca una descripción tan larga y vívida como ésta. Por lo que a nosotros toca, no podemos concebir estas magníficas estrofas descriptivas más que si se ve en ellas la escena espléndida en que la diosa se unirá a Safo y a sus amigas para honrar su festín.

c) Safo ruega a Afrodita que visite el santuario (¿lesbio?) erigido por los cretenses. Teoría de Theiler sujeta a muchas objeciones graves.

d) Afrodita debe abandonar a Creta para dirigirse a la fiesta que Safo y sus amigas van a celebrar en el τέμενος lesbio que es largamente descrito. Esta es mi hipótesis, que nadie había formulado antes y la cual acepta de modo tácito—o, más probablemente, con la cual coincide *a posteriori*—Page. Compárese su traducción que antes di con el siguiente párrafo de página 40:

> Convention requires that the locality described in the first three more or less complete stanzas be understood to be the place which the goddess is to visit, not the place which she is to leave.

Ultimamente, Pieraccioni (4) ha publicado una notita en que, equivocándose según creo al admitir la atrevida conjetura de Gallavotti sobre la laguna de los versos 11-12, acepta casi todo lo de Page (incluso el ἠρίνοισιν tomado a Vogliano y que no veo qué ventaja paleográfica presenta sobre

(4) *Recenti edizioni di Saffo e di Alceo*, en *Maia*, VIII, 1956, 56-71.

el λειρίνοισιν sugerido por mí) y, claro está, atribuye, como harán todos en lo sucesivo, la paternidad de la conjetura ἐπὶ τόνδε ναῦον a Lobel y la de la tesis en general a Page:

> Quindi nessuna particolare descrizione di Creta, ma del luogo dove la dea... è invitata a discendere (pág. 63).

Y termina señalando (nota 3 de pág. 63) que la oda

> è... un' attestazione dell' antico culto di Afrodite nell' isola, di cui già avevamo notizia da altre fonti.

Pues bien, en este sentido representaría un avance más, si estoy en lo cierto, mi conjetura sobre Erannos.

M. F. Galiano.

FILOCTETES

(Continuación) [1]

Volviendo ya a nuestra labor de revisar y fijar las actividades de los personajes que llevan el peso del drama y, sobre todo, las del ladino laertíada, empecemos por observar que éste, en adelante, obra ya a cara descubierta, y tiene tres principales intervenciones: la primera, desde el v. 974 al 1.080; la segunda, del 1.218 al 1.258; la tercera, brevísima, desde el 1.293 al 1.299.

La primera no necesita mucho comentario, a pesar de que es de suma importancia el momento dramático a que se refiere.

En efecto, Neoptólemo, durante el sueño de Filoctetes, ha renunciado a la propuesta del Coro de fugarse con las armas, por considerarlas inútiles sin su poseedor para la toma de Troya. Ahora, del brazo ya del viejo militar, como quien le va a ayudar a embarcarse hacia Grecia dejando la campaña de Ilión, el joven, emocionado y conmovido, se siente harto de tanta villanía en su conducta ante desdichas tan graves de un hombre inocente, y, disgustado ya de tanta farsa, siente que le dominan sus propios naturales y nobles afectos y empieza a titubear; quiere ayudarle de verdad

ἔσται τάδ'. ἀλλ' ἴστω τε καὐτὸς ἀντέχου 893

ya no puede más:

παπαῖ· τί δήτ' ἂν δρῷμ' ἐγὼ τοὐνθένδε γε; 895
οὐκ οἶδ' ὅποι χρὴ τἄπορον τρέπειν ἔπος. 897

(1) V. EMERITA, vol. XXIII.

Es demasiada violencia a su carácter (903-904). Decide cambiar de rumbo, y, por de pronto, confesar públicamente su vileza y la mentira de cuanto está haciendo y diciendo (908-909): «hablemos con sinceridad, se trata de que vayas no a Grecia sino a Troya» (915-916), e insiste en persuadirle de que debe hacerlo así (921-922). Es la conversión que Aristóteles menciona como ejemplo de sinceridad y de verdad (1).

La reacción del herido militar es clara y tajante: «jamás, y devuélveme esas armas» (924). Negándose el joven a ello, le dirige Filoctetes una larga plegaria, la cual hace honda mella en su noble e hidalgo corazón: «¡lo que me has hecho!, viene a decirle, ¿no te da vergüenza verme así lisiado y suplicante y tratarme como me estás tratando?; devuélveme esas armas». Y observando su extraño silencio, pues el joven mismo está desconcertado, «ay de mí, continúa, y ni siquiera me contesta, y como quien ya no me las ha de devolver, así vuelve la vista». Le afea aún más su conducta con nuevas consideraciones, multiplica sus ruegos: «restitúyemelas, aún es tiempo de volver a ser lo que eras...; ¿qué dices?, ¿callas?» (950).

El joven, por fin, se rinde. La compasión le ha vencido (965-966); pregunta ya, «¿para qué me habré yo metido en estos líos? οἴμοι τί δράσω; (969); no debiera haber salido de Esciro». Y repite: «¿qué hacer?» τί δρῶμεν, ἄνδρες; (974); y se le acerca ya a Filoctetes para entregarle por fin sus armas.

Ulises que, desde su escondrijo, ha ido presenciando toda esta escena, salta y grita desazonado: «¿qué estás haciendo?» (974-975), se las quita de la mano, y, dueño ya de ellas, dialoga con Filoctetes. Este le ha reconocido por la voz. El declara ser Ulises y como tal estar empeñado en conseguir que se deje llevar a Troya; le ofrece grandes ventajas, y aun le amenaza (claro está que fingidamente) con tomar ellos a Troya con sus armas y robarle la gloria que le tenían reser-

---

(1) En el libro de *Ethica ad Nicom.* (1146, 2, 7) afirma: ἔσται τις σπουδαία ἀκρασία, οἷον ὁ Σοφοκλέους Νεοπτόλεμος ἐν τῷ Φιτοκτήτῃ· ἐπαινετὸς γὰρ οὐκ ἐμμένων οἷς ἐπείσθη ὑπὸ τοῦ Ὀδυσσέως διὰ τὸ λυπεῖσθαι ψευδόμενος. V. también 1151, 9, 4.

vada los dioses. Y diciendo esto se lleva consigo a Neoptólemo como si fueran a la playa, a preparar el viaje camino de Ilión, sin Filoctetes.

Neoptólemo, pese a la brusquedad con que antes le mandó irse con él (1068-1069), se retira con Ulises en términos amistosos; «tú y yo vámonos» νὼ μὲν ὁρμώμεθον, dice al viejo; y al Coro: «y vosotros, en cuanto os llamemos, os ponéis en camino» (1079-1080).

Síguese un largo diálogo del Coro con Filoctetes, en que inútilmente le induce a ceder de su testaruda posición (1). Cuando ya él se ha metido en la cueva y puede quizás oír lo que junto a ella se habla, con sorpresa de todos, vienen a escena corriendo, los dos, el viejo y el joven, y en una disputa acalorada le prohibe aquél a éste entregar las armas, como lo pretende hacer, y ante las amenazas del muchacho, se retira diciendo que se lo va a contar a todo el ejército y a los Atridas...

Podríase pensar que en esta segunda intervención de Ulises hay confabulación con Neoptólemo, y que esta lucha es fingida y obedece a planes bien pensados del laertíada. La ficción parecería descubrirse desde las primeras palabras:

---

(1) El que Neoptólemo sea sincero en este momento, y de hecho piense en irse con el lisiado a Grecia, tendría la pequeña ventaja de conservar aun en esto la lealtad de su noble corazón. Pero a cambio de ello tendría dramáticamente muy graves desventajas: su carácter quedaría tronchado con tal apatía sin una palabra de reproche y protesta contra Ulises y contra toda esta farsa de su viaje desde Esciro; pues equivalía a renunciar súbitamente a su propio y tan acariciado destino: él está persuadido, y lo acaba de recordar (1335), de que tiene que ir él mismo a Troya y realizar allí proezas dignas de su padre; renuncia que por otra parte no le está impuesta por la necesidad de las circunstancias, pues, según acaba de decir, nada pierde él con dejar allí al viejo con su cojera e irse él a realizar su destino ante los muros de Troya. Además los motivos que aduce acerca del contenido del oráculo de Héleno, están evidentemente dictados por el taimado hijo de Laertes. De todos modos este punto es muy accidental en la tragedia, y sus reparos tienen igual valor en cualquiera interpretación que se la dé.

entra preguntándole a gritos por qué vuelve tan deprisa. Contesta el adolescente que para reparar su anterior falta (1224). —¿Cuál? —La de sorprender con pérfidas falacias y engaños a este hombre (1228), «obedeciendo a tí y a todo el ejército» (1226). Lo dice él que ni ha visto siquiera al ejército ni a ninguno de sus jefes, pues viene de Esciro y no conoce Troya. Con todo, sus palabras toleran otra interpretación y cabe el que el joven actúe en esta escena con toda verdad, y trate de aquietar su conciencia restituyendo las armas a su dueño. En cambio, la persona de Ulises está cargada de tintes cómicos tan llamativos, que no puede tomarse en serio lo que dice: «El no podrá impedir que le entregue las armas, pero, sí, se lo dirá al ejército» (todo un ejército, el de Troya, para estorbar que un chico alargue la mano y deje el arco y la aljaba en las del viejo que tiene delante). Se resiste aún Neoptólemo. «Pues la guerra no será contra Troya sino contra tí» (1253). ¿Echa la mano a la espada Ulises?; la echa también el muchacho. Reacción: «Bueno, te dejo, pero ya se lo contaré (a papá), a todo el ejército; él te castigará» (1257-1258). Con guasa comenta su fuga el muchacho (1259-1263).

Así termina la segunda actuación abierta del jefe cefalenio, retirado el cual, el joven, siguiendo adelante en su plan de llevarse consigo a Ilión a aquel viejo militar, se dedica con empeño verdadero a rendir por la convicción su voluntad: le confiesa que está arrepentido (1270), le inquiere si no se animará a ir a Troya. El lo niega categóricamente, y entonces, contra todo lo que se esperaba Filoctetes, de repente le ofrece ya las armas, y aun se las entrega de hecho (1292). Azorado irrumpe Ulises, que se lo quiere prohibir (tercera intervención); pero huye veloz al ver que le asesta y va a dispararle el cojo su certera y formidable flecha. Apenas hace sino cruzar el escenario. A donde huye es a la cueva, pues así lo exige su propia seguridad, toda vez que la gradual desaparición en el descenso por el camino ordinario sería seguir ofreciendo el cuerpo para blanco del fatal flechazo.

Se pregunta uno a qué viene una intervención como ésta, tan rápida y, al parecer, tan ineficiente, siendo al mismo

tiempo tan peligrosa. Dos razones se me ofrecen: la una, referente al punto que abandona Ulises; la otra, al que pasa a ocupar. Una vez que, por fin y después de tanto conato frustrado, van a bajar de la altiplanicie con ánimo de embarcarse, como han de pasar por el puesto donde él se halla emboscado, se adelanta a retirarse de allí y a dejarles el paso; su encuentro con Filoctetes en aquel paraje le podría costar caro. Y, por otra parte, el entrar en la cueva le es del todo necesario al πολυμήχανος Ulises, para lo que aún le queda por hacer en el drama, que es mucho, como luego veremos.

El joven, que ha quedado solo con Filoctetes, en un bellísimo discursito, que debe ser síntesis de lo que en el drama euripideo decía la embajada de los lemnios, o al menos hace sus veces, va acumulando las razones más válidas para animarle a cooperar con esas flechas, ya recuperadas, a la toma de Troya: le censura su irracional testarudez (1316-1323), le asegura su próxima curación y sus futuras victorias, según las profecías de Héleno, quien, además, afirma que todo ello ha de suceder este verano, lenguaje todo inspirado por Ulises, e idéntico al que luego usará Heracles:

τοῦτο μὲν παιωνίας
εἰς χεῖρας ἐλθεῖν, εἶτα τὴν πολύστονον
Τροίαν ἑλόντα κλέος ὑπέρτατον λαβεῖν 1344-1347:

Tentadora empresa: ¡recobrar la salud perdida hace diez años y cubrirse de gloria inmarcesible en Troya!

No deja de sentir la seducción de tal perspectiva el lisiado hijo de Peante. En un íntimo monólogo expresa con emoción sus dudas y sus incertidumbres: está ya a punto de ceder... (como lo hacía en los dramas de Esquilo y Eurípides):

οἴμοι, τί δράσω; πῶς ἀπιστήσω λόγοις
τοῖς τοῦδ', ὃς εὔνους ὢν ἐμοὶ παρήνεσεν; 1350 . 1351.

Pero... ¿dar ese gusto a sus mayores enemigos? Y reacciona violentamente en sentido contrario: jamás, ni él irá a Troya ni debiera ir tampoco Neoptólemo, sino volverse con Filoctetes hacia Grecia.

Con delicadas observaciones insiste el joven en que debiera ceder y mirar por su salud, aunque sean sus enemigos los que se la devuelvan: «¿qué fácil me sería a mí dejarte con tu pierna coja e irme yo a lo mío?» (1395 sg.). —«No, contesta el viejo, tú llévame, pero a Grecia, y no a Troya; y date prisa a hacerlo» (1397-1401).

Y, en efecto, Neoptólemo cede de repente, y, contra lo que se podía esperar, le toma del brazo y le ayuda a bajar a la playa, hablándole como que van a Grecia y no a Troya. Esta condescendencia, este cambio del joven, ¿es real o es ficticio?, en realidad ¿baja para llevarle a Grecia, como se le ha pedido y él lo ha prometido, o a Troya, como se busca en todo el drama?

No parece que haya un cambio real en las intenciones del muchacho, en estos momentos; todo hace pensar que el plan que entrambos, Ulises y Neoptólemo, traían concertado era tentar primero a rendirle por la convicción, pero, si ésta fallaba, bajarle a la llanura de la playa, aun con promesa de embarcar para Grecia, dejando el resto a la iniciativa del inexhausto en recursos Ulises, o si no, con un simple gesto se lo ha podido indicar ahora Ulises. Parece que había algo de esto en los anteriores Filoctetes.

Lo cierto es que con unos medios y con otros, Sófocles ha logrado que la acción llegue en este drama a aquellos extremos a que suelen las suyas llegar momentos antes del desenlace: al extremo contrario del que se busca: se desea llevarle a Troya y están todos casi a punto de embarcarse para Grecia. Como en la *Electra*, poco antes de presentarse Orestes, que trae la catástrofe, se llega a la pérdida total de la esperanza de lograr aquello que se va a conseguir inmediatamente.

* * *

En los dramas de Sófocles este es el momento de la καταστροφή, en que, por fuerza de los hechos mismos y de los personajes que en ellos intervienen, la acción desemboca en la

solución y desenlace de la tragedia. Esto esperaríamos también en la nuéstra. Pero he aquí que de repente quedamos detenidos en un punto no ya crucial, sino muerto y aun diríamos punto final antes del fin de la tragedia. Esta bellísima gradación que en los dolos de Ulises íbamos admirando, queda de repente tronchada con la escena última, que a continuación viene: la aparición de Heracles como *deus ex machina:* Filoctetes irá a Troya, pero por las exhortaciones y promesas de Heracles. El plan, tan habilidosamente concebido desde el principio, para lograr, entre el joven hijo de Aquiles y el viejo padre de los dolos, esta ida, se frustra; todo el esfuerzo hecho se declara inútil; la acción se acaba de súbito y es un dios, o héroe celestial, impertinente, el que la lleva a término, quedando aquellos dos beneméritos personajes eclipsados de repente y abandonados.

Muchos han comentado y lamentado tal éxodo, y no pocos lo han juzgado con dura severidad: Observan todos que es éste el único caso en que echa mano de tal recurso el poeta, al menos en las tragedias sobrevivientes (1), y extrañan la forma en que usa este elemento dramático: Heracles se presenta sin ser anunciado ni presentado, dicen Jebb y Radermacher (2); no está motivada su venida por causa alguna, ni resuelve ninguna dificultad, añade Whitman (3); no se parece

---

(1) AD. MÜLLER: *Aesthetischer Kommentar zu den Tragödien des Sophokles,* 1913. 231: «Nur der Maschinengott kommt noch hinzu, das einzige Mal in den erhaltenen Dramen, wo Sophocles ihn nach Euripideischen Muster verwendet, verwenden muss.»

(2) JEBB: *Philoctetes,* ad v. 1309: «This is one of the instances in which the appearance of the *deus ex machina* is not preceded by any notice in the text». RADERMACHER, *Philoktetes,* ad v. 1409: «Der Gott erscheint unangemeldet—man war die Einführung schon gewohnt (Wil.)».

(3) CEDRIC H. WHITMAN: *Sophocles. A Study of heroic Humanism.* 1951, 177: «the brilliant but completely symbolic appearance of the divine Heracles, whose presence motivates nothing». — «Heracles is no ordinary *deus ex machina;* he does not solve a difficulty otherwise insoluble, nor has he entered simply to bring the story to its *proper conclusion*» (ibíd. 187).

a los *deus ex machina* euripideos, dice Pohlenz (1), pues ni aparece como un dios sino como un amigo de Filoctetes, ni hace propiamente profecías sino que da avisos prudentes; y para Perrotta se diferencia de los *deus ex machina* de Eurípides en que los de éste no resuelven nada, sino que vienen cuando ya la tragedia está terminada, mientras que al suyo Sófocles «lo ha racionalizado, lo ha hecho necesario: sólo la voluntad divina puede rendir la inflexible voluntad de Filoctetes» (2). Para Howald, su venida es una sorpresa (3); para Wecklein es un apéndice postizo e inartístico, impuesto al poeta por el mito y por «die Vorstellung der Zuschauer», de lo que pide perdón Sófocles, poniendo en boca de Filoctetes el verso 1466 (4). U. von Wilamowitz lo llama categóricamente «inartística solución por medio del *deus ex machina*» (5) y «golpe de violencia o atropello inartístico por medio del *d. ex m.*» (6). A. Patin pierde la paciencia y no sufre que se pueda atribuir a Sófocles semejante final del drama, aunque ciertamente anda en él, dice, la mano de este gran poeta, *disiecti membra poetae* (7).

---

(1) Max Pohlenz: *Die griechische Tragödie*, 1930, 352. 466.

(2) G. Perrotta: *I tragici greci*, 1931, 195.

(3) Ernst Howald: *Die griechische Tragödie*, 1930, 126: «Aber jetzt kommt das Unerwartete...; auf einmal wird das Spiel... wieder zu einem reinen Intermezzo gestempelt, auch dies ein Zeichen, wie sehr das lebendig Schöpferische langsam einem mechanisch Spielerischen Platz macht».

(4) N. Wecklein: *Ausführ. Kommentar zu Sophokles Philoktet* 1913, München, *ad loc.*

(5) U. von Wilamowitz-M.: *Die dram. Technik des Sophokles* von T. von Wilamowitz, mit einen Beitrag von U. v. W., 1917, 316: «Um so leichter ertrug die unkünstlerische Lösung durch den Maschinengott».

(6) U. von Wilamowitz-M., *Griech-Tragödien* 4, 277: «Was dann allerdings oft durch einen unkünstlerischen Gewaltakt erreicht wird». *Anm.:* «Der Philoktet des Sophokles ist hierfür der beste Beleg».

(7) A. Patin: *Aesthet. Krit. Studien zu Sophokles* (Stud. z. Geschich. u. Kultur des Altertums, 4). Paderborn, 1911, 117: «Lockte der Effekt auch, den Gott dreinzugeben? Ich weiss es nicht, kann es nicht wissen. Dass das Original entstellt ist, das weise ich».

Aun los más benévolos comentadores, siempre deseosos de dejar a salvo la buena fama de nuestro dramaturgo, se han visto precisados a reconocer y denunciar el hecho, y han tratado de excusarlo en lo posible.

Se han dado las explicaciones más variadas y se han arbitrado las salidas más peregrinas. Herkenrath, en su tesis sobre este éxodo del Filoctetes de Sófocles (1), ha recogido y sometido a paciente examen las de Burgen, Schneidewin, Nauck, Radermacher, Zimmermann, Sitzler, Dübner, G. Hermann, A. Müller, Christ, K. O. Müller, Günther, Sittl, Blaydes, Matthaei, Schmelzer, Patin, Lessing, Schiller, Dión Crisóstomo, Brunck, Escalígero, Gietmann, Wecklein... Y aún no son éstas todas las tentativas: tan universal es el descontento por el desenlace de Heracles, y tan general el empeño por hallarle una explicación plausible. Naturalmente, Herkenrath las rechaza todas. Pero no parece más aceptable su propia teoría, que remonta la cuestión a las altas regiones de la teología, y las relaciones entre los planes de los dioses y el libre albedrío de los personajes del drama. Posteriormente apenas tienen nada de nuevo las soluciones propuestas.

Prevalece hoy la idea de que el recurrir Sófocles a este *deus ex machina*, tan poco de su agrado, se debe a que al fin del drama se sentía en la necesidad de volver a la tradición, y así, de repente, cambió de rumbo para dejar las cosas ajustadas conforme a ella.

Pero es el caso que Sófocles en ningún drama se sintió tan libre de estos escrúpulos de fidelidad a la tradición como en éste, donde inventó un nuevo personaje, Neoptólemo, tan original y tan influyente que algunos, como Weinstock y Mazon, le creen el protagonista del drama, y aun audazmente le incluyó (según la interpretación general) en el oráculo mismo de Héleno. Además, ¿de qué tradición se trata? Porque jamás existió tradición alguna—tan libre como todo esto se sentía Sófocles al elaborar esta tragedia—de que Heracles

---

(1) ROLAND HERKENRATH: *Die Handlung im Sophokles Philoktet und ihr Bühnengott Herakles*, Feldkirch, 1917.

interviniera poco ni mucho en la ida de Filoctetes a Troya, y ni Esquilo, el forjador del tema trágico con la inclusión de Ulises en el asunto, ni Eurípides, el aficionado a los dioses *ex machina*, hacen mención alguna de Heracles en esta materia.

Pero no, dicen los más, la tradición a que se alude es la de la ida real y efectiva de Filoctetes a los campos de Troya para la toma de la ciudad. Era preciso que el drama terminara con esa victoria real sobre el alma de Filoctetes. Tenía que ir a Troya. Ahora bien, las cosas habían llegado a tales términos en el drama que era imposible conseguirlo sin la intervención de un dios.

Así se dice: «el *deus ex machina* era una necesidad», «Heracles venía impuesto por las circunstancias», «era la única solución del drama» (1); «no era posible sin él ajustar las cosas a la tradición», «ni lograr que Filoctetes se rindiera» «viene en nombre de Homero no de Zeus» (2), «y en ello mismo ha mos-

---

(1) «Ohne *deus ex machina* glaubte Sophokles im Philoktetes nicht auskommen zu können» (SCHMID, *Gesch. griech. Liter.*, 1934, 479). «It is only in the Philoktetes that affairs have been allowed to fall in such state of entanglement that divine intervention becomes necessary» (HAIGH, *The tragic drama of the Greeks* 1896, 149). «Ces trois hommes ainsi conçus s'opposant les uns aux autres sans aucune conciliation possible..., il faut qu'une puissance supérieure intervienne et arrange tout, puisque nous sommes au théatre: en d'autres termes, dans le Philoctète, le *deus ex machina* est une necessité» (MASQUERAY, *Sophocle*, 1942, 78). «Pour que le denouement du drame puisse s'accorder malgré tout et à la tradition et aux règles du théatre, une intervention extérieure est necessaire. Sophocle n'hésite donc pas a recourir à un *deus ex machina*. Heracles vient signifier au vieux compagnon de ses travaux l'ordre d'obéir au destin et de suivre Neoptolème». (MAZON, *Sophocle*, 1950, II, 355). V. también JEBB, *Sophocles*, XXVII.

(2) «Philoctetes was known to have gone to Troy, and the play could not end on that note of defeat. Sophocles must reverse his situation and show after all Philoctetes went. With great daring he used Euripides' beloved device of the *deus ex machina*» (BOWRA, *Sophocl. Tragedy*, 300). «Denn er hat den Charakter des Heldens so angelegt, dass ihn Menschenwitz und Menschenwille nicht beugen

trado Sófocles su talento dramático» (1). Todo este lenguaje es índice de una benevolencia consoladora, que habría de agradecer nuestro gran poeta, si la conociera. Pero despojado del velo de indulgentes eufemismos, podría uno pensar que entraña una grave acusación contra Sófocles de inhabi-

---

können. Der Mythos fordert aber, dass Philoktet nach Troya geht, darum muss die Gottheit eingreifen» (AD. MÜLLER, *Aesthet. Komment. Trag. Soph.*, 231). «How then is the gulf to be got over between the ineffective plight of the bowman and his proper use of his bow, between the ignominy and his destined glory? Only by the intervention of one who is guileless enough and human enough to treat him, as another man» (EDM. WILSON, *The Wound and the Bow*, Cambridge, 1941, 283). «In order to reconcile the legitimate results of the drama arising from the fixed determination of Philoctetes not to proceed to Troy, with the requirements of the legend, which represents his person as necessary, Sophocles has been *for once* obliged to avail himself of a contrivance which he elsewhere despises, the *deus ex machina*, in this case Hercules, whose intervention put a stop to the play of passions, and by announcing the decrees of fate cuts short the present difficulty». «The very object of their coming to Lemnos would be lost, had not Sophocles introduced a god to cut the knot it was impossible to unravel» (BLAYDES, *Philoct.*, 1908, 3. 4. 281). «Im Namen des Zeus, wir können ebensogut sagen im Namen Homers, Philoktet die Fahrt nach Troja zu befehlen» (T. VON WILAMOWITZ, *Dram. Techn.*, 311).

(14) «Mit Unrecht hat man hier von äusserlichen Entwirrung eines unlöslichen Knotes gesprochen: der heroische Mensch ist unüberwindlich durch seinesgleichen, ja durch das Schicksal, gehorcht aber ohne Zaudern der Stimme des Gottes. Damit ist dann aber auch dieses irdische Geschehen seiner menschlichen Vereinzelung entkleidet und in die göttlichen Ordnung eingereiht. So hat S. noch einmal das Bild der allen Bedrängnissen des Schicksals trotzenden und nur dem Gotte wehrenden Helden seiner Stadt aufgerichtet, in der Hoffnung, es möchte die den nahen Untergang kundenden, ihm gewiss nicht verborgenen Zeichen trügen, und sein Volk sich, wie Philoktet, des Gottes Stimme gehorchend, zu Heilung, zu neuer Tat und zum endlichen Siege erheben» (Von BLUMENTHAL, *R. Enc.*, s. v. col. 1090). «Wenn er mit aller Verschlagenheit nichts ausrichtet, so bewährt sich auch hierin der wahrhaft künstlerische Takt des Sophokles: nicht der Verführer Odysseus siegt über Philoktetes, nicht der anfänglich irregeleitete, bald zu seiner besseren Natur zurückgekehrte Neoptolemos, sondern der makellos dastehende Herakles, der wirkliche Verkünder der Satzungen des Zeus, auf die sich Odysseus berief, um sein

lidad dramática, aun elemental: es decirle que, sabiendo que tenía que llevar las cosas a desembocar en la rendición de la voluntad de Filoctetes, como lo exigía el mito y lo habían hecho los otros dos émulos anteriores, se ha dejado desviar y alejar tanto de este su fin que se ha encontrado metido en un callejón, del cual no ha hallado otra salida que subiéndose por las paredes hasta el teologíon. Es acusarle de que no ha calculado bien, que no ha sabido graduar la dosis de testarudez que había de atribuir a su Filoctetes, y se le ha ido la mano, y la criatura le ha salido díscola y rebelde y no le obedece: no quiere ir a Troya. ¡Y ha tenido hace un momento (1350) la más oportuna ocasión de hacerle ceder y rendirse a las palabras de Neoptólemo! ¿Qué le hubiese costado ponerle entonces un *sí* en la boca, como lo hicieron los otros dramaturgos? Poco es el favor que con esta explicación hacen al gran artista Sófocles.

Como noticia, la más fresca, diríamos, «como último grito» en esta materia, recojo los ecos de la reciente polémica entre los profesores C. H. Whitman y G. Norwood. Juzgando éste la obra de aquél «Sófocles, Estudio sobre el humanismo heroico» (1), le acusa entre otras cosas de las siguientes que él llama contradicciones: «pág. 173: 'el Filoctetes contiene un *deus ex machina*, orgánicamente ajustado a la acción'; con todo en la página 177, 'este *deus ex machina* no viene motivado por nada', y en la página 190: 'él está, al menos técnicamente, fuera de la trama'».

Y ya aquí expone crudamente Norwood su propia con-

---

unehrliches und grausames Verfahren zu beschönigen» (L. RADERMACHER, *Sophokles* 1911, 15).

No quiero detenerme en mencionar a los autores que, como Wilson, Draheim y otros, dan a este fina del *Filoctetes* o a toda la tragedia un sentido parabásico de evocación de Alcibíades, cuya ayuda querría recomendar a sus ciudadanos Sófocles en los momentos difíciles que pasaba Atenas cuando esta tragedia se escribió.

(1) CEDRIC H. WHITMAN: *Sophocles. A Study of heroic Humanism*, Harvard, 1951.

cepción: «La verdad sencilla y llana, aunque mal acogida, es que Sófocles cometió aquí lo que los modernos críticos tienen que calificar de disparate gigantesco, haciendo un adefesio de la tragedia hasta este momento magnífica, con un final pegado violentamente en ella por la leyenda que se cree en el deber de seguir. No tenía a la mano ninguno de los trabajos posteriores de técnica dramática. Esto es todo. Y nosotros debemos consolarnos recordando que un colapso semejante sufrieron las Furias en el final de la carrera de Esquilo» (16).

Esto es lo que, expuesto con una sinceridad brutal, viene a ser la aparición de Heracles al fin del *Filoctetes* en la actual interpretación: un «borrón garrafal» *(gigantic blunder)*, «un adefesio» *(stultifying)*, un «colapso del arte sofocleo» *(a collapse)*.

* * *

Yo, sin embargo, me atrevería a pensar que aún cabe una interpretación capaz de convertir este éxodo en una bella con-

---

(16) *America Journal of Philology*, 1953, página 173: «The simple, however unwelcome truth, is that Sophocles committed what modern critics must call a gigantic blunder, stultifying his hitherto magnificent tragedy with a conclusion forced on him by the legend that he assumes he must accept. He had at his disposal none of the later treatises on dramatic technique; that is all: and we must make the best of it, recalling a similar collapse of the Furies at the close of Aeschylus career».

Yo no sé si al hablar así Norwood recuerda (y lo corrige) o no recuerda (y se contradice) lo que años atrás escribió él mismo en su obra *Greek Tragedy*³ (London, 1942, págs. 164/5): «If the *deus ex machina* is not to be condemned utterly, it follows from the basic law of Attic art that the play up to the moment of Heracles appearance... is not complete, that a copingstone is still needed». Y descrita la invencible testarudez de Filoctetes, continúa: «Who can say, without misgiving, that he is wrong? One person only in Heaven and Earth, Heracles... Heracles is then introduced as the only person who can press upon Philoctetes an argument which the cunning of Odysseus and the candour of Neoptolemos have alike ignored... Thus the close of this play is a real ending, not a breakdown; it is the pagan analogue of the *Quo vadis* legend».

tinuación y aun confluencia de las líneas hasta ahora seguidas y admiradas, y de dar a la tragedia una unidad justa y loable y un fin digno de toda su estructura central y de la fama nunca desmentida de Sófocles.

Sólo que tal interpretación no se compra sino a cambio de un sacrificio, un poco fuerte, por parte de los estetas y comentadores: es preciso sacrificar unos prejuicios quizás demasiado acariciados, y admitir una solución contraria a los intereses de tipo estético ya creados, y a posiciones profesadas por los doctos ante el público en sus escritos y en las cátedras de sus aulas.

Esta explicación, que para mi fuero interno es no ya posible ni probable, sino, osaría decir, cierta, y que se me impone no por la exclusión de todas las demás sino por la meditación profunda del texto, consiste en afirmar que el Heracles no es tal Heracles, sino una nueva patraña y fechoría de nuestro Ulises el πολύμητις, una imitación a lo divino de lo que antes ha hecho disfrazado de Emporo. Ruego a mis lectores no rasguen prematuramente sus vestiduras ni me juzguen hasta haber leído y considerado los siguientes puntos.

Si suponemos, siquiera sea como mera hipótesis de trabajo y ensayo, que quien decide la voluntad de Filoctetes es el mismo Ulises en persona, aunque vendiéndose por Heracles, tenemos ante todo que la acción del drama sigue con el mismo rumbo que hasta ahora, continúa forcejeando por obtener lo que se está buscando durante toda la tragedia con medios tan variados y con insistencia tan admirable, y logra lo que tan afanosamente se ha procurado: Filoctetes va por fin a Troya y, ganado y a buenas, y todo por la acción conjunta de Neoptólemo y Ulises que ya en el prólogo se había iniciado.

En segundo lugar, si esto es así, el carácter de Ulises tan relevadamente destacado en el resto de la tragedia, está muy en su lugar, y no queda como en la exégesis tradicional despiadadamente mutilado y expulsado de la escena, para que otro, un dios llovido del cielo, sea el que saque aquello adelante. Precisamente es la especialidad de Ulises en toda su

historia teatral, esta maña en deshacer enredos y embrollos y en sacar soluciones de donde no las hay.

La acción había llegado poco ha a una tal situación crítica que prometía resolverse con la entrega voluntaria de Filoctetes, como lo hacía en los dramas de Eurípides y Esquilo. «¿Qué haré?», se preguntaba (1350). Si Sófocles le hace volverse atrás renunciando francamente a las soluciones de aquellos dos, es para darle una salida más artística y más en conformidad con sus normas teatrales. Decían los comentadores que era innecesario el dios *ex machina* y que bastaban los elementos mismos del drama para resolver el conflicto; he aquí dónde se hallaban; sin esto el carácter de Ulises queda manco; con este nuevo gesto de su proteica flexibilidad todo queda arreglado.

Retraerá a alguno de esta proposición nuestra la dificultad escénica de tal falsificación. Nada menos fundado que tal temor. Ulises que de Emporo ha sabido hacerlo tan diestramente y tiene a su haber tantos hechos similares en su larga y accidentada historia, puede aquí desembarazarse con mucho mayor facilidad.

Porque, recordemos las circunstancias: el viejo lisiado militar ha ido bajando penosamente, sostenido por el hijo de Aquiles, a la explanada inferior que representa la playa. Quizás es la primera vez que lo hace en estos diez años de exilio y soledad. Sabemos, por el prólogo, que desde aquí no se ve nada de la planicie alta donde hasta ahora han estado; ni siquiera se descubre el peñón ni la cueva que lo perfora (16-19). Ulises, que hace un momento se retiró a esa cueva (1296), ahora, salido a la explanada delante de ella, no tiene por qué ser visto por los de la playa, que están junto al acantilado, ni aun casi puede verlo, a no ser asomando la cabeza peligrosamente sobre el derrumbadero (1001). No es, por tanto, visto tampoco por Filoctetes, aunque sí por los espectadores y por el Coro situado en la orquestra. Ni tiene, por lo mismo, por qué vestirse ni disfrazarse de nada, ni cambiar de lugar. Bástale engolar la voz y darle el misterio de lo que desea simular para que Filoctetes (a quien le falta ya tan

poco para vencer su amor propio, 1350) le tome por aquel héroe militar encumbrado a los honores de los dioses, que interviene para animarle a aquello mismo que ya *casi* había decidido hacer. El que habla no es Heracles sino alguien que le remeda. Y este es Ulises que antes imitó a un Mercader, ahora imita a uno que no es dios, sino que —se ha dicho con razón— no aparece sino como un héroe ilustre, elevado por la apoteosis a la gloria de los inmortales.

Ahora bien, esta solución Sófocles casi nos la tiene prometida y nos la hace esperar. Pues a Ulises, al despedirle, le ha hecho protestar solemnemente que él, el que se gloría de salirse siempre con la suya (1052), él responde de que a Filoctetes se lo lleva todavía a Troya, aun cuando no lo quiera, aun cuando se le oponga su cooperador el hijo de Aquiles.

μῶν 'Οδυσσέως
ἐπησθόμην; ΟΔ. σάφ' ἴσθι· καὶ πέλας γ' ὁρᾷς
ὅς σ' ἐς τὰ Τροίας πεδί' ἀποστελῶ βίᾳ,
ἐάν τ' 'Αχιλλέως παῖς ἐάν τε μὴ θέλῃ 1295-1298.

¿Cabe ineptitud mayor en el dramaturgo que hacerle jurar tal cosa, si es que en ese momento le va a eliminar definitivamente? Ulises asegura que su obra ha de continuar, que él va a volver a verse con Filoctetes (pues ello es necesario para realizarla), y el espectador se promete su vuelta.

Siempre que en casos parecidos Sófocles pone en boca de un personaje que se despide definitivamente una promesa o amenaza semejante, ésta se cumple sin remisión: «No volverán tus ojos a verme vivo», dice Hemón al despedirse *(Antígona,* 1763 y ss.) y su amenaza se cumple a la letra. Yocasta asegura a Edipo que su despedida es eterna *(E. d. R.* 1072), y lo es en realidad. El criado de Creonte que se despidió como definitivamente *(Antíg.* 328) pide sus excusas y da sus explicaciones porque vuelve por segunda vez *(Antíg.,* 388).

Si aquí Sófocles le ha hecho afirmar a Ulises que él continuará su obra, esa obra en que ha gastado tanto de su talento, de su sagacidad y aún de su valor y audacia, es porque le

quiere hacer actuar todavía eficazmente. El público le espera; se desilusionaría si no apareciese de nuevo.

Cuando se presenta, por fin, y empieza a hablar en tono y lenguaje de Heracles, no puede menos de dibujarse en los labios de los espectadores una sonrisa de sorpresa y de admiración, tanto por la ingeniosidad del laertíada, pues se necesita ingenio para recurrir a tal falsificación, como por su audacia, pues mucha se requiere para dar un último golpe en esta forma a la voluntad de Filoctetes y plegarla por fin a sus planes, una vez concebidos y tercamente procurados en toda la tragedia por el eterno muñidor de dolos.

Esta misma convicción traen al espíritu un poco escrutador tres facetas que este hecho tiene: la elección del *deus ex machina*, el contenido de su mensaje, y el estilo mismo de sus palabras.

Un Heracles real nada tiene que ver con la llevada a Troya de Filoctetes, ni en la épica ni en la dramática ni en campo alguno de la tradición mitológico-teatral. En cambio, un Heracles fingido y simulado, un Ulises con voz y pretensiones de Heracles, nada más apto para consumar su obra. Para dar el último golpecito y acabar de rendir la voluntad del lisiado militar, viene como llovida del cielo la voz de aquel que, antaño, a Filoctetes le hizo invencible con la herencia de sus armas, y ahora colma su amistad invitándole amorosamente a ser émulo imitador suyo en las glorias militares, a dejarse querer, y sin temor al qué dirán, acabar de ceder a las sugerencias de un buen amigo, e ir a Troya a cubrirse de gloria... y ser pío: es decir, cumplir todo cuanto Ulises deseaba y había propuesto en el prólogo hacer, había luchado por obtener a lo largo de la tragedia y había anunciado que realizaría en su última presentación en escena.

Es curioso observar cómo el tal Heracles va repitiendo las mismas ideas expresadas por Ulises en la tragedia, cual tenía que suceder necesariamente, siendo ambos personajes uno mismo y siendo, por esa razón, idéntico el plan e iguales los medios para lograrlo.

Se muestra ahora muy pío, y aconseja se rindan gracias y

sacrificios a los dioses luego que se haya destruído a Troya (1440-1444): lo había dicho ya desde el prólogo hablando con el joven ingenuo: «Vamos, lánzate; tiempo habrá después para que nos mostremos buenos; entrégateme para la felonía por unas horas; luego serás llamado el más pío de los hombres» (81-84): εὐσεβέστατος allí; elogio de la εὐσέβεια aquí (1441-1444). «Yo soy así, dijo en otro pasaje a Filoctetes: ¿Se trata de escoger hombres honrados y justos? No encontrarás hombre más pío que Ulises:

οὐκ ἂν λάβοις μου μᾶλλον οὐδέν' εὐσεβῆ 1051

Dice aquí que es mensajero de Zeus y son órdenes de Zeus las que trae:

τὰ Διός τε φράσων βουλεύματά σοι, 1415,

al mismo recurso había apelado ántes cuando el cojo se resistía a partir: «Zeus es para que lo sepas, Zeus, el señor de esta tierra, Zeus el que lo tiene resuelto; yo no hago sino servirle» (989-990).

Ahora afirma que enviará un médico que le cure:

ἐγὼ δ' Ἀσκληπιὸν
παυστῆρα πέμψω τῆς νόσου πρὸς Ἴλιον 1437-143

lo mismo que adoctrinado por Ulises dijo ántes Neoptólemo:

καὶ τῶν παρ' ἡμῖν ἐντυχὼν Ἀσκληπιδῶν
νόσου μαλαχθῆς τῆσδε. 1333-1334.

Hay, sobre todo, ciertas palabras que delatan innegablemente a Ulises en el que habla. Dice este Heracles a Neoptólemo: «Ni tú has de poder tomar a Troya sin éste ni éste sin ti» (1434-1435). El paralelismo es perfecto con lo que dijo en el prólogo:

οὔτ' ἂν σὺ κείνων χωρὶς οὔτ' ἐκεῖνα σοῦ 115.

Ahora bien, esta unión de Neoptólemo con Filoctetes para la toma de Troya no existe sino en la cabeza del taimado laertíada: ni en los oráculos, como hemos visto, ni en tradición alguna estaba vinculada la destrucción de aquella ciudad a la intervención de este muchacho.

Observa, por cierto atinadamente, Schmid que el verso 1433 es una «Korrektur von 1428» para salvar la idea de que Neoptólemo es πτολίπορθος; en efecto, las cosas se presentan situadas en el ánimo de este Heracles exactamente como aparecieron en el Prólogo en el de Ulises: «Filoctetes es el necesario, de esto no cabe duda, pero también para ti hay algo; no te tengo olvidado», parece decir en ambos casos. Y añade acentuando esta unión entre ambos (obra de sólo Ulises) que, como dos leones parejos (ὡς λέοντε συννόμω, 1436) han de ayudarse mutuamente; de la misma manera eran enviados Ulises y Diomedes en la Dolonía:

βάν ῥ' ἴμεν ὥστε λέοντε δύω διὰ νύκτα μέλαιναν (H. 10, 297).

De manera que al decir Heracles que Neoptólemo es necesario como Filoctetes, o el dios dice ahora mentiras (las mismas que inventó Ulises) o no es un dios sino Ulises el que habla: parece más aceptable esto último.

No sería difícil a un ingenio un poco agudo y avezado al estilo de Sófocles descubrir rasgos de la «ironía sofoclea», que revelan la presencia de Ulises en el que habla desde la explanada en Lemnos: luego de anunciarse como un enviado de la divinidad, dice que no quiere hacer el recuento de las vicisitudes por donde ha ido pasando hasta obtener la ἀρετή de los inmortales, ἀθάνατον ἀρετὴν ἔσχον (1420). El mismo Filoctetes confiesa al final que va allá adonde le llevan la gran Moira, la buena voluntad de sus amigos (Neoptólemo), y el πανδαμάτωρ δαίμων, que ha fraguado todo esto (1466-1469).

Aristófanes, que tan minuciosamente seguía las oscilaciones del teatro ateniense y tan gráficamente supo describirlas en su comedia *Las Ranas*, parodió un verso de Eurípides de una manera que nos interesa grandemente en este momento:

estaba Ulises en el prólogo del *Filoctetes* euripideo descubriendo su propia cobardía, filosofando sobre la increíble audacia del hombre, y exclamaba: «no ha nacido bicho más atrevido que el hombre»,

οὐδὲν γὰρ οὕτω γαῦρον ὡς ἀνὴρ ἔφυ

y parodió Aristófanes: «no ha nacido bicho más atrevido que Heracles».

οὐδέν γὰρ οὕτω γαῦρόν ἐσθ' ὡς Ἡρακλῆς

(*Ran.* 282).

Juntando felicísimamente el comienzo del Filoctetes de Eurípides con el final del de Sófocles, nos está diciendo quién es el que habla en éste, con tono y pretensiones de Heracles.

Espero que el lector imparcial ha de conceder a este cúmulo de argumentos algún peso que haga nuestra interpretación probable o siquiera digna de discusión. Al menos no podrá negar que con ella el drama adquiere una unidad sorprendente, y que aquello mismo que se creía apéndice pesado e impertinente e indigno de Ulises y de Sófocles y de un drama medianamente elaborado, viene a ser un colofón oportunísimo reclamado por toda la tragedia, una clave para entender su estructuración dramática y una fuente copiosa de atracción estética.

* * *

Permítasenos ahora tantear una reconstrucción del drama a base de las explicaciones hasta ahora dadas y recogiendo los datos que esta investigación, que a algunos habrá parecido demasiado larga, nos ha proporcionado para la fiel interpretación de esta gran tragedia sofoclea.

Nos hallamos en la isla de Lemnos, que Sófocles supone solitaria y desierta. Llegados de la de Esciro, patria de Neoptólemo, acaban de desembarcar en la playa este joven, hijo

de Aquiles, con sus remeros, y Ulises, que es quien ha dispuesto esta detención y escala en el viaje de todos hacia Troya. Vienen en busca de Filoctetes, al que abandonó allí hace ya diez años Ulises. Este se ha comprometido ante los jefes griegos a llevárselo a Ilión, una vez que los oráculos han declarado ser necesarios él y sus flechas para la toma de aquella ciudad y fin de la odiosa guerra. El laertíada, impedido por el miedo de abordarle de frente, ha ideado traerse de Esciro a este muchacho engañándole con la ilusión de ser él el necesario para la toma de Troya, y valerse de él como de pantalla para quitar las armas al lisiado militar y así tener libre el campo para actuar a su gusto sobre este formidable enemigo.

Tienen ante sí, formando el fondo de la playa y del escenario bajo, un elevado peñón cortado tan a pico que en momentos de desesperación invita al suicidio precipitándose de la altura (1001). Hay con todo un sendero, que podemos suponer a la izquierda del espectador, por el cual se puede escalar el repecho con más o menos dificultad, y llegar a la meseta que hay en lo alto.

Luego se destacan del grupo, con un acompañante, el joven Neoptólemo y el viejo Ulises, éste con el clásico gorro frigio y mirado con simpatía por el público, ya avezado a sus fechorías. «Estamos en la isla de Lemnos, le dice al muchacho, donde antaño depuse yo, por orden de mis jefes, al arquero Filoctetes, herido y ulceroso» y describiéndole el cuerpo alto del escenario «ve subiendo, le dice, delante y asómate en la cumbre y ahí encontrarás una explanada y detrás de ella, más al fondo, una peña horadada, donde le dejé abandonado. Esta cueva forma un túnel, y tiene dos puertas: una, hacia aquí, al frente, al exterior; la otra, detrás, hacia el interior de la isla».

A medida que va subiendo el joven va descubriendo la verdad de cuanto le ha dicho Ulises; éste no se cree seguro, ni se aventura a subir, sin tomar nuevas cautelas. El joven responde a sus repetidas preguntas: «sí, está la cueva; algo dentro de ella la yacija, y luego los utensilios para el fuego

y la alimentación, y al otro extremo del túnel, tendidos al sol, unos harapos llenos de fea podre». «Indudablemente, deduce el viejo, el temible enemigo vive aún, y vive aquí, y sigue herido, y no puede, por tanto, estar muy lejos». Extremando las cautelas, manda se ponga el compañero de guardia en el interior de la cueva (se supone que es el único camino de acceso), para evitar toda sorpresa. El espectador, según esto, y con él el Coro, divisan dos cuerpos sobrepuestos; el inferior es un acantilado abrupto, el superior está perforado por una cueva cuya boca se abre en el centro.

Así asegurado sube Ulises a la planicie, y allí, no lejos de la entrada de la cueva, entabla diálogo con el hijo de Aquiles.

El, Ulises, dice al joven, no puede afrontar una entrevista con el cojo que tanto le aborrece, mientras estén en sus manos el arco y flechas infalibles y certeras que heredó de Heracles. Hay que robarle, pues, las armas; solas las armas (no le dice por ahora más porque del resto se encargará él mismo). La razón se la inventa muy pronto: si bien antes le habían dicho que era él quien había de tomar a Troya, ahora debe saber que ni él sin esas armas ni ellas sin él.

Venciendo su natural noble y sincero debe prestarse a una acción bellaca e indigna de él y de su noble padre Aquiles, y debe echar mano del dolo y la mentira: debe fingir que va de vuelta de Troya para su patria Esciro, sumamente enojado contra los Atridas y contra Ulises, y dejando para siempre aquel campo de Ilión donde imperan la injusticia y la maldad. Queda superada la natural resistencia, ganado e instruído ya el muchacho, convencido de que *él y las armas de Filoctetes* son necesarias para la toma de Troya, y dispuesto a obrar en consecuencia, siguiendo las instrucciones de Ulises. Este se despide ya, diciendo que al vigía aquel lo envía a la nave y que él también se va, pero que si nota que la conversación de Neoptólemo con Filoctetes se prolonga más de la cuenta, le enviará τοῦτον τὸν αὐτὸν ἄνδρα en hábito de mercader marino, cuyas palabras deberá escuchar el joven con atención, desglosando de ellas lo que rece con él.

Con esto, sale Ulises de la explanada superior, pero, sin bajar a la playa, se queda en un punto del sendero, donde, visible al auditorio y al Coro e invisible a los otros personajes, pueda seguir de cerca los acontecimientos de la altiplanicie.

Entonces, al verso 135, comienza a actuar el Coro de marinos formado por Neoptólemo. Han estado presentes al prólogo, pues todos han desembarcado juntos, y han oído, por tanto, toda la anterior conversación. Lo primero que preguntan a su jefe es cómo han de ayudarle en sus planes. La respuesta es: «cuando se presente aquel δεινὸς ὁδίτης τῶνδ' οὐκ μελάθρων, vosotros, siempre obedientes a las indicaciones de mi mano, cuidad de secundar lo que se vaya ofreciendo» (144-149). Aceptan los del Coro esta misión de *resonador* que amplifica las sugerencias del joven jefe y se detienen en comentar las desdichas que, conjeturan ellos, ha debido de sufrir, y debe de estar sufriendo, aquel desventurado cojo. Está Neoptólemo diciéndoles que todo ello entraba en los planes de los dioses, para que no llegara a Troya antes de este momento en que con las armas de aquél se la había de rendir, cuando de repente le interrumpe el Coro, pues oye las voces y luego los pasos del lisiado militar, que avanza de frente y cojeando, a lo largo de la cueva, hacia la planicie. La voz la ha percibido antes el Coro porque viene disparada (βάλλει, βάλλει, 205) a través de aquel túnel y Neoptólemo, desviado de la puerta, no ha podido oirla tan pronto.

Filoctetes inicia el diálogo con el joven hijo de Aquiles. Después de las primeras frases de presentación, en que el muchacho se ha descrito como volviendo de Troya para su patria, el viejo le hace una larga exposición de las injusticias que los Atridas y Ulises le infirieron abandonándole en aquella isla, de sus dolores y su soledad, y, sobre todo, de su imposibilidad de volverse a su tierra, porque todos los pocos pasajeros que allí recalaban de arribada le mostraban alguna compasión, pero al fin se iban dejándole allí en sus males. Al oirlo el Coro pronuncia un dístico anodino: «al igual que los que antes llegaron, creo también yo compadecerme de ti, oh hijo de Peante» (317-318).

A esta exposición sincera de Filoctetes responde otra larga tirada de Neoptólemo, en que monta todo el tinglado de las mentiras sugeridas por Ulises, según las cuales ha recibido graves injurias en Ilión, ha sido privado de las armas de su padre, todo por el malvado e hijo de malvados Ulises, y por los Atridas, y enojado se va ya a su patria de Esciro, y «este cuento se acabó (λόγος λέλεκται πᾶς) y el que a los Atridas aborrezca cuente con mi amor y el de los dioses» (389-390).

El Coro, fiel a la consigna recibida, refuerza y amplifica la solemne mentira, con otra mentira mayor, cantando un hiporquema: «Tierra, montesina nutridora de los mortales, madre del mismo Zeus..., también allí te invoqué yo cuando tamaña injuria venía de los Atridas a éste... cuando entregaron sus armas, joya gloriosísima, al hijo de Laertes» (391-402).

Neoptólemo comunica al solitario lisiado las noticias relativas a Troya y su guerra, fingiendo un conocimiento y una experiencia que no tiene. Luego reitera su firme resolución de continuar el viaje de fuga a su patria Esciro, lo que despierta en Filoctetes un vivísimo deseo y una gran esperanza de ser llevado siquiera hasta aquella isla, no muy lejos de su tierra traquinia; esto le pide al joven noble conjurándole por cuanto venera y le es caro.

También esta petición es reforzada por el Coro con la antístrofa del hiporquema, insincera al igual de la anterior estrofa, pues no ignora que su jefe no piensa partir para su patria sino que camina hacia Ilión, a poner término a aquella malhadada guerra: «compadécete, le viene a decir, de tantos males, y llévale a su tierra en tu veloz nave». El muchacho condesciende de palabra, cede: «sí, mi nave no se te ha de negar, ella te llevará a tu tierra» (527). Prorrumpe en voces de júbilo incontenible el cojo, cuando Ulises, que se enteraba perfectamente de cuanto estaba pasando, cree llegado el momento de intervenir.

La extraordinaria simpatía que el joven ha sabido despertar en el ánimo de Filoctetes y el tono de inesperada amistad con que se ha desarrollado la conversación entre ambos, le ha hecho concebir la posibilidad de que el hijo de Aquiles

logre por sí mismo y sin sus dolos la ida voluntaria del viejo militar al campamento de los troyanos. Para eso va a decirle que, si bien antes le ha oído hablar sólo de la necesidad de las armas de Filoctetes, ahora debe saber que *la persona misma* de este héroe es necesaria para la toma de Ilión, según el oráculo de Héleno.

Sube, pues, a la escena con su compañero (que bien puede ser Diomedes), haciéndose pasar por un mercader o Emporo, que comercia en vinos de Pepareto y vuelve de Ilión.

No le reconoce Filoctetes, por la farsa y ficción y por lo breve que es en su demora, a diferencia del de Esquilo, censurado por Dión Crisóstomo. El Emporo-Ulises finge venir preocupado con la suerte de Neoptólemo, en cuya persecución dice vienen Fénix el anciano y los hijos de Teseo.

Motejado de cobarde por el joven, porque no había antes venido él mismo en persona, Ulises dice: «aquél y el hijo de Tideo salían del puerto cuando yo salía, en busca de otro hombre...»—«¿Cuál»?—«Había un tal...» y se finge desconocedor del cojo que tiene delante y pregunta por su nombre (574). Al oír el de Filoctetes hace aspavientos de dar prisa al joven para que, dejándolo todo, se vaya y embarque cuanto ántes, y se pone a hablarle al oído con misterio. El muchacho, con insistentes frases, le urge a hablar, en público y en alta voz, cuanto tenga que decir, aunque sea odioso a los Atridas. Opone una fingida y tenaz resistencia, pero por fin habla y dice: «Ulises ha prendido al adivino Héleno; éste ha declarado que es precisa la presencia y colaboración de Filoctetes en persona para la toma de Ilión, y el laertíada ha jurado llevárselo como sea, y viene a hacerlo, y ya no puede tardar» (603-621).

Y con ello se retira el Emporo-Ulises. Este mira su peligrosa actuación como un acto de increíble audacia, como lo indica en el v. 595, sacándose la espina con que el joven (567-568) le había censurado de cobarde.

Las instrucciones del Emporo las han recogido tanto Neoptólemo como Filoctetes. Aquél ha entendido que a Troya hay que llevarse no sólo las armas sino también a la persona

del cojo militar. Este, a su vez, al escuchar la noticia de la venida del taimado Ulises, se aterra de volver a verse con él, le cree capaz de todo..., «él ha de venir, dice, salgamos cuanto antes, pongamos mucho mar entre él y nosotros, vámonos» (633-638).

Antes quiere tomar de la cueva algunas hojas calmantes y ver si se le ha desperdigado alguna de sus famosas flechas. El muchacho, al verlas de cerca, muestra grande curiosidad y admiración, le anima a entrar en la cueva, cuando, antes de hacerlo, el Coro les detiene y entona el estásimo, único en todo el drama, en que canta: «A Ixión, sí, justamente le vino su castigo por su insolencia en acercarse al lecho de la esposa de Zeus. Pero éste, que nunca hizo mal alguno, ¡cómo fué herido! ¡y qué vida está llevando desde entonces...! Menos mal que ahora, por merced de este joven, va a volar a su patria y ser feliz allí...!» Canto todo fingido, como se ve, pues el Coro no ignora que su jefe no va a Esciro sino a Troya, ni piensa llevar a Filoctetes hacia Grecia.

En este momento viene el ataque de su enfermedad, y sus gritos, cuya morosa descripción tantos comentarios ha suscitado desde la antigüedad ante una crítica inspirada en ideales estoicos. Y a continuación, apenas entregadas las armas al muchacho, sobreviene el sueño del enfermo. Durante él el Coro, con una oda al dios Hypnos, encubridor de dolos, pidiendo que prolongue e intensifique el letargo, para dejarles hablar y obrar y consumar la intriga, insta a Neoptólemo, en cuyas manos están ya las temibles armas, a que se vaya, aproveche la ocasión y se las lleve, dejando a su dueño abandonado a su suerte: «la ocasión es única, repite, el viento sopla próspero...». Neoptólemo, que ha tomado en serio las noticias de Emporo, responde que sería del todo inútil, pues está declarado que es la persona de Filoctetes la necesaria en Troya para su destrucción y no bastan sus armas. Vuelve a insistir el Coro, pero despierta ya el enfermo.

Filoctetes emocionado por la delicadeza con que le ha velado el noble hijo de Aquiles, ayudado de éste se pone ya en pie; apoyado en su brazo se sostiene y empieza a caminar hacia la

playa, pero antes aún de salir de la explanada, el muchacho ya no puede continuar con tanta farsa y tanta violencia a la nobleza de su alma. Avergonzado de tanta felonía, arrepentido de tanta hipocresía y traición, se le declara por fin, y le confiesa: «adonde vamos es a Troya, allí es adonde tú debes ir voluntariamente a luchar por los griegos».

Terriblemente desilusionado se resiste el cojo: «devuélveme mis armas; ¿no te da vergüenza esa villanía con que me las habéis quitado?», y haciendo una vívida descripción de su desdicha venidera, privado de su arco, conmueve el corazón del joven jefe. El Coro, dándose perfecta cuenta de lo crítico del momento: «qué hacemos, le pregunta, en tus manos está o el irnos ya o ceder a los ruegos de éste» (963-964). Está ya el joven a punto de entregar al cojo su arco y su aljaba, cuando Ulises, que todo lo venía presenciando, y veía que todo le fallaba por donde menos había pensado, por la innata nobleza del amable joven, irrumpe impaciente para impedírselo: «¿qué estás haciendo, malvado? Anda de ahí, y vengan acá esas armas».

Esta vez, el apuro le ha hecho hablar con naturalidad. Filoctetes le ha reconocido: «éste es Ulises, dice, éste el que me ha vendido hace un rato, éste el que me ha privado de mis armas, valiéndose de este muchacho». En una palabra, ve en él al presunto mercader Emporo.

Lo reconoce y confiesa el taimado. Pide sus armas el militar. Se le niegan. Se le invita a ir con todos a Troya. Intenta suicidarse despeñándose. Le sujetan: así, atado, hace una larga lamentación, en la que describe, mejor aún de lo que él cree, el verdadero estado de las cosas: «ese muchacho por sí nada de esto hubiera hecho, sólo ha sabido obedecer a esos malvados. Bien lo muestra ahora llevando tan a mal lo que él ha faltado y lo que yo he sufrido. Tu aviesa alma, atisbando desde los escondrijos todo el tiempo, le ha ido enseñando a mostrarse diestro en maldades, a él que ni las quería ni era capaz de ellas» (1010-1015), y termina imprecándoles todos los males de los dioses.

Ulises, dueño del joven y de las armas, para herir el amor propio de Filoctetes y rendirle, alardea, fanfarrón, de despre-

ciar los servicios de ese cojo: se basta a sí mismo, sus armas las puede igualmente manejar Teucro y, si a mano viene, él mismo, Ulises, y con ellas va a cubrirse de gloria ante los muros de Ilión...: «yo me voy» (1065), añade. Y Neoptólemo también se despide en buena armonía con el cefalenio (1079). Y los del Coro hacen ademán de quererse ir también. Sólo a petición del cojo les manda su jefe quedarse, para ver si, mientras él y Ulises preparan sus naves, cambia de parecer y cede por fin.

El Coro, ya solo con el lisiado militar, y depuesta toda ficción, se dedica en el segundo Comos (1081-1168) a batir francamente en brecha aquella obstinada voluntad, poniendo en juego todos los argumentos que le sugiere su celo y la fidelidad debida a su jefe que se lo ha ordenado. Así va respondiendo a las protestas del hijo de Peante, quien, al fin, despechado se mete en la cueva que por tantos años le ha cobijado (1217).

Entonces Ulises y Neoptólemo, que se habían ausentado en los tonos más amistosos, vuelven alborotados, discutiendo a gritos, y dando por razón de su disputa el que el muchacho quiere entregar las armas a su dueño, las armas que «obedeciendo a ti, Ulises, y a todo el ejército le he arrebatado dolosamente» (1226-1228). El diálogo se continúa en tono de franca comicidad, y termina huyendo Ulises de miedo, y usando un lenguaje que le deja en ridículo ante el oyente y ante el muchacho (1257-1258). Han concertado quizás un plan, y el primer paso es entregar de hecho las armas a su dueño; el resto lo hará Ulises.

En este momento sale de la cueva el cojo, que ha oído sólo los últimos gritos. El joven hijo de Aquiles, como arrepentido, le ofrece su arco y aun se lo da de hecho. Repentinamente salta de nuevo a escena Ulises, desde su escondite, peligrosísima audacia que le puede costar la vida, única vez que se llega descubierto a la escena, estando Filoctetes en posesión de sus armas. Este, al verle, empieza a apuntarle y el laertíada huye veloz y se mete espantado *en la cueva*. Para su plan le es necesario este nuevo escondrijo.

El ha huído, pero, al huir, ha dejado resonando en el aire su promesa o amenaza: «sí, soy Ulises, el que aún te ha de llevar a ti a Troya, quiéralo o no lo quiera el hijo de Aquiles» (1296-1297).

También este joven jefe de los escirios ve que ya la rendición de esa férrea voluntad es obra de la persuasión, y personalmente reanuda la labor que sin resultado había un rato antes tentado el Coro. Le hace al desdichado cojo consideraciones tan oportunas y tan tiernas que se le conmueve el corazón y llega un momento que hasta empieza a dudar: «Ay de mí! ¿cómo resistirse al lenguaje de este hombre?» (1350-1351), a punto de dar al drama la solución fácil de los otros dos dramaturgos, en que al fin triunfaba la fuerza de la elocuencia.

Pero enseguida Sófocles le hace reaccionar enérgicamente, y a todas las sugerencias del joven va respondiendo el empedernido militar en términos tajantes, que no admiten la posibilidad de ganárselo para los griegos de Troya. A Grecia sí irá, y deben llevarle, y eso pide. Neoptólemo, que sigue también aquí las instrucciones de Ulises, y debe por ellas dejar despejada la altiplanicie para fines ulteriores de éste, cede, le promete lo que pide, llevarle a Grecia, le toma del brazo e inicia con él el descenso (1402-1408).

Bajados ellos, Ulises, el inexhausto en recursos, salido de la cueva, en la explanada, y sin asomarse al derrumbadero, habla en tono de Heracles y se hace pasar por Heracles, y cumpliendo la palabra dada hace un momento (1297), repitiendo ideas ya antes expuestas en la tragedia, y prometiendo a Filoctetes la salud, y gloriosos trofeos, decide la victoria y rinde por fin, después de tantos afanes, la voluntad de aquel irreductible militar. En una plegaria impregnada de hondo sentido de la naturaleza, muy peculiar de esta tragedia, se despide amorosamente de estos parajes, testigos mudos de su angustiosa vida, y emprenden, por fin, todos juntos la marcha, animados con las voces del Coro: «vámonos, sí, todos en tropel, rogando a las ninfas marinas vengan y nos concedan un regreso feliz».

* * *

Si alguien ha tenido la paciencia de acompañarme hasta aquí en la lectura del presente trabajo, y más si ha encontrado aceptables algunas siquiera de las conclusiones principales en él contenidas, yo le invitaría a echar conmigo una mirada retrospectiva sobre el camino hasta ahora recorrido. Preocupaba a los comentadores la existencia en este drama de dos personajes, que encontraban totalmente innecesarios e injustificados: El Emporo y el Heracles. Pues bien, sin que nosotros pretendiéramos eliminarlos, los dos se nos han esfumado de las manos. En esta nuestra investigación, el Emporo ha resultado ser, no un personaje añadido a los tres soberbios caracteres del drama, sino el mismo que desde el prólogo anunció su venida τοῦτον τὸν αὐτὸν ἄνδρα (128), el mismo que al presentarse sin rebozo resulta ser, y confiesa ser (980), Ulises, el de los dolos. E igualmente el tal Heracles, que tanto despiste ha causado y tantos improperios ha oído, y a cuenta de él Sófocles, hemos hallado con sorpresa ser, no el hijo de Alcmena, sino el mismo Ulises, cuya presencia se impone ineludiblemente en esta nuestra interpretación. Por lo mismo, esa escena final, en que él interviene, es un desenlace el más artístico y natural que podía imaginarse, y un nuevo florón en la brillante corona de nuestro gran dramaturgo. Entre el «gigantic blunder» de Norwood o el «unkünstlerische Gewaltakt» de U. von Wilamowitz y esta solución que a nosotros nos ha salido al paso sin pretenderlo, nos quedamos decididamente con ésta.

La escena del Emporo ha hallado una justificación muy plausible. Nada tiene de superfluo, es esencial para la trama, transporta claramente el centro de gravedad de la tragedia: el afán hasta ella puesto en conquistar las armas del terrible flechero, se convierte en inquietud por lograr que quiera él a buenas ir en persona a Troya: eso es lo que el Emporo ha encargado veladamente a Neoptólemo.

La actitud del Coro y su actuación en la tragedia es otro de los puntos que desazonan a los actuales intérpretes de Sófocles (1). Esa actitud y actividad están ya ahora fijas, defi-

(1) «Auch der Chor ist für die Handlung im Grunde überflüssig,

nidas y visibles: al principio secundar los dolos de Neoptólemo, haciéndose resonador de todas sus sugerencias; así hasta el v. 729. Mientras el sueño de Filoctetes permite la libertad de hablar, ya el Coro expone con franqueza su mente, e induce a Neoptólemo a fugarse con las armas, dejando el resto a la iniciativa y recursos de Ulises (827 y sgs.). Y cuando ya, depuesta toda ficción, descubiertos los planes de ambos personajes, no parece quedar otro recurso que el de la convicción, a él apela el Coro dialogando vigorosamente con el tozudo cojo, y echando mano de todos los argumentos que le parecen capaces de rendir su obstinada voluntad. Hasta que, logrado ello por otros medios inesperados, canta victorioso y contento: «vámonos todos felices a Ilión».

También queda iluminado el oráculo de Héleno, ese oráculo que, para tantos escritores, ha dejado Sófocles en una consciente vaguedad, con el fin de usar de él unas veces en un sentido, otras en otro, unas veces como urgiendo la llevada de la persona de Filoctetes a Troya, otras veces contentándose con las armas, ¡pecado gravísimo contra las más elementales leyes de dramaturgia! El oráculo, en Sófocles, como en los demás dramaturgos, exigía la colaboración personal de Filoctetes. Es Ulises quien arteramente desglosa para sus fines personales, los diversos elementos: en el prólogo no le habla a Neoptólemo sino de la necesidad de las armas, pues ello es necesario, y basta, no para la toma de Ilión, sino para lo que él desea, que el muchacho se arriesgue a robárselas, y con esto pueda él ya manipular con seguridad. Luego por boca del Emporo, o sea él mismo, le hace saber que es necesaria también la presencia de Filoctetes en Troya, confiándole el encargo de conseguir que se anime a ello, ya que tan cordial está siendo la conversación y el trato entre el muchacho y el lisiado militar. Al exponer más tarde el improvisado Heracles la necesidad tanto de Neoptólemo como de las armas y la

---

und sein Eintreten nur schwach damit begründet dass er seinem Herrn behilflig se n soll», AD. MÜLLER, *Aesthet Komment.* (233; V. RADERMACHER, *Philokt.*, Einl. 15. BERGK, *Griech. Litter.*, 3, 221.

persona de Filoctetes en Troya, no hace sino exponer de un solo golpe de vista todo el plan perfectamente combinado de Ulises, que es quien habla, para el logro final de la ida voluntaria del bravío cojo a la conquista de Ilión.

Ya en la interpretación tradicional están bien trazados y sostenidos los tres caracteres del drama: Neoptólemo, Filoctetes, Ulises.

T. von Wilamowitz, verdadero demoledor del arte de Sófocles, le niega siempre toda preocupación que no sea la de impresionar al público, sacrificando a ello toda otra consideración estética, aun la de la verosimilitud dramática; aquí hace a Neoptólemo «una mera marioneta técnica», y con él van no pocos de los intérpretes de esta tragedia. Howald que en general, le sigue, algo más concede por excepción a Sófocles en la caracterización del hijo de Aquiles.

Nuestra interpretación acusa el carácter de Neoptólemo con líneas más claras y relevantes, de candor y de nobleza: aquéllas, viéndole objeto de los dolos del mismo a quien más confiadamente está ayudando; éstas, poniendo más de relieve el gesto de generosa conversión y vuelta a los principios ingénitos de su hidalgo espíritu, yendo aun contra el mismo doloso Ulises que le tiene enredado en tan innoble empresa.

Pero sobre todo queda, creo, iluminado con este nuestro estudio, el modo de ser y la característica conducta de es mismo ladino hijo de Laertes. Ulises, cuya actuación en el cuerpo de la tragedia y en su final parecía ser tan exigua y desatendible, ahora ha resultado ser el alma de toda la tragedia, el propulsor asiduo de todas sus acciones, el indeficiente artífice de toda la obra que se realiza en el drama, desde que se planea hasta que se logra la ida de Filoctetes a la toma de Ilión. Carácter amasado ya tradicionalmente de cobardía, de dolo y de habilidad, observamos al final de este trabajo que en esta interpretación se nos ha descubierto con más aparatoso miedo a la presencia de Filoctetes y aun en la oposición de Neoptólemo, se nos ha aparecido con más insinceridad y más falta de nobleza en el servirse de este muchacho, de lo que conocíamos, y, sobre todo, se nos ha revelado tan ducho en el

manejo de los hombres, y tan original e ingenioso en inventar recursos para el logro de su intento, que no ha tenido reparo ni en actuar de Emporo ni aun en arrogarse los atributos semidivinos de Heracles.

Ya antes ha sido calificado el *Filoctetes* de verdadera «tragedia de intriga». Y con razón, porque lo es. Y mucho más si son verdaderos los principales puntos de nuestro estudio. Al mismo tiempo es una verdadera tragedia de caracteres, y pocas podrán presentar títulos más justificados para tal calificativo. Pero con una combinación de cualidades artísticas admirable, están tan sabiamente armonizados todos los elementos, que son los caracteres los que, actuando en rigurosa conformidad con lo que son, construyen la trama toda y la intriga, y es la acción así complicada y llena de interés la que va elaborando la delineación de los tres caracteres y aun la del Coro mismo. Porque Neoptólemo es como es, por eso obra como obra y no puede hacerlo de otra manera: un corazón como el suyo tiene que caer en los engaños de Ulises y meterse con su amor a la gloria en la peligrosa aventura, y luego tiene que dejarse conmover de la desgracia y sinceridad del lisiado Filoctetes, y por fin rendirse y cambiar de rumbo y hasta devolverle las armas y, a pesar de todo, seguir cooperando con ese Ulises, de quien se promete grandes victorias en Troya.

La monolítica situación—sola y dura—que a la persona de Filoctetes ha sabido darle el arte mágico de Sófocles, en su cambiante y asiduo choque con el espíritu irreductible del eterno forjador de dolos, decidido a llevar a ejecución sus amaños sin escrúpulos ni desmayos ni despistes, va creando los nuevos planteamientos de situación, que dan a la tragedia, al menos en nuestra interpretación, unidad compacta, vida intensa, interés creciente. Ante tal resistencia en el ánimo de Filoctetes, Ulises, el doloso, el pertinaz, el cobarde, el inexhausto en salidas, tiene que reaccionar como reacciona, echando por delante al muchacho, actuando de Emporo, impidiendo la entrega de las armas, combinando esta misma entrega con el joven, vendiéndose por un héroe divino,

que al fin logre lo que de todos modos había que lograr.

Este es quizás el momento apropiado para comparar la técnica de nuestro poeta con la de Esquilo y Eurípides en el *Filoctetes*, a base de nuestro estudio y de los datos que sobre estos autores nos ha legado Dión Crisóstomo. Aparte de lo que nos dice acerca del estilo y de la estratagema usada por los dos para el acceso del acobardado Ulises a su formidable enemigo, sus referencias a la estructura dramática de la acción se encuentra condensada en el siguiente párrafo:

ἦν γὰρ ἡ τοῦ Φιλοκτήτου τόξων εἴτε κλοπὴ εἴτε ἁρπαγὴ δεῖ λέγειν· πλὴν ἀφαιρούμενός γε τῶν ὅπλων ἦν Φιλοκτήτης ὑπὸ τοῦ Ὀδυσσέως, καὶ αὐτὸς εἰς τὴν Τροίαν ἀπαγόμενος, τὸ μὲν πλέον ἄκων, τὸ δέ τι καὶ πειθοῖ ἀναγκαίᾳ, ἐπείδη τῶν ὅπλων ἐστήρητο, ἃ τοῦτο μὲν βίον αὐτῷ παρεῖχεν ἐν τῇ νήσῳ, τοῦτο δὲ θάρσος ἐν τῇ τοιαύτῃ νόσῳ, ἅμα δὲ εὔκλειαν. (1).

Según estas informaciones, a Filoctetes primeramente se le roban las armas, a hurtadillas o violentamente; Dión no sabe si llamarlo κλοπὴ o ἁρπαγή. Opinan los autores que en Eurípides era Diomedes quien prestaba este servicio. Despojado de sus armas, es abordado por Ulises y el Coro, y, según este último poeta, por una embajada de griegos, todos los cuales le inducen a irse con ellos a Troya. Hay en todo esto mucho de violencia (ἄκων dicen los códices todos, y no ἑκών, como ha querido corregir Welcker) y un buen porqué de «persuasión forzada», dice con un expresivo oximoron; no se podía esperar mucho más de una psicología como la de Filoctetes, además exacerbada ahora por las acusaciones contra Ulises hechas por él mismo; en fin, porque está despojado y se las llevan, por eso se deja llevar él también en pos de ellas.

Es habitual en el arte dramático de Sófocles, cuando opera sobre el mismo tema que sus émulos, sugerir las soluciones y derroteros de éstos, hacer la impresión de que él también los va a seguir, y cuando ya está a punto de hacerlo,

(18) Dión Crisóstomo, *Orat.* 52, 2.

retroceder y suspender al espectador, y presentarle otro nuevo e inesperado camino.

En nuestro drama, y por lo que hace a *la violencia*, la propone ya en el prólogo Neoptólemo, pero la excluye al punto el laertíada como inverosímil (103). Con todo, más tarde las cosas llegan a término que de hecho Filoctetes es amarrado por los criados de Ulises (1003), y así sujeto desfoga sus resentimientos contra él, contra los atridas y contra todos los griegos (1004-1044). Pero luego ellos mismos le sueltan. Parece decir Sófocles: «la violencia corporal no es artística; ella nada ha de contar en su traslado a Troya».

La fuerza de *la convicción* también es sugerida por el muchacho en su diálogo inicial del drama (102); pero es rechazada igualmente por el experto ladino. Con todo, ya adelantada la tragedia, frustrados todos los recursos, la persuasión juega un papel importante en la conquista de aquel espíritu irreductible: el Coro primero en un largo comos (1081-1210) va aduciendo argumentos, los más válidos, para rendirle, pero todo es en vano: Sófocles rechaza este medio también. A continuación viene a atacarle el noble y simpático muchacho, que le tiene ganado el corazón, le ha restituído sus armas, le profesa sincera amistad (1314-1344), tanto que el viejo militar se muestra dispuesto ya a ceder (οἴμοι, τί δράσω; 1350), y ya el público se promete esta solución igual a la de los otros dos dramaturgos (πείθοι ἀναγκαίᾳ) y espera de un momento a otro el sí definitivo; pero he aquí que Sófocles le hace reaccionar de repente, muy en conformidad con su carácter tozudo y ofendido: avergonzado de su debilidad, protesta enérgicamente y adopta una postura de resistencia, que no habrá fuerza humana capaz de superar.

Esta misma estrategia dramática siguió Sófocles en el asunto del *robo de las armas* y su relación con el desenlace definitivo. Los otros dramaturgos se las quitaban primero y luego realizaban su obra de persuasión, más o menos violenta. También aquí eso es lo que Ulises le encarga al hijo de Aquiles en el prólogo, que se apodere de las armas, dándole por razón el ser ellas tan necesarias para la toma de Troya

como el mismo muchacho, y a esto se lanza decidido el joven (116). Y de hecho, con su amable simpatía, consigue que espontáneamente se las ponga en sus manos el cojo (776), para que las custodie durante el sueño que presiente próximo. Todos dirían que iba a seguir los pasos de Eurípides y Esquilo, y en efecto, eso le propone y pide el Coro al joven (833-838). Pero Sófocles lo frustra: parece sonreir y decirles: «no, por ahí no va». De hecho el Emporo-Ulises le ha dicho al muchacho que es precisa la presencia de Filoctetes en persona para la toma de Troya (612 y sigs.) y Neoptólemo, convencido de ello, se niega a seguir tal consejo del Coro; además él mismo le ha prometido esa fidelidad al viejo lisiado y no puede traicionarle; sería innoble, y además inútil, jugarle esa mala partida (839-843). Y las armas no se alejan de Filoctetes.

Más aún, el muchacho, emocionado y arrepentido (974), decide devolvérselas, contra todo el plan de los otros Filoctetes, y, a pesar de que Ulises se lo quiere impedir, se las entrega de hecho (1291), y el drama con ello toma un cariz totalmente distinto de los anteriores *Filoctetes*. Y estando ya este militar con sus armas en las manos y lo más lejos posible de la situación de los *Filoctetes* de Eurípides y Esquilo, y jurando que jamás irá él a Troya con los atridas y con Ulises, jura éste que, aun así se lo ha de llevar (1296 y sigs.), y, en realidad, se lo lleva, usando de una estratagema nueva y de lo más inesperada y audaz, diciéndose Heracles y enviado de Zeus para tan noble misión. Y Filoctetes decide ir por fin a Ilión, y lo decide por caminos totalmente nuevos y rechazando sucesivamente todos los anteriormente usados por los dos grandes dramaturgos.

Tal es la soberana maestría con que el gran poeta, consciente de su arte y dueño despótico de su público, organiza su acción dramática, jugando con sus personajes y con las tragedias de sus dos predecesores, para dar a la suya una estructura infinitamente superior y un desenlace felicísimo, que colocan a esta tragedia en la línea de las más acabadas obras del excelso hijo de Colono.

IGNACIO ERRANDONEA, S. I.

UN FACTOR DIFUSOR DE LA ROMANIZACION: LAS TROPAS HISPANICAS AL SERVICIO DE ROMA (SIGLOS III-I A. DE J. C.)

El estudio de los mercenarios, *devotii*, y, en general, de toda agrupación militar hispánica al servicio de una potencia mediterránea, fuesen los estados griegos o sículos, Roma o Cartago, no constituye solamente una contribución a la tan complicada historia política de los pueblos mediterráneos en la segunda mitad del primer milenio antes de C., sino también, y muy particularmente, un factor importante de la difusión del helenismo en el extremo Occidente y, en última instancia, de la romanización del mismo.

La acción cultural de todo mílite desplazado de su lugar de origen es un elemento primordial para la rápida romanización del valle del Ebro o de la Bética tanto como para la difusión de las corrientes clásicas en la Iberia mediterránea en los siglos IV-III a. de J. C., o como agente motivador de las variaciones estéticas o espirituales en las zonas interiores de la Hispania imperial (1).

---

(1) Cfr. el estudio de M. Tarradell sobre el culto de Demeter en Hispania, en prensa, en *Cuadernos de Trabajos de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma*, VIII, 1956, y en el mismo sentido, su comunicación al VIII Congreso Internacional de Historia de las Religiones (Roma, 1955). En esta difusión es muy probable que, junto a la influencia helénica y púnica, directa, pesase la acción de los mercenarios. En Baleares, y, especialmente, Mallorca, resulta clara la introducción de una serie de materiales de carácter griego, fruto de las campañas itálicas de los honderos baleáricos (cfr., especialmente, A. García Bellido, *Hispania Graeca*, III, Barcelona, 1949).

Para lo imperial, la influencia romana en el arte de la Meseta, ha sido estudiada por E. Fernández Fúster en varios trabajos en parte iné-

Junto a esta acción directa (mílite romanizado mediante la vida militar y agente romanizador en su terruño), el mílite puede actuar también como agente romanizador desde su guarnición. En todo caso, la posición del veterano es importante, especialmente en las zonas rurales o poco romanizadas, en las que llega a ser casi un agente imperial, el intermediario entre el emperador y los habitantes del agro (2).

De tiempo hemos venido intentando establecer la acción y posición de los mílites y unidades hispánicas en el ejército imperial, especialmente importante para la romanización de los últimos reductos indígenas del Occidente Hispánico (3),

---

ditos, cfr., E. Fernández Fúster: *El tema del banquete...* en *R. A. B. M* LX-1, 1954. Para su influencia en lo religioso, cfr. la bibliografía en A. Balil: *Il culto d'Iside in Spagna*, comunicación al VIII Congreso Internacional de Historia de las Religiones (Roma, 1955). En general, el estudio de esta influencia, aparte de lo religioso, no ha sido suficientemente valorado.

(2) Esta situación, que se agudiza después de la tetrarquía, aparece expuesta, con numerosas fuentes, si bien no aplicables a Hispania, en M. Rostovzeff: *Historia Social y Economica del Imperio Romano*, II, Madrid, 1937. Quizá Rostovzeff, preocupado por el carácter social de las luchas del siglo III, supervalorice estas fuentes, pero la relación entre los habitantes del agro y el veterano, tal como la exponen las citadas fuentes, aparece clara. El veterano tiende a convertirse en jefe ideológico del campesino y en portavoz de sus anhelos y quejas.

(3) Conviene señalar, una vez más, la importancia de los contingentes auxiliares procedentes de los territorios occidentales de la península Ibérica, es decir, de aquellos territorios de ocupación más tardía en las unidades auxiliares de los ejércitos imperiales. Esto debió juzgar un papel importante en la romanización de algunos territorios como Asturias. La mención de los *symmacchiarii* astures, que tanto admirara a Rostovzeff (cfr. *Op. cit.)*, corresponde quizás al reinado de Trajano.

Confróntense algunos avances de nuestros estudios sobre las unidades hispánicas en A. Balil: *Tropas y unidades hispánicas en Mauritania y Numidia*, en prensa, en las Actas del I Congreso Arqueológico de Marruecos (Tetuán, 1953), *Una nueva unidad hispánica en Mauritania Tingitana*, en prensa, en *Estudios*, III-IV, 1952-1953 y en el trabajo en preparación: *La guarnición de Mauritania Tingitana en el reinado de Trajano*. Sobre las tropas astures y los symmachiarii, véase nuestro artículo en prensa en el *Homenaje al Conde de la Vega de Sella*.

sobre todo en el período de máxima intensidad de estos reclutamientos, que llegan a la formación de unidades totalmente hispánicas (4); pero la realización de este estudio debe ir precedido del análisis, siquiera sea somero y a modo de introducción, de la actuación de los núcleos hispánicos en los ejércitos helenísticos, púnicos y romanos. Si para la etapa grecopúnica este estudio ha sido realizado de un modo exhaustivo, cabiendo tan sólo esperar nuevas aportaciones en lo arqueológico y epigráfico (5), falta para lo romano republicano y lo romano imperial una labor de conjunto en la que sistemáticamente se utilicen las múltiples fuentes textuales y epigráficas referentes a las tropas hispánicas (6). Sólo en un aspecto los *devotii*, se ha realizado una labor de análisis meticuloso y científico, en contraste con el estudio de los otros aspectos, en que sólo escasas referencias han sido aducidas (7). Creemos,

---

(4) Para K. Kraft, a quien se debe el mejor estudio de conjunto sobre las alas y cohortes y su reclutamiento (cfr. K. Kraft: *Zur Rekrutierung der Alen und Kohorten am Rhein und Donau*, Berna, 1951), la formación de unidades hispánicas no continuaría después de Trajano.

(5) Para los mercenarios al servicio de griegos y sicilianos, véase A. García y Bellido: *Factores que contribuyeron a la helenización de la España prerromana*, B. R. A. H., CIV, 1934 y también: *Contratos y relaciones entre la Magna Grecia y la Península Ibérica*, en B. R. A. H., CV, 1935, así como *Hispania Graeca*, Barcelona, 1949. Este investigador ha tratado también de los mercenarios hispánicos al servicio de Cartago (cfr. A. García y Bellido: *Fenicios y Cartagineses en Occidente*, Madrid, 1943). Desde 1943 este investigador tiene en preparación un extenso trabajo sobre los mercenarios hispánicos en las campañas anibálicas.

(6) En este aspecto, puesto que los problemas de la romanización no han sido tratados en absoluto en el tomo II de la *Historia de España*, dirigida por Menéndez Pidal, es fundamental el trabajo de C. Sánchez y Albornoz: *Ensayo sobre la romanización de España desde los Escipiones hasta Augusto* en *Cuadernos de Historia Antigua y Medieval*, 1949, págs. 5-35. Muy parcialmente hemos tratado el tema de las tropas hispánicas al servicio de Roma en nuestro trabajo: *En Torno a la romanización de Cataluña*, en prensa, en *Ampurias*, XVII, 1955.

(7) La *fides* y la *devotio* han sido bien estudiadas. La primera, por

sin embargo, que en este estudio no es conveniente separar los *devotii* o *soldurii* de algún personaje romano de aquellos compatriotas que, sin ligamen de tal género, sirvieron bajo las águilas, puesto que su acción, como agentes de romanización, era de idéntico carácter a pesar de las diferencias jurídicas y espirituales entre los mismos.

El material utilizable para estas investigaciones impone ciertas limitaciones. Casi nunca aparece claramente a qué grupo étnico o geográfico pertenecían las tropas; en este sentido los textos aparecen como poco explícitos y precisos y no resulta siempre clara la suerte de estas tropas al concluir el período de enganche, aunque, si atendemos a los escasos casos explícitos, el retorno aparece claro.

Mucho más difícil de precisar es la posición social y el estadio cultural de estas tropas al servicio de Roma, con anterioridad a su reclutamiento, ni las causas determinantes del mismo. Es posible que, conjuntamente a los pactos de federación, este movimiento representase en parte un cauce natural al espíritu belicoso indígenas después de que la pacificación de los territorios hispánicos suprimiera, *manu militari*, las continuas luchas y algaradas entre los pueblos indígenas y que, especialmente, en algunas regiones fuese, como en tiempos el abigeato, la solución de una elevada natalidad en zonas económicamente pobres o el camino hacia una más elevada

---

Rodríguez Adrados: *La «fides» ibérica*, en EMERITA, XIV, 1946, páginas 128-211, trabajo que, aparte de este tema, aborda aspectos muy interesantes sobre las tropas hispánicas al servicio de Roma o de sus generales; para la *devotio*, véase Ramos Loscertales: *La devotio iberica*, en «Anuario de Historia del Derecho Español», I, 1924. También Schulten ha tratado, en parte, el tema de las tropas al servicio de Roma en *FHA* al comentar los textos, y algunos aspectos parciales en su *Historia de Numancia*, donde tiende a considerar a los *auxilia* ibéricos como traidores, punto sobre el que esperamos insistir más detenidamente, y especialmente en *Sertorio*, pero, en general, su enfoque corresponde a una deformación del problema al exponer ciertas cuestiones desde un punto de vista moderno inaplicable en absoluto a la Hispania del siglo II a. de J. C.

posición social. Posiblemente todos estos factores pesaron en distinta proporción, según las regiones, en el ánimo de los reclutas, aunque no siempre resulte posible determinar su influencia.

La primera guerra púnica.

Desde fines del siglo V habían combatido los íberos en tierras sicilianas sin que probablemente exista solución alguna de continuidad desde el año 480, en que aparecen en la batalla de Himera (Herodoto, VII, 165), puesto que los descalabros púnicos en Hispania no debieron ser suficientes como para suprimir totalmente tales reclutas (8); cuando menos, en el 262 a. de J. C. (Polibio, I, 17, 4) la recluta de iberos sobrepasó a la de ligures y celtas. Por si ello no fuese suficiente, bastaría recordar la participación de los mercenarios ibéricos en la sublevación de las tropas al servicio de Cartago, después de la primera guerra púnica, tal y como refieren Polibio (I, 67, 7) y Diodoro (V, 2, 2) (9). Desgraciadamente, las fuentes no detallan la participación de los hispánicos en la primera guerra púnica y ni siquiera permiten suponer, aunque debió de ser

(8) El aspecto negativo ha sido notablemente valorizado, pero es menester tener en cuenta que la existencia de mercenarios no suponía el dominio del territorio; recuérdese el caso de los ligures. El mecanismo del reclutamiento creemos queda expuesto, aunque no de un modo suficiente, en *Livio*, XXI, 21; XXVII, 20 y XXVIII, 37. Sobre el ánimo que inducía a los indígenas a enrolarse, cfr., aunque no creemos deba generalizarse, *Livio*, XXI, 43, 8. Este pasaje no creemos que deba ser interpretado, como hace Schulten en *FHA*, III, con una referencia a la vida pastoril de los pueblos de la Meseta, sino como una alusión al bandolerismo lusitano.

(9) La transferencia de los hispanos a Africa debió de ser habitual; de otro modo no resultaría explicable que el envío de tropas que realizó Aníbal, el 218 *(Livio*, XXI, 21-22 y *Polibio*, III, 33, 5-7), para guarnecer el Africa no motivara alborotos y deserciones, como las motivó la noticia de tener que realizar la guerra en Italia. Tales traslados debían ser algo habitual en el ejército púnico.

importante, el número de los mismos en los ejércitos púnicos. En contraste, la documentación para la segunda guerra púnica es importante.

La segunda guerra púnica.

En esta campaña, en la que Iberia juega tan destacado pepel, pues fué iniciada en España y su desenlace será resultado del desenlace de la lucha en Iberia, aparecen conjuntamente los hispanos al servicio de Roma y los hispanos en lucha contra ella, así como el establecimiento definitivo de los romanos, claramente deslindado en la última fase de la misma (10). La participación del elemento hispánico es en esta guerra mucho mayor que en la anterior. De una parte, el desarrollo de operaciones en el litoral ibérico no permitía, lógicamente, posiciones indefinidas de neutralidad. De otra, las campañas de Amílcar, Asdrúbal y Aníbal habían ampliado considerablemente el territorio bajo dominio púnico efectivo y la influencia cartaginesa, quizás incluso en territorios donde no existía oficialmente (11).

---

(10) Rodríguez Adrados, *Op. cit.*, señaló acertadamente el inicio de esta política imperialista romana, cuya finalidad los indígenas tardaron en percibir; a este respecto creemos que no ha sido suficientemente valorada la importancia de la fundación de Itálica y el asentamiento definitivo de veteranos. En ello creemos que debe verse la influencia del estado de ánimo que produciría en los estadistas romanos el conocimiento de la riqueza minera de la región de Cástulo, paralelamente a las posibilidades agrícolas de la Citerior. La colonización romana en el siglo II es un factor de romanización que no ha sido suficientemente valorado y sobre el que pensamos insistir en otra ocasión.

(11) La descripción que Silio Itálico *(Pun.*, I, 271) da del ejército de Aníbal la creemos exagerada, aunque sea necesario su estudio minucioso a la luz de los datos arqueológicos. La curiosa indicación de tropas ilergetas entre los efectivos de Asdrúbal *(Polibio*, III, 33, 7 y *Livio*, XXI, 22) sólo ha sido valorada por Rodríguez Adrados. Schulten, en *FHA*, III, supone que se trata de una tribu africana, sin valorar los acontecimientos posteriores, opinión que no podemos

Si la composición étnica del ejército cartaginés de guarnición en Iberia el 218 a. de J. C. es perfectamente conocida, así como la cuantía de los elementos hispánicos de guarnición en Africa (12), carecemos de datos análogos para los efectivos de Aníbal (13).

Tras una mención del paso del Tessino por los efectivos hispánicos (Livio, XXI, 47, 4), Polibio refiere la actuación de baleares y jinetes celtíberos y lusitanos en Trebia y la campaña invernal posterior (Polibio, III, 72, 8. Livio, XXI 55 y XXI, 57).

Al mismo tiempo, Cneo Escipión desembarcaba en Ampurias y reclutaba tropas indígenas (Polibio, III, 76, 1, Livio, XXI, 60) cuyo favor se atrajo y aseguró repartiendo el botín

---

aceptar. Los hallazgos arqueológicos (cfr. A. Balil: *La distribución del numerario púnico en Levante*, en prensa en, «Cesaraugusta»), inducen a suponer cierta influencia púnica en territorios al N. del Ebro; sobre este punto pensamos extendernos en nuestro trabajo en preparación: *Los ilergetes y la segunda guerra púnica.* Que la realización de levas no dependía del dominio efectivo lo demuestra, aparte del caso de los baleares, *Livio*, XXX, 21, 3, a pesar de que las circunstancias parecieran condenar a un fracaso toda tentativa.

(12) Cfr. las fuentes citadas en (11). Ejército de Africa: tersitas, martianos, oretes, iberos y olcades, con un efectivo de mil doscientos jinetes y trece mil ochocientos cincuenta infantes. Además, ochocientos setenta honderos baleáricos. Ejército de España: cuatrocientos cincuenta africanos y trescientos ilergetes, mil ochocientos númidas y masilios, once mil ochocientos cincuenta infantes libios, trescientos ligures y quinientos baleares.

Obsérvese que, pese al general intercambio, se hace una excepción en favor de ilergetes y baleares. Más dudosa es la interpretación de los cuatro mil auxiliares, reclutados como rehenes. Polibio los considera metagonitas y Livio, hispánicos. De aceptar a Polibio en este pasaje, no se comprendería exactamente este contrasentido en la política general.

(13) Livio y Polibio. *Polibio* da (III, 35, 1) noventa mil infantes y doce mil jinetes e igual en *Livio* (XXI, 23). Los iberos debían de ser en número considerable, puesto que el licenciamiento forzado de siete mil hombres no fué obstáculo para que el núcleo básico del ejército anibálico continuase siendo el de las tropas ibéricas.

en iguales condiciones (Polibio, III, 76, 1), mientras en Italia (Polibio, III, 79, 1) el contingente hispánico se había revelado como la base de la potencia bélica de Aníbal, tanto en el paso de los pantanos del Arno como en la batalla de Trasimeno en que, según Livio, XXII, 14, 3, deciden la jornada; también juegan un papel destacado en la campaña del sur de Italia (Livio, XXII, 18, 2). En aquel estado de cosas los romanos de Hispania, en lucha con los ilergetes, habían recibido la sumisión de los habitantes de ciento veinte poblados indígenas (Livio, XXI, 22) (14). Entretanto empieza a aparecer entre las filas cartaginesas, y por parte de los iberos, una tendencia filorromana (Polibio, III, 97, 2) (15), mientras en la mente de los estadistas romanos surge la conveniencia de captarse la alianza o, cuando menos, conseguir la deserción de los efectivos hispánicos en el ejército anibálico (Livio, XXII, 40, 9) aprovechando la baja moral producida por la falta de provisiones y los acontecimientos de España. El

---

(14) La interpretación de Schulten de que se trata de poblados, creemos que es muy acertada, aunque es de suponer se trate de poblados de ciertas dimensiones, puesto que de no ser así la cifra representaría un territorio muy reducido. En la actualidad, el número de poblados conocidos en el territorio layetano debe de ser casi de un centenar. El estado reflejado en la *Carta Arqueológica de* la provincia de Barcelona ha sido ampliamente superado.

(15) Frente a Rodríguez Adrados nos inclinamos en aceptar la traición de Abelux. Lo favorable de ésta para los romanos aparece claramente después de la toma de Cartagena, en que se produce una idéntica actuación por parte de éstos con la subsiguiente reacción favorable por parte de los indígenas. El episodio de Cartagena y la adhesión de Indibil indica cuanto repugnaba a los indígenas el sistema de rehenes. Si el jefe púnico tenía autoridad o no para entregarlos, puede ser discutido, pero siendo este único jefe de la plaza, podía tomar tal decisión, máxime fiando en sus resultados favorables que, lógicamente, podían excusarle a los ojos de sus superiores. Posiblemente, la adhesión de los celtíberos se refiere a la Celtiberia Citerior y, dada la situac ón de Sagunto, es posible que sus rehenes estuviesen concentrados en esta plaza, o, simplemente, si se acepta la destrucción total de la misma, en un campamento o guarnición sita en sus inmediac ones; la entrega de la misma pudo favorecer u ocasionar tal adhesión.

resultado de la jornada de Cannas (Polibio, III, 113-15), en la que tantos hispanos fallecieron (Polibio, III, 117, 6), no produjo ni una sublevación ni una deserción masiva semejante a aquella con que Asdrúbal se enfrentaba en Turdetania (Livio, XXIII, 26-27). El temor a tener que pasar a Italia, como sucediera al ejército de Aníbal, descomponían el ejército de Asdrúbal, y los efectos se manifestaron claramente en la batalla de Hibera (Livio, XXXIII, 29). El centro de la formación púnica, compuesta casi totalmente de iberos, hundióse casi al primer asalto, por temor de pasar a Italia si vencía, mientras paralelamente en Italia un numeroso grupo de jinetes (Livio, XXIII, 32, 6) se pasaba a las filas romanas. El ambiente de derrota se transparenta en la defección de Cástulo y en la derrota de Magón (Livio, IV, 41).

En Italia no faltaban nuevas defecciones, y si bien la guarnición de Cápua estaba constituída por iberos y númidas solamente (Livio, XXIV, 12, 4), la guarnición de Arpi, con casi un millar de íberos (Livio, XXIV, 47, 8), pasóse a los romanos, si bien en circunstancias bastante honrosas. Estas deserciones, que contrastaban con el incremento de los indígenas en los efectivos romanos de España (XXIV, 49, 7), motivaron una intensa actividad diplomática por parte del Senado. Trescientos hispanos fueron enviados a Italia con el fin de activar las deserciones. Uno de estos legados debía conseguir la defección de Moericus y la rendición de la Acradina (Livio, XXV, 30, 2) (16).

El 211, los indígenas constituyen una parte básica de los efectivos romanos en la Península (Livio, XXV, 32), pero eran también su máxima debilidad; y la sagacidad de los cau-

(16) Naturalmente que estas rendiciones o deserciones no pueden ser consideradas en un sentido absoluto ni como un indicio de la opinión general de los mercenarios, puesto que en tal caso hubieran sido más importantes y más frecuentes, pero sí como reflejo de los acontecimientos en la Península. Junto a esto tenemos otras pruebas de la lealtad, o cuando menos la estrecha colaboración de las tropas ibéricas *(Livio,* XXV, 17, 4; XXVI, 5, 11).

dillos púnicos debía aprovechar esto (Livio XXV, 32) y conseguir la retirada y neutralización del efectivo indígena mediante una fórmula de no intervención. Con ello la débil armazón del dominio romano en Hispania debía desmoronarse rápidamente. Los reducidos efectivos romanos, muy alejados de sus bases de aprovisionamiento, dependían exclusivamente de la aportación indígena (17). Sólo la poca habilidad de algunos jefes cartagineses en sus tratos con los indígenas, impidió un aprovechamiento total del desastre romano. En todo caso era básico atraerse el apoyo de aliados indígenas, puesto que las operaciones en Italia no permitían el envío de grandes efectivos capaces por sí solos de neutralizar la acción de los ejércitos púnicos. Así, el propio Escipión, pese a desconfiar de los *auxilia* indígenas (Polibio, X, 7, 1) recién llegados a Tarraco, cuidó de reunir a los aliados y, después de la toma de Cartagena, utilizó hábilmente los rehenes para aumentar su ascendiente sobre los indígenas (Polibio X, 18, 3): ello le aseguraría, entre otras cosas, la alianza de los ilergetas y edetanos (Polibio, X, 34). La habilidad de Escipión, en contraste con el poco tacto de los jefes púnicos (Polibio, X, 35), había de cambiar rápidamente el curso de la guerra (18).

---

(17) La guerra en Iberia casi se alimentaba por sí misma y no siempre en condiciones favorables. Si Publio llegó con numerosas provisiones *(Livio,* XXII, 22), el 215, tras una afortunada campaña, fué menester solicitar angustiosamente el envío de equipos, vituallas y haberes para continuar la guerra *(Livio,* XXIII, 48, 4).

(18) No detallamos las numerosas fuentes referentes a la entrega de los rehenes, coincidentes con Polibio. El motivo de la adhesión de los jefes iberos responde a un motivo personal, malos tratos recibidos de los jefes púnicos *(Polibio,* IX, 11; *Polibio,* X, 18, 11; *Livio,* XXVI, 50; *Polibio,* X, 34). Esta adhesión no significa la del pueblo en todos los casos, sino que en ocasiones es personal, de jefe indígena a jefe romano, así el caso de Alucio *(Livio,* XXVI, 50), cuya aportación está constituída por sus clientes. Rodríguez Adrados ha estudiado con detalle y, en nuestra opinión, acertadamente, estas jornadas de Cartagena. Estas relaciones personales aparecen claramente afirmadas en el hecho de que frente a ellas se logre la explícita mención del carácter de mercenarios de los celtíberos *(Livio,* XXIV, 49, 7; *Livio,*

Tal habilidad por parte de Escipión constituyó un factor mucho más decisivo en la guerra que la simple acción militar de la toma de Cartagena. Es curioso que esta acción no repercutiera entre los íberos del ejército de Aníbal (Livio XXVII, 14, 5) e incluso en la Península una nueva victoria cartaginesa podía compensar sus efectos; así debió interpretarlo Asdrúbal (Polibio, X, 38, 7) al lanzarse a la batalla de Bécula. El resultado aumentó más aún los aliados de los romanos (Apiano, *Iber.*, 24). La moral de las tropas cartaginesas era, forzosamente, baja (Livio, XXVII, 20), pero aún era posible efectuar o, cuando menos, intentarlo, reclutamientos en la Celtiberia (Apiano, *Iber.*, 24, Livio, XXVII, 20). El resultado de la conferencia de los generales cartagineses no presenta un estado de cosas tan sombrío como lo presenta Livio (Livio, XXVII, 20); nuevos refuerzos llegados del Africa (Livio, XXVIII, 1) permiten efectuar nuevas levas en la Celtiberia, cuatro mil infantes y doscientos jinetes (Livio, XXVIII 2), pero se trata de tropas no instruídas en el combate en campo abierto, que sucumben ante fuerzas mayores en número, diez mil infantes y quinientos caballos, y una vez dispersadas regresan a sus casas. Sin embargo, los efectivos veteranos pudieron ser salvados y debieron efectuarse nuevos reclutamientos... Frente a Ilipa, el ejército de Asdrúbal es imponente en cuanto a número; Escipión dispone de efectivos mucho más reducidos y le es forzoso confiar en los *auxilia*, acudiendo a su mente el recuerdo del desastre familiar del 212 (Polibio, XI, 20, Livio, XXVIII, 12, 10). Colcoas aporta tres mil quinientos hom-

---

XXV, 32). Claro está que, como ha señalado Rodríguez Adrados, el concepto indígena de la relación personal no coincidiría con el criterio romano, que consideraba a estos jefes y sus pueblos como *foederati*. Después de la jornada de Bécula (*Polibio*, X, 40) y tras una hábil maniobra, con el fin de atraerse decididamente a los indígenas—liberación de los prisioneros (*Livio*, XXVII, 19, 1)—, esta adhesión personal alcanza su *climax*. No insistimos sobre estos interesantes episodios, detenidamente estudiados por Rodríguez Adrados, que se apartan del objetivo principal de este trabajo.

bres. Las alas de las formaciones cartaginesas están constituídas por iberos, mientras que en el dispositivo de Escipión ocupaban el centro. Los reclutas baleares e ibéricos del ejército cartaginés carecían de entrenamiento. Atenes, rey de los turdetanos, se pasó a los romanos en plena batalla (Livio, XXVIII, 15) y la retirada fué inevitable. Los efectivos de Asdrúbal fueron constantemente perseguidos y al mismo tenor se produjeron las deserciones.

Tras esta jornada aparece igualmente la habilidad de Escipión (Livio, XXVIII, 15), premiando a los aliados según su participación.

Tras Ilipa las posiciones aparecen deslindadas. Las directrices de la política romana en Iberia varían totalmente. En Italia las tropas ibéricas de Asdrúbal jugarán su último papel en la jornada del Metauro (Livio, XXVII, 48, 6). Escipión se dedicará a cobrar viejas deudas, aplazadas por la fuerza de las circunstancias y ligadas a la memoria familiar. Las alianzas, personales hasta entonces, se consideran en un sentido más estricto y, en contraste con la jornada de Bécula, se persigue a todos los mercenarios al servicio de Cartago cuyas ciudades son aliadas de Roma (Apiano, *Iber.*, 31). Escipión prescinde de los *auxilia* hispánicos para luchar contra los ilergetes, mientras desde Gades Hannon recluta nuevos mercenarios (Livio, XXVIII, 30); pero la situación no permitía efectuar los reclutamientos con la facilidad de otros tiempos sino que forzaba a enfrentarse con la oposición indígena (Livio, XXVIII, 31) en las Baleares y a efectuar las levas después de dominar el territorio (Livio, XXVIII, 37); más que tratarse de reclutamiento de mercenarios, las levas de Magón en Menorca se realizan con una técnica semejante a la de la captura de esclavos. En la Citerior, Léntulo se vale, en tanto, de los aliados para suprimir la amenaza ilergete (Apiano, *Iber.*, 38), aunque los cartagineses se atreven, entretanto, a intentar efectuar reclutamientos en pleno territorio dominado por los romanos, desembarcando reclutadores no lejos de Sagunto, pero fracasando en el intento (Livio, XXX, 21, 3). En Africa agoniza la resistencia púnica; en los Grandes Campos, los últi-

mos mercenarios celtibéricos, cuatro mil, del ejército púnico (Polibio, XIV, 7, 5) sucumben ante las legiones, permitiendo la retirada del grueso del ejército; pero ni allí ni en Zama su esfuerzo podrá mudar la suerte de la guerra (Polibio, XV, 11).

Del fin de la segunda guerra púnica al inicio de las guerras celtibéricas.

Concluída la guerra, las tropas ibéricas figuran ya de manera definitiva entre los contingentes romanos, sin que su utilización se reduzca exclusivamente a los frentes peninsulares. En la campaña macedónica causó sensación entre los helenos el *gladius hispaniensis*, cuyas características describe Livio detalladamente (Livio, XXXI, 34, 4) (19). Las tropas hispánicas, y, en especial, los mercenarios, han de ser una de las bases, unida a las especiales características de las campañas del siglo II, de la profesionalización del ejército romano (20).

Hasta Catón no conocemos la intervención de las tropas hispánicas al servicio de Roma en la gran rebelión del 197 antes de J. C. Conocemos, sí, la intervención de algunos de los jefes que formaron parte del ejército escipiónico y que ocupan, como Culchas (Livio, XXXIII, 21, 6), un importante

---

(19) La descripción de las heridas producidas por este arma (*Livio*, XXXI, 34, 4) hacen pensar más en un arma del tipo de la *falcata* que en la espada de La Tene II, bien conocida de los romanos.

En realidad no resulta claro, en este pasaje, si se trata de tropas ibéricas o romanas equipadas con el *gladius hispaniensis*, aunque parece ser que el total equipamento del ejército romano, según el equipo ibérico, no se produjo hasta las guerras celtibéricas. Sobre la «falcata» en el ejército romano recordemos su aparición en uno de los relieves del arco de Orange que quizás se refieran a las guerras cántabras.

(20) Bien valorizado por Gabba en su trabajo: *Gli origini del essercito professionale in Roma*, en «Athenaeum», N. S., XXVII, 1949. Otros usos que se generalizan en época imperial (concesión de la ciudadanía *virtutis causa*, reparto de tierras a los veteranos, etc.) tienen su inicio en las relaciones entre Roma y los mercenarios ibéricos.

papel como jefes de la rebelión. Aunque las circunstancias inducían más bien a desconfiar de las tropas indígenas, lo cierto es que Catón no vaciló en emplearlas, al igual que los turdetanos continuaban con su vieja práctica de reclutar celtíberos (Livio, XXXIV, 17 y XXXIV, 19). Catón, buen conocedor de las campañas hispánicas, intentó atraerse a los celtíberos a sueldo de los turdetanos, repitiendo la maniobra de los generales púnicos el 211 a. de J. C., mientras en la Citerior habría de utilizar a los suesetanos para rendir a los lacetanos y para tomar *Bergium* (Livio, XXXIV, 20-21), no vacilando en otras ocasiones en tomar celtíberos a sueldo (Plutarco, *Vit. Cat.*, 10).

Paulo Emilio debió utilizar también en Hispania los servicios de tropas indígenas; sospechamos sea ésta la causa de que se concediera la libertad a los siervos de *Lascuta (C. I. L.*, II, 5041, *I. L. S.* 15), que en tal caso cobraría el significado de un reconocimiento de servicios. En todo caso debió atraerse, fuese en Hispania o en otras campañas, la simpatía de los indígenas, como lo demuestra el sentimiento con que acogieron su muerte (Plutarco, *Vit. Aem. Paul.* 39, 8). Entre las tropas hispánicas al servicio de Roma no sólo había mercenarios y aliados, sino también rehenes (Livio, XL, 17), algunos de ellos de noble linaje. No resulta posible calcular la proporción de hispanos en los ejércitos en operaciones en las dos provincias, ni aun a base de los datos que proporcionan las bajas, puesto que éstas dependían del empleo táctico de las distintas unidades y armas; que los datos resultantes pueden indicar proporciones exageradas, siendo conveniente considerarlos como proporción máxima. Así, el 185, los auxiliares indígenas de los ejércitos de C. Calpurnio y L. Quinctio representarían menos de una cuarta parte; serían probablemente de infantería, que fué el arma que llevó la peor parte en la jornada (Livio, XXXIX, 31), lo que atendiendo a las cifras conocidas del ejército de ambos pretores arrojaría una cifra considerable (Livio, XXXIX, 8, 2) (21). El 181 hay nuevos

(21) Desgraciadamente, son raras las indicaciones de las bajas

disturbios en la Celtiberia e igualmente el pretor de la Citerior reclutó auxiliares indígenas en gran número, *quanta poterat auxilia* (Livio, XL, 30).

Las guerras celtibéricas.

Graco incluyó entre sus *auxilia* a los antiguos enemigos, los miembros de la nobleza de *Certima* (Livio, XL, 17) y el regulo Turro (Livio XL, 50). La campaña celtibérica de Graco nos da a conocer que era habitual el que todo pueblo sumiso o aliado suministrara fuerzas auxiliares, puesto que de otro modo no se explicaría la insistencia, posteriormente, de los centíberos en mencionar esta cláusula del tratado con Graco (Apiano, *Iber.*, 44); este hábito no debía de ser mal visto por los indígenas, por cuanto los levas no figuran entre las reclamaciones presentadas por la célebre legación del 171 (Livio, XLIII, 2). Pero tampoco debía de afectar a todos los pueblos de la Celtiberia o, cuando menos, no todos defendieron sus derechos como los de Segeda, puesto que Nobilior, después de su derrota frente a Numancia, no vaciló en solicitar ayuda de pueblos vecinos; la propia Ocilis figuraba entre los aliados y allí se hallaba toda la impedimenta del ejército (Apiano, *Iber.*, 47). La propia Ocilis, en circunstancias comprometidas y de división de opiniones en el seno de la población, envió cien jinetes a Claudio Marcelo (Apiano, *Iberia*, 48-49) el año siguiente. Ya hemos indicado anteriormente lo frecuente que era el reclutar auxiliares entre los antiguos enemigos, por ello la condición de Lúculo en Cáuca solicitando todas las fuerzas de caballería (Apiano, *Iber.* 50-52) no apareció como sospechosa. Metelo también aceptó la colaboración de antiguos enemigos, como Retógenes *(Pap. Oxyrh.*, 160).

---

con la claridad de *Livio*, XXXIX, 8, 2; por otra parte, es muy probable que exista una doble disminución de las bajas propias—una oficial, realizada por el propio pretor y, una segunda, por el historiador—, a fin de señalar la magnitud de la victoria.

No abundan, con respecto a la guerra numantina, las referencias a las tropas ibéricas, por ello resulta preciosa la indicación de Frontón (cfr. *FHA.*, IV, p. 76) de que en el ejército escipiónico figuraban *auxilia* de toda Hispania, que licenció después de la destrucción de la ciudad (Salustio, *Igg.*, 8).

Apiano *(Iber.*, 90) nos da a conocer que estos auxiliares acudieron de diversos lugares. Gracias a ellos el ejército sitiador ascendió a sesenta mil hombres (Apiano, *Iber.*, 92). La utilización abundante de *auxilia* figuraba ya en los planes que se trazara Escipión antes de partir de Roma (Apiano, *Iber.*, 84).

Las guerras lusitanas.

Tampoco faltaron los *auxilia* en las guerras lusitanas. El 151, Galba, huyendo de los lusitanos, reunió veinte mil auxiliares indígenas, con los que preparó la campaña del 150 antes de J. C. (Apiano, *Iber.*, 58-60) y Vetilio utilizó el 147-46 antes de J. C. cinco mil belos y titios para luchar contra Viriato (Apiano, *Iber.*, 61-63), expedición que había de tener un triste fin.

Tras las guerras lusitanas se inicia una nueva modalidad de las relaciones militares entre Hispania y Roma; es la aparición de las guardias personales. La primera, si bien dudosa, es la guardia personal de várdulos al servicio de Mario (Plutarco *Vita Marii*, 43) (22). Casi paralelamente, los celtíberos rechazaban a los cimbrios que habían penetrado por los pasos occidentales del Pirineo (Livio, *per.*, 67). Otros celtíberos, veteranos de las campañas lusitanas de Mario, fueron establecidos en Colenda (Apiano, 100). Esta costumbre, que aparece en diversas ocasiones en los tratos de Roma con sus veteranos hispánicos, ha de ocasionar a la larga el sis-

(22) La interpretación como várdulos es de Schulten en *FHA*, IV. La indicación de Plutarco, de que se trataba de esclavos que habían acudido a él, puede hacer pensar en tránsfugas o también en la errónea interpretación de un vínculo de clientela.

tema de licenciamiento augusteo. Pero en el caso de los veteranos de Mario, fuese por los hábitos ancestrales o por lo inadecuado de las tierras concedidas, no tardaron en luchar contra los romanos y a los cinco años de su asentamiento (hacia el 98 a. de J. C.) su ciudad fué destruída (Apiano, *Iber.*, 99-100) y los habitantes degollados.

Por estos años, y en ocasión de la guerra social, luchó en Italia una *Turma* reclutada en ciudades del valle del Ebro. Veintinueve de sus componentes recibieron la ciudadanía romana, según la ley Julia, de Cneo Pompeyo Estrabón (23), mientras, al mismo, tiempo Escauro intentaba atraerse a los hispanos y sublevarlos contra Roma en favor de Mitrídates (24).

Las guerras civiles: De Sertorio a Augusto.

Se inicia la etapa de las guerras civiles y los hispanos intervienen en favor de uno u otro bando, según sus preferencias. Craso, refugiado en la Bética (Plutarco, *Vita Cras.*, 4) a la muerte de Cinna, armó dos mil quinientos. Esta participación y diversidad de opiniones aparece clara en la actitud de

---

(23) El bronce de Ascoli es un documento fundamental para el conocimiento de la romanización del valle del Ebro *(C. I. L.*, I-2, 109, *I. L. S.*, 8888). Las ciudades representadas son Salluie, Bagara, ...cili (¿Ocilis?), Ilerda, Bege, Segia, Ennega, Sucosa, Libia, Illursenses. Aparte del elemento de onomástica romana que aparece entre los ilerdenses, es seguro que la concesión de la ciudadanía aun *virtutis causa*, debía de requerir un grado notable de civilidad.

(24) Mitrídates intentará más tarde *(Plut., Ser.*, 27) conseguir nuevamente el apoyo de Hispania, en su lucha con Roma. Aparte del precedente de la estancia de Aníbal en los estados helenísticos, conviene recordar el conocimiento y el concepto que en Oriente se tenía de Hispania y de las campañas romanas *(Maccab.*, 8, 2). Gabba ha dedicado (cfr. nota 25) algunas interesantes ideas a este episodio, relacionándolo con el intento de los jefes itálicos de la Guerra Social de conseguir el apoyo de Mitrídates.

las tropas de caballería que los pretores de Hispania enviaron en auxilio de Mario y Carbón. Doscientos setenta pasáronse al ejército senatorial; el resto, cuya lealtad debió parecer sospechosa, fué ejecutado por orden de Carbón (Apiano, *Bell. civ.*, I, 89). Esta postura podrá parecer anómala si se compara con la ulterior lealtad de los celtíberos para con Sertorio, pero es menester tener en cuenta que en estas luchas la simpatía personal jugó un papel más importante que los idearios políticos.

La adhesión de los hispanos a Sertorio plantea un importante problema de interpretación y de análisis de los motivos que impulsaron a los hispanos a unírsele. La simpatía de Sertorio debía de ir unida a causas políticas. La interpretación de Schulten, quien nos presenta a Sertorio como a un segundo Viriato, es excesivamente simplista y sólo puede ser aceptada como táctica de atracción de los pueblos, como los lusitanos y celtíberos, menos sometidos. Recientemente, Gabba ha señalado la relación entre la guerra social y las guerras sertorianas (25). A este propósito es conveniente recordar la emigración itálica en Hispania, aumentada durante el siglo II antes de J. C., que presenta el carácter de una verdadera colonización. Entre esta población y los hispanos las relaciones eran estrechas (26). Tanto para los itálicos como para el hispano romanizado, y el grado de la romanización en el Ebro era

---

(25) Cfr. A. Gabba: *Le origini della Guerra Sociale e la vita politica romana dopo il, 89 a. de J. C.*, en «Athenaeum», XXXII, 1954, quien, desarrollando puntos de vista de Treves *(Sertorio*, en «Athenaeum», X, 1932), Berve *(Sertorius*, en «Hermes», XLIV, 1929) y Piganiol *(Histoire de Rome*, 1949), ha llegado a interesantísimas conclusiones sobre Sertorio y sus partidarios.

(26) Brevemente hemos desarrollado en este párrafo las conclusiones de Gabba, *Op. cit.*, núm. 25, que aceptamos plenamente. El tema de la colonización de Hispania por elementos itálicos ha sido sumaria pero correctamente tratado por este investigador. Esperamos poder dedicar en el futuro un trabajo a este aspecto de la romanización directa. Sobre el descontento de los itálicos y las colonias itálicas en Hispania, entre ellas Carteia, cfr. Suet., *Caes.*, 7.

muy alto (Strab., III, 4, 20), la desigualdad de derechos con respecto a los ciudadanos romanos era evidente y extremas las dificultades para la obtención de la ciudadanía; sólo la vida militar, como ya hemos seeñalado, abría una pequeña posibilidad. El Senado que formó Sertorio en Osca (Apiano, 108; Plutarco, *Sert.*, 22) está estrechamente emparentado con el Senado de la República Itálica. Junto a las dos tendencias expuestas es menester tener en cuenta una tercera tendencia, la de los exilados romanos preocupados sólo por la consecución de la caída del gobierno silano, tendencia esta última que corresponde a la del propio Sertorio, quien no siempre presentó claramente tales ideas políticas (27).

Sertorio supo aprovechar adecuadamente las reservas de material humano que le ofreció Hispania. Recién llegado a Lusitania unió a sus heterogéneas fuerzas *auxilia* lusitanos (Plutarco, *Ser.*, 12), estableciendo con tales fuerzas una base de operaciones. Su táctica respondía a las concepciones de la táctica indígena (Plut., *Ser.*, 12), procurando inculcar a los propios indígenas las ventajas de ésta (*Sert.*, 16, Frontino, I, 10, 1)—aunque no dejó de equipar y entrenar unidades para luchar a la romana (Livio, según Frontino, 21, 5, 31)—, atendiendo a mantener buenas relaciones con sus aliados (Plutarco, *Ser.*, 17) y evitar motines y altercados (Frontino, I, 10, 2), realizando paralelamente una intensa labor romanizadora (28) sin dejar por ello de aprovecharse de las supersticiones de algunos indígenas como en el episodio de la cierva (Plutarco, *Sert.*, 11). También él tuvo una guardia

(27) Tal falta de claridad fué una de las causas de la discordia entre Sertorio y sus romanos, así como entre éstos y los hispánicos. A tales discordias nos referimos más adelante.

(28) La labor romanizadora fué muy intensa desde Sertorio hasta Augusto. En Sertorio aparece claramente una labor cultural, mientras que Pompeyo y César actúan frente a la oposición o la ironía de la aristocracia senatorial, reconociendo a ésta y otorgando derechos de ciudadanía. Tal actividad romanizadora esperamos poder estudiarla en otra ocasión paralelamente a nuestro trabajos para la formación de una prosopografía hispánica preaugustea.

personal indígena, compuesta de *devotii* (Suetonio, 14), lo que no dejó de provocar disgustos y roces con sus romanos (Apiano, B. C. I, 112), no siempre en buenas relaciones con los indígenas (B. C., I-114).

Tampoco faltaban los indígenas en el ejército senatorial. Los berones y autrigones no sólo solicitaron la ayuda de Pompeyo para resistir a Sertorio (Livio, frag. XCI), sino que le suministraron guías. También los bursaones, cascantinos y graccurritanos debieron de ser enemigos de Sertorio, así como, en Levante, los habitantes de Lauro (Apiano, *B. C.*, I, 109; Plutarco, *Sert.*, 18). Las adhesiones y defecciones serán frecuentes en ambos bandos y a tenor de ellas aumentarán o se reducirán los ejércitos (Plutarco, *Pomp.*, 19); a este propósito es curiosa la estricta neutralidad de los vascones en el invierno del 75 a. de J. C. (Salustio, *Hist.*, 21, 93), aunque entre los desertores no faltaron los propios romanos de Sertorio (Apiano, *B. C.*, I, 112) (29). El final de tales deserciones y conjuras es sobradamente conocido, así como el que algunos pueblos continuaron fieles a la memoria de Sertorio después de su muerte. (Floro, II, 10, 9).

La identificación en las guerras civiles de los hispanos a favor de un bando u otro será total. Cneo Calpurnio Pisón será asesinado por su escolta hispánica, al parecer clientes de Pompeyo (Salustio, *Cat.*, 19).

César, durante su pretura, reclutó en Hispania diez cohortes (Plutarco, *César*, 12) que utilizaría en sus campañas galaicas. Hispania era ya el tablero de prueba de lo que debía ser la guerra civil. Todo alboroto o algarada era atribuído por la opinión pública romana a maquinaciones de alguno de los dos partidos; así una sublevación de los vacceos, el 56-55 antes de J. C., fué atribuída a los manejos de Pompeyo. Craso reclutaba *auxilia* en la Aquitania (César *Bell. Gall.*, III, 20, 1) y

(29) No puede suponerse que estas deserciones fuesen debidas a la *lex Plautia*, puesto que ésta, como han señalado Treves, Lily Ross Taylor, Gabba y Broughton, no se concedió hasta el año 70. Gelzer, Berger y Grispo defienden, sin embargo, la fecha del 73 a. de J. C.

también los tuvo César en la Gallia (*Bell. Gall.*, IV, 12, 3).

Comenzada la guerra civil, Petreyo reclutó *auxilia* lusitanos y Afranio celtíberos, cántabros y otros pueblos del NW. peninsular (César, *Bell. Civ.*, I, 38); en total (*Bell. Civ.*, I, 39) ochenta cohortes y cinco mil jinetes. Entre los cesarianos figuraban algunos aquitanos (*Bell. Civ.*, I, 39) y, aparte los hombres que pudieran tener procedentes de su ejército de la Gallia, figuraron entre sus aliados (*Bell. Civ.*, I, 60) los tarraconenses, los jacetanos, los ausetanos, los ilergavones y otras ciudades alejadas del campo de operaciones. Entre las cohortes pompeyanas figuraban algunas de *caetrati* (*Bell. Civ.*, I, 48) de la Citerior, probablemente de la Celtiberia, que era la gran reserva de hombres de los pompeyanos y su esperanza en la consecución de la lucha (*Bell. Civ.*, I, 61); pero las posibilidades de tal plan no pudieron ser puestas en práctica debido al desarrollo de la operaciones, y los últimos aliados hispánicos abandonaron a los pompeyanos (*Bell. Civ.*, I, 74). Afranio pudo retrasar algo la rendición mediante la utilización de su escolta personal, compuesta de hispanos, y algunas tropas más, reunidas apresuradamente (*Bell. Civ.*, I, 75).

Las privaciones ocasionaron numerosas defecciones entre los *auxilia* afranianos (*Bell. Civ.*, I, 78), especialmente en las últimas jornadas de la campaña. Terminada ésta, César reclutó en la provincia casi treinta cohortes auxiliares y completó sus legiones (*Bell. Civ.*, II, 18). Varrón disponía, en tanto, mientras decidía qué posición tomar, de una legión vernácula (*Bell. Civ.*, II, 20) y el rey Juba de Mauritania tenía una guardia personal compuesta de hispanos y galos (*Bell. Civ.*, II, 40). También Casio Longino tenía una guardia personal hispana, compuesta de soldados y veteranos berones, que le salvó la vida en el tumulto promovido a causa de sus exacciones pecuniarias y la recluta de una nueva legión y tres mil jinetes; entre sus enemigos figuraban todos los naturales o relacionados con la provincia, y entre las tropas ocupa un lugar principal la legión vernácula (*Bell. Alex.*, I, 48-54). En este período aparece claramente junto al reclutamiento de *auxilia*, los reclutamientos entre ciudadanos romanos de ori-

gen hispano. Longino ordenó una leva de caballeros e instauró la condonación del servicio militar mediante la redención pecuniaria (*Bell. Alex.*, I, 56). Tras la sublevación, que tanto favoreció a la causa pompeyana, entre los socorros que recibe Casio figuran también auxiliares hispánicos enviados por las ciudades favorables a Casio (*Bell. Alex.*, 62).

Paralelamente a estas disensiones continuaban figurando los hispanos entre las tropas de César (*Bell. Civ.*, III, 22), especialmente jinetes, que actuaron en la campaña de Africa (*Bell. Afr.*, 39), mientras Cneo Pompeyo efectuaba reclutas y preparaba un ejército en Hispania (Apiano, *Bell. Civ.*, II, 87) con la adhesión de unas ciudades y la enemiga de las otras (*Bell. Hisp.*, 1); por ello, tanto en el ejército de César como en el de Cneo, había numerosos auxiliares (*Bell. Hisp.*, 30). Quizá también serían hispanos los jinetes de la caballería de César que lucharon a pie contra los pompeyanos, según la costumbre ibera, en un episodio de la batalla de Munda (*Bell. Hisp.*, 15). Los lusitanos acompañaron a Cneo hasta después de la derrota (*Bell. Hisp.*, 36 y 40) y defendieron Hispalis (*Bell. Hisp.*, 36). Según Apiano, los celtíberos eran numerosos en el ejército pompeyano (*Bell. Civ.*, II-103), cosa perfectamente verosímil (30).

También César figuró entre los personajes que tuvieron una guardia personal de hispanos, llevándola consigo a Roma y disolviéndola más tarde (Suetonio, *Caes.*, 86). La situación en Hispania no era totalmente segura; Sexto Pompeyo, con

---

(30) En Munda murieron, entre ambos bandos, tres mil *equites romani, partim ex urbe, partim ex provincia* (*Bell. Hisp.*, 31, 9). En *Bell. Hisp.*, 26, 2, se cita a tres *equites romani hastenses*, y a la nobleza provincial pertenecían los ciudadanos que tramaron la conjura contra Casio Longino (*Bell. Alex.*, 48-64). El *Bellum Alexandrinum* y el *Bellum Hispaniense* son dos fuentes de primer orden, insuficientemente utilizadas hasta la fecha, sobre el estado de la romanización de Hispania, en cuanto al estudio de la difusión de la ciudadanía a *hispani* y la concesión de honores a los *hispanienses*, fuente para el conocimiento de la colonización directa.

una pequeña banda primero y, más tarde, reuniendo a los supervivientes de los ejércitos de su hermano y de su padre, y apoyado por los lacetanos, entre quienes buscara refugio después de Munda (Apiano, *Bell. Civ.*, IV, 83; Dion Casio, 45, 10, 1) se atrevió a luchar contra las tropas de Carrinas, pasando a la Bética después de la muerte de César. En relación con las guerras civiles, estaría la campaña de Calvino contra los ceretanos (Dion Casio, 48, 41, 7), puesto que también entonces militaban los hispanos en todos los ejércitos y todos los partidos; así, poco antes de la batalla de Filipos, Bruto tenía en su caballería lusitanos y galos, cuatro mil en total, mientras que Casio contaba, entre iberos y galos, con dos mil hombres (Apiano, *Bell. Civ.*, IV, 88), y así también, en ocasión de la batalla de Cumas (38 a. de J. C.), Menécrates fué alcanzado por un soliferreum (Apiano, V, 83). El propio Marco Antonio, cuando el 36 a. de J. C. intentó conquistar Armenia, tenía en su ejército hasta diez mil jinetes iberos y celtas (Plutarco, *M. Ant.*, 32). En el transcurso de la guerra civil formóse Augusto una guardia personal de calagurritanos, licenciándola después de Actium (Suetonio, *Aug.*, 49) (32).

Terminadas las guerras cantábricas, el reclutamiento de una parte y de otra las guarniciones vecinas, unido todo ello a la colonización del territorio, iniciaran la romanización del territorio cántabro, pero es este un período histórico que no entra ya en el presente artículo.

La acción romanizadora de las tropas hispánicas.

La vida militar actuó como agente romanizador mediante diversos mecanismos. Figura en primer lugar el contacto directo del mílite hispánico con el mundo romano o sus representantes, especialmente la relación con los compañeros de

(32) Posiblemente, el carácter étnico de las guardias personales de Augusto tenía una intención política; cfr. la disolución de la guardia germánica después del desastre de Varo (Suet. Aug., 49).

armas, ya fuesen ciudadanos romanos, ya aliados itálicos. No cabe aquí la discusión del carácter de estas relaciones entre los distintos grupos étnicos enrolados en el ejército romano. El episodio sertoriano nos ha mostrado claramente como no siempre eran buenas estas relaciones; también resulta clara al existencia de cierta desconfianza o prevención frente a los mílites hispánicos, especialmente en determinadas circunstancias (33). Ello es comprensible, dejando aparte los problemas que plantea el estudio de la *fides* ibérica, bien planteados por Rodríguez Adrados, puesto que en la mayoría de los casos las fuentes hacen pensar más en un reclutamiento obligatorio, fuese realizado por los magistrados indígenas o por reclutadores, que debía tropezar con resistencias y subterfugios, tal y como muestra el episodio de Casio Longino; y, de otra parte, en ocasiones eran las propias tropas las que debían desconfiar de las intenciones de sus jefes. Junto a ello figura la existencia de unas notables diferencias, con respecto al grado de romanización dentro de unidades, formadas por idénticos componentes étnicos. En el caso de la *turma salluitana*, cuyos miembros procedían de una comarca no muy extensa, aparece una notable diferencia en la onomástica de las tropas procedentes de Ilerda (34), pero aparte de este hecho, único por la escasez de la documentación pero ciertamente de gran valor, figura un dato negativo pero también muy valioso, a saber, que carecemos absolutamente de toda mención de intérpretes, lo que hace suponer un conocimiento del latín, si no muy pro-

---

(33) Cfr. lo expuesto anteriormente. Resulta difícil valorar el hecho observado por Schulten de que, en los campamentos numantinos el espacio dedicado a los *auxilia* hispánicos quedase aislado del dedicado a las tropas itálicas y romanas, pero conviene recordar que algo parecido recomienda Apiano para los symmachiarii.

(34) Tal es el caso de Moericus y el de los milites de la *Turma Salluitana;* queda por estudiar el origen de las concesiones de ciudadan a a hispanos, citadas por fuentes de la primera mitad del siglo I antes de J. C. y establecer los motivos de esta concesión. En el caso de Balbo, cfr. L. Rubio: *Los Balbos y el Imperio Romano* en *Anales de Historia Antigua y Medieval*, II, 1949.

fundo y correcto en la generalidad de los casos, sí lo suficiente para ser utilizado como medio de expresión común.

Junto a estas relaciones oficiales de la vida militar figuran, en segundo lugar, otros elementos de romanización de los componentes de las unidades: la muchedumbre de proveedores, aposentadores, transportistas, mercaderes, compradores de botín, esclavos, magos, prostitutas, invertidos, alcahuetes, gentes de toda laya y procedencia pero de moralidad más que dudosa, que forman el séquito de los ejércitos, constituyendo una auténtica impedimenta. La actuación de Escipión (Apiano, *Iber.*, 85; Livio, *Per.*, 57; Plutarco, *Apoth regum*, 16), antes de iniciar su campaña numantina, nos da a conocer su importancia, tanto más notable por tratarse de un ejército que había cosechado abundantes derrotas y escaso botín, sin que pudiera considerarse muy grande la seguridad en sus campos, y que nos hace suponer la magnitud de este cortejo en unidades victoriosas y también la de otros, si bien de índole mucho más noble, como el que acompañaba a Metelo. En distinto grado, los jefes indígenas que acudían con sus guerreros formaban parte del séquito o del estado mayor de los jefes, con quienes, en ocasiones, llegaron a establecer una verdadera amistad, y si bien no siempre era alta la moralidad en el séquito de los jefes, en varios casos éstos se rodeaban de personas de alto valer, como Escipión al dirigirse a Numancia, y de nacionalidad varia. También las guarniciones en las ciudades y los alojamientos de las tropas en las moradas privadas, por cuya supresión tantas simpatías ganóse Sertorio, eran un elemento de relación y en ocasiones los soldados, como en el caso de la legión vernácula, no eran mal recibidos e incluso los propios habitantes les ofrecieron alojamiento.

Tras la vida militar el soldado obtenía, en ocasiones, la ciudadanía (34). En otras se le concedían tierras o se le establecía en una nueva ciudad próxima a otra indígena (35),

(35) La importancia de este hecho resulta notoria para el estudio del origen de las colonias de veteranos y la política de licenciamientos de Augusto. En Hispania está bien establecido el caso de los trescien-

o bien tras cobrar su estipendio, y ya licenciado, regresaba a su patria. Este regreso debía de constituir ciertamente un *shock* psíquico, al comparar las tierras natales con lo visto en otras durante la vida militar. El veterano, especialmente si era de familia noble, ocuparía un lugar destacado en su población y lógicamente influiría sobre la mentalidad de sus compatriotas. Este ciclo debía de ser breve, puesto que a la llegada de cada pretor debían suministrarse nuevos *auxilia* y ser licenciados los anteriores, pero su brevedad corría pareja con su continuidad, exceptuando el caso de las unidades y tropas trasladadas fuera de Hispania, cuyos componentes no siempre regresaban.

Este mecanismo romanizador, especialmente en su segunda etapa, no puede ser suficientemente documentado por las fuentes textuales sino que es menester conocerlo a través de los resultados arqueológicos. Así, la difusión de la cerámica ibérica en la Meseta se realiza a tenor de las guerras celtibéricas, y paralelamente la de la cerámica campaniense a través de las corrientes espirituales transmitidas por la romanización, corrientes que es menester conocer a través de sus manifestaciones materiales, que aparecen involucradas con el desarrollo del comercio. Entre estas manifestaciones figura el desarrollo de las importaciones de vino a la Meseta.

En otro aspecto documentan estas actividades comerciales, fruto de la romanización, uno de cuyos agentes básicos son las tropas hispánicas al servicio de Roma, la difusión de los hallazgos monetarios: de una parte, la moneda de las ciudades mediterráneas se difunde hacia el interior y, paralelamente, se realiza la difusión de las series consulares romanas (36); y es indudable que la investigación arqueológica, realizada con gran rigor y método científico, nos permitirá conocer

---

tos jinetes hispánicos que se pasaron a los romanos *(Livio*, XXXIII, 29) y que recibieron tierras ya en Hispania, ya en Ita ia. También es claro el caso de Iliturgis, a identificar con Menjíbar (Jaén).

(36) Este hecho ya ha sido valorizado por Gabba en su c tado estudio sobre la guerra social.

estas facetas materiales de la difusión y progreso de la romanización, ilustrándonos sobre aspectos aparentemente insignificantes, y de ello la carencia de documentación textual, pero que, analizados en conjunto, han de darnos todo el proceso de la romanización en cuanto a aspectos materiales, uno de cuyos múltiples factores y agentes de difusión fueron las relaciones militares con los ejércitos romanos.

A. BALIL.

MANIPULUS

Las ideas actuales sobre el origen y desarrollo de esta palabra son un eco exacto de las opiniones antiguas. Por una parte se dice que *manipulus* «sección de la cohorte», y en general «conjunto de hombres», derivó de *manipulus* «manojo, puñado de heno, hierbas, etc.»; pero añadiendo además que el paso estuvo motivado porque los manípulos tuvieron originariamente como enseña un «haz o manojo de heno». Así Cagnat, en Daremberg-Saglio, *s. u.;* Kubitschek. PW, *s. u. signum;* Marquard, *Staatsverw.* II² 345; B. Hofmann, en *Thes.;* Walde-Hofmann, *Wb.*³*;* Debrunner, *IF* 48,244, etc.; de acuerdo con Ovid., *Fast.* III 117: *Pertica suspensos portabat longa maniplos, — unde maniplaris nomina miles habet;* y con Plut., Romulus VIII 6: ἑκάστης δὲ ἀνὴρ ἀφηγεῖτο χόρτου καὶ ὕλης ἀγκαλίδα κόντῳ περικειμένην ἀνέχων· μανίπλα ταύτας Λατῖνοι καλοῦσιν y con Serv. *Aen.* XI 870 (copiados por S. Isid., *Orig.* IX 3,50 y por el autor de *Origo gentis romanae* 23, 3M). Y, por otra parte, se admite que *manipulus* fué el resultado de un compuesto de *manus* más la raíz *-pl-* de *-pleo;* es decir, de un **manuplos* o **maniplos,* hecho luego por anaptixis *manipulus/manupulus.* Así ya Vaniček, *Etym. Wb.* 160; y luego, entre otros, Walde, *Wb.*²; B. Hofmann, en *Thes.;* Walde-Pokorny, II 64 y 272; Walde-Hofmann, *Wb.*³*;* Stolz-Leumann, *H. Gr.*⁵, página 202, etc.; de acuerdo con S. Isidoro, *Orig.* 17, 9, 107: *dictum manipulum quod manum impleat.*

Ahora bien, no se puede negar que los testimonios antiguos, además de una etimología, afirman de manera inequívoca un hecho histórico: el uso de «los manojos de heno»

como enseña de los manípulos. Pero la cosa es que ese testimonio no se armoniza bien con lo que sabemos sobre la evolución de las palabras que significaron «enseña o bandera». Así, en primer lugar, con las de *signum* y *aquila* = bandera. A pesar de que, desde luego, en el lenguaje militar fué corrientísimo el uso de *signa* para indicar las diversas maniobras del ejército: *signa ferre, inferre, conferre, mouere, uertere; a signis discedere, ad signa se recipere*, etc. Pero a pesar de esto, lo que nunca se da es un *signum* con el sentido de una «legión» determinada; es decir, algo de eso que tenemos en español cuando decimos «la primera, o la segunda bandera» de la legión (pues el uso en el español actual aparece limitado a ese caso en relación con las unidades de voluntarios del ejército expedicionario africano). Donde sí encontramos esa evolución es en *uexillum*, que significó por esencia «el estandarte» de las cohortes de caballería, y el «estandarte del general», pero que, además, en algunos autores del imperio aparece usado metafóricamente para designar las secciones del ejército (así alguna vez en Liv. VIII 8,y en Estacio, *Theb.* XII 782, y en Tácito *passim)*. Pero en primer lugar tenemos que ése es un fenómeno relativamente tardío, y del que no creo que exista ninguna huella en los autores de la época republicana (1). Además da la casualidad de que los autores en que aparece documentado el uso están considerados precisamente como unos de los más artificiosos y retóricos, de los más alejados de la manera corriente de hablar (así en parte Liv. y Estacio;

(1) Pues en los pasajes de César, en los que quiere verse ese sentido (a saber, *b. g.* VI 36, 3: *circiter CCC sub uexillo una mittuntur;* y VI 40, 4: *quos sub uexillo una missos docuimus)* entiendo yo que el *uexillum* está usado en su sentido propio y natural. Es decir, que esas frases a mi juicio no pueden significar más que «fueron enviados formando grupo bajo una bandera». Con lo cual sin duda César trató de indicar que se formó un destacamento o unidad especial con soldados que de suyo pertenecían a unidades diversas. Pero eso no quiere decir que aquí *uexillum* en particular signifique «destacamento», sino que la idea de grupo es algo que emana de todo el contexto, de la unión de *sub uexillo* a *mittere*, y en particular de la añadidura del adverbio *una*.

y así, sobre todo, Tácito, que es precisamente el autor en el que el uso adquiere cierta amplitud). Luego, debemos pensar: 1.° que el uso no fué antiguo, y 2.° que no pudo surgir espontánea y naturalmente en la lengua. Es decir, que en el latín arcaico no hay el menor elemento para justificar un hecho como el supuesto por Ovidio y Plutarco. Para el caso importa poco que Polib. tradujese a veces «*legiones*» por σημεία = estandartes, señales, enseñas; o que σπεῖρα, con un sentido fundamental de «cosa aovillada, apelotonada, enrollada» o de «cosa redonda» (cojín, almohadilla circular, maroma, cable, correa, nudo de una vara, guante de boxeador, roscas de la serpiente, una forma de peinado en bucles, molde en la base de las columnas), pudiese significar indistintamente «la cohorte» o el «manípulo» (sin duda, a partir de un sentido como el de «pelotón»). Pues ésos son hechos peculiares y exclusivos del griego, para los que en latín arcaico no existe la menor base (a pesar de Debrunner, *IF* 48, 244). Lo mismo que no significa nada en relación con el latín el que nosotros llamemos «banderas» a las secciones de «la legión». Por lo demás, ya indica Kromayer-Veith, *Heerwesen und Kriegfuehrung der Griechen und Roemer*, pg. 277, que «con dificultad se puede imaginar una enseña menos práctica que el manojo de heno, al que cualquier ráfaga de viento o lluvia hubiese podido deshacer». Y de hecho se ve que en la época histórica no queda el menor indicio de ese supuesto uso práctico. Es decir, que la noticia de que los manípulos hubiesen tenido como enseña un manojo de heno o de cualquier clase de hierbas carece de toda verosimilitud interna. Por otra parte se da la circunstancia de que esa noticia no aparece más que en tres pasajes; los tres precisamente destinados a explicar la etimología de *manipulus* «manípulo». Y hemos visto además que el uso del nombre de las banderas para designar a las unidades del ejército fué una costumbre desconocida entre los romanos, al menos en toda la época republicana. Luego debemos pensar que esa noticia no es más que el resultado de una etimología popular, un fenómeno parecido al que motivó que la ciudad de León en España (*<legio, -onis)* tomase como em-

blema de su escudo un león, y la de Lérida (*<Ilerda)* un lirio, y la de Berlín, un oso *(Baer)*, y toda esa serie innumerable de leyendas surgidas en todos los pueblos en las épocas primitivas de su historia, para explicar topónimos o andrónimos de sentido desconocido (según indicó ya Kromayer-Veith, *loc. cit.)* (1).

Frente a esto tenemos que de las ideas de «mano, puño», o de las afines a éstas, como «puñado, manada, etc.», es facilísimo el paso a las de «conjunto de animales o personas». Así, por ejemplo, en español vemos que nombres indicando lo que abarca la mano se usan corrientemente para designar «grupos de personas o animales como un todo unido»; por ejemplo, «una manada de ovejas, de ciervos, de jabalíes; un puñado de jóvenes, de soldados; una gavilla de pícaros, de muchachos, etcétera». Y que también en latín fué corriente ese modo metafórico de hablar se deduce del uso corriente de *manus* como «grupo, conjunto de personas unidos para alguna empresa»; cfr. Thes. *s. u.* Luego debemos concluir que el sentido de «manípulo» debió originarse en *manipulus*, desde luego a partir del de «haz», pero no porque el «haz de heno» fuese o dejase de ser la enseña de los mismos, sino por una metáfora parecida a la que vemos en *manus iuuenum*, o en español «un puñado de valientes», etc. (así Jaehns, *Handbuch einer Geschichte des Kriegswesens*: y con dudas Walde, Wb.²).

Y algo parecido hay que decir del problema etimológico. Desde luego, no se puede negar que en principio tal vez fuese posible un tipo de composición como **mani-pl-os/*manu-pl-os*, con un tema verbal por segundo elemento (cfr. *furci-fer*, *mori-gerus*, *arti-fex*, *tibī-cen*, etc.). Pero la cosa es que con grado reducido en la raíz verbal en latín no se conocen más que casos rarísimos de ese tipo. Así, por ejemplo, los compuestos con *-gnus<gen-/gn-*, como *mali-gnus*, *beni-gnus*, *privī-gnus* *bī-gnae* (al parecer antiguos, cfr. νεογνός); y así los

(1) Otras hipótesis, por ej. la de Ernout-Meillet, *DEL*³ carecen de toda verosimilitud (cfr. M. Marín Peña, *Instituciones militares romanas*, pg. 25); y por eso no voy aquí a ocuparme de ellas.

también antiguos *simplus*, *duplus*, *quadruplus*, etc. (cfr. gr. ἁπλος, διπλὸς, etc.). Pues sobre *asper*, *probrum*, y *singulus*, lo único que prudentemente se puede decir es que hasta ahora no se les ha encontrado etimología segura (así, para *asper* y *singulus*, Ernout-Meillet). Por lo demás, se ve que tanto los en *-gnus* como los en *-plus*, a pesar de su origen antiguo, fundamentalmente conservaron siempre el carácter de adjetivos y el sentido pasivo. Así incluso *privīgnus/privīgna*, que, aunque usado principalmente como substantivo, admitió en los dos géneros usos adjetivos. Mientras que en cambio de *manipulus*, que sin suda debió ser más moderno que los anteriores, no se conoce ningún testimonio con valor adjetivo; aparte de que desde el principio tendría que haber llevado un valor activo (si admitimos la etimología que se propone). Es decir, que desde el punto de vista de la función hay ya una diferencia apreciable entre *manipulus* y las formas a las que se le quiere asimilar.

Aunque, desde luego, sólo por este punto sería exagerado el querer dar por resuelta la cuestión. Pero, en cambio, hay otra circunstancia, que ésta sí creo tiene una fuerza decisiva. Me refiero al hecho de que la raíz **plē-/*plə̄* en latín, en todas las formaciones conocidas, lleva siempre grado vocálico tras el grupo *pl-;* y no sólo esto, sino que las formas de carácter verbal más o menos claro llevan además la vocal en grado largo. Así, *plēra:* πλήρης, *plēnus*, *-plētus*, *-plēui:* πλῆτο (y de ahí **-plē-o> -plĕ-o);* y así *plūs* (antiguamente *plous)*, *plūrimus* (antiguamente *ploirume)*, sea que saliese de **plō-is-ə̄mos* (Walde-Hofmann, *Wb.*[3]), o de **plē-os> *plĕ-os*, cambiado por *minus* en *pleus*, y luego convertido en *plous* (Maurenbrecher, *ALL* VIII 291; J. Schmidt, *KZ* 38, 41; Osthoff, *Morph. Unters.* VI 251, etc.); y así tal vez *plēbs<*plē-* = llenar (Curtius, *Grundz.* 277; Vaniček, *Etym. Wb.* 160; Brugmann, *Grund.* II[2] 1, 220; Pedersen, 5*e. Declin. lat.* 62; Thurneysen, *KZ* 30, 488; Solmsen, *Glotta* 2, 78; Walde-Hofmann, *Wb.*[3]; Walde-Pokorny, II 64, etc.); y así, tal vez hasta *locuplēs< *locu-* + **plēt* (Corssen, *Krit. Nachtr.* 253; Vaniček, *Etym. Wb.* 160; Fraenkel, *Glotta* 1, 271; Specht, *KZ* 59, 72; Walde-

Hofmann, *Wb.*[3]). Aunque, francamente, a mí esta última etimología me inspira muy poca confianza. En primer lugar, porque no creo que entre las formaciones en *-ēs/ĭtis* haya ninguna con el valor pasivo que se quiere suponer en *locuples* = lleno de campos; y además, porque no sé que, referida a personas, se dé nunca en latín la idea de «lleno de campos». Hechos ambos que excluyen la posibilidad de un compuesto como el que se supone en *locuples*. En todo caso es claro que en latín una formación con la raíz *plē-/plə̄* y con sentido verbal, a juzgar por las formaciones conocidas, debería llevar vocal larga tras el grupo *pl-*. Es decir, que en latín de la raíz *plē-/plə̄*, y al contrario de lo que pasa en *gi-gn-o*, no se conoce una sola formación que presente el grupo consonántico solo. Por lo tanto, es claro que un compuesto como el que se quiere suponer en *manipulus* debería haber tenido una forma originaria como **manu-*mani-plēos*, o a lo más, como **manu-*mani-plĕos*. Formas que hubiesen debido evolucionar, o a **maniplōs* (como *deorsum*> *dōrsum)*, o a **manipleus* (como *aureus*, *argenteus*, etc.), pero que nunca hubiesen podido convertirse en *-plŏs*>*-plŭs*. Es decir, que desde el punto de vista fonético es imposible derivar a *maniplus* de la raíz de *-pleo*. Acabamos de ver, por otra parte, que aun en el terreno morfológico la formación presentaría dificultades graves. Luego creo que tenemos motivos más que suficientes para descartarla como poco satisfactoria.

Y estas consideraciones reciben un refuerzo de un segundo hecho. Y es que en latín existió un *manuclus/manuculus* con los dos sentidos de *manipulus;* es decir, con el fundamental de «puñado, haz, manojo» (atestiguado en esp *manojo*, sardo *mannuju*, port. *mohlo* < **manohlo*, cat. *manoll*, ital. *manocchia*, etc.), y con el de «manípulo militar», atestiguado en algunas inscripciones citadas por Schulze, *Kleine Schriften* 469 = *ALL* VIII 133 (por ej.: en *commanuculi*, *CIL* X 1775; y en *commanicularius*, VI 1056 a 16). Un hecho advertido ya hace tiempo, pero que yo dudo que haya sido debidamente interpretado. Pues como *manuculus/manuclus* no aparece más que en inscripciones tardías, parece se ha creído que fuese

como una deformación popular o vulgar de *manipulus* (así Schulze, *loc. cit.*, y el *Thes.*, y yo mismo en mis *Estudios de Fonética*, págs. 117 y sigs.). Hipótesis, desde luego, muy probable en el *manuculus* «manípulo militar» de las inscripciones recién citadas. Pues, naturalmente, y puesto que existió un vulgar *manuculus* «manojo» no tiene nada de extraño que algunos de las capas populares bajas lo confundiesen con *manipulus*. Y algo parecido hay que decir del *maniculus* «manojo», que aparece en algunos manuscritos de autores literarios; por ejemplo: en Séneca, *Dial.* VII 25, 2, y en Apuleyo, *Metamorph.* IX 39. Formas que algunos lingüistas modernos (Woelfflin, *ALL* XII, 1902, 20, y el *Thes.)* han querido atribuir a los autores mismos. Pero a mí me parece completamente inverosímil que escritores como Séneca y Apuleyo se dejasen contagiar una forma que sólo tuvo vida en las más bajas capas populares. Y mucho más inverosímil aún, puesto que en algunos otros pasajes (por ejemplo: Sen., *Dial.* V 22, 2) los manuscritos dan la forma literaria normal *manipulus*. De donde deduzco que los *maniculus* «manojo» de esos autores no pueden ser más que corrupciones de copistas indoctos (latinos o medievales), que sustituyeron la forma *manipulus* de los autores por la para ellos más familiar de *maniculus*. En todo caso es claro que estas explicaciones obligan a suponer la existencia previa de un vulgar *maniculus* o *manuculus*. Existencia sobre la la que no dejan lugar a duda los testimonios de las lenguas romances. Lo que no se concibe es cómo ese *maniculus* podría haber salido de una adulteración vulgar de *manipulus*. En primer lugar, porque una confusión con *manipulus* haría inexplicable su extensión por todo el territorio de la Romanía. Y en segundo lugar, porque en esa hipótesis sería imposible explicar el paso de *-plus/-pulus* a *-clus/-culus*.

En cambio tenemos que en latín existió, por lo menos desde Pl. *Rud.* 1169, un *manicula* «manecilla». Acepción que nunca debió de perderse, pues perduró en formas romances como italiano *manecchia*, español *manija* (cfr. Meyer-Luebke, *REW)*. Además es un hecho general en todas las lenguas

el uso del «continente» para designar el «contenido». Así, por ejemplo, en español, y precisamente en relación con «mano» y «puño», solemos decir: «un puño de sal, de arroz, de arena, de trigo», etc., indicando con eso, no el puño en sí, sino lo en él contenido. Y desde luego que a veces, sin duda para evitar anfibologías, se suele acudir a derivados como «manada», «puñado»; por ejemplo: «una manada de hierba, de espigas»; «un puñado de rosas, de claveles, de arena, de trigo», etcétera. Pero en todo caso se ve que el contenido de la mano se puede expresar, sin necesidad de acudir a ninguna palabra distinta de la que expresa «el continente»; que basta la pequeña modificación introducida en ésta por un sufijo de derivación para determinar plenamente «el contenido». Luego debemos concluir que *manuculus* «manojo» o «puñado» no fué más que una variante de *manicula* «manecilla». El cambio de género es un fenómeno que se explica sencillamente por una analogía, y a consecuencia del sentido nuevo que *maniculus* tomó, distinto del de *manicula*. Yo, al menos, no veo qué dificultad podría haber en que *manicula*, al especificarse en el sentido de «manojo», y precisamente para diferenciarse de *manicula* «manecilla», sufriese el influjo de *fascis* y se hiciese *maniculus* o *manuculus*. Como tampoco creo que represente ninguna dificultad la *u* de esta última forma, dado el carácter vulgar que, sin duda, esta forma tuvo (aparte de que en *manicula* existió la variante con *u*, *manucla*) (1).

(1) Para el caso importa poco el origen que a ese *manicula* queramos atribuir. Aunque yo no creo que la etimología hoy aceptada tenga la menor verosimilitud; es decir, la que quiere hacer de *manicula*: 1.°, «manecilla» (Pl. *Rud.* 1169); 2.°, «mancera o manilla del arado» (Varr., *l. l.* V 135), y 3.°, «asidero de la ballesta» (Vitr. X 10, 4), un derivado *manica*, que tuvo también tres acepciones: 1.ª, «atadura de las manos, esposas»; 2.ª, «funda de las manos, guantes», y 3.ª, «asidero, o manivela, o manilla» (así el *Thes.* y Walde-Hofmann, *Wb.*³ y Ernout-Meillet, *DEL*). Pues, naturalmente, los sentidos de *manicula* (aun admitiendo que el de *Rud.* 1169 fuese dudoso) no podrían derivar más que de *manica*, «asidero, manivela». Acepción que no aparece atestiguada más que en los Glosarios y, por lo tanto, muy alejada de Pl. Mientras que, en cambio, esa acepción pudo desarrollarse con

Es decir, que en latín existió un *manuculus/manuclus*, con el sentido fundamental que debemos suponer en *manipulus*, pero que no pudo salir de éste (a pesar de Schulze, *loc. cit.)*, y que, en cambio, se explica perfectamente como formación independiente a partir de *manus*. Por otra parte creo haber demostrado que la etimología hasta ahora dada de *manipulus* es a todas luces inaceptable. Y, claro está, ante estos hechos surge espontáneamente la pregunta: ¿no será *manipulus* una variante del vulgar *manuculus?*

Ahora bien, yo no voy a negar que esa hipótesis tropieza a primera vista con dos obstáculos serios. El primero es la tardía aparición de *manuculus*, que al parecer hace imposible el considerarle anterior a *manipulus*, conocido desde los primeros testimonios de la tradición literaria. Pero en términos de carácter vulgar es un hecho corrientísimo el que formas que existieron desde la época más remota no afloren a la superficie de la tradición literaria más que en apariciones aisladas o en fechas muy tardías (a veces en el latín medieval, o fuera del latín en los documentos romances). El hecho le notó ya Marx, *Neue Jahrbuecher*, XXIII, 1909, 434 sgs., y ha sido subrayado acertadamente por Schmeck, *Zeitschr. fuer Rom. Phil.*, 70, 1954, 108. Así, *fabulari*, usado corrientemente por los comediógrafos antiguos como sinónimo de *dicere*, pero desconocido por los clásicos y rarísimo en los autores imperiales (en Liv., una vez; en Tac., dos; en Quintil., una; en Suet., tres; en Marcial, dos, etc.), y que, sin embargo, sobrevive en el español «hablar». Prueba de que en la lengua vulgar nunca cayó en desuso. Y así, *campsare*, «doblar, desviarse» (según parece un préstamo del aor. gr. κάμψαι del verbo κάμπτω, incorporado a través de la lengua náutica), que aparece una vez en Ennio, *Ann.* 328 (citado por Prisciano,

---

toda sencillez a partir de la idea de *manus*, «mano», como se ve en *manubrium*, en **manibella* de donde frz. *manivelle*, (> esp. *manivela)*, en el *ampla* «asidero u ocasión», que citaré a continuación, y en el mismo tardío *manicus*, de donde, ital. *manico*, frz. *manche*, esp.-portugués *mango*. De donde deduzco que *manicula* no debió ser más que un sencillo diminutivo de *manus*.

GLK II 541, 15), pero que luego se pierde de vista hasta llegar a la *Peregrinatio Aetheriae* 10, 8, y que, sin embargo, se perpetuó en italiano *cansare* «apartarse», y según parece en español *cansar* «cesar, dejar de, cesar por casancio», luego «cansarse = fatigarse», y de ahí «descansar» (cfr. Corominas, *Dicc. Etimol.)*. Y así el plautino *minaciae*, en *Truc.* 948 (y tal vez en *Mil.* 374; *Rud.* 795), que, olvidado por todos los autores, aparece en el siglo IV en Arnobio, para continuar en frz. *menace*, ital. *minaci*, esp. *amenazas*. Y así *coxus*, que sólo está documentado en Cilnio Mecenas *(carm. frg.* 31: *debilem pede coxo)* y en los Glosarios *(CGL* V 595, 32), pero que tiene una continuación en español «cojo». Y así, el *musteus, a, um* «joven, nuevo» (derivado de *mustus, a, um* = = nuevo), que en latín aparece sólo una vez referido a personas *(Naev. com.* 54: *virgo si est mustea)* pero que sobrevive en español *mozo*, portugués, *moço*. Y así otros muchos casos que sería largo enumerar. Por lo tanto yo no veo qué inconveniente hay en suponer que también *manuculus* hubiese existido ya antes del más culto *manipulus*, y aun hubiese dado origen a éste, que luego le habría sustituído y desplazado en la tradición literaria. A pesar de lo cual pudo mantenerse vivo en la lengua vulgar, de donde pasaría a las lenguas romances. Es el mismo fenómeno que en las palabras recién citadas se admite por todos.

No quedaría, pues, más que un segundo problema, el que plantea el paso de *-clus/ -culus aplus/ -pulus*. Pero tampoco esto creo que constituya ningún obstáculo insuperable, si tenemos en cuenta que al lado de *manuculus* existió un grupo de formas en *-plus/ -pulus*, como *simplus, duplus, quadruplus* (reforzadas además por los derivados paralelos en *-plex: simplex, duplex, quadruplex*, etc.). Formas que precisamente significaron o una unidad cerrada *(simplus)*, o una multiplicidad *(duplus, quadruplus)*; lo cual las hacía semánticamente muy afines a *manuculus* «manojo» = «unidad cerrada de un conjunto de elementos». Y formas que sin duda fueron siempre de uso muy frecuente. Porque, naturalmente, ante estos dos hechos no tiene nada de particular que *manuclus/manu-*

culus sufriese su atracción y se convirtiese en *manuplus/manupulus* (con pronunciación culta *manipulus)*.

Y lo mismo que de *manipulus* hay que decir de *ampla* «ocasión». Forma que hasta ahora no creo que se haya explicado y que, sin embargo, como indiqué en otra ocasión *(Estudios de Fonética*, pág. 117 sgs.), pudiera explicarse sencillamente a partir de *manicula* «manecilla, asidero» > **manipula* > **mampla* > *ampla*. Aunque yo entonces supuse que el influjo analógico para el cambio de la *c* en *p* debió partir de *manipulus*, mientras que ahora me inclino a creer que tal vez se explicase mejor por formas semánticamente más próximas a ella, como *capulus* «empuñadura».

Ahora bien, yo no voy a negar que mis hipótesis de un arcaico *manuclus/manuculus* y de un influjo sobre éste de *simplus, duplus, quadruplus* son indemostrables. Pero entiendo que, demostrables o no, estos son hechos completamente naturales, análogos a una multitud de hechos conocidos, mientras que la hipótesis hoy admitida es imposible de justificar dentro de los hechos fonéticos y morfológicos conocidos del latín. Por lo tanto, y mientras no se aduzca otra explicación más satisfactoria yo me atendré a mi teoría, que, por cierto, la entrevió ya Varron, *L. L.* V 88: *manipulus, exercitus minima manus quae unum sequitur signum.*

A. Pariente.

EL SEGUNDO DESENLACE DE LA COMEDIA *ANDRIA*, DE TERENCIO

Sabido es que el reconocimiento de Glicera y su matrimonio con Pánfilo constituye el desenlace de la comedia *Andria*, de Terencio. Ahora bien, a lo largo de la obra el espectador acaba interesándose por el pobre Carino y la hermana de Glicera, Filomena; de tal modo que Terencio se ve obligado a dejar entrever, al menos en los dos últimos versos de la comedia (980-981) el enlace Carino-Filomena; tendrá lugar entre bastidores:

> Ne expectetis dum exeant huc: intus despondebitur,
> intus transigetur siquid est quod restet.

Esta simple insinuación parecía insuficiente a muchos lectores y se sintió la necesidad de un desenlace más explícito y visible. Conocemos nada menos que dos desenlaces apócrifos, uno de los cuales suele figurar en todas las buenas ediciones modernas de Terencio. Sólo de éste nos vamos a ocupar aquí.

El llamado *Alter exitus suppositicius* de *Andria* mereció fijar la atención de eminentes filólogos de finales del siglo XIX (Ritschl, Wagner, G. Hermann, Braun, Dziatzko, Greifeld). Nuestro siglo, que ha escudriñado minuciosamente todos los rincones de la filología, no se ha preocupado, sin embargo, de las cuestiones pendientes de solución que plantean estos 21 versos apócrifos.

No está definitivamente fijado el texto de este apéndice a la comedia *Andria*.

No está bien interpretado el texto admitido por los editores.

Es discutible la época y, por consiguiente, el autor de la mencionada composición.

En fin, se ha preguntado recientemente si es éste el *alter exitus* a que aluden Donato y Eugrafio en sus respectivos comentarios.

Todos estos problemas están relacionados y vinculados entre si.

* * *

El texto nos ha sido transmitido por cinco códices.

El *Erlangensis* (α), del siglo XI.

El *Ebnerianus* (β), del siglo X.

El *Marcianus*, 244 *Bibliothecae Laurentianae* (γ), del siglo XII.

El *Ambrosianus G* 130 *inf.* (δ), del siglo XIV.

El *Ambrosianus A* 33 *inf.* (ε), del siglo XV (año 1408).

El ε del siglo XV, o sea el más reciente de todos los manuscritos, ha sido considerado desde Guyet como el mejor. Sólo veo dos razones para que Guyet lo haya seguido fundamentalmente: este manuscrito es el único que trae los nombres de los interlocutores a lo largo de la escena. Pero ha de observarse que las *notae personarum* son de una segunda mano; en su primitiva redacción era, pues, como los otros.

Una segunda razón es, tal vez, la nota que termina el manuscrito y en la cual dice así el copista: «Encontré esta escena tan sólo en un manuscrito encadenado de Santo Domingo de Bolonia, un manuscrito viejísimo y de letra muy antigua». Esta observación parece dar abolengo y autoridad al original del *Ambrosianus recentior*. Pero, ¿quiere ello decir que los demás manuscritos no tengan el mismo abolengo?

A nosotros, el texto de ε no nos parece mejor ni peor que el del conjunto de la familia. Pero si alguno de los cinco códices debiera llevar nuestra preferencia, la concederíamos al γ (*Marcianus*, del siglo XII). Varios indicios nos inclinan a este juicio; el principal es el dato bien objetivo de la métrica; los 21 versos apócrifos están escritos caprichosamente y de modo muy

diverso en los cuatro manuscritos restantes; el γ trae el reparto exacto (con sólo tres faltas) de los 21 versos.

Son varios los editores que han pretendido darnos la edición *Princeps* de este apéndice (historia de la cuestión en F. Ritschl, *Parergon Plautinorum Terentianorumque*, I, página 583 y sigs.); todos ellos están de acuerdo en que el texto nos ha sido transmitido en un estado lamentable y casi ininteligible; esto nos explica los arreglos, añadiduras, etc., que dichos autores proponen. Ritschl demostró que el texto no era tan malo, que debía admitirse el conjunto de la tradición manuscrita con algunos arreglos, sin embargo. Los editores posteriores a Ritschl se reparten en dos grupos: los conservadores, Umpfembach y Marouzeau, se atienen a la tradición manuscrita sembrando cruces con profusión para señalar pasajes corrompidos; los demás, Dziatzko, Lindsay-Kauer, subsanan los fallos de la tradición con arreglos parecidos a los de Ritschl.

He aquí el estado actual de los versos más delicados (12-15) en las dos ediciones más recientes de nuestro poeta:

En la de Marouzeau:

Salue, Chremes, amicorum meorum omnium
mihi + agissime +. Quid? Mihi non minus est gaudio +
quam id quod abs te expeto +
me repperisse, ut habitus antehac fui tibi +

En la de Lindsay-Kauer:

Salue, Chremes, amicorum meorum omnium
*amic*issime. Quid? Mihi non minus est gaudio
me repperisse, ut habitus antehac fui tibi,
quam *mi euenire nunc* id quod *ego* abs te expeto.

Lindsay-Kauer *(amicissime)*, Fleckeisen y Dziatzko (ambos adoptan *aequissime)* y Ritschl *(carissime)* prescinden simplemente de la lectura de los manuscritos. Ahora bien, cuando todos los manuscritos están de acuerdo en un visible disparate, es muy probable que conserven la lección legítima,

aunque tergiversada y desfigurada: esta lección no podía ser otra más que *magissime.*

Este superlativo anómalo fué, naturalmente, un obstáculo, como toda palabra difícil, para los copistas; y paleográficamente es muy explicable el paso de *magissime* a *mihi agissime:* al separar las palabras primitivamente unidas, se creyó ver en la *m* de *magissime* la abreviatura de *mihi* (en γ escrito todavía con *m* y una *i* minúscula encima).

Si hay un sector de la lengua expuesto a renovaciones constantes por afán de expresividad, es éste el constituído por las formas de gradación, por su misma naturaleza afectiva. Y ello nos explica la riqueza de formas anómalas y circunstanciales (muchas son hapax) atestiguadas por la historia de la lengua latina, formas que llenan un centenar de páginas en el manual de *Neue-Wagener* (II, págs. 184-274). Al lado de toda ellas hay que añadir las formas supuestas por las lenguas románicas, **plusiores,* por ejemplo (cfr. *plusieurs),* y alguna que está por descubrir en los textos, como *magissime.*

La formación *magis, mage, magissimus* es análoga a *magnus, magne* (adverbio), *magnissimus* y, sobre todo, a *potis, pote, potissimus* (la analogía *magis, mage, potis, pote,* ha sido señalada por Solmsen, Sommer, Leumann (uide Walde-Hoffmann, *Lateinisches Etymologisches Wörterbuch).*

Magis se unía normalmente a un nombre y con el valor de *potissimum* (muchos ejemplos en el *Thesaurus).*

Si la forma era, pues, posible, nunca hubiera podido emplearse más oportunamente que aquí, en el saludo tan extraordinariamente efusivo (¡por razones evidentes!) que Carino dirige a Cremes; el grupo asonántico, altamente expresivo, *salue, Chremes, amicorum meorum omnium,* no podía acabar sino con un término de alto valor expresivo, aunque fuera una formación circunstancial del conmovido interlocutor, cuyo saludo es realmente un grito de resurrección después de tantas angustias de muerte.

En fin, la métrica confirma nuestra hipótesis: el verso está completo sin el *mihi;* con razón lo suprimen los editores.

Pasemos ahora a los versos 14-15. Los editores los transpo-

nen y completan de diversos modos. Es evidente que el verso 14 está incompleto. *Ritschl* (a quien siguen Dziatzko y Lindsay-Kauer) lo completó así:

quam *mi euenire nunc* id quod *ego* abs te expeto.

Esto supone dos lagunas en el verso. Podía completarse más sencilla y verosímilmente así:

quam id quod abs te *nunc, Chremes, ego* expeto.

La pérdida de las palabras que propongo son muy explicables paleográficamente. Sabemos que la omisión de palabras-partículas son un accidente casi normal en los manuscritos, por no ser esenciales al sentido y también por escritas en abreviatura (cfr. Lindsay, *Introduction a la critique des textes*, traducida por Waltzing); también es muy frecuente la omisión de un interlocutor (se tomaba fácilmente por una *nota porsonae)*; esto es tanto más fácil en nuestro caso cuanto que todos los manuscritos de la *scaena spuria* suprimen sistemáticamente las *notae personae* (añadidas tan sólo en el *Ambrosianus* por una segunda mano).

* * *

En cuanto a los restantes problemas, observamos, en primer lugar, que la sospecha de Lindsay-Kauer, según los cuales (aparato crítico, nota al verso 982 y sigs.) estos 21 versos pudieran no ser los mencionados por Donato y Eugrafio, cae por su base al leer la nota de Donato, en que explícitamente se indica el último verso de nuestra escena: «hi uersus usque ad illum, *gnatam tibi meam Philumenam uxorem*, negantur Terentii esse, adeo ut in pluribus exemplaribus bonis non ferantur».

Subsiste la duda ahora entre las siguientes opiniones:

Wagner y G. Hermann lo creen auténtico de Terencio.

Ritschl *(o. c.)* lo cree de un autor ligeramente posterior a Terencio.

Dziatzko *(N. J.*, CXIII (1876), pág. 235 y sigs.) lo atribuye a un gramático del siglo II de J. C.

Braun *(Quaestiones Terentianae*, pág. 21) y Greifeld *(De Andriae gemino exitu*, pág. 41) lo atribuyen a la primera mitad del siglo IV.

Si la lectura *magissime* que proponemos es buena, resulta difícil admitir que el purista Terencio, el poeta comedido, se permitiera tal atrevimiento lingüístico.

Hemos admitido, con la mayoría de los editores, la lectura *amicitia nostra* (v. 8) (rechazada por Marouzeau), bien atestiguada por la tradición manuscrita; esta violenta atracción del antecedente tampoco encaja bien en las costumbres de Terencio.

Sobre todo nos parece indigna del gran comediógrafo la pobreza de contenido de la escena añadida.

Y, en fin, consideramos que este apéndice retrasa demasiado la caída del telón (o, mejor dicho, la subida, según técnica teatral antigua), después de la escena cumbre del reconocimiento; sólo la conclusión rápida:

> ne expectetis dum exeant huc: intus despondebitur,
> intus transigetur siquid est quod restet

nos parece corresponder a la magnífica construcción que caracteriza siempre las obras de Terencio.

Entre los dos extremos que son la muerte de Terencio y mediados del siglo IV (la buena técnica de los versos no nos permitiría pensar en una época posterior) no cabe sino la más prudente reserva.

* * *

Hay pocas traducciones de nuestra escena: la mayoría de las ediciones críticas no van acompañadas de traducción y los traductores de Terencio omiten este segundo desenlace.

Como es norma en las respectivas colecciones, nos ofrecen una traducción la edición catalana de Coromines (Fundación

Bernat Metge) y la edición francesa de Marouzeau (asociación *Guillaume Budé)*. Coromines sigue estrictamente el texto de Lindsay-Kauer, texto arreglado, como ya dijimos. En su traducción encuentro dos fallos notables en los versos 16-17. Marouzeau, cuya traducción general de Terencio es magnífica, nos da una, que encuentro inaceptable, de la escena apócrifa: es verdad que no adoptó el texto arreglado, pero aun así hubiera podido aprender algo de su predecesor catalán.

ALTER EXITVS SVPPOSITICIVS

PAMPHILVS, CHARINVS, CHREMES, DAVOS

PAMPHILVS. Te exspectabam: est de tua re quod agere ego tecum uolo.
Operam dedi ne me esse oblitum dicas tuae gnatae [alterae:
tibi me opinor inuenisse dignum te atque illa uirum.
CHARINVS. !Ah!
Perii, Daue! De meo amore ac uita <nunc>sors tollitur.
CHREMES. Non noua istaec mihi condicio est, si uoluissem, Pam- [phile. 5
CHARINVS. Occidi, Daue.
DAVOS. <Ah>, mane
CHARINVS. Perii.
CHREMES. Id quam ob rem non uolui eloquar;
non idcirco quod eum omnino affinem mihi nollem..
CHARINVS. Hem!
DAVOS. Tace.
CHREMES. Sed amicitia nostra quae est a patribus nostris tradita,
non aliquam partem <sed> studui adauctam tradi [liberis.
Nunc cum copia ac fortuna utrique ut obsequerer [dedit, 10
detur.
PAMPHILVS. Bene factum.
DAVOS. Abi atque age homini gratias.
CHARINVS. Salue' Chremes, amicorum meorum omnium
magissime: quod mihi non minus est gaudio
quam id quod abs te <nunc, Chremes, ego> expeto
me repperisse ut habitus antehac fui tibi. 15
CHREMES. Animum, Charine, quoadcumque applicaueris
studium exinde ut erit tute existimaueris.
PAMPHILVS. Id ita esse facere coniecturam ex me licet.

CHARINVS. Alienus abs te tamen qui esses noueram.
Ita res est.
CHREMES. Gnatam tibi meam Philumenam uxorem et dotis sex talenta spondeo.

TRADUCCION

PÁNFILO, CARINO, CREMES, DAVO

PÁNFILO. *(A Cremes)*. Te esperaba; quiero tratar contigo una cuestión que te interesa. Procuré evitar que me acusaras de haber olvidado a la otra hija tuya: creo haberle hallado un marido digno de ella y de ti.

CARINO. ¡Ay! ¡Me muero, Davo! Mi amor y mi vida se juegan en este instante.

CREMES No es nuevo el partido que me propones, Pánfilo, si lo hubiera querido aceptar.

CARINO Me muero, Davo.

DAVO. Oye, espera.

CARINO. Me muero.

CREMES Te expondré el motivo de mi negativa; no es precisamente que yo no deseara en absoluto verlo entrar en la familia...

CARINO. ¡Ay!

DAVO. Cállate.

CREMES. Traté de transmitir a nuestros hijos, no disminuída sino aumentada la amistad que de nuestros mayores heredamos. Puesto que ahora mis medios y las circircunstancias me permiten daros gusto a los dos, consiento en que sea para él la mano de mi hija.

PÁNFILO. Excelente determinación.

DAVO *(A Carino)*. Adelántate y dale las gracias.

CARINO. Salve, oh Cremes, de todos mis amigos, sin excepción, el más amigo! Pues la comprobación del aprecio en que antes me tenías no es para mí menor motivo de alegría que la esperanza que en ti cifro en este instante.

CREMES. Te fijes en lo que te fijes, Carino, en todo podrás juzgar por ti mismo de mis buenas disposiciones.

PÁNFILO. Que ello es así, puede uno imaginárselo por mí mismo.

CARINO Aunque alejado de ti, conocía, sin embargo, quién eras. Esta es la realidad.

CREMES. Te doy por esposa a mi hija Filomena con seis talentos de dote.

LISARDO RUBIO.

SOBRE ANIMUS/ANIMA (A PROPOSITO DE UN TEXTO DE SENECA)

Respecto al pasaje de Séneca en *de beneficiis* 4, 37, 1 *et hominem venalis animae crebris auctoramentis accendebat*, Wackernagel (*Vorles. über Synt.* Basel, 1928, II, pág. 14) se pregunta si no habría que cambiar *animae* por *animi*. Esta inseguridad representa en él la vacilación en trasladar de Apuleyo a Séneca el primer ejemplo de la absorción semántica de *animus* por *anima*. Frente a él, Pittet (*Vocabulaire philosophique de Sénèque*, Paris, 1937, pág. 93) afirma, sin ninguna restricción, que tal ejemplo representa en Séneca un empleo de *anima* en el sentido exacto de *animus*, y que Séneca es, en efecto, en la historia del latín, el primer autor en quien se realiza la absorción de *animus* por *anima*. A nosotros, tanto la actitud interrogante de Wackernagel como la afirmativa de Pittet nos parecen equivocadas.

Tenemos que partir, en primer lugar, de los significados tradicionales de *animus* y *anima*, para ver qué perduración y qué matización adquieren en Séneca. Son exactos los significados que da Wackernagel «viento», «soplo», «(soplo de) vida» y «alma separada del cuerpo» para *anima*, frente a *animus* que caracteriza, en el hombre, lo intelectual y espiritual, sobre todo del lado del sentir y el querer. Pero Wackernagel ha hecho poco hincapié en la antinomia activo/pasivo, desde el punto de vista humano, que incluye la oposición *animus/anima*, y que aparece ya clara en el texto de Accio que el mismo Wackernagel cita: *sapimus animo, fruimur anima: sine animo anima est debilis* (*trag.* Vs. 296). Precisamente la antinomia activo/pasivo, que incluye la oposición de estas palabras, es la que recoge Séneca para hacerla jugar

en su filosofía de la acción: *rursus animantia quemadmodum divido? ut dicam: quaedam animum habent, quaedam tantum animam. aut sic: quaedam impetum habent, incedunt, transeunt, quaedam solo adfixa radicibus aluntur, crescunt (ep.* 58, 14). La filosofía moral de Séneca y toda su actitud psicológica giran en torno a la voluntad. En consecuencia, esta accionalidad del hombre es la materia con que él cuenta para modificar la vida humana, para llevarla de la pura pasividad vital a la vida moral y consciente *(natura enim humanus animus agilis est et pronus ad motus. tranq. animi* 2, 11). Un motivo, pues, de menosprecio para *anima* le viene ya a Séneca de ese su sentido de pasividad. Pero los motivos de ese menosprecio no concluyen aquí. El significado «soplo de vida» o simplemente «vida» que *anima* ofrece en la tradición lo sigue conservando Séneca: *nihil feci facilius quam mori; prono animam loco posui: trahitur...: sive fauces nodus elisit... sive haustus ignis cursum animae remeantis interscidit (prov.* 6, 7; 6, 9). Pero vida, para Séneca, no tiene en el transcurso de su existencia un significado uniforme, porque si, de un lado, pretende él utilizar la vida como materia donde plasmar su ideal moral, de otro lado es también la vida misma, con sus exigencias, la que se le opone en la realización de ese ideal *(«difficile est», inquis, «animum perducere ad contemptionem animae»-ep.* 4, 4). De esta manera, Séneca, reduciendo el *anima* al plano de «vida», puede llegar a cargarla no ya del simple sentido de pasividad, sino del sentido de actividad ciega, irracional, puede llegar a identificarla con el ἄλογον de las filosofías helenísticas y redondear así la doctrina psicológica que sirva de base a su dualismo, ese dualismo que es, en Séneca, esporádico, intermitente y agónico, antes de convertirse en integral al final de su existencia. Ya tenemos, pues, otro motivo de desprecio o menosprecio de Séneca para *anima*.

Con estos elementos ya podemos entender la situación de *anima* en el pasaje de *de beneficiis* citado al principio. *Venalis anima*, referido a personas de ningún tono moral, a soldados que son instrumento comprable de los designios de algunos

individuos, representa sólo una *variatio* ocasional de *animus* con la que Séneca entiende expresar mejor toda la bajeza moral de aquella gente. El adjetivo *venalis* le pone de realce la idea de pasividad, y esta idea le lleva a la modificación del sustantivo mismo, en su afán de expresar que el alma de aquellos individuos no merecía el nombre de *animus*, activo y parte excelente del hombre, sino de *anima*, pasividad pura, inerte a la llamada moral y obstáculo de ella. No se trata, pues, de ningún pasaje en que haya que hacer una modificación de crítica textual, ni de un ejemplo de absorción por *anima* del sentido de *animus*.

Antes de ver otras situaciones de *anima* en Séneca, creemos conveniente anticipar una justificación de un sentido especial de esa palabra en la tradición romana. Me refiero al significado «alma separada del cuerpo». La especialización de *anima* en este sentido estuvo sin duda determinada por su otro sentido de «soplo», dada la incapacidad de la imaginación romana para concebir, espacialmente, la vida de ultratumba de otra manera que en forma de soplo. Pero si atendemos a la pobreza de la escatalogía romana y al desinterés real, o más bien existencial, por la misma, nos damos cuenta de que, en ese acotamiento semántico para *anima* debió de influir considerablemente la antimonia activo/pasivo con que el romano sentía la oposición *animus/anima*. El romano no acierta fácilmente a intuir una accionalidad fuera del cuerpo; en consecuencia, la vida del alma de los muertos entra, para él, en un rango de pasividad que convenía a *anima* y no a *animus*.

De aquí, y considerando esa especialización semántica de *anima* como «alma separada del cuerpo», podemos, además, remontarnos a una explicación de la absorción semántica de *animus* por *anima*, distinta de la que nos propone Wackernagel. Según éste, para tal absorción hay que pensar menos en un desarrollo interno del latín que en un influjo del griego. El género femenino de ψυχή, que coincidía en una parte de sus funciones con *anima*, influyó sobre ésta, dice, contribuyendo a la extensión de su contenido semántico. Tal fenómeno

fué posible, sigue diciendo, gracias a la extensión del bilingüismo y a la importancia de la literatura de traducción. Pero si atendemos a que el mismo Wackernagel señala a la lengua popular como primer terreno en que se realiza la absorción de *animus* por *anima*, el argumento del bilingüismo se debilita considerablemente, y en cuanto a que la literatura de traducción haya podido provocar ese fenómeno, no debemos olvidar que en el siglo II de Cristo, momento en que se tienen testimonios seguros de la absorción semántica de *animus* por *anima*, ya había en Roma sus buenos cuatro siglos de tradición de literatura filosófica y filosófico-religiosa traducida. No hay por qué negar un influjo secundario de ψυχή sobre *anima;* pero para justificar primariamente el nuevo contenido semántico de ésta hay que partir de ella y no de ψυχή, quiero decir que es bastante inverosímil que ψυχή haya podido influir sobre *anima* sin un aumento previo de la importancia de ésta, sin un pasar previo de *anima* al primer plano en el interés existencial del mundo romano. Ahora, ¿cómo se realiza ese paso de *anima* al primer plano en el interés de las gentes? Justamente en el momento en que la vida de ultratumba—dominio exclusivo del *anima* en toda la tradición—llega a constituirse en el motivo existencial primario del mundo romano. Y en el siglo II de Cristo este interés—que nos ejemplifica Apuleyo—sobrepuja ya a cualquier otro interés existencial. Una vez en el primer plano mental de las gentes, y diluído ya aquel sentido de pasividad e ineficiencia que, en la tradición, había tenido su existencia en la vida de ultratumba, *anima* pudo ya absorber espontáneamente los sentidos de *animus* y sufrir el influjo de ψυχή.

Ahora, si en Séneca tiene ya la inmortalidad y la vida de ultratumba una importancia primordial, ¿por qué no se realizó en él ya la absorción de *animus* por *anima?* Primero, porque el interés de su época por la vida de ultratumba no era todavía suficientemente extenso para reflejarse en la lengua conforme al proceso que indicamos; segundo, por razones de precisión psicológica. Con todo, se dan en Séneca los síntomas de esa presión lingüística de *anima*, reflejo del

aumento progresivo del interés por el Más Allá en el alma popular. Séneca no desdeña la tradición popular de la vida de ultratumba (cf. *ep.* 117, 6), y frente a Cicerón, que habla de la *inmortalitas animi* (cf. el *Sueño de Escipión)*, él habla de la *aeternitas animarum (ep.* 102, 1; cf. *ep.* 65, 20; 24, 9; *prov.* 2, 2; 6, 9), emplea *animae* en el significado popular de *manes (Marc.* 25, 1; *Polyb.* 1, 2), y le inquieta saber *quid (sint) in secundam numinum formam animae perpetitae (ep.* 90, 28). Pero, para la filosofía de la acción que le ha de llevar a su ideal, y para el conocimiento real de sí mismo, única manera de realizar realmente ese ideal, Séneca necesita la precisión psicológica que le ofrece la distinción *animus/anima.* Por eso, cuando las razones psicológicas se lo exigen, Séneca no vacila en mantener la distinción aun en punto a inmortalidad: *ecce animus aeternitate dignus, qui in ultimo illo gradu positus exeuntem animam percontatur (tranq. animi* 14, 10).

JOSÉ LUIS GARCIA-RÚA.

NOTAS DE SINTAXIS LATINA

SOBRE LAS FRASES COMPLETIVAS CON LOS VERBOS DE LOS TIPOS «LAUDO» Y «QUEROR»

La publicación del gran *Index verborum Ciceronis epistularum*, de Oldfather, Canter y Abbott, que completa los de Merguet, me ha facilitado el revisar la sintaxis ciceroniana en lo relativo a los dos grupos de verbos arriba enunciados. Como Salustio desconoce casi esta construcción y los ejemplos de César son muy escasos, puede decirse que el cuadro de Cicerón es, en este punto, representativo de la prosa clásica.

Para encontrar algunas precisiones sobre la construcción de estos verbos hay que retroceder a la Sintaxis de Kühner, la cual, sobre las noticias generales, añade datos estadísticos, aunque sólo referentes a cinco verbos: *doleo*, *gaudeo*, *miror*, *glorior* y *queror* (1). En la reciente *Syntaxe latine* de Ernout y Thomas, el capítulo correspondiente, como ahora veremos, no ofrece una información exacta en cuanto a la construcción de los verbos afectivos, ni clara en lo tocante al empleo modal de los dos grupos (2).

En nuestro examen, a fin de obtener la mayor homogeneidad posible en los ejemplos y en sus cifras, he desechado, naturalmente, todos aquellos casos en los que parece bastante claro el valor puramente causal y no completivo de la frase

(1) II, § 192.
(2) § 304.

de *quod;* y, para lo relativo al empleo modal, todos aquellos que presentan una sintaxis fijada, como, por ejemplo, los de frase tipo *Quod ais, Quod quaeris,* los giros con anticipador *illud... quod,* y no hay que decir que los casos de estilo indirecto y de posible atracción modal.

En lo tocante a la proporción de empleos de las dos construcciones, *quod* o infinitivo, el examen estadístico sólo merecía la pena hacerlo con los verbos afectivos, por ser suficientemente clara la del otro grupo. Los verbos que he examinado son: *admiror, angor, crucior, doleo, gaudeo, glorior, indignor, irascor, laetor, maereo, miror, misereor, queror, subirascor, suscenseo* y *stomachor* (1).

* * *

La afirmación de la *Syntaxe latine* de Ernout y Thomas de que la construcción con *quod* de los verbos afectivos se emplea «concurrentemente» con la frase de infinitivo es errónea. Ya Kühner decía que esta segunda era de un empleo «mucho mayor» (loc. cit.); y los datos numéricos que presentaba sobre los verbos *doleo, gaudeo, miror, glorior* y *queror* le autorizaban sin duda para calificar la construcción con *quod* de insignificante, pero seguramente no pasó a ello por haber limitado su investigación a dichos cinco verbos. Mis cifras reducen todavía más los ejemplos con *quod* de esos verbos de Kühner, y, en cuanto a los demás afectivos, prueban también rotundamente el papel *insignificante* de la construcción *quod.*

(1) La *Syntaxe* de Ernout y Thomas prefiere incluir *irascor* y *suscenseo* en el otro grupo, asimilándolos a los verbos de censura. Las apenas apreciables cifras de empleo en Cicerón y César de estos dos verbos (nada en Salustio) con las dos construcciones en cuestión hacen muy difícil justificar la atribución de ellos a uno de los dos grupos, sobre la base de esta particularidad sintáctica. Desde luego, los siete casos que registro *(irascor* 1, *subirascor* 2, *suscenseo* 3 y *stomachor* 1) presentan todos frase con *quod,* lo que apoya el criterio de Ernout-Thomas, pero algunos no son seguros en cuanto al carácter completivo de la frase y otros van en posición precedente.

La proporción numérica entre *quod* y frase infinitiva se mantiene con notable regularidad en los verbos examinados. Si alguna vez aumentan, muy ligeramente, los ejemplos de *quod*, el hecho coincide con el de encontrarse en posición antecedente, posición favorable al empleo de la frase con *quod*.

En esta regularidad sólo puede señalarse como nota parcialmente discordante el verbo *queror* en las Cartas de Cicerón (y en César), con la proporción 6/12 (en César, 4/6) frente a la proporción normal ciceroniana del mismo verbo 3/44 en Discursos y 4/77 en las Obras. A este contraste entre la construcción de *queror* en las Cartas y en los otros escritos no se le ve significación especial, ya que en todos los demás verbos afectivos la sintaxis de las Cartas o bien coincide totalmente con la de aquéllos, o incluso acentúa la rareza de *quod* (así en *miror* y en *gaudeo)*.

* * *

En lo relativo al empleo modal, los tratados de sintaxis latina solamente ofrecen la indicación general de que en los dos tipos en cuestión se emplean el indicativo y el subjuntivo, este segundo justificado por el estilo indirecto o la atracción modal. La *Syntaxe* de Ernout y Thomas presenta la cuestión de tal manera (1) que podría deducirse que el indicativo se emplea con verbo principal en primera persona y el subjuntivo en tercera (¿y en segunda?). Pero el hecho es que los dos modos se emplean en las tres personas.

En este aspecto, los dos tipos *laudo quod, queror quod* van de acuerdo en una preponderancia del subjuntivo con verbo principal en tercera o segunda persona y del indicativo en primera, pero también aquí mi examen demuestra una diferencia entre los dos: en *laudo quod* la proporción en el uso de los modos según la persona presenta siempre cifras muy regulares, mientras que en *queror quod* la proporción de excepciones es notablemente más alta. Como buena parte de estas

(1) § 304.

excepciones, según mis datos, se registran con *miror* y *admiror*, y tales excepciones consisten en un desbordamiento del subjuntivo, es posible que el hecho fuera debido al carácter de estos verbos que se asocian bien con un subjuntivo de extrañeza. De ser ello cierto, ambos tipos *laudo quod* y *queror quod* ofrecerían en Cicerón una notable regularidad sintáctica en el empleo modal, pero de ningún modo la identidad con que los presenta la misma *Syntaxe* de Ernout y Thomas. En los dos puntos que hemos tratado, los escasos ejemplos de César muestran una sintaxis coincidente con la ciceroniana.

II

La aposición con topónimos en latín

El señor Traina ha dedicado un articulo muy interesante a la aposición epitética en latín (1). La conclusión de su trabajo la expresa en estas palabras: la preposición se emplea en la aposición para obtener determinados efectos de contraste o de un mayor relieve (aposición completiva); cuando falta, la aposición conserva su carácter de simple indicación accesoria, geográfica o histórica (aposición determinativa). Así, por ejemplo, *uectus Cosam, Etruriae promunturium* es un caso del segundo tipo; *Athenis, in ciuitate fracta Macedonum armis..., contionari libere ausi sint* es un ejemplo de aposición completiva, porque *in ciuitate fracta* tiene ahí el valor de «a pesar de ser una ciudad...» Esta conclusión anula la regla gramatical tradicional, según la cual, en latín clásico el uso de la preposición es de rigor, debiéndose considerar excepciones los casos en que falta.

La investigación del señor Traina, hecha con observación muy fina, es convincente y su resultado lo considero una

(1) Primer artículo de los comprendidos en el libro de Alfonso Traina, *Esegesi e Sintassi. Studi di Sintassi latina.* Padua, 1955.

aportación indiscutible y valiosa a la sintaxis latina. Séame permitido apuntar alguna observación surgida del examen del material presentado por tan brillante filólogo.

En primer lugar, sin que ello signifique reserva alguna sobre la validez de las conclusiones del autor, quizá se le pueda señalar el reparo de que la interpretación de ciertos ejemplos resulta forzada, tal vez por la preocupación de ofrecer un cuadro muy sistemático. Así en Liu., 3, I, 5, *Antium, propinquam, oportunam et maritumam urbem coloniam deduci posse*, pasaje explicado como de simple aposición y sin preposición, por tanto, es indudable que, ateniéndonos a la tesis del señor Traina, la aposición encierra la justificación de lo enunciado: «por ser una ciudad cercana...» Por el contrario, en Cic. *Rep.*, 2, 34: *(Demaratus)... fugisse dicitur ac se contulisse Tarquinios, in urbem Etruriae florentissimam*, ejemplo que el mismo señor Traina considera menos claro, no se ve que la preposición esté usada con especial intención.

Tales casos son contados, y si me refiero a ellos, es porque, a mi juicio, pueden arrojar sobre los resultados del señor Traina una ligera sombra de forzada regularización.

Pero algo más interesante me parece una observación de otro género. El cuadro que presenta el señor Traina es el de una escueta y fija contraposición de dos construcciones gramaticales. ¿No hay nada más en el uso de ellas por los escritores estudiados?

Según el señor Traina, los ejemplos correspondientes a las preguntas *ubi?* y *quo?* se equilibran, puesto que se registran 25 de la primera y 35 de la segunda. Pero no parece buen método sumar los empleos de Cicerón con los de Livio, Plinio el Viejo y Tácito, cuando en el propio material del señor Traina se advierte que el empleo ciceroniano de este tipo de aposición difiere claramente del grupo postclásico. De suerte que, si sumamos por separado, el resultado es distinto del que obtiene el señor Traina:

	ubi?	*quo?*	
Cicerón.....	7	3	
Livio.....	5	10	
Plinio.....	4	7	
Tácito.....	2	9	(1)

Estas cifras adquieren toda su significación, si las relacionamos con la presencia o falta de la preposición. Haciéndolo así, sacaremos la conclusión de que hay un claro contraste numérico entre aposición con topónimo en locativo o ablativo y aposición con topónimo en acusativo. Tal contraste se manifiesta en dos modalidades:

1) Cicerón emplea el tipo primero con más frecuencia que el segundo, pero *solamente dos* de sus ejemplos *no* llevan preposición.

2) En Livio, Plinio y Tácito, por el contrario, los casos del tipo segundo son mucho más frecuentes, pero, en cambio, la ausencia de la preposición es lo dominante en ellos.

Bajo esta discrepancia se percibe, sin embargo, una tendencia común: agrada poco el empleo de la aposición, cuando el topónimo va en ablativo o locativo; y, si un escritor gusta de ella, como Cicerón, no la emplea sino cuando el sentido de la aposición le permite utilizar la preposición.

Es decir, que en uno y otro caso se tiende a evitar una construcción que puede resultar confusa (ablativo y ablativo locativo) o chocante (locativo y ablativo en contacto). Cicerón escoge los casos que le permiten añadir la preposición, elemento que introduce claridad en la construcción; el grupo postclásico prefiere rehuir la aposición, acogiéndose a otros giros que nos son conocidos.

No parece casualidad el hecho de que la mayor parte de los ejemplos sin preposición correspondan a empleos del acusativo singular.

El mismo señor Traina, refiriéndose a la casi total ausencia de ejemplos con la construcción *unde?*, la explica por la intención de «evitar la colisión con el ablativo locativo».

(1) Las cifras de los otros autores no cuentan por inapreciables.

III

Las frases relativas consecutivas y la «Syntaxe latine» de Ernout y Thomas

Dos reparos de cierta importancia se han hecho a esta *Syntaxe:* uno de ellos afecta a la explicación del subjuntivo en muchas frases subordinadas por la subordinación, es decir, por el simple carácter de frase subordinada; el segundo, a la definición y explicación de bastantes hechos por la traducción correspondiente en francés, o por la elegida, como más adecuada, a juicio de los autores de la *Syntaxe* (1).

De ambas cosas creo que se resiente el capítulo dedicado a las frases arriba indicadas. Por lo que se refiere a lo primero, el efecto perturbador de tal «subjuntivo de subordinación» en la exposición que hacen los señores Ernout y Thomas de las frases consecutivas tiene menos importancia que en lo tocante a otras frases, pues en aquéllas los autores, después de explicar el subjuntivo originario, justifican su presencia en aquellas consecutivas «qui expriment le plus souvent des faits» por una extensión analógica (pág. 338), aunque no pueden prescindir de calificar también este empleo de «subjuntivo de subordinación» (pág. 336). Se trata, pues, en este caso de las consecutivas de un desafortunado uso de expresión—innecesario además—que no afecta al fondo de la cuestión.

Más importancia tiene, a mi juicio, el segundo de los puntos, en el que se explica el empleo del subjuntivo, en cuanto modo propio, en las frases relativas consecutivas. Aquí, en efecto, la inclinación que, como hemos dicho, aparece con cierta frecuencia a definir por la traducción se combina con una persistente preocupación por el «potencial», no en el sentido histórico del término, sino en el efectivo y práctico de poder traducirlo con el verbo «poder». Las consecuencias de ello se manifiestan bien en este capítulo:

---

(1) Especialmente, A. Hahn en *Language*, XXX, 2, I.

1) A veces, la definición-traducción («potencial»-«poder») es errónea, como en Pl. *Cap.* 103: *nihil est quo me recipiam*, cuyo subjuntivo es un deliberativo; o en *Ba.* 92: *quid est quod (= cur) metuas?*, con el subjuntivo de protesta o extrañeza.

2) O es innecesaria:

a) Porque el subjuntivo puede ser simplemente de extensión, como en Cic. *Fa.* 6, 18, 5: *domus est quae nulli mearum uillarum cedat*, traducido, con el mismo prejuicio, «une maison qui ne saurait le céder à aucune de mes propriétés» (c-à-d «telle qu'elle ne le cède pas...»); o en *Att.* II, 8, 2: *qui ex illo audissent*, traducido igualmente: «des gens qui avaient pu l'apprendre de sa bouche».

b) O bien porque puede bastar el sentido indeterminado o negativo de la frase: *sunt qui dicant; nemo est qui dicat; quis est qui dicat;* así, en Pl. *Am.* 509, *nullast quam aeque diligam*, traducido, sin embargo: «il n'est pas de femme que j'aime (que je *puisse* aimer éventuellement) autant». Si no es que este grupo de frases corresponde realmente al subjuntivo de protesta y extrañeza.

También sorprende leer que el empleo del subjuntivo en el giro *sunt qui dicant* fué favorecido por «l'analogie de locutions voisines comprenant un verbe d'effort de sens affaibli»: *inveniuntur* ou *reperiuntur qui*».

Todo este capítulo obscurece las dos claras ideas que, a mi juicio, deben imponerse en esta cuestión:

1.ª Hay relativas consecutivas con subjuntivo propio y relativas consecutivas con subjuntivo de extensión analógica (y no «de subordinación»).

2.ª El subjuntivo propio en las relativas consecutivas puede ser de varios tipos de valor bien conocido en latín. Entre ellos, el valor «potencial», tan alegado en esta *Syntaxe* es probablemente el menos demostrable.

JOSÉ VALLEJO.

INTRODUCCION FONETICA A LA ONOMASTICA VASCA

Utilizo en este trabajo, aparte de las usuales, las siguientes abreviaturas:

Para los dialectos vascos, *a.-nav.*, *b.-nav.* alto y bajo navarro, *guip.* guipuzcoano, *lab.* labortano, *ronc.* roncalés, *sul.* suletino, *vizc.* vizcaíno; para las regiones, *Al.* Alava (incluyendo el condado de Treviño), *B. Nav.* Baja Navarra, *Guip.* Guipúzcoa, *Lab.* Labort, *Nav.* Navarra.

Antr. nombre de persona, *top.* nombre de lugar en general, *ap.* apellido; además, *of.* forma oficial, *pop.* forma popular, *doc.* forma que aparece en documentos.

Obras:

B. und Ib. G. Bähr, *Baskisch und Iberisch*, Bayonne, 1948.

Mat. J. Caro Baroja, *Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina*, Salamanca, 1945.

Ph. b. H. Gavel, *Eléments de phonétique basque*, tomo XII de *RIEV*.

Orig. R. Menéndez Pidal, *Orígenes del español*[3], Madrid, 1950.

Top. prer. R. Menéndez Pidal, *Toponimia prerrománica hispana*, Madrid, 1952.

Revistas: *BRSVAP* «Boletín de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País», *E.-J.* «Eusko-Jakintza», *RIEV* «Revista Internacional de los Estudios Vascos».

La base de la documentación medieval aquí empleada la constituye el cartulario de San Millán de la Cogolla, ed. de L. Serrano (citado *CSM*). Expreso mi gratitud a mis buenos

amigos y compañeros de trabajo Manuel Agud, Juan José Beloqui y Emilio Mas, que pusieron a mi disposición el resultado de la labor común.

Para Navarra se ha utilizado sobre todo C. E. Corona Baratech, *Toponimia navarra en la Edad Media*, prólogo de F. Yndurain (abreviado *T. N.)*. Para el departamento francés de los Bajos Pirineos, Paul Raymond, *Dictionnaire topographique du département des Basses-Pyrénées* (París, 1863).

Los números indican las páginas: sólo en *CSM* y *FHC (Fuentes para la Historia de Castilla)* el número del documento.

A) *VOCALISMO*

1. El vocalismo vasco actual puede explicarse satisfactoriamente partiendo de las mismas cinco vocales *(a, e, i, o, u)* del vasc. antiguo que, en lo fundamental, no han sufrido variación, aunque son frecuentes los cambios determinados por sonidos vecinos. La permanencia del timbre de las vocales antiguas queda probada por la confrontación de los nombres propios que nos han sido transmitidos de la época romana con el vocabulario vasco:

aquit. *Andere, Anderex(s)o*, etc.: vasc. *and(e)re* «señora, mujer», cf. también los antropónimos medievales *Anderazo/-u, Andregoto*, etc.;

aquit. *Nescato:* vasc. *neskato* «muchacha»;

aquit. *Cison, Cisonten.*, etc.: vasc. *gizon* «hombre»;

aquit. *Bihoxus, Bihoscinnis* (gen.): vasc. *bihotz, bi(g)otz* «corazón»;

aquit. *Osson, Oxson:* vasc. *otso* «lobo», cf. antr. *Ochoa;* Ἰτούρισσα (Ptol., en el It. Anton. *Turissa):* vasc. *iturri* «fuente»; el top. antiguo parece idéntico también en el suf. al actual *Iturriza.*

Como modificación secundaria hay que señalar la *ü* suletina procedente de *u*, excepto ante *r* (intervocálica y delante de *d, t, tz, ts)* y *s*, y el paso de *o* a *u* en condiciones no bien determinadas (especialmente ante nasal de la misma sílaba)

que rebasa el ámbito suletino: sul. *gizun* «hombre», ap. *Etchahun (Etchahoun)*, cf. sul. *hun* «bueno», vasc. común *(h)on*. El conjunto de ambos cambios, indudablemente relacionados entre sí, puede caracterizarse como redistribución de variantes con aparición de un nuevo fonema: de /o/ ([o̜] [ǫ]), /u/ ([u̜] [ų]), se ha pasado a /o/ ([o̜]), /u/ ([o̜] [u̜]), /ü/ ([u̜]).

No pueden servir de ejemplo del cambio *o* > *u* casos como el de *Oyarzun*, pop. *Oyartzun* (Guip.), en fuentes clásicas Οἰασσώ, etc., siempre tema en *-on-*, o el de *Iruña* «Pamplona» (doc. *Ironia, Irunia)*, si coincide exactamente con el segundo elemento de Πομπαιλών, etc. (G. Rohlfs, *RIEV* XXIV, 328), pues su terminación ha podido ser modificada con arreglo a modelos griegos y latinos. Cf., en cambio, el antr. *Amunna (CSM*, 1, año 759): vasc. *amon(a), amun(a)* «abuela», cuyo segundo elemento es *on*.

G. Bähr *(B. und I.*, 29) admite una inclinación de *o*, principalmente en posición no acentuada—debe referirse al acento latino en los préstamos—, a mudarse en *e*. El ejemplo principal es vasc. *Zuberoa*, etc., *Vallis Subola* en Fredegario (cf. también *Sibuzates* o *Sibulates* en César, *B. G.* III, 28, *Sybillates* en Plinio), que está aislado (1).

Un hecho caracteriza, con respecto al vocalismo, la evolución fonética vasca en contraposición con los romances hispánicos vecinos: la no diptongación de las vocales. De ahí un marcado contraste en la toponimia en nombres de común origen latino:

Gaztelu (Guip.) < *CASTĔLLU;* cast. *castillo*, ant. *castiello;*
vasc. *Gaztela;* ant. *Castiella*, mod. *Castilla;*

(1) Entre los apelativos, vasc. *lek(h)u* «lugar» (doc. *Amurlecu*, Nav., s. XI) se explica mejor partiendo de una forma romance diptongada, lo mismo que *erregu* «ruego» (R. Menéndez Pidal, *Introducción al estudio de la lingüística Vasca*, 17); en ambos casos puede suponerse una simplificación de la serie *apical* + *dorsal* + *apical* + + *dorsal; serora* no es exclusivamente vasco y *estakuru* está en el mismo caso que cast. *escuro* o *espárrago*.

doc. *ENNECO*, vasc. *Eneko* (p. ej. Oihenart, *Prov.*, 139): ant. cast. *Yéñego*, mod. *Iñigo;*

Ermua (Vizc.), *ĔREMU;* cast. *yermo;*

Ap. *Soroa*, vasc. *sor(h)o*, vizc. *solo* «campo, prado» < *SÒLU;* cast. *suelo.*

En la parte romanizada de Alava, la reja de San Millán *(CSM*, 91, año 1025) acusa abundantes nombres de población con diptongación alternando en algún caso con formas sin diptongar: *Basconguelas, Billaluenga, Licinganiella, Molinilla, Murielles* (y *Murilles), Quintaniella*, etc., pero *Castellu.* Cf. también *Villa Stabellu (CSM*, 12, año 871) hoy *Estabillo*, que parece un **STABĔLLU*, derivado de *STABULU*. La diptongación se da probablemente bastante al N. en los actuales *Güetos* o *Huetos (CSM* 91, *Oto et Oto)*. Es claro que en la frontera lingüística convivieron durante más o menos tiempo formas romances diptongadas y formas vascas sin diptongar.

En Vizcaya, al O. del Nervión, tenemos, por ejemplo, *Sopuerta* (doc. *Sup(þ)orta, Subporta), Retuerto* < *RĪVU TŎRCTU*, etc.

En el S. de Navarra, zona totalmente románica de antiguo, son naturalmente muy abundantes: *Araciel*, despoblado de Corella a comparar quizá con *Araquil, Berrueza* (doc. *Berroza*, cf. acaso *Berrocihavi*, Al., *CSM* 91, hoy *Berroci), Murillo el Cuende, Valtierra* (doc. *Valterra)*, etc.

R. Menéndez Pidal estudió *(RFE* V, 225-255, ahora en *Top. prer.* 9-48) los límites de la diptongación en toponimia, particularmente en la zona fronteriza oriental de Navarra. Algunos ejemplos de diptongación se encuentran bastante al centro. Se conocen formas vascas sin diptongar de algunos de estos topónimos: *Artieda* (doc. *Arteda, Arteta*, en 1200 *Artieda*) (1); *Gallipienzo* (doc. *Galipençu, Galipenzo;* en 1149

(1) G. Rohlfs, *Boletim de Filologia*, XII, 235, n. 18; R. Menéndez Pidal *(Top. prer.*, 44) atribuye el mismo origen a *Artieta*, en Burgos.

Gayllipienço), vasc. *Galipenzu* (?, A. Yrigaray, *RIEV*, XXVI, 622); *Gallués* (Salazar, doc. *Galluase)*, vasc. *Galoze; Javier*, hay *Jaberri* más al oeste; *Lumbier* (vasc. *Irumberri;* a corta distancia *Liberri* sin diptongar), etc. (F. Yndurain, *T. P.*, prólogo).

Los grupos vascos *-uo-* y *-oe-*, producidos en composición y derivación, se han transformado en *-ue-* con frecuencia en los nombres oficiales por asimilación al diptongo románico, aunque en el segundo caso puede también tratarse de evolución interna:

Zalduhondo (Al., año 1025), hoy *Zalduendo*; hay también *Zalduendo* en Burgos (Menéndez Pidal, *Orig.*, 116);

doc. *Zuloeta*, hoy *Zulueta* (Nav.);

Sorhouet, y *Sorhuéta* (B. Nav.), doc. *Soroeta* y *Soroheta.*

2. A juzgar por los préstamos, las vocales finales se han conservado. Sin embargo, *Araquil* (Nav.), de *ARACELI*, si damos valor pleno al testimonio de la forma documentada, pues la *-i* de *berri*, también documentada desde muy antiguo, sólo se ha perdido en formas romanizadas *(Javier, Lumbier*, frente a *Etxaberri, Irumberri)*.

La excepción principal la constituye *-e* que, en algunas zonas, se ha perdido de manera bastante constante:

Albistur, Albiztur (Guip.), doc. *aluiz turre* (1025), de *TŬRRE;*

Aralar, doc. *haralarre* (1025), cf. *Aralarre Bedayça* (siglo XI);

Eguiluz (Al.), *Sorholus* (Soule), de *luze* «largo», pero sul. *-lüz*, ronc. *-lúz* en composición.

Pero a la vez se ha generalizado en ciertas zonas el añadir *-e* a todos los nombres terminados en consonante: *Lapitze* (Irún, Guip.) de *LAPIS (MILIARIUS?)*, *Akize* «Dax», de *AQUĪS*, *Atharratze*, of. *Tardets*, etc.

Es muy difícil distinguir por las formas actuales entre *-o* y *-u* antiguas. Los nombres oficiales tienden a generalizar *-o: Motrico* (Guip.), pop. *Mutriku;* en Alava *Cárcamo, Laño, Luco, Turiso, Tuyo* y *Zumento* aparecen en 1025 como *Car-*

camu, Cimentu, Langu, Lucu, Torissu, Tuiu. Con todo, *-u* se conserva en bastantes nombres: *Acilu, Andollu, Anguelu* (río), *Chinchetru, Guereñu, Junguitu, Musitu* en Al. (C. Baroja, *Mat.*, 96-97) (1); *Betelu, Mañeru,* etc., en Nav. En Algún caso es el nombre actual el que termina en *-u: Artazu* (Nav.), en 1246 *Artaço.*

Lap(h)urdi, LAPURDUM (Sancta Maria de Lapurde, CSM, 263, año 1108) puede explicarse sin admitir un cambio *-u* > *-i,* del que hay ejemplos aislados en apelativos vascos *(gezi* < *GAESU, muki* < *MUCCU, maingi* < *MANCU;* existen también *muku* y *maingu).* Gavel *(Ph. b.,* 58-59) supone este cambio en *urki* «abedul» fundándose en el ap. *Durcudoy* y en el nombre oficial *Durcuit,* vasc. *Urketa* (B. Nav.). Cf. también *Urkuola* en Ataun (Guip.), *(Anuario de Eusko-Folklore* VIII, 73).

La pérdida de *-u (-o)* en algunos topónimos del S. de Navarra parece fenómeno aragonés: *Cascante* (con vocal de apoyo, doc. *Cascant), CASCANTUM.* Cf. *Pinseque* (Zaragoza).

Es muy frecuente la pérdida de *e-, i-* vasca sobre todo en zonas romanizadas o en la forma romance de nombres de poblaciones vascas cercanas al límite lingüístico:

Lumbier, vasc. *Irumberri; Libarrenx,* vasc. *Iribarne;*

doc. *Ggabarri (senior Didaco Gundisalbo de G., CSM,* 191, año 1067, en Al.), vasc. *etxe, etxa-* «casa».

3. En composición, las vocales finales del primer elemento han sufrido ciertos cambios, debidos probablemente a un desplazamiento del acento. Los más importantes de estos cambios, que aparecen ya realizados en los más antiguos documentos medievales, son:

a) La pérdida de *-i* (y, con menos frecuencia, de *-u): Arzubiaga* (Al., 1025), de *(h)arri* «piedra»;

Iturgoyen, Iturmendi, Iturrondoa (Nav., ss. XI-XIII), de *iturri* «fuente»;

---

(1) Creo, sin embargo, que el *Turiasu* de leyendas monetales frente a *Turiaso* hay que explicarlo como un nom. de tipo céltico de tema en *-n,* con *-ū* de *-ō.*

b) El paso a *-a* de *-e, -o* en bisílabos:

Essavarri (Al., 1025), de *etse, etxe* «casa»;

Basahuri (Al., 1025), *Bassaburua* (Nav., 1192), *Bassagaiç* (Nav., 1267) de *baso* «selva».

c) La pérdida de la vocal final, cualquiera que ésta sea, cuando el primer elemento tiene más de dos sílabas:

top. *Eleizpe, Elexpe, Elizpea, Elizpuru,* etc., de *el(e)iza* «iglesia»;

Erret Ihera (Nav., 1150), *Erretzubi* «pontes Regales» (Nav., 1125), de *errege* «rey».

A pesar de nombres aquitanos como *Senitennis, Senixsonis,* ambos en gen. (vasc. *sen-)* o *Cisonten, Cissonbonis* en gen. (vasc. *giza-)* no puede afirmarse que hechos de esta naturaleza no existieran ya en la época romana. La razón principal de esta inseguridad estriba en que no está bien determinada la extensión de estos cambios, que en muchos compuestos y derivados no se han efectuado.

Todavía está menos estudiada la cuestión del acento. Algunas formas populares hacen pensar que pudo estar localizado en la segunda sílaba y ser suficientemente fuerte para determinar la pérdida de la sílaba postónica: *Eaurta,* of. *Jaurrieta* (Nav.), *Ziortza,* of. *Cenarruza* (Vizc.), doc. *Cinaurriza (CSM* 247, año 1082), etc. Encontramos documentada la caída en la forma oficial del nombre de una población navarra:

doc. *Orelivia* (1094 y 1109), *Orerivia* (1043 y 1047), *Orolivia* (1109), *Ororivia* (1110), actual *Ororbia.*

Algo análogo parece indicar la comparación de la forma romance y vasca del mismo topónimo en el País Vasco francés en casos como *Mixe* (P. Raymond cita *Amixa,* s. XII), vasc. *Amikuze, Ibarla* (doc. *Ibarola), Menditte,* vasc. *Mendikota, Charritte,* vasc. *Sarrikota.*

4. Son numerosas las palabras que en distintos dialectos o variedades de la lengua tienen diferente vocalismo. Entre los casos de particular interés para la onomástica, citamos:

a) Alternancia a/e:

vasc. *berri,* vizc. *barri* «nuevo»*: Uarria* (año 1053, San

Agustín de Echevarría en Elorrio, Vizc.), *Huribarri* (y *-varri*), *Essavarri* (Al., 1025); *Iriberri* (Nav., 1085), *Iriverri* (Nav., 1104). La variante con *e* está atestiguada en el top. *Iliberri* (1) y acaso también en el aquit. *Ilurberrixo, Ilurberrixon*[*i*], dat., nombre de divinidad;

vasc. *beltz*, vizc. *baltz* «negro»: *Saione de Comite Nunnu Balza (CSM* 12, año 984, Al.; cf. *Petro nigro saion*, ib. 308, año 1139); *Nunno Balza de Seroiana (CSM*, 89, año 1022, cerca de S. Miguel de Pedroso); *don Johan belça* (Estella, s. XIII, J. María Lacarra, *RIEV*, XXI, 250). Cf. aquit. *Belex, Belexconis* (gen.), *Bonbelex*, ib. *Umarbeles*, etc.

b) Alternancia i/u: como *a* en los casos anteriores, *u* es occidental. El ejemplo más importante en toponimia es el de *(h)iri, (h)uri* «población»: «... a lo que los navarros y los vascos aquitanos llaman *Iri*, los otros vascos, que habitan en la Vardulia, denominan *Uri*». (Oihenart, *Noticia de ambas Vasconias*, *RIEV* XIII, 336). *Ili-* está abundantemente documentado en la antigüedad (2).

5. Los diptongos vascos antiguos parecen ser *au, eu, ai, ei, oi, ui.*

a) El diptongo *au* es muy abundante en la toponimia vasca (p. ej. en Vizc. *Aulestia*, doc. *Auleçtia, Gauteguiz, Lauquiniz*, etc.), sin contar los resultados de la composición como *Atauri*, Al., doc. *Atahuri*. Parece haberse conservado en general: of. *Llodio*, Al., vasc. *Laudio*, probablemente de *CLAUDI-;* doc. *Flaudio (CSM*. 283, año 1095), *Lhodio (CSM* 218, adición de 1124). Cf. también aquit. *Laurco*, vasc. *lau(r)* «cuatro», doc. *Laureiereta* (Nav., año 1174).

La reducción *au* > *a* es muy frecuente en vasc., sobre todo en sílaba inicial, y hay algún ejemplo de ella en toponimia: doc. *Erahussu, Erauso, Erausu*, hoy *Eraso* (Imoz, Nav.); cf. *Erausus* en 1291, que se conserva sin variación. No es se-

(1) R. Menéndez Pidal, EMERITA XIV, 1-13; *Top. prer.* 235-250.
(2) R. Menéndez Pidal, *l. c.*

guro que, según la opinión de Gavel *(Ph. b., 77)*, el ap. *Recaurte* (variante de *Recarte*, etc.) pruebe que la forma primitiva de *arte* fuera **aurte*. Tal vez un ejemplo mejor del cambio sea *Arellano* (Nav.), así en 1218, si procede de *AURELIANU*.

La reducción del diptongo a *o (u)*, en sílaba no inicial, se registra en las formas populares de varios nombres de población: *Ziortza* (< **Ziaurtza)*, of. *Cenarruza; Iborri* (< **Ibaurri)*, of. *Ibarruri* (S. de Altube, *E.-J.* III, 156), ambos en Vizc. Pero parece tratarse de casos recientes.

Se encuentra en documentos la grafía *ao* por *au* actual en casos como *Ciaorriz (CSM* 21, año 927), hoy *Ciaurriz* (Nav.), en 1092 *Ciaurrice*.

Au > *ai* es regular en sul.—excepto, por lo menos, ante *r*, *rr* y *s*—, como también en ronc.:

sul. *Larrañe* (< **Larraine)*, of. *Larrau* (con pérdida de *-n* normal en bearnés), sin duda de *Larraun* (Gavel, *RIEV* XXII, 146 ss.); cf. *Larraun*, Nav., en el siglo XI y actualmente.

El diptongo *eu* es mucho menos frecuente que *au*. En la lengua se ha conservado en unos casos y en otros se ha reducido a *e* o a *u*, sin que puedan fijarse las condiciones; en ronc. y sul. hay ejemplos de *eu* > *ei*. Gavel señaló un caso posible—muy dudoso—de reducción de *eu* a *e: Eugui* como variante y forma primitiva de *(h)egi*.

b) Los diptongos *ai*, *ei* son más inestables y se intercambian con alguna frecuencia; no es rara tampoco su alternancia con *a*, *e* y, sobre todo, *i:*

ap. *Aizquibel*, top. *Jaizkibel* (monte, Guip.), pop. *Gaizkibel, Ezkibal* (Al., *CSM* 137, año 1049), hoy *Esquíbel; Ezcaray* (Logroño, en 1110 *Izcarai);*

Hazpurua (Al., 1025), hoy *Aspuru*, cf. ap. *Aizpurua;*

doc. *Izpea* «subtus penna» (Vizc., 1051), hoy *Axpe; Ayçpe* (Nav., 1087), *Azpe* (en 1121 y en la actualidad);

Haizcoeta (Al., 1025), hoy *Escota*.

Las variantes del nombre de la «peña», *aitz, (h)atx*, cuyos ejemplos en toponimia podrían multiplicarse sin dificu.-

tad, pueden proceder de **aetz* (y acaso en último término de **ane(t)z*, v. EMÉRITA XVII, 211), en cuyo caso el diptongo sería secundario. La reducción *ai* > *a* ante silbante + oclusiva se puede explicar en rigor como una palatalización de la silbante que absorbe el segundo elemento del diptongo *(aiz-* > *ais-*, *aix-* > *as-*, *ax-*). La monoptongación *ai* > *e* puede ser imputada a influencia románica.

Antr. *Eita (Eita Hoco de Salinas* (de Añana), *Eita Hacurio, CSM* 26, año 932), *Eita Azenari (CSM* 123, año 1044); var. *Etta, Ecta- (Ectavita de Orbanelia, FHC* III, Cardeña, 26, año 984); *Acta (Acta Fanni, CSM* 108, año 1035); también *Acha (Acha Vita, CSM* 89, año 1022, S. Miguel de Pedroso) y *Egga (Eggavita Moriellez, CSM* 186, año 1065; Esguevilla); *Egga Lacine* (ib., 231, año 1077), con el tratamiento castellano normal del grupo. Vasc. *aita* «padre» (1).

El suf. *-ain* aparece en una zona navarra como *-in* (C. Baroja, *Mat.* 83-84), en sul. como *-ein, -eñe;* también en Al. *Andoin,* en 1025 *Anduiahin.* Un caso muy conocido de *-ain* > *-in* es *Larrañaga, Larrinaga,* vasc. *larrain, larrin* «era», acaso un préstamo (V. García de Diego, *Manual de Dialectología española,* 221).

Doc. *Eibar* (1000-1035), doc. y actual *Aibar* (Nav.); en documentos también *Agibar* (1073);

doc. *Ehizcue* (Nav., año 1124), hoy *Izcue;*

doc. *Eizco* (Nav., año 1056), hoy *Izco;*

ap. *Eizaguirre, Izaguirre;* top. *Ayçaguerre* (B. Nav., siglo XV), top. *Aizaguerria* (Pamplona, s. XVIII). Vasc. *(h)aize* «viento»;

ap. *Eleizalde,* vizc. *Elejalde (Elexalde); Elizondo* (Nav.), *Elizalde* (barrio de Oyarzun, Guip.). Vasc. *el(e)iza' elexa* «iglesia»;

Leyçarate (Nav., año 1054-1076), ap. vizc. *Lejarcegui (Lexar-); Liçarraga* (Nav., año 1174) hoy *Lizarraga, Li-*

(1) R. Menéndez Pidal, *Orig.* 282 y *Top. prer.* 223-231. No estoy convencido de que en este caso *ei* sea anterior a *ai.*

zarza (Guip.). Vasc. *l(e)izar, lexar* «fresno». El traductor del Nuevo Testamento que firmaba *Liçarrague* se llama a sí mismo *Leiçarraga* en el texto vasco;

Harizavalleta (Al., 1025) hoy *Arechavaleta* (hay también una población del mismo nombre en Guip.), ap. *Areizaga; Ariztuia* (monte en Nav., año 1042).

El cambio *ai* > *e* se da en la zona romanizada: *Piedramillera* < *MILIARIA, Mosquera* (despoblado cerca de Tudela) < Μουσκαρία (Ptol.). Con evolución típicamente aragonesa, *Cadreita* (Nav.) < *CATARACTA* (Meyer-Lübke, *Introducción a la lingüística románica*, 376; adición de A. Castro), doc. en 1140 *Catarayta;* cast. *Caderechas* (Burgos).

c) Una alternancia *oi/ui/i* se observa en el suf. *-doi, -dui, -di* (tras silbante *-toi, -tui, -ti)*:

Elhardoy (arroyo y bosque, B. Nav.), *Ezpeldoi* (Soule); *Hillardui* (Al., año 1025) hoy *Ilárduya, Ezpelduia* (monte, Nav., 1056 y 1093) hoy *Ezpeldia; Ylardia* (año 1253), *Yllardia* (año 1359, Nav., despoblado), actual *Ilardia.*

B) *CONSONANTISMO*

6. Si prescindimos por el momento del problema de las sonantes *j* y *w*, podemos postular para el vasco inmediatamente anterior a los primeros textos literarios los siguientes fonemas consonánticos: *p, t, k, b, d, g; c, s, ć, ś; m, n; l; r, R.* La aspiración *(h)* faltaba ya sin duda en algunos dialectos. Hay además una serie palatalizada *(t', d', č, š, n', l')* y, en condiciones especiales, una espirante labiodental o bilabial *(f)*. Más adelante veremos (17 y 18 *e)* que hay razones para añadir aún dos fonemas a la lista.

Se pueden señalar las siguientes semejanzas en la distribución de las oclusivas sordas y sonoras y de las silbantes africadas y espirantes:

a) El mantenimiento en interior de palabra de las oposiciones *sorda/sonora* y *africada/espirante,* sobre todo en posición intervocálica.

b) La tendencia a que en posición inicial de palabras autónomas (formas nominales en general) no estuviera representado más que un solo tipo: oclusivas sonoras y silbantes fricativas.

c) Una tendencia análoga en posición final, pero en este caso las oclusivas están representadas por las sordas y las silbantes por las africadas (1).

d) La neutralización de ambas oposiciones tras *n* y *l:* las oclusivas tendían a realizarse como sonoras (menos en ronc. y sul. donde la oposición se mantuvo) y las silbantes como africadas o espirantes según las zonas.

Por estas y otras consideraciones, cabe pensar si las silbantes no han constituído alguna vez órdenes de localización paralelos a los de oclusivas labiales, dentales y velares. Como las silbantes sonoras de algún dialecto parece que deben ser tenidas por recientes y debidas a influencias exteriores, no podía ser la sonoridad o su ausencia lo que distinguiera a los fonemas de un mismo orden (2), sino otro rasgo que pudo ser, si buscamos una marca común en las oclusivas y silbantes actuales, la mayor o menor energía de la articulación.

Hay además motivos suficientes para admitir, como se verá más adelante, que han existido en vasco junto a *l* y *n* otros dos fonemas, lateral y nasal, que evolucionaron entre vocales como *ll* y *nn* latinas. Se podría pensar, pues, dentro de la misma hipótesis, que la correlación que llamaremos de tensión *(fortis/lenis)*, sin tratar de prejuzgar su naturaleza fonética exacta, se extendía no sólo a las oclusivas (pares *p/b, t/d, k/g)* y silbantes *(c/s, ć/ś)* y parcialmente a las palatalizadas, sino también a las nasales *(N/n)*, laterales *(L/l)* y vibrantes *(R/r)*.

---

(1) Para las oclusivas, André Martinet, «De la sonorisation des occlusives initiales en basque», *Word* 6, 224-233.

(2) Cf. Nils M. Holmer, «A Proto-european Consonant System and the Pronunciation of Sumerian», *Studia Linguistica*., III, 1 sigs.

Oclusivas sordas.

7. Las oclusivas sordas latinas aparecen representadas por sonoras en posición inicial desde los documentos más antiguos:

Gaztellu (Al., año 1025; hoy *Castillo)* < *CASTELLU.*

Algunos nombres de población que actualmente tienen una sonora inicial aparecen transcritos con sorda en algunos documentos:

Gamboa (Al.), en 1025 *Camboa,* cf. *Cambo(-les-Bains); gamboar* «gamboíno» en cantares medievales (v. EMÉRITA XVIII, 479-480);

Guinea (Al., actual y en 1124, *CSM* 218), en 1025 *Kineia,* en 1044 *Quinea;* cf. la *calçada de Quinea* en el Cantar de Mio Cid.

Durango (Vizc.), en 1053 *Turanko;*

Vicuña (Al.), en 1025 *Pingunna.* Hay una fuente *Picuña* en Valgañón (Logr.) (J. L. Merino Urrutia, *El Vascuence en el valle de Ojacastro,* 26). No se puede decir cuál fuera la consonante primitiva.

Antr. *Kideri Kideriz (CSM* 199, año 1070), más frecuente *Gideri* (p. ej. *Gideri momez de ankelo,* año 1025).

En otros casos es la forma popular la que muestra la sonora:

Camou-Mixe, vasc. *Gamu-Amikuze; Torrano* (Nav.), vasc. *Dorrau.*

En algunos préstamos se conserva la sorda, quizá por su introducción relativamente tardía:

Padura (Al., año 1025). Existen también en el País Vasco *Madura* y *Fadura.*

Kapanaga, caserío de Mallavia (Vizc.) y ap., v. 17, *a.*

Cortézubi (Vizc.), cf. *Ganekogorta* (monte, Vizc.) y probablemente *Algorta* frente al ap. *Alcorta.*

Este es con seguridad el caso de nombres de villas como *Placencia, Plencia, Tolosa,* etc.

En otros casos, a la inversa, está documentada la forma con sonora que no se conserva actualmente:

Barizahaza (Al., año 1025), hoy *Pariza.*

Baterniayn (s. XIII, Lacarra *RIEV* XXI, 253), hoy *Paternain* (Nav.).

Betriquiz (año 1025), hoy *Petriquiz,* término de Ilárraza (Alava).

En la reja de San Millán que se muestra en muchos aspectos sorprendentemente fiel a la fonética vasca ocurren también con sorda *Kerrianu, Kircu* (< *CIRCU,* cf. *Cherch* en Alicante, *Chercos* en Almería; Rohlfs, *Boletim de Filologia* XII, 280) y *Kessalla* a comparar con *Guessalaga* (s. XV) y *Guesalaz* en Nav., derivados de *gesal, gezal* «salitre, nitro», «salmuera», «agua de mar».

Aunque la sonorización de las oclusivas iniciales no ha alcanzado la misma extensión que la conservación de las sordas intervocálicas *(Caparroso,* Nav., ha mantenido la sorda interior a pesar de vacilaciones como *Cabarross* en 1091, *Cabarrosso* en 1171), el fenómeno ha tenido una gran importancia. En Guipúzcoa y en la zona de habla vasca de Vizcaya son muy escasos los nombres de poblaciones como *Tavira* con sorda inicial, si se exceptúan los ya citados de tipo *Tolosa* o *Cortézubi* explicables por su origen tardío. También en el País Vasco francés constituye *Cambo* una excepción.

8. En posición intervocálica se mantienen inalteradas en principio. En algunas zonas dialectales (suletina, bajo-navarra y, en menor grado, labortana) aparecen en algunos casos como aspiradas.

Esta conservación distingue el área vasca de las regiones románicas vecinas que, con la excepción de la zona pirenaica, sonorizan las oclusivas sordas en esa posición:

Lap(h)urdi, LAPURDUM (Not. Dign.). Existe también la variante *Laburdi* (rom. *Labort, Labourd).*

Ripa (Nav.) < *RIPA,* cf. *Ribavellosa* en la Rioja alavesa (año 1025 *Ripavellosa).* También en Nav. *Erripave* (año 1207); *Molinar de Ripa gorria* en Alloz,frente a *Riba alua* en Los Arcos (Lacarra, *RIEV* XXI, 252 ss.).

Sanctum Jacobum uocant Jaona domne Jacue (Aym. Picaud), ap. *Jacue;* cf. cast. *Yagüe.*

Luco (Al., en 1025 *Lucu)* < *LŪCU*, cf. *Lugo* en Galicia, cat. *Lluch*, etc.

Opacua (Al., en 1025 *Opaucu)* < *OPĀCU* «sombrío, obscuro» (*REW*³ 6069), prov. cat. *ubac*—ap. *Ubach*—, arag. *bago*—ap. *Bago*—, piren. *paco*, vasc. ronc. *pako* «lugar sombrío» (1). Con sonorización, *Ubago* en la Navarra romanizada (ya en 1209); cf. ribagorzano *ubago* «umbría».

Paternain (Nav.) < *PATERNUS* (C. Baroja, *Mat.* 75 y 134-135).

Paternina (Al.), en 1025 *Paterniana*, cf. cast. *Villapadierna.*

Suf. *-eta (Zubieta*, etc.), lat. *-ETUM*, pl. *-ETA*, cast. *-edo, -eda: Fresneda* (Al., en 1025 *Frasceneta), Pinedo* (Al., en 937 *Spineto, CSM* 29) (2).

9. Se sonorizan tras nasal o *l:*

Zalduhondo (1025), hoy *Zalduendo* (Al.) < *SALTU*, cast. *soto*, vasc. *zaldu*, ronc. *zaltu*. En un documento navarro anterior a 1073, referido al Aralar: «... soto uno, que dicitur a rrusticis *Aker Çaltua*, nos possumus dicere saltus ircorum.» Está representado en la

---

(1) «En certains endroits de la chaîne pyrénéenne il existe un terme particulier, *bago* (que l'on explique par le latin *opacum)*, pour désigner le pâturage qui par sa situation est toujours (ou presque toujours) à l'ombre.» H. Gavel, *Homenaje a Carmelo de Echegaray*, 667.

Opaku se empleó sin duda como apelativo en una zona vasca: además de la población y del puerto alavés (sierra de Encía), hay términos de ese nombre en Metauten y Zufia (Nav.) y una advocación de la Virgen, Nuestra Señora de Opacua, en Guesalaz (Nav.). Hay también un monte, *El Opaco*, en Urraul Bajo (Nav.).

(2) Las excepciones a la conservación de las oclusivas sordas intervocálicas habrán de atribuirse a influencia romance. Así *Albóniga* (Bermeo, Vizc.), doc. *Albonica (CSM* 281, año 1093), pop. *Almikä*, Cf. *Artiga*, barrio de Bermeo, y *Artigas* en San Sebastián, frente a *Artika*, barrio de Izpaster (Vizc.), y actual *Artica* (Nav., en 1239 *Artiga).*

toponimia vasca de la Rioja y Burgos. (O. de Apraiz, *Yakintza*, 1934, 458-460.)

Antr. *Gendulli* (año 952, *CSM* 48, Al.; *FHC* III, 14, *de illa defesa*, año 964); *Guendulain* (Nav.), en 1092 *Gentulain*, en 1099 *Guetulain* < *CENTULLUS*. El antr. *Centolle* está abundantemente representado en el *CSM*.

Se pueden apoyar en este cambio algunas etimologías:

Aldura (monte, Guip.) < *ALTURA* (v. R. Menéndez Pidal, *Orig.* 102 y 408); cf. *Mendialdua*, caserío y barrio de Gauteguiz (Vizc.).

Argandoña (Al., en 1025 *Argendonia)* < **ARGENTONIA*. (Cf. Menéndez Pidal, *Top. prer.*, 216 para *Argandoña* en Cuenca.)

En documentos medievales se transcriben con sorda tras nasal o *l* algunos nombres que luego presentan una sonora en su lugar:

Aldunate (Nav.), doc. *Altunate* (año 1093), *Ytur Altunat* (1097), *Altunet* (1101), *Aldunate* (s. XI), *Aldunat* (1099), *Aldunet* (1102).

Durango (Vizc.), doc. *Turanko* (1053).

Elguea (Al., cf. *Elgueta*, Guip.), doc. *Helkeguren* (Al., año 1025). Acaso esté relacionado con *OLCA (REW*³ 6050), v. Meyer-Lübke, *RIEV* XV, 221 nota. Tienen probablemente el mismo origen *Elcano* en Guip. *(Helcanno* en 1025) y Nav., y doc. *Elcart(e)*, hoy *Elcarte* en Nav.

Mendinueta (Nav.), doc. *Mentinueta, Mentineta.*

Munguía (Vizc.), doc. *Munchiensis (CSM* 151, año 1051), *Munkia* (1082 y 1093, *CSM* 247 y 281).

Encontramos también *Petralda* (1006 y 1084) junto a *Petralta*, más abundante (hoy *Peralta*, Nav.), y *Sancuessa, Sanchuessa* junto a *Sangossa, Sanguossa, Sanguessa* para la actual *Sangüesa*. Aunque en algunos casos se trate de falsas restituciones (como lo es verosímilmente *ankelo* en *gideri momez de ankelo*, año 1053, Vizc.), siempre son indicio de que los escribas tenían conciencia de que la sonora en esa posición podía representar una sorda anterior.

Esta sonorización se da también, como es bien conocido,

en una zona bearnesa y alto-aragonesa. Pero, de una manera curiosa, los dialectos vascos más próximos a ella, el roncalés y el suletino, no han sonorizado:

of. *Roncal*, vasc. *Erronkari;*

of. *Vidángoz* (Roncal), vasc. *Bidankoze;*

sul. *Althabe*, vasc. común *Aldabe*.

Los nombres románicos de poblaciones de fundación real tardía no han sonorizado en sus formas populares. Así, en Guip., *Rentería*, pop. *Errenteria*, *Villafranca*, etc.; en cambio lab. pop. *Milafranga*, probablemente porque existía en el habla la forma *frango* «bastante» (guip. *franko*, *pranko*).

Quedan por explicar formas no sonorizadas: *Altube* (ya en 1089 Al., *CSM* 276), *Altuna*, posiblemente préstamos tardíos (de *ALTU*). Esta explicación sirve quizá también para *Elcano* (v. arriba). Las formas documentadas de *Zubielqui* (Nav.) acusan vacilación (*Çubielqui* en 1097, *Zubielgui* en 1175): su segundo elemento parece el participio *elk(h)i*, *jalgi* «salido, sacado», formado con el suf. *-ki*. En otros casos, como el ap. *Alcorta*, la *l* es producto de una disimilación presumiblemente tardía (< **arr(i)-korta*).

La evolución del grupo *-alt-* (> vasc. *-ald-*) es muy distinta en cast. (*-alt-* > *-aut-* > *-ot-*): vasc. *zaldu*, cast. *soto*, gall.-port. *souto*. La fase romance intermedia aparece conservada en los apellidos vizcaínos *Sauto*, *Sautu(a)*, *Sautuola* (O. de Apraiz, *Yakintza* 1934, 458-460). Cf. también:

Ripalda (Salazar, Nav.; en 1115 *Ripalta*), pop. *Errepalda* (< *RIPA ALTA*) frente a *Ripaota* (1025) en la zona romanizada de Alava y *Rivota* actual (Mena, Burgos).

La vocalización de *l* ante consonante se da también en los dialectos franceses meridionales próximos al País Vasco: of. *Sauguis* (Soule), vasc. *Zalgize*. Como faltan completamente otros ejemplos vascos, no parece admisible la etimología que para *Ova* propone Menéndez Pidal (*Orig.* 103), dada la situación de la aldea vizcaína.

10. *a)* Las oclusivas sonoras, empleando este término en el sentido limitado que más abajo se indica, se conservan

por lo general, tanto en posición inicial como en interior de palabra:

Γέβαλα (Ptol.), actual *Guevara, Guebara* (Al.).

Heredia (Al.), doc. *Deredia, Heredia* < *HEREDIU*, pl. *HEREDIA*. Cf. también Δηούα (Ptol.), actual *Deva*, río y población en Guip.

Como es sabido, lo que llamamos oclusivas sonoras se realizan como oclusivas o espirantes, según la posición, con una distribución muy parecida a la del español de hoy. La pronunciación fricativa de la *b* está claramente descrita por Oihenart a mediados del siglo XVII.

No hay indicios que apoyen la presunción de que el vasco medieval distinguiera entre *-b-* oclusiva y *-u- (-v-)* fricativa como el cast. de aquella época. En los documentos se emplean casi indistintamente las dos letras *(Zabal-* y *Zaval-, Ibar-* e *Ivar-, -barri* y *-varri*, etc.), lo que parece probar que no había más que un fonema y que la realización corriente de éste en posición intervocálica era una fricativa.

b) La sonoridad no debía ser una de las características constantes de su realización: en este sentido parecen apuntar los casos de alternancia *-b-/-f-*, que son bastante frecuentes. La consonante además se pierde muchas veces:

in uilla Nunno-falzahuri (CSM 237, año 1078): cf. vasc. *baltz, beltz* «negro».

Cestafe (Al.), vasc. actual *Estabe*, doc. *Zeztave* (año 871); cf. *Mendife*, término de Alsasua y Ciordia (Nav.) (L. de Eleizalde, *RIEV* XXIV, 287).

Vasc. *zubi* «puente»: en *CSM* 91, *Arzubiaga*, pero *Zuffia* y *Zuhiabarrutia*, hoy *Zuya*, cf. también *Zufía* en Nav. La evolución ulterior del *Zuffia de suso* de ese documento está bien atestiguada: *Zuhigutia* (año 1223), *Çoygoitia* (1257), *Zuigoitia* (1338), *Cigoitia* (1427 y actual) (O. de Apraiz, *RIEV* XV, 307).

Zufiuri (CSM 43, año 947), *Zophiuri* (s. XIII), hoy *Cihuri* (Logr.). Cf. también *Goizuuieta* (segunda mitad del siglo XII), hoy *Goizueta* (Nav.).

En el caso de of. *Navarra*, vasc. *Nafarroa, Naparroa*, adj.

nafar, napar «navarro», las formas con *f* aparecen en los textos más antiguos y ya en los documentos medievales: *Naffarrate* (Al., 1025), actual *Nafarrate, Nafarruri (CSM* 200, año 1070, Rioja), antr. *Ama Nafarra (CSM* 196, año 1096, Grañón).

c) Del mismo modo, *-bb-* latino está representado por vasc. *-p-*, y no por la sonora correspondiente (cf. vizc. *zapatu* < *SABBATU)*. Para la toponimia son importantes los representantes de *ABBAS ABBATE* y *ABBATIA:*

Apatamonasterio (Vizc.).

Apategi (zarra y *berria)*, caseríos de Motrico *(Anuario de Eusko-Folklore* VIII, 10).

Aphat, Aphataréna arroyos de B. Nav.; *Aphat-Ospital* (B. Nav.), *Hospitale et oratorium de Apate* (año 1194), *Apaytia* (1253) (J. de Jaurgain, *RIEV* VII, 417-418).

Sul. *aphatía* «castillo», p. ej. *Zalgize-Appatia;* hay también *Appatie* en el Béarn (en Accous y Bedous, Aspe).

Pero *Abadiano* (Vizc.), pop. *Abadiño (Vadiano, CSM* 281, año 1093).

Acaso haya que aproximar a los anteriores el antr. *Abayza, Abeiza, Abeza* de documentos castellanos: *Abeiza abba* (año 926), *Abeza presbiter* (año 943) y también *Hapaz* (año 974); cf. *Appatiz* (año 945-950, de Villabáscones). Parecen relacionados con el vasc. *apaiz, ap(h)ez* (< *apaez)*, que es seguramente un préstamo.

Aparece asimismo una sorda vasca en lugar de un grupo de consonantes sonoras (cf. vasc. *gutizia, kutizia* < a. cast. *cobdicia)* en *ap(h)al* «humilde» y, con valor adverbial, «hacia abajo» (ronc. *bi urtetarik apal* «de dos años para abajo», *Matth.* II, 16), que puede muy bien proceder de *AD VALLE* (K. Bouda, *E.-J.*, IV, 52 n.): *Aphala* arroyo y *Aphalen* monte en el País Vasco francés.

d) Entre los cambios de las oclusivas sonoras es de particular importancia el paso de *b-* (que en los préstamos puede proceder también de *p, f* o *v)* a *m-*. En ciertos casos el cambio parece condicionado por la presencia de otra nasal en el interior de la palabra, pero en otros muchos no es posible de-

terminar su causa. El fácil intercambio de *b-* y *m-*, que se puede observar aún en nuestros días, lleva acaso a pensar que la nasal labial pudo no ser en otro tiempo más que una variante fonética de *b*.

Motrico, pop. *Mutriku* < *(TRITIUM) TUBORICUM* (o *TUBOLICUM)*, por intermedio de **BUT(O)RICU* (G. Bähr, *B. und I.*, 36).

Mañaria (Vizc.) < *BA(L)NEU*, cf. *Bagnères, La Bagnère* en el S. de Francia.

Biarritz, vasc. *Miarritze*.

En el interior de palabra, la alternancia *b/m* es debida generalmente a fenómenos de asimilación o disimilación de nasalidad:

Of. *Alboniga* (Bermeo, Vizc.), pop. *Almikä*.

Of. *Armendarits* (B. Nav.), doc. *Armendari(t)z* y *Arbendaritz*.

Pero también se da en otros casos: *Çumelegui* (Vizc., año 1053), *Zumelzu* (Al., en 1025 *Zumulzu)*, frente a *Zubelzu, Zubeldia;* vizc. *zumel* «carrasca, coscoja», que parece un compuesto de *zu(r)* y *-bel*.

LUIS MICHELENA.

(Continuará.)

Reseñas de libros.

Bibliographie critique de la Statistique linguistique, par PIERRE GUIRAUD, revisée et completée par THOMAS D. HOUCHIN, JAAN PUHVEL et CALVERT W. WATKINS sous la direction de J. WHATMOUGH, Publications du Comité de la Statistique linguistique, II, Editions Spectrum, Utrecht Anvers, 1954. Un volumen de XIX + 123 páginas.

La estadística lingüística, que principalmente en lo que va de siglo ha servido para grandes y diversas tareas, ya había sido objeto de una *Tentative Bibliography*, publicada en la misma editorial que la presente en 1950 y debida al lingüísta checoslovaco B. Trnka. Ahora, gracias a la actividad de P. Guiraud, de la Universidad de Groninga, disponemos de una, muchísimo más extensa, que abarca los campos más distintos: fonética y semántica (incluída, en ésta, la teoría de la comunicación), sintaxis y morfología, métrica y aplicación a problemas literarios... El material se ordena en secciones y así es fácil de encontrar, aparte de que hay índices de autores y de escritores que han sido objeto de investigaciones estadísticas.

Para nosotros los filólogos clásicos, esta obra tiene un gran interés. Es en nuestro campo (después del de los escrituristas) donde se han producido las primeras concordancias e *indices uerborum*, y donde, por ejemplo, para determinar la cronología de los escritos platónicos se ha acudido a la estadística de las conjunciones, etc.

Ya se encuentran en este libro las referencias a las primeras muestras de la glottocronología de Swadesh y otros lingüístas norteamericanos, y sobre la cual debe verse el fascículo a ella dedicado en el *International Journal of American Linguistics* de 1955.

La aplicación de la lingüística a los poetas modernos resalta en las numerosas obras que al tema ha dedicado P. Guiraud. A los jóvenes que buscan tema para tesis, lo mismo en el campo de la filología clásica que en las lenguas modernas, les inspirará mucho la lectura de este repertorio. Al mismo tiempo, haremos notar la escasez de nombres españoles en este campo, en el que casi sólo aparece Navarro Tomás.

La aplicación de métodos numéricos a la lingüística, que podía aparecer hace unos años un rasgo de la lingüística norteamericana (véase mi librejo: *Lingüística y filología clásica*, p. 139), hoy se ha universalizado, y una medida de su utilidad es este incitante repertorio.

A. T.

HANS KRAHE.—*Sprache und Vorzeit.* Quelle & Meyer, Heidelberg, 1954. Un vol. de 180 páginas.

Pocas personas tan indicadas como el autor de este libro para ofrecer un resumen de lo que sabemos de la prehistoria de Europa a partir de los resultados de la lingüística. Se basa exclusivamente en ésta, como ya indica desde el prólogo, con expresa renuncia a combinar sus resultados con los que dan otras ciencias. El libro está dirigido a un público más amplio, no exclusivamente de especialistas, y el aparato erudito es reducido. La parte general con que el libro se abre es una exposición del valor que tiene la lingüística como documento histórico, y un resumen de lo que el comparatismo ofrece de sólido, basado en los métodos tradicionales de la lingüística histórica. Poco puede señalarse aquí como no asegurado y discutible; todo forma parte del tesoro científico firme y logrado.

Krahe acepta las últimas revisiones de estos temas, por ejemplo la de P. Thieme, reseñada por nosotros en estas páginas (EMERITA XXII p. 287 s.) acerca de la «patria» de los indoeuropeos, y viene a coincidir también con la reciente obra de W. Porzig (EMERITA XXII, pp. 284 ss).

Lo que hemos de lamentar en el libro de Krahe es el descuido en que sigue dejando muchos hechos lingüísticos indoeuropeos que se acusan en nuestra Península, así, por ejemplo, cuando cita (p. 39) casi como sinónimos los conceptos de celta continental y galo, olvidando el celtibérico, o cuando en la enumeración de formas indoeuropeas en las que entra **teutā* (p.66) olvida las que yo reuní (*Zephyrus* I p. 34 s.), y por cierto que las formas *Tautā-* por mí señaladas en nuestra península, coinciden no sólo con el báltico, sino casi con el mesapio (*taotinahiaihi, taotoras*), por mí olvidado, o cuando en las formas de *lang* desconoce el topónimo *Segontia Langa*, atestiguado en Ptol. II 6,55 en formas que oscilan: Σεγορτία Λαγκα, Σεγορτιαλάκτα, Σετορτία Λάκτα etc., pero que se puede corregir con la moneda celtibérica (Hübner *MLI* núm. 95, Vives. *La moneda hispánica n.* 76, II p. 146) *Se°/gotias la°/gas*, identificada con el actual pueblo de *Langa* de Duero, en Soria.

El resumen que el autor ofrece de sus estudios sobre la hidronimia europea (pp. 48 ss.) es de lo más concluyente, y refleja hasta dónde po-

demos llegar con el estudio de la onomástica. Es idea de Krahe, ya defendida en una exposición magistral (v. reseña de la misma por F. Rodríguez Adrados en esta revista, XX, p. 528 s.) que las lenguas indoeuropeas occidentales formaron una unidad, que él propone se llame «alteuropäisch», y cuya existencia, aun sin dividir en dialectos, puede rastrearse en los nombres de ríos.

A partir de esta idea, y prescindiendo de los últimos restos que quedan aún del árbol genealógico de Schleicher, Krahe presenta unos puntos de vista del mayor interés sobre el problema de las relaciones entre germanos, celtas e itálicos, y una aclaración, que yo creo definitiva al problema del «itálico». Este último se formula, a mi juicio, hoy sobre dos afirmaciones: 1.ª latino-falisco y osco-umbro se presentan como dos grupos de dialectos portados a Italia por dos invasiones distintas, 2.ª la diferencia entre uno y otro grupo puede estimarse cuantitativamente como *mayor* que la que existe entre, por ejemplo, los dialectos griegos, que sabemos históricamente que entraron en Grecia con diferencias de quizá 600 ó 700 años, pero *menor* que la que existe entre el osco-umbro y el celta, o el griego y el ilirio o el tracofrigio. Ello se puede explicar por haber continuado el grupo que más tardíamente se lanzó sobre Italia (los osco-umbros) en contacto con gentes muy variadas, en pleno movimiento, lo que reforzó sus coincidencias con el germánico y el ilirio. Es lástima que Krahe, en sus comparaciones de pares de lenguas, conforme al método con gran éxito iniciado en su monografía sobre el véneto (EMERITA XIX, p. 304 s.), haya renunciado a operar por separado con el grupo osco-umbro, y con el grupo latino.

La conclusión a que en este punto llega (p. 98 cf. p. 89) es que así como no hubo unidad «italo-céltica», tampoco puede hablarse de unidad «itálica», absorbiendo en uno el latín y el osco-umbro. Hubo, sí, tanto en una supuesta «unidad» como en la otra una cierta comunidad de elementos en los que iba apuntando una cierta caracterización dialectal, luego especificada de modo diverso en oleadas distintas.

En cuanto al problema ilírico, Krahe se inclina por el momento (p. 100) a identificar la capa iliria con la «europea antigua», o sea una etapa indiferenciada en la difusión de los indoeuropeos. Sin embargo, la arqueología (cf. *Zephyrus* VI, p. 194 ss., sobre materiales yugoeslavos reseñados por Pia Laviosa-Lambotti), nos advierte de la importancia de las zonas ilirias en sentido estricto para la formación y difusión de culturas y tipos cerámicos en la época del bronce y del hierro.

En resumen, se puede calificar de fundamental el libro de H. Krahe. Su exposición de las invasiones indoeuropeas en Grecia, las notas sobre la indoeuropeización de Italia, y las (más pobres) sobre la de Hispania, sus nuevas observaciones sobre la fecha de la Lautverschiebung germánica (p. 142), su ordenación de infinidad de datos toponímicos (al libro le falta un índice alfabético de palabras y nombres propios), sus

hipótesis sobre la primitiva ubicación respectiva de los antepasados de los dialectos indoeuropeos, todo revela al maestro sólido, prudente, seguro, y capaz de llegar a una síntesis clara.

A. TOVAR.

A. J. VAN WINDEKENS.—*Contributions à l'étude de l'onomastique pélasgique*. Bibliothèque du Muséum, Volume 35. Lovaina 1954. Un vol. de VIII + 75 páginas.

El autor, conocido por su trabajo de conjunto sobre la lengua pelásgica, es decir, un dialecto indudablemente indoeuropeo que se acusa en la toponimia y nos da las etimologías de muchas palabras que existen en griego, recoge en este fascículo una serie de estudios.

En primer lugar señala que si bien es verdad que los topónimos en *-nd-* predominan en Asia Menor, y los en *-nth-* en el continente europeo, la línea no es del todo tajante, sino que se dan en Macedonia *Sindos*, *Alíndoia* etc. así como parece que formas en Italia (a mí éstas me parecen dudosas, como *calendae*!). Otro capítulo está dedicado al análisis de ciertos elementos, como *-(k)ynthos*, *-(s)arna-*, *-kyrn-*, *-karn-*, *-sinth-*, etc. En ellos, las etimologías oscuras la mayor parte de las veces, y las analogías y falsas particiones de raíz y elementos de derivación, no permiten llegar a soluciones concluyentes.

En un capítulo dedicado a la etimología de *Korybantes*, el autor recoge una serie de topónimos que apoyan la explicación de basar este nombre en *kyrb-* «sommet en forme de pointe». Serían los sacerdotes «pourvus de quelque coiffure en forme de pointe». También se detiene van Windekens en explicar el nombre nacional de los *frigios* a base del verbo *bher-*: serían «Aufführer heiliger Tänze in Nachahmung heiliger Dämonen», en el sentido ya defendido por Fick.

Quizá mayor interés tiene el acercamiento *Ardettós* gr. Ϝορθός, y algunas otras de las explicaciones de topónimos que siguen: *Sunion*, comparable por una parte a pelásg. σωλήν y por otra a gr. χῶος; *Amnisós*, que es evidente puede explicarse por lat, *amnis*, air. *abann*, etcétera; *Acheles*, *Achelõios*, como el nombre de *Aquiles*, relacionable con lat. *aqua*; *Lindos*, comparable a air. *lind* «estanque», isl. *lind* «fuente».

El problema general del pelásgico no queda aclarado en este trabajo, pues si el griego se hablaba en Knossos y en Pylos en el siglo XIV, no sabemos realmente cuándo pudieron dejar en la toponimia de Grecia huellas estos dialectos que presentan rasgos como la *Lautverschiebung* que son relativamente modernos. Nos quedaría por determinar la extensión que comprenden geográficamente tales nombres, y su posible distribución en capas. Por su parte, van Windekens ha tra-

zado al fin de su trabajo un valioso índice de datos fonéticos y sobre la formación de nombres, y algunas observaciones de interés: la ubicación del «pelásgico» entre el germánico y el balto-eslavo y la significación de ciertos términos culturales.

El problema que plantea esta problemática lengua indoeuropea está lejos de la solución, pero es innegable que la hipótesis pelásgica es un necesario elemento de trabajo en la etimología y la toponimia de la Hélade.

A. T.

E. ADELAIDE HAHN: *Subjunctive and Optative, Their Origin as Futures*. Philological Monographs published by the American Philological Association, Number XVI, New York 1953. XVIII por 157 pp.

La autora, que dedica su obra a la memoria de Sturtevant, parte de un estudio especial que hizo del subjuntivo y optativo en Homero, en el que creyó descubrir para ellos valor de futuros. Ha sido por sugerencias del director de la colección de estas Monografías como el tema se ha ampliado y ha tomado cuerpo en un volumen y en la fijación de una tesis que en resumen se formula así: «Originariamente los «modos» eran tiempos, y los «tiempos» eran aspectos».

Una revisión de las ideas de autores comparatistas, de Delbrück a Schwyzer, lleva a la autora a desear nuevos progresos, y convence al lector de que la última palabra no está aún dicha.

El estudio del subjuntivo latino, por el que miss Hahn comienza, pone en tela de juicio las bases mismas de la sintaxis comparada, tal como las planteó Delbrück, pues la distinción entre optativo y subjuntivo, según se muestran en ático, no parece pueda legítimamente extenderse a todo el indoeuropeo común. La aplicación que Hale hizo de las ideas de Delbrück al campo del latín queda sin fundamento (p.17). Morris, desde 1898, comenzó a partir de un examen de los hechos latinos para negar fundamento a la aplicación aquí de las ideas delbrückianas de un «Grundbegriff» optativo o subjuntivo que en cada caso hubiera que buscar para el subjuntivo en latín.

La autora se inclina a pensar que en indoeuropeo el subjuntivo y el optativo «were really closely allied but *not* identical, being, as I have already indicated (§11), a more vivid and a less vivid future respectively..... And in Greek alone the divergence was intensified, demonstrably developing from Homeric to Attic» (p. 22).

El criticismo de la autora frente a la bibliografía que consideramos aún clásica y en plena vigencia es una prueba de que hemos entrado en una crisis que ha de ser fecunda. Léase su crítica de J. B. Hofmann en cuanto a la distinción de subjuntivo e indicativo como modos «de

la representación» y «de la realidad» y se aprenderá a examinar los hechos sin dejarse llevar de los criterios de autoridad.

Igualmente renovador es el examen que la autora emprende del subjuntivo en *-a-* en las diferentes lenguas y del injuntivo supuesto por Delbrück. Propone miss Hahn que prescindamos de este concepto y que veamos un antiguo pasado de indicativo con *-ā-* como en latín *eram*, gr. ἔτλᾱν, osco *fufans*, air. *ba*, lit. *búvo*, aesl. *bą*. Tales formas sustituyen en latín a verdaderos «optativos», como *prohibeat* a *prohibessit*, *audeat* a *ausit*, etc. Y en ellas cabe distinguir subjuntivos presentes (sobre el tema), como *ferat*, *attingat*, *ueniat*, de subjuntivos aoristos (radicales), como *tulat*, *attigat*, *aduenat*. Este último tipo cree la autora que es el primitivo, y nos explica el valor de pretérito que tenían tales formaciones en *-ā-*.

Para remontarse a las épocas más primitivas, la autora se basa en la conocida hipótesis de Sturtevant de una era indo-hitita, anterior al indoeuropeo común. Anotemos la salvedad que hallamos, sin duda para lectores no norteamericanos: «I accept the Indo-Hittite hypothesis as maintained and defended by Sturtevant and Goetze in opposition to Pedersen and Bonfante. But those who do not do so may, so far as may present thesis goes, simply substitute the conception of an earlier form of Indo-European for what I call Indo-Hittite, provided they are willing to admit that Hittite is closer to the parent-tongue than the «other» Indo-European languages» (p. 52 n.).

La importancia de las partículas modales en hetita la conduce a creer que esto era una particularidad del indoeuropeo más primitivo, es decir, del indo-hetita, mientras que el valor modal de las simples terminaciones sería una adquisición indoeuropea posterior al desgajamiento de aquella lengua. Las vacilaciones en védico en cuanto a la negación con *mā* o con *na* y sus modos (p. 55) serían una prueba del estadio primitivo. Y del mismo modo, la regularidad que se observa en ático, frente a la irregularidad homérica, prueba que se trata de un desarrollo propio y secundario.

La morfología de las lenguas indoeuropeas acude a la discusión de estos temas, y, por ejemplo, en latín el futuro *dixo* se explica por la autora como un subjuntivo con valor temporal como tambien lo son los subjuntivos *dices*, *audies*, *ero*; finalmente son igualmente perifrásticos los futuros en *-bo* y la variedad perfectiva *amauero*, cuyo elemento *-is-* está relacionado con la *-s-* del aspecto puntual del subjuntivo indoeuropeo tal como aparece en el futuro λύσω. Tales formas serían todas las de un «subjuntivo» en el que se expresara una futuridad vívidamente representada.

El subjuntivo sin *-s-* como en gr. λύω λύῃς o aorístico λύσω λύσῃς tiene en latín las formas en *-im*, las formas en *-em* y las en *-am*, respectivamente de un optativo indoeuropeo, de un sub-

juntivo u optativo, y de un sustituto indicativo por subjuntivo.

Para un tercer futuro adjudica la autora las formas de opt. en *-i-* o gr. *-oi-* o lat. imp. subj. en *-re-* correspondiente al aor. eolio λύσειας Todas estas clases y matices de futuro no formarían un esquema rígido fácil de reducir a sistema (p. 74).

La tercera parte es más bien filológica, y en ella la autora alega multitud de textos homéricos para estudiar el valor y uso de subjuntivo, optativo y futuro, para llegar a la conclusión (p. 109) de que todo ello obedece a una verdadera concordancia de tiempos (pues a tiempos se reducirían, según ella, los modos), que es la que nos explicaría el sistema regulador del aparente desorden. De la misma manera estudia los textos del latín ántiguo, en especial de Plauto, para llegar igualmente a la conclusión de que la asimilación modal es sencillamente un fenómeno del mismo tipo que la *consecutio temporum* (p. 131).

Un resumen termina el libro.

Llegados al final de esta reseña, ¿cómo tomaremos posición de una manera que no sea precipitada, frente a tantas novedades? Evidentemente que partiendo del hecho de que mucho de lo que nos parece sólida ciencia en gramática comparada está sujeto a revisión. El método mismo de la sintaxis comparada, con sus ideas de descubrir la «construcción primitiva» o el «tipo originario», es lo que se convierte en tela de juicio.

Desde este punto de vista crítico, como en cuanto a señalar la fecundidad de posiciones que ya apuntaron en la bibliografía, y que fueron descartadas como heterodoxas, el trabajo de miss Hahn es interesantísimo. En cuanto a su contribución constructiva ya nos parece más problemático: así cuando parte de que el verbo hetita, sin modos y sin futuro, representa un estadio primitivo común, o cuando supone que los modos, tiempos y aspectos en los períodos primitivos del indoeuropeo podían existir fuera de un verdadero sistema, o cuando de los hechos estilísticos (es decir, literarios) de la lengua homérica o plautina pretende deducir equivalencias o verdaderos «Grundbegriffe».

A. T.

GIGANTE, MARCELO.—*La costituzione degli Ateniesi. Studi sullo Pseudo-Senofonte.* Giannini, Napoli, 1953, 199 páginas.

En la interesante obrita de Gigante, que viene desde hace tiempo dedicando parte de sus labores filológicas al estudio de la apasionante Ἀθηναίων Πολιτεία, encontramos una serie de utilísimos estudios en torno a dicha obra: una traducción del texto íntegro; un capítulo dedicado al proemio y, en general, al criterio que ha presidido la

composición del tratado en relación con la ideología de su autor; un bien trazado paralelo entre el Pseudo-Jenofonte y Teognis (cf. ahora, e independiente, mis consideraciones en la obra colectiva *El concepto del hombre en la antigua Grecia*, Madrid, 1955, 22-30), que deja ver muy claramente la evolución en la terminología política no siempre igual; otro capítulo sobre el derecho del más fuerte como intuición fundamental del viejo oligarca y sobre la estrecha relación, ya demostrada por Frisch, entre el pensamiento político del anónimo y el de los sofistas; sendas secciones, cuyas conclusiones son más bien de carácter negativo, sobre los dos graves problemas de fecha y atribución; otra, quizá lo más original e interesante de la obra, acerca de los problemas que plantea la Πολιτεία en parangón con el certamen de las formas de gobierno de Heródoto III 80-82; un capítulo dedicado a exponer una interpretación propia para III 11; y cuatro apéndices sobre el léxico político del Pseudo-Jenofonte comparado con el de Aristóteles, particularidades estilísticas, coincidencias con Tucídides y un paralelo, no demasiado convincente, entre los párrafos 21-23 del *Gallo* de Luciano y ciertos pasajes del oligarca.

El librito está bien escrito y demuestra gran dominio de los temas tratados: muchas de sus afirmaciones, como aquella de que la obrita debió de nacer ya anónima (la comparación con un caso análogo de Fichte es muy curiosa), resultan casi irrebatibles. En cambio, nos decepcionan un poco los límites tan amplios (431-411) que fija como conclusión demasiado tímida acerca del problema cronológico (debo, sin embargo, reconocer que yo tampoco concreté más en *Revista de la Universidad de Madrid*, I 1952, 226-227); y el entretenerse en refutar seriamente las disparatadas atribuciones a ambos Tucídides de Nestle y de Moritz Schmidt y otros varios es quizá nada más que gastar tinta y papel en vano.

En cuanto a cuestiones textuales, la defensa de μείζους en II 1 convencería más si tuviera Gigante otros paralelos que no fueran un solo lugar, y ese no muy claro, sacado de Heródoto por Meyer para aplicarlo al caso; también podríamos hablar largo de I 11, pero prefiero hacerlo en otro lugar. Y en cuanto a III 13, es raro que Gigante siga acogiendo la interpretación tradicional («non sono coloro che per giusti motivi... bensí quei pochi che siano stati...»): yo creía que mi nota de *Aeg.* XXXII 1952, 382-388, aunque no aportara grandes cosas positivas, bastaría para demostrar que el camino había que buscarlo en otra dirección

Y ya que he empezado a hablar de mi humilde persona, aprovecho el lugar para una pequeña observación que sólo de rechazo toca Gigante. Este dice, en nota al pie de página 7, que mi texto (edición de Madrid, 1951) se adhiere no sé si al de Marchant solo o a los de Kalinka y Marchant: la afirmación no es enteramente inequívoca, y

debe corregirse en el sentido de que mi texto, como los de casi todas las ediciones críticas que en el mundo han sido, elige entre las lecciones dadas por mis predecesores (estos dos y otros) introduciendo alguna que otra vez una pequeña novedad acertada o no. En fin, la cosa no tiene importancia, porque Gigante procede correctamente y con la mejor intención; pero no es el mismo el caso de den Boer, en su reseña *(Mnemosyne* VI 1953, 161-162) que he calificado en otro lugar de «modelo de mala voluntad y cerrazón de ideas». Este señor, que ha salido a la palestra con la idea preconcebida de echar por tierra una publicación que no le gustaba, dice que mi texto no merece comentario especial, pues «apenas difiere del publicado por Frisch en 1942». Pues bien, alegaré tan sólo lo siguiente: *a)* que Frisch introdujo en su texto cuatro conjeturas originales, en II 11, II 17 (bis) y, de manera vacilante y reducida al aparato, en III 1, de las cuales no acojo tres, y en la cuarta (II 17) acepto su ὑπό του ἀδικῆ como un «Notbehelf» anotando en el aparato *quod dubitanter accepimus* y diciendo en las notas a la versión que «el texto no ha podido ser sanado todavía de manera convincente»; *b)* que, en un brevísimo texto, discrepo de Frisch en catorce lugares (I 2, 5, 11, 13, 18, 20, dos veces en II 1, II 5, 7, 9, III 8, 11 y 12), es decir, en una gran parte de los pasajes difíciles; y *c)* que, a pesar de ser una edición modesta desde el punto de vista crítico, me he permitido introducir conjeturas propias en I 11 y II 7, aparte de III 6 y III 13 insinuadas en aparato o notas. ¿Es esto «no diferir apenas»?

Pero volvamos a cosas y gentes serias, y perdóneme el lector y, sobre todo Gigante, la digresión. No resta, creo, más que indicar un pequeño número de erratas (léase ἀπάται en pág. 33, 12 y corríjase mi propio nombre en 7, 3 f. y 147, 3 f.) y felicitar muy sinceramente al autor por este trabajo que hace honor a la gran talla política del viejo oligarca.

MANUEL F. GALIANO

HOFFMANN-DEBRUNNER.—*Geschichte der griechischen Sprache*, I Bis zum Ausgang der klassischen Zeit, Sammlung Göschen Band 111, Walter de Gruyter & Co., Berlín, 1953, 156 páginas. ALBERT DEBRUNNER.—*Geschichte der griechischen Sprache*, II Grundfragen und Grundzüge des nachklassichen Griechisch, Sammlung Göschen Band 114, Walter de Gruyter & Co., Berlín, 1954, 144 páginas.

Si se quiere medir el límite alcanzado por la lingüística histórica, la perfección de sus métodos y la seguridad de sus construcciones, bien se puede tomar como modelo esta obra. El clásico librito de Otto Hoffmann había quedado incompleto, con sólo un tomo primero,

a pesar de sus dos ediciones. Debrunner (II p. 132) explica muy bien el porqué, al señalar que la filología del siglo pasado se concentró de manera especial en los clásicos, dejando al siglo xx como tarea la de acercarse a la época helenística con simpatía e interés, «por su carácter epigonal, el realismo y la mezcla de estilos, el arte del pormenor y el pathos, los grandes horizontes y la universalidad cosmopolita», caracteres que apuntan también, sin duda, en nuestra época.

El tomo primero de esta reedición de Otto Hoffmann ha sido profundamente rehecho por Debrunner y, realmente, puesto al día. El tema de la helenización del territorio griego es revisado de acuerdo con lo que sabemos ahora (aun sin entrar en cuenta, cosa explicable por la fecha de la publicación, el desciframiento de la escritura lineal B). Los finales del III milenio son la fecha aceptada para la primera invasión, sin que se diga, cautamente, cuál de las estirpes griegas históricas es la que precedió a las otras en aquella oleada. Se recogen los resultados de la investigación sobre los pueblos prehistóricos (pelasgos, léleges, tirrenos de Lemnos, ilirios). Jonios y aqueos son considerados, sin establecer la prioridad resuelta de ninguno de los dos, como los primeros helenos históricos. Sin embargo, Debrunner ha mantenido apuntada la preferencia cronológica a favor de los jonios, manteniendo en esto las ideas de Hoffmann; reforzadas por los argumentos de Kretschmer y de mí mismo. La descripción de los dialectos en la que Debrunner se apoya es admirable, y contiene en su concisión más material del que parece.

La segunda y más extensa parte del volumen contiene un examen de la lengua clásica. Merece elogios la distinción en diferentes capas: la popular, estudiada en un autor como Hipponax o en las inscripciones vasculares áticas recogidas por Kretschmer en memorable libro; la cancilleresca y oficial de las inscripciones; la de la alta literatura, por fin, en sus diferentes géneros.

La maestría de Debrunner en el campo del griego postclásico, acreditada en su revisión del Blass sobre el griego neotestamentario, o en su formidable trabajo en el tomo II de Schwyzer, se explaya en el segundo volumen de esta obra, donde tenemos, conforme anuncia el título, dos partes, la una dedicada al examen de las cuestiones fundamentales que la investigación descubre, la otra, a presentar ordenados los hechos que constituyen los rasgos fundamentales del griego postclásico. Quien busque orientación para estudiar estas largas épocas, en cuanto a fuentes, en cuanto a la formación de la *koiné*, en cuanto al contacto del griego con otras lenguas, en cuanto al ideal aticista, encontrará en este breve libro seguramente más que en obras más extensas. El conocimiento de las fuentes y de la bibliografía es completo, y dada la seguridad del autor en esto, sólo se puede discutir lo que es aún materia discutible: por ejemplo, que

la *Athenaion polit.*, de Aristóteles, sea un libro de estilo elevado, distinto de los del *corpus* aristotélico esotérico (II p. 19).

El plan de este segundo volumen no se basa en una exposición cronológica. El griego moderno, por ejemplo, no tiene capítulo especial, sino que es considerado entre las fuentes de conocimiento del griego postclásico, o como zona de formación de nuevos dialectos sobre las ruinas de la *koiné*. Una primera parte trata de las cuestiones fundamentales, como ya hemos dicho más arriba, y en ella se tratan temas como la formación de otras *koinaí* diferentes y la cronología de la propiamente llamada *koiné*, la extinción de las lenguas en los territorios helenizados. Quizá la exposición de las corrientes aticistas es demasiado breve. La segunda parte ofrece una ojeada a la gramática del griego postclásico que, repetimos, es abundantísima en datos, y basada en investigaciones personales del autor. Quizá nadie mejor que él podía escribir este breve libro, en que se resume mucho estudio y una forma de ciencia clásica y segura.

A. T.

HOFFMANN, ERNST.—*Platon*. Erasmus-Bibliothek, herausgeben von Walter Rüegg. Artemis-Verlag, Zürich, 1950. Un volumen de 224 páginas.

El presente libro se funda en unas conferencias dadas por el autor en diferentes ocasiones. En el vasto tema de la personalidad y la obra de Platón, ha elegido unos cuantos puntos esenciales, que tratados de una manera monográfica dan, sin embargo, una imagen de conjunto del misterioso filósofo.

El problema principal es, sin duda, el de que Platón no puede ser tratado como cualquier otra figura ulterior, en parte determinada por él mismo en cuanto a la posibilidad de ser un «filósofo». Para la fijación de su figura E. Hoffmann acepta, con la mayoría de los filólogos modernos, la autenticidad de las más importantes cartas, y de ellas recoge una porción de afirmaciones: la de que mucha parte de la filosofía platónica no quedó escrita por él, sino confiada a la tradición oral, ya que es bien importante para Hoffmann el menosprecio de lo escrito y la importancia de lo oral que de modo sublime se expresa en el *Fedro* en la fábula de Theuth.

El autor procura librar a Platón de la carga del platonismo ulterior. Naturalmente que antes del desarrollo del historicismo se consideraba a Plotino o a Ficino como contenidos del todo en Platón. Ello sigue pesando en los expositores si no se hace un esfuerzo resuelto, como Hoffmann señala.

Platón y el mundo empírico, Platón y las matemáticas, son los títulos de nuevos capítulos. Otro está dedicado a la explicación de la parábola de la caverna, de forma tal, que ni en el aspecto filológico ni en el filosófico se puede encontrar mejor. En el librito que he de dicado recientemente a Platón he seguido en ello a este autor, y me parece que el lector ganará en ello.

La doctrina de las ideas, tal como la supone desarrollada Hoffmann, dependería de etapas que no tenemos atestiguadas por escrito y que desde la tradición oral habrían dejado alguna huella en ciertas referencias de segunda mano (v. por ej., la p. 101 de nuestro autor).

Es original en el libro que reseñamos la exposición de los dos planos de ser y acontecer *(Sein und Werden)* como paralelos y unidos precisamente por la actividad de la mente humana, que comprende el uno y el otro.

Una ojeada al *corpus* platónico resume los importantes resultados que la filología ha logrado en siglo y medio, y presenta al lector lo que sabemos de seguro sobre sus fechas, composición, ambiente, etc.

Otros capítulos (sobre los socráticos, sobre el pensamiento político de Platón, sobre el *Fedro* y el *Timeo)* completan un librito que, en su reducido volumen, dice más que muchos libros y que no repite lo que ya se ha dicho muchas veces. La independencia del autor, su honrado planteamiento de los problemas, su agudeza, hacen del libro un punto capital en la inmensa bibliografía platónica contemporánea.

A. T.

ZINSMEISTER, HANS.—*Griechische Grammatik*. I. Teil. Laut- und Formenlehre. Bayerischer Schulbuch-Verlag. München, 1954. Un tomo en 4.° de 250 páginas.

He aquí una excelente Gramática griega que cumple perfectamente con todos los requisitos indispensables en los buenos libros de esta clase: claridad suma, orden irreprochable, maravillosa pulcritud tipográfica, y todo ello, lo cual no es tan frecuente, sin que deje el autor, no sólo en sus utilísimos comentarios lingüísticos para las clases superiores, sino también en el resto de la obra, de dar muestras de una gran preparación científica. En una palabra, es la obra que uno hubiera querido realizar algún día, y hay que felicitarnos de que Hans Zinsmeister haya sabido responder tan bien a una necesidad que tanto se hacía sentir en la enseñanza elemental del griego.

Tan inadecuadas serían aquí las objeciones de pormenor, pues no podrían afectar pequeños lunares a la perfección evidente de la obra,

como las alabanzas a cada uno de los distintos apartados de que el manual consta. Baste decir que nos ha gustado todo él, incluso esa parte final en que los verbos «irregulares» se nos presentan en larga lista. Porque, desgraciadamente, creemos cada vez más, el que suscribe y otros, que se está abusando de las concepciones antimemorísticas en el estudio de la gramática elemental de las lenguas clásicas. No defendemos íntegramente la vieja usanza tan desacreditada por la pedagogía moderna; pero hay un término medio entre esos facilones métodos productores de un deshuesado griego «sin lágrimas» y el φιλοπόνει, ὦ παῖ, μὴ δαρῇς que campea en la vieja tablilla fotografiada por Zinsmeister.

M. F. G.

PISANI, VITTORE.—*Breve historia de la lengua griega.* Traducción de Manuel García Puertas. Montevideo. Universidad de la República. Facultad de Humanidades y Ciencias. Instituto de Filología. Departamento de Lingüística. 1954. 92 páginas y un mapa.

Aunque se trata sólo de una introducción elementalísima a los problemas de la historia del griego y aunque la presentación material sea la más modesta que puede imaginarse, no por ello deja de alegrarnos esta traducción española, en tierras de Sudamérica, de la muy conocida obrita del profesor Pisani. Una somera exposición de la situación de los dialectos griegos, acompañada de observaciones generales que van resumiendo la doctrina de Pisani en punto al método aplicable al estudio de la historia del griego y su diferenciación dialectal y, luego, una rápida ojeada sobre algunos caracteres de la lengua poética y de la prosa, con especial referencia a la κοινή y al fenómeno del aticismo, con un apéndice sobre la diglosía en el griego moderno; finalmente, una breve, pero sustancial bibliografía. Este es el contenido del folleto, que por su carácter elemental y seguro—salvo, a nuestro parecer, en lo que toca a la opinión de Pisani sobre el carácter del macedonio y a su exagerada hipercrítica de la doctrina, comúnmente aceptada, sobre la diferenciación dialectal del griego—puede servir de primera introducción a quien intente abordar estos estudios.

La traducción está afeada por ciertos italianismos trasplantados del original, y algunos deslices, sobre todo, en lo que respecta a la transcripción de nombres propios: *Dionisio* por *Dioniso* (p. 34), *Jenofonte* por *Jenófanes* (p. 37; en la p. 46 se escribe *Xenófanes*), *Erodas* (p. 63) y *Arpocratión* (p. 67) sin la *h* que ponemos en español, *beotismos* por *beocismos* (p. 34), *rapsodas* por *rapsodos* (p. 28) y algunos otros. En la traducción debieran haberse completado ciertas omisiones

en la bibliografía, explicables por la fecha del original: p. 85 ya ha salido el segundo tomo de la *Gesch. der griech. Spr.* de O. Hoffmann, cuyo autor es A. Debrunner, quien ha revisado también el primero; p. 90 si no citar el diccionario etimológico de H. Frisk, cuyos dos primeros fascículos salieron ya en el año 1954, por lo menos debía mencionarse el de J. B. Hofmann.

J. S. LASSO DE LA VEGA

Die Schule des Aristoteles. Heft 7. *Herakleides Pontikos.* Texte und Kommentar von FRITZ WEHRLI. Basel. Benno Schwabe Verlag. 1953. 124 páginas.

La meritoria tarea, emprendida hace ya diez años por el distinguido profesor de Zürich, de editar los textos y referencias a la vida y doctrinas de los más importantes filósofos aristotélicos, va tocando a su fin. A los cuadernos anteriores consagrados a Dicearco, Aristóxeno, Clearco, Demetrio de Falero, Estratón de Lámpsaco y Licón y Aristón de Ceos, sigue ahora este dedicado a Heraclides Póntico, una de las más interesantes figuras del Peripato del siglo IV. Perdidas para nosotros, en su mayoría, las obras de estos filósofos, no hay que insistir sobre la utilidad y hasta la necesidad que se hacía sentir de presentar cómodamente reunidos todos los textos antiguos que contienen referencias a la biografía y doctrinas de aquéllos. Si a esto se añade la fortuna de que la empresa fuera abordada por filólogo tan competente y enterado de estos temas como Fritz Wehrli, no tendremos sino motivos para felicitarnos ante la presente edición.

Como en los demás cuadernos, los fragmentos sobre la vida del filósofo preceden a los referentes a los distintos escritos que, en este caso concreto, vienen presentados siguiendo en lo posible el orden de la clasificación que de los mismos hiciera Diógenes Laercio (V, 86). En la edición de los fragmentos de Plutarco, Laercio, Porfirio, etc., que contienen alusiones a Heraclides, no se ha contentado Wehrli con reproducir el texto de algún editor acreditado, antes bien, ha procurado un texto de propia selección, para elaborar el cual ha contado con alguna interesante colaboración: así en lo referente a Laercio, se ha beneficiado de las colaciones inéditas de Von der Mühl; en el fr. 157 (Plut. *De mus.* III 1131 ss.) de algunas lecciones de F. Laserre. El aparato crítico, altamente selectivo y de clara presentación. La edición de los fragmentos va seguida de un nutrido comentario, esencial y nada disgresivo, en el que campean la buena erudición del comentarista y su fino sentido crítico. Si se tiene en cuenta que los trabajos de conjunto sobre Heraclides son en su totalidad viejas disertaciones (Deswert, Otto Voss, Roulez, F. Schmidt)

en gran parte anticuadas, se apreciará mejor la utilidad de este comentario, en el que Wehrli acredita una documentación perfectamente al día, incluso en problemas y bibliografías bastante al margen de los conocimientos exigibles a un filólogo clásico (vid., por ejemplo, el comento al fr. 109 de contenido astronómico).

El texto de los fragmentos que nos ofrece Wehrli, es extremadamente conservador y sólo en un par de ocasiones se permite alguna corrección: muy atinado su Πάγκαλος por παγκάλως en el fr. 13b (cf. fr. 13a) y aceptable el ἅπαντας que propone por ἅπαντες de los códices en el fr. 49 (Aten. XII, 521 ss). En cambio, debo confesar que no me convence la única conjetura que propone: en el fr. 75 (Anecd. Bekker I, 145) leer τὸ δεύτερον por τὸ δένδρον de los códices. Paleográficamente la conjetura es perfectamente verosímil y en cualquier caso más aceptable, por ejemplo, que τὸ μηρόν que propuso Boyancé, *R. E. A.* 1934, página 321; pero, en mi opinión, la lección aparentemente extraña de los manuscritos puede defenderse y nos permite poner en relación el fragmento, de indudable alusión pitagórica pese a la opinión contraria de Wehrli, con una anécdota de la vida de Pitágoras transmitida por Jerónimo de Rodas (D. Laercio, VIII, 21), según ha visto claramente Isidore Lévy, *Recherches sur les sources de la légende de Pythagore* (Paris. 1926) página 27. También en el fr. 163 que contiene unos versos de Teleste (fr. 4 D.) prefiero leer con Diehl ὀξυφώνοις ψαλμοῖς en lugar del nominativo que acepta Wehrli.

Cuando se editan fragmentos, desligados muchas veces de todo contexto o referencia, resulta con frecuencia, dificilísima su atribución a tal o cual obra de las que, por lo demás no solemos conocer sino el título. Nada de extraño tiene pues, que no siempre podamos estar de acuerdo con Wehrli en la localización de algún determinado fragmento. Este es el caso del fragmento 47 (Plut. *Pericles* XXXV), cuya atribución al περὶ εὐσεβείας nos parece totalmente gratuíta y, también, aunque en este caso mi evidencia no sea tan grande, de los fragmentos 73-5 que Wehrli asigna a una supuesta obra intitulada *Abaris*, título que falta en las diferentes listas llegadas a nosotros. Como en el fragmento 51 perteneciente al περὶ δικαιοσύνης se menciona a Abaris, no estaría descaminado atribuir a este último tratado aquellos tres fragmentos, como lo hizo P. Boyancé *loc. cit.* y, antes, R. Hirzel, *Der Dialog* I, página 329.1. En todo caso no veo razones que demuestren la existencia de ese diálogo especial que pretende Wehrli.

Esperamos con impaciencia la publicación de los dos cuadernos restantes y del que conteniendo los índices ha de facilitar extraordinariamente el manejo de esta utilísima edición.

J. S. Lasso de la Vega

SÓFOCLES.—*Le Trachinie.* Con introduzione e commento a cura di *Giuseppe Schiassi.* I Classici della Nuova Italia, 43. Firenze. 1953. LIX + 208 páginas.

No faltan en Italia buenas ediciones con comentario de tipo escolar de *Las Traquinias:* las de D. Bassi y E. Turolla, especialmente. Ahora la colección que dirige C. Gallavotti y que cuenta ya con un crecido número de volúmenes—más latinos que griegos— se enriquece con esta edición preparada por Schiassi. El texto se basa en las ediciones de Masqueray y Pearson, con muy ligeras variantes cuando el editor ha creído necesario volver a la lección de los manuscritos, concorde casi siempre entonces con la útil y conservadora edición de Campbell (por ejemplo φέρουσαν en el v. 108 frente a la conjetura casauboniana, casi generalmente aceptada, τρέφουσαν; texto de los versos 661-2, etc.). Precede al texto una introducción en la que el editor resume brevemente, siguiendo sobre todo a Wilamowitz y Zielinski, la historia del mito de Heracles y su reelaboración por Sófocles en esta tragedia, y analiza después el desarrollo dramático de la pieza. Su interpretación del carácter de Deyanira es la usual, favorable a la heroína, virtuosa y llena de bondades. Cada día me convenzo más de lo falso de esta interpretación y de lo acertado de aquella otra —defendida entre nosotros por el P. Errandonea, *Sófocles y su teatro* I, p. 310 ss.—que entiende que en la Deyanira de Sófocles persisten en buena parte los elementos esenciales de la tradición que tenía de la esposa de Heracles una idea bastante menos favorable. Ponen fin a la introducción unas notas sobre la lengua (fonética, morfología y sintaxis) y el estilo de Sófocles. Estas últimas, sobre todo, son harto breves y poco precisas, y es una lástima que Schiassi no haya aprovechado los datos del excelente libro de F. R. Earp, *The Style of Sophocles* (Cambridge. 1944) y sus conclusiones sobre la posición de *Las Traquinias* dentro de la historia del estilo sofocleo. Si lo hubiera hecho, no habría aceptado la para nosotros totalmente errónea tesis que atribuye la pieza a la última época de Sófocles: bien al contrario, el estudio estilístico demuestra que se trata de una de las primeras tragedias (cf. Earp, *op. cit.* p. 164 ss.).

Las notas del comentario son en general adecuadas y precisas, aunque quizá a veces excesivamente elementales (¿para qué señalar siempre las atracciones del relativo?) y con alguna repetición innecesaria (explicación del μέν *solitarium* que se repite en el comentario a los versos 69 y 350). La terminología gramatical es a veces un tanto imprecisa o francamente improcedente, sobre todo en lo que se refiere a la sintaxis de los casos: por ejemplo, se llama genitivo de privación al del v. 23 ἀταρβὴς τῆς θέας, que es un genitivo de

referencia del tipo αὐθάδης φρενῶν (cf. Schwyzer-Debrunner p. 132); en el v. 113 κύματα νότου se habla de genitivo de causa, cuando en realidad se trata de un genitivo *auctoris* (cf. Schwyzer-Debrunner página 119); la definición del dativo simpatético en la nota al v. 602 no es del todo precisa; tampoco lo es llamar genitivo causal al tipo ὤμοι σοῦ del v. 971, que es un uso sincrético especial (cf. Schwyzer-Debrunner p. 134); ni pueden llamarse presentes dramáticos a los del v. 748, para distinguirlos del presente histórico, puesto que a este último es al que se suele denominar *praesens dramaticum* y, en todo caso, histórico es el del ejemplo comentado (cf. A. Svensson, *Zum Gebrauch der erzählender Tempora im Griech.* Lund. 1930. página 247); ni puede llamarse pronombre personal (p. 2) a νιν que es un anafórico o demostrativo débil. Algunas otras observaciones: en casos como el v. 955 ἥτις μ' ἀποικίσειεν o el v. 657 πρὶν ἀνύσειε hoy no se habla ya de «atracción modal», sino de un uso del optativo con su valor propio (cf. por ejemplo, J. Humbert, *Synt. grecque.* Segunda ed. p. 241 y 218). En el v. 713 en ἐξαποφθερῶ es evidente que el valor del preverb o es claramente intensivo o determinado y no local o simplemente eufónico como apunta Schiassi. En el v. 902 se relaciona etimológicamente la palabra ἄψορρον con ὄρνυμι. Esto es poco verosímil: se ha hablado de una posible relación con ῥέω cf. hom. ἀψόρροος); pero me parece preferible ver con Wackernagel, *Sprachliche Untersuchungen zu Homer* páginas 1 y 225 y siguientes, en el segundo elemento sencillamente el sustantivo ὄρρος. En el comentario al verso 982 es de notar que ἐμμέμαα/ἐμμέμονα no son perfectos pertenecientes a dos presentes distintos μαίομαι y μαίνομαι, sino dobletes explicables por la alternancia μη-/μον-. La interpretación que se propone de οὐσίας en el v. 911 con la significación de «existencia» me parece totalmente inaceptable y anacrónica. En el muy completo estudio que a la historia de esta palabra dedicó Hirzel *(Philologus* 1913 p. 42-64 y especialmente p. 44) puede comprobarse que el único significado de οὐσία en la tragedia es el de «hacienda, bienes».

Unas indicaciones sobre la estructura del trímetro yámbico y del dímetro anapéstico, junto con los índices de cosas y palabras, cierran esta edición. No se incluye el análisis métrico de los coros, cosa explicable por el destino escolar de la misma. Anotemos sólo que, contrariamente a lo que se lee en pág. 194, nota 2, el término *calcídico* de Wilamowitz y Schroeder no ha hecho fortuna entre los metricólogos modernos y hoy nadie lo emplea, prefiriéndose, en general, el de dáctilo-epitritos. Por lo demás, el propio Wilamowitz rechazó su uso con argumentos convincentes *(Griech. Verskunst* p. 437 nota).

Apenas hemos descubierto alguna errata, pero en la introducción aparecen repetidas las páginas 17-24 y 25-32.

Estos leves reparos de detalle no nos impiden considerar esta edición, dentro de su orientación eminentemente escolar, como bastante lograda. Al ver como en un país como Italia, que posee ya numerosas y nutridísimas colecciones de clásicos comentados para la escuela, siguen editándose nuevos tomos y hasta nuevas colecciones como esta de *La Nuova Italia*, no podemos dejar de pensar con tristeza en el estancamiento de alguna colección similar española, cuyas primicias, en general muy dignas, no hacían prever su rápido colapso.

J. S. LASSO DE LA VEGA

PLUTARQUE.—*Le Banquet des Sept Sages*. Texte et traduction avec une introduction et des notes par *Jean Defradas*. Paris. Klincksieck. Col. Etudes et Commentaires, XX. 1954. 114 páginas.

Aparte alguna vieja edición anterior al siglo pasado, el opúsculo plutarquiano Τῶν ἑπτὰ σοφῶν συμπόσιον fué editado en 1936, con una buena traducción y un comentario por el filólogo griego E. David. El tratado, por sí mismo y por los problemas de autenticidad, composición y transmisión manuscrita que plantea, es altamente interesante y por ello no deja de ser oportuna esta nueva edición comentada a cargo de Defradas. En realidad, la autenticidad del diálogo, negada en la centuria pasada por Meiners y Volkmann, no puede hoy ser puesta en duda. Ya en 1928 la postura de los Croiset al adherirse en su conocido manual a aquella hipótesis de no autenticidad resultaba perfectamente anticuada. En la introducción a su edición Defradas resume los argumentos en que se basa la posición de la crítica actual, con especial atención al problema difícil que plantea la estructura y composición, desordenada y sin unidad aparente, del diálogo, que, en el fondo y a la distancia impuesta por la diferencia de talento entre Plutarco y Platón, se inspira en la composición flexible y saltuaria de los grandes diálogos platónicos. La postura a este respecto de Defradas, como antes la de David y bastante antes la del gran Wyttenbach, resulta, en nuestra opinión, muy sensata y justa frente a la hipercrítica realmente cruel que ejercitó sobre el diálogo un Wilamowitz *(Hermes* 25-1890- p. 197 y siguientes). Los personajes del *Banquete* plutarquiano suscitan numerosos problemas históricos, cronológicos, literarios, etc., que Defradas examina con buen conocimiento de la bibliografía, buscando descubrir los elementos tradicionales que Plutarco encontró en el género simposíaco y las innovaciones por él aportadas en su intento de conseguir escenas animadas, oposiciones de caracteres, etc. En cuanto a la fecha, tradicionalmente se ha tenido al diálogo por obra

de la juventud de Plutarco, en razón a la forma dialogada y a cierta marcada influencia de la retórica sofística; pero un análisis de su contenido filosófico parece abonar por su asignación a la época de madurez del escritor. Así lo sostiene en su reciente y magistral estudio (artículo *Plutarchos von Chaironeia* en la R. E.) K. Ziegler, y esta es también la opinión de Defradas, aunque la realidad es, creemos, que ni en el aspecto formal ni en el de las ideas hay base suficientemente sólida para una datación del opúsculo.

El texto del *Banquete* nos ha sido transmitido por una treintena de manuscritos: su elevado número, su datación, sus caracteres paleográficos... hacen extremadamente interesante y aun necesario el estudio de la tradición manuscrita del tratado. Hace ya cincuenta años H. Demoulin la examinó con todo detalle, llegando a una clasificación y filiación de los distintos códices admitida sustancialmente por E. David—poco cuidadoso en este aspecto de su edición—; pero aquella clasificación no es hoy aceptable y Defradas hace bien en adoptar la establecida en la edición teubneriana de Paton-Wegehaupt. En el punto quizá más delicado de esta cuestión, el que se refiere al lugar que debe asignarse al *Parisinus* 1675 (siglo XV) Defradas se adhiere, aunque sin citarla expresamente, a la opinión de M. Jumeaux *(Supplément critique au Bull. de l'Assoc. G. Budé* IX- 1937- p. 89-91) que lo considera copia del *Parisinus* 1672 (primera familia de *mss.)*, contaminada con lecciones procedentes de la segunda familia de *mss.* y obra de un copista filólogo que aporta buen número de correcciones propias, escasamente aprovechables.

El texto de la edición de Defradas se basa sobre el aparato crítico de la de Paton-Wegehaupt. Es un texto conservador—en ocasiones quizá excesivamente conservador, como cuando mantiene el εἶτα αὐτά de 159 B o el intolerable ἦν γάρ de 158 C—; pero el editor no ha vacilado en adoptar a veces alguna de las conjeturas propuestas e incluso, en unos cuantos casos, en proponer alguna propia. Así en 150 B en que escribe τούνη por τύνη en un texto laconio. En 155 E los *mss.* dan un infinitivo εἶναι sin verbo principal, por lo que el texto ha sido corregido de muchas maneras, de las que la más verosímil, hasta ahora, consistía en adoptar la vieja corrección de Madvig οὐ δεῖ por οὐδέ; Defradas corrige εἶναι en ἐστί y atribuye ingeniosamente el error a un copista en cuya imaginación flotaba la forma εἶναι equivalente de ἐστί en el griego tardío. En 156 E Defradas intenta reconstruir, creo que con escasa fortuna, el texto de un pasaje que hemos de resignarnos a considerar definitivamente lacunoso. Tampoco veo necesaria en 159 F la seclusión de δίαιταν y el potencial λέγοιντ' ἄν por λέγονται de los *mss.* sintácticamente admisible; ni en 163 D la separación ἀλλ' ἅ por ἀλλά. En 154 A no habríamos vacilado en adoptar el ingenioso texto de David: προύβαλ' ὁ μέν (algunos *mss.* dan

προυβάλομεν), ὥς φασι [Λέσχης]. En fin, en el discutidísimo pasaje de 147 C en el que la mayoría de los códices escriben ἀκρίδας καὶ ὄρνιθας, pero algunos pocos ἄγρας καὶ ὄρνιθας, corregidas en αἴρας (Wyttenbach) y ὀνωνίδας (Doehner, seguido por David) respectivamente, Defradas acepta ἄγρας y—no en el texto, pero sí en el comentario—se inclina también por ὀνωνίδας. A nuestro entender el πρῶτον ψεῦδος de toda esta debatida cuestión crítica radica en no querer aceptar que συγκομίζειν puede construirse con un sentido figurado con unos complementos ἀκρίδας y ὄρνιθας, con los cuales se quiere expresar el colmo de una mala cosecha, en la cual en lugar de recolectar trigo y cebada se cosecha langostas y pájaros dañinos, los peores enemigos de una buena cosecha.

El comentario de la edición de David se basaba, íntegramente, en el excelente de Wyttenbach, casi sin nada propio. Defradas nos ofrece un comentario bastante nutrido, aunque desentendiéndose casi por completo del aspecto formal y estilístico y mirando sólo al fondo conceptual del diálogo. A la luz de este comentario, frente a la fuerte huella cínica que algún autor (K. Joel, especialmente) creyó descubrir en el *Banquete*, aparece un fondo netamente platonizante que no desentona del resto de la producción plutarquiana.

Se trata, en resumen, de una estimable edición que acredita en Defradas—quien nos acaba de ofrecer un buen estudio sobre los temas de la propaganda délfica—a un buen filólogo, escrupuloso y bien informado.

J. S. LASSO DE LA VEGA

DEVREESSE, ROBERT.—*Introduction á l'étude des manuscrits grecs*. Paris, Librairie C. Klincksieck, 1954. Un volumen de VIII + 347 páginas, + XVII láminas.

Bajo el modesto título de este libro se encierra la experiencia adquirida por el autor a lo largo de más de treinta años de trato asiduo con los manuscritos griegos. Devreesse quiere ofrecer a los investigadores, en esta introducción, un instrumento de trabajo que ellos mismos, a su vez, podrán perfeccionar. Y esta es la razón de ser de la obra.

Este libro no constituye un tratado de paleografía griega, ni tampoco un repertorio de literatura; es mas bien un «manual» al que se pide un dato preciso, una orientación. Por consiguiente, contiene todo aquello que puede interesar al que ha de trabajar con manuscritos griegos, si bien bajo una forma elemental, de acuerdo con su propio título.

La obra se divide fundamentalmente en dos partes: la primera

estudia la «Paleografía e Historia del libro»; la segunda, está dedicada a «Las Colecciones Especiales».

En la primera parte, y a través de los ocho capítulos que la constituyen, se estudia todo el proceso vital del libro, y así se tratan cuestiones tan sugestivas como las siguientes: materias escriptorias (capítulos I y II), instrumentos que utiliza el copista, y evolución de la escritura empleada en los manuscritos (cap. III); abreviaturas (capítulo IV); la ejecución del manuscrito con todos los datos a ella referentes (cap. V); disposición interna del libro (cap. VI); la transmisión de los textos: ediciones, colaciones, etc., (cap. VII); y, finalmente, la suerte de los manuscritos, o sea, la formación y dispersión de las antiguas bibl otecas (cap. VIII).

La segunda parte, que consta de doce capítulos, está reservada a «Las Colecciones especiales», entendiendo por tales las colecciones de obras pertenecientes a diversos autores que nos ha transmitido la tradición manuscrita, o sea, los diversos «Corpus» de la literatura antigua. Primeramente se estudia la literatura eclesiástica: Antiguo y Nuevo Testamento, las cadenas exegéticas, florilegios dogmáticos, y libros litúrgicos (cap. XIII); siguen las colecciones de derecho, tanto eclesiástico como civil (cap. XIV); a continuación vienen las colecciones de carácter civil: las artes del Trivium, el Quadrivium y ciencias o pseudociencias afines, la medicina y ciencias militares (capítulos XV-XIX). Como coronamiento de todo lo estudiado, se expone en el último capítulo un sistema de descripción de manuscritos basado en las «Leges» de la Biblioteca Vaticana. A título de apéndice, figura una lista de manuscritos griegos fechados del siglo IX hasta fines del XVI. La obra contiene varios índices detallados: general, de papiros y manuscritos citados y de láminas. Sirven de ilustración al capítulo dedicado a la escritura de los manuscritos una serie de láminas cuidadosamente seleccionadas.

Los conocimientos del autor sobre la materia, se ponen de manifiesto a lo largo de toda la obra, pero muy especialmente, en la segunda parte, donde, por no existir un modelo o cuadro prefabricado, el autor ha tenido que extraer los materiales de los propios manuscritos.

La importancia del estudio de los manuscritos griegos no necesita ser ponderada. Con ayuda de nuestros manuscritos y con los medios de que dispone la erudición contemporánea, es posible reeditar sobre bases más firmes, numerosas ediciones antiguas, preparar la de textos inéditos y de textos editados de manera incompleta. Ciertos problemas de historia y de literatura siguen siendo enigmas o campo de variadas hipótesis, tal vez, por no haber apelado para su solución al testimonio de la tradición manuscrita.

Y en esto radica, precisamente, el mérito del libro de Devreesse: pone al alcance de los jóvenes investigadores su rica experiencia de

treinta años de dedicación plena al estudio de los manuscritos, la cual permitirá a aquéllos abreviar la etapa de aprendizaje y encontrar un estímulo para sus esfuerzos.

Por todo ello, el libro de Devreesse constituye un verdadero «vademecum» para filólogos, bibliotecarios, y en general, para todos aquellos que han de enfrentarse con los manuscritos griegos. Pero de una manera muy especial, recomendamos su lectura a los helenistas y bibliotecarios españoles, pues no debemos olvidar que nuestra patria posee, entre los fondos de sus bibliotecas, un buen número de manuscritos griegos, alguno de ellos de inapreciable valor, que todavía no han sido debidamente estudiados. Ojalá este libro sirviese para despertar en algunos la vocación por el estudio de los manuscritos griegos hoy día tan descuidado en España.

J. F. POMAR

BATAILLE, ANDRÉ.—*Pour une terminologie en paléographie grecque*. Paris, Librairie C. Klincksieck, 1954. Un folleto de IX + 98 páginas.

La paleografía griega no posee todavía una terminología precisa para expresar los múltiples aspectos de los gestos gráficos y los de sus realizaciones. Sin embargo, la arquitectura, pintura, escultura, música, etc., aun siendo igualmente artes como la paleografía, poseen cada una su terminología propia que les permite someter a la investigación lógica el mayor número posible de fenómenos que ellas controlan y en ocasiones medirlos.

Pero el paleógrafo necesita a veces recurrir al análisis, ya cuando al datar un papiro o manuscrito ha de describir ciertos detalles de las letras propios de la escritura de la época, o bien cuando quiere llamar la atención de sus alumnos sobre estos mismos detalles. Para designar los elementos no posee entonces la paleografía más de una veintena de términos, que las más de las veces son únicamente meras aproximaciones. Cuando se quiere precisar más hay que recurrir a perífrasis o circunlocuciones. Es decir, la paleografía carece de una terminología que haría de ella, en frase de Paul Collomp «una ciencia exacta y precisa», una «grafología» digna de este nombre.

Percatado de esta insuficiencia, intenta Bataille, en el presente folleto, establecer una lista de palabras que permitan describir la fisonomía gráfica y sus efectos con la mayor economía posible. Este ensayo ya había sido precedido de otro en forma de comunicación al VI Congreso internacional de Papirología, reunido en París en 1949.

El autor, papirólogo eminente, limita sus investigaciones a las inscripciones y textos papirológicos en lengua griega, anteriores al siglo VIII d. C. Caen, pues, fuera de su campo los manuscritos griegos de la Edad Media.

Una terminología sobre paleografía griega no puede por menos de tener un carácter internacional. Por esta razón Bataille no se ha limitado a la expresión francesa, sino que al lado de los términos franceses nos da también los equivalentes latinos. Estos últimos, los ha tomado principalmente de Plinio, Vitrubio, de las fuentes del Du Cange, etc., a veces recurre al neologismo.

Una serie de gráficos distribuídos a lo largo de toda la obra, aclaran al lector la descripción y detalles de las letras.

La necesidad de dotar a la paleografía griega de una terminología propia, de la cual hoy día carece, es reconocida por todos. Por esta razón el intento de Bataille nos parece muy oportuno y laudable. Acaso podrá objetársele, de una parte, que en su afán de dotar a cada aspecto gráfico de un término, su terminología resulta excesivamente complicada, y de otra, que esta misma terminología sólo es aplicable a los textos papirológicos. Pero, en cuanto a lo primero, tengamos en cuenta que no se trata más que de un ensayo, el cual, para cristalizar en algo definitivo necesitaría del concurso de todos. Respecto a lo segundo, digamos que tal vez esta misma terminología, con ligeras modificaciones, podría servir para los manuscritos griegos medievales. En todo caso, tienen la palabra los descifradores de éstos. En resumen, creemos que como ensayo, punto de partida y estímulo para un ulterior estudio de la cuestión, la obra de Bataille es muy loable y merece plácemes de todos los cultivadores de la paleografía griega.

J. F. POMAR

PAOLI, UGO ENRICO.—*La donna greca nell' Antichità*. Firenze, Le Monnier, 1953, 186 páginas, XLII láminas y 25 figuras.

El profesor Paoli, titular de Filología Latina de la Universidad de Florencia, nos da con este trabajo una prueba más de su profundo conocimiento de la Antigüedad greco-latina. Filólogo por vocación y *ex iure hereditario*, como hijo del gran paleógrafo C. Paoli y discípulo del eximio papirólogo G. Vitelli, es hoy ya el único representante en activo de aquella generación de grandes maestros que tanto prestigiaron el Ateneo florentino (Vitelli, Cantarella, Pasquali, Bignone, Terzaghi, etc.). Fiel a la tradición de aquella escuela hasta ahora el foco más brillante del humanismo italiano, para él Filología es Historia. Su dominio de la lengua, textos, documentos

e instituciones, queda patentizado en tantísimos trabajos, en los que descubre siempre nuevos enfoques para ilustrar aspectos importantísimos de la vida antigua, cuyos latidos ha sabido hacernos llegar a través de obras que han merecido el honor de repetidas ediciones en distintos idiomas.

El interés con que *La donna greca* ha sido acogido en todas partes se explica por la exposición fácil y amena de un capítulo tan importante como sugestivo en la vida de todos los pueblos, cimentado en un directo y vasto conocimiento de las fuentes y de la bibliografía sobre la materia. El profesor Paoli, tan fino investigador como hábil expositor, nos brinda en este libro, de presentación muy agradable, el documento más completo sobre la femineidad griega. La acreditada competencia del autor hace una creación del tema con su temperamento personal y sus excepcionales dotes de escritor ágil y sagaz. En los cinco capítulos en que está dividida la obra, se ocupa sucesivamente de la actuación pública de la mujer griega, de la intimidad de su tocador, infancia y boda, de la madre de familia y, por fin, de las profesionales del amor. Los datos escuetos de la realidad se ofrecen al lector con un delicioso estilo. Menudean bellas descripciones y campea en toda la obra un fino humor, entre irónico y jocoso. Por si esto fuera poco, realza esta edición, sencillamente magnífica, la exquisitez con que se han seleccionado las numerosas figuras y láminas que ilustran el texto, alguna de las cuales, incluso se edita por primera vez, como la que adorna la portada de la edición florentina (cf. lám. XXIX).

F. SANMARTÍ BONCOMPTE

PAPIRI GRECI E LATINI.—Volume tredicesimo, a cura di M. Norsa e V. Bartoletti. Ni. 1.296-1.370. (Con quindici tavole fotocollografiche). Pubblicazioni della Società Italiana per la ricerca dei Papiri greci e latini in Egitto. Firenze, 1953. Un volumen de XV + 288 páginas.

El libro que reseñamos constituye el volumen décimotercero de la colección de papiros publicada por el Instituto papirológico G. Vitelli, de la Universidad de Florencia. En la elaboración del presente volumen han intervenido dos directores. El primer fascículo (números 1.296-1.314) se debe todavía a la dirección de la eximia papiróloga M. Norsa. Con ella colaboraron el eminente cardenal G. Mercati, Vittorio Bartoletti, Irma Merolle Tondi y Dino Pieraccioni. El segundo fascículo (núms. 1.315-1.370) fué confiado, tras el fallecimiento

de M. Norsa, a los cuidados de V. Bartoletti, con la colaboración de algunos jóvenes estudiosos: Mario Amelotti, Anna Calabi, Eugenio Grassi, Manfredo Manfredi, Dino Pieraccioni. El comentario de los papiros jurídicos aparece encomendado al profesor Arangio-Ruiz, en tanto que al profesor A. Minto se debe el comentario de los papiros con figuras pintadas.

Como de costumbre, los textos aparecen divididos en tres partes: *a)* Textos literarios. *b)* Textos documentales y jurídicos. *c)* Papiros con figuras pintadas. En general, puede decirse que entre los papiros de este volumen se contienen piezas notables, no sólo por su estado de conservación, sino también por la importancia de su contenido.

Citemos entre los textos literarios más interesantes: el número *1.296* que consiste en fragmentos de un códice palimpsesto cuya segunda escritura, al parecer del siglo VII-VIII d. de C., contiene, entre otras cosas, una συνζήτησις ficticia entre los Santos Basilio y Gregorio sobre puntos dogmáticos. Estos fragmentos constituyen parte de los llamados «Pergaminos de Antinoe». El *1.297* contiene algunos versículos de los Proverbios y del Eclesiastés. Ambos textos están comentados con gran erudición por el eminente cardenal Mercati. Entre los propiamente literarios citemos el *1.298* que contiene fragmentos de un códice papiráceo de la Ilíada, el cual puede adscribirse al siglo V o VI d. de C., de cuya época son, hasta ahora, relativamente escasos los papiros de la Ilíada. El *1.301*, atribuíble al siglo II d. de C., nos ofrece un texto genealógico que se da como de Hesíodo, y que presenta grandes analogías con el relato de la *Nekyia* homérica, λ 281 y siguientes. A modo de conjetura, se insinúa que este fragmento, juntamente con P. Tebt. 271 y Fr. 130 Rz., deberán encuadrarse en el ámbito de los Κατάλογοι γυναικῶν de Hesíodo. Gran importancia reviste el *1.304*, atribuído al siglo II d. de C.: nos restituye, según su comentarista, fragmentos de las «Helénicas de Oxirrinco», publicadas cuarenta años antes por los ingleses Grenfell y Hunt con el número 842 de los *Oxyrhynchus Papyri*. El contenido y estilo de estos dos papiros tan semejantes entre sí, y que demuestran ser la fuente principal de los libros de Diodoro, hace que deban creerse obra de un mismo autor, aunque no nos declaran la personalidad del mismo. Así como el papiro inglés nos restituyó una narración difusa en torno a los sucesos de los años 396 y 395 a. de C., en la península helénica y en el Asia Menor, el papiro florentino nos restituye la narración de acontecimientos pertenecientes a los años 410-407, o sea, la última fase de la guerra del Peloponeso. El *1.305*, del siglo I d. de C., nos da, según se cree, un fragmento de la «Novela de Nino». Ya Wilcken había publicado, con singular maestría, notables fragmentos de esta novela contenidos en un papiro de Berlín *(Hermes* 28, pági-

na 161 y siguientes). Aunque hay alguna coincidencia de léxico y estilística entre el fragmento florentino y el berlinés, no pertenecen al mismo *volumen*.

No menos interesantes resultan los textos documentales y jurídicos. El *1.307* es un papiro latino atribuído al siglo I d. de C.; contiene las ordenanzas de una legión romana destacada en Egipto. Es muy de sentir que el papiro esté tan fragmentado, pues, de otro modo, tendríamos en él un cuadro fiel de la vida de una legión romana. Notable interés presenta el *1.309*, acta de una audiencia del *praeses provinciae Arcadiae* (s. V-VI d. de C.). Las actas de los procedimientos judiciales de los siglos IV y V permiten seguir los progresos en el uso del latín, que, de Diocleciano en adelante, sustituirá al griego. En el papiro florentino—y ello revela su carácter tardío—el *praeses* habla solamente en latín. Presenta, además, ciertas particularidades paleográficas. En el *1.310*, atribuído al 135/4 a. de C., se contiene una sentencia del tribunal de los crematistas. El documento tiene forma de ὑπογραφή, donde se recoge una instancia o ἔντευξις en que un tutor de menores pide autorización para realizar un acto de voluntaria jurisdicción, la venta de algunos inmuebles pertenecientes a sus pupilos. Los crematistas autorizan la enajenación, imponiendo determinadas condiciones al tutor. Son raras las ὑπογραφαί de este tipo. El *1.311* nos ofrece un caso de préstamo ficticio en forma de devolución de una dote. Mencionemos también el *1.342* que contiene una carta de sitólogos, dirigida a un anacoreta en la que piden a éste el pago de tasas por el operario Víctor. El papiro, que ha llegado a nosotros íntegro, es muy interesante y plantea diversos problemas. En cuanto a la fecha, diversos indicios parecen situarlo en el siglo IV d. de C., aunque por los caracteres paleográficos y por los tratamientos empleados prodría creerse posterior. La sigla χμγηθ que encabeza la carta, tan frecuente en papiros de época bizantina, es interpretada aquí como un caso de *isosephia* en el que las tres primeras letras contendrían una fórmula numérica equivalente a ἡ ἁγία τριὰς θ(εός), y la segunda parte a ἀμήν. Nos parece más acertada esta interpretación que las que hasta aquí se han dado. Vienen a continuación algunos papiros de contenido netamente jurídico. Citemos, entre ellos, el *1.348*, atribuído al siglo IV d. de C. Este papiro, publicado primeramente por A. Segrè en *Studi in onore di P. Bonfante*, III, 1.930, página 421 y siguientes, y más tarde estudiado también por otros, es ahora revisado por Arangio-Ruiz, que emite algunas nuevas conjeturas en torno a su contenido. Se trata de una colección de definiciones y máximas jurídicas que formarían parte de una memoria de defensa o dictámen donde irían al fin o al pie de cada párrafo a modo de citas de textos clásicos. Sigue una *Miscelánea* donde se recogen una serie de fragmentos de papiros

de edad, procedencia y contenido varios, todos ellos muy deteriorados, pero no carentes por esto de interés. La obra se concluye con tres fragmentos de papiros pertenecientes a los siglos II y III d. de C., que contienen figuras pintadas. Estas tres piezas, muy interesantes, son estudiadas desde el punto de vista arqueológico por el profesor A. Minto, y bajo el punto de vista químico, por el profesor Giorgio Piccardi. No faltan al final los índices correspondientes de palabras, muy cuidados, y por último, se incluyen quince excelentes facsímiles de las piezas más representativas contenidas en el presente volumen.

El volumen que nos ocupa, tanto en su contenido como en el aspecto material, no desmerece de los demás de la colección y continúa fielmente la tradición de la escuela de papirología de Florencia.

J. F. POMAR

TRAINA, ALFONSO,—*Esegesi e Sintassi. Studi di Sintassi latina.* Padua, 1955. Comprende este libro tres estudios principales y algunos apéndices ampliatorios o complementarios. De los tres estudios principales, el relativo a la Aposición epitética lo hemos expuesto con algunas observaciones en otro lugar de esta revista. Tanto este estudio, que figura en primer lugar en el libro, como el segundo habían sido publicados ya separadamente, pero ahora salen de nuevo revisados y ampliados.

El segundo estudio está formado por un examen crítico de la *Syntaxe Latine* de Ernout y Thomas. Como ahora se verá, disentimos del señor Traina en algunas de sus objeciones a esta *Syntaxe*; pero todas las observaciones están llenas de interés, pues en el señor Traina se dan conjuntamente una penetración muy notable en la interpretación de los textos y el más completo dominio de la bibliografía correspondiente, antigua y moderna. Con esta admirable erudición bibliográfica, el señor Traina nos depara de vez en cuando noticias muy sabrosas, haciendo ver cómo algunas de las ideas e interpretaciones más actuales se expusieron ya en años remotos.

La crítica que hace el señor Traina de la citada *Syntaxe Latine* es noblemente constructiva, como procedente de quien empieza por testimoniar su gran estimación de dicha obra. A mi juicio, sus observaciones, serán aprobadas, en general. Con algunas de ellas siento no estar tan conforme. En lo relativo a la atracción modal, el señor Traina figura, como podía esperarse, entre los que nos hemos opuesto a la manera tradicional dominante de considerar esta cuestión. Pero creo que en su reacción acaba por mostrarse contradictorio: su reproche a Ernout Thomas por «seguir todavía sosteniendo que en latín existe la atracción puramente mecánica» queda desvirtuada por la afirmación del

propio señor Traina de que «la última palabra sólo puede decirla el examen completo de los ejemplos».

Se muestra el autor partidario, como otros filólogos, de sustituir la expresión «condicionales reales», de indudable impropiedad, por la de «condicionales objetivas». Pero, si se puede estar conforme con que en el «razonamiento científico» se trata de «hipótesis despojadas de todo juicio sobre su realización», no hay forma de admitir que en la oposición *si llueve esta semana, se salvará la cosecha; si lloviera esta semana, se salvaría la cosecha,* en la condicional con indicativo no intervenga ningún juicio sobre su realización. En ambas se hace un juicio, según las probalidades, mayores o menores, de realización que *apreciamos* en el momento de emitir la hipótesis. El término «objetivas» no conviene, pues, a las condicionales con indicativo más corrientes.

Hay otras cuestiones de detalle en las que disentimos del autor, como, por ejemplo en la justificación que propone para *ut quinque morerentur* frente a *ut nonnulli interierint.*

En el segundo de los Apéndices, intitulado «Psicologia e Paratassi», el autor no acepta que en *timeo ut uenias, ut uenias* tenga carácter interrogativo, explicación propugnada también entre nosotros por el Sr. Pabón, como hace constar el autor. Al mismo tiempo, rechaza también la otra opinión que ve en *ut uenias* una frase optativa. Para el señor Traina en *timeo ut uenias, ut uenias* es simplemente un giro analógico que hace juego con *timeo ne uenias* por el modelo de *impero ut/ ne facias.* Pese a algunas observaciones nuevas e interesantes que nos ofrece el autor, su explicación no la encuentro convincente.

El estudio más extenso está dedicado a *Le interrogative nel discorso indiretto.* Lo introduce una exposición histórica de esta complicada cuestión, exposición que facilitará grandemente el trabajo a quien quiera volver sobre el tema, y que es admirable por el dominio bibliográfico que revela el señor Traina y por la claridad. Dentro ya del asunto, el autor propone dar el nombre de «pseudo-reales» a aquellas frases que contienen una pregunta a la cual no se puede dar una respuesta sastisfactoria. Como quiera que hay conformidad en el tratamiento de estas interrogativas en el discurso indirecto (es decir, subjuntivo), ya se les llame «reales» (Kraz), «verdaderas» (Ernout-Thomas) ya «oratorias con idea de reproche o queja» (Riemann, aunque éste admite también el infinitivo con primera o tercera persona), la cosa tiene, en realidad, poca importancia.

El señor Traina somete a una detenida crítica los ejemplos de César, Livio, Tácito y Curcio. A mi juicio, a esta parte del estudio del señor Traina se le opondrá probablemente el serio reparo de que fuerza a menudo la interpretación de los pasajes para encajarlos en una rígida clasificación. Por muy bien dispuestos que nos sintamos a consi-

derar atentamente los finos análisis del autor, nos resistimos a aceptar no pocas de sus distinciones.

En cambio, es muy interesante el resultado estadístico que pone de manifiesto la investigación del señor Traina: las cifras evidencian un neto contraste entre César (predominio de frases con subjuntivo) y toda la prosa histórica de la edad imperial (infinitivo); «el sentido de este contraste hay que verlo en la creciente tendencia de la historiografía latina a la expresión oratoria, nutrida de retórica».

J. VALLEJO.

MARCI TULLI CICERONIS *Epistularum ad Quintum fratrem libri tres, Quinti Ciceronis Commentariolum petitionis.* Recensuit Humbertus Moricca; post eius obitum editionem curavit A. Moricca Caputo. In aedibus Paraviae, 1955 *(Corpus Scriptorum Latinorum paravianum).*

MARCI TULLI CICERONIS *Epistularum ad M. Brutum liber nonus. Pseudociceronis epistula ad Octavianum. Fragmenta Epistularum* recognovit Humbertus Moricca; post eius obitum editionem curavit A. Moricca Caputo. In aedibus Paraviae, 1955 *(Corpus Scrip. Lat. Parav.).* En el campo de las epistolas ciceronianas ya Humberto Moricca había acreditado su gran saber filológico en su conocida edición de *Ad Familiares.* La muerte le ha privado de ver publicados estos dos trabajos relativos también a dicho epistolario. En sendas introducciones el autor revisa y plantea a fondo el estudio y clasificación de los manuscritos y primeras ediciones. Su lectura hace completamente superfluas las palabras justificativas del sabio filólogo al final de una de sus Introducciones, refiriéndose a su obra: *multo ipsa enim sudore multoque labore stetit.*

J. VALLEJO.

PALMER, RALPH GRAHAM.—*Seneca's De remediis fortuitorum and the Elizabethans.* Institute of Elizabethan Studies. Chicago, 1953. 65 páginas. Se trata de una fiel reproducción de la primera obra de Séneca impresa en Inglaterra, la primera también impresa en el mundo. La edición inglesa iba acompañada de la traducción, reproducida también ahora en esta de Palmer. Ilustra esta obrita una introducción muy instructiva, y que se lee gustosamente, sobre la influencia de Séneca y Cicerón en los moralistas ingleses de los siglos XVI y XVII y en el drama de la época isabelina.

La obrita está, además, elegantemente presentada.

J. VALLEJO.

MAZZARINO, ANTONIUS,—*Grammaticae romanae fragmenta aetatis Caesareae* collegit recensuit... vol. primum. Accedunt volumini Funaioliano addenda. Angustae Taurinorum in aedibus Loescheri. 1955.

Fruto de largos años de trabajo es esta obra que será instrumento fundamental para la filología clásica y más especialmente para la latina. El autor continúa la obra de Funaioli que, como es sabido, no pasó del tiempo de Augusto. Hasta ahora, el Sr. Mazzarino sólo ha publicado este volumen, primero de los cuatro en que ha distribuído su empresa, volumen que abarca de Tiberio hasta la época de Plinio. De él sólo puede decirse que es un libro perfecto: inmensa lectura, depurada, ordenada y clasificada con la técnica más rigurosa. Como remate espléndido, varios índices que no son la parte menos meritoria de la obra.

J. VALLEJO.

OLIVIERI SANGIACOMO, LAURA.—*Sallustio*. Firenze, La nuova Italia, 1954, VI, 310 páginas.

La misma *Biblioteca de Cultura* que poco ha nos ofreció el estudio de D'Anna sobre Suetonio, nos presenta ahora este *Sallustio* de Laura Olivieri. Se trata de un estudio analítico de la obra salustiana que recopila, con buen sentido orgánico, el estado actual de los conocimientos sobre el discutido historiador, para dar al lector, más que nuevas aportaciones, una síntesis clara y metódica de lo que otros han escrito. En las cuestiones debatidas, Laura Olivieri expone, con erudición a veces exhaustiva, los pareceres en controversia, pero es muy prudente en adicionarlos con aportaciones propias. Y cuando la cuestión se encuentra indecisa, como ocurre, por ejemplo, en el problema de la autenticidad de la Invectiva contra Cicerón, después de exponer minuciosamente los discordes argumentos, indecisa la deja. No es esto una censura, pues en asuntos tales más padece la verdad histórica por la temeridad que por la cautela. Por otra parte, la personalidad de la autora se muestra bien manifiesta y con una tónica constante a lo largo de toda la obra, en un aspecto muy característico: su posición admirativamente favorable, que le lleva a interpretar en pro del escritor todos los datos ambiguos, y a tomar partido entre los prosalustianos cuando lo que se pone en tela de juicio es el mérito literario, la moralidad o la intención del historiador. Laura Olivieri reconoce que ya entre sus coetáneos Salustio tuvo lo que hoy se llama familiarmente «mala prensa». Singularmente se le imputó, con escándalo, una contradicción repelente entre su doctrina austeramente moralizadora y su conducta política y privada. Por otra parte, se supuso que, más que un historiador, es de-

cir, más que un servidor objetivo de la verdad por medio del relato exacto de los hechos, era un propagandista y un narrador tendencioso. Laura Olivieri, a través de una biografía de Salustio y de un análisis de su obra que, en algún caso, como en la *Catilinaria*, llega a ser casi una exégesis, párrafo por párrafo, va exculpándole una y otra vez de esas acusaciones. Para ella, Salustio es auténtico historiador, decidido y fiel servidor de la verdad; ello no obsta a que sea hombre de partido, y a que ese partidismo se refleje en su manera de enjuiciar y aun de contar los hechos, pero siempre sin desfigurarlos de propósito para hacerlos entrar en el marco de su ideología y de sus preferencias políticas. Si en ocasiones, como ocurre al tratar de la reunión nocturna de los conjurados, altera gravemente la cronología u otro aspecto objetivo, ello se debe a un defecto de información o a un propósito estético del historiógrafo-artista que prevalece sobre la fidelidad del mero registrador de hechos. En cuanto a las buenas palabras, en contradicción con los malos hechos, piensa Laura Olivieri que escritos como los proemios de las dos monografías o como las dos Epístolas *Ad Caesarem senem* no pueden ser obra de un corrompido, pues en ese caso hubieran resultado demasiado cínicos y escandalosos, dada su previsible y deseada gran difusión entre la misma sociedad que conocía su conducta; por consiguiente, el origen de los bienes de Salustio, tan reprochado por sus conciudadanos, debió de ser legítimo, y la dedicación de Salustio al *bonum otium* que consiste en escribir Historia se debería a un sincero hastío por la cosa pública, unido a una falta de ambición de bienes materiales. A decir verdad, nos parece que la visión benévola de la autora aparece aquí levemente matizada de ingenuidad. Lo cual no obsta, ni a nuestra admiración por Salustio ni a nuestra estimación de este estudio, pieza imprescindible, en lo futuro, de la bibliografía sobre el autor de las *Historias*.

M. Marín y Peña

Wistrand, Erik.—*De Martialis epigr. VIII 15 commentatiuncula*. Acta Universitatis Gotoburgensis, Göteborgs Universitets Årsskrift LX, 1954.9. Un folleto de 40 páginas.

La finalidad de este opúsculo es, nos dice su autor en la introducción, «ut, si quis his perceptis ad epigramma reversus denuo legeret eadem, quantum fieri posset, cogitaret, meminisset, speraret, metueret quae homo illius temporis». Es decir, que mediante la acumulación de observaciones eruditas sobre las palabras y el contenido de la obra de arte, el lector atento y advertido puede volver a sentirla viva, como en los tiempos en que fué escrita.

Con ello, dicho está que Wistrand intenta llegar a la más alta perfección de la filología, que en cierta medida es capaz de resucitar mediante el estudio obras literarias de tiempos lejanos del nuestro, introduciéndonos en mundos extraños.

El autor ha escogido un epigrama de Marcial entre los infinitos que podemos leer. A la primera lectura no lo diferenciamos mucho de los demás: no presenta dificultades especiales, ni está señalado con cruz en ningún pasaje, ni alude a nada secreto o estrictamente personal... Y, sin embargo, del análisis, verso a verso, resultan descubiertas las circunstancias históricas, religiosas, arqueológicas, que hacen plenamente inteligible el poema. Asimismo, la gramática y el estilo, la elección de palabras, el sentido preciso de éstas en el momento histórico. Al terminar de leer el comentario de Wistrand, el lector, verdaderamente, no sólo comprende en todas sus palabras la poesía de Marcial, sino que puede apreciar, aparte de su mérito lírico, una cierta preocupación política de elevado orden en el poeta hispano: cuando en este poema Marcial alaba la confianza de Domiciano, Wistrand cree descubrir que el pobre cliente que era el poeta, se atreve a señalar al emperador que debe confiar y no prestar oídos a las calumnias y denuncias. Alaba en el emperador lo que el poeta deseaba que así fuera.

El índice que acompaña a este comentario indica cuántos son los puntos delicadamente tratados por Wistrand: *ditare populum* aplicado a la repartición del *congiarium*, *iste* con valor de *hic*, cómo Júpiter tiene la advocación de *Redux*, cómo un *triumphus* es *secretus*... El estudio de Wistrand es un admirable modelo de comprensión de una obra de arte antigua y un perfecto ejemplo de labor de un latinista.

A. T.

TULLIO CICERONE, M.—*Il secondo libro delle Tusculane*. Con introduzione e commento di VITTORIO D'AGOSTINO. S. Lattes & C. Editori. Torino, 1955. Un tomo en 4.° menor de XXXVI + 122 páginas, con 4 láminas.

Aun siendo tantos los comentarios dedicados a Cicerón y a las *Tusculanas*, nadie reprochará al profesor D'Agostino que se haya fijado en el *de tolerando dolore*, para darnos una bellísima edición anotada de este interesante tratado del gran Arpinate: y tanto más, cuanto que la introducción, no extensa, pero sí muy trabajada, la útil nota bibliográfica, el texto cuidadísimo, las notas siempre oportunas y hasta las ilustraciones llenas de bella dignidad, forman un

agradable y precioso conjunto. Demos, pues, la enhorabuena al profesor turinés y deseemos que la empresa reciba continuación y remate con la edición de los demás libros de las *Tusculanas*.

M. F. G.

PEDROLI, LYDIA.—*Fabularum praetextarum quae exstant.* Edidit... Istituto di Filologia Classica, Università di Genova, 1953.

Ha sido una idea feliz la publicación de este libro que llena una necesidad bien notoria: los restos de la *praetexta* son reunidos y editados críticamente, y explicados en un extenso comentario, muy erudito. Además, su autora, en una Introducción, hace gala de su dominio del asunto, exponiéndolo con claridad y discutiendo las cuestiones que se plantean, sobre todo las relativas a la paternidad y fecha de la *Octavia*.

J. VALLEJO.

SPAETZ JR. JOHN WILLIAM.—*Index verborum Ciceronis poeticorum fragmentorum.* University of Illinois Press, Urbana, 1955.

Ajustándose a las normas de W. A. Oldfather en sus *Indices* de Apuleyo y de las Cartas de Cicerón, el señor Spaetz nos ofrece este admirable instrumento de trabajo. Estando ya el libro en 1939 completamente dispuesto para su publicación, basado en el texto de Baehrens, el autor no pudo cambiar su plan ante la aparición, en 1941 y 1950 respectivamente, de las ediciones de Buescu *(Aratea)* y Traglia *(Ciceronis poetica fragmenta)* que, como afirma el propio señor Spaetz, presentan un texto mucho más satisfactorio que el de Baehrens. Estas dos obras, pues, constituyen un suplemento al libro que reseñamos.

El *Index* va precedido de un *Additamentum ad apparatum criticum*, comprensivo *de todo el material crítico* que no se encuentra en Baehrens, bien por ser posterior, bien porque Baehrens lo ignorase o lo eliminase de su edición. Este *Additamentum* ha sido el resultado de la consulta y utilización por el señor Spaetz de centenares de libros y artículos. Finalmente, en un útil apéndice, el autor incluye aquellos fragmentos poéticos no incluídos en Baehrens, pero que son atribuídos a Cicerón por otros filólogos.

J. VALLEJO.

FRASSINETTI, PAOLO.—*Fabula Atellana. Saggio sul Teatro popolare latino.* Università di Genova, Istituto di Filologia Classica, 1953.

La necesidad de este libro aparece bien subrayada en las palabras preliminares del autor: desde la primera mitad del siglo pasado, no existía obra de conjunto sobre el tema; y en cuanto a los textos la edición completa de Ribbeck, de 1898, ya es inservible. Desde esas fechas se han acumulado las investigaciones sobre el lenguaje vulgar y plebeyo, y las investigaciones arqueológicas.

El señor Frassinetti dedica este libro al estudio de la *Atellana*, dejando para otro volumen la nueva publicación de los textos.

El examen que hace el autor de todas las teorías e hipótesis sobre la *Atellana* es modelo de crítica fina y desapasionada, y sus conclusiones nos convencen. En el capítulo más espinoso, el de los orígenes, el señor Frassinetti demuestra que la *Atellana* nació en un ambiente de comunidad cultural osco-etrusca, fecundada en este punto concreto, en el siglo V, por las farsas griegas de los φλύακες que desempeñaron un papel importantísimo en la creación de la *Atellana*, como corresponde igualmente en esa misma comunidad al primer elemento la influencia de los *fescennini*, ya existentes entre los protolatinos.

A pesar de la dificultad que ofrece la derivación *oskoi* de *opikoi*, dificultad sobre la que últimamente insiste Devoto en su *Gli antichi Italici*, el señor Frassinetti sigue la explicación tradicionalmente aceptada (incluso por el mismo Devoto), lo que nos parece perfectamente comprensible, dada la dificultad de encontrar otra. Pero, a mi juicio, quizá hubiera convenido que el autor no diese la impresión de que dicha derivación *oskoi* de *opikoi* es cosa resuelta.

J. VALLEJO.

HERRMANN, LÉON.—*Douze poèmes d'exil de Sénèque et vingt-quatre poèmes de Pétrone, regroupés et traduits par...* Collection Latomus, volumen XXII, Berchem-Bruxelles, 1955.

El ilustre profesor de Bruselas nos ofrece en esta publicación un nuevo testimonio de ese gusto suyo por la reconstrucción de textos difíciles, donde hace gala de su saber filológico y de su gran ingenio. De los epigramas contenidos en la *Anthologia Latina*, atribuidos a Séneca, elimina, por falsos, cierto número, dejándolos reducidos a 56. El expurgo del señor Herrmann está apoyado en razones que, a mi juicio, son convincentes. Con las 56 piezas restantes, que el autor agrupa por el contenido, alusiones, etc., reconstruye doce poemas.

El resultado de esta labor, fina y paciente, nos da una impresión muy satisfactoria.

En la segunda parte el señor Herrmann atribuye a Petronio veinte poemas sobre los cuatro que ya había dado por petronianos en 1951. Estas atribuciones ya no nos parecen tan convincentes.

En todo el libro es admirable el esfuerzo del autor, moviéndose entre materiales tan dificultosos.

J. VALLEJO.

LUNDSTRÖM, SVEN.—*Übersetzungstechnische Untersuchungen auf dem Gebiete der Christlichen Latinität.* (Lunds Universitets Arsskrift. N. F. Av. I, Bd. 51, Nr. 3). Lund, 1955.

En aquellos casos en que se conserva el texto original griego de una traducción latina puede ser fácil descubrir errores de ésta. Aun en estos casos, el hermoso libro que ha compuesto el señor Lundström será una ayuda preciosa para comprobar el tipo de error y sus causas.

Pero, cuando el original no existe, toda precaución es poca; pues, como pone de relieve el señor Lundström, sucede con harta frecuencia que una traducción latina que no presenta a primera vista ningún problema, cuando la comparamos con su original griego, manifiesta errores; y es, por lo tanto, sumamente importante estar muy atentos al posible descubrimiento de errores, cuando nos falta el apoyo del original griego. Se comprende bien la importancia de este libro: estudiar la técnica de estas traducciones, registrar y clasificar los tipos de errores y sus causas es disponer de una magnífica guía que nos ayudará a descubrir errores, cuando en una lectura de estas traducciones, hecha con las debidas precauciones, sintamos la sospecha de aquéllos. Como que, empleando las mismas palabras del autor, sería muy de desear un amplio «Diccionario de errores de traducción»; y él espera que el «Indice de palabras» que figura en su obra pueda servir «como modesto bosquejo de tal diccionario».

Las traducciones que estudia el señor Lundström corresponden al latín cristiano. Pero los errores que se observan en esta literatura se presentan también en otras traducciones, por ejemplo, en las de Cicerón.

Este libro será un instrumento indispensable para los filólogos que se ocupen de traducciones del griego.

J. VALLEJO.

RECUEIL MAX NIEDERMANN.—*Neuchatel, Secrétariat de l'Université*, 1954, 313 páginas.

Esta colección de artículos estaba proyectada como homenaje a Max Niedermann al cumplir los ochenta años. No llegó a cumplirlos, por sólo unos meses, y el libro quedó, con igual contenido, en homenaje póstumo. No contiene novedades; es simplemente una recopilación de varios artículos de Niedermann, especialmente importantes o poco asequibles, por publicados en revistas de escasa difusión. Lo edita, con respetuosa devoción a quien fué maestro en aquella escuela, el Secretariado de la Universidad de Neuchatel. Con igual reverencia lo hemos leído nosotros. Todos debemos mucho a Niedermann; seguramente seremos incontables los que nos iniciamos en el latín científico con su *Fonética*, en la que hizo el prodigio de demostrar cómo se puede enseñar Gramática histórica sin hacer, por una parte, concesión alguna a lo extracientífico, y reduciendo, por otra parte, a un mínimo casi igual a cero el comparatismo. Después hemos encontrado el nombre de Niedermann cultivando muy diversos campos de la lingüística latina. Esta colección es un *specimen* de esa amplitud, que no reduce la especialidad al cultivo de un asunto estrechamente acotado. El volumen comprende estudios de lingüística general, de latín vulgar, de crítica y explicación de textos, de epigrafía y de toponimia. Se abre con un estudio sobre la interpenetración de las lenguas, publicado en *Scientia* en 1949; de todos los de la colección éste es, tal vez, por asunto y desarrollo, el más asequible a lectores no especialistas; está, además, amenamente tratado. Tal vez echamos en falta, junto a otros ejemplos de préstamos lexicológicos en el ámbito de un tecnicismo (pág. 19), una referencia al fenómeno tan conocido de la penetración del léxico militar francés en el idioma alemán (en una sola página de un libro de tema militar, abierto al azar, leemos *Disziplin, Terrain, Patrouille, Kavallerie, Kontrolle, Offizier* y *Reserve)*. Los trabajos sobre latín vulgar y sobre crítica y exégesis operan sobre un material de curiosa homogeneidad: tratados de medicina y de veterinaria; uno de ellos había visto la luz en este mismo Boletín *(Les Glosses médicales du Liber glossarum*, XI, 257-296 y XII, 29-83). Excepción a esta unidad de asunto es el artículo, publicado en la *Revue de Philologie*, que se inicia en la página 162 de la colección, y que es una serie de notas críticas y exegéticas de textos de autores clásicos, inscripciones y glosarios, todas agudas y sabiamente documentadas, aunque algunas, como la de César *B. G.* 1, 42, 5, pueda parecer excesivamente sutil, en la argumentación más que en la conclusión misma. Sobre epigrafía se recoge un artículo aparecido en 1936 en la *Revue des Études Latines*, en que se defen-

día la autenticidad de la inscripción de la columna rostral de Duilio, copia remozada de un original antiguo, contra Wackernagel, Lommatzsch y otros, que la suponían un *pastiche* del principio del Imperio. En otro artículo se explican varios *cognomina*, y en otro se estudia y completa conjeturalmente una inscripción métrica de Vojvoda. Completan el volumen cuatro estudios sobre toponimia y una bibliografía de los trabajos de Niedermann, índice de su asombrosa fecundidad.

M. Marín y Peña.

In memoriam Achillis Beltrami.—*Miscellanea Philologica*. Università di Genova, Facoltà di Lettere. Istituto di Filologia Classica, 1954, 245 páginas.

El Instituto de Filología Clásica de la Universidad de Génova dedica al que fué profesor en ella, Aquiles Beltrami, fallecido en 1944, un interesante volumen de conmemoración y homenaje. En él se recopila casi una veintena de trabajos de varia importancia, pero interesantes todos, sobre diversos campos de la Filología, aunque con cierto predominio de las cuestiones de crítica e interpretación de textos. Se abre el libro con un discurso biográfico sobre Beltrami, pronunciado por Enzo V. Marmorale en la Academia Ligur de Ciencias y Letras. Marmorale, sucesor de Beltrami en la cátedra, no lo conoció personalmente, y ello hace que el análisis de su obra sea esencialmente objetivo. Con todo, a través de ese análisis resaltan claramente las cualidades humanas de aquel profesor, infatigable y desinteresado, crítico optimista y benévolo, humilde en la aceptación de las opiniones contrarias a la suya, a diferencia de muchos otros, que sacrifican la verdad científica a su orgullosa tenacidad en defender la propia tesis. En el resto del volumen, L. Alfonsi estudia el *Ad Martyres* de Tertuliano, que considera partícipe de los caracteres de la *consolatio*, de la exhortación y de la diatriba; unas notas críticas completan sus observaciones. Q. Cataudella expone algunas conjeturas sobre el texto de la *Apologia* de Apuleyo, y F. Cupaiuolo trata de los manuscritos del *Bellum Ciuile* cesariano. F. della Corte formula observaciones críticas sobre el texto de las Menipeas varronianas. P. Frasinetti realiza un estudio sobre las relaciones entre el *Octavio* de Minucio Félix y el *Apologeticum* de Tertuliano; su tesis viene a ser ésta: hay dos versiones del *Apologeticum*, la de un códice de Fulda y la llamada Vulgata, coincidencia de todos los otros códices; ambas difieren bastante; probada la posterioridad cronológica del *Octavio*, parece obligado usarlo como testimonio indirecto del texto del *Apologeticum;* de ese cotejo y de otros datos infiere Frasinetti

que hubo una sola edición del *Apologeticum*, pero que ésta se contaminó con un proyecto o esbozo más extenso. F. Grosso, en un extenso artículo, analiza casi punto por punto el *Agricola* de Tácito, para concluir haciendo severos reparos a su veracidad histórica. Según Grosso, el *Agricola*, tan discutido en orden a su calificación como ejemplar de un género literario, es una *laudatio*, no fúnebre, sino destinada a una lectura pública; está, pues, contaminada de retoricismo y de un propósito enconiástico que le resta objetividad; aparte esto, sus datos históricos son, en gran parte, de segunda mano, pues Tácito no los recogió de boca de Agrícola, sino de Dión Casio; con todo ello, la figura de Agrícola pierde su aureola heroica para quedarse en un general estimable y en un administrador discreto. Ciertas opiniones del articulista parecen influídas por prejuicios dudosamente comprobables: tal es la que supone que la narración de la batalla del *Mons Graupius* es una reconstrucción imaginativa, fundada en la de Farsalia (en realidad responde a un esquema de batalla de que pueden hallarse otros ejemplos en la antigüedad, y que pudo darse verosímilmente en el encuentro decisivo con los britanos). También parecen algo sutiles ciertas interpretaciones de hechos encaminadas a comprobar una fuerte hostilidad contra Julio César por parte del historiador. Nos hemos detenido más en el comentario de este artículo, no sólo por nuestra afición al tema, sino por considerarlo importante en la bibliografía tacitea reciente. V. Longo analiza ciertas coincidencias entre Enomao y Eliano, para conjeturar que su origen común se halla en Crisipo. H. J. Mette, en un estudio titulado *Zwei griechisch-römische Klagen*, establece una comparación entre dos acciones del Derecho romano, la *actio auctoritatis* y la *actio ad exhibendum*, respectivamente, y otras dos del Derecho griego, y deduce que, más que meras coincidencias, son casos de influencia del Derecho griego, singularmente del ateniense, sobre el romano de la época republicana, bien directamente, bien a través de las ciudades de la Magna Grecia. U. E. Paoli propone una nueva lección de Plauto, *Rudens*, 315, donde, según él, debe leerse *sodales* en lugar del *semihomines*, sin sentido, de los códices, o del *secum homines de* Mitscherlich, seguido por otros. L. Pedroli realiza observaciones críticas sobre el texto de la pretexta *Octavia*. M. Peyronel trata de dar una nueva interpretación a la descripción de la batalla con los teleboos, narrada por Sosias en el *Amphitruo*, y que cree inspirada, no en la conquista de Ambracia, como otros han supuesto, sino en la batalla de Magnesia. N. Sacerdoti busca en Apolonio la fuente de un pasaje de Porfirio (*Vita Pith.*, 14-17). G. Scarpat analiza el conocido texto de Cicerón *Orat.*, 56-59, aducido muchas veces por los defensores del carácter musical del acento latino, y, en especial, por la escuela francesa. Sostiene Scarpat, a nuestro juicio con acertado criterio,

que el texto de Cicerón no es un argumento decisivo, pues en realidad no se refiere al acento de las palabras, sino a la entonación de las frases. A. Traversa cataloga papiros griegos inéditos existentes en el Museo Egipcio de Turín y, finalmente, M. Untersteiner se plantea el problema del número de dramas que escribió Esquilo, para responder que fueron ochenta y nueve, repartidos en veintidós tetralogías, más uno suelto, las *Etneas*.

M. MARÍN Y PEÑA.

PERNICE, GIUSEPPINO.—*Notas de transmisión y crítica textual clásica*. Tucumán, 1950, 25 páginas.

En este folleto («Notas», lo llama modestamente su docto autor) se intenta, con éxito, vulgarizar la noción, los fines y lo principal de la técnica de la crítica textual. Está, pues, dirigido a los no iniciados en ella y, a pesar de la aparente aridez del tema, se logra hacer perfectamente comprensible la materia para el gran público, en lúcida y amena exposición. Las «Notas» del doctor Pernice pueden, no sólo instruir, sino despertar curiosidad o afición por estos asuntos en personas que tengan una elementalísima formación humanística. Sólo un reparo les ponemos: su lamentable presentación tipográfica, absolutamente desentonada del correcto contenido.

M. MARÍN Y PEÑA.

MUTH, R.—*Träger der Lebenskraft. Ausscheidungen des Organismus im Volksglauben der Antike*. Wien, 1954.

Reúne este libro un conjunto de testimonios de la literatura antigua en que se alude a la saliva, la orina y el excremento como «vehículos de la fuerza vital», es decir, como productos dotados de ciertas propiedades terapéuticas, nutritivas y apotropaicas, y que, con esos fines, fueron popularmente usados en la Antigüedad, como continúan, en buena parte, siéndolo en la actualidad. La gran mayoría de las noticias se deben a Plinio y a las colecciones médicas y hipiátricas; en el mito las alusiones son mucho más escasas, como es natural, puesto que la elaboración poética a través de la cual nos ha llegado, en su mayor parte, ha debido suprimir en muchos casos os elementos de este tipo: basta ver cómo entre todos los testimonios que expresamente aluden al origen de la facultad adivinatoria de

Casandra, que son los de Esquilo, *Agam.*, 1.202-12; Apolodoro, *Bibl.*, 3, 151; Virgilio, *Aen.*, 2, 246-7; Servio, *ad loc.*; Orphica, *Lithica*, 764-6; Trifiodoro, 417 sig.; escol. *Il.*, 7, 44, y Eustatio, *ibid.* (excluído el de Higino, *Fab.*, 93, por ser una evidente contaminación incompleta de las dos versiones principales del mito), son Servio, *escol.* y Eustatio, es decir, los relatos puramente prosáicos o eruditos, los únicos que incluyen explicaciones salivares (cuya ausencia en el relato de la *Biblioteca* llamada de Apolodoro es un dato neutral, dado nuestro desconocimiento total de la paternidad y procedencia de la obra, que en todo caso, aun en el improbable de que su fuente fuese el seco y docto περὶ θεῶν de Apolodoro de Atenas, pudo sufrir la influencia de la tendencia, poetizante por mnemotécnica, que hay en los trímetros cómicos de los *Chronica* y de la γῆς περίοδος), de las cuales es la más notable la de Servio *(in Aen.*, 2, 247 en la versión danielense), al contar que Apolo escupió en la boca de Casandra, para vengarse de ella, despojando así de credibilidad a sus vaticinios. Merece la pena notarse, a este respecto, que la posibilidad, sugerida por J. Kakridis (Anzeiger Ak. Wiss. in, Wien, phil.-hist. Kl., 1928, 196 y sigs.), de que tal noticia de Servio sea una contaminación de dos versiones del mito, en una de las cuales se hablase de una fecundación de la profetisa por la saliva del dios, está, si no apoyada, sí al menos indicada por la pregunta de los doce a Casandra, en Esq., *Agam.*, 1207, donde la expresión τέκνων εἰς ἔργον ἦλθετον, aun siendo una fórmula para evocar el matrimonio solemne, deja suponer que existiese la predicha versión del mito (cf. las palabras de Europa en Esq., fr. 99 Nauck, 5 sig. γυνὴ θεῷ μειχθεῖσα παρθένου σέβας ἥμειψα, παίδων δ' ἐζύγην ξυνάονι, y los casos de *liaison* entre el dios y sus representantes citados por Norden, *Aen. Buch. VI*³, 146, sobre todo la interesantísima etimología ingenua de *Cumae* < ἔγκυος que da Servio, *in Aen.*, 6, 2), con no mayor arbitrariedad, desde luego, que lo es suponer que el relato de Servio proceda de una versión primitiva en que fuera la transmisión del don profético, o la transmisión del texto de cada oráculo, y no la incredibilidad, el efecto propio de la saliva del dios: la noticia de Miguel Psellos, *de daem. oper.*, 15 (Patrol. Gr. 122, 853-5), sobre un mago libio que transmitía escupiendo el don prefético, no tiene la menor relación con ningún mito antiguo, y no fundamenta, por tanto, la opinión de Robert Muth, que es por cierto la de O. Gruppe, *Gr. Myth.*, 887 n. 3.

El libro se lee con gusto e interés, tanto por lo curioso de las costumbres y «supersticiones» que en él se cuentan, muchas de las cuales perduran todavía vivas como, sobre todo, por la hábil y cuidada elaboración con que Robert Muth nos presenta sus materiales.

ANTONIO RUIZ DE ELVIRA

THE ACTS OF THE PAGAN MARTYRS.—*Acta Alexandrinorum.* Edited with commentary by Herbert A. MUSURILLO, S. J. Oxford, 1954. Un volumen de XIII + 299 páginas.

La bibliografía papirológica se ha enriquecido con esta nueva obra que viene a llenar una laguna largo tiempo sentida. Las llamadas «Actas de los Mártires paganos», según el nombre que les diera Bauer en 1898, han merecido la atención de los eruditos desde que se descubrieron los primeros papiros que las contienen. Se puede decir que, a partir de entonces, el interés en torno a ellas ha ido siempre en progresión creciente. Como consecuencia, se les dedicaron bastantes estudios, comenzando por el de Wilcken, en 1909, en su famosa monografía *Zum alexandrinischen Antisemitismus*, uno de los primeros estudios de conjunto de los *Acta Alexandrinorum*. Pero el hallazgo de nuevos papiros y el tiempo transcurrido desde entonces hacían necesario un nuevo estudio monográfico de las famosas «Actas» a la luz de la crítica actual, y esto es lo que nos ofrece en el presente libro el P. Musurillo.

El P. Musurillo eligió esta materia como tema de su tesis doctoral, y fruto de su labor es esta obra que ahora aparece. Se trata de una nueva edición crítica fácilmente accesible. En ella podemos distinguir tres partes. En la primera se nos dan los textos, cuya lectura ha sido a veces mejorada; alguno de los textos es inédito, como los *Acta Diogenis*, véase página 141. A los textos seguros siguen los fragmentos dudosos y no identificados. Cada uno de los textos va acompañado de la traducción inglesa—cuando el estado de conservación del papiro lo permite—y del aparato crítico correspondiente. En la segunda parte se da un amplio comentario de cada uno de los textos; se exponen los problemas que plantea su interpretación con las soluciones propuestas hasta el día, seguidas de la opinión del propio Musurillo. Finalmente, la última parte está constituída por una serie de apéndices donde se estudian las fuentes políticas y filosóficas de los *Acta Alexandrinorum*. La obra concluye con una selecta bibliografía y diversos índices.

En la bibliografía en torno a las «Actas de los Mártires paganos» hay planteados una serie de problemas, de los que los principales tal vez sean los que se refieren al carácter histórico o literario de las «Actas», a la unidad o pluralidad de autores y a la tendencia y origen de las mismas. Todos estos problemas son abordados por el Padre Musurillo en su obra, donde obtiene, como conclusión, que las *Acta Alexandrinorum* serían un producto de los círculos políticos de Alejandría, que actuaban al margen de la ley, aunque basadas en trozos de los verdaderos *commentarii;* carecerían, por consiguiente, de unidad, y serían un motivo de propaganda antirromano, fruto de las

tensiones experimentadas por los griegos de Alejandría bajo la dominación romana.

La obra del P. Musurillo nos parece seria y concienzuda. Nos ha dado una nueva edición de los textos que satisface las exigencias de la crítica actual. Ha prestado, por consiguiente, un gran servicio a la Papirología y a los estudiosos del mundo grecorromano en general y de la primitiva literatura cristiana. Pero, como ya ha observado justamente Steinwenter las *Acta Alexandrinorum* tienen también un indudable valor jurídico que no ha sido claramente comprendido por Musurillo; un valor de fuentes jurídicas que ya señalaron en otras ocasiones Mitteis, Wenger, y otros. En particular, son interesantes para el estudio de la *cognitio Caesaris* en lo relativo a las penas; pero nos valen, además, para conocer mejor la posición de los irritables Alejandrinos como *honestiores*. Bien merece nuestros plácemes el P. Musurillo por esta obra.

J. F. POMAR.

NORBERG, DAG.—*La poésie latine rythmique du Haut Moyen Âge*, Stockholm, 1954, 120 páginas. (Studia Latina Holmiensia, ii.)

La poesía ha sido siempre objetivo fundamental de la filología mediolatina alemana, hasta el punto de que en más de una ocasión ha habido que advertir que no era exacto que toda la actividad filológica hubiera de reducirse al campo poético. El hecho, sin embargo, es evidente para quien tome contacto con los problemas del latín medieval y su literatura. Nada, pues, de extraño que las ediciones de hombres tan destacados en este campo como el profesor Strecker, hayan sido consideradas obras maestras a las que nada más había que pedir. Pero he aquí que el profesor Norberg, bien conocido por sus valiosas aportaciones a la sintaxis del latín tardío y de la alta Edad Media, ha considerado interesante dirigir sus investigaciones al campo de la métrica y de la poesía medieval: decisión estupenda porque nos ha permitido recibir de su pericia un libro como el presente, y antes un buen artículo en *Eranos*. Norberg parte de la necesidad de llegar inmediatamente a un replanteamiento de la métrica latino-medieval, considerando las soluciones, en su tiempo revolucionarias, de W. Meyer como insuficientes. A lo largo del libro, y partiendo de este supuesto—conjugado con unos análisis profundos de la lengua, que demuestran una vez más la necesidad del estudio del latín medieval si se quiere llegar a abordar y explicar a satisfacción los problemas románicos—, van desfilando ante nosotros una serie de estudios concretos entre los que destaco el referente a la poesía de Chilperico, el rey de los francos; en este estudio el afortunado reconocimiento de unas fuentes permiten al A. aclarar muchos problemas de la inter-

pretación del pretencioso, pedante e inculto rey. El estudio de la variante poética de la leyenda de Alejandro le permite hacer consideraciones sobre el conocimiento práctico del griego en el norte de Francia en la época carolingia. El himno, tan conocido y usado en la liturgia romana actual *Congregavit nos in unum Christi amor*, se aclara en muchos aspectos con las indicaciones de N., el cual, frente a Strecker, Wilmart y Bischoff, apunta la paternidad de Paulino de Aquilea. Para España me parece interesante el breve, pero enjundioso estudio de los discutidos *versus de Asia et de universi mundi rota*, cuyo origen español se ha puesto frecuentemente en duda. Por el análisis de los datos geográficos señala N. que ha debido ser compuesto en España y precisamente entre los mapamundi de Isidoro, más breve que el seguido en los *versus*, y el de Beato, claramente más completo; a mí me parece que esto es la parte más substantiva del nuevo planteamiento del origen del poema, ya que el argumento sacado de la presencia de *iuncta* más acusativo, que el A. identifica demasiado pronto con la construcción 'junto a' del español, me parece menos convincente. Quizá aquí haya que ver un cultismo, una contaminación entre el giro *iunctum ad* y *iuxta*, porque aunque en ciertos dialectos del NO. de España exista actualmente el derivado de *iuncta* que lleva directamente acusativo, no sé si no se tratará de una conglutinación de la preposición 'a'.—Otros estudios interesantes completan este sucinto pero muy denso volumen, cuya parte más importante me parece no tanto las conclusiones positivas a que en muchos momentos ha llegado (ni siquiera la necesidad que plantea de revisar los fundamentos mismos de la edición en *Monumenta Germaniae Historica* de los poetas carolinos por Strecker) sino el hecho de que, frente al sistema crítico de éste, propugne la necesidad de estudiar a fondo el texto y sus fuentes, llegando si aquél se trasmite corrupto, a «corregirlo o poner una cruz si no se puede encontrar una solución aceptable» (pág. 20). Una dirección que se iba haciendo necesaria en la filología mediolatina, pero que puede también llevar en exceso al intento de renconstrucción preconcebida, de manera semejante a lo que ha ocurrido hasta entrado este siglo en la filología clásica, y que la escuela de Uppsala tan bien supo combatir. El libro de N., que se lee con sumo gusto, se nos antoja con otra novedad frente a sus producciones anteriores: que casi todas las conclusiones son trascendentes al simple plano de la lengua, la gramática, o la mejora de la edición, apareciendo la personalidad, gustos, cultura y tendencias del autor estudiado, o de la época en que fué escrito. Un buen libro que hará mucho bien a los estudios de latín medieval y su literatura, todavía tan incipientes e inseguros entre nosotros.

M. C. Díaz y Díaz.

KIENAST, DIETMAR. — *Cato der Zensor. Seine Persönlichkeit und seine Zeit. Mit einem kritisch durchgesehenen Neuabdruck der Redefragmente Catos.* Quelle & Meyer, 1954, Heidelberg, 170 páginas.

Estamos ante un libro fundamental en la bibliografía catoniana, en el cual, mediante la reconsideración de la literatura moderna (a partir de Mommsen) en torno a Catón, la figura de este romano típico aparece con aristas mucho más suaves y con tonos mucho más agradables que los del esquema a que estamos acostumbrados. Además, como es de rigor, el material que la Antigüedad nos ha legado relativo a Catón, es nuevamente puesto a contribución y estudiado y utilizado, teniendo en cuenta las interpretaciones anteriores, pero en numerosas ocasiones queda iluminado por una luz diferente.

La carrera política de Catón hasta su consulado, su actividad después del mismo, la intervención de Catón en el proceso de los Escipiones, la censura de Catón y su actuación política posterior, así como su política exterior, se estudian extensamente en este magnífico libro. Después de un minucioso estudio crítico de la vida de Catón por Plutarco y de la sociedad romana de la época, toda la descripción de la actividad verdaderamente portentosa de Catón se ve en este libro realizándose en medio de una época llena de hombres también valiosos. Quizá el mérito mayor de este libro estribe en que no se ha sacado de su ambiente la figura del biografiado; así, no queda moviéndose en el vacío o entre figuras sin relieve, sino que se nos aparece con las características humanas y agradables de un gran hombre que para imponer sus ideas o abrirse paso en su acción encuentra con excesiva frecuencia la oposición de otros hombres también importantes. En resumen, que el libro de Kienast nos presenta un Catón hasta cierto punto amable, extraordinariamente humano y mucho menos rígido que el Catón al uso, como es lógico que fuera un hombre que, ante todo, destacaba por sus poco corrientes dotes políticas. Particularmente interesante es el capítulo referente a la relación de Catón con la cultura griega, donde se ve que Catón no era tan impermeable a lo griego (por ejemplo, hay influencia formal griega incluso en sus primeros discursos y en sus ideas políticas; su oposición iba, sobre todo, contra la filosofía griega).

Y todavía más. El estudio de los fragmentos oratorios de Catón, utilizados a fondo en la reconstrucción de su biografía por Kienast, han dado por resultado una nueva edición crítica de los mismos (páginas 158 a 167) y la reordenación de algunos de estos fragmentos. Es seguro que en lo referente a las campañas de Catón en España

(páginas 39 y sigs.) no queda dicha la última palabra, pero dentro del cuadro general de la actividad de Catón no se le podía dedicar a tal cuestión más espacio.

V. BEJARANO.

DEGRASSI, ATTILIO.—*I fasti consolari dell' Impero Romano dal* 30 *avanti Cristo al* 613 *dopo Cristo*, 288 páginas. Edizioni di storia e letteratura. Roma, 1952.

Esta obra viene a llenar un vacío, puesto que la última edición de los *Fasti*, la de Liebenam, es de 1909. El A. ya había estudiado los textos epigráficos de los *Fasti* en el volumen XIII de las *Inscriptiones Italiae*.

En una primera parte se publican las listas consulares de acuerdo con un orden cronológico, indicándose en nota los cónsules de cronología dudosa. Ciertamente este libro no es precisamente una prosopografía y por ello faltan, quizá excesivamente, unas referencias algo extensas. Sigue a esta parte otra dedicada a los *consules incerti* y, finalmente, unas listas alfabéticas de cónsules, según los *nomina* y *cognomina*, que creemos han de ser de gran utilidad para los epigrafistas. Destaquemos asímismo que las precisiones sobre los consulados de algunos emperadores, singularmente aquellos de breve reinado, constituyen una profunda revisión de lo expuesto por la mayor parte de los autores, especialmente en una obra de uso tan frecuente como es la de Cagnat.

A. BALIL.

FRANCHI DE CAVALIERI, FRA PIO.—*Constantiniana*, 209 páginas. Biblioteca Apostólica Vaticana. Ciudad del Vaticano, 1953.

Concluída en 1937 la primera redacción de esta obra, circunstancias adversas han impedido su publicación hasta 1953. Su razón y motivo gira en torno a la posición de Henry Gregoire interpretando las causas y motivos de la «Conversión» de Constantino, frente a la cual nuestro autor adopta una posición contraria.

De hecho, la obra se reduce a dos artículos, más bien breves, y a un inmenso e intrincado aparato bibliográfico documental que ocupa casi las tres cuartas partes de la misma. Dedicado el primer artículo a la defensa de la narración de Lactancio sobre la visión de Constantino, se rechaza en el segundo la autenticidad eusebiana de la *Vita Constantini*, defendida por Gregoire, y se insiste sobre la imposibilidad de que un autor contemporáneo considerase como una única

conflagración las dos guerras con Licinio. Reconoce el A. la influencia eusebiana sobre la *Vita*, que considera basada en un original eusebiano en el que abundan interpolaciones tardías. Bibliográficamente el autor de la *Vita Constantini* dispuso de un reducido material y así, como ya señalara Vogt, su única fuente para la campaña del 324 se reduce a un fragmento de Filostorgo.

Ya hemos indicado lo abrumador del aparato bibliográfico y documental, compensado a su vez por el impresionante número de argumentos aducidos por el autor en favor de su tesis; resulta difícil no aceptarla, si no en su totalidad, al menos en buena parte, y es admirable ver cómo, después de Gregoire, de Alföldi y de Vogt, el autor, ya octogenario, defiende con nuevos bríos y sin soslayar problema alguno las tesis que defendiera en 1913. Tan sólo como estado de la cuestión del problema constantiniano esta obra ya merecería una detenida lectura.

A. Balil.

Säflund, Gösta, *De Pallio und die stilistische Entwicklung Tertullians* (Acta Instituti Romani Regni Sueciae, series in 8.° VIII) Lund, CWK Gleerup. 1955.

En la primera parte de este interesantísimo libro la investigación del autor echa abajo varias afirmaciones anteriores sobre la edad a que Tertuliano escribió el *de Pallio*, rectificación que produce las naturales consecuencias para el enjuiciamiento de esta obra en más de un aspecto. Demuestra el autor que el *Subnero* no es Domiciano, sino Heliogábalo y que *praesentis imperii triplex virtus* se refiere a Severo Alejandro con Julia Mamaea y Julia Maesa. Por tanto *de Pallio* tiene que ser anterior al 223 y fué seguramente escrito poco después de la muerte de Heliogábalo.

La segunda parte constituye el *robur* de la obra. Resultado de ella es una brillante refutación del escepticismo de E. Norden en punto a una evolución del estilo y la consiguiente negación de que pueda disponerse de un criterio cronológico para ordenar las obras de un autor. Esta refutación, por lo que se refiere a Tertuliano, la cierra el señor Säflund con estas bellas palabras: «Tertullian ist der Greco der lateinischen Prosa. Der reife Stil beider ist der Stil des homo pneumaticus».

La exposición que hace el autor de la evolución estilística de Tertuliano reúne todas las características de la escuela filológica sueca: trabajo concienzudo, interés del asunto y explicación lúcida. A lo largo de la demostración, van saliendo conclusiones nuevas; por ejemplo, aprendemos ahora que el libro 1.° de la obra *de Cultu feminarum* fué escrito mucho después que el 2.°, dato que, a su vez, viene a resultar decisivo para más precisiones cronológicas sobre otros libros de Ter-

tuliano. Se nos demuestra también, en un soberbio estudio que ocupa muchas páginas de esta segunda parte, la autenticidad de la tan discutida segunda parte del *Adversus Iudaeos*, refutando así las ideas en contrario de Akerman y de Croymann.

Indices de nombres, de materias y de pasajes citados acompañan a esta hermosa publicación.

J. VALLEJO.

ARNS, EVARISTO O. F. M.: *La technique du livre d'après Saint Jérôme*. París, E. de Boccard, Editeur, 1953. 221 páginas.

Este libro que reseñamos es una revisión de los conceptos generales de bibliología antigua, de tanta importancia en la crítica textual. Haber elegido a un autor como San Jerónimo, tan fecundo, de tan inquieta vida literaria, y de época de crisis y transición, ha sido un gran acierto, pues los resultados son abundantes y constituyen una serie de datos de primer orden y de conocimiento directo para discutir la materia en que son clásicos los libros de Birt, Chatelain, Clark, Dziatzko, Kenyon, Mallon, Schubart, Dain y otros.

El método del autor, que ha trabajado junto a los profesores Bayet, Marrou, Durry y el Padre Cavallera, consiste en revisar la obra de San Jerónimo para buscar en él el uso de las palabras de la técnica del libro y en general todas las referencias a la composición, escritura, edición, difusión y archivo de las obras literarias.

En el primer capítulo encontramos el estudio de los materiales escriptorios: papiro en sus diferentes formas y pergamino. El autor señala que en la victoria del pergamino es decisiva la influencia de San Jerónimo y sus colegas latinos (p. 23). La permanencia de este material fué decisiva para instituciones, como las monásticas, vocadas a una larga duración.

El siguiente capítulo analiza el trabajo de redacción, y en especial la importancia del dictado y de la taquigrafía, tema de la mayor importancia para toda la literatura de los grandes Padres cristianos. La colección de textos alegada por el Padre Arns es muy valiosa, y constituye un verdadero cuadro de las costumbres dominantes en el mundo librero de hacia el año 400. La corrección, la puntuación, la formación del ejemplar, son otros tantos puntos estudiados con aportación de numerosos pasajes jeronimianos.

El capítulo tercero está dedicado a determinar el concepto de edición, con datos muy interesantes sobre la reedición de textos, con las correcciones introducidas por diversos motivos (por ejemplo, la polémica con Rufino trae consigo que en la reedición de un mismo texto el nombre de este desaparezca, cf. p. 87). También es interesante el con-

cepto de publicidad en cuanto aplicado a las cartas. De transcendencia histórica son las menciones en San Jerónimo del *liber*, el *codex*, el *uolumen*.

El capítulo dedicado a la difusión se anima con muchas referencias a la vida literaria de la época. Los amigos influyentes que se constituyen en depositarios y editores de las obras de un maestro admirado, el coste de los copistas y el valor en el mercado de los libros, las noticias de nuevas publicaciones, el préstamo de libros, son puntos que nos informan sobre aspectos antes no suficientemente conocidos.

Un último capítulo trata de la conservación de los libros, de las falsificaciones y de las obras apócrifas atribuídas interesadamente a un autor, de la colección que un autor guarda de sus escritos, en aquellos tiempos siempre incompleta.

Finalmente el autor resume sus conclusiones, que nos hacen admirar las malas condiciones en que trabajó San Jerónimo, en una época de crisis, cuando Roma a veces quedaba cortada por invasiones de bárbaros, cuando las circunstancias económicas eran azarosas, y el interés de falsarios y enemigos conspiraba contra la fidelidad e integridad de la tradición manuscrita.

El libro del Padre Arns, por una parte, nos informa sobre el problema de la bibliografía al fin de la Antigüedad, por otra, nos ofrece elementos para reconstruir la vida literaria alrededor de una figura tan inquieta y personal como es San Jerónimo.

A. T.

LLUIS Y NAVAS, JAIME.—*Las cuestiones legales sobre la amonedación peninsular en la Edad Antigua*, 98 páginas. Fábrica Nacional de Moneda y Timbre. NUMISMÁTICA.—Publicación núm. 1. Madrid, 1953.

Este libro constituye la primera parte de la tesis doctoral del autor sobre la *Historia de la legislación sobre fabricación de moneda en España*. Nos alegramos sobremanera de la aparición de este libro, que viene a llenar un verdadero vac o bibliográfico, por cuanto carecemos casi en absoluto de estudios económico-jurídicos sobre nuestro numario antiguo. Lluis y Navas ya nos había dado muestras anteriormente de sus conocimientos y preocupaciones sobre este tema, y a este propósito citemos sólo su estudio sobre la legislación visigoda contra los monederos falsos (cfr. J. Lluis y Navas: *La España Visigoda ante la falsificación de moneda*, en *Numisma*, V, pág. 87 y siguientes), única aparecida hasta ahora sobre el mundo antiguo.

La obra se divide en cuatro capítulos que corresponden a cuatro etapas de las acuñaciones hispánicas: los griegos y las cecas béricas,

cartaginesas y fenicias; los romanos y sus acuñaciones hispánicas; suevos y visigodos.

Para la primera etapa de las acuñaciones indígenas es forzoso suponer, al igual que para las series griegas hispánicas, un estado legislativo similar al helénico, en nuestro caso de tipo masaliota y difundido a través de Ampurias, lo que creemos debe preferirse a cualquier otra posibilidad de influencia siracusana. Toca asimismo el A. el problema tan debatido de las omonoyas y las recientes contribuciones de Beltrán al mismo. El problema de la palabra *salir* en piezas de Ilerda, es estudiado y Lluis no se inclina a la posibilidad de la indicación de una unidad monetal. Asimismo señala la probabilidad, casi diríamos seguridad, de la existencia de funcionarios romanos encargados del control de las cecas indígenas junto con funcionarios hispánicos encargados de las mismas. Las leyes enunciadas por Mateu son estudiadas, señalando la necesidad de coordinar estos estudios con los exhaustivos de las cecas del tipo del realizado por Gimeno con las monedas de Laye. Interés especial reviste el estudio del arte destacando sus significaciones de valor, los atunes en las acuñaciones gaditanas, los distintos tipos de los jinetes con palma, lanza, etc. La indumentaria del jinete en Laye no responde a caprichos del abridor de cuños, sino a la «moda» del momento. El problema de las refundiciones y la pluralidad de cecas reviste distintos aspectos, según se trate de una época con una autoridad fuerte, la romana, o no.

En cuanto a las series púnicas, Lluis indica su primera etapa de influencia griega, siglos IV-III a. de Jesucristo; las hispánicas las sitúa todas entre 236 y 206. Estas influencias semitas perduraron no sólo a través de Ebusus, sino también en los tipos de abreviaturas de las leyendas monetarias.

Tras estudiar la legislación jurídica romana y la técnica de acuñación empleada, pasa a los talleres ibéricos bajo el dominio romano; el primer problema que se plantea es el de su cronología. Señálase igualmente la poca preocupación inicial de los romanos por alterar el numerario, lo que lleva a suponer que se preocuparían aún menos de controlar las cecas. Lluis se inclina por un origen prerromano de las cecas, que fueron aprovechadas por los romanos, si bien acepta la posibilidad de que no fueran muy antiguas. En cuanto al final de estas acuñaciones, Lluis cree en una supresión gradual que se prolongaría, a través de las series latinas, hasta Calígula. Gradualmente, también, se abandonan los tipos antiguos y se aceptan otros nuevos. Todo ello representó, forzosamente, alteraciones y variaciones en la organización de las cecas y el que las cecas autónomas pasaran a ser, cuando menos su material, cecas provinciales, puesto que la extensión del imperio no permitía el sistema de ceca única. A este propó-

sito es particularmente sugestiva la hipótesis del profesor Mateu y Llopis sobre los bronces de Claudio con Pallas luchando. Esta política de unificación es considerada por Lluis no como algo exclusivo de Hispania, sino un hecho general.

Un capítulo especial se dedica al estudio de las monedas militares, monedas anepígrafas de Augusto, taller de campaña del Instituto Valencia de Don Juan, y la organización de los talleres militares.

Para lo germánico el primer problema es el de su roman zación. Esta falta de variación organizadora será una de las causas de la escasez de fuentes legislativas sobre las cecas. Teodorico estableció que los monederos no podían trabajar para particulares. Casiodoro recoge asimismo datos sobre su organización gremial. El trabajo de los monederos es, en esta época, de baja calidad, se trabajaría con el sistema de cuño fijo y cuño móvil. Existe asim smo una continuidad entre las cecas romanas y las visigodas y su difusión indica lo divulgado de la profesión. Se batieron en su mayoría en ciudades episcopales, pero resta por esclarecer la intervención eclesiástica, si la hubo. Otro aspecto, y ello es también una herencia del Imperio, es la acuñación oficial de monedas de baja ley y ello constituyó una poderosa fuente de ingresos para el estado visigodo, lo que explica el aprecio del sólido bizantino.

Brevemente hemos intentado presentar las conclusiones de este libro, denso en contenido y sólido en erudición, que constituye, tanto por su visión original de los problemas, como por su acervo de ideas, una sólida aportación a los estudios de nuestra numismática antigua.

A. Balil.

Tovar, Antonio.—*Cantabria prerromana o lo que la Lingüística nos enseña sobre los antiguos cántabros.* Publicaciones de la Universidad Internacional «Menéndez Pelayo», 2. Madrid, 1955. 46 páginas.

Este trabajo sirvió a autor como conferencia inaugural para el Curso 1954 de la Universidad «Menéndez Pelayo». Es natural que el tema de la antigua Cantabr a atraiga la atención de los investigadores que han de exponer sus ideas en los Cursos de Santander, y por ello esta región, verdaderamente medular en la Historia de España, tanto en el aspecto genealógico como en el lingüístico, madre de nuestros más ilustres linajes y madre de nuestra lengua castellana, región que ha sido favorecida por los desvelos de los historiadores en mayor medida que otras porciones de nuestro suelo, cuenta hoy en su bibliografía histórica con dos trabajos magistrales referentes a sus tiempos antiguos, motivados ambos por el anual acto de apertura del Curso

veraniego en Santander: el que aquí reseñamos y el que elaboró, con el título *Cantabria romana*, don Antonio García y Bellido para la apertura del Curso 1952.

El solar cántabro cuenta con numerosos motivos para atraer la atención de los investigadores de nuestro pasado. Recordemos el gran interés histórico y artístico que se encierra en sus pinturas rupestres prehistóricas, con la maravillosa cueva de Altamira; la vecindad geográfica con el discutidísimo y enigmático pueblo vasco, que motivó en tiempos pasados, en los historiadores, la confusión de cántabros y vascos, confusión que fué deshecha por el P. Flórez; su heroica resistencia frente a Roma, que hizo de Cantabria el último baluarte de la independencia hispánica y que se manifestó en una guerra de gran interés histórico y nacional, que ha sido estudiada magistralmente, junto con todo lo que podemos saber de los antiguos cántabros y astures, por Adolfo Schulten en su libro *Los cántabros y astures y su guerra con Roma*, Madrid, 1943.

En el trabajo que reseñamos, el autor se propone utilizar el material lingüístico de que podemos disponer, para trazar mediante él un esbozo de la historia de los antiguos cántabros. Este material es principalmente toponímico.

El autor reconoce aquí la existencia de elementos vascos entre los restos lingüísticos de la Cantabria prerromana, y hace su enumeración y estudio. A continuación trata de los elementos comunes al vasco y a amplias zonas del Occidente de Europa y Africa: **mala*, **kanta / kanda / ganda*, **naba*. Relaciona con el elemento **kanto*, lat. *cant(h)us*, el propio nombre *Cantabri*. Independientemente de este trabajo, hemos llegado por nuestra parte a la misma conclusión, dando además una explicación del origen del étnico *Cantabri*, basada en su analogía con el étnico *Artabri*, del que parece ser *Arrotrebae* la forma primitiva (vid. EMERITA, tomo XXII, reseña de *Fontes Hispaniae antiquae, fasc. VI. Estrabón, Geografía de Iberia)*.

Estudiados estos elementos primitivos, el autor pasa a considerar los de difusión indoeuropea. Entran aquí los restos lingüísticos qu, han venido clasificándose como «ligures» o «ilirios» por los investigadores: **luba*, **lupia*, sufijo *—asc—*, **lama*, **karanto—* y, en general-sufijo *—nt—*, etc. Reconoce el autor la dificultad que hay al pretender distinguir elementos célticos dentro de este caudal de nombres de difusión o de etimología indoeuropeas.

Pasando después a considerar la antroponimia cántabra prerromana, el autor observa en ella la preponderancia del elemento céltico, como ya indicaron Schulten *(Los cántabros...* cit., pág. 71) y fray Justo Pérez de Urbel *(Historia del Condado de Castilla*, Madrid, 1945, I, pág. 57). Por nuestra parte, consideramos este celtismo predominante de la onomástica personal frente al carácter indiferenciado y

primitivo que suelen presentar los restos toponímicos, como una consecuencia del matiz conservador de la toponimia frente al innovador de la antroponimia, idea general que fué expuesta por don Manuel Gómez-Moreno en su trabajo *Sobre los iberos y su lengua (Homenaje a don Ramón Menéndez Pidal*, III, 1925, págs. 475 y sigs.) y que desarrollamos en nuestro libro, en prensa, *La onomástica personal de la antigua Lusitania. Estudio lingüístico*, Introducción, §§ 1 y 4.

Juntamente con los antropónimos, el autor se ocupa de algunos topónimos claramente célticos en su radical o en sus sufijos.

Como consecuencia de su estudio, el autor afirma que «los cántabros históricos aparecen como gente no sólo celtizada, sino indoeuropeizada ya por otra invasión anterior».

Todavía obtiene el autor otras conclusiones interesantes de la consideración de la toponimia cántabra. La escasez de los topónimos construídos sobre nombres de Santos en Cantabria, en comparación con su abundancia en regiones más occidentales, le sirve como confirmación de la idea, apoyada por otras pruebas históricas, de que los cántabros, al igual que los vascos, se cristianizaron en época tardía. Igualmente, la falta en Cantabria de topónimos de origen visigodo le lleva a la conclusión de que no hubo allí establecimientos germánicos, lo que coincide con los resultados de la Arqueología y con el hecho de haber sido los cántabros un pueblo rebelde a dominio visigótico, como sabemos por las fuentes historiográficas.

M. PALOMAR LAPESA.

GARCÍA DE LA SANTA, TOMÁS.—*¿Saesapo? Un poblado romano en el Valle de Alcudia.* (Tirada aparte de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXI, 2, 1955.)

El autor de este trabajo, catedrático de Latín, está en las más ventajosas condiciones para el éxito de su investigación, por la especialidad de sus estudios y por conocer palmo a palmo la comarca a que aquélla se refiere. Perfectamente enterado de la bibliografía correspondiente, el señor de la Santa demuestra que la actual aldea de Bienvenida en el Valle de Alcudia (Ciudad Real) tuvo que ser una importante población romana, cuyos restos están seguramente todavía por descubrir en su mayor parte. Sostiene después que no hay razón alguna decisiva para identificar la antigua Saesapo con la actual Almadén del Azogue y anuncia una segunda parte de este trabajo en que se propone alegar los argumentos que le llevan a situar Saesapo en la citada aldea de Bienvenida. Esperamos esta continuación con el mayor interés.

J. VALLEJO.

INDICES DE REVISTAS

ACME
VIII 1. 1955

L. Lugarini: *Il problema delle categorie in Aristotele.*—G. Andreoni: *Per una interpretazione di Platone.*—U. de Urbe Veteri: *Tractatus de perfectione specierum.*—A. Lanzalaco: *Il convenzionalismo platonico del Cratilo.*

AEGYPTUS
XXXV 2. 1955

A. Traversa: *Dai papiri inediti della raccolta milanese.*—L. Alfonsi: *Sul nuovo Anacreonte.*—F. R. Adrados: *Origen del tema de la nave del estado en un papiro de Arquíloco.*—R. Böhm: *Prolégomènes d'une réédition éventuelle du papyrus Caire=Boak 57049.*—G. Botti: *Le monete alessandrine da El Hibeh nel Museo egizio di Firenze.*—F. Pedretti: *Introduzione per uno studio dei papiri cristiani liturgici.*—M. T. Cavassini: *Exemplum vocis* ἐντεύξεις *in «Repertorio papyrorum Graecarum» quae documenta tradant Ptolemaicae aetatis.*

AEVUM
XXIX 3. 1955

M. Paolucci: *Note sulla datazione del* Περὶ τοῦ καθ' Ὅμηρον ἀγαθοῦ βασιλέως *di Filodemo.*—M. Panagia: *Un'opera inedita del ultimo trecento.*—P. Mancarella: *I Codici della Biblioteca capitolare di S. Giovanni Battista in Busto Arsizio.*—L. Alfonsi: *Tra Cicerone e Vergilio.*—*Sulla tradizione letteraria della missione di Roma.*—G. Brunner: *Intorno ad un passo del Crisostomo.*—M. De Marco: *Codici Vaticani della «Epistola Alexandri ad Aristotelem».*

XXIX 4. 1955

L. Alfonsi: *Precedenti dell'incontro di Enea e Anchise.*—J. Szovérffy: *Some features of Origo Scaccabarozzi's hymns.*

AMERICAN JOURNAL OF PHILOLOGY
LXXVI 3. 1955

Th. G. Rosenmeyer: *Gorgias, Aeschylus and Apate.*—M. E. Taylor: *Primitivism in Virgil.*—J. H. Oliver: *Freemen and Dediticii.*—K. Wellesley: *The Production Date of Plautus' Captivi.*

LXXVI 4. 1955

G. Vlastos: *On Heraclitus.*—P. G. Walsh: *Livy's Preface and the Distortion of History.*—O. J. Maenchen-Helfen: *The Date of Ammianus Marcellinus' Last Books.*—R. K. Sherk: *The Inermes Provinciae of Asia Minor.*

LXXVII 1. 1956

J. Ferguson: *Catullus and Horace.*—St. I. Oost: *The Date of the Lex Iulia De Repetundis.*—Fr. P. Johnson: *Notes on the Early Greek Alphabet.*—R. B. Lloyd: *Penatibus et Magnis Dis.*—R. Pack: *Catullus, Carmen V: Abacus or Finger-Counting?*—M. N. Tod: *A New Eleusinian Title?*—M. H. Jameson: *The Vowing of a Pelanos.*—L. A. MacKay: *Notes on Lucretius.*—W. C. Helmbold and E. N. O'Neil: *The Structure of Juvenal IV.*—Ph. de Lacy: *A New 'Fragment' of Antiochus?*

ANALECTA BOLLANDIANA
LXXIII 1-2. 1955

R. Devreesse: *La lettre d'Anastase l'apocrisiaire sur la mort de S. Maxime le Confesseur.*—D. Hemmerdinger-Iliadou: *Un encomion grec inédit de S. Démétrius.*—G. Garitte: *La Passion de S. Irénarque de Sébastée et la Passion de S. Blaise.*—F. Halkin: *La Passion de S. Théoctiste.*—J. van der Straeten: *La vie de S. Landelin.*—B. de Gaiffier: *L'homiliaire-légendier de Valère.*—M. Coens: *Les sants particulièrement honorés à l'abbaye de Saint-Trond.*—J. Leclercq: *Un recueil d'hagiographie colombanienne.*—P. Devos: *Chronique d'hagiographie slave.*

LXXIII 3-4. 1955

B. de Gaiffier: *Les sources de la Passion des SS. Savin et Cyprien.*—K. Hughes: *The Offices of S. Finnian of Clonard and S. Cianán of Duleek.*—P. Meyvaert et P. Devos: *Trois énigmes cyrillo-méthodiennes de la «Légende Italique» résolues grace à un document inédit.*—M. Coens: *S. Boniface et sa mission historique d'après quelques auteurs récents.*

ANZEIGER FÜR DIE ALTERTUMSWISSENSCHAFT
VIII 4. 1955

R. Hanslik: *Plinius der Ältere.*

ATHENAEUM
XXXIII 3-4. 1955

E. Gabba: *Note appianee.*—M. Pavan: *Un documento epigrafico altinate.*—G. Marenghi: *Babrio e la favola romana.*—E. Manni: *Note di cronologia ellenistica.*—E. Barigazzi: *Studi menandrei.*—H. Hill: *The Equites as a «Middle Class».*—J. A. S. Evans: *Herodotus and the Gyges Drama.*—M. Gigante: *A Esiodo Scut. 292-300.*—C. E. Lutz: *The Use of the Letters M and G in certain Manuscripts of Remigius.*—G. Tibiletti: *Un frammento papiraceo di Ecateo Milesio.*

BEITRÄGE ZUR NAMENFORSCHUNG
VII 1. 1956

H. Krahe: *Nette/Netze und Verwandtes.*—A. Heubeck: *Pamphylisch* Απελαωρυωις.—S. A. Wolf: *Zur Deutung und Lokalisierung von Schezla. Ergänzungen und Berichtigungen zur Ortsnamenbestimmung des Hersfelder Zehntverzeichnisses.*—E. Eichler: *Beiträge zur Erforschung altsorbischer Stammes- und Gaunamen.*—H. Widmann: *Schwäbische Alb.*—O. Eisenstuck: *Zur Deutung von Luna und Luantia.*—A. J. Van Windekens: *Le nom des* ΓΙΓΑΝΤΕΣ.—R. Fischer: *Familiennamen des westlichen Böhmens.*—E. Hirsch: *Die Eigennamen von Bourcet.*—F. Altheim: *Greutungen.*

CLASSICA ET MEDIAEVALIA
XVI 1-2. 1955

A. H. Chroust: *Xenophon, Polycrates and the «Indictment of Socrates»*.—A. E. Raubitschek: *Damon*.—J. Raasted: *The Lacuna after Lucr. II 164*.—J. Pedersen: *La recherche de la sagesse d'après Hughes de Saint-Victor*.—A. Walz: *Des Aage von Dänemark Rotulus Pugillaris*.—G. de Valous: *La Poésie amoureuse en langue latine*.—J. G. Griffiths: *Leonardo and the Latin Poets*.

CONVIVIUM
XXIV 1. 1956

E. R. Curtius: *Tradizione medievale e cultura moderna*.—I. Silver: *La prima fortuna di Omero nel Rinascimento francese*.

ESTUDIOS CLÁSICOS
III 17. 1956

F. R. Adrados: *Introducción a Teognis*.—E. T. Sánchez: *La lírica latina en el Siglo de Oro español*.

CUADERNOS DE HISTORIA DE ESPAÑA
XXI-XXII. 1954

R. Menéndez Pidal: *Sobre la Crónica Pseudo Isidoriana*.—I. A. Arias: *Desplazamientos y contactos de los españoles en la España romana*.

ERANOS
LIII 3-4. 1955

M. Ventris: *Mycenaean Furnitures on the Pylos tablets*.—J. A. Davison: *Quotations and Allusions in Early Greek Literature*.—L. Bergson: *Zu drei Aischylos-Stellen*.—A. Önnerfors: *Zur Vermischung der Ausdrücke für Ortsruhe und Bewegung im Lateinischen*.—E. Ingvarsson: *Zu Properz 3, 5, 2*.—T. Wikström: *Zum Texte der sog. Apologie des Firmicus Maternus*.—P. Bruun: *Some Dynastic Bronze Coins of Constantine the Great*.

LES ÉTUDES CLASSIQUES
XXIV 1. 1956

P. Pédech: *La géographie de Polybe.*—J. Colin: *Les vendanges dionysiaques et la légende de Messaline.*—J. André: *Les noms grecs et latins de la momordique.*—M. Delaunois: *Auteurs anciens de «Poésie» et sensibilité contemporaine.*

GNOMON
28, 1. 1956

W. Marg: *Schrade, Götter und Menschen Homers.*—M. P. Nilsson: *Moulinier, Orphée et l'orphisme à l'époque classique.*—A. Lesky: *Pohlenz, Die griechische Tragödie.*—P. Vielhauer: *Dibellius, Zur Evangelienforschung.*—H. J. Mette: *Marmorale, L'ultimo Catullo.*—H. Dahlmann: *Collart, Varron grammairien latin.*—B. Axelson: *Giancotti, L'"Octavia" attribuita a Seneca.*—W. Richter: *Columella, On agriculture, edd. Forster and Heffner.*—H. Strasburger: *Broughton, The magistrates of the Roman Republic.*—J. Vogt: *Instinsky, Bischofsstuhl und Kaiserthron.*—H. Möbius: *Simon, Opfernde Götter.*

28, 2. 1956

M. Gelzer: *K. v. Fritz, The theory of the mixed constitution in antiquity.*—A. E. Harvey: *Alcmane, I frammenti, ed. Garzya.*—H. Rahn: *Peretti, Teognide nella tradizione gnomologica.*—B. Snell: *Italie, Index Aeschyleus. Allen and Italie, A concordance to Euripides.*—H. Lloyd-Jones: *Sophocle tome I edd. Dain et Mazon.*—R. Camerer: *Euripide, Andromaca, ed. Garzya.*—R. Gallavotti: *Smutny, The text history of the epigrams of Theocritus.*—R. Hanslik: *Frontonis epistulae ed. van den Hout.*—A. D. Nock: *Jonas, Gnosis und spätantiker Geist.*—M. Bieber: *Kenner, Das Theater und der Realismus in der griechischen Kunst.*—Th. Klauser: *Weitzmann, Greek Mythology in Byzantine art.*

HERMATHENA
LXXXVI. 1955

A. Dalzell: *C. Asinius Pollio and the Early History of Public Recitation at Rome.*—W. B. Stanford: *Recent Studies in the Classical Tradition.*—L. J. D. Richardson: *Further Observations on Homer and the Mycenaean Tablets.*

HERMES
83, 4. 1955

J. Kerschensteiner: *Der Bericht des Theophrast über Heraklit.*—H. Erbse: *Zum Apollonhymnos des Kallimachos.*—G. Luck: *Das Acanthisgedicht des Properz.*—H. Dörrie: *Ammonios, der Lehrer Plotins.*—H. Nesselhauf: *Die Adoption des römischen Kaisers.*—W. S. Watt: *Fabam Mimum.*—H. J. Mette: *Zu Catull 66.*—J. Fink: Θεὸς Ἀδριανός.

HUMANITAS
V-VI. 1953-1954

E. Paratore: *Ancora del «Dialogus de oratoribus».*—A. da Costa Ramalho: *Um epigrama em latim, imitado por vários.*—Maria Helena Rocha Pereira: *Acerca do «Hades» em Hesíodo.*—M. Platnauer: *Three Notes on Aeschylus, «Prom. Vinct.».*—J. M. Bairras Oleiro: *Elementos para o estudo da «Terra sigillata» em Portugal.*—R. Böhme: *Orpheus redivivus.*

LANGUAGE
31, 2. 1955

Z. S. Harris: *From phoneme to morpheme.*—G. M. Bolling: *Ionic forms in Homer.*—G. M. Messing: *Modern Greek trík and Albanian triskë.*—J. D. Bowen and R. P. Stockwell: *The phonemic interpretation of semivowels in Spanish.*

LATINITAS
IV 1. 1956

A. Bacci: *De variis iter faciendi modis.*—V. Genovesi: *Spiritus maligni in orbe pervagi.*—I. Morabito: *De eis quae Alfredus Bartoli latine vertit.*—H. Tescari: *De aesthetica re, quae dicitur, adnotatiuncula.*—I. del Ton: *Vaticanorum Hortorum Parnasus.*—V. Lo Duca: *Epigrammata.*

LATOMUS
XIV 4. 1955

J. André: *Les noms de plantes latins du Pseudo-Dioscoride.*—G. Giangrande: *Terenzio e la conquista dell'astratto in latino.*—A. E. Douglas: *The Aristotelian* Συναγωγὴ Τεχνῶν *after Cicero, Brutus 46-48.*—

H. E. Wedek: *The Question of Seneca's Wealth.*—R. Verdière: *Un peu d'herméneutique calpurnienne.*—H. Silvestre: *Notice sur le manuscrit de médecine Bruxelles, Bibliothèque Royale, 3204=18.*

XV 1. 1956

F. Thomas: *Aspects anciens du futur et du subjonctif en latin.*—P. A. Brunt: *Sulla and the Asian Publicans.*—J. Aymard: *La politique d'Auguste et l'ode III 4 d'Horace.*—H. Rolland et P. Veyne: *Un recueil épigraphique du Chevalier de Gaillard.*—J. Colin: *Le Préfet du Prétoire Cornelius Fuscus: un enfant de Pompéi.*—H. Bardon: *A propos d'un dessin de Nicolas Poussin.*

MNEMOSYNE

VIII 3. 1955

B. A. van Groningen: *A propos de Terpandre.*—W. J. Verdenius: *Plato, Rep. 433 AE.*—W. J. W. Koster et D. Holwerda: *De Eustathio, Tzetza, Moschopulo, Planude Aristophanis commentatoribus.*—M. van der Valk: *On the Atticistic lexica.*—J. H. C. Kern: *Three relief=plaques from Olbia.*—J. Colin: *La «Main» d'Annaeus Serenus, ami de Sénèque.*—B. A. van Groningen: *Ad Pindari dithyrambi fragmentum 75 S.*—W. J. Verdenius: *Aristophanes Plutus 578.*—G. J. de Vries: *Ad Diognetum V 7, VI 10.*—W. J. Verdenius: *Xenophanes frag. 18.*

VIII 4. 1955

W. J. Verdenius: *Notes on Plato's Phaedrus.*—G. J. de Vries: *Notes on Some Passages of the Cratylus.*—D. Holwerda: *De duobus codicibus Aristophaneis, quorum alter consilio, alter casu divisus est.*—D. S. Parker: *Lucretius V 131.*—C. A. van Rooy: *Quintilian X 1, 93 once more.*—A. D. Leeman: *Ad Taciti Dialogum c. XXIII 6.*—J. C. Kamerbeek: *Schol. ad Od. XVIII 115, 116.*—O. A. W. Dilke: *A Mediaeval Epitaph from Maestricht.*

MUSEUM

60, 4. 1955

Th. J. G. Locher: *Ephorus' jongste nakomelingschap. Over enkele nieuwe pogingen tot wereldgeschiedschrijving.*

ORBIS
IV 2. 1955

J. Whatmough: *Italic.*—J. W. Marchand: *Was there ever a uniform Proto=Indo=European?*—D. J. Georgacas: *Creation of New Words in Greek by Shortening and a Lexical Crux: The Term* ΔΡΑΓΑΤΗΣ *and Derivatives in modern Greek Dialects.*—M. Durand=Lefebvre: *Problème de céramique gallo=romaine éclairé par la morphologie.*—A. J. van Windekens: τεύχω-τεῦχος *et* τόξον *mots grecs d'origine pélasgique.*

PAIDEIA
X 5. 1955

N. I. Herescu: *Introduction à une poétique latine.*—W. Th. Elwert: *It. Zibaldone.*—A. Colonna: *Note al testo dei poeti lesbici.*—A. Leone: *Altre note a Eroda.*—V. Pisani: *Pubblicazioni armene.*

LA PAROLA DEL PASSATO
XLIII. 1955

M. Isnardi: *L'Accademia e le lettere platoniche.*—L. Calabi: *Le fonti della storia romana nel De Civitate Dei di S. Agostino.*—G. Schiassi: *I Prospaltii di Eupoli.*—G. Caputo: *Pastore seduto su roccia, da Leptis Magna.*

PHILOLOGUS
98, 1/2. 1954

O. Luschnat: *Die Thukydidesscholien: Zu ihrer handschriftlichen Grundlage, Herkunft und Geschichte.*—W. Mitsdörffer: *Das Mnesilochos=lied in Aristophanes Thesmophoriazusen.*—Fr. Zucker: *Zu hellenistischen Dichtern.*—G. Freymuth: *Eine Anwendung von Epikurs Isonomiegesetz (Cicero, De nat. deor. I 50).*—W. Liebich: *En Philodem=Zeugnis bei Ambrosius.*—H. Hommel: *Das Wort karban und seine Verwandten.*—J. Stroux: *Neues zur Geschäftsordnung des römischen Senates.*—A. J. Neubecker: *Zu Pindar Fr. 124 d.*—D. Henss: *Ist das Luciliusfragment 9 echt?*

REVUE DES ÉTUDES ANCIENNES
LVII 3-4. 1955

O. Touchefeu-Maynier: *Achille et Penthésilée sur une urne funéraire étrusque.* — G. Méautis: *L'orphisme dans l'«Eudème» d'Aristote.*— W. Spoerri: *A propos d'un texte d'Hippolyte.*—A. Roes et W. Vollgraff: *Le fourreau d'épée de Lobith.*

REVUE DES ÉTUDES BYZANTINES
XIII. 1955

V. Laurent: *Les droits de l'empereur en matière ecclésiastique.*— V. Grumel: *Autour de la question pseudodionysienne.*—R. Guilland: *Études de titulature byzantine.*—R. Janin: *Du Forum Bovis au Forum Tauri.*—V. Laurent: *Une nouvelle fondation monastique des Choumros.*

REVUE HITTITE ET ASIANIQUE
XIII 56. 1955

P. B. S. Andrews: *The Mycenaean name of the Land of the Achaians.* J. Friedrich: *Kritische Bemerkungen zum Bildhethitischen.*—E. Cavaignac: *Notes sur deux articles du Code Hittite.*

XIII 57. 1955

Fr. Cornelius: *Hethitische Reisewege.*—B. Cop: *Notes d'étymologie et de grammaire hittites.*—E. Laroche: *Études de vocabulaire.*—E. Laroche: *Onomastique hittite.*

REVUE DE PHILOLOGIE
XXIX 2. 1955

M. Lejeune: *Essais de philologie mycénienne.*—P. Boyancé: *Fulvius Nobilior et le Dieu ineffable.*—H. J. Mette: *Neue Homer-Papyri.*— J. Defradas: *Épithètes homériques à valeur religieuse.*—P. M. Duval: *Les peuples de l'Aquitanie d'après la liste de Pline.*—P. Nautin: *Sur une phrase de l'empereur Julien Orat. IV 143 B.*

RIVISTA DI FILOLOGIA E DI ISTRUZIONE CLASSICA
XXXIV 1. 1956

G. Capovilla: ΜΑΣΣΑΛΙΩΤΙΚΑ.—F. Giangrande: *La Consolazione di Seneca a Polibio in Cassio Dione LXI 10, 2.*—Q. Cataudella: *Emendamenti ai «Setti contro Tebe».*—A. Mazzarino: *Dittico catoniano.*—L. Moretti: *Un regolamento rodio per la gara del pentatlo.*

RHEINISCHES MUSEUM FÜR PHILOLOGIE
XCVIII 3. 1955

E. Bickel: *Römisch-Germanischer Namen-Nimbus im deutschen Mittelalter.*—A. E. Raubitschek: *Zur attischen Genealogie.*—R. Stark: *Emendation einer alten Crux im Agamemnon des Aischylos.*—W. Kranz: *Die Prosopopoie des Gregorius Palamas und Demokrit.*—R. Kassel: *Bemerkungen zum Kyklops des Euripides.*—P. Franke: *Zu einem «verschollenen» Manuskript von Hermann Diels.*—E. Bickel: *Die Echtheit von Cic. De opt. gen. or.*

WORD
10, 4. 1954

L. L. Hammerich: *The Russian Stratum in Alaskan Eskimo.*—A. Abele: *Zur Weiterentwicklung Urbaltischer Liquida-Diphthongen im Lettischen.*—C. Mango: *A Russian Graffito in St. Sophia.*—G. Hüttl-Worth: *About Obstojatel'stvo, etc.*—L. Spitzer: *The Actor-infinitive Construction in Russian and other Indo-European Languages.*—E. Stankiewicz: *Expressive Derivation of Substantives in Contemporary Russian and Polish.*—A. M. Schenker: *Polish Conjugation.*

11, 1. 1955

J. Cantineau: *Le classement logique des oppositions.*—D. H. Hymes: *Positional Analysis of Categories.*—M. Lejeune: *Structure de l'anthroponymie vénète d'après les inscriptions d'Este.*—D. Taylor: *Phonic interference in Dominican Creole.*—R. A. Fowkes: *A Celtic Sidelight on To Save Face.*—H. Pilch: *The Rise of the American English Vowel Pattern.*—R. Shafer: *Classification of the Sino-Tibetan Languages.*

11, 2. 1955

D. L. Bolinger: *Intersections of Stress and Intonation*.—D. Thomas: *Three Analyses of the Ilocano Pronoun-System*.—S. S. Klausner: *Phonetics, Personality and Status in Israel*.—H. Marchand: *Notes on Nominal Compounds in Present-Day English*.—W. Diver: *The Problem of Old Bulgarian št*.—N. D. Hoa: *Double Puns in Vietnamese*.—D. P. Taylor: *A Diachronic Note on the Consonantal System of Island-Carib*.—W. J. Samarin: *Sango, An African Lingua Franca*.—A. Martinet: *Crasis, Elision and Aphaeresis*.

11, 3. 1955

M. D. Berger: *Vowel Distribution and Accentual Prominence in Modern English*.—S. Chatman: *Immediate Canstituents and Expansion Analysis*.—I. Abe: *Intonational Patterns of English and Japanese*.—E. P. Hamp: *Italic Perfects in */-x^{w}-/ and IE * A^{w}*.—Th. R. Hart: *Notes on Sixteenth-Century Portuguese Pronunciation*.—R. L. Politzer: *A note on the North Italian Voicing of Intervocalic Stops*.—D. M. Taylor: *An Additional Note on the Consonantal System of Island-Carib*.—B. Mandelbrot: *Addenda à l'article «Structure formelle des textes et communication»*.

INFORMACION

Organizado por la Sociedad Española de Estudios Clásicos se ha celebrado en Madrid, en los días 15 al 19 del pasado mes de abril, el I Congreso Español de Estudios Clásicos, con asistencia de más de 350 congresistas. Del extranjero asistieron los profesores da Costa Ramalho, Dain, Etienne, Lejeune, Malcovati, Oliver y Palmer. Numerosas entidades nacionales y extranjeras se hicieron representar.

En la sesión inaugural, presidida por el presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, excelentísimo señor don José Ibáñez Martín, don José Sánchez Lasso de la Vega pronunció un discurso sobre *Menéndez Pelayo y la Filología Clásica en España*. La sesión de clausura estuvo presidida por el excelentísimo señor ministro de Educación Nacional don Jesús Rubio y en ella don Francisco Rodríguez Adrados leyó las conclusiones del Congreso y habló sobre *Problemas del griego y el latín en España: algunos intentos de solución*, y don Antonio Tovar pronunció un discurso en defensa de la cultura clásica. Unas palabras de adhesión y aliento del excelentísimo señor ministro cerraron el acto.

En las sesiones del Congreso se presentaron y leyeron numerosas ponencias y comunicaciones sobre diversos temas de Lingüística, Filología, Arqueología, Humanismo, Pedagogía y Didáctica de las lenguas clásicas, etc. Estos trabajos serán publicados en un volumen de *Actas* del Congreso.

Con motivo del Congreso la Sociedad Española de Estudios Clásicos ha editado una *Bibliografía de los Estudios Clásicos en España, 1939-1955*.

SUMMARIES OF ARTICLES

CARACALLA AND THE UNIFICATION OF THE EMPIRE

This is the last study of a series on the Edict of 212 A. D., initiated en 1943 in *Emerita*. The writer points out succesively all the effects originated by the unrestricted grant of citizenship at the judicial, social and political, status. Namely, the disappearance of the proceeding *agere per formulas*, characteristic of the citizens; the generalization of the *cognitio extra ordinem;* the placing at the same level of the provincial and Italic lands; the uniformity of the municipal administration; the levelling of taxes; the exaltation of the class of the countrymen; and, above all, of the soldiers, more and more pervaded in time by the Barbarian environment; all these are connected with the trend to religious syncretism under the sun worship, which exerted a hold over Antoninus Caracalla's spirit ever since his childhood. The Edict of 212 represents a decisive instant in this theologically grounded tendency. Far from being a measure of no consequence —as it has ben said— ir was a revolution which set in motion a series of radical changes in the Imperial structure. Diocletian's reformations are but a reconditioning of everthing that the *Constitutio Antoniniana* had provoked. So the historical *ictus* of the 3rd century must be placed not on the last years but in the early years of it, symmetrically with the previous one (Augustus') and the following one (Constantinus').

POLYBIUS' IRRELIGION

Polybius' irreligion is a kind of «comunis opinio» shared by both the philologues who have studied him —Hirtzel, von Scala, Wunderer, Mione— and by the scholars dealing with Greek religion in general —Decharme, Wilamowitz, Drachmann, Nestle, Nilsson—. Nevertheless, Polybius' irreligion presents itself contradictory aspects.

The present article discusses critically the texts on this subject, taking them together, not with the purpose of a quantitative accounting of these, favourable or unfavourable to this irreligion, but with that of a qualitative analysis, which, at the same time, may explain them in their innermost psychological reasons and integral functional value.

Among these texts are some ones in which, as he discusses about the origins of the religion, the rationalistic irreligion of this theorist of politics or education is clear; some others, in which the euhemeristic attitude is adhered to. All along with intranscendent invocations to the gods and, particularly, quotations of abstract divinities (τύχη, for instance, whose semantic uses are delimited in this article), some other passages, emerged from a deep ethic or pathetic lay of the soul, are met, which hold «possitive reactions» towards the divine, and even prayers. But the itch of doing away with every divine reason in the explanation of historical, facts is typical of the mental coercion, both illustrated and rationalistic, of the historian. And as much typical are his scientific trend to consider the historical truth as nearly divine; his unconcern and lack of sensitiveness towards the life beyond the grave, and the silence kept over esoteric religions, full of soteriological and eschatological contents.

The pragmatic and opportunist man which Polybius is advocates the keeping of the worship, not because of any urge for religious intimacy but for political and institutional conveniences. The hellenestic historian is not, of course, a fanatic intellectualist. The augurs' and oracle science deserve his

approval as long as it confers a halo and religious prestige to the specific quality of the historically indroctinated politician: the scientific forecast of the future. This is a trait of cold political opportunism. Before the facts —stealing at the temples, breaking of oaths, sacrileges and every kind of impious actions— his comdemnation is always definite, always angry.

The essential of the polybian religion is that the religious values are seen and evaluated inasmuch they can be considered as other previous values —political, educative, cultural or historic— which have a stronger meaning for more vital layers of his conscience, and into which he tries to change the religious ones. Before the mythical element Polybius keeps an intimate rationalistic irreligion, but, on the other hand, he clutches to the cultural elements with an external and formal conservatism.

If we try to put his «case» into a general pattern of irreligion, the impiety of Polybius can, for all its conplexe variety, be exactly framed into that sort of irreligion of the positivistic scientist, whom he reminds also through other very specific traits of his person and work.

PHILOCTETES (CT'D)

Three accusations against Ulysses, now perfectly clear and open: the first one when the young, man, feeling remorseful about his disloyalty, decides to give back the weapons to Philoctetes; Ulysses forbids him to do it and takes the young man with him. When both reappear quarrelling the Cephallenian withdraws, ludicrously lowspirited, leaving the weapons into the young man's hands. Just at the moment this is going to give them to the crippled soldier, Ulysses enters ashamed, and, being threatened by the infalible weapons, he flees; reason of his third apparition and flight, in which he seeks shelter into the cave.

Persistent efforts by Neoptolemus and, afterwards, by the Chorus, to make Philoctetes agree willingly to be taken to Troy. Philoctetes' spiritual crisis.

Herakles' unexpected and unartistic apparition. —Is he a *Deus ex machina?* Very sharp criticism against this passage; many different attemps to explain it— all of them ineffectual. It is not a *Deus ex machina,* but Ulysses himself who, helped by the setting of the stage, can talk perfectly like Herakles without being him, and finish by himself the deed, which he declared he would do as he fled: reasons which indorse this explanation.

Reconstruction of the play on the basis of the research of the present writing; aesthetic and dramatic advantages of this interpretation.

AGAIN ON THE SAPPHIC OSTRACON

The author comments the publication, in 1955, of Lobel-Page's *Poetarum Lesbiorum Fragmenta,* and of Page's *Sappho and Alceus,* pointing out that the interpretation given by them to Sappho fr. no. 2, as well as the adopted reading of her initial line, is the same referred to in an article by the present writer, published in 1950-52.

A FACTOR WHICH HELPED TO SPREAD THE ROMANIZATION: THE HISPANIC TROOPS IN THE SERVICE OF ROME (III-I centuries B. C.)

The services of Hispanic troops to different powers (Greece, Carthago, Rome) during the Ancient Age, have been already studied with regard to the hellenistic world, and to their activities in Greece, Sicilly and Africa, being such relations appraised under a light cast upon their meaning as a contribution to the cultural background of the Pre-Roman Hispania.

There remains to be studied this contribution and pressence in the Roman Army, both in the Republican and the Imperial ages. The author's aim is now to study the first as

a whole, and announces his purpose to do the same with the second in later studies. This action is investigated in the campaign in the Peninsula as well as outside it from 218 B. C. up to the Cantabric warfare of Augustus, following in this research the texts and the rare epigrafic aids (Ascoli bronce).

It is beyond doubt that these troops were present almost in every campaign. However it is not always possible to define the ethnic group to which they belong to. The significance and contribution of these troops to the spreading of the Romanization of Hispania is dealt with in connection with the grant of citizenship (Balbus, turma Salluitania, etc.) and the foundation of municipalities and colonies, semetimes to pay services of this kind (Caesar after Illerda campaign).

The word mercenary used for these troops does not imply the pejorative meaning nowadays conveyed by the word. Its utilization by the author is due to the fact that it belongs to the vocabulary and bibliography of this period.

«MANIPULUS»

After discussing the usual ideas about the word, the author suggests (according to Varr. l. l. V 8) that *manipulus* could be explained as a development ot the old *manuculus/ manuclus*, «bunch», «handful» (diminutive of *manus*, through a diverse issue of *manicula)*. It must have always existed in the vulgar language, from the preliterary age up to the end of the Empire (hence the romance results, like the Spanish «manojo», etc.), but in the learned language it was transformed into *manupulus / manipulus*, influenced by the group of forms *simplus / simplex, duplus / duplex, quadruplus*, etc.

In a similar way it is hinted that *ampla*, «occasion», could be explained as an evolution from **mampla*, «handle, grip, occasion», which would be the phonetic evolution of *manucula*, «small hand», under the influence of *capulus*, «hilt».

ANIMUS / ANIMA

The author opposes —about a passage by Seneca, *De Beneficiis*, 4, 37, 1, in which the term *anima* is used— both Wackernagel, who wonders whether *anima* should not be changed for *animus*, and Pittet, to whom this example means the first case in the history of Latin of a semantic absorption of *animus* by *anima*. The author proves that the use of *anima* in the paragraph by Seneca mentioned above is only a conscious *varatio* used by the author with specific aims, resting upon the passive character always hold by *anima* differing from *animus*, and upon the pejorative meaning which *anima* takes in a considerable part of Seneca's philosophy.

Later the author explains further the reasons for a semantic absorption of *animus* by *anima*, and he again faces Wackernagel, to whom this absorption is due to an influence of the gender of φυχή rather than to an internal evolution of Latin. The author explains this absorption as taking place bacause of two factors: (1) the exclusiveness of *anima* as «soul away from the body», being, therefore, the only ruler in the life beyond the grave; and (2) the interest in that posthumous life, which already has triunphal characters in the second century, prices again the value of the word itself, along with that of that life.

THE SECOND UNRAVELLING OF TERENCE'S PLAY ANDRIA

For the altered text of the *Andrias' Alter exitus suppositicius* several conjectures are surmised: *magissime* for the line 13 (Marozeau *mihi agissime); nunc Chremes ego* for the line 14; for line 8 *amiticia nostra* is admitted, as well as the un-Terentian character of this unravelling. Finally a rendering of same is offered.

NOTES ON LATIN SYNTAX

1) The syntax of verbs like *laudo* and *queror* is surveyed in Cicero's texts (and in general in the classic prose). The *quod* construction with affective verbs is not a concurrent one but *unimportant,* if compared with the Accusative-Infinitive construction. Only *queror* is used a little more frequently with *the quod* construction in Cicero's letters and in Caesar.

As for the use of moods, both *laudo quod and queror quod* present in the statistics —with an outstanding regularity— an overwhelming use of the indicative in the first person, and subjunctive in the second and third ones. The verbs *miror* and *admiror* are exception, since the subjunctive in the first person is more recurrent in them both than in the others. It is suggested as an explanation that the sense of these verbs is related to the subjunctive meaning of wonder.

2) The distinction of value set by Traina between apposition with or without preposition is accepted, but the fact is pointed out that the statistics on the use in Cicero and postclassic writers shows a contrast between apposition with toponyms in Locative or Ablative and toponyms in Acusative.

This contrast is based in a certain tendency to avoid the apposition with toponyms, when they are in Ablative or Locative. This construction could be hazy (Ablative with Ablative-Locative) or shocking (Ablative with Locative). Cicero, while using it with some frequency, does it only in those cases in which the special value of the apposition allows him to use the preposition, which contributes to clarity.

3) The explanation given in the *Sintaxe latine* by Ernout and Thomas about the use of the subjunctive in the relative-consecutive phrases is maimed by the prejudice of considering in many cases a «potential» value, that is to say, that said instances could admit more or less forcibly a French translation with the verb «pouvoir».

PHONETICAL INTRODUCTION TO THE BASQUE ONOMASTICS

The names of places and persons have a definitive importance for the history of the Basque sounds and —it amounts to the same— for the approximate reconstruction of the old phonologic system of this language.

Actually, its history begins in the Roman Age, with the Aquitanian anthroponims and theonims, and some names of places forwarded to us by authors or through inscriptions. After this time and during 600 years —until the 16th century— the almost absolute lack of texts can only be solved, with reference to the aspects here dealt with, by the study of the ever-growing onomastics. This study, started by A. Luchaire on the last century, makes up and ascertains the conclusions drawn from the study of the Romanic Latin loans and the comparative considerations.

It can be pointed out, as the chief result, that the old Basque seems to have had an order of «strong» continuous consonants *(L, N, R)*, which followed the same fate that the corresponding Latin geminates *(ll, nn, rr)* in the loans.

INDICES DE LAS RESEÑAS DE LIBROS

Págs.

Bibliographie critique de la Statistique lingüistique (A. T.)..... 187
H. KRAHE, *Sprache und Vorzeit* (A. Tovar)..... 188
A. J. VAN WINDEKENS, *Contribution à l'étude de l'onomastique pelasgique* (A. T.)..... 190
E. ADELAIDE HAHN, *Subjunctive and Optative, Their Origin as Futures* (A. T.)..... 191
M. GIGANTE, *La costituzione degli Ateniesi, Studi sullo Pseudo-Xenofonte* (Manuel F. Galiano)..... 193
HOFFMANN-DEBRUNNER, *Geschichte der griechischen Sprache* (A. T.)..... 195
E. HOFFMANN, *Platon* (A. T.)..... 197
H. ZINSMEISTER, *Griechische Grammatik* (M. F. G.)..... 198
V. PISANI, *Breve historia de la lengua griega* (J. S. Lasso de la Vega)..... 199
Die Schule des Aristoteles. Heft 7. *Herakleides Pontikos* (J. S. Lasso de la Vega)..... 200
SOFOCLES, *Le Trachinie* (J. S. Lasso de la Vega)..... 202
PLUTARQUE, *Le Banquet des Sept Sages* (J. S. Lasso de la Vega). 204
R. DEVRESSE, *Introduction à l'étude des manuscrits grecs* (J. F. Pomar)..... 206
A. BATAILLE, *Pour une terminologie en paléographie grecque* (J. F. Pomar)..... 208
U. E. PAOLI, *La donna greca nell'Antichità* (F. Sanmartí Boncompte)..... 209
Papiri Greci e Latini (J. F. Pomar)..... 210
A. TRAINA, *Esegesi e Sintassi, Studi di Sintassi latina* (José Vallejo)..... 213
M. T. CICERONIS, *Epistularum libri* (J. Vallejo)..... 215
R. G. PALMER, *Seneca's De remediis fortuitorum and the Elizabethans* (J. Vallejo)..... 215
A. MAZZARINO, *Grammaticae Romanae fragmenta* (J. Vallejo).. 216
L. OLIVIERI SANGIACOMO, *Sallustio* (M. Marín y Peña)..... 216

Págs.

E. WISTRAND, *De Martialis epigr. VIII 15 commentatiuncula* (A. T.) 217
M. T. CICERONE, *Il secondo libro delle Tusculane* (M. F. G.) 219
L. PEDROLI, *Fabularum praetextarum quae exstant* (J. Vallejo). 220
J. W. SPAETZ, *Index verborum Ciceronis poeticorum fragmentorum* (J. Vallejo) 220
P. FRASSINETTI, *Fabula Atellana. Saggio sul Teatro popolare latino* (J. Vallejo) 221
L. HERRMANN, *Douze poèmes d'exil de Sénèque et vingt-quatre poèmes de Pétrone, regroupés et traduits* (J. Vallejo) 221
S. LUNDSTRÖM, *Ubersetzungstechnische Untersuchungen auf dem Gebiete der christlichen Latinitat* (J. Vallejo) 222
Recueil Max Niedermann (M. Marín y Peña) 223
In memoriam Achillis Beltrami. Miscellanea Philologica (M. Marín y Peña) 224
G. PERNICE, *Notas de transmisión y crítica textual clásica* (M. Marín y Peña) 226
R. MUTH, *Träger der Lebenskraft. Ausscheidungen des Organismus im Volksglauben der Antike* (A. Ruiz de Elvira) 226
H. A. MUSURILLO, *The Acts of the pagan martyrs. Acta Alexandrinorum* ed. by... (J. F. Pomar) 228
D. NORBERG, *La poésie latine rythmique du Haut Moyen Age* (M. C. Díaz y Díaz) 229
D. KIENAST, *Cato der Zensor* (V. Bejarano) 231
A. DEGRASSI, *I fasti consolari dell'Impero Romano dal 30 avanti Cristo al 630* (A. Balil) 232
Fr. P. FRANCHI DE CAVALIERI, *Constantiniana* (A. Balil) 232
G. SÄFLUND, *De Pallio und die stilistische Entwicklung Tertullians* (J. Vallejo) 233
E. ARNS O. F. M., *La Technique du livre d'après Saint Jerôme* (A. T.) 234
J. LLUIS Y NAVAS, *Las cuestiones legales sobre la amonedación peninsular en la Edad Antigua* (A. Balil) 235
A. TOVAR, *Cantabria prerromana o lo que la Lingüística nos enseña sobre los antiguos cántabros* (M. Palomar Lapesa) 236
T. GARCIA DE LA SANTA, *¿Saesapo? Un poblado romano en el valle de Alcudia* (J. Vallejo) 237

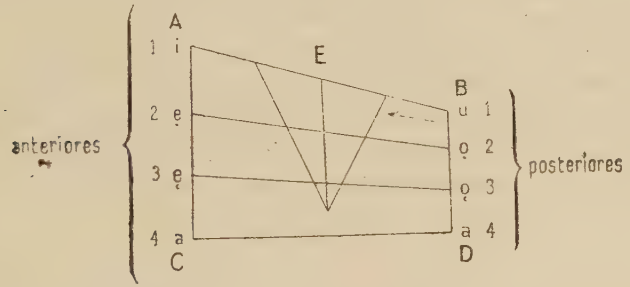
SOBRE LA HISTORIA DE LAS VOCALES LARGAS EN GRIEGO

Bajo el título *Esquisse d'une histoire du vocalisme grec* acaba de publicar en la revista *Word* (vol. 12, núm. 1, abril 1956, págs. 67-81) un interesante trabajo el profesor Martín S. Ruipérez. Se trata de una exposición comprensiva de sus puntos de vista sobre la evolución del vocalismo del jónico-ático, que en parte había expuesto ya en una de las sesiones científicas de la Sociedad Española de Estudios Clásicos (cf. *Estudios Clásicos* II, pág. 270) y en una comunicación al II Congreso Internacional de Estudios Clásicos celebrado en Copenhague en 1954 (cf. *Estudios Clásicos* II, pág. 397-8); pero que ahora completa con algunos detalles y con la adición de un estudio de la historia del vocalismo del dialecto beocio. Es su intento aplicar, a este punto concreto de la gramática griega, las doctrinas fonológicas diacrónicas, expuestas sobre todo por André Martinet, para «confirmar la teoría aplicada, por el sorprendente acuerdo entre ésta y los hechos fonológicos; pero también para mostrar la dinámica interna de algunos cambios fónicos, su causalidad inmediata y para aclarar por este camino ciertos puntos aún obscuros en la historia puramente descriptiva del vocalismo griego» *(o. c.*, pág. 67). No es la primera vez que se ha intentado aplicar los métodos estructuralistas al estudio de la evolución histórica del vocalismo griego. W. Brandenstein («Phonologische Bemerkungen zum Altgriechischen», en *Acta linguistica*, VI, 1950, págs. 31-33), explicó ya en un sentido fonológico el paso jónico-ático de $\bar{a} > \eta$ y la ausencia del paso $\breve{a} > \varepsilon$. En cuanto al cambio de |u| en |ü| dos autores que han estudiado el fenómeno análogo que se presenta en francés, explicándolo en el mismo sentido que Ruipérez el griego, examinaron también el caso del jónico-

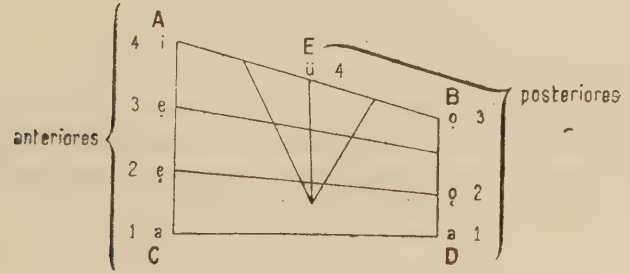
ático: Heinrich Lausberg (*Romanische Forschungen* LX, 1947, págs. 295 sigs. y especialmente pág. 298), y André G. Haudricourt-Alphonse G. Juilland (*Essai pour une histoire structurale du phonétisme français*. París, Klincksieck, 1949, página 100 sigs. y, para el griego, págs. 107-9; estos autores examinan también ampliamente el paso francés *a* > *e*, págs. 38-47). Estos últimos estudios se basan también, a lo que parece, en la enseñanza oral de A. Martinet (cf. *Economie des changements phonétiques*. Bibliotheca Romanica. Bern, Francke, 1955, pág. 52, nota 21). El artículo de Ruipérez, más detallado, completa la historia del vocalismo jónico-ático con la inclusión, en el cuadro de esta explicación, del fenómeno del itacismo, además de la aplicación ya mencionada del mismo método al estudio del vocalismo beocio.

La base de la explicación propuesta por todos estos autores para aclarar los cambios del vocalismo jónico-ático ($\bar{a} > \eta$, $\upsilon > \ddot{u}$, $\bar{o} > \bar{u}$, etc.) está en la doctrina estructuralista expuesta especialmente por Martinet (cf. «Rôle de la corrélation dans la phonologie diachronique» en *T C L P*, VIII, pág. 273, y *Economie des changements phonétiques*, pág. 47 sigs. y 95) sobre los conceptos de «inercia de los órganos de la palabra» (necesidades anatómicas y fisiológicas ante las cuales debe ceder a veces la «tendencia al equilibrio» de los sistemas) y de «estructura asimétrica de los órganos de la palabra», aplicado este último concretamente al caso de los sistemas vocálicos. En el triángulo de las vocales cardinales de Daniel Jones (según las figuras de S. K. Chatterji «A Brief Sketch of Bengali Phonetics», en *Bull. of the School of Or. Studies* II, 1, 1921, reproducido por Haudricourt-Juilland, *o. c.*, página 21) el espacio de articulación para la serie de las vocales anteriores es bastante mayor que el de las posteriores, hallándose ambos en una relación numérica de 4,1 : 2,5, es decir, que según esto, existe un margen de realización (sobre los conceptos de «margen de seguridad» y «campo de dispersión», cf. Martinet, *o. c.*, págs. 47-8) casi doble en favor de las vocales de la serie anterior. En los sistemas vocálicos con sólo dos o tres grados de abertura el margen de seguridad de las

vocales posteriores es lo suficientemente holgado para que se mantenga equilibrado el sistema; pero en los sistemas con más de tres grados de abertura, las vocales posteriores se hallan excesivamente comprimidas y se tiende a aliviar tal estado de compresión por la expulsión de una de las vocales extremo de la serie. Imaginemos, por ejemplo, el caso de un sistema vocálico con cuatro grados de abertura, por distinguir dos tipos de *e* y *o*, abiertas y cerradas. La representación gráfica de dicho sistema vendría a ser la siguiente:



En ella, repetimos, el segmento AC está con el BD en una relación de 4,1 : 2,5, y la serie de las vocales posteriores, muy comprimida, busca alivio, por ejemplo, trasladando la articulación de |*u*| al punto E, con lo cual su espacio de articulación se amplía considerablemente:

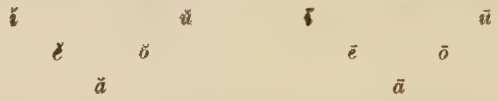


Como se ve, según tal explicación, no solamente |*u*| pasa a |*ü*|, sino que el «hueco» de la |*u*| lo pasa a ocupar la antigua |*o*|,

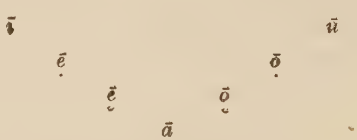
en virtud de la tendencia a la integración de los fonemas de un sistema, que les lleva a «incesantes desplazamientos a la aventura» (Martinet, *o. c.*, pág. 79), rellenando las posibles «cases vides» o «holes in the pattern» (sobre este concepto, cf. Martinet, «La Phonologie synchronique et diachronique», en *Conf. Inst. Linguistique Univ. Paris*, VI, 1938, pág. 53, y *o. c.*, págs. 80-1) hasta conseguir por fin un sistema definitivamente integrado.

¿Cuáles fueron los episodios de la larga aventura de los fonemas vocálicos del jónico-ático hasta conseguir finalmente el reposo, por lo menos momentáneo, de un sistema integrado? Muy brevemente resumidos, fueron los siguientes, según la exposición de Ruipérez:

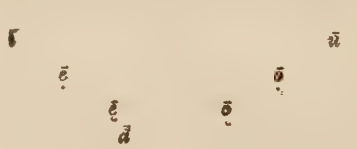
Frente al sistema vocálico del griego común, con dos series vocálicas (anteriores y posteriores), y tres grados de abertura, tanto en las vocales largas como en las breves:



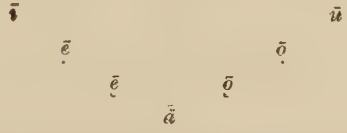
en el sistema de las vocales largas, como resultado de la creación, por alargamientos compensatorios y contracciones, de una $|\bar{e}|$ y de una $|\bar{o}|$, aparecieron en jónico-ático cuatro grados de abertura:



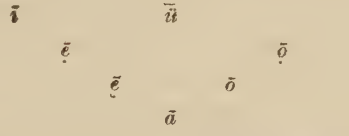
Tal sistema, aparentemente simétrico y estable, era en realidad, por las razones antes apuntadas, un sistema inestable, hallándose en él muy comprimida la serie de las vocales posteriores. Esta compresión se alivió por el paso de $|\bar{a}|$ a $|\bar{a}|$:



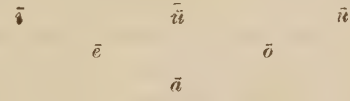
Pero al surgir después una nueva |ā| como resultado de alargamientos compensatorios más recientes, del tipo πᾶσα < < *πάνσα < *πάντια, por ejemplo, y al no estar integrado en el sistema (por carecer de correlatos en la serie posterior y en el sistema de las vocales breves, y estar su campo de dispersión muy comprimido entre los de |ā| y |ē|) el fonema |ā̄| acabó confundiéndose con |ē| y resultó de nuevo el siguiente sistema:



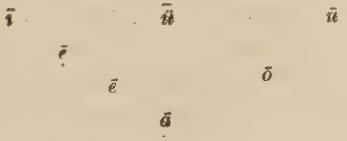
Es decir, otra vez un sistema inestable y sobrecargado en la serie vocálica posterior, compresión que se alivió ahora por paso de la |ū| a |ū̄|:



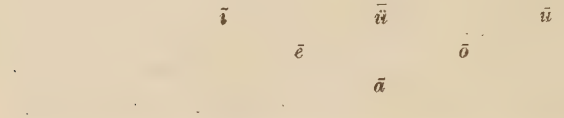
Más tarde (mitad del siglo IV a. de J. C.) la (ō̩) ocuparía la «case vide» de la |ū| y, bastante después (siglo I a. de J. C.), la |ē̩|, en situación asimétrica con respecto a la serie posterior, se confundiría con la |ī| (primera oleada de itacismo), resultando el sistema:



en el que la |ē| y la |ō| se habría cerrado, en virtud de una tendencia que se hizo notar en las vocales largas, contrariamente a lo sucedido en las breves, que se habrían abierto. Dos siglos después (siglo I d. de J. C.) apareció una nueva |ē̩| < αι, y la inestabilidad del nuevo sistema:



se habría superado pasando |ē| a |ī| (segunda oleada de itacismo) y ocupando la |ē| una posición central en cuanto a la abertura:



sistema vocálico regular y estable que, al desaparecer en seguida la correlación de cantidad, coincidirá con el de las vocales breves.

Hasta aquí la exposición del profesor Ruipérez que es, como puede apreciarse, un intento muy estimable de presentar, a la luz de condicionamientos puramente funcionales y de exigencias de la estructura misma del sistema, una historia del vocalismo jónico-ático. Según esta interpretación, tal historia se nos ofrece bajo una apariencia extraordinariamente sencilla y, de ser exacta, estaríamos ante una prueba manifiesta de la utilidad de aplicar los métodos estructuralistas a la gramática de las lenguas clásicas, que todavía no los ha aprovechado de modo decidido y sistemático. El gran peligro del estructuralismo, fallo en el que con frecuencia han incurrido sus representantes, es el del apriorismo, que atiende a la simple consecuencia interna entre los principios de un sistema puramente teórico y descuida su contrastación rigurosa y pormenorizada con los datos reales de la lengua objeto de estudio. El profesor Ruipérez es un excelente filólogo clásico y, por ello, ha procurado en todo momento poner de acuerdo los aspectos varios de su teoría con los datos proporcionados por la filología sobre la historia de los dialectos griegos. De todos modos, en la intención misma de su trabajo alienta el propósito de aclarar la historia del vocalismo griego en virtud de su propio dinamismo interno, considerado como su causalidad inmediata, y, tal vez, esta intención ha podido hacerle olvidar alguna vez la necesidad del constante contacto, que él mismo postula, entre la teoría y la realidad lingüística *in vivo*. Ante todo, nada parece más natural, cuan-

do se estudia la historia del vocalismo griego, que prestar la máxima atención a los hechos jónico-áticos, especialmente áticos, por ser los conocidos con mayor lujo de detalles, que nos permiten casi siempre conclusiones seguras en punto a la naturaleza misma de los cambios experimentados por el vocalismo en aquel dialecto, así como a su cronología. Pero esta circunstancia no nos autoriza a prescindir, en la historia del vocalismo jónico-ático, de la historia del vocalismo de los restantes dialectos que, si documentada con menos profusión de detalles, no por ello deja de sernos conocida en sus líneas generales. La situación especialmente interesante a este respecto del dialecto beocio es bien conocida y el profesor Ruipérez le dedica un apéndice de su trabajo; pero aparte quedan los demás dialectos aqueos y los del grupo norteoccidental y dorio, cuyos datos son sistemáticamente ignorados, cuando una confrontación de los mismos con los del jónico-ático nos parecería muy útil para decidir la legitimidad o improcedencia de la explicación que de estos últimos se nos ofrece. En efecto, ocurre que un estudio histórico del sistema de las vocales largas en la gran mayoría de los dialectos griegos nos permite establecer sistemas vocálicos exactamente equiparables al del jónico-ático y, sin embargo, en ninguno de esos dialectos se han operado los cambios de |ā| en |ę̄| o de |ŭ| en |ŭ̈|:

A) Como es sabido, Ahrens *(De graecae linguae dialectis,* II, págs. 153 sigs.), dividió los dialectos dorios y norteoccidentales en dos grandes grupos: *strengdorisch (doris seuerior)* y *milddorisch (doris mitior)*, según el tratamiento de las largas *ē* y *ō* de origen secundario. Mientras que en los dialectos de la *doris seuerior* (laconio, cretense y dialectos de Tarento, Heraclea y Cirene) «pro diphthongis (!) ει et ου, quae sunt in Atthide et Iade, saepe η et ω praeferunt», la *ē* y *ō* secundarias (< ε + ε, ο + ο; resultado de alargamientos compesatorios) estarían representadas en la *doris seuerior* también por η y ω, mientras que en los dialectos de la *doris mitior* (todos los demás) lo estarían, como en jónico-ático, por ει y ου (es decir, por *ę̄* y *ǭ* respectivamente). Esta doctrina de Ahrens, que

todavía hoy aceptan algunos (por ejemplo, Lejeune, *Traité de phonétique grecque*, págs. 202-3), se presta a fuertes críticas de detalle. De considerar sólo la cuestión a la luz de los datos de la ortografía, parecería que deberíamos dar la razón a Ahrens, pues que, a partir del momento de la admisión del alfabeto jónico, en las localidades de la *doris seuerior* se escribe en todo caso η y ω (después—salvo en Cirene—sigue un período en que por influjo de la κοινή aparecen ει y ου, respectivamente). Pero, por otra parte, en lo que a los dialectos de la *doris mitior* concierne, el análisis más detallado del material epigráfico (cf. Bechtel, *Die griechischen Dialekte* II, páginas 14-5 y Thumb-Kieckers, *Handbuch der griechischen Dialekte*, págs. 317 sigs.) parece indicar la conveniencia de establecer una doble distinción en el tratamiento de las vocales largas de origen secundario atendiendo a sus dos posibles orígenes (alargamiento o contracción) y quizá también distinguiendo entre $\bar{e}$ y $\bar{o}$. Algunos casos concretos parecen ser muy instructivos. En Tera, por ejemplo—cuyo dialecto, en la época de la obra de Ahrens, no podía ser bien conocido, pues no habían tenido lugar las importantes excavaciones de Hiller von Gärtringen—, el resultado de la contracción de ε + ε y ο + ο aparece escrito en las inscripciones más antiguas con E y O: ἐποίΕ, 'Ανδροβώλο; pero alguna vez con la grafía ει: Κλεισίτιμος (cf. Bechtel, II, pág. 523), lo que indica su carácter de $\bar{e}$; en cambio, la $\bar{e}$ y $\bar{o}$ resultado de alargamientos compensatorios escritas H y Ω, eran $\bar{ę}$ y $\bar{ǫ}$ respectivamente (Bechtel, II, págs. 528-9). En Rodas, en la época de adopción del alfabeto jónico oriental, los resultados de ε + ε y de ο + ο eran $\bar{ę}$ y $\bar{ǫ}$; en cambio la $\bar{e}$ y $\bar{o}$ resultado de alargamiento a juzgar por las grafías (cf. Thumb-Kieckers, pág. 319 y R. Björkegren, *De sonis dialecti Rhodiacae*, Upsala, 1902, págs. 64 sigs.) fueron hasta fines del siglo III a. de J. C. $\bar{ę}$ y $\bar{ǫ}$. Estas últimas, lo mismo que en Tera y Cos (cf. Bechtel, II, pág. 568), pasaron, pues, a cerradas bastante después que la $\bar{e}$ y $\bar{o}$ resultado de contracciones de ε + ε y ο + ο. Lo mismo puede observarse en el territorio de la Argólide, donde ε + ε > $\bar{ę}$ y ο + ο > $\bar{ǫ}$ que en Epidauro tendieron a $\bar{i}$ y $\bar{u}$ (cf. Bech-

tel II, págs. 440 y 449), mientras que en Argos, por lo menos, la *ē* y *ō* alargadas fueron *ę̄* y *ǭ*, a juzgar por la grafía (en Argos hasta el siglo III se escribió βωλά, mientras que en Epidauro, ya en el siglo IV hay βουλά). En los demás dialectos del grupo (Mégara, Corinto, locrio occidental, etolio, focense, Acaya), el estudio de las grafías parece indicar que, desde las más antiguas inscripciones, todas las *ē* y *ō* secundarias, también las resultado de alargamientos compensatorios, eran ya cerradas (cf. Bechtel, II, págs. 175, 229, 14, 53, 101, 875). Por lo demás pudo haber en algún caso diferencias cronológicas entre la |*e*| y |*o*|: así, en el fócio, en la inscripción con la ley sobre los colonos de Naupacto ε + ε > ει, pero ο + ο > Ο, mientras que sobre la inscripción del Estadio también ο + ο se escribe ου. A juzgar por estos hechos, podría pensarse que, en todos los dialectos del grupo, hubo una diferencia entre el tratamiento de las contracciones de ε + ε y ο + ο (que dieron desde muy pronto *ę̄* y *ǭ*) y la *ē* y *ō* resultado de los alargamientos que fueron en un principio *ę̄* y *ǭ*, cerrándose después, como lo demuestran las grafías ει y ου, que no pueden, por su antigüedad, considerarse influencia de la κοινή.

En los dialectos de la llamada *doris seuerior* (laconio, Tarento y Heraclea, Creta y Cirene) hasta el siglo III, las grafías indican que, en efecto, la *ē* y *ō* de origen secundario, desde la época de recepción del alfabeto jonio al menos, eran abiertas como lo eran también, naturalmente, la *ē* y *ō* originarias. El caso del dialecto de Cirene, distinto en esto del de su metrópoli Tera, puede explicarse como lo hace Bechtel muy verosímilmente (II, pág. 553) atendiendo a la tradición según la cual (cf. Heródoto IV, 159-61) en el año 570 llegaron a Cirene nuevos colonos procedentes del Peloponeso y de Creta, con cuyos dialectos forma grupo a este respecto el de Cirene. En todo caso no parece verosímil pensar con Thumb-Kieckers, *o. c.*, págs. 318-9 que en el año 640 cuando los colonos de Tera llegaron a Cirene todavía la *ē* y *ō* secundarias no se habían cerrado en ningún caso. A juzgar, pues, por la grafía de las inscripciones hasta la época de la influencia de la κοινή, todos estos dialectos poseyeron solamente *ę̄* y *ǭ*. Algunos au-

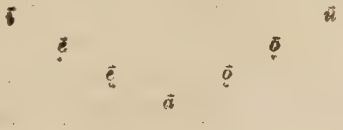
tores opinan, sin embargo, que esta situación no corresponde al estado más antiguo del vocalismo de estos dialectos. En la monografía de Johannes Brause, *Lautlehre der kretischen Dialekte* (Halle, Max Niemeyer, 1909), pág. 124 sigs. se encuentra ampliamente enunciada esta nueva interpretación. Ocurre que en las inscripciones cretenses más antiguas, las gortinias de Pythion (Collitz-Bechtel 4962-81), que escriben η en la forma ⊟, aparece, sin embargo, el signo E para notar una ē secundaria que las inscripciones gortinianas más modernas, por ejemplo, «las de los muros septentrionales» (Collitz-Bechtel 4998-5000 y también 5001-3) escriben H. Son casos como κσΕνιον, μωλΕν, συλΕν, además de una serie de infinitivos en -μΕν. Algunos, como W. Schulze *(KZ.* XXXIII, pág. 135) han visto en esa E una ĕ originaria, que habría alternado con otros dobletes con ē. Brause, por el contrario (como, en parte, también antes K. Meister, *I. F.* XVIII, págs. 162, 2) suponen que E nota una ę̄, producto de la contracción ε + ε (y también —caso κσεν- —, resultado de un alargamiento compensatorio producido por caída de digamma), mientras que ⊟ (H) nota la ę̄ originaria y producto de los demás alargamientos compensatorios, anteriores cronológicamente. A la misma conclusión pueden conducir otros hechos de grafía referentes al caso de la |ō| (cf. Brause, *o. c.*, págs. 127-8). Si esta interpretación, seguida también entre otros por Bechtel (II, pág. 689), es exacta, el caso del cretense (y presumiblemente también el de los demás dialectos tradicionalmente incluídos en la *doris seuerior)* sería comparable al del dialecto de Tera, por ejemplo, que antes examinamos: ē antigua > ę̄, ē secundaria procedente de alargamientos > ę̄, ē procedente de contracciones > ę̄; y lo mismo para el caso de la |ō|. Lo que, naturalmente, quiere decir, que en el momento de las contracciones la ĕ y ŏ eran más cerradas que la ē y ō, mientras que en lo que toca al momento de los alargamientos compensatorios más antiguos, no puede decidirse si es que la ĕ y ŏ eran ya cerradas y las ę̄ y ǭ resultado de esos alargamientos se abrieron luego o (cosa más probable en nuestra opinión) eran todavía abiertas y por eso dieron ę̄ y ǭ. Desde luego, en Creta, en el siglo III

(por ejemplo, en las inscripciones del centro de la isla 5008, 5011, 5013, 5022, 5072) todas las *ē* y *ō* de cualquier origen se escribían η y ω, y, aunque alguien ha pensado en una igualación puramente gráfica, parece más natural suponer que hubo una auténtica confusión en la pronunciación. En cuanto a las grafías ει y ου sobre inscripciones de fecha reciente *(vid.* Brause, *o. c.*, págs. 131-2) son sin duda grafías importadas por influjo de la κοινή.

El eleo se incluye también entre los dialectos de la *doris seuerior*. En él se representa por η, ω tanto la *ē* y *ō* originarias como las contracciones de ε + ε y ο + ο y los resultados de alargamientos (cf. Bechtel, II, págs. 832-3). Solamente hay que señalar que la *ē* originaria se pronunciaba muy abierta (cf. Schwyzer, *Gr. Gr.* I, pág. 185 y Lejeune, *Traité de phonétique grecque*, pág. 206) y por esto las inscripciones arcaicas de Olimpia vacilan entre las grafías ε̄ y ᾱ, vacilación en la que seguramente hay que ver (cf. Meister, *Die griech. Dialekte* II, pág. 35) una lucha de la ortografía local, que escribe ᾱ, con la panhelénica, que escribe η. El fenómeno se da también (aunque sólo en determinadas condiciones fonéticas, cf. Lejeune, *o. c.*, pág. 209) en el caso de la |*ĕ*|. Es de señalar, sin embargo, que la |*ĕ*| alargada nunca se escribe ᾱ (cf. Thumb-Kieckers, *o. c.*, pág. 239) y por ello se ha pensado en la existencia de una cierta diferencia de abertura entre *ē* antigua muy abierta y *ē* secundaria menos abierta.

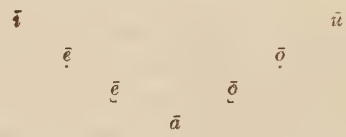
De cualquier modo todas estas cuestiones planteadas en torno a la historia del vocalismo de los dialectos dorios y norteoccidentales tienen sólo un interés relativo cuando se trata de describir estructuralmente el sistema vocálico de estos dialectos. En efecto, la realidad es que:

a) Los dialectos tradicionalmente incluídos en la *doris mitior* presentan un sistema de vocales largas de dos series y cuatro grados de abertura:



en el que $\bar{\varepsilon}$ < ε + ε y $\bar{\varrho}$ < desde luego de $\bar{e}$ originaria y, al menos en parte del territorio dialectal y quizá en todo él en una época anterior, también resultado del alargamiento de $\breve{e}$. Lo mismo para el caso de $|\bar{o}|$.

b) Los dialectos de la llamada *doris seuerior* representan muy probablemente, según hemos visto, por $\bar{\varepsilon}$ y $\bar{\varrho}$ tanto la $\bar{e}$ y $\bar{o}$ originarias, como las de origen secundario. Muy probablemente también, como hemos indicado, en una época de la que son testigo todavía las más antiguas inscripciones de Gortina hubo en estos dialectos una $\bar{\varepsilon}$ y $\bar{\varrho}$ < ε + ε, ο + ο y, en cualquier caso, desde el comienzo mismo de la transmisión de algunos dialectos de la *doris mitior* (caso de Corinto—siglo VII—y Mégara; caso del argivo: cf. W. Vollgraff, *De Erasino argivo* en *Mnemosyne*, LX, 1933, pág. 233; e igualmente del rodio: cf. R. Björkegren, *De sonis dialecti rhodiacae*, páginas 39 y 44) y lo mismo en el caso de un dialecto de la *doris seuerior*, el laconio (cf. Bechtel, II, págs. 296-7), sabemos que los diptongos ει y ου habían monoptongado en $\bar{\varepsilon}$ y $\bar{\varrho}$, exactamente como ocurrió todo lo más tarde en el siglo V en el ático (cf. Schwyzer, I, pág. 192). Es decir, que el sistema de las vocales largas en estos dialectos debió ser también un sistema cuaternario:



siquiera en algún caso concreto (el cretense) deba considerarse la posibilidad de que la monoptongación de ου fué algo posterior a la de ει (cf. Brause, *o. c.*, págs. 11 ss. y E. Rüsch, *Grammatik der delphischen Inschriften* I, pág. 142-3).

Como se ve, pues, sistemas perfectamente equiparables al del jónico-ático. Sin embargo, en ninguno de estos dialectos se sintió necesidad alguna de aligerar el sistema por paso de $|\bar{a}|$ a $|\bar{\varepsilon}|$ o de $|\bar{u}|$ a $|\bar{\ddot{u}}|$. El mantenimiento de la $|\bar{a}|$ está demostrado en todas partes por la grafía. En cuanto a la pronunciación velar de la -υ- lo está igualmente por una serie de prue-

bas ortográficas y fonéticas de distinta índole, cuyo valor nadie pone en duda (cf. para el corintio, argólico, dialecto de Tera, Creta y Acaya, Bechtel, II, págs. 213, 439, 520, 660 y 872).

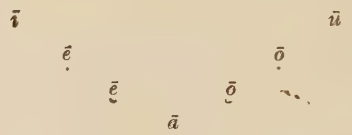
B) El lesbio va, en lo que al vocalismo concierne, en una posición pareja a la de los dialectos de la *doris seuerior*. El resultado de las contracciones de ε + ε y ο + ο es ē y ō, siempre escritas η y ω (cf. Bechtel, I, pág. 19). Como en este dialecto el tratamiento de grupos como: silbante + líquida, nasal o digamma, líquida o nasal + silbante, líquida + nasal o yod o digamma, no produce alargamiento de la vocal que les precede, no tenemos que plantearnos el problema de la ē y ō secundarias procedentes de alargamiento. Sí hay que señalar, en cambio, que es el lesbio un dialecto en el que, desde el comienzo de su transmisión, hay pruebas de la monoptongación de los diptongos (cf. Bechtel, I, pág. 9). Según esto, el sistema de las vocales largas del lesbio era también cuaternario; pero no hubo paso de ᾱ > η, ni de |ū| a |ǖ| (confróntese Bechtel, I, pág. 9).

C) El tesalio presenta un sistema de vocales largas ternario, pues sólo hay ę̄ y ǭ cualquiera que sea su origen, escritas en el siglo VI E y O y en el IV, a partir de la adopción del alfabeto jónico, ει y ου: χούραν, εἰβατᾷ (cf. W. Prellwitz, *De dialecto thessalica*, págs. 14-7). De todos modos en alguna localidad (concretamente en Farsalo), todavía durante el siglo IV, había ę̄ y ǭ escritas η y ω: ἀρχόντων, ἀνέθηκε, Λεωνίδας. Algo después, también aquí aparecen ει y ου. Es natural suponer que, también en el resto de este territorio dialectal, hubo primero ę̄ y ǭ que luego se cerraron (cf. Meister, *Die griech. Dialekte*, I, pág. 299 y R. van der Velde, *Thessalische Dialektgeographie*. Nimega—Utrecht, 1924, págs. 32-4). Es decir, que habría existido también un sistema cuaternario que no dió lugar a los cambios ᾱ > η, |ū| > |ǖ|, sino que en él se confundieron en un solo fonema los dos tipos de vocales medias.

D) El dialecto beocio, la historia de cuyo vocalismo puede seguirse en detalle debido a la constante preocupación por

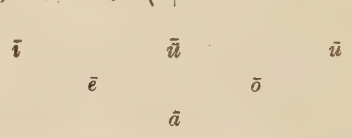
reflejar en la grafía los cambios de la pronunciación, muestra en el siglo V y en la época de adopción del alfabeto jonio (año 370 a. de J. C.), un sistema vocálico largo con sólo una $\bar{e}$ cerrada (escrita primero E como la $|\check{e}|$ y después ει) cualquiera que fuera su origen. En cuanto a la $\bar{o}$ la grafía absolutamente general demuestra que era abierta: ω (cf. Blass, *Die Aussprache d. griech.*[3], pág. 27 y Bechtel, I, pág. 235); pero hay que suponer una época en que existió una $\bar{o}$ resultado de la monoptongación del diptongo ου (exactamente como el diptongo ει > $\bar{e}$), es decir, un sistema:

asimétrico al carecer de *partenaire* $|\bar{e}|$ de la $|\bar{o}|$. A comienzos del siglo IV αι > $\bar{e}$, resultando, pues, un sistema cuaternario:



en el que no hubo paso de $\bar{a} > \eta$ ni de $|\bar{u}|$ a $|\bar{u}|$.

La $|\bar{o}|$, resultante del diptongo ου, dió muy pronto $|\bar{u}|$ (como lo demuestra que se utilizara esta grafía también para la vocal velar $|u|$) y también en el siglo IV la $|\bar{e}|$ < diptongo ει se cerró en $|\bar{i}|$. La $|\bar{e}|$ (< $\bar{e}$ antigua o secundaria resultado de contracción o alargamiento) en el siglo III pasó también a $|\bar{i}|$ y, por otra parte, οι > οε > $|\bar{u}|$:



dado que ω y η (< αι), en virtud de la tendencia general a cerrar las vocales largas—la misma que se aprecia en tesalio,

por ejemplo—debieron ser cada vez más cerradas (cf. Meister, *o. c.*, I, páginas 235 siguientes y Schwyzer, *Gr. Gr.*, I, página 195).

Como del examen sumario de los datos de los dialectos extrajonicoáticos se deduce, la situación e historia del vocalismo de éstos no está en absoluto de acuerdo con la explicación propuesta por Lausberg, Haudricourt-Juilland y Ruipérez. Todos estos dialectos han poseído, en la misma época que el jónico-ático, o en época anterior o posterior, exactamente el mismo sistema vocálico que el jónico-ático; pero en ninguno de ellos se han operado los cambios $\bar{a} > \eta$ y $|u| > |\ddot{u}|$ que tuvieron lugar en este último dialecto.

Existe, pues, creemos, una notoria disconformidad entre estas explicaciones fonológico-diacrónicas aplicadas a la historia del vocalismo jónico-ático y la historia del vocalismo en el resto de los dialectos griegos, punto este que se nos figura de importancia cuando de admitir o negar la validez de aquellas explicaciones se trata. Pero es que, aun prescindiendo de aquella disconformidad y aceptando de momento aislar herméticamente la historia del vocalismo jónico-ático de la de los dialectos restantes, encontramos en tales explicaciones algunos otros inconvenientes. Nos referiremos ante todo al de la cronología.

Según la interpretación que discutimos, entre el paso jónico-ático de $|\bar{a}|$ a $|\bar{\varrho}|$ y el de $|\bar{u}|$ a $|\bar{u}|$ hubo de transcurrir un lapso de tiempo considerable. «La palatalización de $|u|$ en $|\ddot{u}|$ es muy posterior a la de $|\bar{a}|$ en $\bar{a}$ y después en $\bar{\varrho}$»—escribe Ruipérez (*o. c.*, pág. 73; lo mismo piensa G. Bolognesi, *Rendiconti dell'Istituto Lombardo* LXXXVI, 1953, pág. 324). En efecto, se trata, según dicha interpretación, de dos intentos para aligerar la serie de las vocales posteriores, por palatalización de uno de sus elementos extremos; pero la palatalización de $|u|$ en $|\ddot{u}|$ fué consecuencia de la creación de una nueva $\bar{a}$ (tipo πᾶσα) y posterior también a la confusión de $\bar{\ddot{a}}$ (< $\bar{a}$ más antigua) con $\bar{\varrho}$, que, siempre según esta hipótesis, tuvo que ser posterior a la existencia de πᾶσα, dado que fué precisamente la presencia de la nueva $|\bar{a}|$ la que comprimiría el

espacio articulatorio de |ā| y produciría su confusión con |ē|. Como se ve es decisivo para mantener esta concepción de los pasos |ā| > |ē| y |ū| > |ǖ| el atribuir este último a una época bastante posterior al primero. Ahora bien, por nuestra parte creemos que los datos históricos no abonan dicha suposición. Nadie pretende negar, desde luego, que en lo que al ático concierne, desde el momento mismo de su transmisión histórica |u| era ya |ü|. Schwyzer apunta tímidamente en una ocasión *(Gr. Gr.* I, pág. 255) que tal vez el nombre de la isla Κόρκυρα se explique por una asimilación a partir de Κέρκυρα, que habría que hacer remontar a un momento en que -υ- sonara aún velar. Esta hipótesis es, a todas luces, gratuita. La forma indígena es sin duda alguna Κόρκυρα (confróntese Bürchner, *R. E. s. u.*, col. 1401). Κέρκυρα es forma exclusivamente usada por los escritores áticos, y, en todo caso, es esta forma la que podría explicarse por una asimilación inducida por -υ- palatal (y no por una disimilación inducida por -υ- velar como apunta H. Krahe, *Die Sprache*, I, 1949, pág. 41, nota 15; sobre la hipótesis de un origen ilirio de esta palabra cf. R. Menéndez Pidal, *Zeitschr. für rom. Phil.*, 1939, pág. 189 sigs.). El caso de γόργυρα, en dorio γέργυρα (cf. Alcmán, fr. 132 Bergk—106 Garzya—y el comentario de las ediciones de Page, Oxford, 1951 y Garzya, Nápoles, 1954) es diferente y si la forma doria es auténtica deberá explicarse por una disimilación. (Sin olvidar que ambas formas podrían también explicarse simplemente como alternación vocálica producida por la variación del acento: γέργυρα/γοργύρας; cf. J. Schmidt, *K. Z.* XXXII, pág. 344). Por lo demás, todos los casos de asimilación muestran ya en ático esta pronunciación palatal de -υ- (cf. Kretschmer, *Die griech. Vaseninschriften*, págs. 119 sigs.). Respecto al jónico, las opiniones no son tan concordes y así nos encontramos con que mientras Blass, *Über die Aussprache des Griech.*, pág. 41, fecha el paso jónico de *u* > *ü* en el siglo v y O. Hoffmann, *Die griech. Dialekte*, III, pág. 286, lo retrasa nada menos que hasta el siglo III (?), la mayoría de los autores piensan, con Solmsen, *K. Z.* XXXIV, pág. 557, que el cambio aconteció mu-

cho antes. Ya Wilamowitz, *Hom. Untersuchungen*, pág. 324, nota, y W. Schulze, *K. Z.* XXIII, pág. 396, nota 2, señalaron que las grafías homéricas del tipo de Οἰτυλον (B, 585) indicaban con su no empleo de Y una pronunciación |ü| de |u|. El *Catálogo de las naves* procede en su redacción actual de la Jonia microasiática (*vid.* B. Niese, *Der hom. Schiffskatalog*, pág. 56) y en ningún caso puede considerarse posterior al siglo VII. Por lo demás no existe ningún indicio positivo que nos autorice a suponer para el jónico oriental o insular una pronunciación todavía velar de la -υ-, siendo puramente subjetivas las opiniones de los autores que, sin prueba alguna, retrasan el cambio |u| > |ü| a fechas más o menos recientes. La verdad es que, exactamente lo mismo que sucede con el ático, dicho cambio aparece atestiguado desde el comienzo mismo de la transmisión del jónico. Bechtel (III, pág. 33) lo reconoce prudentemente. En cambio, en lo que toca al jónico de Eubea parece que podemos suponer una pronunciación velar de -υ-, con base en los siguientes argumentos:

a) El uso de ϙ delante de υ, λυ, νυ: λεϙυθος, ϙυϙνυς (contrariamente a lo que sucede en las inscripciones áticas más antiguas que emplean K: cf. Kretschmer, *Die griech. Vaseninschriften*, pág. 68).

b) El paso de -ο átona final a -υ en el siglo V: *hυπυ*.

c) Los nombres de las ciudades de Eubea Κύμη y Στύρα que son en la actualidad *Kumi* y *Stura*.

¿Significan algo estos hechos en lo que a la pronunciación de la -υ- en el ámbito dialectal jónico—excluída Eubea—respecta? Evidentemente no. Han de ser considerados sencillamente como un eolismo, que a nadie puede extrañar, pues son de antiguo conocidas las relaciones de proximidad del jónico de Eubea con el beocio (cf. Solmsen, *Untersuchungen zur griech. Laut-und Verslehre*, págs. 308 sigs.) y el tesalio, dialectos que conservaron la pronunciación velar de |u|. Las inscripciones beocias hacen un empleo profuso de la ϙ (incluso en grupos como ϙα; cf. Larfeld, *Griech. Epigraphik*, págs. 230-231); propio de tesalio es el paso -ο > -υ (cf. Bechtel, I, página 135 y W. Prellwitz, *De dialecto thessalica*, Gottingae,

1885, pág. 13), y en cuanto a los topónimos Κύμη—Steph. Byz. Κούμη—(a la que debe su nombre la actual *Kumi*, aunque no se halla situada sobre el emplazamiento antiguo, confróntese Geisau, *R. E. s. u.*) y Στύρα corresponden ambos a dos fundaciones aqueas en la isla. Κύμη, eolia, fué metrópoli de la Cumas eolia de Asia Menor y de la Cumas campania, y Στύρα, pronto jonizada, fué una fundación de los Dríopes (cf. Heródoto, VIII, 46) que pasaron a Eubea desde la Tesaliótide (cf. Creutzburg. *R. E. s. u.* y J. Miller, *R. E. s. Dryopes)*. Son varios los indicios seguros que permiten inferir que en Eubea se establecieron los aqueos, y nada de extraño tiene, pues, la aparición de algunos eolismos en la lengua de las inscripciones calcidias. Por supuesto no es el único el del posible mantenimiento de la pronunciación velar de la -υ-. Otro eolismo es el nombre Γεραιστός de un promontorio al Sur de la isla (frente a Γεραστός más raro; cf. eol. εἴκοιστος, beoc. αἴστεα, tes. Αἰσκλαπίος y *vid.* Kretschmer, *Introd. a la lingüística griega y latina*, págs. 172-3 y A. Tovar, EMÉRITA, 1944, pág. 285); y en cuanto al rotacismo de Eretria se ha atribuído a influjo del tesalio (cf. Θεορδοτειος en Farsalo y Matropolis; *vid.* Kretschmer, *K. Z.* XXXIII, pág. 568). No se olvide tampoco que el tratamiento -ττ- del ático procede seguramente de Beocia y que, desde aquí también, a través del Euripo, pasó a Eretria y Estira (cf. A. Fick, *GGA*, 1883, pág. 125 y O. Hoffmann, *Die griech. Dial.*, III, pág. 574).

Resumiendo, pues, si prescindimos de este eolismo de Eubea, el paso de |*u*| a |*ü*| se nos muestra ya cumplido en toda el área jónica desde una época anterior a los comienzos de la transmisión escrita, es decir, en ningún caso posterior al siglo VII, o sea sensiblemente la misma en que cabe suponer se verificó el paso de |*ā*| a |*ā̈*|. En la lengua de las tabletas de Pilos parecen existir ciertos rasgos jónicos (por ejemplo la fluctuación entre ε/ι). Ventris-Chadwick, *Documents in Mycenaean Greek* (Cambridge Univ. Press, 1956), pág. 77 señalan ciertos casos de posible confusión entre υ/ι (a los que habría que añadir *i-pe-me-de-ya* citado en pág. 172, si en el primer término de este nombre tuviéramos que reconocer Ὑπερ-)

que, de ser seguros, podrían probar que ya en el siglo XIII *u* > *ü;* pero, en realidad, ninguno de los ejemplos lo es. Desde luego *mo-ri-wo-do* nada prueba, pues junto a μόλυβδος hay en griego μόλιβος (Λ 237, Ap. Rod., etc.; griego helenístico μόλιβδος; cf. Solmsen, *Beiträge zur griech. Wortforschung* I, pág. 55 sigs.). Desde Dittenberger *(Hermes,* XV, págs. 225 y siguientes) es conocida la circunstancia de que las inscripciones arcaicas—hasta las del siglo VI—de Naxos y Ceos todavía dintinguen en la grafía |ā| (escrita H) de la (ē) (escrita E), y lo mismo señaló después para las de la isla de Amorgos—la costumbre fué llevada allí por los colonos de Naxos—Blass, *Über die Aussprache des Griech.*[3], pág. 25. En lo que respecta al ático las confusiones entre la flexión de los tipos, nom. -ης, acus. -ην (< -ᾱς, -ᾱν) y nom. -ης, acus. -η (< *-ēs, -ea)* no aparecen hasta el siglo IV (cf. Meisterhans, *Gramm. der att. Inschr.,* págs. 119 y 136; Schwyzer, I, pág. 186) lo que indica desde luego que la confusión fonética total de |ā| y |ē| no debió de ser muy anterior a esta fecha. Y, sin embargo, según Ruipérez, tal confusión habría debido preceder al paso de |*u*| a |*ü*| que como antes explicábamos —y, para el caso del ático, esto nadie lo discute— es bastante anterior a tal fecha.

No es esta la única dificultad cronológica que presenta la hipótesis que comentamos, aunque sí desde luego la más importante. Hay también alguna otra. Todos los autores que explican, en las diversas lenguas en que aparece, el paso de |*u*| a |*ü*| acudiendo a estas consideraciones estructurales, postulan, como consecuencia necesaria del mismo, el subsiguiente inmediato paso de |*o*| a |*u*| para llenar lo que con la terminología de Martinet llaman «case phonologique vide». Por eso tanto Lausberg *(o. c.,* pág. 298), como Haudricourt-Juilland *(o. c.,* pág. 108) y Ruipérez *(o. c.,* pág. 74) necesitan admitir para -ου- una pronunciación temprana como |ū| en lugar de |ō|. Ruipérez, siguiendo a Meisterhans, *Gr. der att. Inschriften,* págs. 26 y 63, asigna esta pronunciación ya a la primera mitad del siglo IV a. de J. C. Sin embargo, tal hipótesis no nos parece en modo alguno demostrada. En efecto, siguiendo los

datos de Meisterhans sobre la grafía de |ō| en las inscripciones áticas, nos encontramos:

a) Para ō < o + o y alargamiento de o, que, frente a la grafía o de las inscripciones más arcaicas, a partir del año 500 aparece la grafía OY que va imponiéndose hasta el año 360 antes de J. C. en que desaparece la ortografía antigua (aunque hay restos hasta el siglo III).

b) Para el diptongo -ου-, desde el año 440 a. de J. C. aparece esporádicamente la grafía O (en 32 lugares de once inscripciones datables entre los años 439 y 357 a. de J. C.), y hacia el año 360 la utilización de la grafía OY para notar el resultado de o + o y del alargamiento de o indica una coincidencia en la pronunciación del diptongo ου monoptongado y de esta otra vocal larga. Ahora bien, ¿cuál era el timbre de esta vocal larga? Meisterhans piensa que |ū|: «Beide Laute —escribe—sich änderten und in dem einem Laute ū zusammentrafen». La única prueba que puede aducirse para esta suposición es que, al introducir el alfabeto jónico en Beocia, para notar la -υ- velar de este dialecto se utiliza la grafía OY, mientras que -υ- con su pronunciación palatal jónica es la grafía para el diptongo -οι-. (Lo mismo ocurre, en lo que toca al primer punto, en algún otro dialecto.) Como se ve, el argumento tiene escaso valor probatorio. Lo único que puede afirmarse es que para notar gráficamente su |ŭ| echaron mano de la grafía cuya pronunciación en jónico era la más cercana, es decir, de la grafía de |ō|. Afirmar que, por el hecho de utilizar esta notación, el jónico-ático -ου- era ya |ū|, es olvidar el carácter puramente aproximativo de la grafía, que, por otra parte, se trasluce en la circunstancia de que en beocio se usó OY no sólo para |ū| sino también para |ŭ|. Por lo demás también aunque con menor profusión, se utilizó la grafía O: Σομφόρω (cf. L. Sadée, *De Boeotiae titulorum dialecto*. Halle, 1903, págs. 77 sigs.). Además de que en beocio el paso de ō (< diptongo ου) a |ū| pudo cumplirse antes que en jónico-ático, como se cumplió bastante antes también el de ē (< diptongo ει) a |ī|. No parece, pues, que haya argumentos de peso en favor de un paso de |ō| a |ū| ya a mediados del siglo IV, lo que pu-

diera considerarse como impuesto por la necesidad de llenar la «casilla vacía» dejada por la |ū| al pasar a |ǖ|. Lausberg (*o. c.*, pág. 298), al referirse a dicho paso en francés se expresa en términos como estos: «A causa del cambio *u* > *ü*, la *u* se habría hecho más nítida y a partir de entonces se habría destacado cada vez más claramente de la concurrente *o* que inmediatamente avanzó hasta el espacio dejado libre por *u*». Este *inmediatamente*, como observa con ironía Wartburg (*La fragmentación lingüística de la Romania*, trad. esp., Madrid, Gredos, 1952, pág. 61), ¡ha de retrasarse hasta la época literaria del francés antiguo! En el caso de jónico-ático el *inmediatamente* que parece exigir la teleología inexorable de ciertas explicaciones fonológicas habría que retrasarlo también bastante tiempo, quizás seguramente hasta la misma época (siglo I a. de J. C.) en que |ē̤| pasó a |ī|, como resultado de una tendencia general a cerrar las vocales largas. Y como, por otra parte, el paso de |u| a |ü| hay que adelantarlo, según antes veíamos, bastante más de lo que conviene al mecanismo de tales explicaciones, no parece convincente establecer un nexo de causalidad inmediata entre ambos fenómenos.

El método aplicado por los estructuralistas al estudio histórico del vocalismo jónico-ático ha de echar mano, con frecuencia, de supuestas motivaciones condicionadas por necesidades de simetría en los sistemas vocálicos considerados. Para quien admite que el paso de |ū| a |ǖ| se debió a exigencias puramente internas del sistema de las vocales largas, exigencias que, por supuesto, no se daban en el sistema de las breves (sistema ternario al no haber más que un tipo de |ĕ| y |ŏ|), el paso de |u| a |ü| fué «un hecho de simetría, es decir, de integración económica» (Ruipérez, *o. c.*, pág. 73) inducido por el de |u| a |ǖ|. Preciso es confesar nuestra resistencia a admitir esta interpretación que no valdría para el caso de la |ă|, que nunca pasó a |ĕ| o a |ă̤|, a pesar del cambio ă > ŋ, sin que valga la explicación de que |ǔ| pasó a |ă̤| porque le empujó |ŏ̤| mientras que |ă| no pasó a |ĕ| porque no tenía una |ŏ̤| que le empujara ya que, en uno y otro caso, no tenemos sino sistemas ternarios en los que el margen de seguridad para

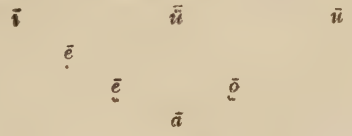
las vocales posteriores es lo suficientemente amplio para no requerir aligeramientos por paso de sus extremos a vocales palatalizadas, y en tales sistemas ternarios es lógico suponer que los únicos representantes de las vocales medias |ĕ| y |ŏ| aunque más cerca de la |ẹ̆| y |ọ̆| o de la |ę̆| y |ǫ̆|, según los casos, no serían claramente ni |ẹ̆| ni |ę̆| respectivamente, según la tendencia preconizada por el propio Martinet *(o. c.*, pág. 62) por la cual «los fonemas que coexisten en una lengua tenderán naturalmente a utilizar lo mejor posible las latitudes que les ofrecen los llamados órganos de la palabra; tenderán a ser tan distantes de sus vecinos como les sea permitido serlo». Principio éste que, en el caso de jónico-ático, se aprecia palpablemente en la circunstancia de que, al mismo tiempo que se hizo sentir una tendencia a cerrar las largas (que llevaría la |ọ̄| a |ū| y la |ẹ̄| a |ī|), se dejó sentir otra a abrir las breves.

Ello sin olvidar la dificultad, que Ruipérez mismo señala, del mantenimiento de la pronunciación velar para la -υ- de los diptongos -αυ- y -ευ-. Explicarlo por la ausencia de grupos tautosilábicos -αο- y -εο-, que hubieran podido empujar a la -υ de -αυ-, -ευ- hacia |ŭ|, no es una aclaración pertinente. Teóricamente nada se opone a la existencia de diptongos como -αο-, -εο- (cf. Grammont, *Traité de phonétique*, pág. 110) y, ya que no en la prosa—pues que la sinicesis no se anotaba en la escritura—, al menos en inscripciones métricas tenemos ampliamente documentada la existencia de tales grupos monofonemáticos (cf. G. Meyer, *Griech. Grammatik.*[3], páginas 189-90). Desde luego lo cierto es que la pronunciación velar se mantuvo en estos diptongos hasta época muy avanzada (como lo demuestran las abundantes grafías -εου- por -ευ-, por ejemplo) y, por supuesto, las grafías jónicas -αο-, -εο-: Εὐθράσης, αὐτοί, φεογέτω (cf. Schwyzer, I, pág. 197) no son prueba de tentativa alguna «por integrar esta realización [*u*], incluyéndola en el campo de |ọ̆|» (Ruipérez, *o. c.*, pág. 73, nota 17), sino simple—y ocasional—prevención gráfica para indicar la pronunciación velar de -υ, distinta de la que tenía en los demás casos.

Por otra parte, no estaría de más tampoco, cuando se pre-

tende explicar el paso de |*u*| a |*ü*| como inducido por el de |*ū*| a |*ǖ*|, considerar la frecuencia numérica, en el estado de lengua que se examina, de los fonemas |*ŭ*|, |*ū*| y |-*ŭ*| (segundo término de los diptongos -αυ- y -ευ-). A estos fines no podemos utilizar la vieja tabla estadística de E. Förstemann, *K. Z.* I, pág. 171, pues no distingue entre -υ- y -ῡ-; pero un ligero buceo estadístico basta, creo, para dar idea de las frecuencias relativas de tales fonemas. En diez páginas de la edición oxoniense de la *República* (*Rep.* 429 B-435 E) hemos hallado los siguientes casos: -υ (segundo término de -αυ- y -ευ-) 135 veces; -υ- 96 veces; -ῡ- 26 veces. La gran frecuencia de -αυ- y -ευ- debe quizá hacernos evitar expresiones como «realizaciones aberrantes, anómalas o precarias», cuando de calificar a la de esta -υ se trate. Por lo demás la gran diferencia de frecuencia a favor de -υ-, sobre la de -ῡ-, era de esperar teniendo en cuenta la abundancia de casos en que -υ- aparecía como grado cero de alternancias del tipo φεύγω: ἔφυγον o casos como σῦς: σῠός, o la frecuencia de los grupos ρυ, λυ, etcétera (cf. Schwyzer, *Gr. Gr.* I, pág. 350 sigs.). No resulta fácil, pues, tampoco, cuando se atiende a estos criterios de frecuencia, explicar el supuesto papel dominante de la -ῡ- sobre la -υ-.

Decididamente, estas explicaciones, «por la simetría de los sistemas» no nos parecen muy convincentes. Por lo demás, tal simetría no obsta para que Ruipérez mismo admita la existencia durante dos o tres siglos en ático de un sistema:



en el que la |ē̤| carecería de *partenaire* |ō̤| (ya advertimos antes que, para nosotros, el sistema fué:

al negar el paso temprano de $|\bar{o}| > |\bar{u}|$), ni tampoco para el hecho de que el sistema de las vocales breves no fuera nunca—hasta el momento de la desaparición de la correlación de cantidad—simétrico del de las vocales largas.

Resumiendo todo lo que hasta aquí llevamos dicho resulta que los intentos de autores como Lausberg, Haudricourt-Juilland y Ruipérez para explicar la historia del vocalismo jónico-ático a partir de necesidades internas impuestas por la estructura misma del sistema:

a) No pueden ofrecer, en sus interpretaciones teleológicas, un cuadro rigurosamente finalista y simétrico.

b) Chocan con inconvenientes cronológicos.

c) No pueden, sobre todo, explicar la causa de que, dadas las mismas condiciones estructurales en sistemas vocálicos extrajonicoáticos, la historia de la evolución de las vocales en los mismos no se ajuste a los principios que, según ellos, presiden la del vocalismo jonicoático. Si en las mismas condiciones estructurales los pasos de $\bar{a} > \eta$ y de $|u| > |\ddot{u}|$ se han dado solamente en el área dialectal jónico-ática, y no en la de la *doris mitior*, por ejemplo, parece natural suponer que la razón de esos cambios no radica exclusivamente en motivaciones estructurales, sino en otras de distinto tipo. Ya sé que se me contestará que la posibilidad de estos aligeramientos de la serie vocálica posterior no implica necesariamente su realización: existen, como todos sabemos, lenguas con sistemas vocálicos de cuatro o más grados de abertura que los conservan inalterables; por otra parte, los aligeramientos pueden hacerse por otros procedimientos (confusión de las dos series medias, diptongaciones). «Why, in a given language—escribe Martinet *(Word*, 1951, pág. 75)—the solution will be found in the fronting of $|u|$ and not, for instance, in the partial or total merger of $|\varrho|$ and $|o|$ does not necessarily appear from even a very detailed functional and structural survey. Linguistic reality is to complex to allow for an exhaustive listing of all the causes of all phonological changes». Pero, tratándose de variedades dialectales tan próximas como el ático y el corintio, por ejemplo, en las que la estructura de

sus sistemas vocálicos largos era idéntica, en las que las posibilidades para la evolución de aquéllos eran absolutamente equiparables, como absolutamente idénticas las condiciones fisiológicas y anatómicas de la base de articulación de sus hablantes, no podemos evitar preguntarnos por qué, si los factores causantes de la evolución del vocalismo en nada diferían, sólo en un caso, y no en el otro, cumplióse la evolución. Lejos de nosotros la menor hostilidad o reticencia hacia la fonología diacrónica. Ya en el año 1929 uno de los fundadores de la fonología sincrónica, Roman Jakobson, nos ofreció un primer intento de aplicación de la doctrina fonológica al estudio de la historia de la lengua en sus «Rémarques sur l'évolution phonologique du russe» *(TCLP);* pero han sido más recientemente los estudios de Steinitz sobre el finougrio *(Geschichte d. finnisch-ugrischen Vokalismus.* Stockholm, 1944), de Jan Horecky sobre el latín *(Fonologia latinčiny.* Bratislava, 1949), los trabajos de van Wijk, Haudricourt, Juilland, Ruipérez, etc., en otros campos lingüísticos, y, sobre todo, los de André Martinet que culminan en su última obra *Economie des changements phonétiques,* los que suponen interesantes perspectivas abiertas al estudio de la lingüística, siquiera los resultados alcanzados hasta ahora no sean siempre plenamente aceptables. Por lo demás, sería cometer evidente injusticia confundir estas experiencias con las lucubraciones de alguna otra escuela en la que campean invariablemente un tono sostenido de abstracción, que confunde la lingüística con la metafísica o el álgebra, y el hermetismo menos piadoso para con los lectores, no retrocediendo sus representantes ante la paradójica afirmación de principio de que las teorías son arbitrarias y, por ello, los datos de la experiencia no podrán confirmarlas ni negarlas. Somos de los que creemos que la investigación de cualquier tema lingüístico no puede concebirse sino como la culminación de trabajos filológicos prolongados y de estudios detallados de los datos reales de un campo lingüístico definido; pero también de los que piensan que ya pasó la hora de la lingüística atomista y de «petits faits» de los *Junggrammatiker,* y en este sentido de los que

reconocen a la fonología la ambición, en muchos aspectos lograda, de alcanzar una perspectiva totalitaria y universalista en la descripción de los estados lingüísticos y en la explicación de su evolución. La orientación teleológica que en sus dos fundamentales sentidos, como *Anlageteleologie* y como *Absichtsteleologie*, presidió en buena medida los primeros intentos de indoeuropeístas, como Bopp y Schleicher (vid. I. Slotty, *Zur Geschichte der Teleologie in der Sprachwissenschaft (Bopp, Humboldt, Schleicher)*. Diss. Breslau, 1935. Würzburg. Triltsch), fué luego totalmente abandonada por la escuela de los «jóvenes gramáticos», que renunciaron voluntariamente a todo remontarse sobre la mecánica explicación de las leyes fonéticas. La lingüística del siglo XX, por obra del estructuralismo y de la fonología, ha vuelto a plantear el problema de la finalidad y causalidad teleológica de la evolución lingüística. Si en algunos de sus representantes ello ha llevado a actitudes anticientíficas y cuasi-metafísicas, otros, como Martinet y sus discípulos, atentos a la adecuada alianza de un sano realismo con el examen de las estructuras, renunciando a hablar de finalidad rigurosa en lo relativo a la evolución lingüística, suponen un serio intento dentro de las orientaciones de la lingüística actual. «Doît-on parler ici de finalité? Bien des phonologues et non des moindres, ne s'en sont pas fait faute. A tort, selon nous... Pas plus ici qu'en biologie, il n'est nécéssaire d'invoquer des arguments téléologiques». (Martinet, prólogo a Haudricourt-Juilland, *o. c.*, pág. IX). Pero, situados ante un fenómeno lingüístico, no se resignan a constatar su existencia y las condiciones de ésta, sino que intentan buscar la explicación, preferentemente en las condiciones internas del sistema lingüístico mismo. El principio es justo; pero se corre el peligro de sobreestimarlo y de exclusivizar en las condiciones estructurales del sistema las causas de todo cambio lingüístico. Bien está que procuremos señalar los posibles factores internos en el cambio lingüístico; pero no a costa de subestimar otro tipo de factores, en cuyo análisis ha trabajado la lingüística de la primera mitad de este siglo, que—no lo olvidemos—fué la primera en elevarse sobre las limitaciones

del método de los *Junggrammatiker:* los factores externos ligados irremediablemente a la historia de cada lengua. A este respecto no podemos disimular la impresión de que la fonología diacrónica trata quizá un poco injustamente a la doctrina de los «substratos». Es verdad que, más de una vez, la apelación a tal o cual substrato no ha respondido más que al contentarse con meras etiquetas poco específicas en lugar de analizar más exacta y rigurosamente los hechos; pero ¿qué duda puede caber hoy a nadie de la exactitud del principio en que se basa la doctrina substratista, ni del rigor con que, en muchos casos, ha sido demostrada con plena evidencia la existencia del influjo de un substrato dado? Estructuralismo y sustratismo no son términos antitéticos (vid. N. A. Nielsen, «La théorie des substrats et la linguistique structurale» en *Acta linguistica*, 1952, págs. 1 sigs.).

Un sistema fonológico no encierra en sí mismo todas las causas que presidirán su evolución. «D'autres causes interviennent—reconoce Martinet—c'est certain. L'influence d'autres systèmes linguistiques est indéniable». Y el mismo Martinet, como corolario a su estudio de la lenición consonántica céltica en románico *(Language*, 1952, págs. 192-217, y *Economie*, pág. 296) reconoce, en este caso concreto, la existencia de un influjo de sustrato. Antes de invocar la influencia de causas externas, agotemos el estudio de las condiciones internas de los sistemas. Seamos exigentes con los sustratistas, unamos al estudio de los factores extralingüísticos, el de los condicionamientos internos: de acuerdo; pero no prescindamos—porque sería ir contra la realidad del fenómeno lingüístico—del análisis de aquéllos.

La explicación estructural del paso de ᾱ > η en jónico-ático «hace superflua—escribe Ruipérez, *o. c.*, pág. 71—la hipótesis que pretendía explicar este cambio por la acción del sustrato, lo que en último análisis equivale a sustituir una incógnita por otra incógnita». En nuestra opinión, en cambio, el análisis estructural de los sistemas vocálicos de los dialectos griegos, más que a nuevas interpretaciones puramente fonológicas, nos lleva a considerar, al fallar aquéllas en la expli-

cación de la evolución diferente de estructuras análogas, lo acertado de la antigua interpretación que buscaba el origen de los cambios en cuestión en un hecho de sustrato. Como es bien sabido, en 1909 P. Kretschmer—*Glotta* I, págs. 30 y siguientes—sugirió que el jónico-ático ᾱ > η podía tener su origen en una influencia de sustrato cario. Los jonios de Asia Menor se asentaron en un territorio poblado antes por una población caria, mezclándose con ella. Heródoto, I, 146, refiere que los jonios tomaron por esposas a muchas mujeres carias y, de hecho, son muy frecuentes los nombres carios en familias jonias. Pues bien, está comprobada la tendencia a patallizar la |ā| llevándola a |ă| y |ę̄| en las lenguas del grupo del cario, lidio y licio. El licio posee un signo ↑ para notar una vocal intermedia entre *a* y *e* y, aunque el material lidio y cario es aún más escaso (vid. J. Friedrich, *Kleinasiatische Sprachdenkmäler*. Berlín, De Gruyter, 1932, págs. 90 y siguientes), está igualmente comprobado que al licio ↑ corresponde el cario ♀ = ă̄ > ē (cf., por ejemplo, J. Sundwall en *Klio*, XI, pág. 465). En principio, pues, y teniendo en cuenta que, como ya anotara E. Meyer (*Forschungen zur Alten Geschichte* I—Halle, Niemeyer, 1892—, pág. 133), el punto de origen del cambio ᾱ > η hay que buscarlo lógicamente allí donde con más fuerza y consecuencia se manifiesta, es decir, en la Jonia microasiática (por eso aquí se opondría mayor resistencia que en Atica a la «Rückverwandlung» *rᾱ̆* > ρᾱ, por ejemplo), no parece descaminada esta hipótesis del sustrato minorasiático. Y, en cuanto a su concreta atribución al cario, habrá de reconocerse lo justo de las palabras con que concluía su estudio citado Kretschmer: «So viel wird man, denke ich, zugeben, dass die Annahme, das ionische η für ᾱ beruhe auf karischer Artikulation, eines gewissen Anhaltes in den Tatsachen nicht entbehrt, und für die richtige Einschätzung der historischen Bedeutung dieses Lautwandels ist auch schon die blosse Möglichkeit von Interesse» (*o. c.*, pág. 33). Esta hipótesis está también de acuerdo con los detalles que sirven para fijar la cronología relativa del fenómeno en cuestión (el vocalismo jonio de préstamos como Μῆδοι, λήδανον, κῆπος,

Σαρπηδών, etc.—cf. P. Kretschmer, *K. Z.* 31, págs. 285 y siguientes—frente a préstamos posteriores que tienen -ᾱ-: Ἀρσάμης, Ἀριαράμνης, Δαρεῖος, Ὑστάσπης), que indican que la extensión del mismo debió de ser posterior a la época en que los jonios se pusieron en contacto con los pueblos orientales de quienes tomaron aquellos empréstitos, y no un fenómeno más antiguo. La importancia del paso jónico ᾱ > η, más que en su antigüedad absoluta, radica en su extensión generalizada, que permite considerarlo como un auténtico *schibolet* del dialecto (cf. también A. Tovar, EMÉRITA 1944, pág. 285) que servirá, por ejemplo, en la época de la κοινή, para dar un barniz jónico al léxico de otros dialectos (cf. para el caso del délfico, una tabla de frecuencias en E. Rüsch, *Gr. d. delph. Inschr.* I, pág. 39 sigs.).

Con la explicación del paso jónico-ático ᾱ > η ha ocurrido algo semejante a lo sucedido en la historia de las explicaciones propuestas para el cambio galorrománico *u* > *ü*. Ascoli asignó este fenómeno al sustrato celta. Algunos autores negaron esta hipótesis, y fonólogos como Haudricourt-Juilland y Lausberg intentaron en fecha reciente explicar el paso por condiciones puramente internas del sistema vocálico, las mismas, según ellos, que operarían en otras estructuras lingüísticas análogas que acusan el mismo cambio: el portugués de San Miguel de las Azores y Madera (a partir de los datos de la descripción de F. Millet Rogers «Insular Portuguese Pronunciation: Madeira», en *Hispanic Review* XIV, 3 e «Insular Portuguese Pronunciation: Porto Santo and Eastern Azores», *ibid.* XVI, 1, que son menos claros de lo que suponen Haudricourt-Juilland); el sueco (en donde el paso |*u*| a |*ü*| no reduce el número de las vocales posteriores y no es, por consiguiente, una reorganización del sistema vocálico existente, sino un aumento de sus efectivos, y en donde |*ü*| es simplemente una variante combinatoria de |*u*|, como |*u*| lo es de |*o*| y lo son también |*â*| y |*ǫ*|, cf. Knud Togeby, *Acta linguistica* 1952, págs. 87-91). Precisamente en la discusión de este problema, que ha preocupado tanto a los romanistas, se sacaron a colación los hechos jónico-áticos, y se quiso ver en

ellos un fenómeno explicable también por las mismas razones estructurales. Las dificultades opuestas a la doctrina del sustrato celta han sido de dos tipos: geográfico (falta de coincidencia con el antiguo territorio celta; conservación en ciertas regiones de la |*u*| velar) y cronológico (el fenómeno sería asignable a una época bastante posterior a aquella en que se hablaba el galo y, por consiguiente, sería difícil admitir una conexión entre el fenómeno celta y el galorrománico). Un autor incluso (Thurneysen, *Keltoromaniches*. Halle, 1884, pág. 10) llegó a negar que en celta *u* > *ü*. Todos estos argumentos han sido discutidos por W. von Wartburg *(La fragmentación lingüística de la Romania*, págs. 52 y siguientes) que ha probado su poca consistencia o evidente inexactitud, y que, en consecuencia, se decide por la explicación sustratista. «No hay explicación—escribe *o. c.*, pág. 60—que pueda reemplazar a la deducida de la casi perfecta coincidencia de *ü* con el territorio ocupado por los galos». Conste que quien así se expresa no pertenece al grupo de lingüistas que establecen barreras infranqueables entre la sincronía y la diacronía. Antes al contrario, se trata, en frase de Haudricourt-Juilland, *o. c.*, pág. 3, del «único lingüista que ha tomado posición por una historia estructural de las lenguas»; pero se trata también de un lingüista que piensa que «no se debe ser demasiado rápido en la suposición de imposibilidades o incomodidades fonológicas, que implican con demasiada facilidad un elemento subjetivo y reflejo» *(o. c.*, pág. 33), y que no puede asentir a ciertas interpretaciones rigurosamente teleológicas de los fenómenos fonéticos.

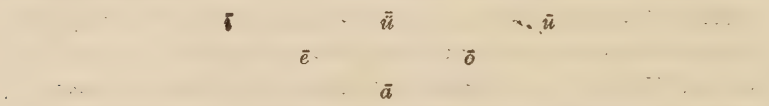
Por lo demás, en el caso del jónico-ático α > η no se dan los inconvenientes que ocurren en el galorrománico *ü* < *u*. Desde luego está probado, como antes indicábamos, que en el cario *ā* > *ä*. Por otra parte la coincidencia geográfica del fenómeno con el área dialectal jónico-ática es exacta y total, a salvo el caso del α *purum* del ático (explicable por una acción posterior de abertura inducida por la ρ—asimilación—o la ι, ε —disimilación—) y, naturalmente, del del llamado α *impurum* (explicable en general por condicionamientos esti-

lísticos: cf. G. Björck, *Das Alpha impurum und die tragische Kunstsprache*. Upsala, 1950). Además la cronología del fenómeno permite admitir una acción directa del sustrato ejercida en el momento de la sustitución de lengua, sin necesidad de recurrir a la explicación por la «herédité des habitudes acquises», lo que sin duda sería menos probatorio. Desde luego nuestro conocimiento de las lenguas minorosiáticas, del tipo del cario, por la deficiente transmisión de las mismas, no nos posibilita demostrar detalladamente, como lo exige un principio metodológico formulado por Martinet *(Economie des changements phonétiques*, pág. 296), que en la lengua en cuestión el cambio *a* > *ä* era estructuralmente más plausible que en el jónicoático. Creemos, sin embargo, que es ya suficientemente probatorio el hecho de la rigurosa limitación del fenómeno al área dialectal jónica, su estricto cumplimiento dentro de aquélla y la concordancia cronológica del mismo con la época en que habría que suponer un cambio debido a aquel substrato.

El paso jónico-ático de |*u*| a |*ü*| se ha explicado tradicionalmente acudiendo a razones de fonética general (habría comenzado en el grupo -ʊ̯-, como en el caso del albanés o en ciertos dialectos suizos; cf. Schwyzer, *Gr. Gr.* I, pág. 183: *u* > *ui* > *ü;* éste es también el caso del eslavo *y* < i. e. **ū*: cf. A. Vaillant, *Grammaire comparée des langues slaves*, I, París, 1950, pág. 119). Sería importante poder demostrar la existencia de |*ü*| en el substrato minorasiático. Sayce *(Trans. of the Soc. of. Bibl. Archeol.* IX, 1893, págs. 31 sigs.) interpretó el signo cario ⊕ como *ü*. Esta hipótesis no se ha confirmado (Kretschmer, *Einleitung in die Gesch. d. griech. Sprache*, página 381, lo identificaba con una vocal *ö;* Sundwall, *Klio*, XI, pág. 466, lo identificaba con un sonido gutural y actualmente—cf. Friedrich, *o. c.*, pág. 155—se interpreta como *vo)*. Es muy importante la circunstancia de que en hitita (cf. F. Sommer, *Die Ahhijava-Urkunden*. München. Abh. d. Bay. Ak. d. Wiss, 1932, pág. 23, nota 1) parezcan existir indicios de una posible pronunciación *ü* de *u*, lo cual tal vez pudiera reposar también sobre un substrato minorasiático. En todo

caso, en la base del paso $\bar{a} > \bar{\ddot{a}}$ existe, naturalmente, una tendencia articulatoria idéntica a la que subyace en el paso $u > \ddot{u}$ y no puede extrañar que la presencia de un cambio indujera la del otro. Es de notar la circunstancia de que en las lenguas en que se deja sentir tal tendencia aparecen ambos (ya como fonemas, ya como variantes: caso, por ejemplo, del francés y del sueco).

Una vez cumplidos en jónico-ático los pasos $\bar{a} > \eta$ y $|u| > |\ddot{u}|$, en lo sucesivo la evolución de las vocales largas estaría presidida por una tendencia general hacia su cierre de abertura, que llevaría a $|\bar{o}|$ a confundirse con $|\bar{u}|$, a $|\bar{\ddot{e}}|$ a cerrarse en $|\bar{i}|$ (siglo I a. de J. C.) y a $|\bar{\ddot{e}}|$ ($< \bar{e}, \bar{a}$) a cerrarse en $|\bar{e}|$ (en ático entre los años 150-250 d. de J. C., pues hasta esta fecha fluctúan con frecuencia las grafías η y ε, cf. Meisterhans, *o. c.*, pág. 19) y después en $|\bar{i}|$ (las confusiones de η con ι, muy raras antes, se hacen abundantes en el siglo III, cf. Dittenberger, *Hermes* VI, pág. 147—). Resultó, pues, hacia esta época, y habida cuenta de que $\alpha\iota > \eta$ (cf. Meisterhans, *o. c.*, pág. 34 y W. Lademann, *De tittulis Atticis quaestiones orthographicae et grammaticae*. Kirchhain, 1915, pág. 117) el sistema ternario:



semejante al de las vocales breves (naturalmente η y ω tenderían a ocupar una posición central en cuanto a la abertura) con el que pronto coincidiría al perderse la correlación de cantidad. En el amplio estudio de A. Strohschein, *Auffälligkeiten griechischer Vokal- und Diphthongschreibung in vorchristlicher Zeit* (Beiträge zur Sprach-, Stil- und Literaturforschung 16, 1. Berlin, Nicolaische Verlagsbuchhandlung, 1941) se adelanta sensiblemente la cronología de los pasos $\varepsilon\iota > \iota$, $\eta > \iota$, υ, $\upsilon\iota > \iota$ y $\alpha > \eta$ (cf. *o. c.*, págs. 82 sigs., 111 y sigs., 141 sigs. y 170 sigs.). Según Strohschein en los siglos V-IV en ático se habrían cumplido ya sustancialmente todos estos cambios. Salvo en pocos puntos muy concretos

y que no modifican la cronología por nosotros admitida, las interpretaciones de Strohschein carecen de toda verosimilitud.

La propensión general de los sistemas vocálicos griegos cuaternarios a hacerse ternarios, por reducción a un solo tipo de las dos clases de las vocales medias, en jónico-ático (lo mismo que antes en beocio y, aun antes, en tesalio) fué orientada por la tendencia general a cerrar las vocales largas. Indicios de esta misma tendencia los hay también en otros dialectos, como el lesbio (en donde, por ejemplo, en el siglo V $\bar{\varepsilon} > \bar{e}$; cf. Bechtel I, pág. 9) y en el argólico (en el siglo V $\bar{\varepsilon} > \bar{\imath}$ y en Epidauro $\bar{o} > \bar{u}$; cf. Bechtel II, pág. 440).

José S. Lasso de la Vega.

¿MERCURIO, DIVINIDAD PRINCIPAL DE LOS CELTAS PENINSULARES?

En el vol. III de la revista *Zephyrus*, Salamanca, 1952, publiqué un artículo titulado: *Nuevas divinidades de la antigua Hispania*, en el que entre otras comentaba la inscripción *CIL* II 2473, de Outeiro Seco (Chaves), que dice:

ERMAEI DE/VORI OB EV/ENTVM BO/NVM
GLADI/ATORI M(V)N/ERIS / CEXAEC/VS FVSCV/S
X EX/VOTO (1).

interpretando el epíteto *Deuori* como variante de la palabra celta *Deiuarus* y con el simple significado de «divino».

Sin embargo, el profesor A. Scherer, de la Universidad de Heidelberg, que asistió al Congreso de Ciencias Onomásticas, celebrado en Salamanca en abril de 1955, me hizo una sugestiva invitación a interpretar *Deuori* como *Deuo-rix*, basándose en el conocido texto de César, *B. G.* VI 17 *Deum maxime Mercurium colunt*, sobre las divinidades y cultos de los galos.

La idea es sumamente atractiva. La palabra *Deuo-rix* es perfectamente celta por su forma; cf., *Deuona*, *Deuo-gnata*, *Deo-briga*, *Catu-rix*, *Orgeto-rix*, etc., en ambos elementos de la composición, frecuentemente atestiguados en todo el dominio celta. Esto nos daría un significado de «Rey de los dioses». Son además frecuentes entre los epítetos laudatorios de divinidades los que tienen *-rix* como segundo elemento: *Mars Albio-*

---

(1) En la primera línea Hübner da ERMAEEID, pero M. Cardozo *Algunas inscriçoes lusitano-romanas da região de Chaves*, Chaves, 1943, pág. 41, lee ERMAEIDE, y esta lectura es la que seguimos.

rix, *Mercurius Aruerno-rix*, etc. (Dottin, *La langue gauloise* pág. 95.)

Si bien no se encuentra la palabra *Deuorix* en el celta insular, es muy notable hallarla atestiguada en Galia bajo la forma *Diorix*, entre los nombres dudosos de alfareros de Aquitania (Whatmough, *D. A. G.*, pág. 423) y sobre todo entre los celtíberos, también como nombre propio de varón, en el bronce de Luzaga, DEIVOREIC(I)S = *Deiuorix*, según A. Tovar, *Estudios Men. Pidal*, II, pág. 280, con escritura ibérica.

La única dificultad está en admitir la interpretación de *Deuori* como dat. de *Deuo-rix*, que debería ser **Deuo-rigi*; cf., lat. *regi*, **regei*, ir. *rig*, **regai* (Lewis-Pedersen, *Celtic Grammar*, pág. 174) y ha perdido la consonante del tema junto con la desinencia propia del dativo.

Pero esto puede explicarse fonéticamente, teniendo en cuenta que en la Península se encuentra muy atestiguada tanto la confusión entre la gutural sorda y la sonora—*Deocena* por *Deo-gena*; cf., galo *Diuo-gena*, *Lahoparnomiego* frente a *Reuueanabaraeco*—, como la pérdida de la segunda, *Matueni*, galo *Matu-genos*, *Mailo* y *Magilo*, etc. (A. Tovar, *Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas*, pág. 141, *REL* XXIX, 1951, págs. 102 sigs.)

Por lo demás esta pérdida de la gutural sonora no es exclusiva de celta peninsular. Aunque en irlandés no suele desaparecer la *-g-* intervocálica, esto es normal en los dialectos galés, córnico y bretón (cf., Lewis-Pedersen, *op. cit.*, págs. 27 y sigs.) así como en galo. La misma palabra antes mencionada *Matueni*, galo *Matu-genos*, irl. *Math-gen*, galés *Madyein*; irl. *draigen* «espino negro», galés *draen*, a. co. *drain*, bret. *drean*, etc.; irl. *rigain* «reina», galés *rhiain* «doncella»; irl. *digal* «venganza», galés *dial*, co. *dyal*. En galo *Admagetobriga* y *Admagetobria*, *Mounus* y *Mogounus* (Dottin, *op. cit.*, pág. 65).

Perdida la *-g-* intervocálica en **Deuo-ri-g-i*, fácil es ver que pudo perderse la *-i* final o contraerse con la precedente, dando lugar a la forma que nos ocupa, *Deuori*.

Interesante sería poder traer aquí con una interpretación semejante la palabra *deuuori. uo*, atestiguada en el calenda-

rio de Coligny (Whatmough, *op. cit.*, pág. 1008, Dottin, *op. cit.*, pág. 177), pero de momento su estudio presenta serios problemas y como por otra parte no es necesaria para apoyar esta nueva interpretación de *Deuori*, preferimos renunciar a ella.

La sugerencia de la nueva interpretación de *Deuori*, indudablemente más atractiva y probable, queda, pues, así: «A Hermes, rey de los dioses, por el buen resultado de un combate de gladiadores, Cexaecus Fuscus según voto».

Es curiosa la mezcla de cultos griegos y celtas que ofrece esta inscripción. A Hermes, Mercurio romano o su equivalente celta, como ya señalaba en el mencionado artículo de *Zephyrus* III, 1952, págs. 52 sigs., tan sólo entre los griegos se le relacionaba con los juegos, dándole el título, por ejemplo, de «luchador hábil», mas no era corriente que los romanos o celtas le invocasen en tales casos. Aquí vemos que se le da gracias por la protección dispensada en un combate de gladiadores. Pero el epíteto dado a Hermes nos lleva al seno mismo de la religión celta, si consideramos el citado testimonio de César. Parece así confirmarse que este culto preeminente al equivalente celta de Mercurio no era privativo de los habitantes de las Galias, sino que también se extendía a los celtas peninsulares y aun insulares. En el mismo artículo sobre las divinidades de Hispania, unas páginas más adelante, hemos observado esto, al hablar de *Lugus* y *Lug*, divinidad de Irlanda, que pueden identificarse con Mercurio.

Encontraríamos una nueva e interesante confirmación de estas ideas con la interpretación que hace Thurneysen en *ZCPh* VI, 1908, pág. 558, del supuesto nombre personal *Luguri* que se encuentra en la inscripción trilingüe de Genouilly *CIL* XIII 1326 (Whatmough, *op. cit.*, págs. 145-6, Dottin, *op. cit.*, págs. 66 y 165-6), que en la parte escrita con caracteres latinos dice así:

ELVONTIV / IEVRV. ANEVNO / OCLICNO LVGVRI/ ANEVNICNO.

En los índices del *CIL* XIII se da *Luguri* como posible dativo y J. Rhys *(The Celtic inscriptions of France, Bol. of the British Academy,* II 1906, pág. 54) lo da también como dativo de un nominativo *Luguris,* interpretación que recoge A. Holder, *Alt-celtischer Sprachschatz* II, col. 344-5, pero Thurneysen en el lugar arriba indicado critica esta opinión y piensa que en *Luguri* hay una forma de nom. *Luguri(x).*

La existencia de una forma *Lugu-rix,* aun entendida como nombre personal en nominativo, de la misma manera que *Deiuorix, Diorix,* etc., favorece la interpretación de *Deuori* como dat. de *Deuo-rix* «rey de los dioses», epíteto de Hermes, pues da nueva fuerza al testimonio de César de que los celtas veneraban principalmente a Mercurio, ya que como indicábamos más arriba parece ser *Lugus* una de las divinidades celtas identificables con Mercurio.

María Lourdes Albertos.

MITTERE INTRANSITIVO EN LATIN TARDIO Y EN LAS LENGUAS ROMANICAS

Los latinistas suecos vienen dedicando en lo que va de siglo una serie, ya nutrida, de trabajos científicos al estudio del latín tardío, que son del mayor interés no solamente para el latinista, sino también, y sobre todo, para los romanistas. Hace años tuvimos el placer de ocuparnos en EMÉRITA XIX 1951, pág. 344 sig., del magnífico libro de Åke Josephson *Casae litterarum. Studium zum Corpus agrimensorum Romanorum*, Upsala, 1950. Ahora nos parece de interés volver sobre uno de sus puntos, al cual creemos aportar algún pormenor útil para la explicación del origen y un testimonio de la permanencia del fenómeno estudiado.

Bajo el epígrafe «*Mittere* in intransitiver Funktion» señala Josephson a las págs. 237 sigs. de su libro que el verbo *mittere* aparece en función intransitiva en casos en que «como sujetos de *mittere* aparecen *casa, terminus* (en el sentido de «linde»), *finis, riuus, aqua, uia* y *arca*». Josephson da varios ejemplos de esta construcción, y no sólo tomados de las *Casae litterarum*, sino también de otros autores latinos tardíos.

Nosotros creemos que con los ejemplos suministrados por Josephson pueden hacerse tres grupos pertenecientes cada uno a un tipo de construcción diferente.

I. Cuando el verbo *mittere* está en voz pasiva. Los ejemplos no son de las *Casae litterarum:* **1** Orosio, Hist. I 2, 6 *inde iuxta Constantinopolim longae m i t t u n t u r angustiae* **2** ibidem I 2, 9 *deinde iuxta superiorum fines Auasitarum m i s s a in transuersum per Aethiopica deserta meridianum oceanum* **3** donatio Tiburt. (a. 471) p. CXLVI *b* 19 ed. Duchesne *arcus, qui m i t t i t u r ad praetorium* **4** Mela I 117 *regio ad Aremphaeos usque p e r m i t t i t u r*.

II. Cuando el verbo *mittere* lleva el pronombre reflexivo. El ejemplo es de las *Casae litterarum:* **5** D2 *casa quae per D nomen habet, finis pos<t> se habentes, de super s e m i t t i t usque in balle.*

III. Cuando el verbo *mittere* es activo. Los ejemplos son abundantes en las *Casae litterarum:* **6** 320, 11 *sub aqua uiua terminus cursorius positus m i t t i t in proximum casalem* **7** 305, 7 *terminus si transpertusus fuerit... usque in aqua uiaua m i t t i t* **8** T4 *usque in aliam aquam uibam m i t t e t limite<m> eius* **9** 324, 18 *trans flumen aqua uiua, quae usque in aliam aquam uiuam m i t t i t limitem* **10** 321, 12 *de fonte excurrit limis eius, qui m i t t i t usque in puteum* **11** (ejemplo que no da Josephson, pero sí E. Löfstedt, *Philologischer Kommentar zur Peregrinatio Aetheriae,* Upsala 1911 p. 124) 305, 5 *terminus usque in oliuastellum m i t t i t* **12** 321, 16 *etiam montem in medio usque in iugalem corrigiam p e r m i t t i t.*

Este uso de *mittere* se da también en la *Peregrinatio Aetheriae:* **13** 3, 8 *mare illud Parthenicum, quod m i t t i t Alexandriam* **14** 9, 3 *ager publicus erat... quod m i t t i t de Thebaida in Pelusio,* y también en otros autores tardíos: **15** Rufino, *Hist. mon.* 6 Migne XXI 409 C *uidimus et alium non longae ab urbe ad eam partem, quae m i t t i t ad eremum* **16** Alc. Auit., *Hom.* 7 MGH auct. ant. VI 2 p. 116, 29 *uiae minora delicta, plateae uero latiora peccata sunt, quae ad illam amplam et spatiosam m i t t u n t, quae ducit ad perditionem* **17** *Pass. Barth.* I p. 128, 3 ed. Bonnet *Indiae tres esse ab historiographis adseruntur. prima et India quae ad Aethiopiam m i t t i t.*

La equivalencia de los tipos I y II y la sucesiva sustitución del tipo I por el II, es decir, de la voz pasiva por la forma reflexiva, se da en todo el latín (cf. Hofmann, *Lateinische Grammatik*[5], Munich 1928, pág. 547) y aparece clara ya en este ejemplo de Catón agr. 20, 1 *si m o u e b i t u r (columella) eximito: denuo eodem modo facito, ne s e m o u e a t.* Pero, como muy bien ha observado Erik Wistrand, *Über das Passiuum,* Göteborg 1941, pág. 54, la construcción con *se* implica una especie de personificación de los sujetos-cosas, por

ejemplo, Paladio III 25, 18 *mela rotunda... toto anno seruare se possunt.* Tengamos en cuenta que para **5** señala Josephson que los manuscritos ζ ofrecen la variante *mittitur.*

«Que los verbos transitivos asuman función intransitiva y de esta manera formas verbales mediopasivas o reflexivas sean sustituídas por activas, es un fenómeno muy extendido en latín tardío», dice Josephson en la p. 237 de su libro (con bibliografía y remisión a D. Norberg, *Syntaktische Forschungen auf dem Gebiete des Spätlateins und des Frühen Mittelalters,* Upsala 1943 p. 175 ss. con abundante bibliografía. Véase también A. Tovar, *Gramática histórica latina. Sintaxis.* Madrid 1946, pág. 108 y M. Bassols, *Sintaxis histórica de la lengua latina* II 1, Barcelona 1948, págs. 45 sigs. y 65). Y Löfstedt, *Komm.* p. 124, al comentar el ejemplo **13** (para lo que aduce también los ejemplos **14**, **10** y **11**) opina que «probablemente pertenecía la construcción a la lengua popular».

El fenómeno de sustitución de las formas pasivas o reflexivas por las activas, lo explica W. Havers, *Handbuch der erklärender Syntax,* Heidelberg 1931, pág. 94 como un fenómeno de expresividad en frases como *terra mouet* o *Mulomedicina Chironis* 888 p. 268, 8 ed. Oder *haec omnia contundito, donec bene coquat.* No podemos negar cierta expresividad en el uso de *mittere* en los giros de nuestro tipo III, pero ella sola no creemos puede dar cuenta del origen del giro, aparte de que la expresividad del uso intransitivo de tales formas verbales puede ser resultado de su uso anormal. En nuestra opinión existe una gradación ascendente en cuanto a la personificación y actividad del sujeto en las construcciones I, II y III. En las del tipo I el sujeto es pasivo. Antes hemos dicho que Wistrand vió agudamente cómo la construcción con *se* supone, frente a las correspondientes formas pasivas, una personificación del sujeto cuando éste es una cosa. Efectivamente, en las construcciones del tipo II el sujeto sufre una personificación, pero permanece todavía afectado por un estado de estabilidad pasiva, diríamos, mientras que en las frases del tipo III el sujeto resulta que no sólo se personifica, sino que es soporte de una actividad no puramente intransitiva, a pe-

sar de no llevar acusativo objeto. Con razón, aunque sólo de pasada y de una manera intuitiva, confronta Löfstedt *loc. cit.* con *mittit* (en **13** y **14**), *uia ducit (fert) ad locum*, confrontación que nosotros podemos hacer también en **16** entre *mittunt* y *ducit*. La clave para la explicación del tipo III nos la da en cierto modo el ejemplo **9**, sobre cuya interpretación y análisis cf. Josephson, pág. 238 n. 3. Para nosotros también es seguro que en esta frase *limitem* es el acusativo objeto de *mittit;* así se explica que *mittere*, en las frases de este tipo III, conserve un valor fuertemente activo, a pesar de la elipsis de su objeto (distinto de *se)* o, por mejor decir, a causa de esa elipsis, que es origen precisamente de las construcciones del tipo III.

En cuanto a la perduración en románico de los tipos II y III, el tipo II pervive en español y a ningún hispanohablante chocará una frase como ésta: *el término de Honduras se mete hasta Montealto.*

En italiano se da el tipo III y Josephson p. 238 da varios ejemplos, que van del siglo XVI al XIX, sacados del *Vocabolario degli Accademici della Crusca* X, Florencia 1910, p. 206, de este tipo: *questa scala m e t t e nella piccola stanza ch' è sopra la porta maggiore.* Para más ejemplos remite Josephson al *Dizionario* de Tomasseo Bellini. En los diccionarios y vocabularios de otras lenguas románicas que nos han sido accesibles y hemos consultado, no encontramos atestiguado un uso análogo al del italiano. En español conversacional y culto el giro no suena, ni tampoco hemos encontrado testimonio alguno en la lengua literaria. Pero esta construcción la he oído con frecuencia en el habla de la región salmantina de la Huebra, en frases análogas a ésta: *el camino del Abajito m e t e en lo de Pepe.*

VIRGILIO BEJARANO.

TRE FRAMMENTI DI NEVIO IN FULGENZIO

Nei *Sermones Antiqui* di Fulgenzio tra le citazioni di vari autori compaiono anche due frammenti di Nevio, il primo alla glossa 21, dal *Philemporos*, e il secondo alla glossa 43, dalla *Diobolaria:*

21) 118, 1 Helm: *Sculponeas dici uoluerunt cestus plumbo ligatos; unde et Neuius in Philemporo comedia ait: «Sculponeis battenda huic sunt latera probe» et Plautus in Cassina simili modo ait: «Melius sculponeas, quibus battuatur tibi os, senex nequissime».*

43) 122, 10 H.: *Miropolam dicunt qui unguenta uendunt, ut sunt pigmentarii, unde et Neuius in Diobolaria ait: «Miropola adfatim mihi unguentum largitus est, quo me uenustarem»; adfatim dicitur abundanter, uenustare uero exhilarare est.*

Il motivo per cui questi due frammenti sono stati esclusi dalle edizioni di Nevio, da quella ottocentesca del Ribbeck a quella recente del Marmorale (1), poggia esclusivamente sulla assoluta mancanza di credito accordato a Fulgenzio. La confusione e l'inattendibilità di certe citazioni fulgenziane (2) hanno portato, infatti, alla convinzione che questo grammatico fosse consapevolmente un falsificatore e quindi hanno tolto ogni valore di testimonianza ai suoi riferimenti (3).

---

(1) O. Ribbeck, *Comicorum Romanorum fragmenta*[3], Lipsiae, 1898; Enzo V. Marmorale, *Naevius poeta*[2], Firenze, 1950. Ma già lo stesso L. Müller nell'edizione neviana del 1885 aveva tolto ogni credito alle citazioni di Fulgenzio: *cum Fulgentius sit quidem homo fidei levissimae... quae adscribit Naevio addenda duxi, non tamen sine uncis.*

(2) Come per esempio *Calpurnius in Fronesi comedia, Flaccus Tibullus in Melene comedia, Lucretius comicus in Nummolaria, Sutrius in comedia Piscatoria* e molte altre.

(3) L'opinione che Fulgenzio sia un falsificatore (scharfsinnig,

Una piú attenta e imparziale considerazione dell'opera fulgenziana fa dubitare, però, della validità di questo giudizio e ripropone a una critica meno pregiudiziale il vaglio delle citazioni fulgenziane tanto indiscriminatamente rigettate (1).

Se si esaminano, dunque, senza pregiudizi le due citazioni neviane di Fulgenzio, non si trovano plausibili motivi per rigettarle, anzi ogni considerazione particolare induce a una franca accettazione:

1) I due titoli, un nome greco e un aggettivo sostantivato in *-aria*, trovano piena corrispondenza nell'uso non solo della commedia latina in generale, ma anche di quella di Nevio in particolare. Basta ricordare 20 dei 34 titoli di palliate neviane: *Acontizomenos, Agrypnuntes, Astiologa, Colax, Commotria, Glaucoma, Guminasticus, Leon, Paelex, Stalagmus, Stigmatias, Technicus, Tribacelus, Triphallus—Carbonaria, Clamidaria, Corollaria, Nervolaria, Testicularia, Tunicularia* (2).

Betrüger, Erdichter, levissimus homo, ventosissimus homo, prestigiator) si deve massimamente a Fr. Ritschl (*Parerga*, Lipsiae, 1845, pp. 29, 140, 141, 163, 197, 416) e specialmente a L. Lersch (*Fabius Planciades Fulgentius de abstrusis sermonibus*, Bonn, 1844), dal quale — nonostante le obiezioni metodologiche di K. L. Roth, *Heidelbg. Jahrb.* 1845, p. 615 e di R. Klotz, *Fleckeis. Jahrb.* XLIII, 1845, p. 71— passò ai successivi studiosi di Fulgenzio e divenne comune agli storici della letteratura latina: cfr. H. G. Keibel, *Hermes* XV, 1880, p. 449; Fr. Leo, *De Plauti Vidularia*, in *Ind. lect. Gött.*, 1894/1895, p. 15; P. Wessner, *Comm. phil. Jen.* VI, 2, 1899, p. 135; Fr. Buecheler, *Rhein. Mus.* N. F. LIX, 1904, p. 34 e in R. E. Pauly-Wissowa, VI 2179, e Fr. Skutsch, *ibid.* VI 2435 e VII, 219; e lo stesso R. Helm in *Rhein. Mus.* N. F. LIV, 1899, p. 113 sgg.

(1) Una rivalutazione delle citazioni apuleiane di Fulgenzio in A. Mazzarino, *La Milesia e Apuleio*, Torino, 1950, p. 26 sgg.; di quelle plautine in S. Costanza, *Le citazioni plautine di Fulgenzio*, in *Messana* IV, 1955, p. 159 sgg.

(2) Sui titoli in *-aria* cfr. Fr. Ritschl, *Parerga*, cit., p. 140 sgg.; *id.*, *Opusc.* II 483, 520, III 318; e particolarmente su quelli di Nevio, E. Wölfflin, *Rh. Mus.* 43 (1888), p. 308 e O. Ribbeck, *Röm. Dichtung*, Stuttgart, 1887, I², p. 62; Ed. Fraenkel, *R. E. Suppl.* VI 629 sgg.

Non inficia la plausibilità del titolo *Diobolaria* l'osservazione del Ritschl (1), che questo sarebbe l'unico titolo in *-aria* formato da un sostantivo greco. Nella lingua dei comici, infatti, questo aggettivo—pur derivato dal greco διώβολον —era penetrato nell'uso corrente del dialogo: Plaut. *Poen.* 270 *Servulorum sordidorum scorta diobolaria;* id. *Cist.* 406 *diobolares, schoeniculae, miraculae* (2), come prova anche il fatto stesso che la parola si ritrova tra le glosse citate dai grammatici, i quali elencavano parole che comunque erano state nell'uso: Varr., *De l. l.* 7, 64 *diobolares a binis obolis;* Fest. in Paulo 65 L.: *diobolares meretrices dicuntur, quae duobus obolis ducuntur* (3), e lo stesso Fulgenzio alla glossa 33, p. 120, 10 H.: *diobolares dicuntur uilissimae meretrices, quae sub paruo stipendio prostant.* Stupirebbe di piú che il titolo fosse inventato da Fulgenzio sulla base di un vocabolo da lui stesso spiegato.

2) L'esame prosodico dei due frammenti conferma in essi una serie quantitativa consona alla natura della metrica dei comici: *a*) se si opera lo spostamento *latera sunt* per *sunt latera*, il frammento del Filemporo riprende la giusta misura del senario giambico: *sculpóneis batténda huic latera sínt probe; b*) se a *mihi* si sostituisce *mi* la citazione della Diobolaria ci appare nella misura del settenario trocaico: *míropola adfatim / mi únguentum largítus est, quo mé uenustarém* (4).

---

(1) *Op. cit.*, p. 141.

(2) Così anche in *Pseud.* 659 della trad. palatina: *apud anum illam diobolarem, claudam, crassam, Chrysidem.* La tradizione palatina ha *diobolia recludam* (*reclaudam* il *Pal. Vat.* 1612), mentre quella ambrosiana *doliarem claudam,* come ugualmente Donato (*comm. in Andr.* IV, 431). Gli editori piú recenti (Goetz-Schoell, Lindsay, Ernout) hanno preferito questa lezione, che certamente ha il suo valore anche per la conferma che ne dà Donato; ma non sembra che sia da rigettare la lezione della trad. palatina, la quale elimina la ripetizione del riferimento alla grassezza, *doliarem, crassam.* Si tratta, insomma, di due varianti antiche, ugualmente degne di considerazione.

(3) Cfr. FESTO, p. 422 L.

(4) Cambiamenti come *sunt latera* per *latera sunt* e *mihi* per *mi*

Una falsificazione metrica di Nevio sarebbe particolarmente eccezionale in un'età in cui la sensibilità prosodica s'era tanto attenuata, che molti negavano la natura metrica degli antichi poeti scenici: Prisc., *De metris Ter.*, GL 218, 8 K., *miror quosdam vel abnegare esse in Terentii comoediis metra, vel ea quasi arcana quaedam et ab omnibus doctis semota, sibi solis esse cognita confirmare: quorum ut vel imperitiae vel arrogantiae vitium effugiamus, breviter de supradictorum* [scil. Terentii, Plauti, Ennii, Attii, Naevii, Pacuvii, Turpilii et similium] *metris exponamus* (1). Questo scadimento della sensibilità prosodica e metrica spiega invece le corruttele che subiva il testo dei poeti arcaici tanto nella tradizione diretta, quanto in quella indiretta.

3) Altra conferma fornisce l'errata interpretazione che Fulgenzio dà proprio ad alcuni vocaboli dei due frammenti citati: *a*) *Sculponeas dici uoluerunt cestus plumbo ligatos* è una errata spiegazione di *sculponeae*, che erano invece quegli zoccoli con cui, comunemente—per citare le parole del Forcellini—*veteres solitos fuisse... puerorum nates et virorum caput commitigare; b*) *uenustare uero exhilarare est*, mentre dallo stesso frammento citato appare evidente che *uenustare* vi è usato nel significato normale di abbellire, ornare, e non certo come sinonimo di *exhilarare*, che significa rallegrare.

Il fatto che il significato di questi vocaboli è normale secondo l'uso della latinità arcaica, mentre errata è l'interpretazione datane dal glossatore, indica con evidenza che non possono essere una falsificazione di chi, dandone una siffatta interpretazione, dimostra di non comprendere con esattezza le citazioni da lui stesso apportate. È altresí evidente che i frammenti gli pervenissero tramite i veicoli grammaticali, avulsi dal contesto delle commedie alla quali appartenevano, e quindi maggiormente suscettibili di false interpretazioni.

---

sono tanto usuali nella tradizione della commedia che non è necessario darne giustificazione con altri esempi.

(1) Cfr. RUFINUS, *Comm. in metra Ter.*, GL VI 565, 1 K.: *men-*

4) Infine, non si oppone a che le due citazioni siano considerate autentiche il fatto che esse ci pervengano solo da Fulgenzio e non trovino riscontro in altre fonti. Tanti altri titoli e frammenti di Nevio—per non citare altri autori—ci pervengono solo da una fonte, senza che per ciò se ne metta in dubbio l'autenticità: *Acontizomenos* da Carisio, *Agitatoria* da Carisio, *Agrypnuntes* da Nonio, *Appella* da Prisciano, *Astiologa* da Nonio, *Carbonaria* da Prisciano, *Clamidaria* da Sergio *(expl. in Donat.* G. L. IV 529, 26 K.), *Commotria* da Varrone (o meglio—come si è visto—da un grammatico annotatore di Varrone), *Dementes* da Diomede, *Dolus* da Varrone, *Figulus* da Carisio, *Glaucoma* da Prisciano, *Guminasticus* da Nonio, *Lampadio* da Vorrone, *Leon* da Gellio, *Ludus* da Cicerone, *Nagido* da Varrone, *Nautae* da Festo, *Nervolaria* da Nonio, *Paelex* da Nonio, *Personata* da Festo, *Proiectus* da Diomede, *Quadrigemini* da Nonio, *Stalagmus* da Donato, *Stigmatias* da Varrone, *Technicus* da Varrone, *Testicularia* da Prisciano, *Tribacelus* da Donato, *Triphallus* da Gellio.

Se si dà credito a questi grammatici, che pur non sono sempre corretti e sicuri nelle loro citazioni, per lo stesso motivo non c'è ragione di negare ogni valore a Fulgenzio, solo per il presupposto non provato che egli sia un falsificatore.

Tutte queste considerazioni mi sembrano sufficienti a confermare, che i due frammenti citati da Fulgenzio siano proprio da attribuire a Nevio. Certamente sono piú valide della unica argomentazione di coloro che negano l'autenticità, movendo esclusivamente da uno sconsiderato e non giustificabile disprezzo per la serietà del grammatico afro.

Ma, pur con la loro validità, queste argomentazioni non basterebbero a far crollare tutti i dubbi, anche se di rigore è metodico che solo chi inficia una qualsiasi notizia pervenutaci dall' antichità debba portare le prove del suo giudizio, senza delle quali nessun dato della tradizione può restare invalidato. Soccorre, però, una nuova prova, che per di piú,

---

suram esse in fabulis, hoc est μέτρον, *Terentii et Plauti ac ceterorum comicorum et tragicorum dicunt hi*, etc.

mentre viene a confermare tutte le argomentazioni desunte dall' esame stesso dei frammenti del Filemporo e della Diobolaria, accerta anche un nuovo frammento della Corollaria. Questa prova è fornita da un'altra citazione di Fulgenzio, ritenuta ugualmente—come la maggior parte delle altre—una volgare manipolazione del grammatico falsario.

Alla glossa 37 dei *Sermones Antiqui* compare la citazione da una Corollaria di Varrone: 121, 10 H. *Desiduo dicitur diuturno; unde et Varro in Corollaria* (1) *ait: «Diuidiae mihi fuerunt tum desiduo afuisse te».*

L'attribuzione a Varrone e quindi anche il frammento riferito sembrano a prima vista una vera falsificazione, nella maniera indicata come una delle tipiche di Fulgenzio, cioè quella di servirsi di nomi d'autori e di titoli di opere noti, per dar credito a frammenti da lui stesso inventati. Ma il confronto con un passo del *De lingua latina* di Varrone, in cui l'autorevole grammatico dell'età repubblicana spiega il vocabolo *diuidiae* riferendosi a Plauto e a Nevio, induce a una valutazione piú attenta della citazione fulgenziana.

In Varrone, VII, 60 (p. 110, 2-3 Goetz-Schoell) si legge: *in mercatore: «non tibi istuc magis diuidiaest quam mihi hodie fuit» († eadem hoc est in Corollaria Naevius). diuidia ab diuidendo dicta, quod diuisio distractio est doloris.* Il passo evidentemente corrotto è stato in vario modo emendato: Laetus, *hoc idem in Corollaria Naevii;* Vahlen, *haec eadem* (scil. *dividia) est in C. Naevi;* O. Müller, *hoc itidem et in C. Naevius;* Bergk, *eadem in C. Naevius;* L. Spengel, *hoc eodem est in C. Naevius usus;* Ribbeck, *hoc eodem <usu>st in C. Naevius;* Goetz-Speugel, *eadem <vi usus> hoc est.* Comunque, nonostante la corrottela del testo, il senso generale del passo è chiaro, indi-

(1) Il Helm edita a torto *Corallaria,* dando credito alle lezioni *coralaria* del Bernensis 427, s. x, *Coralliaria* dell'Harleianus 2682, s. x, *coiralaria* del Vercellensis 16, CXLVIII, s. ix o x, *ciralaria* del Berolinensis 73, s. x, *racollasiam* del Parisinus 7581, s. x, e rigettando le lezioni *corollaria* del Parisinus 3088, s. x, e *corollarria* del Parisinus 242, s. ix.

cando con evidenza un richiamo a un luogo della Corollaria di Nevio ove compariva ugualmente il vocabolo *dividiae*.

Un dubbio piú valido sorge, invece, se si considera l'autenticità varroniana di questo riferimento. La natura stessa dell' aggiunta e l'uso delle citazioni in Varrone, che sono sempre seguite da un frammento dell'autore citato, inducono a pensare che il passo fosse un'interpolazione di un grammatico dotto, che aveva conoscenza di Nevio, tranne che non si voglia postulare—il che è azzardato—un *Varro plenior* non pervenuto alla nostra tradizione. Questo grammatico studiando la serie delle citazioni varroniane che vanno da VII 50 a VII 60, sollecitato anche dal fatto che Varrone a questo punto intercalasse citazioni di Nevio a quelle di Plauto—VII 50 *apud Plautum...*, ib. 51 *Naevius...*, ib. 52 *in Curnicula...*, ib. 53 *apud Naevium...*—avrebbe ben potuto fare un riferimento a Nevio sia in VII 54: *in Menaechmis: «inter ancillas sedere iubeas, lanam carere», idem hoc est verbum in Commotria Naevii*—in cui l'annotazione riguardante Nevio sarebbe ugualmente da considerare una interpolazione—sia, con un analogo riferimento, in VII 60.

Un altro dubbio non meno giustificato—sia che il passo sia atribuito a Varrone, sia a un grammatico posteriore—nasce dal considerare se al riferimento di Nevio seguisse la citazione della Corollaria. Appare, però, molto difficile che la caduta della citazione fosse avvenuta anche in VII 54; d'altra parte non è metodico postulare senza altri elementi una *recensio* di Varrone diversa da quella pervenutaci.

Sembra piú attendibile, dunque, che il riferimento di VII 60—come quello di VII 54—sia un semplice richiamo a Nevio, annotato nel testo di Varrone da un grammatico dotto, che aveva conoscenza di Nevio, forse Probo studiosissimo della lingua arcaica (1), ma comunque un grammatico della epoca buona.

---

(1) SUET. *De Gramm.* 24: *Reliquit autem non mediocrem silvam observationum sermonis antiqui.*

In una tale opera grammaticale, appartenente al periodo dotto della grammatica latina, alla spiegazione della glossa *dividiae*, il passo del *de lingua latina* di Varrone, che forniva una testimonianza desunta dal *Mercator* plautino, ben poteva essere integrato dall'aggiunta del frammento della *Corollaria* di Nevio. Un secondo grammatico posteriore, interessandosi alla glossa *desiduo*, che trovava anche nel frammento della Corollaria usato dal primo grammatico per documentare—a integrazione della citazione varroniana—la glossa *dividiae*, avrebbe eliminato la citazione del *Mercator*, a lui inutile, conservando solo quella della *Corollaria*. Fulgenzio, poi, avrebbe ricevuto la citazione della *Corollaria* da questo secondo grammatico, direttamente o indirettamente; se avesse utilizzato, infatti, il primo grammatico, certamente si sarebbe servito della citazione del *Mercator* per la sua glossa 34 —dove, invece, si spiega *dividiae* col solo riferimento di Properzio (1)—la quale precede di poco la spiegazione della glossa *desiduo*. Cosí si possono riassumere i risultati delle precedenti considerazioni:

Varrone VII 60: *dividiae* — Mercator.

1.° Grammatico: *dividiae* - Varrone VII 60 + Corollaria *(desiduo)*.

2.° Grammatico: *desiduo* - Varrone - Corollaria.

Fulgenzio: *desiduo - Varro in Corollaria.*

Si può, pertanto, considerare con molta attendibilità che la citazione di Fulgenzio alla glossa *desiduo* sia un frammento di Nevio, che gli era pervenuto attraverso i veicoli grammaticali con la confusione dell'attribuzione a Varrone. Comunque, anche a voler considerare altre ipotesi della derivazione del frammento della Corollaria di Nevio (2), sembra indubitabile

---

(1) 121, 5 H. *Diuidias dixerunt tristitias, sicut Propertius*, etc.

(2) Qualcuno potrebbe pensare a un *Varro plenior* (in cui in VII 60 seguisse anche il frammento della Corollaria) utilizzato da un grammatico fonte dei *Sermones Antiqui* fulgenziani, il quale, a proposito di *desiduo*, citando Varr. VII 60 con il framm. della Corollaria ivi riportato, cosi riferisse: *Varro in Corollaria*, nella stessa maniera che

per la stessa assurdità della citazione fulgenziana—in cui si trovano uniti *Varro, in Corollaria, diuidiae*—che la glossa 37 dei *Sermones Antiqui* di Fulgenzio sia, anche se indirettamente, da ricollegare al *De lingua latina* di Varrone.

Riassumendo i risultati di questa ricerca: se è vero—come provano le argomentazioni fornite sopra—che la glossa 37 di Fulgenzio nasconde un frammento della Corollaria di Nevio, anche se il glossatore, seguendo fonti confusionarie, lo attribuisce a Varrone, a maggior ragione non si può dubitare che siano citazioni autentiche quelle dal Filemporo e dalla Diobolaria, che per di piú—come s'è visto—sono state inficiate senza giustificazione, pur presentando elementi intrinseci di autenticità.

SALVATORE COSTANZA.

---

in Rufino, *Comm. in metra Ter.*, GL 560,28 — 561,10 K. (*Sisenna... in Pseudolo... Scaurus in eadem fabula... Sisenna in Rudente... in Amphitrione... in Captivis... in Aulularia*). Ma questa ipotesi sarebbe scartabile: 1) perché non è giustificabile supporre un *Varro plenior*, anche per la considerazione che la caduta della citazione si dovrebbe sospettare anche in VII 54; 2) perché forme come *Sisenna in Rudente* sono normali solo se riferite all'autore di un commento e all'opera commentata.

NOTAS AL «FEDRO»

Habiéndonos ocupado últimamente en la preparación de una edición y de una traducción del *Fedro*, hemos podido encontrarnos con una serie de lugares que a nuestro juicio no habían sido interpretados de una manera satisfactoria (1). A algunos de ellos, los que nos han parecido más interesantes, dedicamos estas líneas que no pretenden ser más que una modesta contribución al ingente acervo de trabajos filológicos consagrados a este importante diálogo platónico.

230 C θερινόν τε καὶ λιγυρὸν ὑπηχεῖ τῷ τῶν τεττίγων χορῷ.

La dificultad de esta frase, encuadrada en la poética explosión de entusiasmo de Sócrates ante la amenidad del lugar donde se desarrolla la acción del diálogo (2), estriba en la falta de sujeto. Estéfano, a propósito de ella, dice: *magis placeret* θερινόν τέ τι καὶ λιγυρόν, y Ficino parece seguirle cuando traduce: *aestivum insuper quiddam et canorum cicadarum subresonat chorum.* Ast ha hecho notar, reproduciendo su comentario

---

(1) O al menos que se prestaban a dudas y vacilaciones. Citamos en lo que sigue tan sólo algunas de las ediciones de mayor difusión y crédito, en especial las de más reciente aparición. Nos excusamos de antemano por las omisiones bibliográficas que pueda el lector encontrar. El tener a mano todas las ediciones y traducciones de nuestro diálogo, como fácilmente se puede comprender, es punto menos que imposible.

(2) C. Murley, «Plato's Phaedrus and the Theocritan pastoral», *TAPhA*, 1940, págs. 281-95, ve en el marco artificioso de esta descripción paisajística que encuadra el diálogo una especie de antecedente de la égloga pastoril de Teócrito. Ambos autores, Teócrito y Platón, habrían reflejado un estilo de expresión en boga en Sicilia, inspirándose en Sofrón.

Stallbaum, que el indefinido τι no es necesario, haciendo la forma neutra del adjetivo sus veces en casos como εἴτε ὑγιὲς εἴτε σαθρὸν φθέγγεται *(Pol.* 275 A*)*, οὐδὲ σαφὲς ἐρρήθη *(ibid.* 337 A*)* ἀνεκάγχασέ τε μάλα σαρδόνιον (Filóstr. *Her.*, pág. 12), ἡδὺ γάρ που ... ἀναπνεῖ (Aristenet. I, 3), e incluso en Juvenal XIV, 295 *aestivum sonat.*

En todos estos ejemplos citados, efectivamente, no hace falta para nada sobrentender τι. Tenemos en ellos un caso muy conocido de acusativo interno del tipo homérico ἀχρεῖον ἰδών (B 269), ἡδὺ γέλασσαν (B 270), salvo el ejemplo del *Político* 337 A, que no es más que el resultado de pasar a la voz pasiva la construcción anterior. En nuestro pasaje θερινόν y λιγυρόν pueden desempeñar perfectamente el mismo papel con respecto a ὑπηχεῖ. La dificultad, no obstante, subsiste en lo referente al sujeto de este verbo, y nos da la impresión que Ast interpretó mal la observación de Estéfano, quien al postular un indefinido pretendía subsanarla de ese modo. Porque leyendo el pasaje surge lógicamente la pregunta de qué es lo que contesta con esa sonoridad estival al coro de las cigarras.

Los traductores salen más o menos airosamente del mal paso procurando no comprometerse demasiado en una búsqueda infructuosa de un sujeto que, como fauno juguetón, parece estar escondido en la espesura poética de este bello pasaje. Valga de muestra la elegante desenvoltura de Robin que dice: «Claire mélodie d'été, qui fait echo au choeur des cigales», y la imprecisión de Hackforth al traducir: «and the shrill summery music of the cicada-chor» (1).

Insatisfechos por este proceder, creemos que debe buscarse en el contexto el sujeto no expresado del verbo, so pena de entender ὑπηχεῖ en sentido absoluto, a la manera de un impersonal (2) como ὕει, lo que no parece recomendable. Y,

---

(1) Menos ambiguo es Fowler, *Plato with English Translation* I, Heinemann, 1914, aunque no obstante deja en la penumbra cuál es el sujeto de ὑπηχεῖ («and it resounds with the shrill summer music of the chorus of cicadas»).

(2) Así parece entenderlo Jowett, *The Dialogues of Plato Trans-*

en efecto, éste no anda lejos. En la frase anterior Sócrates llama la atención de su amigo sobre τὸ εὔπνουν τοῦ τόπου tan delicioso y placentero (1), reconociendo con ello cortésmente la promesa de Fedro de llevarle a un lugar sombreado y con un πνεῦμα μέτριον (2). Aquí precisamente creemos que se encuentra el sujeto del ὑπηχεῖ mencionado. Es el aire, la suave y rumorosa brisa estival, lo que contesta tan melodiosamente al coro de los profetas de las Musas. De ahí que, para evitar dudas, estimemos que la puntuación tradicional de este pasaje debiera cambiarse, poniendo coma detrás de ἡδύ en vez de punto alto. De esta manera se pondría de relieve también que el θερινόν τε καὶ λιγυρὸν ὑπηχεῖ va regido por el admirativo ὡς, y la traducción del párrafo sería: «Y fíjate, además, cuán placentera y sumamente agradable es la brisa en este lugar, y con qué sonoridad estival contesta al coro de las cigarras» (3).

252 B λέγουσι δὲ οἶμαί τινες Ὁμηριδῶν ἐκ τῶν ἀποθέτων δύο ἔπη. En general se hace depender el gen. Ὁμηριδῶν de τινες («algunos de los Homéridas»). Creemos más probable que dicho gen., en lugar de ser un partitivo, sea un pertinentivo regido de ἀποθέτων *(scil.* ἐπῶν). Aunque a esta interpretación parezca oponerse la colocación de οἶμαι, la creemos la más lógica, por ser más probable la duda sobre la procedencia de lo que se recita que no sobre la personalidad del recitante. La

---

lated into English with Analyses and Introductions. 3 ed., vol. I. Oxford, 1931, cuando traduce: «and there is a sound in the air...»

(1) Εἰ δ' αὖ βούλει, τὸ εὔπνουν τοῦ τόπου ὡς ἀγαπητόν τε καὶ σφόδρα ἡδύ.

(2) 229 B.

(3) Hay traductores que han visto bien cuál es el sujeto de ὑπηχεῖ y que, no obstante, no lo hacen depender del ὡς exclamativo que antecede. Así, por ejemplo, Schleiermacher (ed. de la Phaidon-Verlag. Viena, 1925): «Und wenn du das suchst, auch die Luft weht hier willkommen und süss und säuselt sommerlich und lieblich in der Chor der Zikaden», y L. Georgii, *Platon. Sämtliche Werke* I. Heidelberg, Verlag Lambert Schneider: «wie lieblich und überaus angenehm ist das Wehen der Luft, deren sommerlicher Hauch sich hell tönend in den Chor der Zikaden mischt».

traducción que en consecuencia proponemos es la siguiente: «recitan algunos dos versos, sacándolos, creo yo, del caudal épico de los Homéridas».

258 B οὐκοῦν ἐὰν μὲν οὕτος ἐμμένῃ, γεγηθὼς ἀπέρχεται ἐκ τοῦ θεάτρου ὁ ποιητής· ἐὰν δὲ ἐξαλειφθῇ καὶ ἄμοιρος γένηται λογογραφίας τε καὶ τοῦ ἄξιος εἶναι συγγράφειν, πενθεῖ αὐτός τε καὶ οἱ ἑταῖροι. Este pasaje suele ser mal interpretado por varias razones: la primera y principal, falta de atención al contexto; la segunda, la dificultad de dar con el exacto sentido de los verbos ἐμμένῃ y ἐξαλειφθῇ, y la tercera, la existencia del término θεάτρου unida a la ambigüedad de los significados de ποιητής.

Veamos algunas de las traducciones propuestas. En primer lugar la de un autor tan prestigioso como Robin. He aquí sus términos: «Or, dans le cas ou l'oeuvre tient la scène, l'auteur s'eloigne tout joyeux du théâtre; si, au contraire, elle est rayée du repertoire et qu'il soit, lui, privé de son droit de *logographie* et de la dignité d'ecrivain, c'est un deuil pour lui aussi bien que pour ses partisans». El autor, tan certero en otras ocasiones, parece haber errado aquí por completo el blanco (1).

Más exactos son Theodoracópulos (2) y Hackforth (3), por no citar más que dos de los últimos traductores de nuestro diálogo. El primero de ellos, autor de una excelente edición del Fedro, dice así: ἂν λοιπὸν ὁ λόγος σταθῇ,φεύγει ὁ συγγραφέας ἀπὸ τὸ θέατρο γέματος χαρά, ἂν ὅμως διαγραφῇ καὶ ἀποκλεισθῇ ἀπὸ τὸ

(1) Sin embargo no es así, como lo pone de relieve la nota con que justifica esta versión, que por un exceso de literalidad resulta inadecuada al sentido del párrafo. Y de ahí los naturales errores de otras traducciones inspiradas por ella, como ésta, la de García Bacca, *Hipias Mayor, Fedro*. Universidad Nacional Autónoma de México, 1945: «Pues bien: si tal discurso se tiene, su autor sale del teatro rebosante de gozo; mas si no se lo transcriben y se queda el autor sin copia de su discurso y cual no digno de ser escrito, duélense él y sus amigos».

(2) Πλάτωνος Φαῖδρος. Εἰσαγωγή, ἀρχαῖο καὶ νέο κείμενο·μὲ σχόλια. Ἀθῆναι, 1948.

(3) *Plato's Phaedrus translated with Introduction and Commentary*. Cambridge, 1952.

νὰ γράφῃ λόγους καὶ ἀπὸ τὴν τιμὴ νὰ εἶναι συγγραφέας, τότε πενθεῖ κι αὐτὸς καὶ οἱ φίλοι του. Hackforth viene a decir lo mismo: «Then if the speech holds its ground, the autor quits the scene rejoicing; but if it is blotted out, and he loses his status as a recognised speechwriter, he goes into mourning, and his friends with him».

En efecto, aquí no se trata de una obra teatral, como pueden hacer suponer los términos θέατρον y ποιητής, sino de un discurso propiamente dicho. Y qué clase de discurso nos lo indica claramente lo que antecede. Se está hablando del reproche que un político había hecho a Lisias por el hecho de ser un logógrafo, y Sócrates tiene empeño en demostrar que un hombre de esa índole no puede criticar el hecho en sí de escribir, puesto que él es también un escritor de discursos. Y como ejemplo de los escritos propios de un político pone Sócrates un poco más arriba (258 A) la redacción de los decretos de la *Bulé* y de la *Ecclesía*, tipo de obra éste en el que no sólo consta en primer lugar el nombre del autor, es decir, el de quien presentó la propuesta (ὃς εἶπεν), sino también los de sus panegiristas, o sea el de la cámara (Asamblea o Senado) que aprobó aquélla. Por consiguiente, no cabe duda de que el demostrativo οὗτος se refiere al λόγος que antecede, a un «discurso-propuesta» presentado por el orador a la consideración del Pueblo o del Consejo ateniense. El verbo ἐμμένῃ, cuyo sentido lo explica perfectamente Hermias (1), se refiere a la aprobación por parte de las asambleas del contenido de la propuesta, en tanto que el ἐξαλειφθῇ que sigue alude al hecho de ser borrada la misma, pero no del repertorio de una compañía teatral, sino de la orden del día de la Asamblea. En efecto, la lectura del προβούλευμα iba seguida de la προχειροτονία, o voto preliminar sobre la cuestión previa de si debía aceptarse aquél tal como estaba o bien abrirse un debate sobre él. La costumbre era que el orador que había presentado la propuesta ante el Consejo, al ser aprobada

(1) Τὸ δὲ ἐμμένῃ, τουτέστι, δεχθῇ (γίνῃ δεκτὸς) καὶ μὴ ἐκβληθῇ ὁ λόγος.

por éste y transmitida a la *Ecclesía* como *probúleuma*, la defendiera también allí. De ahí que si fracasaba quedara frustrado en su calidad de escritor de discursos (ἄμοιρος γένηται λογογραφίας) y no se le tuviera por digno de redactar una propuesta (τοῦ ἄξιος εἶναι συγγράφειν). Y este es punto que no han percibido lo suficientemente bien los traductores y comentaristas del *Fedro*. Ambas expresiones no son sinónimas: λογογραφία se refiere a la calidad de escritor en sí, y συγγράφειν al contenido ideológico de lo escrito. Pues el verbo συγγράφω, además del sentido general de «escribir», tiene la acepción técnica de «redactar propuestas de leyes» (1).

Queda por hablar del término θέατρον que pudiera desconcertar a primera vista. A nuestro juicio no tiene el significado concreto de «teatro», sino el general de «lugar en donde se contempla algo», en cuya acepción se puede aplicar perfectamente a la *Pnyx* o a cualquier otro paraje en el que se celebrara una reunión pública. En cuanto al vocablo ποιητής (2), de sobra conocida es su ambigüedad como «creador», «autor» y «poeta» propiamente dicho. La imprecisión general del pasaje, debida especialmente a los términos θέατρον, ποιητής y συγγράφειν es a nuestro juicio buscada por Sócrates, puesto que tiene interés en demostrar que la actividad de un orador político no es en substancia diferente de la de un λογογράφος o «escritor de discursos privados», de la de un ποιητής o «poeta», o de la de un συγγραφεύς o «prosista».

La traducción del párrafo sería: «Pues bien, en el caso de que ese «discurso-propuesta» se apruebe, su autor se marcha del estrado lleno de alegría. En cambio, si su propuesta es bo-

(1) Así, por ejemplo, se dió el nombre de ξυγγραφεῖς a la célebre comisión encargada de la reforma de la constitución ateniense durante el régimen de los Treinta.

(2) Schleiermacher traduce erróneamente por «Dichter». Volgraff, «Coniectanea in Platonis Phaedrum», *Mnem.*, 1909, 440, para quien el sujeto de ἀπέρχεται es un sobreentendido συγγραφεύς que se desprende del contexto, propone añadir ὡς delante de ὁ ποιητής, interpretando: «se retira (el escritor) como el poeta del teatro». Pero con esto se le quita toda δευτέρα φροντίς al párrafo, siendo por lo demás el tal aditamento innecesario.

rrada de la orden del día, y él queda frustrado en su capacidad de escritor de discursos, y en el hecho de ser tenido por digno de redactar propuestas de leyes, se duelen tanto él como sus amigos» (1).

260 C ἆρ' οὖν οὐ κρεῖττον γελοῖον καὶ φίλον ἢ δεινόν τε καὶ ἐχθρὸν εἶναι [ἢ φίλον];

Las lecciones de los códd. (ἆρ' οὖν οὐ κρεῖττον γελοῖον ἢ δεινόν τε καὶ ἐχθρὸν εἶναι ἢ φίλον;) y de Hermias (ἆρ' οὖν οὐ κρεῖττον γελοῖον καὶ φίλον ἢ δεινὸν καὶ ἐχθρόν;) hacen bastante probable que la forma primitiva del texto sea la expuesta, que es así establecida por Robin y Theodoracópulos, quienes, no obstante, ofrecen una traducción que no juzgamos satisfactoria. Dice Robin: «Dis-moi, est-ce qu'il ne vaut pas mieux le ridicule chez un ami que la puissance redoutable chez un ennemi?», expresándose de manera similar Theodoracópulos: «καὶ δὲν εἶναι τάχα καλύτερο νὰ εἶναι κανεὶς γελοῖος καὶ φίλος, παρὰ ἱκανὸς καὶ ἐχθρός;». La versión de Hackforth es idéntica: «Well, isn't it better to be a ridiculous friend than a clever ennemy?» (2).

Aquí, como en el caso anterior, los traductores no han prestado la debida atención al contexto. Sócrates plantea a Fedro el supuesto de que él tratara de persuadirle a comprar un caballo, ignorando ambos la οὐσία de éste y confundiéndole con un asno. Fedro le responde (260 B): γελοῖον γ' ἂν ... εἴη («sería ridículo»). Pero Sócrates insiste, sosteniendo que en ese caso no lo sería tanto como en el de, no contento con ignorar la realidad de dicho animal, compusiera un discurso en alabanza suya, atribuyéndole todas las excelencias del asno. Y a esto contesta Fedro: παγγέλοιον γ' ἂν ἤδη εἴη (260 C: «Ahora sí que sería ridículo a más no poder»). Y habiéndole hecho admitir Sócrates la conclusión que pretendía, le plantea la pregunta que hemos señalado.

---

(1) Jowett, Georgii y Fowler han visto bien (especialmente e primero, tan excelente hermeneuta de Platón) el sentido general del párrafo, aunque no han sabido percibir la diferencia existente entre λογογραφία y συγγράφειν.

(2) Igualmente las de Schleiermacher, Jowett, Fowler y Georgii.

Evidentemente, tanto los adjetivos γελοῖον καὶ φίλον, como δεινόν τε καὶ ἐχθρόν son de género neutro como el γελοῖον y el παγγέλοιον de las respuestas de Fedro que se refieran al contenido total de la situación descrita por Sócrates, aplicándose aquí estos adjetivos a toda presunción equivocada que sea de la misma índole que las anteriores. El sentido del párrafo, pues, tal como nosotros lo vemos es el siguiente: «¿Y no es preferible (κρεῖττον = κρεῖττόν ἐστι, una oración nominal frecuente en este tipo de preguntas) que el engaño sea ridículo y amistoso (el inf. εἶναι recoge el εἴη de las respuestas de Fedro) a que sea sagaz y mal intencionado?»

260 D ἐγὼ γὰρ οὐδέν' ἀγνοοῦντα τἀληθὲς ἀναγκάζω μανθάνειν λέγειν, ἀλλ', εἴ τι ἐμὴ συμβουλή, κτησάμενον ἐκεῖνο οὕτως ἐμὲ λαμβάνειν.

El sentido general del párrafo es claro, pero no se ha prestado la suficiente atención a su estructura sintáctica (1). La traducción de Stallbaum: *Sed, si quid meum valet consilium, quicumque mihi operam dat, is postquam veri cognitionem sibi comparavit, tum demum me amplectitur atque cognoscit* (2) es errónea por completo. La de Robin corresponde mejor a los hechos: «Moi, c'est un fait, je n'oblige personne, à qui la vérité est inconnue, d'apprendre à parler; mais (supposé que mon avis vaille quelque chose) c'est une adquisition à faire avant, moi, de me prendre en main». Theodoracópulos y Hackforth ofrecen igualmente versiones aceptables del pasaje (3). Dos palabras tan sólo respecto a su estructura sintáctica.

---

(1) Así se explican, en primer lugar, las vacilaciones de la tradición manuscrita (B ἐμὴ ξυμβουλή: T ἐμῇ ξυμβουλῇ: BT λαμβάνειν: vulg. λαμβάνει) y las distintas enmiendas propuestas. Stephanus, al optar por la lección de T, corrigió en ἐμῇ ξυμβουλῇ <χρῆται>; Naber propuso cambiar λαμβάνειν por λαμβανέτω; Volgraff, por último *(op. cit.*, pág. 441), aceptando la conjetura de Naber, sugiere que se lea εἴ τις ἐμοὶ συμβούλῳ <χρῆσθαι βούλεται>.

Todas estas vacilaciones justifican el que dediquemos dos palabras a la sintaxis del párrafo.

(2) Stallbaum acepta equivocadamente la lección λαμβάνει.

(3) Asimismo lo son las de Schleiermacher y Georgii; peor es la

En la adversativa con ἀλλά, interrumpida por una oración condicional, tenemos un ejemplo típico de la braquilogía tan frecuente en los períodos condicionales. El infinitivo λαμβάνειν depende no del ἀναγκάζω de la oración anterior, sino de una frase nominal: ἐμὴ συμβουλή (1), que no se ha expresado por innecesaria en la apódosis de un período cuya prótesis la contiene (2). La expresión plena sería por consiguiente: ἀλλ', εἴ τι ἐμὴ συμβουλή, ἐμὴ συμβουλή [ἐστι] κτησάμενον ἐκεῖνο ... ἐμὲ λαμβάνειν, y la traducción de todo el párrafo: «En efecto, yo no obligo a nadie a aprender a hablar desconociendo la verdad, sino que mi consejo, si de algo vale, es que adquiera primero eso antes de hacerse conmigo».

260 D τόδε δ' οὖν μέγα λέγω, ὡς ἄνευ ἐμοῦ τῷ τὰ ὄντα εἰδότι οὐδέν τι μᾶλλον ἔσται πείθειν τέχνῃ.

«Et voici donc ce que je déclare hautement: c'est que, sans moi, celui qui possédera la connaissance de l'être des choses n'y gagnera rien absolument pour l'art de persuader» (Robin); «without my aid knowledge of what is true will get a man no nearer to mastering the art of persuasion» (Hackforth).

De la traducción un tanto libre que ofrecen estos autores no se puede deducir qué idea se han formado de la estructura sintáctica del pasaje, pero parece ser que interpretan τέχνῃ como un dativo de relación y πείθειν como un infinitivo adnominal dependiendo de esta palabra. Aun a riesgo de pecar de machacones queremos insistir en este lugar como en el anterior, con objeto de disipar dudas: ἔσται en la conocida expresión con οὐδέν τι tiene el valor absoluto de «haber», «exis-

---

de Jowett, y la de Fowler adolece del mismo defecto que la de Stalbaum.

(1) No hace falta considerar como un infinitivo imperativo a λαμβάνειν. Depende de una perífrasis que equivale a un verbo simple ἐμὴ συμβουλή [ἐστι] = συμβουλεύω.

(2) En la no repetición de dicha frase pueden haber intervenido razones métricas; cf. en Blass, «Kritische Bemerkungen zu Platos Phaidros», *Hermes* XXXVI, 1901, 582-3, el análisis de la estructura rítmica de este pasaje.

tir», siendo su sujeto οὐδέν τι («no habrá nada más para el conocedor de las realidades, es decir, «no hará ningún progreso»); πείθειν hace las veces de un acusativo de relación, delimitando la esfera de aquello en lo que se ejerce el progreso, no es el sujeto de ἔσται como supone Stallbaum (1); y τέχνῃ tiene un valor instrumental-comitativo (2), casi adverbial, expresando la modalidad con que se realiza la acción de persuadir. El empleo de τέχνῃ es en todo análogo a como aparece en 270 E (τόν γε τέχνῃ μετιόντα ὁτιοῦν), o a ὁδῷ en 263 B (ὁδῷ διῃρῆσθαι «dividir metódicamente»), y se puede traducir bien literalmente «con arte», bien empleando un giro tal, como «de un modo científico», o un adverbio «científicamente».

La versión, pues, que proponemos es la siguiente: «Pero hago también esta importante afirmación: sin mí, el conocedor de las realidades de las cosas no progresará nada en absoluto en lo que respecta al persuadir de un modo científico» (3).

Pasamos ahora a hablar de dos pasajes (249 B y 263 C) que consideramos conjuntamente por aparecer en ambos el término εἶδος.

El primero de ellos es como sigue: δεῖ γὰρ ἄνθρωπον συνιέναι κατ' εἶδος λεγόμενον, ἐκ πολλῶν ἰὸν αἰσθήσεων εἰς ἓν λογισμῷ συναιρούμενον. Ritter se ha ocupado de él con cierto detenimiento en el capítulo VI de su importante obra *Neue Untersuchungen über Platon*. Munich, 1910, en las págs. 303-4, dentro del estudio semasiológico de los términos εἶδος e ἰδέα en los escritos platónicos. La traducción que ofrece es la siguiente:

---

(1) Así ocurre, en efecto, al suponer que οὐδέν τι μᾶλλον equivale a οὐδαμῶς.

(2) Por no comprenderlo así Vollgraff, *op. cit.*, pág. 441, propone poner τέχνῃ entre corchetes. Si la que está hablando es la retórica, «*quomodo igitur*—dice—*ipse scriptor subiungere potuit* τέχνῃ?»

(3) Jowett y Fowler incurren en el defecto señalado por Vollgraff, *op. cit., l. c.*, dado el que como éste no han sabido dar a τέχνῃ su exacto valor gramatical. Schleiermacher y Georgii aciertan, sin embargo, al traducir «kunstmässig zu überreden».

«Der Mensch muss verstehen (was gattungmässig gesprochen wird als ein von vielen sinnlichen Wahrnehmungen aus mit dem Verstand in Eins Zusammengefasstes =) was in begrifflichen Form bezeichnet wird als die Zusammenfassung vieler sinnlicher Einzelwahrnehmungen zur gedankenmässigen Einheit».

Frente a este modo de ver las cosas hemos de poner dos objeciones. La primera en contra del sentido fundamental de «Gattung» (especie) que se postula para εἶδος en este lugar, lo cual es un tanto discutible. La segunda y principal radica en las dificultades sintácticas a que da pie la interpretación de κατ' εἶδος λεγόμενον como «lo que es dicho especifícamente = lo que se expresa en forma inteligible». Para Ritter el participio se aplica tanto a la primera frase como a la segunda, lo que no deja de ser un enigma, dada la traducción que ofrece.

En realidad, para poder traducir en la forma en que lo hace, se esperaría en el texto un ‹τὸ› κατ' εἶδος λεγόμενον. Y así, efectivamente, fué corregido por Schanz que siguió una sugerencia de Heindorf. La conjetura, a pesar de que Ritter la rechaza como innecesaria, ha tenido éxito. Vollgraff, por ejemplo (1), hace notar que detrás de συνιέναι no puede faltar el artículo τό. Von Arnim expresamente la admite, interpretando el pasaje de esta manera: «Zum Wesen der menschlichen Seele gehort es τὸ κατ' εἶδος λεγ. zu verstehen, d. h. Wörter, welche Allgemeinbegriffe bezeichnen». Recientemente Hackforth (2), ciñéndose a lo dicho por Von Arnim, traduce: «Seeing that man must needs understand the language of Forms».

Ahora bien, la interpretación esta nos parece un tanto retorcida. Habida cuenta de que el texto está manco evidentemente y se necesita el apoyo de un artículo, ¿no sería mejor intercalar τὸ detrás de la preposición y entender κατ‹ὰ τὸ› εἶδος λεγόμενον como «comprender según lo que se llama

(1) *Op. cit.*, pág. 439.

(2) *Op. cit.*, pág. 86, núm. 1, donde puede también encontrarse la referencia a von Arnim.

idea»? El sentido del párrafo no se altera en esencia con esta variación (según la conjetura de Heindorf habría que traducir por «comprender palabras que expresan ideas generales»), pareciendo, por lo demás, la interpretación a que daría lugar más lógica. Pues lo que el alma comprende inmediatamente son formas conceptuales, y no las palabras que son el mero vehículo sensible de la expresión de las ideas. ¿Para qué admitir este intermediario resultante de una forzada interpretación del texto?

Pero no quedan aquí las dudas a que ha dado lugar este pasaje. Thompson (1), autor de una excelente edición comentada del *Fedro*, propuso corregir el ἰόν que ofrecen los manuscritos por ἰοντ', llevado por el pensamiento de que «to speak of the εἶδος itself as ἰόν, proceeding or advancing to a 'unity', itself beeing that 'unity' which is the result of the process, is a licence of bad writing in which it is difficult to believe that Plato would indulge».

No cabe duda de que la objeción desde el punto de vista del «bad writing» tiene innegable fuerza, aunque tal vez fuera susceptible de rebatirse con el ejemplo de otros pasajes platónicos en los que se encuentran licencias semejantes o peores. Thompson al defender de este modo su acertada conjetura no se percataba bien del verdadero alcance de ésta y de cuánto mejoraba el texto del filósofo. Y Ritter ciertamente se equivoca al sostener que el sentido general del párrafo queda inalterado con ella, teniendo, en cambio, toda la razón Hackforth en la aguda defensa que hace de ella. El considerar el εἶδος como una forma que abarca la multiplicidad de las cosas (y este es el sentido que habría que dar al participio ἰόν) en una unidad mental sería el reducir el concepto platónico del εἶδος a un mero universal constituído por un proceso de abstracción, lo que no está de acuerdo con la teoría platónica del

(1) *The «Phaedrus» of Plato, with English Notes*. Londres, 1868.

(2) Vollgraff, *op. cit.*, pág. 349, que ha visto la dificultad planteada por ἰόν, pretende resolverla suprimiéndolo del texto, lo que no parece conveniente, dada la excelente enmienda de Thompson.

conocimiento. Es el hombre y no el εἶδος quien, partiendo de la pluralidad de las cosas singulares, llega a la «idea», o representación mental de las verdaderas realidades de las cosas, siguiendo la mecánica (asociaciones por contigüidad, semejanza o contraste) de la ἀνάμνησις.

A nuestro juicio, pues, el texto del pasaje debe fijarse de la siguiente manera: δεῖ γὰρ ἄνθρωπον συνιέναι κατ<ὰ τὸ> εἶδος λεγόμενον, ἐκ πολλῶν ἰόν<τ'> αἰσθήσεων εἰς ἓν λογισμῷ συναιρούμενον

Y visto esto, consideremos el otro lugar (263 C), teniendo bien presente el significado de «idea», «forma» o «representación mental» con el que se nos ha presentado *eidos* en el pasaje que acabamos de tratar. Es el siguiente: Καλὸν γοῦν ἄν, ὦ Σώκρατες, εἶδος εἴη κατανενοηκὼς ὁ τοῦτο λαβών.

La principal dificultad aquí estriba en el sentido a dar a εἶδος y en precisar aquello a que hace referencia el anafórico τοῦτο. Badham estimaba que la acepción de dicho término en este pasaje era la misma que debía admitirse en el anterior, y de ahí que propusiera substituir καλόν por κάλλιον o μᾶλλον. Pero su parecer no ha sido compartido por otros filólogos, estando las opiniones divididas. Así, por ejemplo, Schleiermacher y Georgii traducen respectivamente por «Begriff» y «Begriffsform», en tanto que Jowett y Fowler interpretan εἶδος como «principle».

Robin atribuye al sustantivo la acepción de «especie» («La bonne espèce, en tout cas, Socrate, il en aura sans doute pris conscience celui qui se rend compte de cela»), lo que no parece ajustarse demasiado al sentido del párrafo. Robin sigue sin duda a Ritter para quien la palabra *eidos* tiene en este lugar, como en el anterior, el significado fundamental de «Gattung», aunque no parece hacer caso a su observación (2) de que aquí tal sentido se ha debilitado hasta el punto de equivaler en la práctica a καλόν τι (πρᾶγμα). De esta observación, empero, se hace eco Hackforth, quien traduce el pasaje de la

(1) Por «idea» traduce también García Bacca que de vez en cuando muestra aciertos.

(2) *Op. cit.*, pág. 312.

siguiente manera: «To grasp that, Socrates, would certainly be an excellent piece of discernement».

El reducir el sentido del término a cosa tan vaga como πρᾶγμα nos parece renunciar a dar una interpretación satisfactoria de este párrafo. Por ello intentaremos hacer una cala más profunda en él, partiendo de la base de que εἶδος tiene en esencia el mismo significado aquí que en 249, es decir, el de «forma», «esquema mental», «idea», como parece indicarlo el καταγενοηκώς que sigue. Y hecha esta aclaración, fijemos nuestra atención en el contexto. Sócrates acaba de postular para quien pretende dedicarse a la retórica de un modo científico la necesidad ineludible de hacer una división metódica de las nociones que pueden o no prestarse a interpretaciones ambiguas, encontrando en ellas un carácter diferenciador, tanto de unas como de otras (ἑκατέρου τοῦ εἴδους). A ello replica Fedro con la frase anteriormente dicha, en la que, sin duda, hay una alabanza del modo de proceder preconizado por su amigo. Esto lo ha visto bien el Escoliasta a este pasaje cuando observa: Ὁ εἰδὼς τὴν διαιρετικὴν μέθοδον καὶ γνῶσιν τῶν πραγμάτων ἄριστα ἔχει. Y, en efecto, εἶδος hace referencia al método dierético (δεῖ ταῦτα ὁδῷ διηρῆσθαι), como el ὁ τοῦτο λαβών remite a εἰληφέναι τινὰ χαρακτῆρα ἑκατέρου τοῦ εἴδους. La mejor traducción, por tanto, del término εἶδος en este lugar es la de «manera de proceder», «método». Ahora bien, cabe el preguntarse si es legítima nuestra interpretación desde un doble punto de vista. Primero, el de si el sentido fundamental de *eidos* permitiría en este caso la acepción indicada, y segundo, el de la causa de que, existiendo en griego vocablos más exactos para expresar esta noción, se emplee aquí un término tan vago. A la primera objeción responderíamos que un término tan amplio como «forma, esquema mental», puede comprender como el castellano «traza», o el mismo vocablo «idea», dicha acepción particular. Es más, hay en nuestro diálogo un pasaje, como 265 C (τούτων δέ τινων ἐκ τύχης ῥηθέντων δυοῖν εἰδοῖν) en el que parece tenerla. Júzguese por la traducción del propio Robin: «Mais, dans ces choses qu'une heureuse fortune nous a fait dire, il y a deux façons de proce-

der...» Y el porqué de que Fedro emplee aquí el término εἶδος se habría de explicar como uno de los muchos juegos de palabras que de vez en cuando le gusta hacer a Platón, y que son, como Dorothy Tarrant (1) ha puesto de relieve, uno de los recursos a que acude para dar impresión de «coloquialismo» a sus diálogos.

Téngase presente que un poco más arriba Sócrates ha empleado el vocablo εἶδος en el sentido de «especie», y Fedro no puede resistir la tentación de gastarle una pequeña broma a su amigo, recogiendo en su observación la misma palabra, aunque en un sentido totalmente diferente (2). De ahí que la traducción de Robin sea la que más se aproxime al texto griego, aunque no pueda desgraciadamente reproducir en todo su alcance el «calembour» de Platón.

265 D Hay un pasaje que ha sido interpretado de muchas maneras por los distintos editores, sin que se haya llegado a una conclusión definitiva.

Stallbaum puntúa de esta manera: ὥσπερ τὰ νῦν δὴ περὶ Ἔρωτος, ὃ ἔστιν ὁρισθέν, εἴτ' εὖ εἴτε κακῶς ἐλέχθη· τὸ γοῦν ... κτλ., considerando a ὁρισθέν un *nominativus absolutus pro* ὁρισθέντος *positus*. Burnet pone entre guiones ὃ ἔστιν ὁρισθέν, y coma detrás de ἐλέχθη, siendo, en resumen, su interpretación idéntica a la de Stallbaum (3).

Muy distinta es la de Robin, que dispone el párrafo como sigue: ὥσπερ τὰ νῦν δὴ περὶ ἔρωτος, ὃ ἔστιν ὁρισθὲν εἴτ' εὖ εἴτε κακῶς ἐλέχθη, τὸ γοῦν ... κτλ. y traduce: «C'est ce que nous

---

(1) «Colloquialisms, semi-proverbs and word-play in Plato», CQ, 1946, 109-117.

(2) La frase de Fedro, efectivamente, es un inciso innecesario que corta la exposición de Sócrates al final de su primera parte (πρῶτον), prosiguiéndola éste (ἔπειτα) sin hacer caso de ella, inmediatamente después de la interrupción.

(3) Más complicada aún es la puntuación de Hermann, *Platonis dialogi secundum Thrasylli tetralogias dispositi*. Teubner, 1922, aceptada por Ritter, *op. cit.*, pág. 302, que pone coma detrás de ἔστιν, con lo que queda, por decirlo así, el ὁρισθέν en el aire.

dîmes naguère à propos de l'amour: voilà ce qu'il est d'après notre définition; et, que la formule de celle-ci fût bonne ou mauvaise, à tout le moins...»

Theodoracópulos ofrece una nueva puntuación: ὥσπερ τὰ νῦν δὴ περὶ ἔρωτος ὃ ἔστιν ὁρισθέν, εἴτ' εὖ εἴτε καλῶς ἐλέχθη· τὸ γοῦν ... κτλ., traduciendo: «ὅπως τώρα δὰ γιὰ τὸν ἔρωτα ὡρίσθηκε τί εἶναι, εἴτε καλὰ εἴτε κακὰ εἰπώθηκε· τὴ σαφήνεια τουλάχιστον...».

Por último, Hackforth, a quien no le satisface ninguna de las interpretaciones propuestas, acepta la corrección de Schanz τό (1) en lugar de τά, opta por suprimir los guiones de Burnet que considera innecesarios, y estima que la frase τὸ περὶ ἔρωτος ὃ ἔστιν ὁρισθέν significa «the definition which stated what love is». Su traducción, un tanto libre, reza: «For example, take the definitition given just now of love: wether it was right or wrong, at all events...»

Veamos ahora cómo, a nuestro juicio, debe puntuarse y traducirse el pasaje. Sócrates está explicando a Fedro el primero de los dos procedimientos aludidos en 265 C-D, consistente en reunir con una visión de conjunto lo que está diseminado en muchas partes, a fin de hacer claro con una definición de cada punto aquello sobre lo que se quiera dar una enseñanza. Acto seguido pone un ejemplo (introducido por ὥσπερ), y hace una salvedad que comienza por τὸ γοῦν. El ejemplo propuesto son los discursos pronunciados anteriormente, pareciendo lo más lógico que ὥσπερ se refiera a ἐλέχθη (ὥσπερ τὰ νῦν δὴ ... ἐλέχθη «tal y como hace un momento se ha hablado»). De esta manera se evita el anacoluto que supone la puntuación de Robin, y asimismo la errónea versión de Theodoracópulos, únicamente posible en el caso de que en lugar de ὁρισθέν hubiera un ὡρίσθη en el texto. Por otro lado, la disyuntiva εἴτ' εὖ εἴτε κακῶς no parece referirse a ἐλέχθη («se habló bien o mal»), por la simple razón de que Sócrates aquí atiende a la parte formal de los discursos, y no a su contenido. Los discursos anteriores, desde el punto de vista del método,

(1) Aceptada también por Fowler.

debieron sin duda καλῶς λεχθῆναι, pues de lo contrario no se hubieran puesto como ejemplos. Otra cosa es la definición que se dió del amor en ellos: este es un punto que puede prestarse a discusiones, y de ahí la disyuntiva y la salvedad final. La puntuación de Stallbaum y de Burnet es por consiguiente errónea (1).

Queda por hablar de la corrección de Schanz aceptada por Hackforth. A nuestro modo de ver es innecesaria por completo, pese a que da un buen sentido. No hace falta volver a hacer hincapié en la necesidad de mantener el texto de la tradición manuscrita siempre que pueda ser defendido. Preguntémonos tan sólo: ¿cabe una justificación del ὁρισθέν sin el apoyo del artículo? Estamos convencidos de ello, si se le considera un acusativo absoluto del tipo de δόξαν, λεχθέν etcétera (ὃ ἔστιν ὁρισθέν «habiendo sido definido lo que es»).

En consecuencia, creemos que la mejor manera de puntuar el citado párrafo es la siguiente: ὥσπερ τὰ νῦν δὴ περὶ ἔρωτος, ὃ ἔστιν ὁρισθὲν εἴτ' εὖ εἴτε κακῶς, ἐλέχθη· τὸ γοῦν ... κτλ. «Como hace un momento, precisamente, se habló sobre el amor, habiéndose definido mal o bien lo que es; pues al menos...»

265 E τὸ πάλιν κατ' εἴδη δύνασθαι διατέμνειν κατ' ἄρθρα ᾗ πέφυκεν, καὶ μὴ ἐπιχειρεῖν καταγνύναι μέρος μηδέν, κακοῦ μαγείρου τρόπῳ χρώμενον, ἀλλ' ὥσπερ ἄρτι τὼ λόγω τὸ μὲν ἄφρον τῆς διανοίας ἕν τι κοινῇ εἶδος ἐλαβέτην, ... κτλ.

Esta puntuación, que es la generalmente aceptada, debiera, a nuestro juicio, alterarse poniendo punto alto detrás de λόγω. De este manera no se tendría a ἐλαβέτην como segundo miembro de la oposición μὴ ἐπιχειρεῖν καταγνύναι, segundo miembro que tal como está implica un anacoluto demasiado violento. Entendiéndolo como nosotros proponemos, en la frase con ἀλλά se sobrentendería ἀλλὰ (διατέμνειν) ὥσπερ ἄρτι τὼ

(1) En este defecto incurre la traducción de Schleiermacher y la de Georgii. Jowett, en cambio, ha visto bien que la disyuntiva se refiere a la definición.

λόγω (διέταμον), una braquilogía debida al deseo de aligerar la construcción, ya algo pesada del párrafo (1).

266 B ἐάν τε τιν' ἄλλον ἡγήσωμαι δυνατὸν εἰς ἓν καὶ ἐπὶ πολλὰ πεφυκόθ' ὁρᾶν ... κτλ.

Los códd. dan la lección πεφυκόθ', salvo el *Bodleianus* y el *Venetus* que ofrecen con Estobeo πεφυκός. Por esta última lectura optan Vollgraff y Robin, quien traduce del siguiente modo: «En outre, si je crois voir chez quelqu'un d'autre une aptitude à porter ses regards dans la direction d'une unité et qui soit l'unité naturelle d'une multiplicité...», arguyéndole con razón Hackforth que esto parece un «very difficult Greek». Para este autor la lectura que debe aceptarse es πεφυκόθ' que considera como referida a ἕν y πολλά, traduciendo: «And whenever I deem another man able to discern an objective unity and plurality...»

La interpretación de Theodoracópulos es aproximadamente la misma: καὶ ἂν καταλάβω κάποιον ἱκανὸ νὰ βλέπῃ τί εἶναι ἀπὸ τὴ φύση του ἕνα καὶ πολλὰ μαζί...» (2).

Ahora bien, este modo de ver las cosas suscita dos dificultades. La primera de ellas es que si ἕν y πολλά son predicados de πεφυκόθ' en pie de igualdad, resulta un tanto extraño que lleven distinta preposición y no la misma (3), cabiendo también el plantearse la pregunta de por qué esa preposición no se antepone al πεφυκόθ', como sería lo natural. La segunda objeción es que el sentido de la expresión tal como lo entienden estos autores exigiría a nuestro juicio el empleo del artículo, o el de un giro tal como τοιοῦτός τις. Es decir, que lo que esperaríamos encontrar en el texto respondiendo a la traducción

---

(1) Las enmiendas que propone Vollgraff, *op. cit.*, pág. 441: poner entre corchetes, por un lado a κατ' εἴδη, por otro a ἐπιχειρεῖν, y guiones desde ὥσπερ hasta ἐλαβέτην, no mejoran el sentido un tanto enrevesado del texto.

(2) Schleiermacher, Jowett, Fowler y Georgii siguen más o menos la misma interpretación.

(3) Hackforth, que ha visto la dificultad, pretende resolverla alegando que el verbo ὁρᾶν puede construirse con una y otra prepo-

«mirar hacia cosas que son por naturaleza unidad y multiplicidad» sería algo así como: εἰς ἓν καὶ πολλὰ πεφυκόθ' ὁρᾶν (una sola preposición), o bien εἰς τὰ ἓν καὶ πολλὰ πεφυκόθ' ὁρᾶν (admitiendo la expresión determinada), o εἰς τοιαῦτα ἄττα ἓν καὶ πολλὰ π. (de optar por la indeterminada). Si se admite, tal y como se ofrece el texto, la interpretación de Hackforth, sería necesario reconocer que nos hallábamos también ante un «very difficult Greek». En nuestra opinión, las dos preposiciones εἰς y ἐπί no tienen sentido de dirección, sino modal: εἰς ἓν se podría comparar con expresiones como εἰς δύναμιν, εἰς καλόν y significaría «en cuanto a unidad, en unidad, unitariamente»; ἐπί es frecuente con adjetivos neutros de cantidad (ἐπὶ σμικρόν, ἐπὶ πλέον) en sentido modal, y tendría en este caso un valor similar al anterior εἰς ἕν, significando «conforme a la multiplicidad, en pluralidad».

Admitido esto, caben dos interpretaciones del pasaje: *a*) considerar a εἰς ἓν καὶ επὶ πολλά como la determinación de un πεφυκόθ' neutro plural, lo que nos llevaría, como dijimos más arriba, a suponer un τά, puesto que si los giros preposicionales son frecuentes en función adjetival, normalmente lo son en posición atributiva; *b*) suponer que el giro preposicional, como es corriente en casos similares, tiene un valor adverbial y califica a ὁρᾶν. En tal caso la traducción sería «ver en unidad y en multiplicidad», lo que quiere decir: ver las cosas que son múltiples como formando una unidad (primer momento del método dialéctico εἰς μίαν τε ἰδέαν συνορῶντα ἄγειν τὰ πολλαχῇ διεσπαρμένα 265 D), y a la inversa, ver lo que es una unidad como si constituyera una pluralidad, distinguiendo en ella sus partes (segundo momento de dicho método τὸ πάλιν κατ' εἴδη δύνασθαι διατέμνειν 265 E). Esta es, a nuestro juicio, la interpretación más sencilla.

Queda por justificar el πεφυκόθ', lo que no es obra de romanos, si se le refiere al δυνατόν, como predicados ambos de

---

sición. En esto estamos de acuerdo, pero ¿para qué emplear simultáneamente dos preposiciones distintas, sin ninguna diferencia notable de significado, con un mismo predicado bimembre?

ἄλλον. El participio, con mero valor adjetival aquí, actúa de calificativo de δυνατόν, equivaliendo δυνατὸν πεφυκότα a δυνατὸν φύσει («con la capacidad natural»). Y esta interpretación nuestra del participio es también la de Hermias que impugna Robin (1).

LUIS GIL.

---

(1) Cf. la introducción de la ed. Budé, pág. CLIV, núm. 1.

INTRODUCCION FONETICA A LA ONOMASTICA VASCA

(Continuación) (1)

F

11. *a)* Ya se ha hablado (10, *b*) de la alternancia *-b-/-f-*. Por lo menos en algunas zonas guipuzcoanas, si prescindimos de palabras como el común *fede* «fe», *f* se presenta como una variante estilística de *p* en algunas palabras: *afari* y *apari* «cena», *nafar* y *napar* «navarro», etc., siendo empleadas ambas formas en la misma localidad y por el mismo sujeto.

Como inicial, *f* latina está representada por vasc. *b-*, *p(h)-*, *f-* y cero *(h-)*:

Bagoeta (Al., año 1025), *Beguheta* (año 952, *CSM* 48); *Pagasarri*, monte cerca de Bilbao, *ffagassarri* (año 1300), *fagasarri* (1310), *pagasarri* (1379); *Pagolle* (Bajo Nav.), doc. *Paguola, Paguole, Pagola* < lat. *FAGU.*

Forua (Vizc.), pop. *Foru* < *FORU* (C. Baroja, *Mat.* 134).

Antr. *Orti, Urti*, patr. *Ortiz, Urtiz*, que me parece preferible considerar como la forma vasca de *FORTUNIO, FORTUN, FURTUN* (origen inmediato **Fortuni)* que como continuador de *FORTIS* (Menéndez Pidal, *Orig.* 211-212) (2).

Cf. ap. *Ernandorena, Errandonea*, pero *Ferrambidea*, término de Olaibar (Nav.).

---

(1) Vid. Emérita XXIV, fasc. 1.°

(2) V. M. Alvar, «Más sobre pérdida de *f-* inicial», en *Actas del primer Congreso internacional de Pirenaístas*. Zaragoza, 1950.

Que *Fuenterrabía* proceda de *FONTEM RAPIDUM* (Menéndez Pidal, *Orig.* 536) es cualquier cosa menos indudable: la forma vasca *Ondarribia* (o *Undarribia)* «vado de la arena» aparece ya en el Fuero de San Sebastián, que es a este respecto mucho más digno de confianza que Rodrigo Toledano, y no hay ningún motivo para pensar que una *-p-* latina se haya sonorizado en un lugar tan alejado de Castilla. *Fontem Rapidum* y *Fuenterrabía* se explican mucho más fácilmente como formas latinizadas o romanceadas de manera más o menos caprichosa.

Acaso podría compararse *Foronda* (Al.), doc. *Oronda* (año 1025), *Foronda (S. Martini de Foronda,* año 984) con el ap. *Furundarena* y con *Borunda, Burunda* (Nav.).

En Vizc. *f-* parece más abundante en nombres de poblaciones que en Guipúzcoa. Además del ya citado *Forua,* tenemos *Fica, Fruniz* (pop. *Pruiz)* y *Fuica.* Hay también *Fano,* barrio de Erandio, < *FANU* (Menéndez Pidal, *Orig.* 223).

b) Hay ejemplos de *p-* > *f-* en condiciones difíciles de precisar. El grupo *pr-* parece particularmente propenso al cambio:

Fadura, heredad de Butrón (Vizc.), var. de *Padura, Madura.*

Fradu, caserío de Gauteguiz (Vizc.), *Fradue,* íd. de Cortézubi (Vizc.) < *PRADO.*

Cf. también:

Faido (Al.), doc. *Paldu* (año 1025).

Fuidio (Al.), doc. *Pudio* (año 1025).

H

12. La aspiración (sorda o sonora) sólo es conocida actualmente en algunos dialectos. La frontera franco española separa hoy, a grandes rasgos, los dialectos que conocen la aspiración de aquellos en que falta. La intensidad de su uso crece a medida que nos alejamos del mar, desde el labortano de la costa que lo desconoce hasta la Soule donde su uso pa-

rece más frecuente y más regular (R. Lafon, «Remarques sur l'aspiration en basque», *Mélanges Gavel*, 55).

Sin embargo, los documentos medievales (ténganse también en cuenta las inscripciones aquitanas) parecen indicar que ese fonema existía en otros tiempos en la totalidad del área vasca.

Estudiaremos ahora por separado la aspiración según las posiciones en que puede presentarse.

1) *Inicial.*—La comparación de los documentos medievales—principalmente los referentes a Alava (1)—con el léxico de los dialectos que hoy conocen la aspiración señala, a pesar de grandes diferencias, un notable acuerdo general:

B.-nav., lab., sul. *hegi:* top. *Héguy, Héguiçouria, Héguiluce.* En Al. *Hegiraz, Hegilior,* acaso *Heinhu* hoy *Eguino (CSM* 91, año 1025); como segundo elemento, *Gelhegieta, Arzanhegi* (ib.), cf. *harhegui* (Vizc., 1053), pero *çumelegui* en el mismo documento. En doc. navarros *Eguiarreta, Eguiarte, Eguinoa, Eguirior(r), Eguivarren.*

B.-nav., lab., sul. *hiri:* en Al. *(CSM* 91), *Hurivarri (Huribarri, Horibarri), Huriarte, Hurigurenna* y, como segundo elemento, *Bardahuri, Basahuri, Sarricohuri,* pero *Zufiuri (CSM* 43, año 947). En Nav. *Iriberri, Iriverri,* como también en la top. vasco-francesa: *Iriart, Iribarne, Iriberry, Irigaray, Irigoyen, Irissarry.*

B.-nav., lab. *haritz,* sul. *haritx:* top. *Harismendia, Harismendy, Harispe, Harispuru, Haritchury, Haritzarté.* En Al. *Harizavalleta* (año 1025), hoy *Arechavaleta;* en Nav. *Ariztuia* (año 1042).

En cambio:

Ibarguren (Al., año 1025), *Ivarra (Acenari sançoiç de ivarra* (Vizc., año 1053), *Ibargorocika (CSM* 247, año 1082); vasc.-fr. *Ibarre, Ibarrolle, Ibarrondoa.*

---

(1) En documentos navarros es mucho menos frecuente y regular y bien puede pensarse que su pérdida en esta región fué más antigua que en Alava. ¿O influiría la falta de *h-* en el romance aragonés?

Essavarri (Al., año 1025); vasc.-fr. *Echagoyti, Echart, Echeberri, Echebers*, etc.

Para vacilaciones en el mismo documento *(CSM* 91): *Arbelgoihen, Arriaga, Arzubiaga*, pero *Harrieta, Harriolha, Harrizavallaga* (actual *Arrízala)*, cf. *harhegui* (año 1053, Vizc.); v.-fr. *Harçuby, Hardoy, Hargaray, Harpé, Harréguy, Harriague, Harriette, Harriondo*, etcétera. Es muy dudoso que el aquit. *Harbelex* esté relacionado con *(h)arri* «piedra».

En la reja de San Millán falta totalmente la letra *h*, tan profusamente usada en otros nombres, en las poblaciones terminadas en *-ana* y *-ano (-anu)*.

2) *Intervocálica.*—Aunque en los documentos medievales se haya podido emplear sin más valor que el de un elemento de separación (p. ej., acaso, *Larrehederra, CSM* 11, año 869, de *larre* «pastizal, dehesa» y *eder* «hermoso»), representa sin duda en muchos casos un sonido que se pronunciaba realmente. De la comparación de los dialectos vascos resulta claramente que: 1) las formas bisílabas con igual vocalismo en ambas sílabas son más antiguas que las monosilábicas y fueron en un tiempo comunes a todas las variedades, y 2) que el vasc. ant. distinguía entre *a(h)i*, etc., disílabo, y *ai* diptongo. Finalmente, la frecuencia de un tipo especial de alternancia: *h* (generalmente sonora) en los dialectos vascofranceses, *g* principalmente en el Baztán, *r*—de donde secundariamente, por disimilación, *l, d*—o cero en la mayor parte de Navarra, Guipúzcoa y Vizcaya (tipo *beharri/begarri/belarri* o *sahats/sagats/sarats)* hace aconsejable la admisión para el vasc. común de un fonema *h*, distinto de *g*, que queda definido por las correspondencias citadas. Esta hipótesis parece preferible, por su misma sencillez, a la admisión de una serie de consonantes «epentéticas» y «anti-hiáticas» (1). Para los casos en que este tipo de alternancia se ha producido a consecuencia de la pérdida de *n*, v. 16, 4.

---

(1) L. Michelena, «De fonética vasca. La aspiración intervocálica», *BRSVAP* VI, 443-459.

Vasc. *zar, zaar* (vizc. de Marquina), *zagar* (alto nav. del Baztán), *zahar* (b.-nav., lab., sul.): *Hurizahar* (año 1025, Al.), *olabee çahar* (año 1053, Vizc.), *Zeiazaharra* (año 1032), *Saggazahar (CSM* 217, año 1075), *Gorostica Zaharra* (año 1141, Guip., en 1150 *Gorostiaga Zaarra).*

Lehete (año 1025, Al.), en 952 *Lekete (CSM* 48); *Lehet* (año 1135, Nav.), doc. también *Leet, Leete* hoy *Lete; Léhétia* (Sara, Lab.), doc. *Lahet.*

(Donibane) Lohitzune, nombre vasco de S. Juan de Luz; *lohinaç (Nunuso narriateç de lohinaç,* año 1053, Vizc.), pero en Guip., hacia 1053 *Loizta, Loiçtaran.* Cf. tal vez aquit. *Lohitton, Lohixsus.* Vasc. *lohi, logi, loi* «barro», «sucio».

Sul. *góihen* «summus» *(Elgoihen, Goihen, Goihenetx, Bordagoihen,* etc.); *Arbelgoihen* (Al., 1025), probablemente también *Goiahen* $<$ **goi* + *ag* (pl. del artículo) + *en* (desinencia de gen.), hoy *Gojáin (Al.).*

Hay casos de alternancia gráfica de *h* y *f* interior en los documentos: «... a veces se confunde con la *f*..., lo que parece indicar que, cual ocurre en el vasco suletino actual, en Alava y Vizcaya existía en el habla popular el sonido de la *h* aspirada, desapareciendo después.» (C. Baroja, *Mat.* 165).

Antr. *Ahostar, Afostar, Affostar, Haoztar; lupe ahoçtarriç.*

Antr. *Lifuare (CSM* 29, año 937), *Lifuar (CSM* 61 y 203, años 979 y 1082); *Ligoarius (CSM* 151, año 1051); *Lihoarroz (CSM* 190, año 1067), *Ortiz Lehoarriz* (Nav., año 1167).

3) Para la aspiración tras *n*, v. 16, 4; tras *l*, 18, *f.*

4) Los dialectos que actualmente conocen la aspiración tienen también oclusivas sordas aspiradas *(ph, th, kh)* que al menos en otros tiempos no eran sino variantes fonéticas de las sordas puras. Creo haber fijado en líneas generales las condiciones de su aparición en *BRSVAP* VII, 539-549.

Silbantes.

13 *a)*. La diferencia de las dos silbantes fricativas, *s* apical y *z* predorsal, es antigua. La primera es equivalente a la *s* española, mientras que la segunda es análoga a la *s* francesa: de ahí grafías francesas como *Elissalde*.

En los préstamos más antiguos *s* latina aparece representada corrientemente por vasc. *z*.

Comparando topónimos actuales con sus transcripciones en documentos, encontramos un cambio frecuente *z* > *s* ante oclusiva, en particular ante apical. Ya nos hemos referido (5, *b)* a la absorción por la silbante de la *i* de un diptongo precedente:

Hazteguieta, Al., año 1025, hoy *Asteguieta*.
Bahaheztu, íd., hoy *Maestu*.
Berroztegieta, íd., hoy *Berrosteguieta*.
Eztarrona, íd., hoy *Estarrona*.
Gastelucho (Rentería, Guip., hacia 1800), de *gaztelu*.

b) Las africadas *ts* y *tz*, en posición intervocálica, constituyen en la mayor parte del país fonemas claramente diferenciados entre sí y de las fricativas correspondientes: *(h)esi*, *(h)ezi*, *etsi*, *etzi*. En final de palabra se han generalizado, como ya se ha indicado, las africadas. Así se pronuncian en vasco guipuzcoano las silbantes finales de los topónimos, así como también las situadas tras *l*, *r* o *n*: *Altza*, *Antzuola*, *Oyartzun*, *Zarautz*, etc.

Las grafías medievales—en menor grado las navarras—no permiten distinguir las africadas de las espirantes.

c) La africada *tx* procede en algunos casos de la palatalización de *ts* o *tz*:

Antr. *Ochoa* (doc. *Ozoa*, año 950), patr. *Oggoiz*, *Oxoiz*; top. *Ochandiano* (Vizc.), pop. *Otxandio*; *Ochagavía* (Nav.), pop. *Otsagi*, doc. *Osxagavia*, *Oxagavia*, *Oxssagavia*. Vasc. *otso* «lobo».

Vizc. *Acha*, *Achuri*, cf. *Axpe*; vasc. *aitz*, *(h)atx* «peña».

J

14. Este signo gráfico indica pronunciaciones muy distintas. En la zona de habla vasca su distribución es aproximadamente la siguiente, sin precisiones geográficas ni matices fonéticos (Gavel, *Ph. b.*, 118-120):

1) Es una fricativa prepalatal sonora, análoga a la *y* española de *hoyo*, en labortano y bajo-navarro, con cierta tendencia a la africación en este último dialecto. La misma pronunciación se da en alto-navarro septentrional y, según Azkue, en algunas comarcas vizcaínas.

2) En suletino se ha convertido en un sonido análogo al de fr. *j*. Esta pronunciación, con mayor o menor tendencia a la africación, domina en la mayor parte del dialecto vizcaíno.

3) Es una fricativa prepalatal sorda en los valles de Salazar y Roncal y, al menos parcialmente, en Aezcoa. Esta pronunciación, análoga a la de *ch* francesa, se da también en Oñate (Guip.), en formas verbales. En el alto navarro meridional se extendía hacia el oeste hasta más allá de Pamplona (Bonaparte, *Le verbe basque en tableaux*, II, p. XXX, n. xi).

4) En toda la zona dialectal guipuzcoana, incluyendo la región de habla alto-navarra en la provincia de Guipúzcoa —Oyarzun, Irún, Fuenterrabía—es una fricativa velar sorda, igual a la *j* castellana. La misma pronunciación se da o se daba en el vizc. de Orozco, Marquina y Guernica, en el alto-navarro septentrional de Huarte Araquil y Araiz y en el meridional de Puente la Reina.

b) En posición inicial, *j-* procede generalmente de *i-* (que a su vez podía proceder de *e-* ante vocal). En las zonas que distinguen entre *i- (y-)* y *j (š, ž, ǧ* o *x)* ante vocal se puede discriminar fácilmente entre *i* antigua y reciente, debida a la pérdida de una consonante intervocálica. Esta discriminación es factible incluso allí donde *j-* = *y-*, porque en las formas populares de los topónimos *i-* secundaria conserva generalmente su valor silábico:

Antr. *Joanes*, top. *Jauregui*, *Jaunsaras* (Nav.), etc.

Jungitu (Al., 1025), actual *Junguitu*, pero *Jhurre*, hoy *Yurre;* hay también *Yurre* en Vizc., pop. *Igorre*. Cf. *Jhurrueta (CSM* 208, año 1072), hoy *Yurreta* (Vizc.).

c) El origen secundario de *-j-* puede señalarse en muchos casos:

1) Procedente de *i (y)* intervocálica:

Ap. *Ojanguren; Ojarbide-goikua*, caserío de Ezquioga *(An. de Eusko-Folklore* VII, 31), etc.: vasc. *oi(h)an*, *oi(h)ar-* «bosque».

Goiahen (Al., 1025), actual *Gojáin*. Cf. alavés *ajáin* «clemátide», vasc. *ai(h)en* «sarmiento».

En Vizcaya, en la comarca de Guernica, por ejemplo, su pronunciación es *ž: Ajanguiz* [*Ažängiš*], *Ajuria* [*Ažuriä*].

2) De la palatalización de *s* o *z*, en primer lugar del grupo *-is-*, *-iz-* entre vocales (vizc. *Elejabeitia*, *Lejarcegui*, grafía anterior *Elexabeitia*, *Lexarcegui)*, y, en general, en contacto con una *i:*

Ap. *Ojinaga*, *Oxinalde*, caserío de Ezquioga (of. *Ojinalde)* de *osin* «sima».

Ap. *Urquijo*, probable variante de *Urguizu*, *Urquizo*.

Of. *Régil* (Guip.), pop. *Errezil(l)*, doc. *Errizil* (1186-1193).

Si *Ujué* en Nav., doc. *Usua*, *Ussua*, *Ussue*, *Usxue*, *Uxua*, *Uxue*, tiene algo que ver con el vasc. *urzo*, *uso* «paloma», se trata de un grupo original *-rz-*.

La pronunciación de esta *j* oficial es *š*, sorda, en la citada comarca vizcaína (1).

d) I final de diptongo al quedar en composición ante vocal se ha perdido en bastantes casos, por lo menos en las formas oficiales: *Ibaeta* (San Sebastián) de *ibai* «río», *Idoate*, *Idoeta* de *idoi* «poza, charco», cf. *Idoia* (año 1027), actual *Idoya*, pantano en Isaba (Roncal).

---

(1) Debo a Fray Ignacio de Omaechevarría las precisiones acerca de la distinción de *š* y *ž* intervocálicas en Vizcaya.

e) Es dudoso que *-j-* pueda proceder de *-ly-*. En algunos préstamos el tratamiento de este grupo ha sido *-li-* o *-l-:*

Antr. *Milia (andra Milia Lastur co*, Garibay); *Dom Miliaga* «San Millán» (Berástegui, Guip.), Fray Diego de Ayala ap. Floranes (Biblioteca de Historia Vasca, II, 217).

Sanda Ili(a) «San Elías» (cueva, Oñate), hoy *Sandailli* (Floranes, *op. cit.*, 242-243).

Amalain (Nav.) < *AEMILIANU* (C. Baroja, *Mat.* 67).

Corrientemente la correspondencia vasca es *-ll-*, reflejo de la pronunciación romance contemporánea (recuérdese el tratamiento en aragonés). Cf. *Amillano* (Nav.) con *Castelgon* (año 1143), actual, castellanizado, *Castejón.*

Suvillana y *Urvillana (CSM* 91, Al.), hoy *Subijana* y *Ormijana*, muy al sur, podrían explicarse, como el ya citado *Castejón*, como variantes castellanas. La etimología *Oreja* (Guip.), pop. *Orexa* < *AURELIA*, propuesta por J. Caro Baroja, ofrece la dificultad accesoria de la monoptongación de *au*. La sorda de la forma popular está apoyada por referencias documentales: *Oressa* (año 1331). Se dan, sin embargo, en el País Vasco los apellidos *Oreja* y *Orella*, que resulta difícil considerar como formas casualmente coincidentes.

Nasales.

15. *M* se ha conservado generalmente en préstamos. Para *m-* < *b (p-, f-, v-)* y *-b-/-m-*, v. 10 *d;* para *-m-* < *-n-*, 16, 4.

El cambio inverso, *m-* > *b-*, sólo parece darse como fenómeno de disimilación cuando hay otra nasal en el interior de la palabra, y es mucho menos frecuente que *b-* > *m-:*

Borinivar (Al., año 1025), adj. *Molinivarrensis (CSM* 151 año 1051, Vizc.), hoy *Bolivar* en Vizc. y Al.; *Bolinua (CSM* 281, año 1093): vizc. *bolu, bolua* «molino».

N

16. 1) Los préstamos indican una pérdida regular de *n* en posición intervocálica:

Antr. *Domeca* (c. 1150) < *DOMINICA*, cf. vizc. *domeka* «domingo».

Meabe barrio de Jemein (Vizc.), *Meaza* barrio de Morga (ídem) (Meyer-Lübke, *REW*³ 5465 y *RIEV* XIV, 470).

Son abundantes los nombres propios cuyas formas oficiales o más antiguas tienen una *n* intervocálica que falta en las populares o más recientes (Azkue, *Morfología vasca*, 30; S. de Altube, *RIEV* XIV, 518 ss.):

Aramayona (Al.), pop. *Aramayo:* Refranes de 1596: *Aramayo dabenac ezlemayo* «A Aramayona quiẽ la tiene nola daria».

Arrona (Guip.), pop. *Arrua.*

Bedarona (Vizc.), pop. *Bedaru.*

Ant. *Ceberiano* (Vizc.), of. actual *Ceberio.*

Cenarruza (Vizc.), doc. *Zinaurriza*, pop. *Ziortza.*

Cestona (Guip.), pop. *Zestua.*

Fruniz (Vizc.), pop. *Pruiz* (L. de Eleizalde, *RIEV* XIX, 616).

Galdácano (Vizc.), pop. *Galdakao.*

Lauquiniz (Vizc.), doc. *Laukiniz (CSM* 281, año 1093), pop. *Laukix.*

Lazcano (Guip.), doc. *Eneco lupiç de Laçkanu*, año 1053, pop. *Lazkao*, ya *Lascau* en un cantar medieval.

Lemona (Vizc.), pop. *Lemoa.*

Lemoniz (Vizc.), pop. *Lemoix.*

Lejona (Vizc.), pop. *Luxu* (S. de Altube, *E.-J.* I, 296).

Licona (Vizc.), pop. *Likua.*

Doc. *Mizkina* (Al., año 1025 *CSM* 39, año 947, *Villa Mezkina)*, actual *Mezquía;* cf. *Mezquiriz* (Erro, Nav.), *Mezquiz* (Nav.).

Ochandiano (Vizc.), pop. *Otxandio.*

Torrano (Nav.), pop. *Dorrau.*

Cf. también:

Marchiniz (s. XI-XII), actual *Marquiriz* (monte de Larraun, Nav.), cf. actual *Marquínez* en Al., en 1025 *Marquina*.

Antr. *Acenari, Acenariz (Asenarius, Asinarius, Asner*, etcétera), *Aceari (Aceari Umea* en 1167, Nav.), *Aceri, Aceriz, Açariz:* vasc. *azari, azeri*, etc., «zorro».

Las abundantes correspondencias of. *-ano*, pop. *-ao (-o)* han dado fundamento para que Caro Baroja exprese la razonable sospecha de que algunos nombres de los cuales sólo nos es conocida la forma en *-ao (Sestao*, etc.) hayan perdido también una *-n-*. Esta sospecha se puede hacer extensiva a *Llodio*, vasc. *Laudio*, puesto que de los ejemplos que anteceden (a los cuales se puede añadir aún *Zipirio*, ermita de San Cipriano cerca de Tolosa) resulta que la reducción de *-ao* a *-o* se hacía precisamente tras *i* vocal o semivocal. En efecto, parece obvio pensar en un *CLAUDIANUS* mejor que en un *CLAUDIUS* (Meyer-Lübke, *RIEV* XIV, 474, n. 1: «Der ON *Llodio* in dem wo[h]l *Claudius* zu sehen ist...»).

2) Meyer-Lübke estudió el caso de *Luchana* (Vizc.) < *LUCIANA*, porque, tratándose de un nombre con evolución fonética vasca *(-ci- > -ch-)*, no ha perdido, sin embargo, la nasal. Pero no se trata, ni mucho menos, de un caso aislado: un estado de cosas semejante nos descubren, por ejemplo, los numerosos nombres de poblaciones alavesas en *-ano* y *-ana* que, a pesar de ello, estaban enclavados en zona de habla vasca. Pero hay indicios suficientes para pensar que, si dispusiéramos de las formas populares—vascas—de los mismos, los ejemplos de pérdida de nasal intervocálica aumentarían considerablemente. Así, sin citar el caso extremo de *Mostrún* (Al., of. *Monasterioguren)*, tenemos en Alava el pueblo de *Albéniz* (año 1025 *Albiniz)*, cuya forma vasca c. 1800 era *Albaiza* o *Albeiza (Geografía general del País Vasco-navarro*, Alava, 513).

La comparación de nombres de poblaciones en *-iz* e *-iniz* hace pensar que podemos estar ante variantes del mismo nombre, unas más conservadoras y otras que reflejan la evolución popular. Por ejemplo:

Albiz barrio de Mendata (Vizc.), *Albeniz (Albiniz)* ya citado.

Gamiz (Al. y Vizc., doc. *Gamiz* en 1025), *Gaminiz* (Vizc.).

Ariz barrio de Basauri (Vizc.) y pueblo de Nav., *Ariniz* (Al., año 1025, hoy *Aríñez)*.

De manera análoga, los patronímicos vascos del tipo de *Enecoyz* y *Semeroyz* pueden ser continuadores regulares de doc. *Eneconis/-es, Scemenonis/-es.*

Prueban también la pérdida de *-n-* los antropónimos aquitanos *Seniponnis, Senitennis,* en gen. (y probablemente *Senicco)* frente a vasc. *sehi, sei(n)* «niño, criado», ap. *Sein,* en composición *sen-* (Emérita XVIII, 475-476).

3) En general *-n* final de tema se ha conservado en composición y derivación, aun en posición intervocálica. No faltan, con todo, algunos casos de pérdida (cf. *seaska* «cuna» de *sen-*, a. vizc. *o(g)asun,* de *on,* etc.):

Zezeaga caserío de Deva (Guip.): vasc. *zezen* «toro», cf. vizc. *zezeilla* «febrero».

Ap. *Mimiague* frente a *Mimenza* < *VIMEN.*

Araoz, Araondo (si de *aran* «valle») frente a *Aranaga, Araneta* (Meyer-Lübke, *RIEV* XV, 218).

4) El proceso de la pérdida ha podido muy bien ser semejante al que se ha supuesto para el gascón (E. Bourciez, *Eléments de Linguistique Romane*[4], 305): el paso de *n* a *ṅ* con nasalización de la vocal anterior, y su conversión ulterior en una aspiración (v. también M. Grammont, *Traité de Phonétique*[3], 164). En los casos en que no ha desaparecido sin rastro como en Gascuña (doc. *Castahed* < *CASTANETUM*, s. xi, pero ya a, gascón *Salies* < *SALINAS*), la aspiración aparece representada en las distintas zonas por la alternancia ya conocida (12, 2): *h* (sonora)/*g*/*r (l,d)*/cero.

5) Aparte de los préstamos y de los casos en que se conocen formas documentadas con nasal, se puede restituir justificadamente la *n* etimológica en las formas reconstruídas cuando venía detrás de *i* (a veces de *e*) y *u*. En efecto, tras *i, u* se restableció en ocasiones la consonante en lugar de la nasalización conservada hoy como tal en ronc. y sul. y que

se conocía también en el vizc. del s. XVI, pero su punto de articulación se aproximó al de la vocal precedente, resultando por tanto *ñ* y *m:*

Of. *Ordiarp* (con pérdida de *-n-* normal en bearnés), sul. *Urdiñarbe.*

Of. *Féas,* bearn. mod. *Hiàs,* sul. *Iñhási, Añási* (< **FENACIU,* Gavel, *RIEV* XXII, 146 ss.), cf. *Feás* en Galicia (G. Rohlfs, *Bol. de Filologia* XII, 235 y n. 16).

Of. *Luno* (Vizc.), doc. *Luno (CSM* 151, año 1051), pop. *Lumo.*

Zumarraga (Guip.), *Sunhar, Sunhar(r)ette* (Soule), *Zugarramurdi* (Nav.), acaso *Suhare* (Soule): vasc. *zumar, zuhar, zünhar, zuar, zugar* «olmo», cast. de Pamplona *zugarro,* < **zunar.*

En los dos casos siguientes es posible que la forma con *n,* indudablemente antigua, haya surgido por disimilación de *r ... rr* (C. C. Uhlenbeck, *RIEV* IV, 67, para *iñaztor* «helecho»):

Iñurretegui barrio de Cerain (Guip.), ap. *Iñurrategui; Jhurre* (Al., año 1025), hoy *Yurre; Yurre* en Vizc., pop. *Igorre; Jhurrueta* (Vizc.) hoy *Yurreta; Yurreamendi* monte de Tolosa (Guip.); *Irurre* lugar de Guesalaz (Nav.); *Idurre,* caserío de Motrico (Guip.), etcétera. Cf. vasc. *iraurri, iñaurri* «desparramar, hacer la cama del ganado», como **SUBSTRARE, SUBSTRATU:* del part. ha podido tomar nombre la planta que servía para ese uso.

Inharraza (Fuero de Miranda), ap. *Iñarra; Iharcegaraya* (Sara, Lab.); *Igartza,* nombre de varios caseríos de Guip.; *Ilharraza (Munio Albarez de Ilharraza, CSM* 244 bis, año 1081), *Hillarrazaha* (Al., 1025), hoy *Ilárraza, Hillardui* (Al., 1025), hoy *Ilárduya,* doc. *Ylardia, Yllardia* (Nav.), *Ylarraçu, Yllarraçu,* hoy *Ilarraz* (Nav.), *Ilarregui* (Ulzama, Nav.), *Ilharre* (B. Nav.); *Idarraga, Idarragorri,* caserío de Guip., *Idarroki* (Soule); *Irarrazabal,* cas. de Deva (Guip.); ap. *Yarza, Yarzabal, Yarzazabal,* etc. Posiblemente entran en el gru-

po representantes de otros radicales distintos del nombre del «brezo».

5) En interior de palabra, la nasal originalmente intervocálica puede restablecerse ante consonante cuando, como consecuencia de su pérdida, ha resultado un diptongo nasalizado (Meyer-Lübke, *RIEV* XV, 210 y 219). Así, desde el punto de vista fonético, no habría mayor dificultad en relacionar *Urzainqui* (Roncal, Nav.) con tipos en *-anico* como *Urzanico* (año 864, Ayala, Al.; C. Baroja, *Mat.* 107).

Pero la explicación de *Cuartango* y de *Durango*, tomados como tipos, no puede ser la misma. Si para el primero partimos, como es probable, de **QUARTĀNĬCU (Mat.* 100-101), tenemos una evolución que en castellano es perfectamente normal: sonorización de la sorda intervocálica y pérdida posterior de la vocal postónica (cf. *Quartanigo CSM* 47, año 950). Dentro de la zona de habla vasca parece más natural pensar que *Durango* (y *Berango*, etc.), nos conduce a formas como *Duranco, Turanco* (1) en conexión con la terminación *-anco*, bastante frecuente en zonas próximas *(Alesanco, Taranco)*.

6) Ya hemos visto el tratamiento normal de la terminación *-ano (-ao, -o)* en Vizcaya y Guipúzcoa. Un tratamiento *-aun* (con restablecimiento bien ejemplificado también de la nasal tras el diptongo nasalizado (*billau, bilaun* «villano») es teóricamente posible; parece preferible separar, sin embargo, las parejas *Atano, Ataun, Echano, Echaun, Elcano, Elcaun, Solano, Solaun*, etc., que han sido relacionadas entre sí por Caro Baroja *(Mat.* 94), y ver en ellos dos sufijos distintos: *-une* con sus variantes *-gune, -kune, -ue, -ume* (= vasc. *une, gune)* y *-no*, escrito a menudo *-nno*.

Existen además, localizadas con máxima intensidad alrededor de Pamplona, buen número de poblaciones en cuyos nombres, terminados en *-ain*, puede reconocerse en bastantes

(1) G. Bähr, *B. und I.*, 38-39. Doc. *Turanko*, año 1053; *Duranci (in confini D., CSM* 208, año 1072); *et alia uinea que dicunt de Duranco in ualle de Scemeno (CSM* 65, año 991, Rioja); *Senior Sancio Annussoiz Aberancanensis (CSM* 151, año 1051, Vizc.).

casos con seguridad un nombre de persona como primer elemento. La comparación con topónimos de otros países y con los de otras zonas de Vasconia—incluso de la misma Navarra—terminados en *-ano*, hace inevitable la presunción de que el suf. *-ain* es también un representante del lat. *-ānu*. Sin embargo, por consideraciones puramente lingüísticas, la terminación se reconstruiría como **-ani* o **-ane: Badoztani* en 1037, *CSM* III.

La terminación *-ani* sería naturalmente la del gen. sg. y este sistema de denominar los predios es ya corriente en los documentos más antiguos del NO. de la Península, como indica J. M. Piel («Nomes de *possessores* latino-cristãos na toponimia asturo-galego-portuguesa», Coimbra 1948, 10) y así *Lepuzain* en Nav. (< *NEPOTIANI)* es el equivalente exacto de *Lebução* en Portugal, etc. (1). Estos nombres se dan también con bastante abundancia en la Soule:

Domezain (doc. *Domesang, Domezan, Domezayn*, etc.), de *DOMITIANI.*

Garindein (doc. *Garindenh, Garindayn*, etc.), pop. *Gaindáñe*, v. § 20 *e.*

Underein (doc. *Andurenh, Unduranh)*, cf. ap. nav. *Indurain.*

Ignoro si esta explicación puede hacerse extensiva, como parece a primera vista, a los nombres bearneses en *-ain, -ein*, que se dan también en abundancia, como *Abitain, Bugnein, Usquain*, etc.

NN

17. *a)* En posición intervocálica *-nn-* latina se ha conservado como *n:*

Lat. *CAPANNA* «cabaña»: top. *Kapana, Kapanagibela,*

(1) Que la pronunciación real de *-ain* en Navarra durante la Edad Media era *-añ, -eñ*, parece probado por grafías como *Badozteng* (año 1110), *Indurange* (1064), *Sansoang* (1104) (F. Yndurain, *T. N.*, pról. VI). Este es el resultado normal de **-ani:* en el s. XII tenemos atestiguado «piscem vocant *araign*», es decir, *arrañ*, de **arrani.*

Kapanaldea, Kapanaurrea, Kapanapea «terreno laborable de Arazuri (Olza, N.) donde hubo viñas y un árbol debajo del cual se ponía la choza para el guarda del viñedo» (L. de Eleizalde, *RIEV* XXI, 536). Sobre la palabra, v. Atxuri, Rev. *Euzkadi* X, 313-317. Hay también tres caseríos *Kapanaga* en Mañaria (Vizc.).

IOHANNES, vasc. *Joanes, Ganes, Ganex*, etc.; cf. *Donibane, Doniane, Doneane* (= gall. *Seoane)* «San Juan». El mismo tratamiento en *Donamaria* (Nav.) < *DOM'NA MARIA*.

b) Hay muchos casos de *n* intervocálica que no se ha perdido en palabras no sospechosas de origen latino: *arrano* «águila», cf. *Arrano, Arria*, Nav., 1056, etc. Es natural, pues, admitir que en vasco antiguo había dos *n:* una que se ha perdido en posición intervocálica como la *n* latina en préstamos, y otra que se ha conservado como *n* lo mismo que la *nn* latina. Podemos suponer, por lo tanto, que la última se articulaba con mayor energía:

Doc. *AMUNNA* (p. ej., *CSM* 219, año 1075; Madriz), vasc. *amona, amuna* «abuela».

Doc. *ENNECO*, vasc. *Eneko*, cast. *Iñigo*.

Doc. *ANNAYA*, vasc. *anai(e)*, a. cast. *Minaya, Mienaya*.

Suf. *-nno* en *Egganno (CSM* 247, año 1082, Vizc.), *helcanno* (año 1025, Guip.), vasc. *-no*.

Grafías como *Hurigurenna* (Al., año 1025), *Urrenguenna* (Vizc., *CSM* 203, año 1070) indican que la *n* final de tema era «fuerte»: cf. grafías aquitanas como *Belexenn-is, Bihoscinn-is, Sembetenn-is, Seniponn-is*, etc., genitivos, o *Ilunn-osi*, si *-os(o)-* es un sufijo.

L

18. *a)* En posición intervocálica *l* ha dado *r:*

Guevara (Al.), Γέβαλα (Ptol.).

Padura (Al., *CSM* 91, año 1025) < *PADULE;* en el mismo documento, en zona romanizada, *Padul*, hoy *Paúl*.

En algunos préstamos, sin duda por ser relativamente re-

cientes—así *Sala*—, no se ha cumplido el cambio; en otros (cf. *soro, solo)* hay vacilación:

Borinivar (Al., año 1025), *Molinivar (CSM* 269, año 1087); *Bolinivar* (Vizc., año 1093, *CSM* 281), hoy *Bolivar* (Al. y Vizc.): vizc. *bolu, bolua* «molino», top. *Bolialde, Bolinaga, Bolinbide, Bolunburu, Boringain, Borunbiskar* (1).

b) Ante hechos como *Birgara; Ehari, Hegiraz, Huribarri* (Al., año 1025), actuales *Virgala* (cf. *Vergara* en Guip. y Nav., doc. *Virgara), Ali, Eguílaz, Ullivarri,* O. de Apraiz *(RIEV* XI, 81 ss.) aceptaba un nuevo cambio $r > l$ que se produjo en Alava en el s. XIII. Pero es quizá más simple suponer que durante cierto tiempo coexistieron dos formas de estos topónimos: la vasca con *r* y la romance que representaba la forma etimológica, y que estas últimas se impusieron como oficiales en los documentos en el siglo XIII. En este sentido se podrían interpretar las palabras de Gavel: «Ce passage de l' *l* simple à *r* en basque doit être relativement tardif, puisque pour *Araba* le castillan a conservé encore la forme par *l: Alava.*»

Por lo menos el contraste entre nombre popular, vasco, con *r* y oficial con *l* se encuentra también fuera de Alava:

Vasc. *Zuberoa,* etc., fr. *Soule,* doc. *Sola, Subola.*

Vasc. *Erronkari,* of. *Roncal,* doc. *Arroncal* (1085), *Roncali* (1085).

Igal (Salazar, Nav.), doc. *Igal, Gali, Ygali,* vasc. *Igari.*

En el actual *Salazar,* vasc. *Zaraitzu,* doc. *Sarasaz, Sarasazo, Sarasazu,* etc., la *l* es tardía y probablemente no etimológica.

De la comparación de *Iliberri, Iliberritani,* etc., con vasc. *Iriberri*—creo que hay que separar del grupo a *Iria Flauia*—se deduce que el vasc. *(h)iri, (h)uri* «población» ha sufrido el mismo cambio. Cf. además:

---

(1) En compuestos, al quedar la nasal en posición final a consecuencia de la pérdida de la vocal siguiente, se conservaba normalmente: «*Toda açariz quel dezian ardan buru*» (Lacarra, *RIEV* XXI, 248), de *ardao, ardo* < **ardano,* etc.

Lumbier (Nav.), *ILUBER(R)ITANI* (Pl.), vasc. *Irumberri.*

Libarrenx (B. Nav.), doc. *Libarren, Livarren,* vasc. *Iribarne, I(r)abarne.*

Πομπαιλών (Ptol.), vasc. *Iruña, Iruñe,* doc. *Ironia, Ironie, Irunia:* Πομπέλων ὥς ἂν Πομπηιόπολις (Estr., III, 4, 10) (G. Rohlfs, *RIEV* XXIV, 328).

Hay casos de forma documental con *l* y actual con *r*, como doc. *Escaloce, Escaloz(e),* actual *Escaroz* (Nav.).

c) El cambio se da incluso cuando una *l-*, al pasar la palabra a ser segundo miembro de un compuesto, quedaba en posición intervocálica:

Heguiraz, Hegiraz (Al., año 1025), hoy *Eguílaz,* pero *Heguilaz* en 1076 *(CSM* 229): vasc. *latz* «áspero».

Eguirior (1121 y 1181), *Eguiriorr* (1324), actual *Eguillor* (Nav.): vasc. *lei(h)or, le(g)or* «seco». *Hegilior* (Al., 1025).

d) El grupo latino *-ll-* ha dado *-l-*. Con el suf. *-ellu:*

Burgellu (Al., año 1025), actual *El Burgo.*

Gaztellu (Al., año 1025), actual *Castillo,* cf. *Gaztelu* (Guip.).

Angellu (Al., año 1025), actual *Anguelu* (río); *Ibarrangelua* (Vizc.); *Aramangelu,* isleta que forma el Zadorra cerca de Yurre, Al. (L. de Eleizalde, *RIEV,* XIII, 425-426); *Angelburua,* monte de Vergara (Guip.), situado sobre la hondonada de *Angelu,* < lat. *ANGELLU* (dim. de *ANGULU).* Cf. *Anglet* cerca de Biarritz, vasc. *A(i)ngelu.*

e) Como ocurría con *n*, hay palabras vascas que no son de origen latino con *l* intervocálica *(il(h)un* «oscuro», etc.). Hay que postular, pues, para el vasco ant. dos laterales, una que, como la *-l-* latina en préstamos, se cambió en *-r-*, y otra «fuerte» que, como *-ll-* latina, está representada por *l* actual. En el *CSM* la grafía *ll* se emplea con notable constancia para representar *l* final de palabra ante el artículo u otro sufijo:

Vasc. *zabal: Monnio Zaballa* (compl. 2, año 1062), *Zaballa* monasterio (270, año 1087), *super S. Johannem de Zavalla* (37, año 945, montes de Oca), *Zavallazu* (278,

año 1090, Burgos), *Harizavalleta* y *Harrizavallaga*, hoy *Arrízala* (91, año 1025), Al., *Lacuzaballa* (187, año 1067, Rioja; vasc. *lakhu* «lago», Axular). Actual *Zaballa*, monte en Valgañón (Logroño), en 1753 *Zaballa* en Barbadillo de los Herreros (Burgos), donde *ll* vasca ha evolucionado en territorio castellano como *ll* latina.

Domna Apalla (242, año 1079, Rubiales), vasc. *ap(h)al* «humilde»; también *Appalla* en *FHC* III, 168, año 1045, Albillos.

Esta duplicación gráfica indica, lo mismo que *-nn*, una pronunciación alargada o reforzada. Recuérdese que también en las oclusivas y silbantes el vasco ha tendido a generalizar las variantes «fuertes» (sordas y africadas respectivamente) en final de palabra. Obsérvese que la final de *Larçabaig*, nombre de un arroyo en territorio bearnés, muy cerca de la frontera lingüística, de **Larzabal*, ha sido tratada de la misma manera que lat. *ll* en esa posición *(Baig* de VALLE, etc.).

f) Hay también coincidencias en el empleo del grupo *-lh-*, donde la aspiración es seguramente secundaria en la mayor parte de los casos, en documentos medievales relativos a Alava y en los dialectos que conservan la aspiración:

Elhorriaga (año 1025, en 871 *Helhorriga)*, hoy *Elorriaga*, *Elhorzahea* (año 1025), *Elhossu* (año 1025) actual *Elosu;* cf. actual *Elgorriaga* (Nav.): b.-nav. lab. sul. *elhorri* «espino».

Olhaerrea, Olhabarri, Harriolha, Barolha (hoy *Baroja)* en 1025: b.-nav. lab. sul. *olha*, ronc. *õla*. Pero en Guip. *ollazabal*, dos veces, en 1025.

g) La presencia de una *r* (fuerte) en la misma palabra ha podido impedir el paso a *r* de una *l* intervocálica. En este caso se da también el cambio disimilatorio en *l (d)* de una *r* primitiva:

Ergoen, barrio de Ataun (Guip.), de los más distantes de *Elbarrena*, núcleo principal *(An. de Eusko-Folklore* VII, 2), ambos de *erri* «pueblo».

Cf. *Eguirior*, actual *Eguillor* citado en *c)*.

R, RR

19. El vasco posee dos fonemas vibrantes. Actualmente no se distinguen entre sí en el conjunto del país más que en posición intervocálica, pero hay algún indicio (el tratamiento suletino de *u* ante *r* más oclusiva o silbante) que muestra que también pudieron distinguirse en otro tiempo en otras posiciones. En final de palabra se neutraliza hoy la oposición al menos en varios dialectos y la *r* «fuerte» representa al archifonema en esa posición.

La *r* inicial no existe en vasco y en los préstamos se evita anteponiéndole una vocal *(a* o *e* en la gran mayoría de los casos). Esa vocal no se ha conservado por lo general en los nombres oficiales o romanceados:

Rentería (Guip.), pop. *Errenteria.*

Recalde (Guip.) < *erreka-alde,* doc. *Erreka (CSM* 281, año 1093, Bermeo).

En documentos medievales aparecen bastantes nombres con vocal ante *r* que después no ha prevalecido:

Arripodas (año 1108), actual *Ripodas* (Nav.).

Arroncal (año 1124), *Arronchal* (1126), hoy *Roncal,* vasc. *Erronkari.*

Arrieçu (año 1024), acaso actual *Riezu* (Nav.).

Erretanna (Al., año 1025), actual *Retana.*

Errizil (c. 1190), of. *Régil,* pop. *Errezil(l)* (Guip.).

La supresión ha afectado a palabras que no parecen de origen latino: ap. *Rozpide,* junto a *Arrospide* (vasc. *arrotz* «huésped, extraño»), cf. *Rigoitia* (Vizc.), pop. *Errigoitia* (vasc. *erri* «pueblo»), e incluso *Rementero, Rementería* de cast. *herramienta.*

GRUPOS DE CONSONANTES

20. A continuación se indican solamente algunas particularidades de unos cuantos tipos importantes.

a) Ocl. (sorda) más ocl. (sonora).—El grupo se forma

en composición, al ensordecerse una oclusiva del primer miembro por quedar en posición final al perderse la vocal que le seguía. En esa posición *-g* y *-d* dan *-t* que desaparece convirtiendo en sorda a la oclusiva inicial del segundo elemento:

Ap. *Répide, Reparaz* < *erret-bide* (mencionado en el Fuero de Navarra), **erret-baratz*, cuyo primer elemento es *errege* «rey», cf. *Erret Ihera, Erretzubi* «pontes Regales», *Erressoro* (Nav.).

Doc. *Gurpideta* (año 1218, Nav.), de *gurdi* «carro» y *bide* «camino».

b) Silbante más ocl. (sonora).—Dan por resultado silbante (fricativa), más ocl. sorda:

Hazpurua (Al., año 1025), vasc. *aitz* y *buru.*

Ezkibal (Al., año 1049), vasc. *aitz* y *gibel,* cf. para el segundo elemento *Mendiguibel* (año 1080), *Erret Ihera Guivilea* (1150), *Larrazaguivelea* (1104) en Nav.

En Logroño tenemos *Ezcaray* frente a *Garay* (Ojacastro).

c) Cons. más 'l en posición inicial.—En préstamos los grupos *pl-, cl-, fl-* se han reducido a *l- (lau* < *PLANU, laru* < *CLARU, lore* < *FLORE).* En toponimia tenemos el caso citado de *Laudio,* of. *Llodio,* de *CL-.*

En *Lañerri* (parte baja del valle de Ezcabarte, Nav., en contraposición a la alta o *Baserri)* tenemos el cast. *llano* (cf. vasc. *laño* «afable», etc.) con metátesis de la palatalización, como en guip. *labaña,* ronc. *ñabla* «navaja».

Un caso posible de desarrollo de una vocal anaptíctica en el grupo *bl-* o *pl-* es *Belendiz* (Vizc.), cf. *portus Blendium* en Cantabria, los *Belendi* en la Aquitania y el antr. *PLEND[I],* gen., CIL II, 2948, en Eguilaz *(Mat.* 104).

d) Cons. más r.—Aunque en el vasco actual estos grupos sean bastante frecuentes, en otros tiempos se desarrollaba por lo general una vocal entre ambas consonantes:

Betiri, Pet(h)iri «Pedro» (1).

---

(1) Para la terminación cf. lab. *Jondone Laurenti* «San Lorenzo», *done Vikenti* «San Vicente» (Oihenart), *Meteri* «Emeterio» (Nav., si-

En Al., al sur, tenemos *Carasta*, que se puede explicar por **CRASTA*, *CASTRA* (cf. *Crastora* «à Castro», Oihenart, *Prov.* 295): hay restos de un campamento romano cerca de la población.

e) Nasal más ocl.—El grupo *-mb-*, primitivo o secundario, aparece en muchos nombres: *Amboto* (monte, Vizc.), el ya citado *Gamboa*, etc. Pero los nombres aquitanos *Sembecconi* (dat.), *Sembedonnis*, *Sembetennis*, *Sembexonis*, genitivos, parecen probar una reducción *-mb-* > *-m-*, si, como es probable, hay que compararlos con el vasc. *seme* «hijo».

El grupo *-nd-*, primitivo o procedente de *-nt-*, se conserva en general. Sin embargo, *Mendata* (Vizc.) tiene la forma popular *Meata*. Pero la pronunciación *Artia* de of. *Arteaga* en la misma comarca nos muestra que el hiato es reciente en *Meata*.

Es interesante en Navarra *Garinoain* (C. Baroja, *Mat.* 71-72). Su comparación con *Garindein* (Soule) hace muy probable que en ambos figure el nombre personal *Galindo* con un cambio normal *-l-* > *-r-*. En documentos encontramos *Garindoin* (año 1193, no se precisa su localización en *TN)* y *monasterio S. Christoforo de Garinduang (CSM* 206, año 1072, en Nav.). Lo que refuerza decisivamente esta equiparación son las grafías medievales con *-nn-*, *Garinnoain* en 1072 y 1115, del nombre de la población navarra (cf. arag. *Galino)*. Se trata quizá de influencia aragonesa: no lejos de *Garinoain* está *El Pueyo* con diptongo ante *yod*.

f) R más silbante.—Hay un ejemplo bastante seguro de *-rz-* > *-s-* en composición: *Elhossu* (año 1025, Al.), actual *Elosu*, de *elhorri* + *zu*.

LUIS MICHELENA.

Seminario de Filología Vasca «Julio de Urquijo», San Sebastián.

---

glo XIII), en los Refranes de 1596 *Meteri(i)*, aunque éstos son nombres en *-IU* que han podido perder la vocal *u* tras *i*. Véase, sobre la conservación del genitivo en nombres personales, J. Bastardas Parera, *Particularidades sintácticas del latín medieval (Cartularios españoles de los siglos* VIII *al* XI*)*, 31 nota.

EL CULTO REAL EN PILOS Y LA DISTRIBUCION DE LA TIERRA EN EPOCA MICENICA

I

La serie E de Pilos, cuyas numerosas e importantes tabletas se refieren a la posesión de tierras o de determinadas cantidades de grano—según la interpretación—está justamente considerada como uno de los más importantes documentos legados por los archivos de Pilos, Cnosos y Micenas. Estas tabletas han sido objeto de numerosos estudios (1), entre ellos, dos muy recientes y particularmente penetrantes: un largo artículo de Bennet en el *American Journal of Archaelogy* (2) y el capítulo correspondiente de los *Documents in Mycenaean Greek*, de Ventris y Chadwick (3). Estos estudios cuentan, respecto a los anteriores, con la ventaja de manejar las nuevas inscripciones descubiertas en 1952 y publicadas junto con las de 1939 en la segunda edición de *The Pylos Tablets* (4). A pesar de ello, después de estos trabajos continúa la duda respecto al verdadero contenido de la institución reflejada en las tabletas y a numerosos detalles de la

---

(1) A. Furumark, «Aegaeische Texte in griechischer Sprache», Eranos 51, 1954, 103-20 y 52, 1955, 18-60; T. B. L. Webster, «Pylos E Tablets», BICS 1, 1954, 13-14; P. Meriggi, «Das Minoische B nach Ventris Entzifferung», Glotta 34, 1954, 12-37; G. Pugliese-Carratelli, «La decifrazione dei testi micenei», PP 35, 1954, 81-117 y «Nuovi studi sui testi micenei», PP 36, 1954, 215-28; L. R. Palmer, «Mycenaean greek Texts from Pylos», TPhS 1954, 1-17 (resumido en *Achaeans and Indo-Europaeans*, Oxford 1955), son los más importantes.

(2) «The Landholders of Pylos», AJPh 60, 1956, 103-34.

(3) Cambridge, 1956, 232-74.

(4) E. L. Bennet, *The Pylos Tablets*², Princeton, 1955.

interpretación de las mismas. A aportar luz en lo posible sobre estos aspectos tienden las presentes páginas, que renuncian a un examen detenido de cuestiones ya anteriormente elucidadas (1).

La totalidad de la serie E de Pilos presenta el ideograma 120, casi exclusivo de ella; fuera de aquí se encuentra solamente en unas pocas tabletas de Pilos y algunas más de Cnosos, que hemos también de estudiar porque están en relación con la institución que nos interesa. Dicho ideograma, conocido desde la escritura lineal A, es medido en unidades de capacidad para áridos, y su transcripción fonética en griego es dada como *pe-ma*, *pe-mo* (σπέρμα, σπερμός) (2); la interpretación usual es la de «trigo» (WHEAT, FRUMENTUM), aunque no hay obstáculo serio a que signifique «cebada» (3).

El tipo principal de las tabletas que estudiamos fija la cantidad de grano correspondiente a una determinada *ko-to-na* (4) o κτοῖνα, es decir, a una determinada tierra de labranza (5). Alternan indistintamente fórmulas como En74.10 *Ai-ti-jo-qo ko-to-na... to-so-de pe-mo* 1/5/4 (6) (Αἰθίοπος κτοῖνα... τοσσόνδε σπέρμα 1/5/4) y como Ep539.12 *Pa-ra-ko e-*

---

(1) El presente artículo es una reelaboración de uno escrito antes de conocer el autor la segunda edición de *The Pylos Tablets* y los dos estudios mencionados. Este artículo alcanzaba algunas de las conclusiones establecidas por Bennet, tales como la existencia en *Pa-ki-ja-na* de una cofradía sacerdotal y el nombre *A-pi-me-de* del sacerdote de la misma. Aquí se insiste sobre los aspectos del artículo citado que continúan presentando novedad o interés y se prosigue aquella investigación sobre la base de los nuevos documentos y estudios.

(2) La *-o* puede representar -ος o bien venir de *-n* (cf. *a-mo-ta* = ἄρμοτα etc.).

(3) En este caso 121 sería «trigo». Gallavotti, *Documenti e struttura del greco nell' età micenea*, Roma, 1956, 70 ss. entiende 121 como AGER; esto es imposible por lo dicho arriba.

(4) En Cnosos *ko-to-i-na*.

(5) Cf. Hesych. κτοῖναι·... δῆμος μεμερισμένος.

(6) Es decir, una unidad, cinco décimos y cuatro sesentaavos; según Ventris-Chadwick, esto equivale aproximadamente a $120 + 5 \times 12 + 4 \times 2 = 188$ litros.

ke-qe . . . ko-to-na . . . to-so-de-pe mo 0/7 (Φάλαικος ἔχει τε . . . κτοῖναν . . . τοσσόνδε σπέρμα 0/7). Parece, pues, que la extensión o el valor de la κτοῖνα está expresado por una determinada cantidad de trigo, probablemente la que se requiere para la siembra (1). A partir de aquí se abren varias posibilidades de interpretación: que las unidades de grano sean a la vez unidades de superficie y se trate de una especie de inventario catastral con fines fiscales; que se trate de donativos en grano (¿del rey?) a los poseedores de una tierra determinada o bien donativos en tierras; que no intervenga la noción de tierra, sino que κτοῖνα haya pasado a significar «cantidad de trigo», etc.

De otra parte, las fórmulas de las tabletas tienen múltiples variaciones, estudiadas muy en detalle por Bennet. Las κτοῖναι son calificadas ya de *ki-ti-me-na* (κτιμένα), ya de *ke-ke-me-na* (κεκειμένα), lo que desde Furumark (2) viene entendiéndose como «propiedades privadas» y «comunales», respectivamente. Junto a las κτοῖναι aparece en otras tabletas un nuevo concepto, el de *ka-ma* (κάμα o χάμα) (3), que es en lo esencial paralelo, pero que presenta algunas características especiales.

Muy notablemente hemos de contar, junto con los poseedores de *ko-to-na* y *ka-ma* (llamados *ko-to-no-o-ko* y *ka-ma-e-we*, κτοινόοχοι y καμαῆϝες, respectivamente), con la de *o-na-te-re*, que reciben un determinado *o-na-to*—expresado también en medidas de grano—de los poseedores de la *ko-to-na* o *ka-ma*, siendo de notar que los *o-na-te-re* de κτοῖναι κεκειμένα reciben casi siempre el *o-na-to* del δᾶμος, pues son raros los ejemplos de κεκειμέναι en poder de individuos particulares: de ahí la teoría de que se trata de tierras comunales. No es segura, ni mucho menos, la interpretación de lo que es un *o-na-to*: parece prevalecer la interpretación de que es un «beneficio» (de ὀνίνημι) dado a alguien, es decir, la cesión de una parte de una κτοῖνα o de una determinada cantidad de trigo; pero

(1) Cf. Ventris-Chadwick, 236 ss., con paralelos sumerios y otros del Antiguo Oriente.

(2) L. c., 36 ss.

(3) Cf. Hesych. καμάν· τὸν ἀγρόν (en Creta), pero también χαμαί.

también se ha pensado que se trata de alquileres (ὠνατόν de ὠνά).

Junto al *o-na-to* habría que hablar del *e-to-ni-jo* de otras tabletas, que parece algo semejante. Y hay todavía más variaciones de detalle.

Las hipótesis enunciadas sobre el significado de la institución—que son una selección de las que han sido emitidas—harán ver, sin más, que no está, ni mucho menos, claro en qué consiste. Los trabajos de Bennet y de Ventris-Chadwick dejan prudentemente la cuestión sin decidir, aunque, con los anteriores, han despejado considerablemente el camino y han aportado argumentos utilizables a favor o en contra de las distintas posibilidades. Esto constituye un avance y no un retroceso respecto a trabajos anteriores en que, contando con menos material y con estudios todavía incompletos, se propugnaba una u otra de las hipótesis arriba enunciadas (1). Sin pretender nosotros una interpretación definitiva de todos los extremos de estas difíciles tabletas, intentaremos aquí hallar algunos elementos de juicio para fijar el contenido de la institución que reflejan. Para ello nos basaremos, ante todo, en el estudio—al que hasta ahora no se ha atendido mucho—de los beneficiarios de las κτοῖναι y ὄνατα y en el de algunos otros extremos que merecen un interés particular.

II

La serie E de Pilos se subdivide en otras varias, de las que son las más importantes Ea, Eb, En, Eo y Ep. En representa una copia de Eo, con ciertas variaciones de detalle; Ep es igualmente una copia de Eb; y aparte queda Ea. Eo y Eb proceden de un mismo copista y sus copias En y Ep, de un segundo; Ea, de un tercero (2). En cuanto al conte-

(1) Así en los trabajos, por lo demás muy meritorios, de Furumark y Palmer, que ya hemos citado, así como en el de Ruipérez, «Une charte royale de partage de terres», Minos, 4, 1956, 146 ss.

(2) Sobre todo esto, cf. Bennet, 1. c., 104 ss.

nido, Eo=En trata de κτοῖναι κτιμέναι y sus ὄνατα; Eb=Ep, de κτοῖναι κεκειμέναι y sus ὄνατα, así como de *ka-ma;* Ea, de todos estos tipos indistintamente. Como ya era de esperar por la identidad de los copistas de Eo y Eb (y de sus copias En y Ep), estos dos grupos de tabletas tienen una relación estrecha: Eo=En trata de las κτοῖναι κτιμέναι y sus ὄνατα de la localidad de *Pa-ki-ja-na:* pues bien, muchos de sus beneficiarios reaparecen en Eb=Ep, que hemos de considerar que, al menos en parte (y probablemente en su totalidad), proceden de *Pa-ki-ja-na*. En cambio, sólo dos de los individuos mencionados en Ea (1) reaparecen en las otras cuatro series y no es seguro que no se trate de coincidencias fortuitas de nombres, mientras que varios de ellos con toda evidencia no son de *Pa-ki-ja-na*. Hay también algunas diferencias formales y, creo, de contenido. Empezaremos, pues, por las dos series Eo=En y Eb=Ep, y, dentro de ellas, por la primera.

El documento formado por las tabletas En debe comenzar a leerse por En609 (como en la primera edición de *The Pylos Tablets)* y no por En74 (como en la segunda). En efecto, En609 tiene un encabezamiento que es reconocido por todos —incluído Bennet—que se refiere a toda la serie:

pa-ki-ja-ni-ja to-sa da-ma-te	*DA* 40
to-so-de te-re-ta e-ne-e-si	*VIR* 14

A continuación viene la lista de los poseedores de κτοῖναι κτιμέναι, con su *pe-mo* respectivo; cada uno de ellos es seguido de los nombres de los *o-na-te-re*, también con su grano. Lo característico de En es que en cada tableta aparece más de un poseedor de κτοῖνα: por ejemplo, en esta tableta inicial En609 figuran *Wa-na-ta-jo* (Fαρναταῖος?) y *A-ma-ru-ta* ('Αμαρύνθας?), seguido cada uno de sus *o-na-te-re*. En cambio, en Eo hay una tableta para cada poseedor de κτοῖνα con sus *o-na-te-re* (2).

(1) *O-pe-te-re-u* 805 y 811 *du²-ni-jo*, que están también en Ep704.1 y 705.3 = Eb294 y 169 (el segundo también en Eq59.7).

(2) En 467 da tres poseedores de κτοῖναι que no tienen *o-na-te-re;* como es natural, cada una tiene una tableta particular en Eb.

Al copiarse Eo en En, se unió en una tableta el contenido de varias.

Volviendo al encabezamiento de la serie, diremos que los 14 *te-re-ta* o τελεσταί de la l. 2 (τοσσοίδε τελεσταὶ ἐνέεσι *VIR* 14) es evidente que deben buscarse en los poseedores de κτοῖναι y no en sus *o-na-te-re*. Efectivamente, uno de ellos, *Wa-na-ta-jo*, que además de poseer una κτοῖνα es *o-na-te* de otra, es llamado en este último lugar (1) *te-re-ta*. Y, de otra parte, Bennet ha creído contar precisamente 14 poseedores de κτοῖναι κτιμέναι en Eo=En. En cuanto a la primera línea del encabezamiento, indica la existencia en *Pa-ki-ja-na* de 40 *DA*, unidades que representan quizá una abreviación de *da-ma-te*. De esta palabra se han propuesto dos interpretaciones: δαμάτηρ «tierra madre» y un plural δάμαρτες. La buena es indudablemente la primera, como lo demuestra el paralelismo de las dos construcciones τοσσόνδε σπέρμα y τόσσα δαμάτηρ, pudiendo en ambos casos ser la medida un plural. Evidentemente, el nombre de la diosa de la tierra («Da madre», «Tierra madre») designa aquí la tierra o, mejor dicho, una tierra determinada de *Pa-ki-ja-na:* recuérdese cómo el nombre de otros varios dioses designa igualmente el elemento en que residen o que personifican divinizado.

Si *DA* es realmente una abreviación de *da-ma-te*, hemos de admitir que esta palabra designa tanto el total de las tierras a que se refieren En=Eo como determinadas divisiones de las mismas. Es decir, traduciríamos: «la tierra (con una calificación especial) de *Pa-ki-ja-na* se compone de 40 unidades de cultivo». En todo caso, es claro que *DA* significa «*familia units, homesteads*», como fué ya propuesto por Carratelli (2). Esto ha sido establecido definitivamente por Bennet al hacer notar que el total de individuos que figuran, bien en calidad de poseedores de κτοῖναι, bien de *o-na-te-re* (de una o más κτοῖναι), bien de ambas cosas a la vez (caso de *Wa-na-ta-jo*) en las tabletas Eo=En es precisamente 40. Como sabemos

(1) En609.15 = Eo224.5.

(2) «Nuovi studi sui testi micenei», PP 36, 1954, 225. Sobre otras interpretaciones, cf. Bennet 119 y Ventris-Chadwick, 114.

por Eb=Ep que en *Pa-ki-ja-na* había además otras familias asentadas, hemos de precisar el sentido de *DA* reduciéndolo al de «tierras de una misma familia consistentes en κτοῖναι κτιμέναι u ὄνατα de las mismas». *Da-ma-te* (sea o no la misma palabra) es, pues, «conjunto de κτοῖναι κτιμέναι y sus *o-na-ta*».

Sin embargo, hemos de hacer aquí una rectificación a la teoría de Bennet. En realidad, en En hay sólo 13 *te-re-ta*, de modo que falta un *te-re-ta* para los 14 del encabezamiento. Bennet soluciona esta dificultad suponiendo que Ep617.11-12, donde se habla de que *Pa-ra-ko* (Φάλαικος) tiene un *ka-ma*, en realidad pertenece a En, habiendo sido copiado erróneamente fuera de su sitio por el copista. Con esto se tendría el *te-re-ta* número 14 y la *DA* número 40; como correspondiente en Eo señala la tableta 173.

Esta hipótesis puede ser refutada con toda clase de argumentos. He aquí los principales:

1. En y Eo jamás presentan poseedores de *ka-ma*, que son característicos de Ep.

2. Eo se define precisamente respecto a En por llevar juntos varios *te-re-ta* por tableta, nunca uno solo. Es evidente por ambas razones que 617.11-12 está bien copiado en Ep y que 173 pertenece a Eb, no a Eo (ambas series proceden del mismo copista) y representa el modelo de Ep, como es normal.

3. El κάμα de *Pa-ra-ko* encuadra perfectamente en Eb=Ep. En estas tabletas aparecen ya poseedores de κτοῖνα κεκειμένα, ya de ὄνατον de κεκειμένα, ya de κάμα. Por prescindir de los ὄνατα, diremos que una misma persona puede tener a la vez κτοῖνα y κάμα (así *Ko-tu-ro*[2]) y que, por tanto, nada de extraño tiene que *Pa-ra-ko*, que posee una κτοῖνα κεκειμένα (Ep301.12=Eb377) tenga también un κάμα (Ep617.11—12=Eo173, que debe clasificarse en Eb, como decimos). Hay más: los *te-re-ta* (poseedores de κτιμέναι) de Eo=En aparecen a veces en Ep=Eb como poseedores de una κεκειμένα (así *Ai-qe-u*) o de un κάμα (así *Pe-re-qo-ta*) o de ambas cosas (así *Pi-ke-re-u*); pero

(1) También notada por Ventris-Chadwick, 114.

también puede ocurrir que un *te-re-ta* no tenga ni κτιμένα ni κάμα *(A-ma-ru-ta, A-ka-ta-jo, Ru-83);* que un poseedor de κεκειμένα no tenga ni κτιμένα ni κάμα *(Ke-ra-u-jo, Ku-so)* y que un poseedor de κάμα no tenga ni κτιμένα ni κεκειμένα *(E-u-ru-wo-ta, Sa-sa-wo,* etc.). Hay, pues, toda clase de posibilidades (1) y el que *Pa-ra-ko* tenga un κάμα no es apoyo alguno para la hipótesis de que es un *te-re-ta* poseedor de una κτοῖνα κτιμένα.

4. Eo224 anota la κτοῖνα κτιμένα de *A-ma-ru-ta* y los *o-na-te-re* que reciben *o-na-ta* de él *(pa-ro A-ma-ru-ta).* En dos lugares (1, 2 y 3) ha sido borrado el nombre de *A-ma-ru-ta* como dador del ὄνατον y ha sido substituído por el de *Pa-ra-ko;* en un tercero (l. 7), por el de *Ta-ta-ro* (Τάνταλος). En la copia En609.10 no se han incluído estas correcciones que, por tanto, son recientes y no se tuvieron en cuenta al calcular 14 *te-re-ta* y 40 *DA* en el encabezamiento de En; efectivamente, en ninguna parte se habla de una κτοῖνα κτιμένα de *Pa-ra-ko* ni de *Ta-ta-ro* (2). Si son *te-re-ta,* se les dió esta consideración después de hecho el cálculo de los 14, en el que ni uno ni otro pueden entrar.

En esta situación, tenemos que encontrar otra solución al problema del *te-re-ta* número 14 y esta solución no es difícil de hallar. Evidentemente, se ha perdido la mención en En del *te-re-ta* 14; y como cada tableta de En lleva varios, es, en realidad, un trozo de tableta lo que se ha perdido. Ahora bien, el *te-re-ta* perdido no tenía *o-na-te,* pues en otro caso el número de las *DA* pasaría de las 40 (3); por tanto, sólo podía figurar en la tableta En467, que da tres *te-re-ta* sin *o-na-te-re* y que precisamente está rota por abajo; el frag-

(1) Aumentadas con la intervención de la posesión de *o-na-ta* (de κτιμένα, κεκειμένα o recibidos de un *ka-ma-e-u*).

(2) Si, basados en En224, incluyéramos a *Ta-ta-ro* y *Pa-ra-ko* como *te-re-ta,* tendríamos 15 *te-re-ta* y 41 *da-ma-te.*

(3) Salvo que fuera un *o-na-te* que ya figurara dependiendo de otro *te-re-ta.* Este sería el caso si la hipótesis de Bennet fuera cierta: el *Pa-ra-ko* de 616.11-12 da *o-na-to* a *Po-so-re-ja,* que no aumentaba el número de *da-ma-te* porque ya figuraba en En = Eo como *o-na-te* del *te-re-ta A-ma-ru-ta* (sustituído como dije por *Ta-ta-ro* en Eo224.7).

mento roto se ha perdido, porque no se encuentra entre las tabletas Ep, donde podría haber ido a parar por confusión (son obra del mismo copista). La copia en Eo tiene que haber ido a parar a Eb (del mismo copista) y haberse perdido igualmente; una simple comparación de Eb y Ep hace ver que dicha serie está muy incompleta, aparte de que nos han llegado de ella muchos fragmentos en que podría figurar nuestro *te-re-ta* (así 833, donde se habla de un *Ne-qe-u* que no está en Ep; 934, 950, 954, 957, 964, 977 y 992—1083).

En resumen: Eo=En nos da 13 *te-re-ta* poseedores de κτοῖναι κτιμέναι y 39 *DA* o fincas familiares consistentes en κτοῖναι κτιμέναι, ὄνατα de κτιμέναι o ambas cosas a la vez. El nombre del *te-re-ta* 14 (poseedor de la *DA* 40) se ha perdido. A pesar de ello, la serie Eo=En aparece muy completa en comparación con Eb=Ep y, sin duda, con Ea.

III

Después de este desbroce del terreno podemos empezar a estudiar la personalidad de los titulares de las *DA* (δαμάτερες?) de *Pa-ki-ja-na* como medio para ir penetrando en la institución reflejada en las tabletas. Vamos a dar un cuadro de los 13 *te-re-ta* (números 1—6 y 8—14) seguidos de los otros 26 poseedores de *DA*, que son *o-na-te-re* de los *te-re-ta* (1). Tomaremos en consideración, además de los datos de Eo=En, los que suministran a veces Eb=Ep o cualquiera otra tableta. La primera columna indica el nombre; la segunda, la profesión; la tercera, las κτοῖναι κτιμέναι o sus ὄνατα registrados en Eo=En, con su *pe-mo;* y la cuarta, otras κτοῖναι, κάμα, ὄνατα etc., que eventualmente posean en Ep=Eb, con su *pe-mo* correspondiente. Las abreviaturas son: *kt.* = κτοῖνα; *kek.* = κεκειμένα; *ktim.*=κτιμένα; *on.*=ὄνατον; *ka.*=κάμα; *et.*=ἐτώνιον (2). El orden

(1) Recuérdese que un *te-re-ta*, *Wa-na-ta-jo*, es al tiempo *o-na-te* de otro *te-re-ta*.

(2) Vide supra, pág. 356 sobre ἐτώνιον.

seguido es el de En en la segunda edición de *The Pylos Tablets*. Cuando no doy la cifra de *pe-mo* es que la tableta está rota.

CUADRO I (Tabletas En y Eo)

a) *te-re-ta*

1 *Ru-83*	*te-u-ta-ko* (1)	*kt. ktim.* 1/5	
2. *Ai-ti-jo-qo*		*kt. ktim.* 1/5/4	*on. kek.* 1/4/3 (2) *ka. (?)* (3)
3. *Pi-ke-re-u*	*i-je-re-wo-ko* (4)	*kt. ktim.* 2/6	*kt. kek.* (5)
4. *Ti-pa²-jo*	*po-me* (6)	*kt. ktim.* 8/3	*on. ka.* 1 (3)
5. *Po-te-u*		*kt. ktim.* 2/4	
6. *Pi-ri-ta-wo*	*ke-ra-me-u wa-na-ka-te-ro* (7)	*kt. ktim.* 1/1	
7. (perdido)			
8. *Wa-na-ta-jo*		*kt. ktim.* 2/-/1 *on. ktim.* 0/1	*on. kek.* 0/5/7 (8)
9. *A-ma-ru-ta*		*kt. ktim.* 2/3	
10. *Qe-re-qo-ta* (9)	*pa-de-we-u* (10)	*kt. ktim.* 2/3	*ka-ma o-na-to* (?) 1 (11)
11. *A-da-ma-o*		*kt. ktim.* 1/8	*on. kek.* 0/4 (12)
12. *A-i-qe-u*		*kt. ktim.* 1/2	*kt. kek.* 0/6 (13)

(1) Sólo en Eo.

(2) Ep301.2 = Eb843; se le llama *ko-to-no-o-ko*, κτοινόοχος.

(3) Eb156; la interpretación es dudosa.

(4) Ep617.7 (quizá equivalente a Eb149).

(5) Ep301.8 = Eb496; se le llama *ko-to-no-o-ko*.

(6) Sólo se dice en Eo278, no en la copia.

(7) El adjetivo *wa-na-ka-te-ro* sólo en Eo371, no en la copia, que como se ve simplificaba.

(8) Ep301.3 = Eb369 (donde se le llama *ko-to-no-o-ko*).

(9) También hay la grafía *pe-re-qo-ta*.

(10) Ep617.1; en En159 se le llama *pa-da-je-u* e igual en An192.12 (una lista) y Eo444 (cinco veces). Las formas *pa-de-we-u* y *pa-da-je-u* alternan también cuando se refieren a otros personajes (Ep617.13 *pa-de-we-u* = Eb839 *pa-da-je-u;* cf. también Eb892 *pa-da-je-u* y Un219.2 *pa-de-we*).

(11) Ep617.1 = Eb159, donde se dice, por el contrario, ὄνατον χάμα. Se le llama *ka-ma-e-u*.

(12) Ep301.4 = En747 (donde se le llama *ko-to-no-oko*).

(13) Ep301.14 = Eb895 (donde se le llama *ko-to-no-o-ko*).

13. *Ra-ku-ro*		*kt. ktim.* 1/1/3	*kt. keh.* (1)
14. *A-ka-ta-jo*		*kt. ktim.* 3/2	(2)

b) Otros titulares de *da-ma-te*

15. *Pe-ki-ta*	*ka-na-pe-u wa-na-ka-te-ro*	*on. ktim.* 0/2	
16. *Mi-ra*	*te-o-jo do-e-ra*	*on. ktim.* 0/1	*on. kek.* 0/1 (3)
17. *Te-se-u*	*te-o-jo do-e-ro*	*on. ktim.* 0/4	
18. *Ma-re-ku-ma*	*te-o-jo do-e-ra* (4)	*on. ktim.* 0/1	
19. *E-ko-to*	*te-o-jo do-e-ro*	*on. ktim.* 0/-/3	*on. kek.* 0/1/3 (5)
		on. ktim. 0/1	*on. keh.* 1/2 (6)
20. *Ma-79*	*te-o-jo do-e-ro*	*on. ktim.* 0/-/3	
21. *E-65-2*	*te-o-jo do-e-ro*	*on. ktim.* 0/2	
		on. ktim. 0/-/3	
22. *I-pa-sa-na-ti*	*te-o-jo do-e-ra*	*on. ktim.* 0/2	*on. kek.* 0/3 (7)
23. *Ku-63-so*	*te-o-jo do-e-ro*	*on. ktim.* 0/1	
24. *Ta-ra³-to*	*te-o-jo do-e-ro*	*on. ktim.* 0/1	(8)
		on. ktim. 0/2/4	
		on. ktim. 0/1/3	

(1) Ep301.9 = Eb566 (se le llama *ko-to-no-o-ko*).

(2) Si se quieren incluir los datos de *Pa-ra-ko* y *Ta-ta-ro* (cf. supra, pág. 359 ss.), aunque no fueron incluídos en las 40 *da-ma-te* de *Pa-ki-ja-na*, diremos que aparte de sus κτοῖναι κτιμέναι que suponemos, cada uno tiene una κεκειμένα de 0/7 (Ep301.12 = Eb377) y un χάμα de 1 (Ep617.11 = Eb173, que Bennet llama Eo), siendo calificado de *ko-to-no-o-ko;* y el segundo un ὄνατον de κεκειμένα (Ep301.6). Sobre estos dos personajes volveremos más adelante.

(3) Ep617.16 = Eb905.1.

(4) En En74.6 aparece como *do-e-ro*, por una inadvertencia del copista; la terminación del nombre indica bien que es un femenino (así Eo276.5).

(5) Ep212.3.

(6) Ep705.8. No se ve si Eb913 (fragmentario) corresponde a este dato o al anterior.

(7) Ep212.5.

(8) Aparece en 192 (l. 10), al igual que *Pe-re-qo-ta* (y que *A-pi-a²-ro*, de Ep = Eb). Se trata de una lista.

25. *We-te-re-u* (1)	*i-je-re-u*	*on. ktim.* 0/5	*on. kek.* 2/3 (3)
	o-pi-ti-ni-ja-ta-(2)	*on. ktim.* 0/1	*on. wo-jo* 35-to (?) 1/3 (4)
			on. kek. 1/8 (5)
			o-na-ta (6)
26. *Ko-ri-si-ja*	*te-o-jo do-e-ra*	*on. ktim.* 0/5	*on. kek.* 1 (7)
		on. ktim. 0/5	
27. *Ai-wa-ja*	*te-o-jo do-e-ra*	*on. ktim.* 0/1	
28. *A-tu-ko*	*e-te-do-mo wa-na-ka-te-ro* (8)	*on. ktim.* 0/-/1	*on. kek.* (9)
29. *I-ni-ja*	*te-o-jo do-e-ra*	*kt. ktim.* 0/2/4	
30. *Si-ma*	*te-o-jo do-e-ra*	*kt. ktim.* 0/1	
31. *So-u-ro*	*te-o-jo do-e-ro*	*kt. ktim.* 0/-/3	
32. *E-do-me-ne-u*	*te-o-jo do-e-ro*	*kt. ktim.* 0/1	
33. *E-sa-ro*	*te-o-jo do-e-ro*	*kt. ktim.* 0/-/3	*on. kek.* 0/-/2 (10)
34. *E-ra-ta-ra*	*te-o-jo do-e-ra*	*kt. ktim.* 0/1/3	
35. *Po-so-re-ja*	*te-o-jo do-e-ra*	*kt. ktim.* 0/1/3	*on. kek.* (11)
			on. ka. 0/1/3 (12)
			on. ka. (13)

(1) Se ha supuesto (Ventris-Chadwick) que *We-te-re-u* puede ser un título por mencionarse en Eb317 junto a otros varios. Los hechos recogidos en la nota siguiente y el mismo paralelismo con los demás datos de En = Eo, etc., sugieren lo contrario. Nótese como a *Ti-pa²-jo*, *Pe-re-qo-ta*, etc., unas veces se les da un título y otras no (cf. n.° 36).

(2) *i-je-re-u* se le llama en En = Eo y Ep539.13; *o-pi-ti-ni-ja-ta* en Eb472 y 477. Evidentemente, era un sacerdote de una clase especial, más exactamente definida con la palabra *o-pi-ti-ni-ja-ta* (ἐπιθινιάτας? Cf. ἀχροθίνια).

(3) Ep539.13.

(4) En472.

(5) Eb477.

(6) Es Eb317, resumen de los ὄνατα de varios funcionarios, entre ellos *We-te-re-u*.

(7) Ep212.4 = Eb347.1.

(8) Esta calificación se le da sólo en Ep.

(9) Ep301.5.

(10) Ep705.4.

(11) Ep539.4.

(12) Ep617.12 = Eb173 (clasificado como Eo por Bennet, cf. supra).

(13) Ep539.5.

36. *E-ri-ta* (1)	*i-je-re-ja Pa-ki-ja-na*	*kt. ktim.* o/3	*on. kek.* o/4 (2) *on.* y *et. kek.* 3/9 (3) *on.* (4)
37. *Ra-su-ro*	*te-o-jo do-e-ro*	*kt. ktim.* o/1	*on. kek.* o/2 (5)
38. *Tu-ri-ja-ti*	*te-o-jo do-e-ra*	*kt. ktim.* o/9 (6)	
39. *I-ra-ta*	*te-o-jo do-e-ra*	*kt. ktim.* o/-/3	
40. *Ka-ra-56-nu-so*	*te-o-jo do-e-ro*	*kt. ktim.* o/2	

Esta es la totalidad de los datos que sobre las *da-ma-te* de *Pa-ki-ja-na* encontramos en el archivo de Pilos, datos completos en lo que se refiere a En=Eo (salvo la falta de un *te-re-ta)*, pero incompletos seguramente en lo que concierne a Ep = Eb, pues una simple ojeada a las notas (7) hace ver que las tabletas Ep se han perdido algunas veces y las Eb muchas más. A primera vista se observará una serie de irregularidades en la distribución de κτοῖναι y ὄνατα que difícilmente podrán nunca ser explicadas, salvo que se acepte la hipótesis del sorteo, que más adelante desarrollamos. Sin embargo, no es menos cierto que hay algunas líneas generales claras:

1. Los *te-re-ta* pueden tener, al igual que los demás, toda clase de ὄνατα (de κτιμένα, κεκειμένα y como *ka-ma-e-we)*, pero sólo ellos pueden tener κτοῖναι (las κτιμέναι las tienen obligatoriamente y aunque tengan sólo ὄνατον de las κεκειμέναι son llamados

---

(1) En = Eo y Eb409 sólo dicen *i-je-re-ja Pa-ki-ja-na.* Aquí se asume que esta sacerdotisa es la misma *E-ri-ta- i-je-re-ja* de Ep704.3 y 5 y la *i-je-re-ja* de Eb297 (original de En704.5) y 317: todos estos textos se refieren a *Pa-ki-ja-na.* Eb409 (fragmentario) parece ser el original de Ep704.3. Cf. también las dos *i-je-re-ja do-e-ro* de Ep539. 7 y 8.

(2) Ep704.3 = Eb409.

(3) Ep704.5 = Eb297.

(4) Eb317. Resume los ὄνατα de varios funcionarios, entre ellos *We-te-re-u.*

(5) Ep212.10 = Eb1174.1.

(6) En En659.5; en Eo444.4 y 6 tiene dos ὄνατα del mismo *te-re-ta*, que probablemente suman en total o/9, aunque la tableta está rota. Como se ve, el copista unificó los datos de Eo.

(7) Y otros hechos sin relación con las *da-ma-te* de *Pa-ki-ja-na.*

κτοινόοχοι) y κάμα. En cambio, para los no *te-re-ta* es obligatorio tener ὄνατον de κτιμένα, recibido precisamente de uno o varios *te-re-ta* (1). Hay, pues, un diferencia de categoría. Pero como, aunque una κτοῖνα κτιμένα tiene más *pe-mo* que la totalidad de sus ὄνατα (2), parece que debe descontarse de cada una el total de los ὄνατα que da, resulta que algunos *te-re-ta* quedan en realidad con menos *pe-mo* que otros que no lo son: así, *Ru-83* queda con 0,65, cantidad inferior al total de lo recibido por la «esclava del dios» *Ko-ri-si-ja*. El sacerdote y la sacerdotisa, sobre todo, reciben cantidades muy grandes. Por ello, aunque en general los *te-re-ta* tienen más *pe-mo* que los demás, lo esencial no es esto, sino que reciben κτοῖνα y κάμα (y a veces ὄνατα), mientras que los demás sólo reciben ὄνατα, que en el caso de las κτιμέναι les vienen de un *te-re-ta* precisamente (en el de las κεκειμέναι del *da-mo;* sobre el que reciben como *ka-ma-e-we* o de un *ka-ma-e-u*, cf. infra, pág. 380 ss.). Por tanto, la jerarquía de los *te-re-ta* es más antigua y preeminente (3), aunque secundariamente se haya producido a veces una elevación del *pe-mo* de otra persona, incluso por encima del de los *te-re-ta*. En conjunto, puede decirse que nos hallamos ante una tendencia a introducir desigualdades entre los *te-re-ta*, los que no lo son y su situación relativa. Parece lógico pensar en una antigua oposición *te-re-ta*/ no *te-re-ta*, con igualdad entre los componentes del primer miembro y, por debajo de ellos, entre los del segundo.

2. Los «no *te-re-ta*» son 11 «esclavos del dios», 11 «esclavas del dios», el sacerdote *We-te-re-u*, la sacerdotisa *E-ri-ta* y dos funcionarios llamados *wa-na-ka-te-ro* «reales»: un *e-te-do-mo*

(1) Estos tienen de 0 a 6 *o-na-te-re*, sin que el número esté en relación con el *pe-mo* que reciben.

(2) En cambio, no se ve diferencia regular de *pe-mo* entre una κτοῖνα κεκειμένα y un ὄνατον de κεκειμένα, un κάμα y un ὄνατον de los καμαῆϝες. El ὄνατον de κεκειμένα se recibe en Ep = Eb del pueblo *(pa-ro da-mo)*, mientras que del poseedor de una κτοῖνα no se dice de dónde la recibe.

(3) Nótese que los que de ellos figuran en Ep lo hacen juntos en una tableta (la 301) dedicada a ellos exclusivamente.

(ἐντεσδόμος, «armero») y un *ka-na-pe-u* (κναφεύς, «batanero» o «sastre»). Aunque por oposición a los *te-re-ta* tienen en común las características indicadas arriba, hay que hacer notar que el sacerdote y la sacerdotisa tienen mucho más *pe-mo* que los demás (1); algunos «esclavos del dios» tienen una cantidad importante y hemos de convenir con otros estudiosos (2) que se trata de un título y no de verdaderos esclavos. Nos encontramos, pues, en *Pa-ki-ja-na* con una verdadera comunidad sacerdotal (3) con doce sacerdotes y doce sacerdotisas, habiendo en los de cada grupo uno de superior categoría; a ellos se han añadido dos funcionarios «reales». Todo ello nos hace pensar que la recopilación de los datos sobre las tierras o grano que tienen (o reciben) no se ha hecho con fines fiscales, sino para que conste precisamente el privilegio que tiene o recibe (del rey?) cada miembro de la comunidad. Una frase como Ep704.5=En297 *eke e-u-ke-to-qe e-ke-e* (ἔχει εὔχετοι τε ἔχειν «tiene y declara que tiene») indica que se trata de verdaderos recibos.

Todos los no *te-re-ta*, incluídos los *wa-na-ka-te-ro*, reciben los ὄνατα κτοίνας κτιμένας de los *te-re-ta*. Nada más indicado que pensar que éstos representan una jerarquía sacerdotal y precisamente la más antigua e importante, aunque en vías de ser desplazada por otras. La hipótesis de que los *te-re-ta* son una supervivencia de una edad anterior se precisa más si se hace notar que el nombre de *te-re-ta* no se considera a veces suficiente para definirlos y que, cuando se nos dan datos, los encontramos divididos en las mismas categorías de los «no *te-re-ta*»: en sacerdotes y funcionarios reales. La palabra *te-re-ta* indica, pues, el ejercicio de una función tradicional en el culto (4), función que era desempeñada por individuos que, como los demás, pertenecían a estas dos categorías: en la pri-

(1) No así los *wa-na-ka-te-ro*, aunque uno de ellos, *A-tu-ko*, aparece en Ep en un lugar preferente, la tableta dedicada a los *te-re-ta*.

(2) Ventris-Chadwick, 236, etc.

(3) Cf. Bennet l. c., 132 ss.

(4) Así se explica que ni en Pilos ni en Cnosos aparezcan los *te-re-ta* más que en conexión con la institución que estudiamos.

mera tenemos un *i-je-ro-wo-ko*, ἱεροϝοργός y un *pa-de-we-u* o *pa-da-je-u* (πανδιϝεύς o πανδαιεύς), sacerdote de Panzeus y Pandaia (1); en la segunda tenemos un *ke-ra-me-u wa-na-ka-te-ro* (κεραμεὺς ϝανάκτερος,, «alfarero real») y un *po-me* (ποιμήν, «pastor») (2). Se impone, pues, pensar que en *Pa-ki-ja-na* nos hallamos ante una comunidad sacerdotal en relación con el culto del palacio, en la cual se entrecruzan dos categorías antiguas *(te-re-ta* y sacerdotes-funcionarios inferiores) y dos recientes (sacerdotes de diversos grados y funcionarios reales). Los *te-re-ta* y todos los demás miembros de la jerarquía antigua debían de ser a la vez lo uno y lo otro. Efectivamente, es bien conocido que el rey primitivo de los pueblos indoeuropeos tiene funciones tanto político-militares como sacrales, por lo que nada tiene de extraño que hubiera a su servicio funcionarios con este doble carácter. En una fecha posterior se habría tendido a una diferenciación y por ello dentro del grupo de los *te-re-ta* se distinguió entre los sacerdotes y los funcionarios reales *(wa-na-ka-te-ro)*. Igual sucedió en el escalón inferior. Esta nueva distinción sacerdotes/funcionarios y las diversas categorías dentro de cada grupo tiende a cobrar importancia frente a la anterior *(te-re-ta/* no *te-re-ta)*, que representaba dos escalones jerárquicos de sacerdotes-funcionarios y que, a pesar de todo, sigue manteniéndose.

---

(1) Probablemente, de ambos cultos a la vez. Cf. Mühlenstein, «Panzeus in Pylos», Minos 4, 1956, 79 ss.

(2) Este no se dice que sea *wa-na-ka-te-ro*, pero debe de serlo; en En no se indica el oficio y sí sólo en Eo278. A veces el adjetivo falta en una tableta y aparece, en cambio, en otras. Respecto a la importancia del *po-me*, piénsese en el *Mo-ro-qo-ro* y el *Ko-do* de Ea, que tienen una κτοῖνα κτιμένα y varios ὄνατα. En cuanto a *te-u-ta-ra-ko* (gen. *te-u-ta-ra-ko-ro)*, figura en una lista de An424 en que hay ya funcionarios, ya *da-ko-ro* (ζακόροι, acólitos). Tal vez sea lo primero, teniendo relación con **teuta*, «ciudad».

IV

Esta interpretación, basada en el estudio de las tabletas Eo=En, recibe apoyo del análisis del sentido posterior de la palabra *te-re-ta*, τελεστάς y las que con ella están emparentadas. En *SIG* 9 (Elide, s. v a. C.) τελεστάς parece designar a un magistrado, no se ve si civil o religioso; y religioso es el sentido usual de τελεστάς y sus derivados τελεστήριον, τελεστήρια, τελεστία, τελέστρα: basta una ojeada al diccionario de Liddell-Scott para convencerse (1). Adviértase que no siempre hay referencia a los misterios, sino, muchas veces, a diversos cultos. No hay que olvidar, ciertamente, que τέλος, τέλη, designa no sólo ceremonias religiosas, sino también a los magistrados de diversas ciudades. Esto coincide con el carácter mixto (2) de los *te-re-ta*, que originariamente estaban al frente del culto real y de la administración del palacio en general. Que no eran puros funcionarios civiles ni tampoco señores feudales, como suele decirse, se demuestra porque jamás aparecen fuera de contextos en relación con las instituciones que estudiamos (3), porque quienes dependen de ellos son esencialmente sacerdotes (y lo son ellos mismos expresamente a veces) y porque se trata de un título arcaico que no excluye el que se defina más de cerca su actividad (sacerdotal o «real») ni que sean desplazados en parte de sus funciones por otros funcionarios más recientes, concretamente sacerdotales.

Llegados a este punto de nuestro estudio estamos en circunstancias de examinar los demás pasajes de las tabletas en que aparece la palabra *te-re-ta*. Los ejemplos de Creta no

(1) Cf. también τελετή. La raíz significa originariamente «realizar» (cf. el uso sacral de ῥέζω y *facere)*. Más adelante me ocupo del verbo *te-re-ja-e*, τελειάειν, que debía de designar la función propia del *te-re-ta*.

(2) Desde nuestro punto de vista, se entiende.

(3) Sobre el *te-re-te-we*, τελεστήϝει de An607, cf. mi artículo en Minos 5, 1957. Creo que se trata de un sacerdote.

añaden nada a lo que llevamos dicho (1); tampoco añaden nada los de Eb149, Ec411 y Eq146. Señalan, eso sí, que había *te-re-ta* fuera de *Pa-ki-ja-na*, los cuales recibían igualmente κτοῖναι; eran, evidentemente, encargados de cultos diversos, tal vez ligados también al poder real y, por tanto, encargados del desempeño de ciertas funciones civiles al servicio del rey. Esto es verosímil por recibir κτοῖναι igual que los *te-re-ta* de *Pa-ki-ja-na* y estar archivados sus recibos en Palacio; pero no es, a la verdad, indispensable.

Más nos interesa Er312, tableta cuya importancia fundamental vió bien Palmer (2). En ella se establecen cuatro categorías de tierras: el τέμενος del Fάναξ, con 30 unidades de *pe-mo;* el del λαFαγέτας, con 10; el *pe-mo* de los *te-re-ta*, que se nos indica que son tres, correspondiendo a 10 unidades cada uno; y el *wo-ro-ki-jo-ne-jo e-re-mo*, sobre el que hemos de volver, y que ya Palmer vió que tenía un carácter religioso; en Un718.11 se le llama *ka-ma*, lo que ya indica que se halla en relación con nuestra institución. No hay nada que se oponga a que también aquí *te-re-ta* tenga que ver con el culto: de ellos son los ὄνατα de los demás sacerdotes. Pero al encontrarse los *te-re-ta* entre el rey y el jefe militar, de un lado, y el *wo-ro-ki-jo-ne-jo e-re-mo*, de otro, pueden tener una función doble. Por lo demás, ambas tabletas parecen referirse a *Sa-ra-pe-da* y no a *Pa-ki-ja-na*. Hay que notar que no dan una distribución general de la tierra del reino ni deben identificarse los *te-re-ta* de Er312 con el *da-mo* de Un718 (3), pues precisamente sabemos que las κτοῖναι del *da-mo* eran κεκειμέναι y las de los *te-re-ta*, κτιμέναι. Además, al figurar en Un718 (ofrendas a Poseidón) el rey, el jefe militar y el pueblo, pero no los *te-re-ta*, hemos de pensar que iban representados por uno de ellos, concretamente el rey, aunque en Er312 sus tierras formen un dominio aparte. Piénsese también en el *ko-re-te-ri-jo ke-ke-me-no* de los κοιρητῆρες o jefes militares (An 830.6), etc.

(1) Cf., sin embargo, pág. 409 ss.
(2) L. c., 35.
(3) Contra Ventris-Chadwick, 265.

Volviendo al culto de *Pa-ki-ja-na* en Eo=En, hemos por fuerza de referirnos aquí a la importante inscripción religiosa Tn316 (1). En ella se indican importantes ofrendas que se hacen a diversas divinidades, y en la nueva edición de Bennet figura como anverso la cara de la tableta que da la indicación del mes *(po-ro-wi-to-jo*, Πλωϝιστοίο, según Palmer) y la del lugar *(Pa-ki-ja-si*, «en *Pa-ki-ja-na*»). En la otra cara de la tableta aparece como paralelo del *i-je-to-qe Pa-ki-ja-si* (2) del anverso el *i-je-to-qe po-si-da-i-jo, i-je-to-qe pe-re-ja²-jo*, etc., de las tres partes en que se divide el reverso y, consecuentemente, se suele interpretar «en el templo de Poseidón», «en el de Peleia», etc. (3); podría pensarse que dichos templos están situados en *Pa-ki-ja-na* y que en el anverso no se cita templo especial por falta de espacio debida a la indicación *Pa-ki-ja-si*. Con esta palabra se designaría el propio emplazamiento del palacio real (4). Como se ve, los cultos testimoniados por Tn316 (menciona ofrendas a 13 divinidades) concuerdan con la importancia religiosa de *Pa-ki-ja-na* en conexión con el culto real, importancia que habíamos establecido por otros procedimientos.

---

(1) Cf. Pugliese-Carratelli en *Studi in onore di Ugo Enrico Paoli*, Firenze, 1955, 607 ss. Palmer en *Eranos* 53, 1955, 1 ss.; Gallavotti, ob. cit. 35 ss.; Ventris-Chadwick, ob. cit. 172 ss.

(2) Hay varias interpretaciones de *i-je-to-qe*, de las cuales considero preferible ἴετοί τε «envía, ofrenda»; en todo caso, designa la acción sacral a que se refiere la tableta.

(3) En cada una de esas partes se mencionan ofrendas a los dioses correspondientes y a otros relacionados con ellos.

(4) En todo caso, es un centro de culto importante, aunque se piense con Gallavotti que el reverso se refiere a templos de Pilos (cf. *wa-tu* en reverso, l. 1, que creo, por lo demás, que debe sobreentenderse como sujeto de todos los *i-je-to-qe*). Gallavotti cree que *po-si-da-i-jo*, etc. designan «el regalo de Poseidón», etc.; esto no afecta a nuestro tema. La identificación de *Pa-ki-ja-na* con Σφαγία está abandonada; la nueva de Palmer, *Minos* 4, 1956, 144, se basa en una hipótesis no demostrada.

V

Con ello pasamos al estudio de las tabletas Ep=Eb, referentes a κτοῖναι κεκειμέναι y sus ὄνατα y *ka-ma*. Hemos visto que varios de los personajes de En=Eo tienen una o varias de estas formas de propiedad, si bien las κτοῖναι sólo los *te-re-ta* las poseen. Parece, pues, tratarse de propiedades adicionales de algunos miembros de la jerarquía de Eo=En, destinadas a mejorar la situación de algunos de ellos. Se trata, sin duda, de un fenómeno secundario, que arranca de una segunda fase en la historia de la comunidad sacerdotal de *Pa-ki-ja-na*. Pero hay más: además de algunos miembros de la comunidad de *Pa-ki-ja-na*, en Ep=Eb entran nuevos beneficiarios, todos ellos de la clase sacerdotal (1). Como las κτοῖναι κεκειμένα, de las que se ocupa principalmente Ep=Eb, se atribuyen al *da-mo* (2), parece claro que el *da-mo* incrementa el *pe-mo* que la comunidad de *Pa-ki-ja-na* recibía de la cantidad asignada en principio de los *te-re-ta* y, al propio tiempo, hacía beneficiarios del mismo a otros miembros de la comunidad, todos sacerdotes. Es decir, el culto real es favorecido por el *pe-mo* del *da-mo*, pero, fuera de la comunidad inicial de las 40 *DA*, no admite miembros nuevos que no sean sacerdotes. En otras palabras: el pueblo acepta y favorece el culto real, pero exclusivamente como culto, sin su contrapartida civil. Esta es la diferencia del empleo del *pe-mo* del *da-mo* y del de los *te-re-ta*, que aparece así, una vez más, como derivado en definitiva del del palacio, pues favorece a funcionarios de carácter mixto (originalmente, al menos), civil-sacerdotal. Vemos aquí claramente las distintas etapas de la evolución del culto de *Pa-ki-ja-na*: 1. Funcionarios de este carácter mixto (*te-re-ta* y

(1) En dos casos la profesión es imposible de adivinar: Ep617.6 = Eb177 *a-si-to-po-qo* y Ep704.1 = Eb297 *qe-ja-me-no* (= Ea806 *O-pe-te-re-u e-ne-ka a-nopa²-si-ja*?).

(2) Sus *o-na-ta* se reciben en general *pa-ro da-mo*.

otros subordinados). 2. Tendencia a la substitución de esta dualidad por esta otra: sacerdotes y funcionarios. 3. Extensión del culto real al pueblo, que hace aumentar sus aspectos puramente religiosos.

Porque es prácticamente seguro que los individuos mencionados en Eo=En pertenecen a la comunidad de *Pa-ki-ja-na*. De algunos lo sabemos de cierto, porque, como hemos visto, figuran ya en En=Eo. De otros es fácil deducirlo (1); y los demás, todos sacerdotes y «esclavos del dios», es de creer que pertenecen a igual comunidad, pues nada hay que los diferencie (2).

Vamos a presentar a continuación un cuadro de los beneficiarios de las κτοῖναι κεκειμέναι de *Pa-ki-ja-na*, sacado de Ep = Eb. Sigo el orden de la segunda edición de Ep por Bennet. Para mayor claridad añado un asterisco a los nombres de los καμαῆϝες, esto es, de los poseedores de *ka-ma* u ὄνατον de *ka-ma*, independientemente de que posean o no κτοῖναι u ὄνατα. Los datos de los καμαῆϝες están aquí simplificados, limitándonos a la indicación de si tienen *ka-ma* u ὄνατον. Las columnas indican: la primera, el número y nombre; la segunda, el calificativo; la tercera, las κτοῖναι κεκειμέναι o sus ὄνατα; la cuarta, los *ka-ma* o sus ὄνατα.

CUADRO II (Tabletas Eb y Ep)

1. *Re-ka* (3)	*te-o-jo do-e-ra*	*on. kek.* 0/4	
2. *E-ri-qo-wo* (4)	*te-o-jo do-e-ro*	*on. kek.* 0/-/3	
E-ko-to (cf. cuadro I, n.° 19).			
Ko-ri-si-ja (cf. cuadro I, n.° 26).			
E-pa-sa-na-ti (cf. cuadro I, n.° 22).			

(1) Por ejemplo, de la *ka-ra-wi-po-ro* (κλαϝιφόρος) *Ka-pa-ti-ja*, pues en Eb338 hay que suplir *Pa-ki*]*-ja-pi* y en En317 figura junto a *We-te-re-u*, el sacerdote de En = Eo; los *i-je-re-ja do-e-ro* de Ep539, que deben de referirse a la *i-je-re-ja* de *Pa-ki-ja-na*, que se menciona en las mismas tabletas; el *Ka-pa-ti-ja do-e-ro* de Ep539.9; *U-va-mi-ja*, conocida por Ep704.2, etc.

(2) En cambio, las características de Ea son, en parte, diferentes.

(3) Ep212.1 = Eb886.

(4) Ep212.2.

3. *Mu-ti-ri* (1) *te-o-jo do-e-ra* *on. kek.* o/1
4. *Ka-wa-do-ro* (2) *te-o-jo do-e-ro* *on. kek.* 1/-/3
5. *Ka-sa-ma-to* (3) *te-o-jo do-e-ro* *on. kek.* o/1
6. *I-do-me-na-ja* (4) *te-o-jo do-e-ra* *on. kek.* o/1/1
Ra-su-ro (cf. cuadro I, n.° 37).
[*ke-ke-me-na ko-to-na a-no-no*] 1/1 (5).
Ai-ti-jo-qo (cf. cuadro I, n.° 2).
Wa-na-ta-jo (cf. cuadro I, n.° 8).
A-da-ma-o (cf. cuadro I, n.° 11).
A-tu-ko (cf. cuadro I, n.° 28).
7. *Ta-ta-ro* (cf. pág. 363, nota 2).
**Pi-ke-re-u* (cf. cuadro I, n.° 3).
Ra-ku-ro (cf. cuadro I, n.° 13).
8. *Ku-so* (6) *kt. kek.* o/*n*
9. *Ke-ra-u-jo* (7) *kt. kek.* 1/4
10. **Pa-ra-ko* (cf. pág. 363, nota 2).
11. **Ko-tu-ro*[2] (8) *pa-da-je-u* *kt. kek.* o/1 *on. ka.* o/3
A-i-qe-u (cf. cuadro I, n.° 12)
12. *Pi-ro-na* (9) *te-o-jo do-e-ra* *on. kek.*[
13. *E-ri-qi-ja* (10) *te-o-jo do-e-ra* *on. kek.*[
14. *I-na* (11) *te-o-jo do-e-ra* *on. kek.*[
**Po-so-re-ja* (cf. cuadro I, n.° 35).
15. *Te-pa*[2]*-ja* (12) *te-o-jo do-e-ra* *on. kek.*[
16. **Me-re-u* (13) *i-je-re-ja do-e-ro* *on. ka.* o/-/2
17. *]*re-ma-ta* (13) *ka.* (?)
18. *Te-te-re-u* (14) *i-je-re-ja do-e-ro* *on. kek.* o/-/3
19. *Pu*[.]*daka* (15) *Ka-pa-ti-ja do-e-ro* *on. kek.* o/2/3

---

(1) Ep212.6 = Eb858.
(2) Ep212.7.
(3) Ep212.8 = Eb915.
(4) Ep212.9 = Eb498.
(5) Ep301.1 = Eb818.
(6) Ep301.10 = Eb893.
(7) Ep301.11 = Eb501.
(8) Ep301.13 = 892 (donde se le llama *pa-da-je-u)* y Ep317.3 = = Eb862.
(9) Ep539.1.
(10) Ep539.2.
(11) Ep539.3 = Eb885.
(12) Ep539.7.
(13) Ep539.7.
(14) Ep539.8 = Eb876.
(15) Ep539.9.

20. *E-ni-to-wo* (1)	*A-pi-me-de-o do-e-ro*	*on. kek.* 0/1	
21. *To-wa-te-u* (2)	*A-pi-me-de-o do-e-ro*	*on. kek.* 0/2	
22. *Wi - wo - wo - i - jo* (3)	*A-pi-me-de-o do-e-ro*	*on. kek* 0/2	
We-te-re-u (cf. cuadro I, n.° 25).			
23. *A-pi-me-de* (4)		*et. kek.* 4/6	
24. * (5)			(?) 10/1
25. *]re-u* (6)	*a-si-to-po-qo*	*ka.* 1/1	
26. **Sa-sa-wo* (7)			*on. ka.* 1/5
27. **E - u - ru - wo - ta* (8)	*te-o-jo do-e-ro*		*on. ka.* 1/3
28. **Pe-re-qo-ta* (cf. cuadro I, n.° 10).			
29. **]ko Mi - ka - ta* (9)	*pa-de-we-u*		*ka.* (?) 0/5
30. *We-ra* (10)	*po]-ti-ni-ja-we-jo*	*on. kek.* 0/2	
31. *Ko-pi-na* (11)	*te-o-jo do-e-ra*	*on. kek.* 0/2	
Mi-ra (cf. cuadro I, n.° 16).			
32. *Qe-ri-ta* (12)	*te-o-jo do-e-ra*	*on. kek.* 0/2	
33.		*on. kek.* 0/-/3	
34.	*te-o-jo do-e-ro*	*on. kek.* 0/-/5	
35.	*]ra-so* (?)	*on. kek.* 0/-/4	
36. *O-pe-to-re-u* (13)	*qe-ja-me-no*	*on. kek.* 2/5	
37. *U-wa-mi-ja* (14)	*te-o-jo do-e-ra*	*on. kek.* 0/1/3	
38.	*ki-ri-te-wi-ja* (pl.)	*on. kek.* 1./9	
39. *Ka-pa-ti-ja* (15)	*ka-ra-wi-po-ro*	*kek. wo-wo* 4 (?)	
40. *Ka-ra*^{3}*-wa* (16)	*te-o-jo do-e-ra*	*on. kek.* 0/2	

---

(1) Ep539.10 = Eb1187.
(2) Ep539.11 = Eb1188.
(3) Ep539.12.
(4) Ep539.14 = Eb473.
(5) Ep617.1 (quizá equivalente a Eb495).
(6) Ep617.6 = Eb177.
(7) Ep617.8 = Eb842.
(8) Ep617.9 = Eb156.
(9) Ep617.13 = Eb839 (donde se le llama *pa-da-je-u)*.
(10) Ep617.14.
(11) Ep617.15 = Eb905.
(12) Ep617.17.
(13) Cf. pág. 408.
(14) Ep 704.2 = Eb416.
(15) Ep704.7 = Eb338.
(16) Ep705.1 = Eb866.

41. *Ka-ta-no* (1)	*te-o-jo do-e-ro*	*on.kek.* o/2
42. *Du²-ni-jo* (2)	*te-o-jo do-e-ro*	*on. kek.* o/1
E-sa-ro (cf. cuadro I, n.° 33).		
43. *Ka - ra - u - da² - ro* (3)	*te-o-jo do-e-ro*	*on. kek.* o/2
44. *To-ro-ja* (4)	*te-o-jo do-e-ra*	*on. kek.* o/1
45. *O-re-a²* (5)	*te-o-jo do-e-ro*	*on. kek.* o/2
46. *Pu-ko-wo* (6)	*te-o-jo do-e-ro*	*on. kek.* o/2
47. *Ta-ra-mi-ka* (7)	*te-o-jo do-e-ra*	*on. kek.* o/1/*n*

Como ya advertimos, estas tabletas están incompletas. De un lado, muchas veces falta el ejemplar correspondiente de Eb; de otro, en algún caso falta el de Ep (8). Además, vimos que había dos personas cuya función no podíamos interpretar y otras sobre las que no se conservan datos o se han perdido al romperse la tableta. Por ello no es posible dar, como en lo referente a Eo=En, un estudio completo de los miembros del santuario de *Pa-ki-ja-na*, que aquí se añaden a los ya conocidos por las tabletas Eo=En. Sin embargo, he aquí la relación de estos miembros en la medida en que podemos precisarlos:

1. 10 «esclavos del dios» y 13 «esclavas del dios».
2. Una serie de sacerdotes de diversos tipos:

a) 2 *pa-da-je-u* o *pa-de-we-u* (πανδαιεύς o πανδιϝεύς).

---

(1) Ep705.2 = Eb890.
(2) Cf. pág. 408 y nota 3.
(3) Ep705.5 = Eb838.
(4) Ep705.6.
(5) Ep704.7.
(6) Ep705.9.
(7) Ep705.10 = Eb464.
(8) El único caso claro es el de *Ne-qe-u* (Eb833) y los resúmenes representados por En847 (ὄνατα de los *e-qe-si-jo do-e-ro)*, Eb236 *(pe-mo* de los *ka-ma-e-we)* y Eb317 (id. de varios funcionarios). Pero hay muchas tabletas Eb rotas (cf. también pág. 360). Y nótese que el resumen del *pe-mo* de los *ka-ma-e-we* es muy superior a los datos conservados en tabletas aisladas; igualmente, el de los *e-qe-si-jo do-e-ro* (cf. pág. 377).

b) La *ka-ra-wi-po-ro* (κλαϝιφόρος) *Ka-pa-ti-ja*, que representa, sin duda, una especie de κληδοῦχος o sacerdotisa «portadora de llaves» (1).

c) *A-pi-me-de*, evidentemente, un sacerdote, como ya vió Bennet (2), puesto que existe entre él y la *i-je-re-ja Pa-ki-ja-na* el doble paralelismo de poseer un ἐτώνιον (de importe muy elevado) y varios esclavos.

d) Un *po-ti-ni-ja-we-jo* (ποτνιαϝεῖος), evidentemente, un sacerdote de la Πότνια.

e) Un número indeterminado de *ki-ri-te-wi-ja* (κριθηϝίαι), evidentemente, sacerdotisas que efectuaban una ceremonia religiosa en relación con la cebada (3).

3. Varios esclavos y esclavas de los sacerdotes antes mencionados:

a) Tres esclavos del sacerdote *A-pi-me-de*.

b) Un esclavo y una esclava de la sacerdotisa *(E-ri-ta)*.

c) Un esclavo de la *ka-ra-wi-po-ro*.

Este conjunto de esclavos es calificado en Eb847 (4) como *e-qe-si-jo do-e-ro*, para distinguirlos de los *te-o-jo do-e-ro*. A ellos se refiere también la tableta Eb317, donde se resume el *pe-mo* del sacerdote *We-te-re-u*, la sacerdotisa, la *ka-ra-wi-po-ro* y los *e-qe-ta* (5).

---

(1) Cf. Ventris-Chadwick, 396.

(2) Pág. 131.

(3) Cf. mi artículo «*Do-qe-ja*, diosa micénica de la fecundidad», Minos, 5, 1957, donde se hace referencia a KN Fp363.2 (ofrendas a una *ki-ri-te-wi-ja)* y se interpreta la palabra en PY An607 como epíteto cultual de una diosa agraria.

(4) *O-da-a²* *e-qe-si-jo do-e-ro e-ko-si o-na-ta/[ku-su-pa²] to-so-de pe-mo* 1/3/4. Si la suma de nuestros datos no llega (aunque falta poco) a esta cantidad, es por pérdida de tabletas.

(5) Cf. también l. c. mi interpretación de *Do-qe-ja do-e-ra e-qe-*

4. Otros personajes cuya misión desconocemos:

a) En el caso de *Ku-so*, *Ke-ra-u-jo* y el *ka-ma-e-u Re-ma-ta*, no se nos indica. Como los dos primeros figuran en Ep301, en que está un grupo de *te-re-ta*, puede serlo también uno de los dos, que ocuparía el puesto del *te-re-ta* 14 (1). En dicha tableta figuran también *Ta-ta-ro* y *Pa-ra-ko*, que vimos que daban ὄνατα de κτοῖναι κτιμέναι, aunque no figuraban como *te-re-ta* en Eo=En. Evidentemente, los individuos enumerados en Ep301 tenían una superior categoría, pues, aparte de que conocemos a varios como *te-re-ta*, sólo en esta tableta encontramos poseedores de κτοῖναι κεκειμέναι y aun los que son simples ὀνατῆρες son calificados de *ko-to-no-o-ko* (κτοινόοχοι) (2). Sólo en ella aparece un personaje no sacerdotal, *A-tu-ko*, un *e-te-do-mo*, que es uno de los 40 de Eo=En.

b) Hay, además, las calificaciones ininterpretables por nosotros *qe-ja-me-no*, *a-si-to-po-qo* (3) y]*raso* (?).

Puede verse que, aunque nuestros datos no son completos, las tabletas Eo=En aumentan las consignaciones de los poseedores de las 40 *da-ma-te* y, además, testimonian el aumento de esta agrupación con nuevos miembros que son e x c l u -

---

ta-i e-e-to te-re-te-we por «las esclavas de la diosa Dorpeia serán servidoras del τελεστεύς».

(1) Más fácil aún es que lo sea *Ko-tu-ro*^{2}, que lleva el título de *pa-da-je-u* como algunos *te-re-ta*.

(2) Con la excepción de *A-tu-ko* y *Ta-ta-ro;* pero falta para ellos la tableta Eb, que es la única en que en algunos casos se especifica este extremo.

(3) Antes se leía *si-to-po-qo* «panadero». En todo caso, imagino que se trata de «cocer» algunas figuras de masa o pasteles sacrificales como los que eran ofrendados en diversos ritos para promover la fecundidad de los campos (Arreforias, Tesmoforias, etc.).

sivamente sacerdotes. Pero no se trata solamente de un aumento del número de los *te-o-jo do-e-ro*, *pa-de-je-we* y personas asimiladas a los *te-re-ta*, así como de asignar esclavos a ciertos sacerdotes, sino que se crean nuevas categorías sacerdotales, lo cual indica una mayor riqueza en el culto e incluso, quizá, la introducción de otros nuevos procedentes de fundir con el antiguo culto real otros de distintas familias nobles. En todo caso, es claro que aquí nos hallamos ante la extensión al *da-mo*, al pueblo—que es quien asigna los ὄνατα de las κτοῖναι κεκειμέναι—de un culto real, que tiende a convertir su personal en exclusivamente sacerdotal en vez de estar simultáneamente, como en los orígenes, al servicio del rey en lo civil y lo militar.

Merece la pena hacer notar que la evolución que propongo a partir del estudio de nuestras tabletas confirma con brillante exactitud lo que ya era creencia general de los historiadores de la religión, creencia nacida del hecho cierto de que los templos de la época clásica están asentados con frecuencia sobre las ruinas de los palacios micénicos. He aquí, por ejemplo, lo que dice Nilsson al respecto (1): «El antiguo rey era también el supremo sacerdote... En consecuencia, debemos suponer que el rey micénico rendía culto a los dioses en su palacio-santuario. Los cultos y los dioses del rey eran los dioses y los cultos del Estado. Cuando el poder del rey se debilitó al cobrar la nobleza influencia en los negocios públicos, los cultos que estaban unidos a él y a su palacio no pudieron ser tratados como sus cultos privados; en cierta medida pertenecían al Estado y continuaron perteneciendole... Pero era inevitable que los cultos del rey se convirtieran poco a poco en cultos públicos, y, en consecuencia, si estaban ligados a su casa, esto le confería el carácter de un santuario público... El resultado final fué que, cuando en fecha posterior la realeza fué abolida, el Estado disfrutó de los cultos que habían estado bajo el cuidado del rey.» Como se ve, todo esto

(1) M. P. Nilsson, *Minoan-Mycenaean Religion and its survival in greek Religion*², 486 s.

demuestra una vez más que nuestras tabletas, procedentes del último año de la civilización micénica en Pilos, representan un estado de transición: el culto es real, pero participa en él ya el pueblo. También apoya nuestro punto de vista de que los *te-re-ta* son originariamente funcionarios de un carácter mixto (civil y religioso) afectos al culto real, el hecho, puesto de relieve por el propio Nilsson (1), de que en época micénica no hay templos propiamente dichos, sino que «los lugares destinados al culto son parte de edificios habitados» pertenecientes ya al rey, ya a particulares. Es evidente que no podían referirse a estos últimos cultos las tabletas que se guardaban en los archivos de palacio.

VI

En las tabletas Eb=Ep, la relación de cuyos beneficiarios acabamos de estudiar, hemos encontrado—al igual de lo que ocurrían en En=Eo—ciertas cantidades de *pe-mo* consignadas a título de *ka-ma* y *o-na-to* en relación con un *ka-ma*; los que poseen estos *ka-ma* u *o-na-ta* son llamados *ka-ma-e-we*, καμαϝῆϝες. Vamos a estudiar aquí esta modalidad especial de la institución a que se refieren las tabletas, a fin de volver luego más detenidamente sobre las κτοῖναι. Bástenos señalar provisionalmente sobre ellas que se trata de extensiones de terreno o bien de cantidades de grano que reciben o poseen como donativo ya del rey (κτοῖνα κτιμένα), ya del pueblo (κτοῖνα κεκειμένα y sus ὄνατα), los sacerdotes y demás personas que tienen a su cargo el culto real; añadamos que los que reciben una κτοῖνα κτιμένα contraen la obligación de dar un ὄνατον a otros sacerdotes de menos categoría. Dejemos pendiente la cuestión de si la finalidad de las tabletas es consignar el donativo, o si se trata de un censo con cualquier destino que sea.

Lo primero que hay que observar, respecto a los καμαϝῆϝες, es que todos pertenecen, hasta donde alcanzan nuestros datos,

(1) Ob. cit. 76 y 114 ss.

a la jerarquía sacerdotal. Esto es evidente de por sí para los personajes introducidos por Eb=Ep, pues hemos dicho que todos son sacerdotes; lo notable es que de los personajes de En=Ep no figura como καμαεύς ninguno de los cuatro (1) que son funcionarios reales (dos *te-re-ta* y dos que no lo son). Por tanto, la primera conclusión parece ser que el καμαεύς es un sacerdote.

Hemos de hacer notar, en segundo lugar, hechos de jerarquía análogos a los observados hasta aquí. Vimos que sólo tienen κτοῖνα κτιμένα los *te-re-ta* y sólo tienen κτ. κεκειμένα (o son considerados como κτοινόοχοι) los *te-re-ta* y unos pocos personajes equiparados a ellos en Ep301; en ningún caso los *te-o-jo do-e-ro*, a pesar de que, inversamente, los *te-re-ta* pueden tener ὄνατα de κτιμένα y κεκειμένα. De un modo semejante, observaremos que los *te-re-ta*-sacerdotes y algunos sacerdotes más (el *a-si-to-po-qo*, el *pa-de-we-u* o *pa-da-je-u* y la *ka-ra-wi-po-ro)* pueden tener κάμα, pero también ὄνατον como *ka-ma-e-we* u ὄνατον considerado como κάμα (así, un *te-re-ta* que es *i-je-ro-wo-ko* y otro que es *pa-de-we-u):* en cambio, los *te-o-jo do-e-ro* y *do-e-ra* únicamente pueden tener ὄνατον como *ka-ma-e-we*, nunca κάμα. Hay que hacer observar que, contra lo que ocurre en las κτιμέναι, las κτοῖναι κεκειμέναι y los κάμα no tienen, en general, más *pe-mo* que sus ὄνατα: la cifra es unas veces mayor y otras menor. Parece, pues, que se trata de una diferencia jerárquica y tradicional, no real y relativa a cantidad de *pe-mo*.

Hasta aquí hemos hablado de ὄνατον de los *ka-ma-e-we* y ὄνατον en calidad de *ka-ma*, considerado como paralelo a la posesión de un *ka-ma* en igual relación en que están poseer una κτοῖνα y poseer el ὄνατον de una κτοῖνα. Vamos a precisar ahora la forma en que se habla de ὄνατον en relación con la institución de los *ka-ma*. Encontramos las siguientes fórmulas:

1. *ka-ma-e-u o-na-to e-ke* «tiene un *o-na-to* como *ka-ma-e-u*» (u *o-na-to e-ke ka-ma-e-u)* (2). No se dice de quién se recibe el *o-na-to:* es decir, se procede igual que si se tratara

(1) Cinco si el *te-u-ta-ra-ko* no es un sacerdote.

(2) Ep617.7 (= ¿Eb 149?) y 8 = Eb842.

de un *o-na-to* de κεκειμένα. Y, efectivamente, podemos presentar un ejemplo donde se dice *ka-ma-e-we o-na-ta e-ko-te ke-ke-me-na-o ko-to-na-o*, con una cifra de *pe-mo* muy elevada (1). Cf. también *o-na-to e-ke ke-ke-me-na ko-to-na ka-ma-e-u* (2).

2. Encontramos también la fórmula *e-ke ka-ma o-na-to... ...ra-ke* o *e-ke o-na-to ka-ma...ra-ke* (3). Aquí *ka-ma* y *o-na-to* aparecen como sinónimos; véanse más detalles en página 393. Lo visto hasta aquí apunta en la dirección de que el *ka-ma-e-u* recibe un *o-na-to* de κεκειμένα por su condición de tal *ka-ma-e-u*. Pero, evidentemente, tiene que haber alguna diferencia, porque *o-na-ta* no se dice que los dé el *da-mo*.

3. *o-na-to e-ke pa-ro ka-ma-e-we* «tiene *o-na-to* de un *ka-ma-e-u*» (4). Aquí el *o-na-to* es una parte de un *ka-ma*, que funciona como una κτοῖνα κεκειμένα que da ὄνατα (cf. pág. 391). No se dice si los que disfrutan el *o-na-to* son *ka-ma-e-we* o no, pero parece que sí, porque de *M-ere-u* (539.7) hay necesidad de especificar *o-u-qe wo-ze* (cf. infra, pág. 584).

De otra parte, es cierto lo que hemos dicho arriba de que un *ka-ma-e-u* de una determinada categoría puede tener un *ka-ma* en el sentido de algo equivalente a una κτοῖνα. Hay las siguientes fórmulas:

1. La más evidente es del tipo *ka-ma e-ke-qe* (5). Debe deducirse su existencia allí donde se habla de un ὄνατον recibido de un καμαεύς, según acabamos de ver.

2. Hay otros casos en que la equivalencia κάμα = κτοῖνα κεκειμένα resulta más clara. Me refiero a *e-ke ka-ma ko-to-no-o-ko e-o* (ἐών!) (6), que recuerda las fórmulas de Ep 301 para los propietarios de κτοῖναι κεκειμέναι: a *Pa-ra-ko* se le considera como «poseedor de κτοῖνα», aunque lo que tiene es un *ka-ma*. Más claro aún es *Ka-pa-ti-ja...e-ke-qe to-so-de pe-mo*[/ *ke-ke-*

(1) Eb236.
(2) Ep617.3 = Eb862.
(3) Ep617.10 = Eb159.
(4) Ep539.5 y 7.
(5) Ep617.6 = Eb177.
(6) Ep617.11 = Eo (Eb!)173.

me-no ko-to-[*no*] *wo-wo* (Fόρϝον!), frase esta última que, como veremos, equivale a κτοῖνα κεκειμένα (1).

Ahora comprendemos por qué los datos sobre *ka-ma* van mezclados en Eb=Ep con los relativos a κτοῖναι κεκειμέναι: el κάμα viene a equivaler a una κτοῖνα κεκειμένα asignada a un determinado sacerdote (como las de los *te-re-ta* de Ep301); su *o-na-to* es semejante a un *o-na-to* de κεκειμένα. La diferencia es que estas κτοῖναι κεκειμέναι tienen un régimen especial, en el que no interviene el *da-mo*. El asignarse a alguien este tipo especial de κτοῖνα (u ὄνατον) estriba en que el *ka-ma-e-u* (tenga *ka-ma* u *o-na-to)* verifica una acción especial. *Ka-ma* significa, pues, ya «κτοῖνα del *ka-ma-e-u*», ya «posesión del *ka-ma-e-u*» en general (de ahí *o-na-to ka-ma*, como vimos).

En cuanto a la actividad especial del *ka-ma-e-u*, hay ciertas indicaciones en las tabletas. Generalmente es designada con el verbo *wo-ze-e* (Fόρζειν), «hacer», que ha sido interpretado a veces como «arar» (2), lo que es combatido por Ventris-Chadwick, que piensan en «*some kind of feudal dues or services which a holding of ka-ma land entails*» (3) y por Bennet, quien después de un detenido análisis, sugiere que significa «pagar» (un impuesto).

El formulario de estas tabletas, que ha sido estudiado muy en detalle por Bennet, me parece que, sin embargo, apunta en otra dirección. No siempre se dice del que tiene *ka-ma* propiamente dicho o del que tiene *o-na-to* como *ka-ma-e-u* que «obra» *(wo-zo, wo-ze-qe,* Fόρζων, Fόρζει τε), sino que tenemos ejemplos en que se dice que el *ka-ma-e-u* «debiendo» (ὀφείλων, ὀφείλουσα) hacerlo, no lo hace, o «debiendo» hacerlo «con dos» *(du²-wo-u-pi)* (4) lo hace «con uno» *(e-me-de,* ἐνεὶ δὲ (5).

---

(1) Una fórmula ambigua es decir simplemente *ka-ma-e-u e-ke* (Ep617.13 = Eb839).

(2) Pugliese-Carratelli, *PP* 35, 1954, 110 ss.; etc.

(3) Ob. cit. 135.

(4) Parece representar δυFοίυν-φι (-ιυν es la forma arcadia en los casos oblicuos del plural; cf. V280 *i-ku-wo-u-pi,* ἵπποιυν-φι); en otro caso, vendría de **d°ų̄u.*

(5) El sentido es garantizado por Ta641.2 *e-me po-de,* ἐνεὶ ποδεί.

De otra parte, el tener a veces dobles ejemplares de Ep y Eb nos hace ver que *te-re-ja-e*, verbo que aparece a veces en lugar de *wo-ze-e*, es sinónimo de él. En efecto, Ep617.4 dice: *o-pe-ro-qe*] *du²-wo-u-pi te-re-ja-e o-u-qe wo-ze*, lo que ya apunta en esta dirección y es confirmado por el duplicado Eb940 *o*]*-pe-ro-qe te-re-ja-e o-u-qe te-re-ja.*

Ahora bien, es evidente que *te-re-ja-e* es τελειάειν y está en relación con *te-re-ta*, τελεστάς (1). Establecido que los *te-re-ta* tienen una relación con el culto, hay que admitir que también la tiene *te-re-ja-e*. El sinónimo *wo-ze-e* se presta bien a esta interpretación: los verbos que significan «hacer» (ῥέζω, δρῶ, *facio*...) se emplean con frecuencia para designar el sacrificio u otras acciones del culto. Recuérdese que todos los *ka-ma-e-we* tienen carácter sacerdotal y algunos son *te-re-ta*. De uno de éstos, *Pi-ke-re-u*, se dice en Ep617.7 *Pi-ke-re-u i-je-ro-wo-ko ka-ma-e-u o-na-to e-ke wo-ze-qe:* nótese que *i-je-ro-wo-ko*, ἱερο-Ϝοργός contiene igual raíz que *wo-ze-qe*, Ϝόρζει τε. De otra parte, en Er312 se habla, junto al *pe-ma* del Ϝάναξ, el λαϜαγέτας y los τελεσταί, del *wo-ro-ki-jo-ne-jo e-re-mo*, el Ϝοργιονεῖος ἔρημος, al que igualmente se atribuye un determinado *pe-ma* y que debe de tener un carácter religioso: ἔρημος es desierto, o sea tierra consagrada a la divinidad y no usada para fines profanos; y los Ϝοργίονες nos recuerdan a los ὀργεόνες posteriores, miembros de determinadas asociaciones cultuales (2). Hasta qué punto está ese dato en relación con nuestro tema de estudio se demuestra por Un617, donde se habla, en vez de *wo-ro-ki-jo-ne-jo e-re-mo*, de *wo-ro-ki-jo-ne-jo ka-ma*, Ϝοργιονεῖον κάμα. Κάμα pertenece a la raíz de gr. κάμνω, ai. *śamnīte*, etc., que significa «trabajar», «hacer», por lo que debió designar la misma acción

(1) Bennet, l. c., 127. sugiere esto como alternativa a que tenga relación con τελέω. En realidad, no hay tal alternativa y ambas cosas son verdad.

(2) En época clásica se trata de «*Kultgenossenschaften des niederen Volkes*» que participaban en los cultos de la nobleza (Nilsson *Gesch. der griech. Religion* I, 672). En época regia los ὀργεῶνες debían, como vamos viendo, estar asociados al culto del rey.

cultual designada con los verbos *wo-ze-e* y *te-re-ja-e*, junto con la tierra o *pe-mo* a que daba derecho.

Creo, pues, absolutamente seguro que los *ka-ma-e-we* realizaban dentro de la comunidad religiosa de *Pa-ki-ja-na* un acto de culto especial designado ya con el verbo τελειάειν—que debía de tener un valor general—, ya con los términos más especializados de *χάμνειν y Fόρζειν. Parece indudable que los καμαῆFες eran calificados de Forγίονες. Queda aún una prueba: la constituída por Ep617.8=Eb842 *Sa-sa-wo o-na-to e-ke ka-ma-e-u e-pi-qe to-me (to-e,* Eb) *te-ra-pi-ke* que Ventris-Chadwick (1) interpretan bien ἐπί τε τόσμει (2) θεραπίσκει «y a cambio rinde el culto». La interpretación religiosa del verbo (Ventris-Chadwick dicen solamente «*do service*») me parece evidente.

La parte hipotética de la función de los *ka-ma-e-we* comienza cuando queremos precisar más interpretando el extraño hecho de que a veces no realizan la función que está a su cargo o la realizan «con uno» en vez de «con dos». Ante todo, propongo que los verbos *wo-ze*, *te-re-ja* y *te-ra-pi-ke* sean interpretados como imperfectos (3), indicando que han realizado o no han realizado su cometido en el culto durante el año último, con lo cual se logra un comienzo de sentido: «y estando obligado a *wo-ze-e* no lo hizo»; es decir, entendemos que no todos los *ka-ma-e-we* estaban obligados a realizar su culto cada año, sino que sólo estaban obligados a él en términos generales, pero no era necesario que todos lo celebrasen todos los años: podría haber, por ejemplo, una rotación o turno, que, a su vez, podría luego alterarse por motivos que desconocemos.

De otra parte, la existencia de duplicados (tabletas Ep y

---

(1) Pág. 262 s.

(2) Cf. ai. *tasmai*. En Eb se lee *to-e* (¿*scriptio plena* por τῷ, es decir, τόει?).

(3) En micénico es normal la falta de aumento. Fórmulas como *ka-ma-e-u wo-zo* no creo que se opongan a esta interpretación, pues el presente no indica tiempo (puede ser «*ka-ma-e-u* que ha realizado la acción de *wo-ze-e*»).

Eb) ha hecho ver que *du²-wo-u-pi wo-ze-e* es equivalente a *wo-ze-e*, es decir, que el *wo-ze-e* (o *te-re-ja-e)* es una acción efectuada normalmente «con dos». Sin embargo, Eb495]*re-ja-e e-me-de te-re-ja*[que debe suplirse *o-per-o* (u *o-pe-ro-sa) du²-wo-u-pi te-re-ja-e e-me-de te-re-ja*, parece establecer que el rito en cuestión podía excepcionalmente realizarse «con uno», aunque los *ka-ma-e-we* tuvieran obligación, en términos generales, de hacerlo «con dos».

Sólo con todas las reservas me atrevo a lanzar una hipótesis para concretar cuál era el rito que estaba a cargo de los *ka-ma-e-we*. El «con dos» y «con uno» puede sugerir la idea de una arada sagrada, realizada ya con dos vacas (que sería lo normal), ya con una. La arada sagrada es una ceremonia común en toda clase de pueblos y está destinada a promover la fertilidad de los campos. En el Atica son conocidas tres aradas sagradas (1): una en Sciron, seguramente en relación con las Tesmoforias (o, mejor, con las Esciroforias), que son ritos agrarios de fertilidad; otra al pie de la Acrópolis, en relación con las Arreforias, que son ritos de este mismo tipo (2); y una tercera en la llanura de Raro, en Eleusis.

Sobre esta última arada sagrada voy a detenerme un poco más, pues es prácticamente seguro que arranca de la edad micénica, como todo el culto de Eleusis (3). En el campo de Raro es en el que, según el mito, inventó Triptólemo el arte de arar. Esta arada sagrada formaba parte del ritual de las Proerosias, fiesta que precedía a la arada y que se celebraba a la llegada a Eleusis de los peregrinos que iban de Atenas. Estaba, pues, íntimamente enraizada en el culto de Eleusis: en ella se invitaba a Kore a arar (4). Del campo

---

(1) Cf. L. Deubner, *Att. Feste*, Berlín, 1932, 47, 51 y 69.

(2) Cf. EMERITA, 19, 1951, 117-33.

(3) Cf. Nilsson, ob. cit. 452 y 468.

(4) Carm. Pop. 50 Diehl. Esto explica que en nuestras tabletas se incluya entre los *ka-ma-e-we* a una sacerdotisa la *ka-ra-wi-po-ro Ka-pa-ti-ja* (Ep704.8 = Eb338). Sobre la arada sagrada realizada por mujeres en varios pueblos, cf. Frazer, *The golden bough*, I 282 ss. Nó-

donde se efectuaba, la «llanura de Raro», se obtenía la cebada de que se hacían los pasteles sacrificales (1); era sagrado (2). Nada tendría de extraño que de ella procediera la cebada que se repartía a los vencedores en los Juegos Eleusinios—que eran, en un comienzo, una manifestación del culto—, y que representa un paralelo bien próximo al *pe-mo* de Pilos (3). De otra parte, sabemos que—como suponemos en Pilos—en la arada sagrada de Eleusis oficiaba un sacerdote de una familia especial, que llevaba el nombre bien elocuente de Βουζύγαι. Nada más normal que pensar que el campo sagrado de Raro perteneciera originariamente al rey, como ocurre en paralelos de otros pueblos, en los que en esta arada intervienen además diversos miembros del pueblo (4).

Es, pues, evidente que la arada sagrada de Eleusis—de la que tenemos una representación en el friso de Hagios Eleutherios (5)—remonta a ritos micénicos de fertilidad. Y no creo que resulte inverosímil interpretar en este sentido los *ka-ma-e-we* o **Fοργίονες* de las tabletas. A los argumentos ya apuntados se añade el que el Fοργιονεῖον κάμα se llama también, como vimos, ἔρημος, es decir, tierra sagrada, lo que no implica que su producción no pudiera ser utilizada en el culto o por los sacerdotes (6). Se habrá notado que mientras que el ὄνατον de las κτοῖναι κεκειμέναι lo da el *da-mo*, el pueblo, cuando se trata de un *ka-ma-e-u* no se indica quién lo da (7): el

---

tese, por lo demás, que la arada en Esciron estaba en relación con el templo de Demeter y Core que allí existía (Deubner, ob. cit. 47).

(1) Pausanias I 38, 3. Hemos de suponer una cosa igual de los pasteles fálicos que se enterraban en las Arreforias.

(2) *SIG*² 587, 119 ss.

(3) Esto me hace considerar posible que el ideograma 151 sea «cebada» y no «trigo». Ya vimos arriba que no había dificultad para ello.

(4) Frazer, ob. cit. VII 93 ss.

(5) Lámina 36, 8 en Deubner (con la explicación de pág. 250).

(6) En Un617 hacen ofrendas a Poseidón el rey, el jefe militar, el pueblo y el *wo-ro-ki-ji-ne-jo ka-ma*.

(7) En Eb38 se ha borrado *pa-ro da-mo*, siendo substituído por *ka-ma-e-u*.

ka-ma era una tierra aparte y especial, como en los paralelos griegos citados y en otros no griegos (1). Aunque haya pertenecido originariamente al rey, jefe del culto, la arada asegura la fertilidad de todo el reino y por ello el *ka-ma* se incluye entre las κτοῖναι κεκειμέναι.

Resumiendo: es prácticamente seguro que ciertos sacerdotes participaban (aunque quizá no anualmente todos ellos) en un culto real particular y disfrutaban de un *pe-mo* (tierras?, grano?) incluído entre las κτοῖναι κεκειμέναι, pero ya no dependiente del *da-mo*, sino con un carácter esencialmente sagrado. Es solamente verosímil que este culto especial consistiera en el rito de la arada sagrada, quizá complementado con otros, también de fertilidad, semejantes a las Tesmoforias y Arreforias áticas (2).

VII

Junto a los distintos tipos de κτοῖναι, κάμια y ὄνατα hemos señalado la existencia del *e-to-ni-jo*. Salvo un pasaje obscuro (3), nuestros datos se refieren únicamente al sacerdote *A-pi-me-de*, de quien se dice (4) que tiene *e-to-ni-jo ke-keme-na-o ko-to-na-o to-so pe-mo* 4/6, y a la sacerdotisa *E-ri-ta*, de la que se afirma igualmente (5) que tiene *e-u-ke-to-qe e-to-ni-jo e-ke-e te-o* («y afirma tener el *e-to-ni-jo* para el dios»). De estos dos datos se deduce claramente que el *e-to-ni-jo* equivale a un *o-na-to* de las κτοῖναι κεκειμέναι destinado a mantener el culto divino. Su importe es elevado (6) y quienes lo reciben o administran son los más altos sacerdotes (aparte de los *te-re-ta*).

---

(1) La diferencia entre «tener *ka-ma*» y «tener *o-na-to*» (siendo *ka-ma-e-u)* debe de ser, como se dijo arriba, puramente jerárquica.

(2) Cf. el sacerdote *a-si-to-po-qo*.

(3) An724.12 (en la línea anterior se habla de *ka-ma)*.

(4) Ep539.14 = Eb473.1.

(5) Ep704.5 = Eb297.

(6) El de *E-ri-ta* no lo conocemos, porque en el *to-so pe-mo* 3/9 se incluyen sus propios *o-na-ta*.

VIII

Al llegar a este punto conviene intentar lograr algunas precisiones sobre lo que son las κτοῖναι y sus ὄνατα, de las cuales constituyen los κάμα (y los ὄνατα de los *ka-ma-e-we)* una variedad especial. El problema central que se plantea es si se trata de campos de cultivo (medidos en unidades de *pe-mo)* o de cantidades de grano. La primera es la hipótesis más generalmente admitida y cuenta a su favor con varios argumentos. Advierto que sólo se trata de un estudio provisional, pues nos falta por considerar todavía las tabletas Ea, las de Cnosos y otras varias.

La interpretación territorial tiene a su favor la etimología de la propia palabra κτοῖνα, que tiene relación con κτίζω y que en la Rodas de la época clásica tiene un sentido local. En realidad, κτοῖνα κτιμένα es una tautología, que no tiene otra razón de existencia que el poder distinguir estas κτοῖναι de las κεκειμέναι, aquellas cuyos ὄνατα son dados por el pueblo. Κτοῖνα, en general, y κτοῖνα κτιμένα, en particular, designa, pues, el terreno ganado para el cultivo (1); cf. en KN Na22 *]to-u-qe e-re-u-te-ra/ pu-te-re ki-ti-je-si SA* 30, que significa una exención de ciertos impuestos a los *pu-te-re*, φυτῆρες, que crean (κτίενσι!) nuevas κτοίνας. En cambio, κεκειμέναι creo que debe interpretarse como un participio de κεῖμαι funcionando como una pasiva de τίθημι (2); estas κτοῖναι son dadas o atribuídas de un fondo común y no constituyen propiedad fija.

Hay, pues, que suponer un *τιθέναι κτοίνας equivalente a «señalar, fijar, instituir κτοίνας» (como recompensa o premio a

---

(1) Cf. Palmer, l. c. 26 y *Odisea* XXIV 205-07, así como Eupolis 131 y Píndaro, *Píticas* V 89, que usan κτίζειν como «plantar» (árboles). Cf. también Estrabón 206 αὐλῶνες εὖ συνεκτισμένοι y Anaxándridas, fr. VI 2 ἐν πυρικτίτοισι γᾶς.

(2) Este uso es indoeuropeo, pues con el griego coincide el hetita (cf. Friedrich, *Heth. Elementarbuch, I*, Heidelberg, 1940, 62). Palmer, l. c. 27 s., ve, en cambio, una raíz **kei*, que sería la misma de gr. κοινός. En realidad, esta raíz es puramente nominal.

una situación dada); cf., por ejemplo, τιθέναι ἄεθλα, «ofrecer un premio» (*Il.* XXIII 363, etc.), τιθέναι τιμήν, «dar honor» (*Il.* XXIV 57), τιθέναι νόμον, etc., y, con κεῖμαι, ἄεθλα κεῖται (*Il.* XXIII 273), βασιλῆϊ δὲ κεῖται, «ha sido destinado para el rey» (*Il.* IV 444), νόμος κεῖται, etc. De un modo semejante debería poder decirse τιθέναι τινὰ κτοινόοχον; la pasiva correspondiente aparece en el documento Sn64+An218 (1) como *e-ke-jo-to a-ko-to-no* (ἐγκείοντοι ἄκτοινοι), que se opone a *ko-to-na e-ko-te*, κτοίνας ἔχοντες. Creo que se trata precisamente de κτοῖναι κεχειμέναι.

En cuanto a los ὄνατα, podría pensarse ciertamente que fueran un «beneficio» (de ὀνίνημι) consistente en un donativo en *pe-mo*, pero la simetría con las κτοῖναι—la terminología es estrictamente paralela—inclina a pensar lo contrario: el ὄνατον es una parte de la κτοῖνα. Ventris-Chadwick (2) han señalado un pasaje homérico (3) en que se menciona un donativo de tierras que es considerado como un premio: Homero emplea para expresarlo el mismo verbo ὀνίνημι.

Parece, pues, que el *da-mo* como tal disfrutaba comunalmente unas determinadas κτοῖναι (4), de las que cedía una parte en calidad de ὄνατα a ciertos sacerdotes; incluso se llegaba, cuando tenían una categoría superior, a entregarles una κτοῖνα o, al menos, a llamarlos *ko-to-no-o-ko*, κτοινόοχοι, equiparándoles en jerarquía a los poseedores de κτιμέναι (5). La cantidad de *pe-mo* es aproximadamente la misma y por ello nos inclinábamos a que entre lo uno y lo otro no había en la práctica gran diferencia, salvo quizá que las κτοῖναι tenían ya un carácter fijo, es decir, no eran dadas por el *da-mo;* y hay una diferencia de jerarquía entre poseer un ὄνατον y una

(1) Cf. M. S. Ruipérez, «Une charte royale de partage de terres», *Minos* 4, 19-56, 146-64.

(2) Ob. cit. 235 s.

(3) *Odisea*, XIV 62-67. Cf. también *Odisea*, XXII 124.

(4) De aquí que a *da-mo* Ep704.6 responda *ko-to-no-o-ko*, κτοινόοχοι en Eb297.

(5) Vimos que en Ep301 (y las tabletas Eb correspondientes) se da este nombre a algunos *o-na-te-re*.

κτοῖνα, lo que se salva dando a algunos *o-na-te-re* la categoría (honoraria, diríamos) de *ko-to-no-o-ko*.

Algo semejante hallábamos en lo relativo a los κάμα y ὄνατα de los *ka-ma-e-we*, que posiblemente provienen de κτοῖναι consideradas κεκειμέναι, pero con un régimen especial (el *wo-ro-ki-jo-ne-jo ka-ma* o *e-re-mo)*. Quizá se deba pensar algo semejante del *e-to-ni-jo*.

En realidad, las κτοῖναι κεκειμέναι fijas y los κάμα se asemejan en su régimen a las κτοῖναι κτιμέναι(1), que son κτοῖναι asignadas de una manera fija—una propiedad, digamos—. Las que hemos visto hasta ahora pertenecen a los *te-re-ta* (recuérdese el paralelo de Er312), pero éstos están obligados a dar ὄνατα a la comunidad inicial de *Pa-ki-ja-na*. Además, posiblemente hay variación de año en año en las asignaciones dadas a cada *te-re-ta*. Al hablar de «carácter fijo» no quiero decir sino que, en conjunto, las κτοῖναι κτιμέναι de *Pa-ki-ja-na* son consideradas propiedad de los *te-re-ta:* igual puede decirse de los κάμα; y también de las κτοῖναι κεκειμέναι fijas que, sin duda, son una imitación de la institución de las κτοῖναι κτιμέναι. En cuanto a las κτοῖναι de los *te-re-ta*, es evidente que en su origen les fueron concedidas por el rey (2).

La concepción territorial de las κτοῖναι es reforzada por un hecho aún. En Ep704.7 el κάμα de *Ka-pa-ti-ja* es llamado *ke-ke-me-no* (κεκειμένον) y en Eb338 corresponde la expresión *ke-ke-me-no ko-to-no wo-wo*, κεκειμένον κτοίνος (?) Fόρϝον. De un modo semejante, a En467 *ko-to-na ki-ti-me-na* responde Eo278 *wo-wo ko-to-no*. Ahora bien, *wo-wo*, Fόρϝον («surco», «límite», «campo») tiene un sentido claramente local, como se ve porque constituye el segundo elemento de muchos topónimos micénicos (3).

(1) Los *ka-ma* dan ὄνατον; igual las κτοῖνα κεκειμέναι fijas de Ea.

(2) Cf. Er880, en que se habla del *ki-ti-me-no*, κτίμενον, de *E-ka-va²-wo*, seguramente el rey.

(3) El primero es, a veces, quizá un nombre de persona.

IX

Las tabletas que hemos estudiado hasta aquí nos dan algunos datos, no aprovechados, a mi ver, suficientemente, que precisan el carácter de la institución. En Ep704.2=Eb416 se dice que la «esclava del dios» *U-va-mi-ja e-[ke]-qe i-[je-re]-ja ke-ra o-na-to*, ἔχει τε ἱερείας γέρας ὄνατον (1). *U-va-mi-ja* recibe un γέρας que es considerado como ὄνατον (2). Es decir, esto confirma que un ὄνατον es un beneficio que se recibe (3).

En cuanto al modo cómo se reciben las κτοῖναι y ὄνατα, parece verosímil, a primera vista, que, siendo los que dan estos últimos personas que figuran en las mismas tabletas (así la sacerdotisa y los *te-re-ta*), no nos encontremos ante un censo, sino ante la relación de una distribución de la propiedad de fecha reciente. Su finalidad parece ser precisamente dar testimonio de esta distribución. En cuanto a la irregularidad del *pe-mo* repartido, que hacía a Bennet (4) inclinarse por la idea del censo, por creer que se trata de una institución antigua que ha perdido la regularidad de sus líneas con el tiempo, hemos de convenir que, en efecto, es difícil de explicar en el detalle. Evidentemente, pueden justificarse algunos principios generales y entreverse una evolución, como ya lo hemos expuesto; pero el detalle sólo puede explicarse mediante una hipótesis. Vamos a presentar aquí una.

Parto de Ep617.10=Eb159, ya estudiado desde otro pun-

(1) Lección de Eb. En Ep se dice más confusamente *o-na-to e-ke-qe i-je-re-ja ke-ra*. Ventris-Chadwick, 235 proponen γέρας ὀνητόν «*a posesion which brings profit*». Cf. también KN X984.

(2) O un ὄνατον que es un γέρας de la sacerdotisa. Cf. pág. 393 sobre κάμα ὄνατον y ὄνατον κάμα.

(3) Es aquí indiferente el hecho de que desconocemos que la sacerdotisa tenga una κτοῖνα κτιμένα o κεκειμένα; puede tratarse de la pérdida de una tableta. Que las κτοῖναι y ὄνατα representan una recompensa era ya la opinión de Furumark, l. c. 36 ss., que se basaba en Eq53 *Ke-re-te-u (e-ke o-na-to) e-ne-ka i-qo-jo*.

(4) L. c. 130.

to de vista. Se nos dice que el τελεστάς *Pe-re-qo-ta* (Τελεφόντας), que es un sacerdote *pa-de-we-u* (πανδιϝεύς) (1) *e-ke-qe ka-ma o-na-to si-ri-jo ra-ke*, es decir: «tiene un *ka-ma*; ha recibido el *o-na-to* de Sirio» (2), o bien: «tiene un *o-na-to;* ha recibido el *ka-ma* de Sirio». Como vimos, *ka-ma* y *o-na-to* funcionan aquí como sinónimos; se trata del ὄνατον de un *ka-ma-e-u*.

La interpretación *ra-ke*=λάχε, que viene de Georgiev (3), no ha sido explotada como merece. Es desde ahora evidente, *a)*, que nos hallamos ante una distribución de κτοῖναι y ὄνατα, no ante un censo; y *b)*, que estos ὄνατα son fijos, puesto que a *Pe-re-qo-ta* corresponde el mismo que el año anterior había sido de Sirio (4). Esta interpretación es confirmada con ejemplos de Ea en que se afirma de un personaje que tiene (o sea ha recibido) la κτοῖνα de otro (5). Y, en cuanto al verbo λαγχάνω, es sabido que se usa normalmente para indicar lo que corresponde a alguien en un reparto (por ejemplo, un γέρας). Muy frecuentemente interviene la noción del sorteo, y considero lo más probable que esto suceda aquí en cierta medida. Imagino que en el territorio de *Pa-ki-ja-na* había una serie de κτοῖναι y ὄνατα de extensión irregular, testimonio, como estima Bennet, de una larga evolución de la institución (6); pero para obviar la injusticia del reparto se hacía una redistribución anual. En esta redistribución entraban factores que no podemos adivinar más que en parte y que nos han permitido ya sentar algunas normas generales (la κτοῖνα

(1) En Eb *pa-da-je-u*, πανδαιεύς.

(2) Probablemente falta el segundo signo *jo*.

(3) *Lexique des inscriptions cretomyceniennes*, Sofía 1955, 64. Yo había llegado independientemente a igual conclusión.

(4) Si Sirio se interpretase como un topónimo, la conclusión sería la misma.

(5) Ejemplos: Ea109 *A-pi-a²-ro e-ke Su-qo-ta-o ko-to-na;* Ea270 *A-pi-a²-ro e-ke \ko-to-na/ Qo-qo-ta-o Pe-re-qo-no-jo.*

(6) Pág. 132. Habría habido división de κτοῖναι, desglosamientos de ὄνατα, etc. Como vimos, los ὄνατα de κεκειμένα no tienen diferencia real, sino que se distribuyen en forma diferente en general, testimoniando, además, menos categoría del sacerdote que las recibe.

κτιμένα es mayor que su ὄνατον; relación entre κτοῖνα κεκειμένα y su ὄνατον, etc.); pero también, sin duda, los casos en que los derechos eran equivalentes se decidían por sorteo. Si no admitimos esta idea, hecha verosímil por el verbo λάχε, no se comprende bien el porqué del reparto anual.

Conviene al llegar aquí llamar la atención sobre Sn64+ An218 en que M. S. Ruipérez ha visto un reparto de tierras (1) efectuado por una comisión mencionada en An218. 1—6 y en la que interviene un *i-je-re-u da-i-a-ke-re-u* (ἱερεὺς δαιαγρεύς). Se distingue un grupo de *pa²*]*-si-re-wi-jo-te*, βασιλεύοντες y otro de *ko-to-na e-ko-te* (κτοίνας ἔχοντες): unos y otros podían en unos casos elegir sus tierras para el año presente *(to-to we-to o-a-ke-re-se*, τόττο Ϝέτος ὃ ἀγρήσει o, mejor, ἄγρησε) y en otros no *(o-u-qe a-ke-re-se*, οὔ τε ἄγρησε). En este último caso la cantidad que se recibe es uniforme e inferior a la del primer caso. No hay, pues, paralelismo exacto, pues, aparte de esto, los beneficiarios son militares; pero sí se ve cómo funcionaban los repartos anuales de tierras, cabiendo unas veces la elección y otras no. A los personajes mencionados se añaden otros que *e-ke-jo-to a-ko-to-no*, ἐγκείοντοι ἄκτοινοι, cuya posesión es del orden de los que no eligen y que, evidentemente, tampoco pueden elegir; a mi ver, se trata de ὄνατα. La totalidad de las tierras debe proceder de lotes especiales, tal vez del *ko-re-te-ri-jo ke-ke-me-no*, κοιρητέριον κεκειμένον: algunos de los personajes citados son κοιρητῆρες, jefes militares.

Esta analogía de un reparto de tierras a militares confirma los que tienen lugar cada año, en parte conforme a ciertas normas y en parte por sorteo, en beneficio de los sacerdotes de *Pa-ki-ja-na*. Llegados a este punto hemos de interpretar las tabletas simplemente como recibos. Si se tratase de un censo deberían entrar toda clase de personas, y, sin embargo, sólo entran sacerdotes, funcionarios reales y, según acabamos de ver, militares (2). El estudio de Ea no modificará en lo

(1) L. c., 151 ss.

(2) Los impuestos tenían lugar más bien de un modo proporcional al número de habitantes de cada localidad (cf. Lejeune,

esencial esta conclusión. Resumiendo: sólo nos encontramos con tierras destinadas a ser explotadas por el rey, el jefe militar o determinadas cofradías sacerdotales o grupos militares; si hallamos las tierras del *da-mo* o pueblo es únicamente para anotar los miembros de las castas citadas a cuyo sustento contribuían.

Efectivamente, la existencia ya de tabletas individuales (Eb), ya por grupos (Ep), habiendo sido copiadas las segundas de las primeras, sugiere que, en el primer caso, se trata de recibos individuales dados al Estado por los beneficiarios, y en el segundo, de una recopilación de los mismos. Los recibos son individuales porque estos ὄνατα se reciben directamente del *da-mo;* en cambio, en Eo nos encontramos con un recibo por cada *te-re-ta*, en el que éste testimonia la extensión que ha recibido y la que ha dado a cada ὀνατήρ. También aquí hay una recopilación en tabletas más extensas (1). Lo que ignoramos es la razón de la conservación de los originales. Tal vez se estuviera trabajando en la copia cuando sobrevino la catástrofe, pues de Ea no llegó a hacerse nunca (2).

De otra parte, no solamente el verbo *e-ke*, ἔχει, se presta bien a la interpretación de las tabletas como recibos, sino que Ep704.5=Eb297 *i-je-re-ja e-ke(-qe) e-u-ke-to-qe e-to-ni-jo e-ke-e te-o*, «la sacerdotisa tiene y afirma que tiene el ἐτώνιον para la diosa», es suficientemente instructivo. En la segunda parte de este mismo texto hay notables diferencias entre la redacción de ambos ejemplares; pero en uno y otro caso son los poseedores de las κεκτιμένοι (Eb *ko-to-no-o-ko*, κτοινόοχοι; Eo *da-mo*, δᾶμος) quienes afirman que la sacerdotisa ha reci-

---

REA 58, 1956, 11 ss.). Las tabletas nos testimonian a otros personajes importantes, pero sin que se vea relación con las tierras. Un caso semejante se encuentra únicamente, quizás, en Es644; pero no es seguro que se trate de impuestos, sino de ofrendas. Se refiere a sacerdotes.

(1) Con un encabezamiento (En609) que da el resumen total.

(2) Véanse en Bennet, l. c. 120 algunas hipótesis sobre la dualidad *e-ke-qe* (Eb, Eo) / *e-ke* (Ep, En).

bido sus ὄνατα de dichas κτοῖναι (1). Se trata de una excepción (2), que confirma que nuestras tabletas son documentos que certifican la toma de posesión de los distintos lotes.

X

No es fácil empresa, a partir de los datos suministrados por las tabletas E, tratar de averiguar a qué cultos estaba afecta la comunidad sacerdotal de *Pa-ki-ja-na*. Muy probablemente hay que contestar que a cultos muy diversos. Si, como hemos creído poder afirmar, Tn316 se refiere en su totalidad a *Pa-ki-ja-na*—el palacio de Pilos—, se rendiría culto nada menos que a trece dioses. Otras tabletas de Pilos introducen todavía dioses nuevos (3). De otra parte, los títulos de los diversos sacerdotes de E nos llevan a múltiples dioses: *pa-de-we-u* a Πανζεύς; *pa-de-je-u* a Πανδαία; *po-ti-ni-ja-we-jo* a una Πότνια; *ki-ri-te-wi-ja* a dioses agrarios; a ritos de fertilidad de los campos nos lleva también nuestro estudio de los *ka-ma-e-we*.

Sin embargo, es evidente que una comunidad tan simétricamente estructurada como la de los titulares de las 40 *DA* de *Pa-ki-ja-na* en En=Eo debía de servir a un culto determinado y no a una multiplicidad de cultos. Al aumentar la comunidad con nuevos miembros (en Ep=Eb) posiblemente aparecen nuevos cultos, procedentes de familias nobles, o bien se da apoyo con donaciones de tierras a cultos reales

(1) La traducción correcta es la de Bennet, l. c. 129. Sin embargo, el δὲ posiblemente no es adversativo: se da el total de lo que recibe la sacerdotisa (como otras veces en Eb). Aunque no es imposible que lo que la sacerdotisa interpretaba como *e-to-ni-jo* (pretendiendo con ello *o-na-ta* propios) entendiera el *da-mo* que eran estos *o-na-ta*.

(2) Hacen la afirmación quienes dan el ὄνατον, no quien lo recibe; viene a ser el mismo caso de Eo, ya expuesto.

(3) Es645 y ss. mencionan a los ἀλκεστῆρες (?) y a Fεδανεύς (cf. Gallavotti. RFC 84, 1956, 231 ss.); An607 a *Do-qe-ja* (cf. mi artículo en *Minos* 5, 1957).

que hasta ahora no lo disfrutaban. Hay más: en Tn316 es un hecho claro que los esclavos de un dios son hombres y los de una diosa mujeres (1). Es, pues, verosímil que el sacerdote y los 11 «esclavos del dios» sirvan al culto de una divinidad masculina y la sacerdotisa y las 11 «esclavas del dios» («de la diosa», mejor) a una femenina.

Se trata sencillamente de una hipótesis que no pasa de lo verosímil, pero querría exponer aquí las razones que me mueven a pensar que tal vez la comunidad inicial de *Pa-ki-ja-na* honrara a la pareja divina formada por Demeter y Poseidón. En cuanto a Demeter, bástenos señalar que todo el ritual de la «arada sagrada» está en relación con este culto. Este ritual era practicado, sin duda, inicialmente por los *te-re-ta*, puesto que se describe con el verbo *te-re-ja-e* y algunos de los *te-re-ta* son *ka-ma-e-we*. Luego, evidentemente, hubo una especialización, practicando este culto solamente algunos sacerdotes llamados *ka-ma-e-we*; como vimos, el hecho de que algunos sacerdotes tenían obligación *(o-pe-ro, o-pe-ro-sa)* de *wo-ze-e* o *te-re-ja-e* implica que otros no la tenían. De otro lado, existen los siguientes hechos que apuntan hacia la existencia de un culto de Demeter:

1. La misma palabra *te-re-ta*, τελεστάς, que nos recuerda cultos de este mismo tipo en época clásica.

2. El que algunos sacerdotes se llamaran *pa-da-je-u* (de Πανδαία, en relación con Δᾶ, Demeter) (2).

3. La existencia de sacerdotisas *ki-ri-te-wi-ja*, κριθηϝίαι, que hay que poner en relación con ritos agrarios (3).

4. La existencia de un sacerdote llamado *a-si-to-po-qo*, que lleva a pensar en las figuras de masa cocida que se ente-

(1) Cf. también las esclavas de *Do-qe-ja* en An607. Sin embargo, en Es650.5 hay un *A-te-mi-to do-e-ro*, Ἀρτέμιτος δοῦλος.

(2) El nombre (simultáneo) de πανδιϝεύς indica que estos sacerdotes rindieron también (¿secundariamente?) culto a Πανζεύς.

(3) En An607 *Do-qe-ja* (una diosa del tipo de Demeter, quizá ella misma) es llamada κριθηϝία. En su culto interviene un *te-re-te-u*, τελεστεύς, y es un culto de fecundidad. (Cf. *Minos* l. c.).

rraban en determinadas fiestas de fertilidad relacionadas con la arada sagrada (1).

5. También se puede aducir el sacerdote *po-ti-ni-ja-we-jo:* Demeter era en Eleusis la Πότνια por excelencia (2).

6. Finalmente, el mismo encabezamiento de En, *Pa-ki-ja-ni-ja to-sa da-ma-te DA* 40. El uso de *da-ma-te* en singular para designar la tierra sagrada de *Pa-ki-ja-na* que se daba a la cofradía inicial, puede atestiguar un culto real de Demeter.

En cuanto a Poseidón, mi afirmación sorprenderá tal vez a primera vista. Hay que partir de que, a juzgar por Homero, *Odisea* III 55 ss., y por las tabletas Es545 y siguientes, era el dios principal de Pilos; también Tn316 le coloca en un lugar de honor. Y en Un718, dedicada íntegramente a ofrendas a este dios, se las presenta no sólo el rey, el jefe militar y el pueblo, sino también el *wo-ro-ki-jo-ne-jo ka-ma*, o sea los *ka-ma-e-we*, los mismos que oficiaban en el rito demetríaco de la arada sagrada.

Este dato nos pone sobre la buena pista, llamándonos la atención sobre la presencia de Poseidón en el rito de la arada sagrada de que hemos hablado arriba. En Sciron, donde uno de estos ritos tenía lugar, había un templo en que se rendía culto, junto a Demeter y Kore, a Poseidón (3) y Atenea. Y Plutarco (4) le pone en relación, como Poseidón Φυτάλμιος (que hace crecer la vegetación), con Demeter Proerosia, con lo cual le encontramos presente en el rito de la arada sagrada de Eleusis.

Más generalmente, y sin limitarnos a este rito, Schachermeyr, en su importante estudio sobre Poseidón (5), ha reconocido que en época micénica el dios formaba pareja con la diosa Demeter —la tierra madre—, efectuando con ella un

---

(1) Cf. pág. 387, nota 1.
(2) Cf. *Carm. Pop.* 5 Diehl.
(3) Deubner, ob. cit. 47.
(4) *Conu. Sept. Sap.* 158 E.
(5) F. Schachermeyr, *Poseidon un die Entstehung des griechischen Götterglaubens*, Berna, 1950.

ἱερὸς γάμος en forma de caballo. El culto al caballo y su relación con la idea de la humedad y de la fertilidad viene de época indoeuropea, cristalizando en Grecia en la figura de Poseidón y uniéndose con una diosa madre egea que representa a la tierra y la fecundidad, al tiempo que tenía (como el propio Poseidón) conexiones con el mundo infernal. Ποσειδάων representa, según la etimología más comúnmente aceptada, «esposo de Da». En época micénica Arcadia conservaba un culto de Poseidón en relación con Demeter y con la idea de la fertilidad. En otras partes de Grecia Poseidón continuó ligado de una manera más o menos clara a Demeter y la fecundidad: así, en Atica, en Delfos, etc. Sólo después del año 1000 el dios perdió una gran parte de su importancia (1) y quedó reducido a dios del mar y de los fenómenos subterráneos. Estas ideas de Schachermeyr—apoyadas en multitud de datos sobre reliquias del estadio más antiguo—parecen confirmarse ahora brillantemente con el apoyo de las tabletas micénicas. Es la pareja divina de Poseidón y Demeter la que, si lo expuesto arriba es cierto, recibía, como promovedora de las buenas cosechas, el puesto principal en el culto del palacio de Pilos, siendo sus sacerdotes recompensados con tierras, como lo eran con cebada los vencedores de los Juegos eleusinos. En Tn316 encontramos, junto a Poseidón, una diosa *Po-si-da-e-ja* (Ποσιδαία): nada más próximo después de lo dicho que suponer que se trata de Demeter.

XI

El estudio de las tabletas En=Eo y Eb=Ep, con algunas referencias a otras varias, nos ha presentado un cuadro bastante completo, aunque hipotético en algunos detalles, de la organización sacerdotal de *Pa-ki-ja-na*. Nuestro estudio se ha

(1) Queda un reflejo en los mitos que cuentan cómo fué desairado en sus pretensiones de ser el dios principal de Atenas, Corinto, Argos, Egina, Trozén, etc. Cf. P. Grimal, *Dict. de la Mytohologie grecque et romaine*, París, 1951, 391.

basado, naturalmente, en los datos que nos ofrecen las tabletas: la participación de sus miembros, en grado diferente, en las tierras que les ofrecían el rey y el *da-mo*. No cabe duda, pues, de que las tabletas hasta aquí estudiadas sólo en una parte mínima reflejan la manera cómo era distribuída la tierra cultivable en época micénica. Para obtener algunas precisiones más sobre este extremo hemos de estudiar otras tabletas de Pilos y Cnosos. Los resultados que obtengamos nos ayudarán a comprender mejor los hechos que hemos encontrado en *Pa-ki-ja-na*.

Sin embargo, lo cierto es que la mayor parte de las tabletas referentes a tierras presentan, por razones arriba expuestas, un cuadro bastante semejante al de *Pa-ki-ja-na*. Vamos a estudiar estas tabletas dejando para el final unas pocas que dejan traslucir la distribución de la tierra.

La tabulación de las tabletas Ea la hacemos en tres cuadros: *a)* κτοῖναι κεκειμέναι y *ka-ma; b)* κτοῖναι κτιμέναι y ὄνατα de κτιμέναι; *c)* ὄνατα de κεκειμέναι. Sin embargo, para cada personaje damos todos los datos conocidos la primera vez que aparece; los que van entre paréntesis se deducen de otras tabletas relativas a la misma persona. Cuando no hay medio de decidir entre κεκειμέναι y κτιμέναι damos la anotación *(ktim.* ?).

CUADRO III (Tabletas Ea)

a)

1. *A-pi-a²-ro*	*(su-qo-ta?)*	*kt. (kek.)* 0/6 (1) *k. kek.* 2/5 (2) *kt. kek. a-no-no* 0/1 (3)

(1) Ea270. Se dice que tiene la κτοῖνα de *qo-qo-ta-o* (βουβωτάο) *Pe-re-qo-no-je* (Φερεφόνοιο?): es decir, la que el año anterior tenía este personaje (cf. pág. 402). Por el paralelismo con las siguientes, suponemos que es una κτοῖνα κεκειμένα. Conocemos un ὀνατήρ (núm. 18).

(2) Ea109: es la κτοῖνα del συβώτας. Tiene cuatro ὀνατῆρες (números 18, 32, 27 y 9, de 0/2, 0/5, 0/2 y 0/1, respectivamente). Del número 18 se afirma que tiene ὄνατον de la κτοῖνα κεκειμένα del συβώτας.

(3) Ea 922.

2. *Ro-wo-do-ko*	*(qo-qo-ta?)*	*kt. kek.* 0/3 (1)	
3. *(Ku-ru-no)*	*me-ri-te-u*	*(kt. kek.)* (2)	
		kt. kek. a-no-no 1/1 (3)	
4.]*te-i-jo*	*ra-wa-ke-si-jo* [*a-mo-te-u*	*kt. kek.* 1/3/2 (4)	
5. *Ko-do*	*po-me*	*kt. kek.* 0/6/2 (5)	*kt. ktim.* 1/4/3 (6)
		on. pa-ro da-mo 0/4 (7)	
6. *Ti-ri-da-ro*	*ra-pte*	*on. (ktim.?)* 0/6 (8)	
		ka-ma (9)	
		on. pa-ro da-mo (10)	

Antes de continuar hemos de hacer un pequeño comentario sobre las κτοῖναι κεκεμέναι de estos personajes. Ya Bennet (11) vió que poseían una κτοῖνα κακειμένα, como excepción, el συβῶτας, el μελιτεύς, el βουβώτας y el λαϝαγέσιος ἁρμοστεύς; o, mejor, creyó que estas designaciones debían de ser entendidas en plural (κτοῖνα «de los porqueros», etc.). Por mi parte, añado las siguientes precisiones:

(1) Ea802. Es la κτοῖνα «del συβώτας». A ella se refiere el ὄνατον de *Ke-re-te-u* en Ea305 (cf. pág. 404).

(2) Su existencia se deduce de la de cuatro ὀνατῆρες (9, 15, 11 y 18), pues parece que la κτοῖνα κεκειμένα ἄνωνος no los tendría, como ocurre con la de *Api-a²-ro*. Aunque no se dice que esta κτοῖνα sea κεκειμένα, el paralelismo con la del συβώτας parece exigirlo.

(3) Ea801.

(4) Ea421. Aunque no se dice que sea una κτοῖνα κεκειμένα, ello es claro porque 28 es ὀνατήρ «de la κτοῖνα κεκειμένα del *ra-wa-ke-si-jo a-mo-te-u*».

(5) Ea803 *Ko-do e-ke da-mi-jo*. Cf. infra.

(6) Ea71. Hay dos ὀνατῆρες, 14 y 15, no sabemos si de κεκειμένα o de κτιμένα.

(7) Ea 824.

(8) Ea754.

(9) Ea28.

(10) Ea460.

(11) Ob. cit., 125.

1. El paralelo ya notado de Ep301 (y tabletas Eb correspondientes), que demuestra que se podía poseer una κτοῖνα κεκειμένα y no sólo el ὄνατον de la misma, recibido del *da-mo*.

2. No se trata de plurales, sino de singulares. Aparte del paralelo de Ep301, tenemos que se habla en singular de la κτοῖνα *ra-wa-ke-si-jo-jo a-mo-te-wo*, de la de *qo-qo-ta-o pe-re-qo-no-jo* y de la de *ku-ru-no-jo me-ri-te-wo*. En las tabletas de *Pa-ki-ja-na* hemos visto que se dice bien *qe-re-qo-ta pa-da-je-we*, bien *pa-de-je-we* simplemente, por poner un ejemplo.

3. Añado la κτοῖνα κεκειμένα de *Ko-do* y el *ka-ma* de *Ti-ri-da-ro*.

4. Hay que separar las κτοῖναι ἄνωνοι que, como se ha dicho varias veces, no tienen ὀνατῆρες (1).

5. Se nos dice que la κτοῖνα del porquero la tiene *A-pi-a²-ro;* y en otro lugar se dice que el propio *A-pi-a²-ro* tiene la κτοῖνα del βουβώτας (al que se llama *Pe-re-qo-no;* se da la medida 0/6), pero en otro se le atribuye a *Ro-wo-do-ro* (medida, 0/3). Por ello suponemos que la κτοῖνα fija del porquero pasó el año de redacción de las tabletas a *A-pi-a²-ro* ('Αμφίαλος, que también sería porquero) de un modo semejante a lo que ocurría en *Pa-ki-ja-na* (cf. pág. 393). Una cosa semejante sucedería con el recolector de miel (?) y el carrero del jefe militar (?), cuyos nombres en el año en curso se nos dan. En cuanto a la κτοῖνα del boyero, parece que hay una contradicción entre los dos datos a que he hecho referencia, con lo cual no sabemos si es *A-pi-a²-ro* o *Ro-wo-do-ko* el que ha de dar a *Ke-re-te-u* un *o-na-to* sobre «la κτοῖνα del porquero». Veo las siguientes posibilidades de solución: *a)* en una u otra de las dos tabletas ha sido omitida por error la palabra *o-na-to; b)* la κτοῖνα del boyero se dividió en dos este año (nótese su exigua extensión); *c)* el boyero tenía, como el *ra-wa-ke-si-jo a-mo-te-u* y, sin duda, el porquero, dos κτοῖναι κεκειμέναι, una con *o-na-te-re* y otra *a-no-no*, que serían la una y la otra de las dos a que nos referimos.

6. Cuando ni al hablar del poseedor ni de los ὀνατῆρες se

(1) Hay una en Ep301 = Eb818.

dice si la κτοῖνα es κτιμένα o κεκειμένα, añado en la lista *(ktim.* ?), pero puede tratarse de una κεκειμένα, como ya se indicó arriba.

Tras esto, continuamos nuestro cuadro con los poseedores u ὀνατῆρες de κτιμέναι:

b) (1)

7. *I-ma-di-jo*		*(kt. ktim.?)* (2)	
8. *Sa-ke-re-u*	*i-je-re-u*	*kt.ktim.* 6 (3)	
Ko-do (4)			
9. *Ru-ko-ro*	*ra-w-ake-si-jo*	*kt. (ktim.?)* 0/6 (5)	
		on. ktim. 0/1 (6)	*on. (kek.)* 0/3 (7)
			on. kek. 0/1 (8)
10. *Qo-u-qo-ro*		*kt. ktim.* 2/3 (9)	
11. *E-u-me-de*	*a-re-pa-zo-o*	*(kt. ktim.?)* (10)	
		on. kek. n/1 (11)	
12. *Mo-ro-qo-ro*	*po-me*	*kt. ktim.* 3/1/1 (12)	
13. *Ta-ra-ma-ta*		*kt. ktim.* 5/3/3 (13)	
		on. (ktim.?) (14)	*on. pa-ro da-mo* 0/9 (15)
14. *Ku-ro*[2]	*ra-wa-ke-si-jo*	*(kt. ktim.?)* (16)	
15. *E-ro-qo*	*ra-pte*	*on. (ktim.?)* 0/1	*on. (ke.)* 0/1 (17)
16. *Ze-pu-ro*	*ra-pte*	*on. (ktim.)* 0/1 (18)	

(1) Quizá haya que anotar aquí Ea810 *ti-nwa-si-jo* 3/5.

(2) La existencia de una κτοῖνα (κτιμένα?) se deduce de la de los ὀνατῆρες 15 y 18.

(3) Ea756. Hay dos ὀνατῆρες (16 y 18) de esta κτοῖνα κτιμένα

(4) Cf. núm. 4.

(5) Ea823.

(6) Ea782.

(7) Ea799 (de 2).

(8) Ea132 (de 1, de la κτοῖνα del συβώτας). Cf. también Ea882.

(9) Ea781.

(10) Ea812.

(11) Ea820. Cf. también 819.

(12) Ea817. Da tres ὄνατα (9, 18 y 26).

(13) Ea821.

(14) Ea825.

(15) Ea778. Cf. también Ea336.

(16) Ea29.

(17) Ea13. Cf. también Ea325.

(18) Ea56.

17. *Ka-ra-do-wa-ta*		*on. (ktim.?)* (1)	
18. *Ke-re-te-u*		*on. (ktim.)* (2)	*on. kek* 0.1 (3)
		on. ktim. 1/2 (4)	*on. (kek.)* 0/3 (5)
		on. ktim. (6)	*on.kek.* 0/2 (7)
			on. kek. 1/2 (8)
19. *O-ko-me-ne-u*		*on. (ktim.?)* 2 (9)	
20. *O-pe-te-re-u*		*(on. ktim.?)* 2 (10)	
21. *Du²-ni-jo*		*on. (ktim.?)* 0/6 (11)	
22. *O-ke-u*	*di-ra-po-ro*	*on. (ktim.?)* 0/1 (12)	*on. pa-ro da-mo* 0/2 (13)

En la lista precedente hemos colocado primero a los poseedores de κτοῖναι κτιμέναι y a los de κτοῖναι no calificadas. Entre los poseedores de κτοῖναι κτιμέναι contamos: un *i-je-re-u*, un *po-me*, un *ra-wa-ke-si-jo* y dos personas cuya profesión no se especifica, pero una de las cuales, *Ta-ra-ma-ta*, sabemos por otras tabletas que poseía mucho ganado, con pastores a su servicio. De entre estos *ko-to-no-o-ko* hay dos que tienen además *o-na-ta* de ambos tipos; los demás no tienen *o-na-ta*. En cuanto a los poseedores de κτοῖναι no calificadas, hemos pensado que posiblemente estas κτοῖναι son κτιμέναι, pues la posesión de κεκειμέναι es, a juzgar por *Pa-ki-ja-na*, más rara. Son un *a-re-pa-zo-o*, un *ra-wa-ke-si-jo* y otros personajes de profesión in-

(1) Ea57.
(2) Ea304.
(3) Ea305.
(4) Ea800.
(5) Ea771.
(6) Ea827.
(7) Ea776.
(8) Ea806.
(9) Ea780.
(10) Ea811. Es quizá el *te-o-jo do-e-ro* de Ep705.3 = Eb169. Los ὄνατα mencionados aquí son de cuantía diferente de los de Ep = Eb.
(11) Ea805. Es quizá el mismo *o-pe-te-re-u qe-ja-me-no* de Ep704 = Eb294. Se añade *e-ne-ka a-no-pa²-si-ja*, quizá como explicación de la concesión del ὄνατον.
(12) Ea814.
(13) Ea259. Encima está escrito *u-me-ta-qe-a-po* (?).

determinada. Ninguno de ellos tiene *o-na-ta*. En cuanto a los poseedores de ὄνατα de κτιμέναι y no de κτοῖναι, pueden tener también ὄνατα de κεκειμέναι y sólo en dos casos se da la profesión: *ra-pte* (dos veces) y *di-ra-po-ro*.

23. *Wi-ri-ja-no*	*e-pi-we-ti-ri-jo*	*on. pa-ro da-mo* 0/1 (1)
24. *Wa-tu-o-ko*	*a-ke-ro*	*on. pa-ro da-mo* (2)
25.]*ra-i-ka*		*on. pa-ro* [*da-mo?* (3)
26.		*on. (kek.)* 1/1 (4)
27. *E-ri-qi-jo*		*on. (kek.)* 0/2 (5)
28.		*on. kek.* 0/2 (6)
29. *Ka-ra-pi*	*e-te-do-mo*	*on. pa-ro da-mo* 1 (7)
30.		*on. kek.* (8)
31. *I-ma-di-ja*		*on. pa-ro da-mo* 2 (9)
32. *E-u-me-ne*	*ra-wa-ke-si-jo*	*on. (kek.)* 0/5 (10)

Hay que recalcar que los datos conocidos de Ea son muy incompletos, pues, además de las tabletas que aquí tabulamos, hay otras muchas inutilizables por tratarse de pequeños fragmentos. A pesar de ello pueden notarse una serie de diferencias respecto a las tabletas de *Pa-ki-ja-na*. He aquí las más destacadas:

1. En cuanto a la terminología, falta el *to-so pe-mo;* de otra parte, cuando se habla de un ὄνατον de κτοῖνα κεκειμένα jamás se dice *pa-ro da-mo*, y, en cambio, la expresión *pa-ro da-mo* excluye la designación κεκειμένα. Si se dice que se recibe un ὄνατον de una κτοῖνα κεκειμένα, no se especifica si tiene un poseedor determinado, aunque ello parece inverosímil a juzgar por lo que acabo de decir; al contrario, si se dice que el ὄνατον se da

(1) Ea52.
(2) Ea136.
(3) Ea208.
(4) Ea439.
(5) Ea480.
(6) Ea757.
(7) Ea808.
(8) Ea809.
(9) Ea816.
(10) Ea822.

a una determinada persona, muchas veces no se especifica (o si se dice sólo es un añadido en la línea superior) si su κτοῖνα es κτιμένα o κεκειμένα; lo mismo ocurre a menudo si se habla de la posesión de una κτοῖνα. Cuando en varias tabletas se habla de una misma κτοῖνα, esta precisión aparece en unas sí y en otras no. De todo ello deduzco que: *a)* había una diferencia esencial entre las κτοῖναι poseídas por alguien y las «del pueblo»; *b)* las κτοῖναι κτιμέναι y las κεκειμέναι eran en lo esencial idénticas y apenas se sentía necesidad de distinguirlas. Las κτοῖναι κεκειμέναι no eran, como en *Pa-ki-ja-na*, una excepción de carácter más bien honorífico: aquí dan ὄνατα igual que las κτιμένα y debían de ser más numerosas (a juzgar por la referencia indirecta a partir de los ὄνατα) que el número de cinco que encontramos seguras o casi seguras.

2. En cuanto a las cantidades de grano, hemos de notar que la irregularidad es mucho mayor aún que en *Pa-ki-ja-na*. Allí las κτοῖναι κτιμέναι eran más importantes que sus ὄνατα; las κτοῖναι y ὄνατα de κεκειμέναι eran, salvo excepción, también más pequeñas, pero sin diferencia apreciable entre sí. Aquí encontramos que las κτοῖναι tanto κεκειμέναι como κτιμέναι oscilan entre cantidades aproximadas de *pe-mo;* en cambio, los ὄνατα, tanto de κτιμέναι como de κεκειμέναι son de un volumen aproximado, y, en general, muy inferior. Esto coincide con lo anterior: las κτοῖνα κεκειμέναι se han hecho prácticamente equivalentes a las κτοῖναι κτιμέναι, así como los ὄνατα de κεκειμέναι pertenecientes a un poseedor, a los de κτιμέναι. Entre los *o-na-ta pa-ro da-mo* hay una notoria desigualdad, pues algunos elevan su importe al normal de una κτοῖνα. Parece, pues, que el sistema de propiedad de la tierra se está desintegrando y que ciertos ὄνατα dados por el pueblo acaban por ser considerados como κτοῖναι con todas las consecuencias.

3. Faltan, en absoluto, las palabras *te-re-ta* y *te-o-jo do-e-ro (-ra)*. Tanto los poseedores de ὄνατα como los de κτοῖναι pueden indicarse sin mencionar su profesión o mencionándola. Si se menciona, nunca está relacionada con el Fάναξ. Hay entre ellos un sacerdote, *Sa-ke-re-u*, que tiene una importante κτοῖνα con dos ὀνατῆρες. Hallamos representantes de diversos

oficios: el porquero, el boyero, el recolector de miel (?), el carrero del jefe del ejército (?) y el pastor forman un primer grupo, el de poseedores de κτοῖναι κεκειμέναι; añadamos un *ra-pte*, quizá un sacerdote (1), que tiene un *ka-ma*. Tenemos luego otro pastor, dos funcionarios (¿de qué tipo?) del jefe del ejército *(ra-wa-ke-si-jo)*, un ungüentario (?) *(a-re-pa-zo-o)*, dos *ra-pte-re* (sacerdotes?), un escriba (?) *(di-pte-ro-po-ro)* (2), un sastre *(e-pi-we-ti-ri-jo)* (3), un mensajero *(a-ke-ro*, ἄγγελος) y un armero *(e-te-do-mo)*. Todo este segundo grupo, así como *Sa-ke-re-u*, citado al principio, poseen κτοῖναι κτιμέναι, ὄνατα o κτοῖναι no definidas con más precisión.

Lo notable de estas tabletas es que no se puede establecer relación alguna entre las profesiones y las κτοῖναι u ὄνατα que se dan. Entre estas profesiones las hay que claramente tienen relación con la administración del Estado: piénsese en los distintos λαϝαγέσιοι, en el mensajero, el armero y el escriba. *Ta-ra-ma-ta* debe de ser un importante personaje oficial (4); también debe de pertenecer a la administración el *a-re-pa-zo-o* o ungüentario, pues otro de ellos aparece en Un267 en relación con el funcionario *A-ko-so-ta* ('Αρξότας). Hay, además, un sacerdote, más otros que posiblemente lo son (los *ra-pte-re)* y un personaje *O-pe-te-re-u* que conocemos ya por las tabletas de *Pa-ki-ja-na* y, por lo tanto, lo es indudablemente. Ello

---

(1) Se suele pensar en ῥάπτω «coser, zurcir», a pesar de esperarse una *ϝ*. Me inclino por λαμπτήρ «portador de antorcha» porque a esta raíz pertenecen las demás formas micénicas con *rap-* y porque al hablarse de *ka-ma* debe pensarse en un sacerdote. Las demás tabletas en que se habla de *ra-pte*, *ra-pi-ti-ra²* o *ra-qi-ti-ra²* no van contra esta interpretación; por ejemplo, en An207 aparecen junto a los *ra-pte-re* distintos profesionales y también *da-ko-ro* (servidores de los templos).

(2) Pugliese-Carratelli, *PP* 35, 1954, 111. Para otras posibilidades, cf. Ventris-Chadwick, 217.

(3) *E-pi-we-ti-ri-jo* = ἐπιϝέστριος (Georgiev). Ventris-Chadwick, 393 piensan en ἥτριον, pero en esta palabra la η es jónica (dorio ἄτριον).

(4) Cf. Ae108, 489, 134. También en Vn851 aparece junto a un *pa*]*-da-je-we* y a *Ka-pa-ti-ja*.

nos hace pensar que otros varios de entre los personajes de profesión no definida son también funcionarios o sacerdotes: así, por ejemplo, son sin duda funcionarios los distintos tipos de pastores (en *Pa-ki-ja-na* había ya uno), el «recolector de miel» (?) (1), y el sastre. En mi opinión, la totalidad de las personas incluídas en las tabletas Ea deben incluirse en una de estas dos categorías.

4. Hay que hacer también observaciones relativas a las localidades a que pertenecen los personajes de Ea. Entre ellos hay algunos de los que podemos suponer con verosimilitud a qué localidad pertenecen. *Ko-do* es de *Me-te-to* (Vn130.11); *E-ko-me-ne-u* y *Qo-u-ko-ro* de *Ko-ri*[*-to* (Nn831.5 y 8); *O-po-te-re-u* debe de ser el mismo personaje de *Pa-ki-ja-na; A-pi-a²-ro, Sa-ke-re-u, I-ma-di-jo* y *E-u-me-ne* son *ka-ke-we* (χαλκῆϝες) de *Wi-ja-we-ra²*, *A-pe-ke-e, A-ke-re-wa* y *E-ni-pa-te-wa*, respectivamente (Jn478.3, 431.17, 310.15, 725.15) (2). Otros nombres figuran en listas de individuos que pueden proceder de varias localidades (3). Aunque puede haber error, parece que los personajes de Ea proceden de localidades diversas.

Podemos resumir nuestras conclusiones de la manera siguiente. En Ea no hay una comunidad organizada, sino una serie de donativos a diversos personajes que son unas veces sacerdotes y otras (las más) funcionarios, alguno de ellos (quizá todos) del λαϝαγέτας. Aparece también la noción de *ka-ma* y la de *wo-ze* (4), de modo que se recompensa, entre otros sacerdotes, a algunos que se ocupan del ritual ya estudiado (arada sagrada?). Pero no nos encontramos ante una comu-

(1) *Me-ri-te-u*.

(2) Cf. Ventris-Chadwick, 352.

(3) Es dudoso que *Du²-ni-jo* sea el *te-o-jo do-e-ro* de *Pa-ki-ja-na*, pues es nombre frecuente. Aparece también en Cnosos, en Pilos (Un138.1) y en contextos en que difícilmente puede ser un *te-o-jo do-e-ro* (Ae8, 72, 264). Más probable es la identificación con el *Du²-mi-jo* de Eq59.7, que tiene un ὄνατον de 1/6, pues en esta tableta figura también *Ke-re-te-u*.

(4) Ea309.

nidad organizada. De ahí también que no haya una recopilación como las de En y Ep. Las tabletas Ea ilustran, de otra parte, el fenómeno por el cual se crean κτοῖναι κεκειμέναι, que en la práctica funcionan como las κτιμέναι, independizándose del *da-mo*. Es imposible decidir con qué criterio tendría lugar el reparto; no encontramos criterios jerárquicos como en *Pa-ki-ja-na*. Evidentemente, el Fάναξ (o el λαFαγέτας?) tenían varias κτοῖναι para recompensar a ciertos sacerdotes o funcionarios y algunas κτοῖναι κεκειμέναι habían quedado para estos fines, aparte de ὄνατα que daba el *da-mo*. Las tabletas tabuladas bajo *a)* sugieren que había una κτοῖνα κεκειμένα fija para algunos de estos funcionarios, variando el beneficiario por años (¿por sorteo?).

XII

Encontramos, pues, en Pilos un sistema de recompensas a determinados sacerdotes y funcionarios, entre los cuales incluímos los Fανάκτεροι, los λαFαγέσιοι, otros a los que no podemos definir exactamente y, finalmente, jefes militares como aquellos a que se refieren dos tabletas ya mencionadas: Sn64+An218 y An830.1. Mencionemos aún Eq59, que cita distintos ὄνατα de un personaje ya conocido, *Ke-re-te-u* (Κρηθεύς) y al mantenimiento de cuyo caballo contribuyen, según parece, el *da-mo* y el λαFαγέσιον τέμενος (o un funcionario λαFαγέσιος) (1). También en Creta encontramos una serie de tabletas que testimonian la existencia de un sistema semejante. Aquí encontramos en Uf varias tabletas referentes a κτοῖναι *(ko-to-i-na* es la grafía local). Hay que notar algunas cosas notables:

1. Probablemente estas κτοῖναι no estaban dedicadas al cultivo de cereales, sino al del olivo o la vid: de ahí la designación de *ko-to-i-na pu-te-ri-ja* (κτοῖνα φυτηρία) que se encuentra algunas veces (Uf981, 1022) y el nombre de *pu-te* (φυτήρ) que se da en ocasiones al poseedor (Uf835, etc.) (2). Consecuen-

(1) Cf. Furumark, l. c., 36. La interpretación no es segura.
(2) Cf. también PY Na520, ya citado.

temente, las κτοῖναι no son medidas en *pe-mo* (σπέρμα) como en Pilos, sino en medidas dadas con las sílabas *DA* y *PA*. La primera parece ser una abreviatura de *da-ma-te* y designar la κτοῖνα-tipo (1); *PA*, que se añade a veces, es una unidad más pequeña. Nótese también que en Pilos es rara la mención del aceite; y, de otra parte, hay textos homéricos (2) en que se habla de τεμένη de los reyes, consistentes ya en sembrado, ya en plantaciones (de olivo y vid). Cf. también lo que digo más adelante sobre los olivos sagrados de la diosa en Atenas.

2. Como en Pilos, encontramos aquí la palabra *te-re-ta*, que nos muestra otra vez funcionarios del culto real y originariamente de la casa del rey, en general, como beneficiarios de las κτοῖναι. En otras ocasiones, los beneficiarios son un *e-te-do-mo* (ἐντεσδόμοι) y un *wo-we-u* (ϝορϝεύς, ¿«sacerdote que traza los surcos»?). Es decir, nos encontramos con una institución en lo esencial análoga (3), aunque el material sea dos siglos anterior y proceda de un país con características específicas. Si no encontramos mención de κτοῖναι κτιμέναι, el que estén citadas expresamente las κεκειμέναι indica que las había. Más exactamente, creo que toda κτοῖνα no calificada de κεκειμένα es κτιμένα y que este adjetivo, tautológico desde el punto de vista etimológico, se añadió en fecha posterior para caracterizar mejor a las κτοῖναι no κεκειμέναι. Tampoco se habla de ὄνατα, pero repetidas veces se designa a un poseedor como τρίτος o τρίτος φυτήρ, lo que parece deber interpretarse en el sentido de que en una κτοῖνα había varias personas establecidas.

---

(1) Recuérdese su uso algo diferente en En (cf. pág. 398).

(2) Recogidos por Ventris-Chadwick, 153. Cf. también Er880: [*e*]-*ke-ra*²-[*wo ki*]-*ti-me-no e-ke sa-ra-pe-do-*[*i*? *pe*]-*pu*²-*te-me-no*, «Eclaón (el rey) tiene en Sarapedon una tierra κτιμένα plantada», es decir, con sembrados y árboles (como en *Ilíada*, IX, 578-80, etc.), pues a continuación se hace mención de grano e higueras.

(3) Cf. también Uf837 *b*]*ta-ko-ro*, seguramente *te-u-ta-ra-ko-ro* como en An424 y Fo276. *A-ke-re-mo* y otras profesiones son dudosas.

XIII

Todo el sistema de recompensas en tierras a determinados sacerdotes y funcionarios o artesanos al servicio de la comunidad debe ser colocado en un marco más amplio a la luz de las tabletas y confirmado con ayuda de las supervivencias posteriores del sistema.

El marco más amplio se logra de dos maneras. De una parte, no son éstas las únicas tabletas que registran recompensas dadas por el Estado a determinadas personas. Dentro de la misma serie E encontramos Eq146, en que no se mencionan κτοῖναι, pero se habla de varios τελεσταί que en unión de un *i-ja-te* (ἰατήρ) reciben *pe-mo*. Esto nos lleva, aún en E, a Es650, donde se registra el *pe-mo* que tienen o reciben 14 individuos que, a juzgar por lo que se dice de dos de ellos, son sacerdotes (más exactamente, *te-o-jo do-e-ro)*. Cf. también las numerosas tabletas en que se registran consignaciones de trigo, cebada y aceite a diferentes personas de Cnosos, Pilos y Micenas (1). Estas tabletas no deben confundirse con las de impuestos, tales como las Ma.

De otro lado, lo dicho hasta aquí hace evidente que las tabletas relativas a κτοῖναι (y τεμένη) estudiadas anteriormente representan solamente un aspecto del reparto de la tierra en Pilos y Cnosos, sobre el que indirectamente dan luz. Como ya sabíamos por Homero, hallamos los τεμένη que se reserva el rey y, además, el del λαϝαγέτας. En vez de mencionarse un τέμενος de un templo, se distingue el *pe-mo* de los τελεσταί y el *ka-ma* o ἔρημος de los Ϝοργίονες. El primero es calificado de κτιμένον, al igual que en una ocasión se designaban, según vimos, las tierras del rey; y si nos hallamos en *Pa-ki-ja-na* ante cultos del palacio, como creemos, es de suponer que el *pe-mo* de los τελεσταί (y, por tanto, el de sus ὀνατῆρες) proceda en definitiva del rey; en cambio, algunos beneficiarios de Ea reciben sus

(1) Cf. Ventris-Chadwick, 213 ss. En Gnosos (E777 y G820) encontramos una κριθηϝία y una ποτνιϝεία.

ὄνατα del λαϝαγέσιος, y éste es casi seguro que, en último término, lo obtuvo del λαϝαγέτας. Que las tierras de éste sean consideradas κτιμέναι no es seguro, aunque sí verosímil; también es fácil que algunos de los poseedores de κτιμέναι de Ea se las hubieran dado directamente de un fondo reservado para esto y administrado no sabemos si por el rey o por el λαϝαγέτας (1).

Al lado de estas κτοῖναι o parcelas hallamos las κτοῖναι κεκειμέναι, cuyo régimen consistía fundamentalmente en que pertenecían al *da-mo*, quien daba ὄνατα de ellas anualmente. *Da-mo* es sinónimo de *ko-to-no-o-ko* (κτοινόοχοι) (2) en Eb295=Ep704.6; a decir verdad, no se ve clara la diferencia entre una κτοῖνα κεκειμένα y su ὄνατον—la extensión es parecida, contra lo que ocurre en las κτιμέναι—, salvo que en las primeras ya no se dice que las asigne el *da-mo*, de modo que presuponen ciertos derechos adquiridos. El *ka-ma*, del que ya hemos hablado y que tiene un carácter sacral especial, es considerado como una κτοῖνα κεκειμένα; igual puede decirse del *e-to-ni-jo* y del *ko-re-te-ri-jo ke-ke-me-no*.

Lo notable es que en nuestras tabletas sobre κτοῖναι κεκειμέναι no nos hallamos ante el verdadero pueblo, sino ante ὄνατα (en varios casos, κτοῖναι) que éste da a ciertos sacerdotes y funcionarios públicos, por así decir. Evidentemente, no interesaba que constara otra cosa en los archivos de palacio; pero por analogía hemos de admitir que, aparte de éstos, una gran mayoría de la población por fuerza había de recibir cada año κτοῖναι u ὄνατα de las κτοῖναι κεκειμέναι. Es el sistema de tierras comunes repartidas anualmente, cuyos paralelos indoeuropeos adujo Palmer desde el primer momento (3). Cuando el sistema se aplica a los militares, hemos visto que se les reparte un *ko-re-te-ri-jo ke-ke-me-no* especial, apartado del fondo común. En cuanto a las κτιμέναι, constituyen lotes aparte que se han reservado en edad más temprana, aunque dentro de ellos

(1) La γῆ ἀδιαίρετος. Cf. Lenschau, *RE*, XXI Hb. col. 810.

(2) Anuales eran también las κτοῖναι κτιμέναι y sus ὄνατα, que se daban a sacerdotes y funcionarios.

(3) TPhS 1954, 33 ss.

parezca prevalecer el principio de la redistribución anual. Esto hemos de suponerlo sólo por analogía, dada la semejanza de las fórmulas y la irregularidad de unas y otras parcelas, que indica frecuentes retoques y cambios de límites.

Efectivamente, en Pilos hallamos dispersos algunos datos relativos al *da-mo* poseedor de κτοῖναι u ὄνατα de κεκειμέναι que no figuran en la serie E.

Me refiero, ante todo, a An610, lista de *e-re-ta* (remeros y, sin duda, también guerreros):

	]*ne e-re-ta*	*VIR* 46[	
	]*e ki-ti-ta*	*VIR* 19[	
	]*ta*	*VIR* 36[	
	]*ki-ti-ta*	*VIR* 3 [	
5.	***me-ta-ki-ti-ta***	*VIR* 3 [	
	e-wi-ri-po	*VIR* 9 *po-si-ke-te-re*[	
	a-ke-re-wa	*VIR* 25 *wo-qe-we*[	
	ri-jo	*VIR* 24 *wi-nu-ri-jo*[	
	te-ta-ra-ne	*VIR* 31 *me-ta*[	
10.	*a-po-ne-we*	*VIR* 37 *me-ta*[	
	ma-ra-ne-nu-we	*VIR* 40 *po-ti-ja-ke-re*	*VIR* 9
	[*za*]*-ku-si-jo*	*VIR* 8 *za-e-to-ro*[	*VIR* 3
	da-mi-ni-jo	*VIR* 40 *e-ka-ra²-wo-no*	*VIR* 40
	we-da-ne-wo	*VIR* 20 *ko-ni-jo*	*VIR* 126 ***me-ta-ki-ti-ta***
			VIR 26
15.	*po-ku-ta*	*VIR* 10 *we-re-ka-ra-* <*ta*>	*te-pa-ta-qe VIR* 20

Entiendo que los remeros procedentes de las localidades cuyos nombres han desaparecido en l. 2 y 3 son todos κτίσται; de los de la localidad de l. 4, 39 son κτίσται y 3 μετακτίσται; hay que suponer que los que siguen son todos κτίσται, salvo cuando se hace la salvedad de que algunos son μετακτίσται (1). Es de suponer que κτίσται y μετακτίσται están en relación con la institución de las κτοῖναι; tal vez serían, respectivamente, poseedores y ὀνατῆρες de κτοῖναι κεκειμέναι. La palabra κτίστας (en griego clásico, «fun-

(1) O de otras categorías diferentes. Por lo demás, no sólo se mencionan lugares, sino también étnicos *(da-mi-ni-jo)*, así como esclavos (?) del rey Eclaón y del dios Vedaneus (cf. Gallavotti, l. c. sobre *We-da-ne-u)*.

dador») confirma que una κτοῖνα era originariamente una tierra labrada por primera vez y ganada así para el cultivo. En An724 encontramos κτίστας en un contexto en que figuran también palabras ya conocidas por nosotros y relacionadas con la institución de las κτοῖνα: *ka-ma* y *e-to-ni-jo*. La tableta es difícil, pero se habla de personas que deben *e-re-e* (remar?) para ciertos personajes, como el rey Eclaón y el λαϝαγέτας. En l. 3—4 (1) parece correcto interpretar «a un κτίστας que debe remar hacia Episcerion *VIR* 1». En l. 11 se lee *e-ko-si-qe e-qe-ta-i ka-ma*, ἔχουσι τε ἑπέται (2) κάμα; en l. 12 parece hablarse de *e-to-ni-jo e-nwa-ri-jo*, ἑτώνιον Ἐνυαλίῳ. Parece, pues, que esta tableta se refiere a servicios al Estado que son recompensados y que, por tanto, tiene relación con las ya estudiadas; pero en An610 los κτίσται y μετακτίσται aparecen en gran número y debe de tratarse simplemente de una clasificación de los remeros según la categoría a que pertenecen dentro del *da-mo* de Pilos. No es de creer que estos ciudadanos estuviesen libres de impuestos: cf. *KN* Na22, donde expresamente se exime de ellos a ciertos *pu-te-re*. Una tableta como Eq230, relativa a las actividades del inspector *A-ko-so-ta*, se refiere seguramente a esta finalidad.

XIV

En época clásica hay una sobrevivencia de las κτοῖναι en la isla de Rodas, así como en otras adyacentes; Rodas es sabido que fué colonizada intensamente por los micénicos. En Hesiquio encontramos una glosa a ellas referente, glosa que ha sido citada en forma incompleta por los autores que hasta ahora se han ocupado de las *ko-to-na* micénicas. Es ésta: κτοῖναι· χωρήσες προγονικῶν ἱερείων ἢ δῆμος μεμερισμένος.

Hoy está claro, a juzgar por las inscripciones, que las afirmaciones de Hesiquio son verdaderas para la época clási-

(1) *O-pi-ke-ri-ja-de ki-ti-ta e-re-e* VIR 1.
(2) Cf. pág. 377, nota 5.

ca (1). Las κτοῖναι tenían un carácter local y eran subdivisiones inferiores a los «demos»; pero ya no tenían otras funciones que las religiosas. Eran comunidades de culto basadas en un principio gentilicio real o supuesto. Cada una elegía un μαστρός, un sacerdote, que se reunía con los de las demás κτοῖναι para cuidar del culto común de Camiros (2). Hemos de suponer que en una κτοῖνα residían originariamente un *ko-to-no-o-ko* y una serie de ὀνατῆρες: éstos son llamados *ko-to-ne-ta* en Eb901 y κτοινέται precisamente son llamados en Rodas los miembros de una κτοῖνα. Si unos y otros pertenecían a una misma *gens* o si los cultos comunes surgieron secundariamente al quedar fija una misma κτοῖνα para los descendientes de un grupo de personas (3), es cosa que no se puede averiguar. En todo caso, es claro que las κτοῖναι de Rodas son derivaciones de antiguas κτοῖναι κεκειμέναι.

Aparte del problema de las κτοῖναι κεκειμέναι y de la reserva para el rey y el λαϝαγέτας de κτοῖναι, nos ha ocupado el funcionamiento de la institución para recompensar a ciertos sacerdotes y funcionarios. Los τεμένη de ciertos cultos reales se distribuían de este modo e igualmente el *da-mo* aportaba tierras especiales (el *ka-ma*, el *e-to-ni-jo*, el *ko-re-te-ri-jo ke-ke-me-no)* y daba incluso de las κτοῖναι y los ὄνατα reservados a él. Esto significa que, en la religión y en todos los demás aspectos, su papel es cada vez más importante.

En época clásica el sistema que se seguía más comúnmente para explotar los τεμένη de los templos —derivados muchas veces de cultos reales—era el del arrendamiento. Pero hay ejemplos en que los explotaban directamente los sacerdotes y esto es, sin duda, arcaico, puesto que encontramos testimoniado el sistema en Arcadia (4). El arrendar el τέμενος es, sin duda, algo secundario.

---

(1) Busolt-Swoboda, *Griech. Staatskunde*, München, 1920, 150 ss.

(2) *IG*, XII, 1, 694.

(3) Sin que esto sea obstáculo a que cada año se sorten las parcelas. Cf. el κοιρητέριον κεκειμένον..

(4) Tegea. Cf. Cauer-Schwyzer, *Delectus*, I, 137. Cf. también Pausanias, X, 32, 12; II, 11, 6, etc.

Incluso existen indicios, todavía en época clásica, de que el pueblo contribuía a sostener los cultos reales. Las μορίαι u olivos sagrados del Atica, aunque estuvieran en propiedades particulares, pertenecían a la diosa, que cobraba el importe de la cosecha; posteriormente pasaron a ser propiedad privada, pero sus dueños debían entregar aceite obtenido de ellos para premiar a los vencedores de los Juegos Panatenaicos (1). Encontramos aquí una clara reliquia de la contribución del pueblo al sostenimiento de un culto que en sus orígenes era puramente real.

F. R. ADRADOS.

(1) Cf. Stengel, *Griech. Kultusaltertümer*, München, 1898, 21. Sin duda, el arrendamiento no excluía del pago del aceite. Recuérdese lo dicho arriba sobre la cebada del «*ka-ma*» de Eleusis.

Reseñas de libros.

Apokrimata. Decisions of Septimius Severus on Legal Matters. Text, translation and historical analysis by WILLIAM L. WESTERMANN (†); legal commentary by A. ARTHUR SCHILLER. Columbia University Press, New York, 1954. X + 111 págs.; una lám.

Con el complemento impresicndible de:

H. C. YOUTIE y A. A. SCHILLER, *Second Thoughts on the Columbia «Apokrimata»* (P. Col. 123), en *Chronique d'Egypte* 30 (1955), 327-345.

Desde la publicación de las «tablettes Albertini», quizá sea la de este PCol. 123 la más importante novedad en el campo de las fuentes del derecho romano. Tal importancia es la que justifica que aquél se haya extraído de la serie general de los Papiros de Columbia y mereciera una edición aparte, dentro del conjunto de estudios en conmemoración del segundo centenario de la Universidad de Columbia. Fallecido Westermann, que había cuidado la edición y el comentario histórico, y publicado ya el trabajo, el mismo Schiller, autor del comentario jurídico en aquella primera edición, se valió de una revisión de lectura llevada a cabo por Youtie, gracias a la cual se podían aclarar muchas cosas. Por este motivo, los *Second Thoughts* deben ser siempre tenidos en cuenta, pues anulan en buena parte la primera edición. En esta reseña nos parece innecesario hacer referencia a las correcciones, y tomamos en consideración conjuntamente la primera (α) y la segunda (β) edición, eliminando sin más lo que de la primera queda invalidado en la segunda. De las muchas recensiones que de esta importante obra han aparecido ya, conviene ver especialmente la de Arangio-Ruiz, en *Gnomon* 28 (1956) 186-192.

El PCol. 123, comprado por la Columbia University en 1930, no tiene procedencia cierta, pero se supone puede ser del Fayum. En o + 60 líneas (Westermann se olvidó de computar la línea o, y, por evitar errores, se ha mantenido su numeración) de hermosa letra griega, conservadas prácticamente íntegras, se nos presenta un *antígraphon* (l. 1) de trece *apokrímata* (l. 1) publicados en el pórtico del Gimnasio (l. 1), en Alejandría (l. o). Se trata de decisiones dictadas por Septimio Severo durante su estancia en Alejandría (199-200 d. de Jesucristo) y publicadas precisamente en los días 18 (l. 2), 19 (l. 21)

y 20 (l. 40) del mes de Phamenoth (14, 15 y 16 de marzo) del año 200; cinco son del primer día, cuatro del segundo y otros cuatro del tercero. Tales *apokrímata* corresponden aparentemente a las *subscriptiones* de rescriptos escritos originariamente en latín; pero de tales rescriptos no se conserva la solicitud del consultante, sino tan sólo el nombre del mismo, seguido, en términos lacónicos, de la resolución imperial. Esta presentación no deja de llamar la atención, y me atrevería a decir que pueden caber serias dudas, si no me equivoco, de que la resolución imperial haya sido trasladada al pie de la letra. Hay un hecho muy significativo, en el que no se han fijado los editores. El laconismo de estos *apokrímata*, que impide a veces una inteligencia cabal del sentido, resulta exagerado precisamente en aquellos *apokrímata* que llevan varios nombres de destinatarios, los últimos de cada lista sin nombrar, designados con el indeterminado καὶ ἄλλοις, lo que ocurre en el *apókrima* III y en los primeros (VI y X) de los otros dos días. Si no me equivoco, no se trata en estos casos de un solo rescripto de destinatario múltiple, sino más probablemente de varios rescriptos, cada uno con su destinatario independiente, que aparecen fundidos por tener idéntico contenido. Precisamente por la menor particularidad del contenido, el redactor del papiro se permitió reducir a un mínimo la referencia; en el III, por ejemplo, no se dice más que «obedeced a lo instruído» (vid. infra). Es decir, PCol. 123 no sería propiamente una traducción de rescriptos, ni siquiera de las resoluciones imperiales de unos rescriptos, sino un sumario griego en el que se hace referencia abreviada a las mismas; el nombre de los destinatarios aparecería tan sólo para facilitar la referencia y eventual cotejo con el texto completo de los protocolos oficiales de la cancillería *a libellis*.

Esto está en relación con el problema de la intención del escriba, es decir, de la finalidad práctica que este llamado *antígraphon* de los rescriptos (podemos suponer que todos) de tres días consecutivos pudo tener. Que Schiller (y también De Francisci, en *Iura* 1955, pág. 188), todavía en 5 (pág. 345), siga pensando en la posibilidad de que se trate de una muestra de estilo para uso de un notario, me resulta difícil de entender, pues parece evidente que nuestro documento, con las referencias cronológicas precisas, debía tener un fin más práctico. En este sentido, había pensado Westermann en una copia para uso de un juez o abogado de la *chora;* pero es más probable que se trate de una comunicación oficial destinada a un funcionario local (Arangio-Ruiz, pág. 188), o quizá, simplemente, de un registro de publicación. Teniendo en cuenta que un laconismo que hace ininteligible en muchos casos el sentido de la disposición resulta poco compatible con un fin informativo, de cualquier tipo que se imagine, nos parece lo más probable que PCol. sea un simple registro de disposiciones publica-

das en la stoa del Gimnasio, algo de lo que se podría llamar, con término moderno, un «registro de salida». La comparación con PAmh, 63 debería hacerse, por este motivo, con ciertas reservas, pues este otro papiro presenta una selección de rescriptos de la misma estancia imperial en Alejandría, entre ellos el II de PCol. 123.

El carácter de registro no parece incompatible con una importante particularidad que el papiro presenta: la omisión originaria del nombre del emperador. En efecto, después de la línea 2, que terminaba con la fecha de la primera *propositio*, la del 14 de marzo, se intercala—en letra distinta y más pequeña, pues el espacio entre esta línea y el nombre del primer destinatario (l. 5) era el dejado normalmente entre dos líneas consecutivas—el nombre y la titulatura de Severo y el de su hijo Caracala, que a la sazón tenía catorce años. Evidentemente, el nombre del emperador autor de los rescriptos no era esencial para el redactor del *antígraphon;* para fines registrales bastaba la fecha. Lo que no resulta claro es qué nueva función fué dada al documento para que el nombre imperial resultara esencial, o si esta inserción del nombre no obedece más que al afán, de quien cuidaba aquel registro en un momento posterior, por destacar la personalidad del autor de las disposiciones cuya publicación se registraba en aquella hoja.

Si este carácter de registro parece incompatible con el término *antígraphon* y se quiere buscar otra finalidad al documento, conviene no olvidar, de todos modos, por un lado, que es muy probable que no se recojan en él los textos completos de las decisiones imperiales; por otro lado, que un fin de información parece desmentido por el mismo laconismo de las referencias, difícilmente inteligibles; por último, que, para el autor del documento, lo importante es la fecha de publicación y no el autor de las decisiones. Es posible que estas consideraciones, que me impulsan a pensar en el registro, puedan inducir a otra explicación más plausible.

Como queda dicho, los *apokrímata* siguen el orden de los tres días. En esta breve reseña de los mismos vamos a seguir el mismo orden del papiro.

I (líns. 5-7). Se recuerda una amnistía, para los que paguen dentro de cierto tiempo, de las multas fiscales impuestas a los Alejandrinos «o» (ἢ) Egipcios. Viene a ser, por tanto, una moratoria, con perdón del recargo por mora. Schiller trae a comparación el rescripto de Marco Aurelio y Vero (cit. en Dig. 39, 4, 7, 1). El destinatario parece ser un ciudadano romano, lo que no deja de ser interesante, pues muestra cómo las sanciones fiscales afectaban también a los *cives*. La equiparación que hace Schiller (α, pág. 51) entre Egipcios y *dediticii* corresponde a una manera de ver hoy superada. La asociación de alejandrinos y egipcios refleja quizá una réplica a la posible pretensión

del solicitante, de liberarse de las multas fiscales por ser de Alejandría; el emperador recuerda discretamente que el perdón fué general, pero para los que pagaran dentro de un cierto plazo, que podemos presumir caducado.

II (líns. 8-10). Parece rechazarse la posibilidad de una apelación judicial (Arangio-Ruiz, pág. 190),o reclamación de carácter administrativo (Westermann y Schiller): τοῖς ἐγνωσμένοις συνκαταθέμενος βραδέως μέμφῃ τὰ δόξαντα. El aproximar, como hacen los intérpretes de este papiro, el término τὰ ἐγνωσμένα y el término τὰ δόξαντα, me parece que oscurece algo el sentido de este rescripto, que decía algo bastante interesante (pues mereció ser recogido en la selección de PAmh. 63), y no simplemente que había caducado el plazo de reclamación. De qué se trataba exactamente es incierto, pero parece negarse la posibilidad de reclamar contra una imposición fiscal a quien había aceptado los datos inmobiliarios establecidos para fijar tal contribución.

III (líns. 11-12). Dirigida a los ciudadanos nombrados καὶ ἄλλοις. Como indico más arriba, me parece que se trata de rescriptos distintos, reunidos por la identidad de la materia. La respuesta del emperador aparece de la manera más lacónica: τοῖς ἐγνωσμένοις πίθεσθαι. Esto tiene parecido con el rescripto anterior.

IV (líns. 13-17). El rescripto parece dirigirse a un no-romano (quizá pueda leerse Κιλλ.[.]δις). Se ordena que el prefecto (ὁ ἡγούμενος τοῦ ἔθνους) mande restituir una posesión invadida sin derecho y por la fuerza (ἀπολαβεῖν σε τὴν νομὴν τῶν χωρὶς συνβάσεως κατεχομένων πρὸς βίαν χωρίων), en relación con un negocio de garantía hipotecaria. Pero la situación concreta no resulta del todo transparente, lo que explica que se hayan emitido distintas conjeturas:

a) Un acreedor reclama contra la invalidación de una hipoteca, considerada ésta como venta (condicional): πρᾶσις τῶν ὑποθηκῶν (Westermann).

b) Un deudor reclama contra el acreedor por la venta (*prasis*) que éste hizo de los bienes hipotecados, bien sea antes del vencimiento de la deuda garantizada, bien después, pero contra un ofrecimiento de pago por parte del deudor (Schiller).

c) Un comprador de tierra hipotecada reclama contra la invalidación (*anatrapenai*) de la venta hecha por el acreedor (Casavola, en *Labeo* 1, 1955, 93 sigs.).

d) Un acreedor reclama al verse expulsado por el comprador de los bienes hipotecados y vendidos por el deudor (De Francisci, en *Iura* VI, 1955, 186).

e) Un acreedor reclama contra un deudor que le expulsó violentamente del fundo hipotecado y vendido antes del vencimiento por

el acreedor (cfr. Dig. 43, 16, 12): se trataría del interdicto *unde vi* (Arangio-Ruiz, págs. 191 sig.).

f) Un deudor vende a su acreedor las fincas hipotecadas, pero el acreedor, declarándolas insuficientes para cubrir la deuda, ocupa otras que no le fueron ni hipotecadas ni vendidas (David, en *Eos* XLVIII 1956, 191). Cfr. todavía H. J. Wolff, en *Zeitsch Sav. Stift. 1956.*

g) Un deudor reclama por la venta realizada por el acreedor hipotecario y contra la extensión de dicha venta a tierras no comprendidas en la hipoteca (χωρὶς συνβάσεως= *extra conventionem*); el emperador niega la razón (οὐ δικαίως ἀξιοῖς) por lo que se refiere a la pretensión de anular la venta (ἀνατραπῆναι τὴν πρᾶσιν τ. ὑ.), pero ordena la restitución de las fincas vendidas sin derecho y ocupadas violentamente por el tercer comprador (esta es la interpretación que me parece más probable). Parece ser tambien la de Wellesen *AJPK.* 1956.

V (líns. 18-20). Se afirma, en el caso de una mujer quizá judía, la validez de los préstamos que toman las mujeres para pagar deudas ajenas. Evidentemente, se trata aquí de rechazar una falsa interpretación extensiva del senadoconsulto Veleyano. El derecho local, por lo demás, tampoco tenía una prohibición de ese estilo. La aplicación a una mujer no-romana quizá esté en relación (como apunta Arangio-Ruiz, pág. 190, que se remite a Dig. 16, 1, 2: *...feminis omnibus subventum est*) con una posible consideración de aquel senadoconsulto como norma de orden público.

VI (líns. 22-24). Este es el primer *apókrima* del segundo día. Nuevamente aparecen varios destinatarios (con la indeterminación καὶ ἄλλ[ο]ις) y el laconismo es exagerado. Pero en este caso la dificultad queda aumentada por una incorrección gramatical. La respuesta del emperador aparece resumida así: αἱ περὶ τῶν ἐπισκέψεων κρίσις κοινη παρέσχεν πρόνοιαν Αἰγυπτίοις. En efecto, aun admitiendo que κρίσις esté por κρίσεις (pues *i* por *ei* es frecuente en este documento) y concuerda con el artículo plural, todavía resulta incorrecto el singular del verbo (παρέσχεν por -σχον). Luego, se interpreta la palabra κοινη como un adverbio: κοινῇ, lo que para Schiller significaría «comúnmente» y para Arangio-Ruiz (pág. 190) «imparcialmente». Dadas estas incongruencias gramaticales, no me parece deban excluirse otras correcciones posibles, como, por ejemplo, ἡ ... κρίσις y κοινὴ‹ν› ... πρόνοιαν. Sea como sea, el sentido resulta muy ambiguo; admitiendo que se trate de las «inspecciones» de tierras, se puede vislumbrar una negativa del emperador a las pretensiones de varios solicitantes, alegando aquél la justicia y carácter general de la norma (o normas) a que tales inspecciones se atienen; pero tampoco sabemos si esa norma (*krisis*), quizá un edicto, emana del emperador o del prefecto de Egipto.

VII (líns. 25-27). Se recuerda que ya se había prohibido la trans-

misión hereditaria por vía femenina de los cargos sacerdotales. Esto muestra la tendencia de Septimio Severo a favorecer la adquisición de dichos cargos por subasta. Sobre la subasta de los cargos sacerdotales vid. ahora Telamanca, *Contributi allo studio della vendite all' asta nel mondo classico* (Roma, 1954), págs. 200 sigs.

VIII (líns. 28-34). *Pauli Sententiae* 3, 5, 14, nos presenta el mismo principio afirmado aquí por el emperador: que los herederos no deben ser expulsados de la herencia por la simple acusación de que el testamento en que aparecen nombrados es falso. Los funcionarios judiciales tendrán cuidado (φρο[ν]τί̣σουσιν, mejor que φροντ[ί]σουσιν) de citar a los demandados, si es que el asunto ha sido recibido en el registro de las *cognitiones*: ἐν τῇ τάξει τῶν διαγνώσεων (lo que no significa tan sólo que se deba observar la prelación del juicio criminal de la *accusatio falsi* frente al juicio civil, como piensa Schiller β, pág. 343, rectificado por Arangio-Ruiz, pág. 189).

IX (líns. 35-39). Como en el rescripto de Severo y Caracala que menciona Modestino (que lo toma de Ulpiano) en Dig. 27, 1, 10, 8, se afirma aquí que la enfermedad, si no impide para las labores domésticas, tampoco para los *munera*. Que el rescripto citado trate de otras cosas (Schiller α, pág. 180) no sería una razón decisiva contra la identificación (que sostiene Arangio-Ruiz, pág. 189) con el *apókrima* de nuestro papiro, pues éste podría bien ser un resumen parcial del mismo rescripto. De todos modos, aunque el principio enunciado sea el mismo, parece haber una importante diferencia: el rescripto citado por Ulp./Modestino se refiere concretamente a la tutela, en tanto el del papiro se refiere a las contribuciones corporales (τῷ σώματι λιτουρ[γ]οῦσιν).

X (líns. 41-44). También este *apókrima*, el primero del tercer día, se presenta con varios destinatarios (... καὶ ἄλλοις) y como extremadamente lacónico. La norma general aquí aplicada es la de la prohibición de la *adaeratio* en las contribuciones de trigo. El comentario de Westermann (pág. 32 sigs.) es muy amplio e ilustra esta prohibición en relación con la política económica contemporánea y la devaluación de la moneda; pero quizá no sea necesario suponer que el nuevo denario de aleación rebajada circulara ya por Egipto en marzo del año 200 (como supone W., pág. 33); también se podría pensar que la prohibición de la *adaeratio* se dió en vísperas de la operación inflacionística, pues ése era el momento en que, por no haber subido aún el precio del trigo, la liquidación pecuniaria podía resultar más peligrosa para el tesoro imperial.

XI (líns. 45-49). El mayor interés de este *apókrima* está en que aparece mencionado en él el prefecto del pretorio Cayo Fulvio Plauciano (ὁ κράτιστος ἔπαρχος τῶν στρατοπέδων καὶ οἰκεῖος ἡμῶν), que acompañaba al emperador en su viaje, y precisamente se le menciona para

encomendarle la investigación de las acusaciones criminales contra un tal Comon, que debía de tener especial posición, pues se nombra un instructor extraordinario; en tanto la acusación dirigida contra el recaudador (τελώνης) Apión se deja al juicio del prefecto de Egipto (llamado también aquí ὁ ἡγουμένος τοῦ ἔθνους), a reserva de que no aparezca complicado Apión en las acusaciones contra Comon (εἰ μὴ κοινωνεῖ τῶν ἐνκλημ[ά]των Κόμωνι. Parece distinguirse así la acusación propiamente criminal de la civil por los perjuicios; precisamente de esa época es el rescripto (Dig. 39, 4, 6) que despoja a la acción contra los abusos de los recaudadores de la nota penal de la cumulatividad. Probablemente, el peticionario, Isidoro, hijo de Dio, había presentado una acusación en la que involucraba el fraude de un recaudador con actos delictivos más graves cometidos por un personaje más importante, relacionado quizá con la recaudación fiscal.

XII (líns. 52-56). El emperador hace respetar la *lex venditionum* (τῷ νόμῳ τῶν πράσεων ... πείθ[ο]υ)—lo que no creo se refiera a una norma imperial determinada, como parece buscar Schiller β, pág.345—a una persona que dejó se realizara la *publicatio* de bienes de la herencia paterna, en calidad de *adéspota*. Que el giro τῆς πατρώας κληρονομίας ἀποστάς implique una repudiación formal de la herencia paterna, no me parece necesario, y resulta quizá poco claro desde el punto de vista del derecho romano, que vemos constantemente aplicado en estos *apokrímata;* quizá se trate simplemente de un abandono de las tierras heredades, lo que no podía ser tolerado por el fisco. Por otro lado, la frase καὶ τὴν ἐκ τῆς ἡλικίας οὐ[κ] ἔχων βοήθειαν puede entenderse, desde luego, en el sentido de que el hijo, menor de edad a la muerte del padre, había llegado ya a los veinticinco años y había perdido, por tanto, el beneficio de la *lex Plaetoria;* pero tampoco veo dificultad para entender esa cláusula sin relación con una recién superada menor edad del solicitante.

XIII (líns. 57-60). Se dice que se nombrará juez frente a unos poseedores, si se nombra tutores para unos pupilos. El nombre del destinatario queda incompleto e inseguro. Los editores leen: .[...] ελαθήῳ Καιρένου, pero la η está incompleta (ῃ), y la misma θ aparecía en la primera edición (págs. 7 y 92, no ya en la segunda, pág. 334) como dudosa (θ̣), y efectivamente lo es. Arangio-Ruiz (pág. 191) sugiere muy cautamente la posibilidad de un nombre femenino terminado en -ιον (es decir, -ιῷ); mi primer impulso al leer esta línea fué el de separar: .[..] ελα.. [τ]ῷ καὶ Ἀρένου, pero esto presenta dificultades. La cuestión del nombre es en este caso importante, pues sería muy interesante identificar la personalidad a la que se dirige la frase ἐὰν τοῖς ὀρφανοῖς ἐπιτρόπους λ[ά]βῃς. No siendo peticionarios los mismos pupilos, y si no lo es un magistrado (como suponía Westermann), se llega a pensar que lo es un tutor, que, por la razón que sea

(Schiller pensaba en un tutor que no puede trasladarse al terreno en litigio), necesita ser sustituído y pide se le nombren unos tutores extraordinarios (ἔξωθεν τάξεως; yo leería incluso: ἔ. τ. ὑπὲρ τῶν χωρίων) para un determinado litigio. Arangio-Ruiz (pág. 191), en cambio, entiende τοὺς νεμομένους como referido a unos tutores nombrados irregularmente (ἔξωθεν τ.), contra los cuales, habiendo tomado posesión indebidamente del cargo de tutor, se daría el juicio. La explicación de Schiller me parece quizá preferible, y se podría pensar que la razón por la que el tutor solicita el nombramiento de otros tutores es por hallarse él directamente interesado en el asunto (pues, en el caso conjeturado por Schiller, quizá bastaba un simple representante procesal); pero, en todo caso ¿por qué, si el tutor impedido es único y el pleito es único, han de nombrarse varios tutores? En fin, el *apókrima* es lo bastante obscuro para que se puedan imaginar otras situaciones; por ejemplo, una persona copropietaria con unos menores, que necesita sean nombrados tutores para representar en un juicio petitorio a los copropietarios menores; o incluso una persona que quiere litigar contra unos menores desprovistos de tutor, lo que me parece menos probable. En todo caso, hay que contar, no con un trámite prejudicial, sino con una consulta al emperador sobre un trámite dudoso. Por último, que la expresión ἔξωθεν τάξεως aluda al proceso *extra ordinem*, no me parece deba rechazarse en absoluto, a pesar de la observación de Arangio-Ruiz, pues un juicio, en Egipto, era sí siempre extraordinario, pero tal precisión no era tan absurda en boca de un emperador que viene del ambiente romano.

Dada noticia del contenido de los trece *apokrímata*, uno puede preguntarse todavía si éstos siguen, dentro de cada día, un determinado orden. Aunque no de una manera segura, la contestación parece debe ser afirmativa. En efecto, los primeros *apokrímata* de cada día (I y quizá II y III, éstos claramente conexos entre sí; VI y VII; X, XI y XII) se refieren a materias fiscales; los últimos de cada día (con excepción del IX, que se refiere a excusación de liturgias) a cuestiones aparentemente posesorias (IV; VIII; XIII). Interesante es la asociación del V al IV: en éste se hablaba de la pretendida invalidación de una venta y en el siguiente de la también pretendida invalidación de un mutuo. Así, pues, aunque no muy claramente, parece que las solicitudes iban con un cierto orden de materias. Esto facilita la hipótesis anteriormente emitida de que los *apokrímata* con destinatario aparentemente múltiple son en realidad varios distintos, pero reunidos en una sola referencia por razón de identidad de materia.

Tenemos así, en este PCol. 123 una interesante muestra de la actividad jurídica de Septimio Severo en Alejandría. Westermann, que recogió (pág. 27) todas las referencias (y cabe esperar que los hallaz-

gos papirológicos nos den más) de esta actividad del 199-200 d. de Jesucristo, sugería (pág. 31 sig.) que esa especial actividad estaba en relación con la introducción de la *boulé* en las ciudades de Egipto. Pero debe advertirse que, a pesar de su abundancia (debida al hecho de una privilegiada conservación por su localización en Egipto), no presenta ni el menor reflejo de tal reforma general en la administración de las ciudades. Por lo tanto, creo que nada puede deducirse de este documento en contra de mi duda acerca del carácter general de la concesión de la *boulé* por Septimio Severo. Es evidente que la *Historia Augusta, vit. Sev.* 16-17 no se refiere más que a la ciudad de Alejandría, aunque Westermann (pág. 32) parecía entender el *multa praeterea his iura mutavit* como referido a «the Egyptians».

Si nuestra hipótesis de que no tenemos aquí el texto íntegro de las *subscriptiones*, sino resúmenes de las mismas, es aceptada, no cabe duda de que esto también tiene interés en relación con el hecho ya observado (vid. mis indicaciones en *Cuadernos del Instituto Jurídico Español en Roma*, 5, pág. 150) de la tendencia, ya desde antiguo, a sustituir el texto legal de las constituciones imperiales por resúmenes o *interpretationes*.

Por último, es digno de ser observado que Septimio Severo, con su secretaría *a libellis*, que le acompaña en Alejandría, no tenga, por lo que resulta de estos rescriptos, el menor miramiento por el derecho no-romano. Esto ayuda a pensar que tampoco Caracala, doce años más tarde, al conceder la ciudadanía universal, estuviera inspirado por un mayor respeto hacia los derechos locales. Como ya se ha subrayado en la romanística de estos últimos años, la expansión del derecho romano es un hecho anterior y, en cierto modo, independiente de la concesión de la *civitas*. Este documento viene a mostrar el poderoso influjo que hubo de tener el sistema de justicia burocrática, instaurada sobre todo desde Adriano, para producir la aplicación del derecho romano en las provincias y sin distinción de personas. Vuelvo a ocuparme de estos *Apokrimata* en el ivl. III de las *Sysub. Taubenschleg.*

ALVARO D'ORS.

LASSERRE, F.—*Plutarque, De la musique.* Texte, traduction, commentaire, précédés d'une étude sur l'éducation musicale dans la Grèce antique. Urs Graf-Verlag, Olten & Lausanne. 185 págs.

El profesor de la Universidad de Ginebra, F. Lasserre, nos ha querido dar una nueva edición del *Diálogo de la Música*, atribuído a Plutarco. Además nos ofrece una copiosa introducción sobre el papel de la música en la educación griega antigua. Al texto crítico del Diálogo

precede una somera explicación acerca de los interlocutores y el tema tratado, y luego una breve historia de la tradición manuscrita. Termina la obra con la traducción francesa y un comentario. Lasserre intenta sustituir la edición de Weil y Reinach, «audaz en demasía», porque «la música griega solicita de nuevo el interés de los amantes de antigüedad clásica, y por lo mismo, se siente necesidad de textos que permitan el examen directo de las fuentes».

El estudio preliminar sobre el papel de la Música en la educación de la Grecia antigua es muy desigual; no es sistemático, sino algo como notas a los textos, interpretados con no poca novedad. Pero el centro de este estudio, y lo más original, es la semblanza que de Laso de Hermíona y de Damón de Atenas hace Lasserre. A Laso atribuye la expresión matemática de los intervalos musicales por medio de la teoría cinética. De Damón afirma que «es el defensor y heraldo de la educación musical»; porque «por más de cien años dominará, no solamente en la crítica musical o literaria, sino también a generaciones de maestros de retórica, de pedagogos y, en fin, de escolares» (pág. 53).

Lasserre, como hito principal de este trabajo previo, coloca a Damón, de cuyo *Areopagítico* presenta incluso la colección completa de fragmentos. Llega a decir que «la historia de la educación musical en la Grecia clásica pudiera terminarse con Damón; puesto que durante cerca de dos siglos los filósofos y musicólogos no harán sino repetir los principales temas de su discurso, o en las mejores obras sacar todas las consecuencias». Entre los seguidores de Damón, según Lasserre, se cuentan Platón, Aristóteles, Aristóxeno y Heraclides (página 80). En suma, lo que Lasserre intenta demostrar en primer término es que Damón ha sido el verdadero maestro y el principal autor de la enseñanza musical en la Grecia clásica. Es de loar la originalidad con que el profesor ginebrino quiere rehabilitar a Damón de Atenas como el promotor más insigne en la musicología helénica; pero creemos que los testimonios y fragmentos que sobre el mismo poseemos no consienten conclusiones tan vastas como Lasserre pretende. Desde luego, el trazar una nueva y original semblanza literaria de un escritor tan escasamente conocido no es escaso mérito, y precisamente en ello radica lo mejor de esta obra de Lasserre, y aquí se advierte mucho la propia investigación. Pero creemos que no le faltan prejuicios en favor de Damón.

En el prefacio al *Diálogo* se comentan y explican con brevedad las incidencias de la conversación y de los temas en ella tratados. Y se afirma, desde luego sin argumentos suficientes, que esta obrita no pertenece al moralista de Queronea. La historia de la tradición manuscrita es muy sucinta, y no hace más que seguir a Düring, Ziegler y otros editores precedentes. Lasserre no quiere ser contado entre los críticos conjeturales del siglo XIX, sino entre los prudentes de los

tiempos modernos. Siguiendo a Düring, determina la descendencia de los manuscritos de un arquetipo, y los distribuye en familias. Por lo demás, Lasserre en su aparato crítico se muestra prudente y conservador. La traducción francesa es excelente, a fuer de exacta y flúida.

Como resumen podríamos decir que esta edición es una aportación interesante a la revisión de los *Moralia*. El estudio preliminar es sin duda útil y meritorio; pero demasiado novedoso y dogmático. Resalta en él la figura de Damón de Atenas, cuya influencia intenta Lasserre ponderar hasta lo sumo, pensando que los más excelsos autores del mundo helénico dependen de él. No obstante, como esta nueva semblanza histórica se funda en escasos documentos de dudosa interpretación, creemos que el humanista de Ginebra hallará pocos que admitan sus conclusiones. El comentario final, según el mismo Lasserre confiesa, se apoya en el de Volkmann y en el de Weil y Reinach. Con todo, si tenemos en cuenta que el propósito del autor es más bien de divulgación científica, tratando de presentar a los musicólogos un texto moderno y seguro, no negaremos que el trabajo que hemos reseñado será provechoso a los investigadores de la música griega.

FR. SERGIO ALVAREZ.

BATAILLE, ANDRÉ.—*Traité des Etudes Byzantines*: *II. Les Papyrus*. Presses Universitaires de France, Paris, 1955. 95 págs. + XIV láminas.

El presente fascículo, obra de André Bataille, constituye la segunda parte del *Traité des Etudes Byzantines* dirigido por Paul Lemerle, y está dedicado a los papiros de época bizantina.

En otras ocasiones hemos reseñado trabajos de A. Bataille, y el presente no desmerece, por cierto, de los anteriores. Está dirigido a los bizantinistas que deban manejar los papiros de esta época. No es, sin embargo, un manual de papirología bizantina, de lo cual nos advierte el mismo autor; se trata más bien de una indicación de fuentes que de una exposición de hechos, de acuerdo con el plan que preside la colección. Comprende cuatro capítulos en los que se estudian sucesivamente: el documento papirológico propiamente dicho (la materia, el volumen, el *codex*, la escritura, lectura y datación, facsímiles, etcétera); la interpretación del documento papirológico, a propósito de lo cual enumera los principales manuales, antologías, revistas y periódicos, léxicos, gramáticas, etc. referentes a los papiros; otro capítulo está dedicado a las colecciones de papiros, con mención especial dentro de cada colección de los pertenecientes a época bizantina, y, finalmente, en el cuarto y último capítulo se pasa revista a los gran-

des problemas que plantea el contenido del papiro: historia política, cronología, geografía y topografía, organización administrativa, derecho, etc., citando de paso la bibliografía referente a cada punto. Siguen al texto varios apéndices que contienen: lista de los meses greco-egipcios, lista de los emperadores, prefectos de Egipto y patriarcas de Alejandría desde 297 a 641, y cuatro láminas con las características principales de la cursiva de los papiros bizantinos. A continuación viene un índice alfabético de nombres de autores y de *notabilia varia*. La obra se concluye con una selección de catorce facsímiles de papiros de época bizantina acompañados de un breve comentario y de la transcripción correspondiente.

Aun sin tratarse, repetimos, de un manual de papirología bizantina, puesto que apenas se exponen hechos, constituye una excelente guía, porque contiene sistematizada y puesta al día la mejor bibliografía en torno a cada una de las cuestiones que suscita el estudio de los papiros bizantinos. Por ello, nos parece una buena introducción, no sólo para el bizantinista, sino también para el papirólogo en general.

J. F. POMAR.

RICHARD, MARCEL.—*Règles à suivre pour la confection des catalogues de manuscrits grecs*. Union Académique Internationale: Commission des Éditions Savantes, Bruxelles, 1954. 25 págs.

Bajo el presente título nos ofrece el P. Marcel Richard un conjunto de sesenta y ocho reglas para la confección de catálogos de manuscritos griegos. Muy conocida es la competencia del autor en esta clase de trabajos. Persuadido el P. Richard de la bondad de las *Leges quas procuratores Bibliothecae Vaticanae in codicibus graecis recensendis sibi constituerunt*, que en este punto constituyen el *desideratum*, cree, no obstante, que su aplicación es irrealizable en el estado actual de nuestra civilización, o, al menos, de una lentitud perjudicial al progreso de la ciencia filológica. Por ello, el autor propone un método mucho más modesto y flexible que puede adaptarse a las circunstancias muy diversas en las cuales los autores de catálogos de manuscritos griegos deben trabajar. Para la redacción del presente proyecto el P. Richard ha tenido en cuenta, no sólo las *Leges* ya mencionadas de la Biblioteca Vaticana, sino también las *Règles à suivre pour la rédaction du catalogue des manuscrits latins* (texto mecanografiado) establecidas por la Biblioteca Nacional de París. El proyecto que aquí se nos ofrece aparece dividido en cinco partes: 1) Reglas generales; 2) la signatura; 3) el contenido; 4) la descripción material, y 5) el índice. Todo catálogo de manuscritos deberá ser, según el P. Richard,

exhaustivo, claro, conciso y *exclusivo*. Y en verdad que todas estas condiciones reúne el proyecto del P. Richard. A pesar del corto número de reglas que contiene—sesenta y ocho—no hay ningún dato esencial para el conocimiento del manuscrito que no aparezca reflejado en alguna de ellas.

Juzgamos, por consiguiente, que el proyecto del P. Richard constituye un instrumento precioso para todos aquellos que han de catalogar manuscritos griegos. Y así, lo recomendamos muy de veras a todos los bibliotecarios que tienen a su cargo fondos de manuscritos griegos. En especial, lo brindamos a los bibliotecarios españoles, pues no podemos olvidar que tenemos más de un millar de manuscritos griegos repartidos entre las bibliotecas de El Escorial, la Nacional de Madrid, la Capitular de Toledo y alguna más.

J. F. POMAR.

R. CANTARELLA y G. SCARPAT.—*Breve introduzione ad Omero*. Roma, Società Editrice Dante Alighieri, 1956. 178 págs.

He aquí un manual en su recto valor etimológico: es breve y denso, modesto de presentación externa; cabe holgadamente en un bolsillo; y, sin embargo, contiene absolutamente todo lo que requiera el que se acerque a Homero como principiante, bien sea un licenciado que se disponga a opositar, o bien—a lo que desgraciadamente no podemos llegar aquí—un joven que llegue al liceo después de haberse familiarizado en el gimnasio con la prosa ática.

Después de unas cortas páginas llenas de sensibilidad y dedicadas a los problemas de expresión e inspiración poética, es tratada, con criterio rígidamente unitarista, la cuestión homérica en forma tal vez no tan clara como la concisa sinopsis del *Homero* de Pabón (Barcelona, 1947, 74-81); viene luego un estupendo capítulo sobre la historia externa de los poemas, con interesantes secciones dedicadas a los escolios y a los papiros, y con esto termina la parte de la obra debida a Cantarella, que ha puesto en ella el fino espíritu y siempre atinado acumen que le caracterizan.

Scarpat, uno de los profesores italianos llamados por vocación más intensa a la lingüística, ha escrito el resto, que se divide en dos partes: una primera, logradísima, en que se tocan seis temas capitales para la recta inteligencia de Homero (carácter artificial de la lengua épica, el verso de la épica excelentísimamente tratado, alargamientos métricos, la μετρικὴ ἀνάγκη, formulismos, estratificación lingüística y metacaracterismo y aticismos) y otra que tal vez no resulte tan útil por haber ya Chantraine y Ronconi—en menor escala—agotado la

materia en sus respectivos tratamientos sistemáticos. Me refiero a las notas de gramática homérica que a veces repiten lo dicho antes con otras palabras.

Todos los elogios son pocos para esta introducción que supera en algunos puntos a la de Mazon, Chantraine, Collart y Langumier. Podríamos, claro está, hacer pequeñas objeciones de pormenor, como el extremismo discutible a que se ha llegado en el problema de un mismo Homero autor de los dos poemas; la inclusión en pág. 73, innecesaria en nuestra opinión, de la rara conjetura de Schmidt sobre Φοῖβος; el hecho de que pág. 77 no distinga entre los alargamientos etimológicos (ante μοῖρα) y analógicos (ante μέγα); la alusión en pág. 129 a un μοῦσα <* μονθ-yᾶ imposible después del artículo de Sánchez Lasso de la Vega (Μοῦσα, en EMERITA XXII, 1954, 66-98); la excesiva generalización con que en pág. 130 se llama vocativos originarios a todos los masculinos del tipo ἱππότᾰ; el silencio sobre un posible origen *-*o-syo* también para el genitivo en -οο (pág. 131); la forma autoritaria en que se resuelve sin apelación que εἶναι procede de *ἐσέναι y no de *ἔσναι (pág. 154), y, en general, el seco pragmatismo que, frente a la fluidez expositiva de la parte primera del tratado de Scarpat, domina en los apuntes gramaticales, tan ceñidos al enfoque práctico de las cuestiones que ni siquiera son mencionadas las labiovelares ni la posible consonante compuesta indoeuropea de πτόλις y πτόλεμος (página 127).

Mas no se vea en todo esto otra cosa que levísimas reservas sobre una obra que merece la más sincera felicitación por la sabia combinación de intuición lingüísticoestilística y escrupulosa pericia gramatical que han presidido su redacción.

MANUEL F. GALIANO.

BOTTIGLIONI, GINO.—*Manuale dei dialetti italici* (*Osco, Umbro e dialetti minori*). Grammatica, Testi, Glossario con note etimologiche. Bologna, 1954. XXII + 455 págs., XV láms.

En Italia, afortunadamente, los estudios lingüísticos no están tan compartimentados como en otros países, y buena prueba de ello es esta magistral exposición de las antiguas lenguas itálicas por un especialista en dislectología románica, conocido, sobre todo, por su Atlas lingüístico de Córcega. Si era verdad que cuando inició la empresa de componer esta obra, hacía más de veinte años de la aparición de la segunda edición del libro de Buck, casi al mismo tiempo que ella ha salido al público otro magistral trabajo, el de Vetter, *Handbuch der italischen Dialekte* (1953), por lo que, sin olvidar el libro

de Heurgon *Etude sur les inscriptions iúvilas*, las circunstancias son hoy, para el estudioso de esta rama, completamente distintas de las que eran cuando hace ya unos años emprendimos dotar a nuestra lengua de un librito manual de Osco y Umbro, que se encargó de componer y poner al día A. Montenegro Duque.

Bottiglioni, como gran maestro que compone una síntesis, ha rehuído entrar en cuestiones litigiosas, y así procede con gran mesura en el debatido problema de las invasiones itálicas en la península, y en el de la relación que existe entre el latín y las lenguas itálicas en sentido más estricto. La comparación entre éstas y aquél se hace a base de una serie de hechos que significan coincidencias, y Bottiglioni se abstiene de tomar posición en el problema, «esendo persuasi que esso non è soltanto linguistico, ma anche archeologico e storico, e che non è facile raggiungere l'accordo fra le tre discipline» (pág. 191).

En los capítulos adecuados se exponen los alfabetos y grafías, el acento, la fonética histórica, partiendo del indoeuropeo conforme a la manera tradicional, la morfología; comenzando por un capítulo sobre la derivación, y finalmente unas notas sintácticas orientadas hacia la explicación de los textos.

La penúltima parte del libro es la colección completa de las inscripciones, comprendiendo entre ellas las más recientemente aparecidas y que faltaban en las colecciones de conjunto anteriores. El autor ha utilizado la bibliografía completa y su edición y traducciones son absolutamente fidedignas.

Otra novedad del libro es que el léxico lleva unas utilísimas indicaciones etimológicas, que sitúan las palabras itálicas en su ambiente indoeuropeo. Las láminas nos ofrecen los textos originales de varias de las inscripciones, lo que constituye un equivalente de las hermosas reproducciones del libro de Devoto *Tab. Iguuinae*. Los lingüistas tendemos fácilmente a las abstracciones, abandonando el documento epigráfico original.

Pocas objeciones nos atreveríamos a hacer al libro. Personalmente nos hubiera gustado ver discurrir a un maestro de la geografía lingüística en el tema de las relaciones entre latín e itálico, y esto es para nosotros una laguna del libro (que, por otra parte, carece así de una parte discutible). En cuanto a la etimología de *ultimus* nos permitiríamos disentir del maestro Bottiglioni en considerarla oscura (pág. 33), cuando es evidente que se relaciona con *uls*, *ultra*. Hemos echado de menos la inscripción 108 de Vetter, la cual, por lo demás, está mal conservada y da poco de sí. Pero todos estos reparos no afectan en absoluto a un juicio laudatorio, que el libro merece por su doctrina segura y por su presentación cuidada.

A. Tovar.

DITTMAIER, HEINRICH.—*Das Apa-Problem. Untersuchung eines westeuropäischen Flussnamentypus.* Bibliotheca Onomastica, I. International Centre of Onomastics, Lovaina, 1955. 99 págs.

Esta monografía constituye un ensayo modelo de cómo se precisa y define un tema de toponimia. El autor, que había dedicado al tema su tesis doctoral (inédita) y un artículo de revista, nos da la muestra de cómo se puede organizar científicamente un asunto repetidamente aludido por los especialistas, pero no resuelto. Si se quiere saber cómo se termina una cuestión onomástica, podemos estudiar la organización de esta monografía, que nos atrevemos a considerar como un verdadero modelo.

La primera parte presenta el material, clasificado en nombres simples, compuestos y derivados. En cada título el autor reconstruye las formas primitivas bajo su disfraz en los distintos dialectos románicos y germánicos.

Dentro de este apartado, el autor critica las hipótesis sobre la atribución de los términos geográficos en que aparece *apa* bien al fondo céltico, germánico, ilirio, osco-umbro, preindoeuropeo, o bien préstamo tomado por el germánico del irlandés. Si se piensa que todas estas teorías se han desarrollado a lo largo de los últimos treinta años, y casi todas ellas presentaban para los lingüistas una validez equilibrada o dependiente del criterio de autoridad, quedaremos convencidos del progreso de los estudios onomásticos cuando en la segunda parte de la monografía vemos que a la luz de los estudios de geografía lingüística el problema se resuelve considerando los nombres que contienen *apa* como correspondientes al grupo germánico que Tácito llama *Istaeuones*, correspondientes a la zona del mar del Norte. Esta conclusión tiene sin duda interés para el problema de la dialectología germánica, como lo tienen también las precisiones que el autor añade sobre la distribución de los nombres con *apa* en distintos territorios de la Alemania centro-occidental.

El trabajo del doctor Dittmaier es una prueba de la perfección a que han llegado los estudios onomásticos y sus conclusiones interesan tanto al germanista como al interesado en la toponimia en general y en las lenguas indoeuropeas.

A. TOVAR.

HEMMERDINGER, BERTRAND.—*Essai sur l'histoire du texte de Thucydide.* Société d'édition «Les Belles Lettres», París, 1955. 76 págs.

El libro de Hemmerdinger que reseñamos contiene mucho más de lo que su título promete y de lo que su breve volumen permitiría es-

perar. De una manera concentrada y quizá excesivamente telegráfica se nos presenta el problema de la historia textual de Tucídides.

Buen ejemplo éste para quienes creen que en filología clásica está todo hecho. Resulta que la selección de los *codices meliores* de Tucídides obedece a la casualidad, y que los manuscritos considerados como *deteriores* contienen material excelente, especialmente el llamado H (véase para un problema análogo EMERITA XXII, 1 sigs.).

Hemmerdinger trata problemas generales y se atreve a atacar el tema de las contaminaciones. Las eliminaciones automáticas cada día parecen menos convenientes. Ejemplo bien patente es la edición de los bucólicos griegos de Gallavotti que se obstina en prescindir del códice B y con ello renuncia a lecciones excelentes (véanse los *Anales de Filología Clásica*, IV Buenos Aires, 1949, 15 sigs.).

El autor ataca la vieja tesis (Birt) de los grandes rollos atenienses, y se inclina resueltamente a suponer como autor de la edición alejandrina de Tucídides a Aristófanes de Bizancio. El análisis de ciertos papiros le confirma en ello. También demuestra que debió de existir un ejemplar ateniense en los tiempos helenísticos, como lo prueba la confusión de cifras, que en Atenas seguían valiendo por el sistema ático (Δ con valor de 10, en lugar del de 4 que tiene en la numeración jónica).

Análisis paleográficos le permiten al autor rastrear las vicisitudes del texto en el paso de la antigüedad a la Edad Media. Pero es en el estudio de la tradición bizantina donde seguramente el trabajo de Hemmerdinger presenta las más sorprendentes novedades. Así atribuye a eruditos iconoclastas (León el filósofo, un Petrus del Monasterio de los Santos Sergio y Baco) intervención en la fijación del Tucídides en minúsculas. Otro descubrimiento es el de identificar a Teodoro Metoquita como el copista de H. De la misma manera el manuscrito F no es otro que Máximo Planudes. Listas de variantes de B y de H permiten medir la importancia de estos textos, a pesar de su carácter de *recentiores*.

Marcelino, el autor de la *Vida de Tucídides*, se convierte en Marcelo, citado con este nombre por Gregorio de Corinto y por un escolio a la *Anábasis*. Con tal nombre también aparece citado como tratadista de paremiología.

Con esta breve reseña el lector puede percibir que el breve trabajo de Hemmerdinger constituye una importantísima aportación a la crítica textual, ciencia hoy en plena crisis de renovación.

A. TOVAR.

HOCKETT, CHARLES F.—*A Manual of Phonology*. Indiana University Publications in Anthropology and Linguistics. Memoir 11 of the International Journal of American Linguistics. Waverly Press, Inc. Baltimore, 1955. VI + 246 págs.

El presente trabajo, que puede muy bien desconcertar a un lingüista europeo, es una muestra de los progresos que con independencia y audacia ha realizado la lingüística norteamericana. Su autor, uno de los más distinguidos lingüistas de la Universidad de Cornell, presenta en un libro de densa contextura una exposición de la fonología tal como se aplica en las escuelas norteamericanas. En realidad, si consideramos este libro desde las opiniones corrientes en las escuelas europeas, podemos afirmar con toda resolución que pertenece a otro siglo.

La obra está distribuída en partes que tratan de la doctrina general sobre la comunicación (a la que pertenecen la sección 0 y la 6 en su mayor parte). Como es sabido, la teoría matemática de la comunicación ha sido aplicada con gran fecundidad a la lingüística, y gracias a ella se comienza a cuantificar la razón del cambio lingüístico. Por la proporción de «carga funcional» y de «ruido» se explica en forma matemática la estructura de cada sistema lingüístico en un momento dado, y cabe predecir el sentido de la evolución. No podemos extendernos más en este punto, pues ello excedería de los límites de una simple reseña bibliográfica, y nos limitamos a llamar la atención del lector hacia estos campos de la lingüística, donde tanto queda por descubrir.

También es nueva la descripción de los órganos de la fonación. La lingüística europea, quizá con la sola excepción de la escuela de Londres, se ha renovado demasiado poco en los últimos sesenta o setenta años, mientras que los lingüistas norteamericanos, interesados en muchas más lenguas y movidos por su interés hacia las lenguas indígenas del nuevo continente, han renovado completamente estos estudios. Recordemos, por no dar sino un ejemplo, las obras de Pike *Phonetics* (1943), *Tone Languages* (1948) y *The Intonation of American English* (5.ª ed., 1953). El repertorio de sonidos clasificados, así como el estudio de los órganos que intervienen en la pronunciación, es mucho más amplio que el habitualmente conocido en los tratados europeos, en los que todavía la confusión entre descripción e historia impide una visión clara del problema.

Por eso la sección 2, que se atreve a trazar una tipología de los sistemas fonológicos, constituye algo del mayor interés desde el punto de vista tradicional. El autor estudia el concepto de «juntura» (separación entre palabras), de acento, de «cumbres» (esto es, vocales en que culmina la sílaba), sistemas de «márgenes» (en las sílabas, esto

es, las consonantes). En esta parte los abundantes cuadros en que el autor ordena los sistemas vocálicos y consonánticos de lenguas americanas y de otros continentes constituyen una prueba de la perfección a que la lingüística norteamericana ha llegado gracias al estudio de los más diversos sistemas.

Naturalmente que el descubrimiento de éstos ha de ser hecho siguiendo un análisis riguroso, que el autor llama, como sus compatriotas, de «últimos constituyentes fonológicos». Las categorías de nasalización, tono, órgano, calidad, altura en la cavidad bucal, longitud o cantidad, etc., permiten la determinación de los últimos constituyentes de cada lengua y el establecimiento de la proporción que se da en cada lengua entre vocales y consonantes. Los métodos de análisis y comprobación fonológica garantizan la perfección de estos análisis, en los que Hockett señala (pág. 165 sigs.) las coincidencias entre la escuela americana y la de Praga.

Otra novedad importantísima del libro es la importancia que concede a la fonética acústica. El punto de vista tradicional era, como es sabido, el estudio de la pronunciación, y a ella atienden los aparatos tradicionales (kymógrafo, palatogramas, etc.). El progreso de la acústica en los últimos años y la aplicación del oscilógrafo, y sobre todo del espectrógrafo, suministran nuevos procedimientos de análisis del sonido que renuevan nuestro conocimiento de la fonética. Los trabajos realizados en los laboratorios Haskins de Nueva York principalmente por P. Delattre, A. M. Liberman y F. S. Cooper han permitido la construcción de sonidos artificiales en los que el trazado de las líneas generales que dan las frecuencias en el espectrógrafo puede hacerse sonar como verdaderos sonidos esquemáticos. El autor nos ofrece un resumen de estas conquistas científicas cuyo conocimiento consideramos urgente para cuantos trabajan la lingüística en los mediados del siglo XX.

Esta nota, que no quiere ser una crítica, es simplemente una invitación al estudio de los nuevos métodos, que en el libro de Hockett pueden estudiarse yo creo que mejor puestos al día que en ningún otro libro.

A. TOVAR.

KRAHE, HANS.—*Die Sprache der Illyrier*. Erster Teil. Die Quellen. Otto Harrassowitz, Wiesbaden, 1955. 120 págs.

Dedicado a F. Sommer aparece este primer volumen de una obra de conjunto sobre el tema de los ilirios. Los importantes trabajos de Krahe se encuentran dispersos en numerosos libros y revistas y es utilísimo poder estudiar reunido y actualizado el pensamiento del

autor. La obra se continuará con sendos volúmenes dedicados a la gramática y a una apreciación de conjunto de los materiales.

El autor estudia con mucha cautela el concepto de «ilirio». Parece como si, temeroso de las críticas que echan en cara el «panilirismo» a los defensores de la importancia de este elemento lingüístico, renunciara a la extensión del concepto en el tiempo y en el espacio. Estudia escrupulosamente la idea de lo ilirio en la etnografía antigua y en la aplicación por los lingüistas modernos, hace historia del asunto y explica la supuesta extensión del término «ilirio» procurando aislarlo de esa capa indiferenciada o casi, extendida por toda la Europa occidental y que Krahe mismo ha propuesto llamar «alteuropäisch». De esta manera la crítica de Whatmough, que irónicamente había acusado a los iliristas de llamar ilirio a lo que es indoeuropeo en general, queda respondida por Krahe. Por cierto que al reseñar el libro de Krahe tenemos que referirnos a la importante revisión de estos temas por A. Scherer en la nueva revista *Kratylos* (I, pág. 9), que señala la frecuencia de la vocal *a* en estas viejas raíces (*Alba, Ara, Aturia...*) y por consiguiente su sospechoso indoeuropeísmo originario, aunque se pueden atribuir muy bien a los indoeuropeos su difusión y las derivaciones sobre estas raíces.

Tocante a los límites geográficos de los ilirios, fuera de la Iliria propia y del territorio de los mesapios, Krahe es sumamente cauto. Los señala en Grecia, en Asia Menor, (especialmente en Tróade), también en los Alpes y en el Nórico, en Bohemia, y más al norte, en territorios de Alemania y Polonia. Precisamente en esas zonas más septentrionales supone Krahe la patria de los ilirios (pág. 8). Realmente si la arqueología apunta muchas veces a zonas del oeste balcánico y danubianas como centro de difusión de elementos culturales que hallamos en el Occidente, es innegable que se pueden señalar también elementos lingüísticos ilirios en nuestra península y en la Galia, y nos vamos a permitir señalar algunos en esta reseña.

El capítulo central de este primer volumen está dedicado a los restos lingüísticos mesapios. Krahe revisa todo el material y aporta una cantidad de interpretaciones y de complementos a la colección de los editores de *Pre-Italic Dialects of Italy*. De especial interés para nosotros es el estudio de la onomástica, que examina clasificando el material en nombres dobles y simples. Estos últimos son más frecuentes, en lo cual reconoce Krahe el influjo romano. La misma influencia se percibe en la onomástica germánica de tiempos clásicos, y por nuestra parte propondremos la misma explicación para la onomástica de nuestra Península.

En la colección de materiales lingüísticos estudia también Krahe las glosas, incluyendo las macedonias, ya que es en el cuadro de lo ilírico donde los restos de la lengua macedónica encajan mejor, y final-

mente se extiende a todo el material onomástico (incluso toponímico) que se puede dar como ilirio con seguridad. Este material es muy rico en la colección de Krahe y sólo podríamos echarle en cara que prescinde demasiado de restos occidentales que podrían ilustrar el material estrictamente ilirio. En esta precaución excesiva prescinde Krahe de la referencia al bien acreditado *Turus* celtibérico, que encajaría en la pág. 70 de su libro. Olvida los numerosos representantes de **teuta* en nuestra Península. Junto a *Baedarus* (pág. 67) no debe olvidarse el *in uico Baedoro* de una inscripción portuguesa (*CIL* II, 365), que ya relacionamos antes (*Zephyrus* III, 1952, 53). Tampoco estaría de más recoger (pág. 77) el nombre *Tirtanos* que repetidas veces se da en la Península. También la onomástica de ésta es muy rica en derivados en *-oko-* (cf. pág. 77 sig.).

Prescindir de todos estos paralelos y dejar por ahora sin resolver la cuestión de las expansiones occidentales del ilírico le permite al autor moverse con gran seguridad y ofrecer un material de bastante garantía para el estudioso de estos temas, aunque sea con un sacrificio provisional en aras del rigor y para contrarrestar los criticados excesos paniliristas.

En cuanto a las pervivencias del ilírico en lenguas antiguas y modernas, baste citar que Krahe estudia entre ellas ἵππος y *caballus*. Respecto de *brisa* le alegrará al autor saber que en los romances peninsulares pervive en su acepción de 'orujo de la uva'. Podemos remitirnos al reciente *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana* de J. Corominas, vol. I, pág. 522.

A. Tovar.

Marques de Oliveira Filho, A.—*Vocalismo, sonantismo e consonantismo do latin*. Reexame dos mesmos, na expectativa de uma nova sintese do indo-europeu. Livraria Principal, Rio de Janeiro, 1955. 224 págs.

Si quisiéramos tener una prueba de la crisis de nuestros estudios, quizá en ninguna parte la encontráramos más clara que en esta obra, destinada, sin duda, a los estudiantes de filología brasileños. El autor está muy bien informado de las diversas corrientes, y junto a la ortodoxia historicista que para él representan Meillet, Vendryes, Kretschmer, Buck, aparecen, no sólo los neolingüistas, como Bartoli y Pisani, sino también corrientes más modernas representadas por los nombres de Sturtevant, Cuny, Kurylowicz y otros. Unido esto a la apelación a fonéticos y a romanistas y a los autores que han estudiado las invasiones indoeuropeas y el sustrato mediterráneo, se comprenderá que el libro es más informativo que doctrinal y está más

lleno de teorías, a veces contradictorias, que de dogmas. El estudiante, si no podrá utilizarlo como libro de estudio, en cambio hallará en él incitaciones e información.

En tres partes está organizada la materia de este libro sobre la fonética latina. La primera trata de las lenguas indoeuropeas y su clasificación, naturalmente con mayor atención hacia el latín y el itálico, y con abundante información sobre la discusión acerca de la interrelación entre el latín y el osco y umbro.

La segunda parte es sin duda la que recoge más problemas litigiosos. Si existieron sordas aspiradas en indoeuropeo, si en él se dieron sonoras aspiradas, las velares en indoeuropeo, las laringales, son otros tantos temas en que el autor, si no toma posición personal, ofrece información abundante.

La tercera parte presenta un estudio de las vocales, consonantes y sonantes del latín donde la doctrina ortodoxa del historicismo se combina a veces con ideas más o menos heterodoxas de Juret y otros autores.

Un resumen y unas notas sobre los orígenes del saturnio completan el libro, que constituye un esfuerzo muy laudable de información y contiene elementos de estudio interesantes para todo estudioso del latín y del indoeuropeo.

Precisamente delante de libros como el presente, al medir la gravedad de la crisis del historicismo, se acentúa la evidencia de que sólo una consideración estructural puede permitir la solución de los problemas «insolubles», como el de las velares indoeuropeas o el de las laringales.

A. TOVAR.

POKORNY, JULIUS.—*Indogermanisches etymologisches Wörterbuch*. Entregas 7.ª, 8.ª y 9.ª, págs. 577-864. A. Francke AG. Verlag, Berna, 1953, 1954, 1955.

Ya nuestros lectores tienen noticia de la marcha de esta publicación (EMERITA XVIII, 231-34 y XX, 173 s.) que va acercándose a su fin. Las presentes entregas comprenden desde la raíz *h'er-* 'crecer' hasta *remb-* y puede de ellas decirse lo mismo que de las anteriores. Constituyen un elemento imprescindible de trabajo aunque ofrezcan muchos puntos discutibles, lo cual es debido a la situación de crisis, cada día más evidente, en nuestra ciencia. El autor, de acuerdo con su formación, se mantiene dentro de las líneas clásicas, y por eso cuanto más se retrasa la aparición de las entregas, más de lamentar es que no hayan entrado en la confección de este diccionario las laringales y otras ideas modernas. El autor podrá defenderse justificadamente

explicando que todavía no se ha trazado un cuadro claro de las laringales y que su incorporación a la fonética indoeuropea se encuentra todavía poco más allá de los estadios preliminares. La incorporación de tal novedad hubiera obligado al autor a revisar nada menos que la doctrina completa de la raíz indoeuropea. Y, sin embargo, los meses pasan, la crisis aumenta, y el problema de las etimologías indoeuropeas se presenta de manera aguda.

Para todas las discusiones tendremos, sin embargo, durante mucho tiempo que volver sobre este trabajo de Pokorny, que ordena los materiales allegados por los indoeuropeístas a lo largo de más de un siglo.

Nos permitiríamos hacer algunas observaciones. Es muy probable que las dos raíces distinguidas como *leugh-* 'mentir' y *leugh-* 2 'juramento' sean la misma con un cambio por antífrasis. El problema de la incorporación a la comparación de los términos indoeuropeos conservados en nuestra península se plantea, por ejemplo, con el topónimo *Lutia* (a la pág. 681), el vasco *loi* y el celtibérico *Luguei* (a la pág. 687), el vasco *maite* (a la pág. 693), el occidental **lausa*, de donde esp. *losa* (a la pág. 683, véase ahora Corominas), *Mandonius* (a la pág. 729), *Olcades* e *Ip-olca* (a la pág. 850), etc.

En la pág. 830 falta el griego παρθενοπῖπα y asimismo en la 828 parece se ha omitido la forma πεύκη que en griego moderno existe también como neutro πεῦκο. Ya hemos dicho que a veces la distinción semántica dentro de la misma raíz es artificiosa: véase el caso de la raíz *peu-*. En la pág. 787 echo de menos el nombre del dios *Pan*.

En un caso Pokorny ha aceptado ya una laringal para lat. *res*, basándose en Kurylowicz. Es una feliz inconsecuencia, que tomamos como un *omen* favorable.

A. T.

TRUBETZKOY, NIKOLAUS S.—*Altkirchenslavische Grammatik*. Schrift-, Laut- und Formensystem. Im Auftrage der Akademie herausgegeben von RUDOLF JAGODITSCH. Sitzungsberichte der Österreichische Akademie der Wissenschaften. Philosophisch-historische Klasse. 228. Band, 4. Abhandlung, 1954. 198 págs.

A los dieciséis años de la muerte del autor aparece, gracias a los cuidados de la Academia de Ciencias de Viena, la esperada gramática del eslavo antiguo debida al famoso lingüista Príncipe Trubetzkoy. El manuscrito primitivo estaba en Praga, en los comienzos de la segunda guerra mundial, listo para ser publicado, pero a falta de papel. Después de la guerra, en 1949, faltó de nuevo el papel para una traducción francesa que se consideró en Praga preferible hacer. La Aca-

demia de Ciencias de Viena encargó al profesor Jagoditsch, que en dos años pudo preparar la presente edición. El manuscrito, copiado cuidadosamente por la viuda del sabio, no estaba en una presentación definitiva ni mucho menos. El editor pudo ayudarse con pruebas de las nonnatas ediciones de Praga. Por otra parte, los apuntes en ciclostil de las lecciones de Trubetzkoy en Viena, en 1934, pudieron ser igualmente aprovechados.

El resultado de estos trabajos sin duda que habrá sorprendido tanto a los eslavistas como a los lingüistas seguidores de la escuela fonológica. En primer lugar nos encontramos con un trabajo cuidadosísimo desde el punto de vista filológico. Más de 50 páginas están dedicadas al estudio de la grafía, y a lo largo de toda la obra la distinción entre los diferentes manuscritos paleoeslavos, con sus posibles influencias dialectales, determina el examen de los fenómenos. El autor tuvo muy en cuenta los valores de la escritura glagolítica, sin confundirla, como suelen los manuales al uso, con la escritura cirílica. Para uso de los estructuralistas que tienden a salir del paso despreciando el estudio filológico de los textos merece señalarse el cuidado con que Trubetzkoy estudió los fundamentos de su análisis, agotando el estudio filológico. Notemos, por ejemplo, que la existencia de dos *chi* en la escritura glagolítica permite suponer, como en copto y en georgiano, que la *chi* griega no se pronunciaba igual que la *x* eslava cuando se formó la escritura glagolítica (pág. 29).

Naturalmente, la parte dedicada a la fonética es la que presenta más radicales novedades. El genial creador de la fonología establece para el antiguo eslavo el siguiente cuadro de archifonemas:

A
O E
ə
U I

Los cuales, dado que presentan una correlación de palatalización, se desarrollan de la siguiente manera:

a ä
o ö e
ъ ь
u ü y i

Tal cuadro resulta un sistema claro conforme a los principios de la fonología, y Trubetzkoy lo presenta aun sabiendo muy bien que no tenemos datos para determinar la «realización fonética» de tales fonemas (pág. 61). En esto sigue ciertos antecedentes de F. F. Fortunatov.

Conforme a su sistema Trubetzkoy analiza los sistemas vocálicos después de cada tipo de sonidos: tras labiales, dentales y sibilantes; tras guturales, tras palatales, tras africadas, en inicial; tras vocales cerradas, tras nasalización; después estudia los tipos de sistema vocálico ante cualquier consonante (salvo nasalización), ante vocales en compuesto, ante vocales en no compuestos y con nasalización.

Este tipo de estudio presenta novedades respecto de la transcripción tradicional y nos tememos que entre los eslavistas suscitará discusiones. Desde el punto de vista general, no cabe duda que constituye un planteamiento nuevo del problema, que merece la mayor atención.

El cuadro de las consonantes es mucho más sencillo. Fricativas, silbantes y palatales van juntas con las africadas bajo la categoría de «Annäherungsklasse». Las oclusivas con las nasales, líquidas y palatales *št* y *žd* más la *ñ*, *ll* y *r* mojadas forman una «Nasalierungsklasse». En el cuadro queda la nasalización como fonema aislado. Un estudio filológico muy detenido de la frecuencia de los fonemas, así como de su aparición en los diferentes textos tanto de Moravia como de Bulgaria, completa esta primera parte de la gramática.

Bajo el título de «Morphonologie» estudia Trubetzkoy la disposición de los prefijos, de las raíces, sufijos, desinencias y morfemas de enlace. Bajo este nombre (*Verbindungsmorpheme*) considera el autor elementos como *-es-* en *nebesa*, genitivo de *nebo*, donde tenemos raíz *neb-* y desinencia *-a;* a la misma categoría pertenece la vocal temática en *nesetъ*, etc.

Las alternancias vocálicas son consideradas por el autor no dentro del cuadro histórico de las alternancias indoeuropeas, sino de una manera sistemática como alternancias morfemáticas, junto a las prosódicas y consonánticas. Es ésta una de las muchas novedades que presenta esta obra, al colocar en el mismo plano *mъroN / sъmrъtь*, o *pъnoN / peNti* con *lāzoN / laziti* o *viditъ / viždöN;* en cuanto a las alternancias prosódicas el autor tiene que limitarse a hipótesis sobre los acentos no escritos en los textos, o bien, llega a reducir a este tipo las alternancias *o / a* o *ъ / y*.

Seguramente que en la tercera parte, morfología, la obra de Trubetzkoy aparece un poco retrasada, si pensamos en los progresos que en el análisis y sistematización de ella se han hecho en los últimos años. Las novedades que aquí podemos señalar dependen principalmente de las logradas en la parte fonética. Sin embargo, en la ordenación de las formas verbales (cuadro en la pág. 157) hemos de señalar la novedad de oponer en el indicativo las formas de pretérito a las no de pretérito (presente, y en ciertos verbos futuro, en una única forma). Las formas personales o finitas son opuestas a las que sólo

tienen concordancia de género (participios) y a las que carecen de concordancia (infinitivos).

El esmero filológico con que el príncipe Trubetzkoy ha estudiado sus textos se traduce en las estadísticas con que compara las formas de aoristo sigmático en las diversas fuentes (pág. 169 sig.).

Una doctrina de la derivación cierra esta obra, y es curioso que la formación de comparativos entre en este capítulo.

Como un testamento del gran sabio desaparecido, nos llega esta obra, en la que para ejemplo de lingüistas modernos predomina el cuidado filológico. Que junto a los sistemas fonético y morfológico se anuncie, ya desde la portada, que la obra trata también del sistema gráfico, constituye un programa sumamente interesante para el estudio de una lengua extinta.

A. TOVAR.

PARATORE, ETTORE.—*Virgilio*, G. C. Sansoni, Florencia, 1954. 2.ª edición. XVI + 388 págs.

En el curso de unos pocos años el poeta de Mantua es objeto de un nuevo y amplio estudio verdaderamente interesante y trascendental. Y es que hay figuras de la historia que resultan inagotables. Desde un ángulo de observación nuevo, nuevas tienen que ser las impresiones producidas; a gustos estéticos nuevos, ha de cambiar también la gama de las sensaciones.

No resulta, por tanto, ésta que nos ocupa, una obra más con los consabidos capítulos, ni tampoco una obra que anule por completo y resuma todo lo anterior. Tampoco es una obra de divulgación más o menos fácil con vistas a un amplio público de aficionados y apasionados por el mundo clásico. La obra es de minorías, para el familiarizado con la antigua cultura greco-romana, con sus influencias espirituales y estéticas, cuya filiación y comienzos resultan a veces difíciles de precisar en una visión distraída y superficial.

Virgilio aparece aquí según las exigencias del mundo actual, conforme al gusto de las nuevas generaciones. El autor nos ofrece una visión personal y propia, a la que sólo se puede llegar después de una intensa meditación constante y prolongada y una asidua y detenida lectura de la obra de Virgilio. El objeto primordial no es ver al poeta desde fuera y a distancia, para hacer después una crítica estética o un análisis estilístico, sino todo lo contrario, acercarse a Virgilio y penetrar en su mundo íntimo y espiritual y verle como consecuencia del ambiente y de la formación recibida.

Bajo este punto de vista todos los problemas, frecuentemente difíciles, que tiene planteados ya desde antiguo la crítica virgiliana, son

objeto de un atento examen por el autor, de una manera más o menos pormenorizada, a veces estudiándolos largamente.

Un amplio prólogo o introducción nos lleva a ambientar a Virgilio en su mundo y en las corrientes literarias del momento. Estudia el autor en él la crisis religiosa, moral y política de Roma, partiendo del primer encuentro consciente con la espiritualidad de la Grecia postalejandrina, fruto y consecuencia de los tremendos y trascendentales cambios históricos del Oriente; la crisis de la República romana, partiendo de los Gracos hasta Cicerón; la necesidad del espíritu romano de nuevas fuerzas culturales: religiosas, artísticas, historiográficas y filosóficas. Esta crisis encuentra un momento de calma y de efímera solución en César, el intérprete más genial de la situación; pero los elementos, serenados un instante, se separan violentamente y se repiten los debates después de la muerte del dictador.

En este momento crucial aparece la figura y la obra misma de Virgilio, profeta de un mundo amenazado de muerte y que, si se salva en parte, lo deberá a providenciales concomitancias de las que sólo él tuvo el presentimiento. Los últimos desarrollos de la crisis repercutirán en el espíritu exquisitamente apto para recogerla, interpretarla y traducirla en una poesía profética y de valor universal.

Las *Bucólicas* son objeto de un largo estudio, pues, según el autor, la enseñanza más verdadera y profunda que se deduce de su lectura es una más honda y al mismo tiempo más extensiva comprensión de las largas y misteriosas raíces subterráneas que alimentan el tronco de la poesía virgiliana. En este capítulo se observan la originalidad de la posición de Virgilio, provincial de nacimiento y provincial en un largo período de su obra, en contraste con su generación, y las dos corrientes que fundamentalmente han constituído su primer alimento espiritual: el alejandrinismo en el campo de la poesía, el epicureísmo en el del pensamiento. En este capítulo, después de revisar los problemas de la *Appendix Vergiliana* para cada uno de sus poemas, pasa el autor a hacer un análisis de las Eglogas, estudiando la cronología y causas históricas que las motivaron y a que aluden, tratando de poner de manifiesto la progresiva maduración de su poesía.

Las *Geórgicas*, el segundo capítulo, significan el retorno a Roma y el encuentro con Mecenas y Horacio. Interés especial en este otro género poético merece su ideología sentimental que, sin querer, traicionándole a veces, va dejando sembrada en sus versos; el concepto del trabajo y sus relaciones con la concepción del mundo religioso; las alabanzas de Italia y de la vida del campo; la elaboración ideológica y vacilante que informa las distintas partes del poema. Confusión de elementos y de sugestiones inspiradoras, las *Geórgicas* son una obra todavía en equilibrio entre el alejandrinismo y clasicismo.

La *Eneida*, tercer capítulo, significa el momento decisivo en la

evolución espiritual y artística, acompañada paralelamente de un cambio en la técnica de la composición. Virgilio pasa de poeta del campo a ser poeta del héroe y de las armas. El autor se detiene aquí en la génesis discontinua del poema, pudiendo así dejar explicadas las contradicciones, y analiza los distintos estratos por los que debió de pasar la concepción hasta llegar a la forma que nos es conocida. La inspiración religiosa ha cambiado y Virgilio reconoce una ley providencial, no claramente determinada, regidora de la naturaleza, y cree en una nueva edad de oro para la humanidad. Un análisis de la sentimentalidad de Virgilio acentuada con el tiempo y expresada siempre con pinceladas de rico colorido, junto con los problemas que deja sin resolver, cierra el último capítulo de la obra.

Es, por tanto, el libro un ensayo de un espíritu observador, un atento análisis de la personalidad poética virgiliana, de las fuerzas interiores que le empujan, al mismo tiempo que se desarrollan y evolucionan hasta llegar a la concepción de la *Eneida*. Le preocupa al autor solamente lo esencial, descartando lo accesorio y lo accidental, lo que no influya de una manera notable y clara en la obra de Virgilio.

Es un volumen sin notas; el texto virgiliano es siempre traducido. La cita de los estudios precedentes es hecha sólo con el nombre en el cuerpo de la página. A veces por ello el texto resulta algo difuso y con paréntesis y digresiones que dificultan una lectura corriente y seguida. Pero no podemos menos de felicitar al autor efusivamente por su obra. El éxito alcanzado por su primera edición se verá seguramente coronado en esta segunda aparecida antes de cumplirse los diez años de la publicación de aquélla.

J. Rubio Alija.

Gallavotti, C.—*Documenti e struttura del greco dell'etá micenea*. Edizioni dell'Ateneo, Roma, 1956. 203 págs.

El libro del profesor Gallavotti sobre el micénico comprende en realidad dos elementos diferentes: de un lado, es un estudio sistemático muy amplio del silabario y del dialecto micénico; de otro, una serie de interpretaciones sobre un gran número de tabletas. Evidentemente, en el estado actual de nuestros conocimientos cualquier exposición de la lengua micénica presupone una larga serie de interpretaciones personales y es natural que, una vez dentro de este terreno, el autor se haya sentido a gusto en él y haya procurado aumentar el número de sus aportaciones personales. De esta forma el libro da un cuadro vivo e impresionista de lo que hoy es la investigación de los textos micénicos.

En el cap. I, relativo al silabismo, se presentan numerosas pro-

puestas sobre los signos no interpretados aún con seguridad. El tratamiento del tema es quizá demasiado rápido y hay que tener en cuenta que el autor no da, generalmente, sus resultados más que como verosímiles. Sin embargo, es confortador ver cómo coincide, por ejemplo, con Palmer y Lejeune (que, por su parte, llegaron independientemente cada uno al mismo resultado) en la interpretación de 29 como *pú* y precisamente sin conocer sus trabajos y aportando iguales ejemplos más uno desconocido por ellos, *dapurazo* = διαφυλάσσων. Interesante es también la interpretación de 35 como *ar*, basada en el estudio de Va OL, o la de 64 como *nwi* (cf. pág. 115). En cambio, prefiero para 43 las ideas de Lejeune (*Colloque*, 71 sigs.), y para 16 (*pá* Ventris; *ba* Gallavotti) las de Georgiev (*Colloque*, 37 sigs.), que piensa en una labiovelar, etc.

De los capítulos que describen la Fonética y Morfología micénica (los 6 y 7) hay que decir con toda justicia que representan, hoy por hoy, el cuadro más completo que poseemos sobre dicha lengua cuadro descriptivo, desde luego, no interpretativo—en general—de su situación dialectal. Particularmente nuevo e interesante es lo relativo al tratamiento vacilante de las labiovelares, aunque ya se habían señalado algunos casos de labialización y, de otra parte, habría aún mucho que añadir si se aceptaran ciertas interpretaciones de Georgiev (recuérdense también las varias grafías de ὀνδαρϙεντα); y a la vacilación entre ο y α en el tratamiento de las vocales silábicas y del *schwa*. Claro que en estos capítulos y en otros hay cosas muy discutibles, como el interpretar *e-pi-de-da-to* por * ἐπιδέδατοι (de δίδωμι) en vez de ἐπιδέδασται; el negar (págs. 108 y 118) que *o-no* tenga relación con ὤνος y *o-ro-me-no* con ὁράω, siendo así que es sabido que ante *o* la digamma cae en fecha temprana; el afirmar (pág. 120) supuestos instrumentales que pueden muy bien ser morfológicamente dativos, etc. Esto no puede menos de ocurrir en el estado actual de la investigación; pero al lado de las afirmaciones inseguras hemos de destacar, como en lo relativo al silabario, sorprendentes coincidencias con otros investigadores que han llegado a igual resultado independientemente (así *n* ≥*o* en *a-mo-ta* coincidiendo con Chantraine y Ventris), y aciertos que creo definitivos como los anotados arriba o el afirmar (pág. 135) el mantenimiento de la yod en *we-je-ke-a* entendido como *wi-ieugea* «bigae» (creo gráfica la omisión de la *u*, cf. *We-da-ne-u* y *We-u-da-ne-u)* o, también (cf. pág. 45 sigs. y 138), el estudio del imperativo de εἰμί.

La parte interpretativa requeriría para ser valorada adecuadamente un espacio superior a aquel del que disponemos. En toda ella el autor hace gala de gran ingenio e independencia de juicio. A veces el resultado es verdaderamente importante. Por ejemplo, la interpretación que da Gallavotti de la gran inscripción religiosa de Kn 02

me parece, exceptuando algunos detalles, muy preferible a las otras que conozco (las de Furumark, Pugliese-Carratelli y Palmer); casi definitiva es igualmente la interpretación de la conocida tableta en que se habla de varias clases de trípodes y copas, que queda muy perfeccionada; sugestiva en grado sumo es la de Va 01. Y otros ejemplos podrían darse. En varias cosas más nos tememos, sin embargo, que Gallavotti se haya dejado extraviar por su propia ingeniosidad. Me refiero a casos como el de Ae 01-03, supuesta denuncia por robo, o el de An 607 (pág. 68), que sería el acta de un juicio sobre quiénes son los padres de una «esclava Doqeja». En otro lugar criticaré detenidamente esta última interpretación. El capítulo 9, que trata de las inscripciones en que aparece el término *ka-ke-u*, χαλκεύς, me parece todo él planteado erróneamente: creo que debe mantenerse la interpretación que ya se ha hecho tradicional (*ka-ke-we*, plural en la mayoría de los casos), si bien es fácil que *ta-ra-si-ja* sea, como quiere Gallavotti, una prestación o impuesto exigido por el estado. Tampoco creo acertada la interpretación de *o-u-ke*, que debe seguir siendo traducido por «no».

En suma, un libro en gran medida provisional y lleno de cosas discutibles, pero también de aciertos y de sugerencias interesantes y que hace avanzar al tiempo nuestro conocimiento de los textos y de la lengua micénica.

F. R. ADRADOS.

DUMÉZIL, GEORGES.—*Rituels indo-européens à Rome*. Librairie C. Klincksieck, París, 1954. 96 págs.

G. Dumézil, bien conocido por sus obras sobre los arcaísmos indoeuropeos de la religión romana, publica en el presente volumen cinco trabajos relativos a este mismo campo de estudios: un primero sobre las *Fordicidia* (comparadas con el sacrificio de la vaca *aṣṭāpadī*, «de ocho patas», en la India); otro sobre la forma redonda del templo de Vesta, a la cual se aduce el paralelo del altar *gārhapatya*, pues uno y otro se relacionan con el mundo terrestre, mientras que los demás templos romanos y el altar *āhavanīya* se refieren al celeste; dos capítulos más sobre el simbolismo de los colores blanco, rojo y verde (o azul, incluso negro) de las tres «funciones» (soberana, guerrera y nutricia) que, según estos y otros trabajos del autor, los indoeuropeos verían como fundamentales tanto en este mundo como en el divino; y un último capítulo insistiendo sobre la comparación del *aśvamedha* y el *october equus*, con consideraciones sobre la relación del caballo con las «tres funciones».

Los cinco estudios tienen en común que tanto como los ritos son estudiadas sus motivaciones y sentido, lo que hace más válida la com-

paración y deducción del carácter indoeurpeo de los mismos. Los dos primeros capítulos me parecen los más interesantes y decisivos, gracias sobre todo a que para ellos se cuenta con la detenida descripción y explicación de los ritos indios en el *Śatapatha Brāhmaṇa*. A los dos siguientes estudios se les podría presentar, quizá, más dificultades, pues se basan en datos sueltos y necesitan apoyarse en frecuentes conjeturas; la teoría misma de las tres «funciones» no ha recibido aceptación general. Por ejemplo, si los *comitia curiata* tenían en época clásica un origen religioso, en un principio éste no era decisivo ni mucho menos, sino que eran la única forma legal de reunirse el pueblo, con lo que se debilita la explicación de su hipotética convocatoria con un *uexillum* blanco; de otra parte, es muy dudosa la adscripción de las tres tribus romanas a las tres «funciones», lo que está en la base de la interpretación de Dumézil de los colores de los aurigas en las carreras de carros, etc. El cap. 5 aporta algunos detalles de interés, pero el estudio de la relación del caballo y el asno con las «funciones» es poco convincente para probar la existencia de éstas.

F. R. ADRADOS.

MERIGGI, PIERO.—*Primi elementi di minoico A*. Suplemento a *Minos*. C. S. I. C., Salamanca, 1956. 43 págs.

En *Colloque International sur les textes Mycéniens* (París, 1956. pág. 89 sigs.) había ya avanzado Meriggi algunas observaciones sobre las relaciones entre el Minoico B y el Minoico A. Ahora publica, como suplemento de *Minos*, un primer estudio sistemático sobre la identificación de los signos del silabario A con ayuda del B. Junto a aquellos que son idénticos o prácticamente idénticos, se detiene en aquellos otros a los que, por aproximación, se puede atribuir con alguna verosimilitud un determinado valor fonético, y también señala cuáles son aquellos a cuyo desciframiento no se puede llegar por ahora. Se trata de un trabajo puramente objetivo, que rehuye cualquier conclusión basada en apreciaciones sobre la lengua de las tabletas. La numeración de los signos que se sigue es la de Pugliese-Carratelli.

Un glosario directo y otro inverso—en los cuales, naturalmente, los signos no interpretados son representados por un número—completan el trabajo de Meriggi, que resulta así un útil punto de partida para cualquier estudio futuro.

F. R. ADRADOS.

CROOK, JOHN. A.—*Consilium Principis. Imperial Councils and Councellors from Augustus to Diocletian*. Cambridge, University Press, 1955. XII + 198 págs.

El *Consilium Principis* era una institución casi privada de bibliografía hasta la aparición de este trabajo de Crook; algunas páginas del *Handbuch* de Mommsen-Marquardt y de la *Sittengeschichte Roms* de Friedländer constituían la bibliografía fundamental, lo que sitúa a esta obra en una posición justificada. El *Consilium Principis*, si bien carente de características constitucionales y con precedentes en las *cohortes amicorum* de los políticos romanos de los siglos II-I a. de Jesucristo, aparece muy distinto de la frecuente visión que le consideraba como formado por un grupo de amigos personales del Emperador y sin influencia alguna. Crook, que acompaña su obra con un completísimo elenco de aquellas personas que formaron parte del mismo y ha estudiado su *cursus honorum*, señala cómo, desde su constitución por Augusto, estaba compuesto de gentes influyentes política, social, económica o intelectualmente y cuya elección no dependía del capricho del soberano. La permanencia de sus miembros constituía una garantía de continuidad política y explica asimismo muchos de estos casos.

Una observación importante de Crook, aparte la de señalar la continuidad política en los reinados de Augusto y Tiberio, es la de que el hecho de que los *consules* y los *praefecti urbis* formaran parte por derecho propio del *Consilium Principis*, tenía como consecuencia el que este título, *amicus principis*, no figurase en el *cursus honorum*.

A. BALIL.

VAN OOTEGHEM, J.—*Pompée le Grand, batisseur d'Empire*. Palais des Academies, Bruselas, 1954. 666 págs., 50 figs.

Este libro es en cierto modo un complemento al magnífico y reciente *Pompeius* de Matthias Gelzer. Más que una obra de conjunto el autor presenta un minucioso y detallado estudio analítico de todos los aspectos, aun los más insignificantes, de la vida de Pompeyo. Las fuentes han sido estudiadas minuciosamente y con la utilización de un gran aparato crítico. La bibliografía, incluso la secundaria, ha sido minuciosamente utilizada.

Sin embargo, el autor, cosa que no hiciera Gelzer, ha olvidado algo lo que pudiéramos denominar pequeña historia y en especial la historia interna. Los acontecimientos políticos, militares y diplomáticos le han ocupado mucho más. Toda la obra es un alarde de admiración

y entusiasmo por la figura de Pompeyo en todos sus actos, y esta admiración y el estudio de múltiples detalles han desviado al autor, por lo que falta el encuadramiento de la figura de Pompeyo en su ambiente histórico y en especial el estudio de la actuación de éste en la evolución de la historia romana durante la primera mitad del siglo I a. de Jesucristo. Este aspecto, bien resuelto por Gelzer, falta en esta obra o bien resulta secundario, por lo que, si bien resulta utilísima para las cuestiones de detalle, es más un complemento que un sustitutivo de la obra del citado investigador.

A. Balil.

Thiel, J. H.—*A History of Roman Sea-Power before the Second Punic War*. North-Holland Publishing Company, Amsterdam, 1954. VIII + 367 págs.

En 1946 el autor de esta obra estableció en sus *Studies on the History of Roman Sea-power in Republican Times* la evolución de la marina militar romana desde la segunda guerra púnica hasta el período de decadencia de la marina romana entre el 188 y el 167 a. de J. C. En esta obra se anuncia la publicación de un nuevo volumen dedicado al estudio del período comprendido entre el 167 y el 31 a. de J. C. Con ello dispondremos de un estudio completo, minucioso y exhaustivo de la marina republicana.

En el presente volumen el autor estudia el origen del poder marítimo romano, las operaciones navales de la primera guerra púnica y el período comprendido entre la primera y la segunda guerra púnica.

Con gran prudencia y conjugando datos y fuentes de diversas categorías—así las representaciones de proas en los ases—, intenta establecer y analizar el estado psicológico del pueblo romano, eminentemente terrícola, al iniciar sus primeras actividades marítimas.

Para las operaciones marítimas el resultado de esta obra es, entre otras cosas, la revalorización del contenido histórico de Polibio y su exactitud frente al escepticismo de la hipercrítica moderna: así en lo relativo al establecimiento de los resultados de la batalla de Milas conjugando Polibio y el texto de la columna de Duilio según la reconstrucción de Dessau, a las causas de la guerra, al reclutamiento de las dotaciones, a los tipos de naves y a las causas del triunfo naval romano o en el minucioso capítulo dedicado a la reconstrucción del funcionamiento del *corvus* según el texto de Polibio. Indudablemente, esta obra de Thiel sobrepasa en minuciosidad, rigor y exactitud a cualquier ensayo anterior de establecimiento del origen del poder naval romano.

A. Balil.

WARMINGTON, B. H.—*The North African Provinces from Diocletian to the Vandal Conquest.* Cambridge University Press, 1954. VIII + + 124 págs.

Esta obra es una densa y amena exposición de tan amplio tema sin que, naturalmente, agote todos los aspectos. Iníciase con una breve exposición, casi una introducción, sobre la administración militar de las provincias africanas, seguida de una amplia exposición de la historia militar. Posiblemente lo mejor de la obra es el estudio de las ciudades y el campo, atendiendo especialmente a sus características económicas. Africa ocupa en el siglo IV un puesto privilegiado en la economía del Imperio y es éste un tema que merece ser sistematizado y estudiado ampliamente, con lo que se contribuiría a colmar el vacío bibliográfico que existe en lo que se refiere a la historia social y económica de las provincias romanas a partir de la tetrarquía. En especial el problema del donatismo, con sus múltiples facetas de tipo económico y social y su carácter de revolución agraria, si bien estudiado por el autor con corrección, merece una exposición más minuciosa.

El método del autor es correcto y sus puntos de vista prudentes; la presente obra es, por ahora, un buen manual, pero se presentan en ella muchos materiales que nos hacen desear una minuciosa reelaboración de la que resultaría una obra de gran interés.

A. BALIL.

FRIDH, ÅKE J:SON.—*Terminologie et formules dans les Variae de Cassiodore. Études sur le développement du style administratif aux derniers siècles de l'antiquité.* Studia Graeca et Latina Gothoburgensia, II. Almqvist & Wiksell, Stockholm, 1956. XII + 200 págs.

Desde la publicación del breve, pero interesante y hermoso estudio de Åke J:son Fridh *Études critiques et syntaxiques sur les Variae de Cassiodore*, Göteborg, 1950, estábamos esperando el libro de que ahora se da noticia aquí y con el cual el autor ha obtenido el grado de doctor por la Universidad de Göteborg el 21 de abril de 1956.

El capítulo I de los tres de que consta el libro, capítulo introductorio en que el autor determina el objeto de su estudio, aparece dividido en dos amplios apartados en el primero de los cuales se estudia el carácter, desde el punto de vista literario, de las *Variae* de Casiodoro. La intención de Casiodoro con la redacción de las *Variae* fué hacer una obra literaria, en la que lo que le interesaba era la forma y no el contenido; pero si constituyen una obra puramente literaria,

resulta también que las *Variae* son verdaderos documentos oficiales conformes en todo a las cartas expedidas por la cancillería real. Para el autor, esta dualidad, que representan el aspecto literario y el aspecto oficial de las *Variae*, es más aparente que real: se trata no de una dualidad sino de una síntesis, y precisamente esta forma literaria recargada de rimbombancias oratorias es la forma aceptada y definitiva de la carta oficial en la época de Casiodoro. Frente a la tesis presentada por Schanz-Hosius (formulada por Hasenstab y aceptada por Peter y otros autores), según la cual las cartas de Casiodoro tienen por modelo las cartas oficiales de los papas y de los obispos de la baja antigüedad, siendo, por tanto, de origen eclesiástico la lengua epistolar de Casiodoro, Fridh sostiene que «es en las cancillerías imperiales de la baja antigüedad donde se desarrollaron las tradiciones formales que aparecen continuadas en las *Variae* y que, más tarde, determinaron la forma de los documentos públicos de la edad media» (pág. 8), si bien Casiodoro no pertenece precisamente a la tradición medieval, sino que, lo mismo que el reino ostrogodo representa el último esfuerzo por despertar las tradiciones romanas sobre las ruinas del Imperio de Occidente, así también las *Variae* constituyen la última fase de la tradición antigua de las cancillerías seculares en Occidente. Sin embargo, en las *Variae* de Casiodoro (cartas clasificadas por Fridh en las cinco categorías siguientes: edictos; rescriptos; cartas de nombramiento de magistrados y funcionarios; cartas de recomendación de magistrados y funcionarios dirigidas al senado; cartas diplomáticas con la corte bizantina y los príncipes germánicos de Occidente) se ve ya la estructura y disposición formal de los documentos públicos y privados de la edad media, por lo cual Fridh utiliza a lo largo de su libro la terminología de la diplomática medieval. Con todo, en las cartas de Casiodoro faltan el protocolo y el escatocolo, suprimidos sin duda por carecer de interés literario: el escatocolo ha desaparecido sin dejar rastro; el único residuo del protocolo es la rúbrica de cada carta con el nombre del destinatario en dativo y el del rey en nominativo. Además, fuera del esquema propio del documento oficial, están las digresiones, muy frecuentes, que constituyen la parte de las cartas más elaboradas retóricamente al propio tiempo que un elemento ornamental puramente exterior, pero característico del *genus summum*.

El segundo apartado del capítulo I es un estudio sobre las fuentes de la lengua oficial del Imperio, exiguas por cierto. Las más importantes son el *Código Teodosiano* y el *Código Justinianeo*, a pesar de que los documentos conservados en los mismos han sido recortados y mutilados y han sufrido interpolaciones antes de ser incorporados a dichos códigos. Sólo en contadas ocasiones es posible saber en qué medida han sido mutilados los textos codificados (por ejemplo, el

edicto del *Codex Theodosianus* 1, 16, 8 se ha conservado en la inscripción *CIL* III, 459), pero con las debidas precauciones pueden servir para la reconstrucción del estilo de la cancillería imperial. Pueden añadirse a los citados códigos la *Collectio Auellana*, la de Quesnel, los papiros y las inscripciones. Trabajando sobre este material es como llega Fridh a las conclusiones de su tesis.

El capítulo II del libro está todo él consagrado al estudio del preámbulo en las cartas de Casiodoro. Dice Fridh que «el tipo de preámbulo más frecuente en todas las épocas es el que consiste en una afirmación de los deberes del soberano, del cuidado continuo por los súbditos que le están sometidos, de su diligencia en mantener las leyes y la justicia y en recompensar la fidelidad en los servicios» (pág. 31) y añade que también es éste el preámbulo que aparece más frecuentemente en Casiodoro, para quien el contenido de los preámbulos consiste en variar de diferentes maneras un pequeño número de temas, y la finalidad de los mismos es motivar de manera general la decisión dada en la disposición, por lo que el preámbulo viene a ser, dentro del conjunto de ideas de la carta a que pertenece, como la primera premisa de un silogismo (págs. 39 sig. y 13). A base del estudio de los materiales suministrados por las *Variae* y por las fuentes enumeradas y analizadas en el capítulo II, llega Fridh a otras interesantes conclusiones con respecto a lo que se podría llamar la historia del preámbulo: que el material que para el estudio del preámbulo ofrecen los senadoconsultos es muy escaso, pues la forma definitiva sólo la alcanza en las cartas de los soberanos; que entre los dos extremos de la evolución del preámbulo representados respectivamente por los de los documentos más antiguos, en los que se trata de exordios redactados en forma original para cada caso, y los de los documentos medievales en los que el preámbulo ha quedado reducido a una fórmula puramente ornamental, Casiodoro representa un momento en que la evolución aún no ha terminado; que las reflexiones piadosas que constituyen un rasgo característico de los preámbulos de la edad media remontan a una época anterior a la influencia cristiana, puesto que se encuentran tales invocaciones piadosas en los documentos imperiales, por ejemplo, en el *edictum de pretiis* de Diocleciano; que la evolución hacia fórmulas fijas estaba más avanzada en la cancillería bizantina que en los documentos contemporáneos de los reyes ostrogodos.

El más largo de todos (como que comprende las tres cuartas partes del libro) es el capítulo III, dedicado al estudio de la terminología oficial de Casiodoro comparada con la del Imperio. En la selección de la terminología empleada por Casiodoro actúan dos motivos externos (la subordinación del reino ostrogodo al Imperio de Oriente, por lo que Casiodoro tenía que evitar determinados términos legislativos reservados al poder imperial, y la influencia de la tradición ro-

mana en virtud de la cual los modelos de los edictos de Teodorico eran las leyes de los emperadores romanos) y un motivo interno (la fuerte inclinación a la retórica por parte de Casiodoro, la característica predominante de cuyo estilo es la tendencia a la variedad). En este capítulo Fridh estudia sucesivamente: la denominación de los documentos de los soberanos, los verbos de la parte dispositiva, los documentos dirigidos al soberano y las fórmulas de la exposición, las cláusulas penales, las fórmulas de publicación y los nombres abstractos empleados como títulos de honor. Refiriéndose a estos últimos dice Fridh: «Es evidente que Casiodoro sigue en su empleo de estos tratamientos las reglas de la cancillería imperial. La única diferencia es que Casiodoro aplica estas reglas de una manera aún más exacta que los escritores de los siglos precedentes y mucho más exacta que los epistológrafos cristianos» (pág. 194). Y por lo que hace al empleo de los términos empleados en las *Variae* (y estudiados por Fridh en este capítulo III), el estilo de Casiodoro está regido por la variedad y «sigue modelos que se encuentran sobre todo o exclusivamente en los textos del Imperio de Occidente» (pág. 95), distintos de la tradición oriental y como continuación de una tradición local.

El mérito de este libro de Fridh está no sólo en estas importantes conclusiones, sino también de modo muy particular en el método seguido, consistente en ir estudiando cada término de las *Variae* y comprobando su utilización anterior a base del examen del material reseñado en el apartado segundo del capítulo I, un método minucioso y por de pronto poco brillante, pero que acaba por permitir sacar interesantes conclusiones, todas de acuerdo con el hecho del deseo de los reyes ostrogodos de ser considerados como los herederos legítimos de los emperadores de Occidente.

De paso y con sobriedad, pero al mismo tiempo con la suficiente claridad, discute Fridh algunos pasajes de las *Variae* y de otros textos, por ejemplo, *Variae*, pág. 285, 32 (págs. 164 y 165); *Codex Theodosianus* 7, 17, 1, 14 (pág. 153, y en la nota 1 de esta página, otros pasajes con la misma dificultad de crítica textual); *ibidem* 12, 12, 7 (pág. 131); *Collectio Auellana* 32, 6 (pág. 191). En la pág. 143 Fridh da varios pasajes de las *Variae* en los cuales *periculum* tiene el significado de «peligro de muerte» o «muerte» ya señalado por E. Löfstedt *Arnobiana* Lund 1917, pág. 38 sig. También en la pág. 113 documenta en las *Variae* y en otros textos *aditio* en la significación de «petición por escrito», significación no recogida en los diccionarios, ni siquiera en el *ThlL*, y en la pág. 115 aduce los testimonios suficientes para corregir la interpretación *conquestio=accusatio* que da el *ThlL* a *Codex Theodosianus* 6, 4, 22, 31, ya que lo que *conquestio* significa aquí es *excusatio*.

Los índices (aparte el general de materias) de cosas, palabras y

lugares, y la pulcra impresión del libro (las erratas que pueden observarse son pocas y fácilmente salvables) hacen aún más agradable esta obra en la que paso a paso y metódicamente se va desarrollando el enunciado de su título y subtítulo y se llega a claras e interesantes conclusiones.

VIRGILIO BEJARANO.

WESTERBERGH, ULLA.—*Chronicon Salernitanum. A Critical Edition with Studies on Literary and Historical Sources and on Language*. Studia Latina Stockholmiensia III, Almqvist & Wiksell, Stockholm, 1956. XXX + 362 págs.

El III volumen de la serie de estudios latinos editados por el profesor Dag Norberg, de la Universidad de Estocolmo, es una magnífica edición crítica de un texto histórico medieval italiano, el *Chronicon Salernitanum*. Ulla Westerbergh no se ha limitado a darnos una excelente edición, sino que también nos ofrece los resultados obtenidos en sus estudios sobre la lengua del citado cronicón y sobre las fuentes históricas y literarias utilizadas por el redactor de esta interesante obra de la historiografía italiana medieval.

El *Chronicon Salernitanum*, escrito hacia 974 por un monje—probablemente abad—benedictino, de origen noble, nacido en Palermo (pág. XII sig.), había sido ya editado por Pratilli (*Historia principum Longobardorum* II, 37-323, Nápoles, 1750) y por Pertz (*MGH script.* III, 467-561, Hannover, 1839), nada correctamente en ninguna de las dos ocasiones. Precisamente la incorrección de la edición de Pertz (la lista de los errores de la misma ocupa las págs. XIV sigs.) fué lo que decidió a Ulla Westerbergh a preparar una nueva edición que pudiera servir de base a un estudio filológico y lingüístico. La edición está basada en el códice *Vaticanus Latinus* 5001, de después del año 1300, y del que más o menos directamente derivan hasta nueve manuscritos cuyo *stemma* se da en la pág. XXIX.

La edición propiamente dicha ocupa las págs. 1-184 y, aparte el detallado aparato crítico, lleva marginalmente la anotación de las fuentes y, además de la paginación propia y la numeración de las líneas de cinco en cinco, la indicación de los folios del códice citado y de la edición de Pertz en *MGH*, todo lo cual facilita el manejo del texto. Se trata de un códice que está a más de trescientos años de distancia del original y que es obra de dos escribas (folios 1-21 r., de uno, y folios 21 v-104 v., de otro). Ulla Westerbergh ha tomado como principio de la constitución del texto reproducir el manuscrito lo más exactamente posible, excepto cuando se trata de errores evidentes.

Habiendo divergencias en la ortografía de los dos escribas, Ulla Westerbergh ha adoptado la del segundo (y corregido, acomodándola a la de éste, la del primero), porque su carácter conservador e hipercorrecto parece más afín a la lengua de la crónica. Lo que no ha hecho es transcribir acomodándose a las normas clásicas como hizo Pertz (quien, por ejemplo, escribió siempre *ae* y *oe* en vez de *e* del manuscrito); tampoco ha creído conveniente seguir el procedimiento de Blatt en su edición de los *Acta Andreae*, de Hedfors en la suya de las *Compositiones Lucenses*, ni de Josephson en la de las *Casae Litterarum*, quienes, respetando en general el manuscrito, utilizan signos de exclusión y de inclusión, sobre todo de las letras finales de palabra, con el fin de facilitar la lectura: las objeciones que hace a este procedimiento no dejan de tener una fuerza evidente. Cuando en el *Chronicon Salernitanum* se siguen de cerca fuentes escritas, en la edición se da un texto gramaticalmente correcto, pero respetando la ortografía del manuscrito.

En las págs. 187-222 se estudian la formación literaria del autor del cronicón y las fuentes históricas en él utilizadas. El estudio no queda reducido a vagas referencias, sino a pasajes concretos y donde los hechos son evidentes. En realidad estas páginas son una exposición organizada de la serie de acotaciones marginales que se encuentran a lo largo de la edición del texto.

Unas breves, pero densas notas sobre ortografía y fonética se encuentran en las págs. 223-232, al propio tiempo que en las págs. 230 y siguientes se insiste nuevamente en las normas de constitución del texto, completándose lo dicho en las págs. XXIX sig. En la ortografía y en la fonética evidentemente se transparentan rasgos del italiano meridional.

En las págs. 233-283 se pasa revista a los fenómenos gramaticales, casi todos sintácticos, que ofrecen especial interés. Aquí se ha seguido también el procedimiento digno de alabanza de dar el mayor número de hechos y de explicación de fenómenos sin redundancias ni repetir explicaciones que ya están dadas y a cuya bibliografía se remite con tanta sobriedad como suficiencia. De entre todos los fenómenos interesantes que se podrían ofrecer, queremos al menos llamar la atención sobre la construcción participial tipo 83, 5 sig. *apprehensoque equi retinaculum, celeriter eum Beneuentum ducebat*, construcción que se continúa en italiano: *finito la lettera, il segretario uscì*.

Bajo el epígrafe de «vocabulario» (págs. 284-295) se estudian sucesivamente los títulos, las palabras extranjeras, los neologismos, la confusión de significación con que se usan palabras parecidas, los cambios de significación en algunas palabras y el uso de los sinónimos. Del empleo de éstos es posible deducir, dada su predilección por los términos literarios frente a los vulgares, la tendencia del cronista

a expresarse en una lengua correcta y estereotipada, sin evitar la repetición de la misma fraseología en diferentes contextos.

Muy interesentas e ilustrativas son las págs. 296-331, dedicadas a la explicación crítica del texto de numerosos pasajes; en estas notas están tratados numerosos fenómenos lingüísticos, como, por ejemplo, la latinización en la crónica de los nombres propios germánicos (página 320 sig.) y los tipos de perfecto de nueva formación (pág. 323 y siguientes).

El libro de Ulla Westerbergh termina con un *index nominum* y con un *index uerborum rerumque;* el hecho de estar recogido en este último un material gramatical muy abundante ha permitido un aligeramiento de la parte gramatical y críticotextual del libro mediante la remisión constante al índice.

Creemos resumir nuestra buena opinión del libro de Ulla Westerbergh al decir que puede proponerse como modelo de edición bien hecha de un texto histórico medieval.

Y para terminar hemos de expresar la satisfacción que nos produce ver utilizadas a lo largo de los estudios gramaticales que se hacen en este libro obras científicas de investigadores españoles.

VIRGILIO BEJARANO.

Proceedings of the Seventh International Congress of Linguists., London, 1-6 September 1952.—Published under the auspices of C. I. P. L. (Permanent International Committee of Linguists) with the Assistance of U. N. E. S. C. O. General Editor: F. NORMAN. Assistant Editor: P. F. GANZ. London, 1956. Part I, págs. LXXII + 178. Part II, págs. 179-575, con 9 figs.

Se publican al fin las Actas del Congreso de Lingüística celebrado en Londres hace ya cuatro años. A esta distancia, y habiendo tenido después del Congreso la fortuna de viajar y de conocer de cerca nuevas corrientes lingüísticas, no podemos menos de congratularnos de la cantidad de novedades que se contienen ya en estos dos volúmenes. Bastaría la lectura de los mismos para medir cuán en crisis se encuentra la ciencia lingüística en el momento actual, y cuán fecundas prometen ser las nuevas direcciones que, si remueven la rutina e incomodan a quienes viven tranquilos sobre la firme tradición del positivismo con más o menos añadidos sociológicos o idealistas, se manifiestan ya con vigor suficiente para darle, en la lingüística, al siglo presente fisonomía propia.

La primera sesión plenaria aparece dedicada al problema de la

significación, en inglés «Meaning». Hay que examinar las numerosas páginas en que se recoge la discusión para darse cuenta de la fecundidad que tiene en sí este tema. En el mundo anglosajón este tema ha sido debatidísimo, según es bien sabido, y un punto de vista muy americano fué representado por el profesor Y. Bar-Hillel, cuya intervención es extraordinariamente interesante. Asimismo lo es la interferencia con esta doctrina de la teoría matemática de la comunicación. El choque de opiniones sobre estos puntos tal vez no resultó tan claro en las sesiones, a las que tuvimos la fortuna de asistir, como en las páginas de la parte II en que se recogen los diferentes puntos de vista en toda su herética discordancia. También el tema segundo, o sea las relaciones de la lengua con la filosofía, la lógica y la antropología, presenta un campo donde las nuevas corrientes han cambiado las viejas ideas. Con gran provecho se leerá el resumen sobre la cuestión presentado por el profesor O. Funke, de la Universidad de Berna, que revisa libros anglosajones de Harris y Fries junto a los daneses de Togeby y británicos de Ullmann. El famoso egiptólogo inglés A. H. Gardiner presentó ideas muy originales sobre la cuestión, y de nuevo hay que señalar en esta parte la aguda crítica del americano Bar-Hillel. En la sección de los diccionarios conceptuales merece de nuevo recordarse que el español de J. Casares fué presentado por los ponentes como modelo.

En la sección de gramática comparada hay que señalar que, en lugar de centrarse la discusión sobre la lingüística indoeuropea, la primera sección plantea problemas amplísimos, y hemos de señalar una colaboración de M. Swadesh donde la gloto-cronología fué presentada de una manera que todavía no estaba madura como en los ulteriores trabajos, por lo que tal vez pasó demasiado inadvertida. El problema de la aplicación del método comparativo obtenido sobre las lenguas indoeuropeas a las lenguas de otras ramas, se manifiesta en las Actas del Congreso de Londres de la manera más brillante. Puntos nuevos como el del entrecruce de la afinidad gramatical con la afinidad fonética fueron magníficamente desarrollados.

De la lingüística indoeuropea se dedicó atención al tema de las laringales, donde señalaremos algunas luminosas observaciones de Martinet. Fué revisado el tema de la geografía lingüística aplicada a las lenguas indoeuropeas y de nuevo se volvió, quizá con escasas novedades, sobre el tema de la cultura primitiva de los indoeuropeos tal como se desprende de su lengua.

Es inútil que intentemos dar un resumen de los ricos materiales contenidos en las páginas de estas Actas. Hojéelas y estúdielas el que quiera vivir, no la cómoda situación de la lingüística de hace medio siglo, sino la prometedora situación de la lingüística presente, que exige nuestro estudio y nuestra atención. No dejemos sin anotar el

apéndice en que se recoge el lenguaje sintético de P. Delattre y otros fonéticos.

Por parte española hay que señalar la presencia de un par de intervenciones del doctor Emilio Lorenzo y de mí mismo. Quien esto escribe tuvo además ocasión de pronunciar en la sesión de apertura una salutación que fué aprovechada para presentar cuál es la presente situación de los estudios lingüísticos en España. Señalemos también que el profesor N. B. Jopson, que representó en la misma sesión a la Philological Society de Londres, citó a Menéndez Pidal, junto a Bopp, Meillet y Meyer-Lübke, entre los más grandes lingüistas.

A. T.

Información.

La Secretaría del Tercer Congreso Internacional de Estudios Clásicos nos ruega publicar una nota de la que damos la traducción española:

El Tercer Congreso Internacional de Estudios Clásicos (FIAEC) tendrá lugar en Londres del 31 de agosto al 5 de septiembre de 1959.

† GUDMUND BJÖRCK

En junio del pasado año falleció el distinguido helenista, profesor de la Universidad de Uppsala, Rudolf Gudmund Björck. Nacido en 1905, desaparece del campo de nuestros estudios en plena madurez y cuando su dedicación a los temas micénicos le abría nuevos horizontes. Hizo sus estudios primeros en la ciudad de Kalmar, donde había nacido, pasó después, en 1923, a la Universidad de Uppsala, en la que comenzó su labor como docente en 1933, obteniendo el doctorado en 1934. En 1946 pasó a ocupar la cátedra de griego como profesor ordinario.

Conocimos a Björck en sus últimos tiempos de estudiante, cuando buscaba en Berlín la enseñanza del papirólogo W. Schubart. Después de la segunda guerra mundial nos volvimos a encontrar en el Primer Congreso de Estudios Clásicos de París (1950). Al siguiente año pasaba por Salamanca en un rápido viaje que hizo a nuestra Patria. Aquí, como en Madrid y en El Escorial, visitó los manuscritos, como lo hacía también en París, en Holanda, en Bélgica. También había visitado Grecia. Le interesaban los papiros, los antiguos veterinarios, los temas de religión antigua, la paleografía. Compartíamos la devoción por las enseñanzas de Dain, que en tiempos distintos habíamos recibido.

De sus obras recordaremos las más extensas: *Zum Corpus hippiatricorum Graecorum. Beiträge zur antiken Tierheilkunde*, Uppsala, 1932; *Der Fluch des Christen Sabinus. Papyrus Uppsaliensis S*, Uppsala, 1938; Ἦν διδάσκων, *Die periphrastischen Konstruktionen im Griechischen*, Uppsala, 1940; *Apsyrtus, Julius Africanus et l'hippiatrique grecque*, Uppsala, 1944; *Das Alpha impurum und die tragische Kunstsprache. Attische Wort- und Stilstudien*, Uppsala, 1950. En los últimos años ha dirigido la revista *Eranos*, que tan alto exponente es de nuestros estudios en Suecia.

Descanse en paz nuestro inolvidable amigo.

A. T.

Summary of articles

ON THE HISTORY OF LONG VOWELS IN GREEK

The transformations that the long vowels have undergone in Ionic-Attic, and especially their two most important phenomena—the shifting of $\bar{\alpha} > \eta$ and $\upsilon > \ddot{u}$—have been lately explained by some authors (Lausberg, Haudricourt-Juilland and Ruiperez) on motives inferred exclusively from the internal structure of this vocalic system. The author of this article, who looks with sympathy at the incorporation to the grammar of Classical languages of modern phonology and structural methods, believes, however, that a purely structural explanation gives no reason for the above said vowels shifts in this specific point. His reasoning is based upon two kinds of arguments: *a)* a study of the extra Ionic-Attic vocalic systems which, from a structural point of view, are similar, in their greatest part, to the Ionic-Attic one, without having suffered the shifts $\bar{\alpha} > \eta$, $\upsilon > \ddot{u}$, etc.; *b)* some chronological difficulties which, at his advice, stand against the structural explanation which has to accept for instance that the shifts of $\upsilon > \ddot{u}$ in Ionic-Attic became fairly after that of $\bar{\alpha} > \eta$, and that of $\varrho > \bar{u}$ happened very early in Ionic-Attic, while the historical data show that $\varrho > \ddot{u}$ appears from the very beginning of the Ionic-Attic transmision (except in Euboea, where $\upsilon = u$ is an Aeolism). They also explain that ϱ existed in Attic with no possible confusion, for a long time, with *u*. Explanations based on a supposed «symmetry of system» are not accepted either. Some considerations on the legitimacy of applying the teleology to linguistic changes close this study. The author thinks that the

structural examination of the long vocalic systems of the Greek dialects brings us to accept the old explanation which has been looking for the origin of the changes in substratum phenomena, rather than new interpretations of purely phonological value, after their failure in explaining the different evolution of similar structures.

MERCURY, CHIEF DIVINITY OF THE PENINSULAR CELTS

Here is proposed for the word *Deuori*, in CIL II 2473, the interpretation as the dative of *Deuorix*, epithet of Mercury meaning «King of Gods». The dative form *Deuori* is explained through the loss of the sonorous intervocalic velar, evidence of which exists in the Spanish Celt and in the Welsh, Cornish and Breton dialects as well as in the Gallic. Once it was lost the *-g-* of **Deuorigi*, the final *-i* could have been either lost or contracted with the preceeding one originating the form *Deuori*. So the inscription offers together with the mixing up of Greek and Celtic worships (Hermes and Devorix) an illustration of the well known Caesar's passage, B. G. VI, 17 *deum maxime Mercurium colunt*. This interpretation of *Deuorix* is also favoured by the existence, in CIL XIII 1326, of the form *Luguri(x)*, which can be interpreted too as an epithet of *Lugus*, this being one of the Celtic divinities to be identified with Mercury.

MITTERE AS INTRANSITIVE IN LOW LATIN AND IN THE ROMANCE LANGUAGES

Three different types of construction with the verb *mittere* as intransitive are established here: 1) When it is in passive voice; 2) When it has the reflexive pronoun; 3) When it is active. The equivalence of the Types I and II, and the ensuing substitution of Type I by Type II, that is to say, of

the passive voice by the reflexive form, is given throughout the Latin language. A more advanced development is the step toward Type III. Actually the subject in Type I is a passive one; in Type II the subject undergoes—through *se*—a personification, but it is still influenced by a state of passive stability; while in Type III the subject is not only personified but helds an activity not merely intransitive, despite it does not have an object accusative. Now, such an object accusative appears in *Casae litterarum* 324, 18, and its ellipsis is precisely the origin of Type III.

THREE NAEVIUS' FRAGMENTS IN FULGENTIUS

Fulgentius quotes, as glosses of *sculponeae* and *uenustare*, two Naevius' fragments, which he attributes to a *Philemporos* and to a *Diobolaria*. Both fragments have been not included in Ribbeck's and Marmorale's editions of Naevius with no reason but the unjustified label of falsehood attached to Fulgentius. However both the titles and the metrical structure of the two fragments and, on the other hand, the error of Fulgentius' explanation, are in favour of the authenticity. In the same line it is added the fact that in the glosse of *desiduo* the latter makes another quotation which assigns to Varron while its thorough examination proves to belong to Naevius' *Corollaria* after Varron himself *(De lingua lat.* VII, 60). The existence in Varron of this Naevius' quotation and the process which gave way to Fulgentius' mistake in assigning to Varron the *Corollaria*, as well as the fragment, are here explained in a conjectural way.

NOTES ON THE «PHAEDRUS»

Several passages of this dialogue are here considered (230 C, 252 B, 258 C, 260 C, 260 D, 249 B, 263 D, 265 D, 266 B), their syntax being discussed and new interpretations for some of them being proposed.

PHONETIC INTRODUCTION TO THE BASQUE ONOMASTICS

The extraordinary importance of place and personal names for the history of the Basque phonemes is showed by the fact that while the first long Basque texts belong to the XVIth century, toponyms and anthroponyms are witnessed in an ever-increasing manner since the Xth century. Some of them even appear already in classical sources and Roman inscriptions. And though the medieval documentation has only been published in a very little part, their study can offer very important results in order to fix the phonetic changes and therefore for any attempt to reconstruct the phonologic system of the Protobasque.

THE ROYAL CULT AT PYLOS AND LAND-HOLDING IN MYCENAEAN AGE

The systematic study of the E tablets of Pylos, that tell about ground-plots given to different kinds of citizens, makes us think that the most ancient group of these land owners was formed by priests who worshipped at the royal palace and were public officers at the same time. Lately the royal worship was adopted by the people, who afterwards helped to keep it and to form new priests through grants of land. The most ancient royal worship is likely to be that of the couple Demeter and Poseidon. Anyway, there can be inferred the existence of rites of fertility. This system of recompensation by means of lands already exists in Mycenaean times not only in favour of the priests but of the public officers too. Some traces of it still remain on Classical times specially in the religious sphere.

Libros recibidos.

AHLGREN, ARTHUR: *On the Use of Definite Article with Nouns of Possession in English.* Uppsala, Appelbergs Boktryckeriaktiebolag, 1946.

ANDRÉ, JACQUES: *Lexique des termes de Botanique en latin.* Paris, Klincksieck, 1956.

ATHÉNÉE: *Les Deipnosophistes*, I et II. Texte établi et traduit par A. M. Desrousseaux... avec le concours de Charles Astruc. Paris, Les Belles Lettres, 1956.

BERGSON, LEIF: *L'épithète ornamentale dans Eschyle, Sophocle et Euripide.* Uppsala, Lundequistska Bokhandeln, 1956.

BÖHME, ROBERT: *Bühnenbearbaeitung Aeschyleischer Tragödien.* Basel-Stuttgart, Benno Schwabe, 1956.

BURROW, T.: *The sanskrit language.* London, Faber & Faber, s. a.

CÉSAR, C. J.: *De Bello Gallico*, extraits. Texte commenté par J. Ruelens. Namur, Wesmael Charlier, 1956.

CHANTRAINE, PIERRE: *Etudes sur le vocabulaire grec.* Paris, Klincksieck, 1956.

CIRAC ESTOPAÑÁN, SEBASTIÁN: *Manual de Gramática Histórica griega.* Vol. I: *Lecciones de Fonética.* Barcelona, Aldecoa, 1955.

COPLEY, FRANK O.: *Exclusus Amator. A Study in Latin Love Poetry.* Oxford, American Philological Association, 1956.

CORBATO, CARLO: *Riprese Callimachee in Apollonio Rodio.* Trieste, Facoltà di Lettere, 1955.

CORVALÁN, ANTONIO: *Utopía y realidad en el erasmismo español.* Tucumán, Universidad Nacional, s. a.

COSERIU, E. y VÁZQUEZ, W.: *Para la unificación de las ciencias fónicas.* Montevideo, Universidad de la República, 1953.

CRUSIUS, FR.: *Römische Metrik.* München, M. Hüber, 1955.

DAY, JOHN: *Tax documents from Theadelphia. Papyri of the second century A. D.* New York, Columbia Univ. Press, 1956.

D'ORS, A.: *Plinio el Joven, Panegírico de Trajano.* Madrid, Estudios Políticos, 1955.

DUCHEMIN, JACQUELINE: *Pindare, poète et prophète.* Paris, Les Belles Lettres, 1955.

DUMÉZIL, GEORGES: *Déesses latines et mythes védiques.* Bruxelles, Latomus, 1956.

DUMÉZIL, GEORGES: *Fituels indo-européens à Rome*. Paris, Klincksieck, 1954.

EHRENBERG, VICTOR: *Sophokles und Perikles*. München, C. H. Beck-sche Verlag, 1956.

ESCHYLE: *Agamemnon* commenté par E. Janssens. Namur, Wesmael, 1955.

FALK, P.: *Pir + suff. *«fuseau» à la lumière du celtique*. Uppsala, Almquist & Wiksells, 1954.

GABBA, EMILIO: *Appiano e la Storia delle guerre civili*. Firenze, La Nuova Italia, 1956.

GALLAZZI, MARIA CARLA: *I preverbi in greco*. Pavia, Scuola Tipografica, 1954.

GARCÍA Y BELLIDO, ANTONIO: *Phönizische und griechische Kolonisation im westlichen Mittelmeer* (separata de *Historia Mundi*, III).

GARUTI, G.: *Il tipo -turus sum nel latino arcaico*. Bologna, Gallo, 1954.

GASPAR, CHARLES: *Les lieux-dits de la commune de fosse*, 1955.

GIGANTE, MARCELLO: *Nomos basileus*. Napoli, 1956.

GOMME, A. W.: *A Historical Commentary on Thucydides*, vol. II and III. Oxford, Clarendon Press, 1956.

GRANDE, CARLO DEL: ΤΡΑΓΩΙΛΙΑ. *Essenza e Genesi della Tragedia*. Napoli, Riccardo Ricciardi, 1952.

HÉRODOTE: *Introduction. Notice préliminaire sur la vie et la personnalité d'Hérodote et sur la presente edition* par Ph. L. Legrand. Paris, Les Belles Lettres, 1955.

SENOFANE: *Testimonianze e frammenti* a cura di Mario Untersteiner. Firenze, La Nuova Italia, 1956.

KOSTER, W. J. W.:*Traité de Métrique grecque*. Leyde, A. W. Sijthoff's, 1953.

KRAHE, HANS: *Die Sprache der Illyrier*. Wiesbaden, Harrassowitz, 1955.

KRAHE, HANS: *Sprache und Vorzeit*. Heidelberg, Quelle & Meyer, 1954.

LANDGRAF, A. M.: *Introducción a la Historia de la Literatura Teológica de la Escolástica incipiente*. Barcelona, Herder, 1956.

LAURAND, L.: *Manuel des études grecques et latines*, II. Paris, Ricard, 1955.

LÉVEQUE, PIERRE: *Agathon*. Paris, Les Belles Lettres, 1955.

LESKY, ALBIN: *Die Tragische Dichtung der Hellenen*. Göttingen, 1956.

MARQUES DE OLIVEIRA FILHO, A.: *Vocalismo, sonantismo e consonantismo do Latim*. Rio de Janeiro, Livraria Principal, 1955.

MARTINET, ANDRÉ: *Economie des changements phonétiques. Traité de phonologie diachronique*. Bern, A. Francke, 1955.

MERIGGI, PIERO: *Primi elementi di minoico A*. Salamanca, Colegio Trilingüe, 1956.

MONDOLFO, RODOLFO: *L'infinito nel pensiero dell'Antichità classica*. Firenze, La Nuova Italia, 1956.

MORO, PLÁCIDA: *Iulium Carnicum (Zuglio)*. Roma, «L'Erma» di Bretschneider, 1951.

MYRES, JOHN: *Geographical History in Greek Lands*. Oxford, Clarendon Press, 1953.

NEHRING, A.: *Die Problematik der Indogermanenforschung*. Würzburg, Universität, 1954.

OLIVER, JAMES H.: *The ruling power. A Study of the Roman Empire in the second century through the Roman Oration of Aelius Aristides*. Philadelphia, The American Philosophical Society, 1953.

OLIVER PENDLETON, REVILO: *Niccolo Perotti's version of the Enchiridion of Epictetus*. Urbana, University of Illinois, 1954.

OENNERFORS, A.: *Pliniana*. Upsaliae, Almquist & Wiksell, 1956.

PAPER, HERBERT H.: *The Phonology and Morphology of Royal Achaemenid Elamite*. Ann Arbor, The University of Michigan, 1955.

PICHLER, THEODORICH: *Das Fasten bei Basileios dem Grossen*. Innsbruck, 1955.

PLATON: *Oeuvres, Tome XII. Les Lois, VII-X*, par A. Diès. Paris, Les Belles Lettres, 1956.

PLATON: *Oeuvres, Tome XII. Les Lois, XI-XII*, par A. Diès. Paris, Les Belles Lettres, 1956.

PLUTARCO: *Vita di Mario*, a cura di Ernesto Valgiglio. Firenze, La Nuova Italia, 1956.

PROPERTI: *Carmina*, recognovit E. A. Barber. Oxonii, Clarendon Press, 1953.

QUACQUARELLI, ANTONIO: *La retorica antica al bivio*. Roma, Edizioni Scientifiche Romane, 1956.

SCARPAT, G.: *Breve introduzione ad Homero*. Roma, Dante Alighieri, 1956.

SCHRADE, HUBERT: *Götter und Menschen Homers*. Stuttgart, Kohlhammer, 1952.

SCHWARTZ, EDUARD: *Zur Geschichte und Literatur der Hellenen und Römer*. Berlin, W. de Gruyter, 1956.

SÉNECA: *Gli epigrammi attribuiti a...* Commento di Carlo Prato. Adriatica Editrice.

SENECAE, L. ANNAEI: *Agamemnona*, edidit et commentario instruxit R. Giomini. Roma, A. Signorelli, 1956.

SIEGMANN, ERNST: *Literarische Griechische Texte der Heidelberger Papyrussammlung*. Heidelberg, Carl Winter, 1956.

SOPHOCLES: *Oedipe Roi ou le Peché d'Intelligence*, par E. Janssens. Namur, Wesmael Charlier, 1953.

SOUTER, A.: *A Glossary of Later Latin*. Oxford, Clarendon Press, 1949.

TOVAR, A.: *Un libro sobre Platón*. Madrid, Espasa-Calpe, 1956.

USSANI JR., VINCENZO: *Insomnia. Saggio di critica semantica*. Roma, Signorelli, 1955.

VENTRIS, MICHAEL and CHADWICK, JOHN: *Documents in Mycenaean Greek*. Cambridge University Press, 1956.

VILBORG, E.: *Achilles Tatius, Leucippe and Clitophon*. Stockholm, Almquist & Wiksell, 1955.

VIRGILE: *Choix des Bucoliques*. Namur, Wesmael Charlier, 1954.

VOSSLER, KARL: *Einführung ins Vulgärlatein*. München, M. Hüber, 1954.

WAGENVOORT, H.: *Studies in Roman Literature, Culture and Religion*, Leiden, E. J. Brill, 1956.

WEIS, EMIL: *Tun: Machen. Bezeichnungen für die kausative und die periphrastische Funktion im Deustchen bis um 1400*. Stockholm, Almquist & Wiksell, 1956.

WIJK, A.: *The Orthography and Pronunciation of Henry Machyn*. Uppsala, Appelbergs Boktryckeriakt., 1937.

INDICE DEL VOLUMEN XXIV

1956

Páginas

A. D'ORS: *Estudios sobre la "Constitutio Antoniana". V.: Caracala y la unificación del Imperio* 1

A. ALVAREZ DE MIRANDA: *La irreligiosidad de Polibio* 27

M. FERNÁNDEZ-GALIANO: *Nuevamente sobre el "ostracon" sáfico: una aclaración* 66

I. ERRANDONEA, S. J.: *Filoctetes* 72

A. BALIL: *Un factor difusor de la romanización: las tropas hispánicas al servicio de Roma (siglos III-I a. de J. C.)* 108

A. PARIENTE: *Manipulus* 135

L. RUBIO: *El segundo desenlace de la comedia "Andria"* 146

J. L. GARCÍA RÚA: *Sobre "animus/anima" (a propósito de un texto de Séneca)* 154

J. VALLEJO: *Notas de Sintaxis latina* 159

L. MICHELENA: *Introducción fonética a la onomástica vasca* ... 167

J. S. LASSO DE LA VEGA: *Sobre la historia de las vocales largas en griego* 261

M. L. ALBERTOS: *¿Mercurio, divinidad principal de los celtas peninsulares?* 294

V. BEJARANO: *"Mittere" intransitivo en latín tardío y en las lenguas románicas* 298

S. COSTANZA: *Tre frammenti di Nevio in Fulgenzio* 302

LUIS GIL: *Notas al "Fedro"* 311

L. MICHELENA: *Introducción fonética a la onomástica vasca. II.* 331

F. R. ADRADOS: *El culto real en Pilos y la distribución de la tierra en época Micénica* 353

Reseñas de libros.

Págs.

Bibliographie critique de la Statistique lingüistique par P. Guiraud (A. T.) 187
H. Krahe: *Sprache und Vorzeit* (A. Tovar) 188
A. J. Van Windekens: *Contribution à l'étude de l'onomastique pelasgique* (A. T.) 190
E. Adelaide Hahn: *Subjunctive and Optative. Their Origin as Futures* (A. T.) 191
M. Gigante: *La costituzione degli Ateniesi. Studi sullo Pseudo-Xenofonte* (Manuel F. Galiano) 193
Hoffmann-Debrunner: *Geschichte der Griechischen Sprache* (A. T.) 195
E. Hoffmann: *Platón* (A. T.) 197
H. Zinsmeister: *Griechische Grammatik* (M. F. G.) 198
V. Pisani: *Breve historia de la lengua griega* (J. S. Lasso de la Vega) 199
Die Schule des Aristoteles. Heft 7. Herakleides. Pontikos, ed. Wehrli (J. S. Lasso de la Vega) 200
Sofocles: *Le Trachinie,* ed. Schiassi (J. S. Lasso de la Vega)... 202
Plutarque: *Le Banquet des Sept Sages* (J. S. Lasso de la Vega) 204
R. Devresse: *Introduction à l'étude des manuscrits grecs* (J. F. Pomar) 206
A. Bataille: *Pour une terminologie en paléographie grecque* (J. F. Pomar) 208
U. E. Paoli: *La donna greca nell'Antichità* (F. Sanmartí Boncompte) 209
Papiri greci e latini, ed. Norsa-Bartoletti (J. F. Pomar) 210
A. Traina: *Esegesi e Sintassi, Studi di Sintassi latina* (José Vallejo) 213
M. T. Ciceronis: *Epistularum libri,* ed. Moricca (J. Vallejo) ... 215
R. G. Palmer: *Seneca's De remediis fortuitorum and the Elizabethans* (J. Vallejo) 215
A. Mazzarino: *Grammaticae Romanae fragmenta* (J. Vallejo) ... 216
L. Olivieri Sangiacomo: *Sallustio* (M. Marín y Peña) 216
E. Wistrand: *De Martialis epigr. VIII 15 commentatiuncula* (A. T.) 217
M. T. Cicerone: *Il secondo libro delle Tusculane,* ed. d'Agostino (M. F. G.) 218
L. Pedroli: *Fabularum praetextarum quae exstant* (J. Vallejo) 219
J. W. Spaetz: *Index uerborum Ciceronis poeticorum fragmentorum* (J. Vallejo) 219
P. Frassinetti: *Fabula Atellana. Saggio sul Teatro popolare latino* (J. Vallejo) 220
L. Herrmann: *Douze poèmes d'exil de Sénèque et ving-quatre poemes de Pétrone, regroupés et traduits* (J. Vallejo) 220

Pags.

S. LUNDSTRÖM: *Uebersetzungstehnische Untersuchungen auf dem Gebiete der christlichen Latinität* (J. Vallejo) 221
Recueil Max Niedermann (M. Marín y Peña) 222
In memoriam Achillis Beltrami. Miscellanea Philologica (M. Marín y Peña) 223
G. PERNICE: *Notas de transmisión y crítica textual clásica* (M. Marín y Peña) 225
R. MUTH: *Träger der Lebenskraft. Ausscheidungen des Organismus im Volksglauben der Antike* (A. Ruiz de Elvira) 225
H. A. MUSURILLO: *The Acts of the pagan martyrs. Acta Alexandrinorum* ed. by... (J. F. Pomar) 227
D. NORBERG: *La poésie latine ryhmique du Haut Moyen Age* (M. C. Díaz y Díaz) 228
D. KIENAST: *Cato der Zensor* (V. Bejarano) 230
A. DEGRASSI: *I fasti consolari dell'Impero Romano dal 30 avanti Cristo al 630* (A. Balil) 231
FR. P. FRANCHI DE CAVALIERI: *Constantiniana* (A. Balil) 231
G. SAFLUND: *De pallio und die stilistiche Entwicklung Tertullians* (J. Vallejo) 232
E. ARNS O. F. M.: *La Technique du livre d'après Saint Jerôme* (A. T.) 233
J. LLUIS Y NAVAS: *Las cuestiones legales sobre la amonedación peninsular en la Edad Antigua* (A. Balil) 234
A. TOVAR: *Cantabria prerromana o lo que la Lingüística nos enseña sobre los antiguos cántabros* (M. Palomar Lapesa) 236
T. GARCÍA DE LA SANTA: *¿Saesapo? Un poblado romano en el valle de Alcudia* (J. Vallejo) 238
L. WESTERMANN Y A. A. SCHILLER: *Apokrimata. Decisions of Septimius Severus on Legal Matters;* H. C. YOUTIE Y A. A. SCHILLER: *Second Thougts on the Columbia "Apokrimata"* (A. d'Ors) 417
F. LASSERRE: *Plutarque. De la musique.* (Fr. S. Alvarez) 425
A. BATAILLE: *Traité des Etudes Byzantines: II. Les Papyrus* (J. F. Pomar) 427
M. RICHARD: *Règles à suivre pour la confection des catalogues de manuscrits grecs* (J. F. Pomar) 428
R. CANTARELLA Y G. SCARPAT: *Breve introduzione ad Omero* (M. F. Galiano) 429
G. BOTTIGLIONI: *Manuale dei dialetti italici (Osco, Umbro e dialetti minori)* (A. Tovar) 430
H. DITTMAIER: *Das Apa-Problem. Untersuchung eines westeuropätischen Flussnamentypus* (A. Tovar) 432
B. HEMMERDINGER: *Essai sur l'histoire du texte de Thucydide* (A. Tovar) 432
CH. F. HOCKETT: *A Manual of Phonology* (A. Tovar) 434
H. KRAHE: *Die Sprache der Illyrier* (A. Tovar) 435
A. MARQUÉS DE OLIVEIRA FILHO: *Vocalismo, sonantismo e consonantismo do latin* (A. Tovar) 437
J. POKORNY: *Indogermanisches etymoligisches Wörterbuch* (A. Tovar) 438
N. S. TRUBETZKOY: *Altkirchenslavische Grammatik* (A. Tovar) 439
E. PARATORE: *Virgilio* (J. Rubio Alija) 442

Pags.

C. GALLAVOTTI: *Documenti e struttura del greco dell'etá micenea* (F. R. Adrados) 444
G. DUMEZIL: *Rituels indo-européens à Rome* (F. R. Adrados) 446
P. MERIGGI: *Primi elementi di minoico A* (F. R. Adrados) ... 447
J. A. CROOK: *Consilium Principis. Imperial Councils and Councellors from Augustus to Diocletian* (A. Balil) 448
J. VAN OOTEGHEM: *Pompée le Grand, batisseur d'Empire* (A. Balil) 448
J. H. THIEL: *A History of Roman Sea-Power before the Second Punic War* (A. Balil) 449
B. H. WARMINGTON: *The North African Provinces from Diocletian to the Vandal Conquest* (A. Balil) 450
A. J. FRIDH: *Terminologie et formules dans les Variae de Cassiodore. Etudes sur le dévelopement du style administratif aux derniers siècles de l'antiquité* (V. Bejarano) 450
U. WESTERBEGH: *Chronicon Salernitanum. A Critical Edition with Studies on Literary and Historical Sources and on Language* (V. Bejarano) 454
Proceedings of the Seventh International Congress of Linguists, London, 1-6 September 1952 (A. Tovar) 456

Reseñas de libros ..... 187 y 417
Indices de revistas 239
Información ..... 250 y 459
Summaries of articles ..... 251 y 460
Libros recibidos 464

SHL
WITHDRAWN

PRLAa+b

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
PATRONATO «MENÉNDEZ Y PELAYO»
INSTITUTO «ANTONIO DE NEBRIJA»

EMERITA

BOLETIN DE LINGVISTICA Y FILOLOGIA CLASICA

TOMO XXIII
(Semestres 1.º y 2.º)
MADRID, 1955

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
INSTITUTO DE FILOLOGIA «ANTONIO DE NEBRIJA»

EMERITA
(EM)

BOLETIN DE LINGÜISTICA Y FILOLOGIA CLASICA

PUBLICACION SEMESTRAL

Tomo XXIII Año 1955

INDICE

Páginas

F. Rodríguez Adrados: Nueva reconstrucción de los epodos de Arquíloco 1
M. Sánchez Ruipérez: Cantidad silábica y métrica estructural en griego antiguo 79
J. S. Lasso de la Vega: Glosas de Hesiquio 96
I. Errandonea, S. J.: Filoctetes 122
P. Pericay: El manuscrito barcelonés de Teócrito 165
K. Vretska: Das Problem der Lücke und der Secundusrede im Dialogus de Oratoribus 182
A. Pariente: Nota a Plauto, *Truc.* 504 211
A. García Calvo: Frutos de lectura de "Trabajos y Días" 212
G. Andrés Martínez: Sobre un códice de Jenofonte del siglo X. 232
J. Alsina Clota: Conjetura al texto de Píndaro, *Pítica* 11, 35 ss. 258
E. P. Hamp: La noche como unidad de tiempo 262
L. Michelena: Cuestiones relacionadas con la escritura ibérica... 265

Discusiones y comunicados.

J. M. Pabón y J. Vallejo: A propósito de dos publicaciones recientes sobre sintaxis griega y latina 284
M. C. Díaz y Díaz: Apostillas a una reciente edición de Petronio. 295

Reseñas de libros 303
Indices de revistas 338
Libros recibidos 353
Summaries of articles 356

REDACCION: MEDINACELI, 4, MADRID
ADMINISTRACION: VITRUBIO, 16, MADRID

SUSCRIPCION: España ..... 100 Ptas.
Extranjero ..... 130 »

NUMERO SUELTO: 60 y 75 pesetas respectivamente.

5 /

SUCESORESDE RIVADENEYRA, S. A.— PASEO DE ONESIMO REDONDO, NÚM. 26.
MADRID

SHL
WITHDRAWN